

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN**



**EL FRACASO DEL EUROCOMUNISMO: RAZONES Y  
REFLEXIONES SOBRE EL GIRO DEL MOVIMIENTO  
COMUNISTA EN OCCIDENTE (1975-1982)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR**

**Andrea Donofrío**

Bajo la dirección de los doctores

Juan Trías Vejarano  
Margarita Márquez Padorno

**Madrid, 2012**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

DOCTORADO EN PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS EN LA  
SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Trabajo de Investigación

## El fracaso del Eurocomunismo

Razones y reflexiones sobre el giro del movimiento  
comunista en occidente (1975-1982)

Andrea Donofrio

Director: Prof. Juan Trias Vejarano

Co-Directora: Prof. Margarita Márquez Padorno

Madrid, diciembre 2011

Ai miei nonni, ai miei genitori, a Paola, a Mattia y a Kowalski,  
che nonostante la distanza, sono sempre stati presenti,  
mostrandomi il loro affetto e amore

*“He reflexionado sobre el hecho de que yo siga siendo comunista. Por supuesto que lo soy y no me imagino a mí mismo siendo algo distinto. Pero me he dado cuenta de que tenía que añadir algo a ese 'yo soy comunista', y lo que estoy añadiendo es que soy un comunista libertario”*

*José Saramago*

Podría escribir páginas de agradecimientos ya que son muchas las personas que me han ayudado, animado y soportado para realizar esta labor. Mi tesis doctoral ha sido, por un lado, el producto de un capricho, el fruto de una obstinación personal hacia un tema; por otro, el resultado de un camino iniciado hace ya cinco años, que ha contado con la magistral dirección del Prof. Juan Trías, mi director de tesis, a quien va dirigido mi más sentido agradecimiento por haber puesto a mi servicio su profunda sabiduría y su enorme conocimiento. Asimismo, para su redacción, ha sido fundamental la presencia de la Profesora Margarita Márquez, cuyos consejos y respaldo han resultado imprescindibles. Su afectuosa presencia y su pertinente contribución académica han sido determinantes para la conclusión de este proyecto, guiándome en este largo camino. De la misma manera, siento el deber de agradecer sentidamente al Prof. Antonio Morales, un verdadero maestro. Sus recomendaciones y enseñanzas están revelándose fundamentales para mi formación personal y crecimiento académico.

Mi agradecimiento es también para el Prof. José Varela Ortega y para toda la Fundación Ortega-Marañón, entre cuyas paredes pude escribir parte de la tesis; al Istituto di Scienze Umane (SUM) de Nápoles y Florencia, que me brindaron la posibilidad de profundizar mi investigación en las diferentes bibliotecas y archivos de estas ciudades; a la Universidad de los Mayores y a Marcos Roca, que me dieron la posibilidad de *estrenarme* como profesor y descubrir así mi verdadera pasión; a los muchos profesores y académicos que decidieron compartir conmigo sus conocimientos e ideas sobre el tema objeto de mi investigación.

En este camino, sería injusto no reconocer la importancia de mis amigos, que con sus palabras de ánimo y sus consejos han hecho más llevadero mi esfuerzo. A Carlos que ha asistido a la gestación de este proyecto y vivido mis vacilaciones. A Pablo, Marta y Germán, que a la vez que me recordaban los beneficios económicos de abrir una pizzería, me animaron siempre a terminar mi proyecto. A Nico por su presencia en la distancia. A Hebe, Chema y Nayeli, compañeros de doctorado y de penas. Y, *dulcis in fundo*, muy especialmente a Laura: sin su apoyo y comprensión habría sido imposible terminar esta labor.

## **Capítulo I: Origen y definición de Eurocomunismo**

- 1.1 Origen y definición de Eurocomunismo;
- 1.2 Aclaración etimológico-semántica
- 1.3 El inicio del Eurocomunismo
- 1.4 El porqué del Eurocomunismo
- 1.5 El Eurocomunismo, ¿producto de las crisis?
- 1.6 La crisis política
- 1.7 Las primeras posturas de los partidos eurocomunistas frente a la crisis internacional

## **Capítulo II: Descripción del Eurocomunismo y de sus elementos**

- 2.1 Descripción del Eurocomunismo
- 2.2 Elementos del Eurocomunismo
- 2.3 Partidos integrantes del movimiento eurocomunista
- 2.4 La relación entre democracia y socialismo
- 2.5 El abandono de la Dictadura del proletariado
- 2.6 Pluralismo y vía parlamentaria

## **Capítulo III: Los antecedentes del proyecto eurocomunista: la relación histórica entre democracia y comunismo.**

- 3.1 Marx y Engels
- 3.2 La revolución de Octubre
- 3.3 Rosa Luxemburgo
- 3.4 El VII Congreso de la Internacional Comunista: la aparición de Dimitrov
- 3.5 Las democracias populares. La muerte de Stalin
- 3.6 La primavera de Praga: ¿el inicio del Eurocomunismo?
- 3.7 La Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas en Moscú
- 3.8 La primera mitad de la década de los años setenta

## **Capítulo IV: La herencia del Comunismo italiano. Las contribuciones de Gramsci y Togliatti al futuro del Eurocomunismo**

- 4.1 El pensamiento de Antonio Gramsci
- 4.2 De la lección gramsciana al pensamiento de Togliatti
- 4.3. El VIII Congreso del Partido Comunista italiano
- 4.4 El memorial de Yalta: el PCI después de la muerte de Togliatti

#### 4.5 Desde 1968 al XIII Congreso del PCI

### **Capítulo V: Análisis de la situación interna española. El PCE en los años sesenta y setenta**

- 5.1 El Partido Comunista Español tras la derrota de la guerra civil
- 5.2 El PCE a final de los cincuenta y en los años sesenta
- 5.3 Cambios y crisis a finales de la década de los sesenta
- 5.4 1968: el año del cambio
- 5.5 El PCE en los años setenta
- 5.6 La Junta Democrática

### **Capítulo VI: Las cumbres eurocomunistas y los encuentros**

- 6.1 Las reuniones
- 6.2 La cumbre de Madrid
- 6.3 Las declaraciones de los partidos participantes
- 6.4 Los resultados de los encuentros
- 6.5 La Conferencia de Berlín, 29 y 30 de junio de 1976
- 6.6 La Cumbre “eurocomunista” de Madrid
- 6.7 Los medios de comunicación y la cumbre de Madrid
- 6.8 La Cumbre de Sofía;
- 6.9 Balance y reflexión de la cumbre “eurocomunista”

### **Capítulo VII: El PCI y el PCF en la segunda mitad de los setenta**

- 7.1 El PCI y los años de Berlinguer
  - 7.1.1 El PCI y la crisis. El compromiso histórico
  - 7.1.2 El PCI y el caso chileno
  - 7.1.3 El PCI y el XIV Congreso
  - 7.1.4 El PCI y el asesinato de Aldo Moro
- 7.2 El último Berlinguer. El fin del PCI eurocomunista
- 7.3 El PCF y el Eurocomunismo
  - 7.3.1 El PCF en los setenta
  - 7.3.2 1974-1976: el PCF empieza el cambio
  - 7.3.3 El XXII Congreso del PCF
- 7.4 El PCF y el eurocomunismo

## **Capítulo VIII: El PCE en la segunda mitad de los setenta**

- 8.1 El Manifiesto-Programa
- 8.2 La legalización del PCE
- 8.3 Las primeras elecciones democráticas
- 8.4 Los Pactos de la Moncloa, la Constitución de 1978 y el IX Congreso
- 8.5 El V Congreso del PSUC
- 8.6 El X Congreso y el fin del PCE eurocomunista

## **Capítulo IX: Eurocomunismo y Estado**

- 9.1 *Eurocomunismo y Estado*
- 9.2 El ataque de *Tiempos nuevos*
- 9.3 La respuesta de Carrillo y del PCE. Segundo y tercer artículo de “Tiempos Nuevos”
- 9.4 Críticas y polémicas sobre el libro
- 9.5 Análisis y reflexiones sobre el texto

## **Capítulo X: El eurocomunismo económico**

- 10.1 El PCI y la economía
- 10.2 El PCF y la economía
- 10.3 El PCE y la economía
- 10.4 El Eurocomunismo y el Mercado Europeo
- 10.5 Reflexiones

## **Capítulo XI: Las críticas al proyecto Eurocomunista y sus problemas**

- 11.1 La relación con la URSS
- 11.2 El déficit teórico del eurocomunismo. La falta de un programa político
- 11.3 El centralismo democrático
- 11.4 Las críticas de los medios
- 11.5 Las críticas desde la izquierda
- 11.6 ¿El eurocomunismo es igual a la socialdemocracia? Las diferencias con la socialdemocracia

## **Capítulo XII: Resultado y balance. Reflexiones personales sobre un “fracaso anunciado”**

12.1 Méritos del Eurocomunismo

12.2 Las causas de un fracaso: ¿Crónica de un fracaso anunciado?

12.2.1 El estancamiento del espíritu revolucionario

12.2.2 El problema del cómo. La falta de una teoría

12.2.3 ¿Qué tipo de Estado?

12.2.4 Tipo de partido

12.2.5 La incompreensión del cambio y la pérdida de la base

12.2.6 La moderación general

12.3 La nueva retórica. ¿Los partidos eurocomunistas siguen siendo revolucionarios?

12.4 Las ambigüedades dialécticas y teóricas

12.5 Las relaciones con la Unión Soviética

12.6 El predominio de las estrategias nacionales

## **Capítulo XIII: Reflexiones personales. ¿La última posibilidad de salvar la izquierda?**

13.1 El fracaso del PCE, del PCF y del PCI

13.1.1 El PCE

13.1.2 El PCI

13.1.3 El PCF

13.2 El final del eurocomunismo y el avance de la derecha

13.3 El eurocomunismo: alguna definición y reflexión. ¿Fue estrategia o táctica? ¿Mito o realidad?

13.4 Eurocomunismo, ¿último intento de salvar la izquierda?

**Conclusión**

**Bibliografía**



## Introducción

El eurocomunismo representó una tendencia de renovación interior al campo comunista, que fue configurándose trabajosamente a través de contradicciones muy fuertes, largos periodos de detención y escasos resultados. A pesar de su gran objetivo, se convirtió en una simple propuesta ideológica de corto plazo, que no logró consolidar repercusiones profundas sobre la transformación de los movimientos comunistas.

Sin embargo, el eurocomunismo no fue una *táctica* tras la cual esconder una sustancia inmutable y una inalterada relación con la Unión Soviética; tampoco fue simplemente un *proceso de social-democratización* de los partidos comunistas de Francia, España e Italia. El eurocomunismo surgió en el medio de una crisis general tanto en el mundo capitalista como en el socialista; se propuso de abordar el tema de la transición y llegada a un régimen socialista como revolución democrática, intentando planear una transformación de la sociedad basada en la “modificación cualitativa de las relaciones entre el consentimiento y la coacción”<sup>1</sup>. Respecto al “asalto al Palacio de Invierno”<sup>2</sup>, el eurocomunismo buscaba una nueva estrategia, de conquista gradual y pacífica del poder político, mucho más acorde con la complejidad de las formaciones sociales que se habían verificado a finales de los años sesenta.

El eurocomunismo suponía la vía democrática al socialismo, pero también una concepción del socialismo en libertad y un proyecto de independencia de los partidos y de los Estados, planteando la superación del sistema bipolar que dividía el mundo de entonces.

El análisis de los antecedentes del eurocomunismo no responde simplemente a un “placer erudito”, sino que he determinado por la convicción de la imposibilidad de realizar una reflexión ideológica acerca de este tema sin haber satisfecho esta labor. El interés entorno a los antecedentes del proyecto, su análisis sirve, al mismo tiempo, para comprender la dimensión, la importancia y el alcance de los cambios propuestos por estos partidos. A través de este recorrido histórico, se intentará demostrar que el eurocomunismo puede ser considerado como un “intento” de recuperar la necesaria vinculación entre socialismo y democracia como se dio en los orígenes del comunismo y pérdidas tras la experiencia estalinista y los acontecimientos de Praga.

---

<sup>1</sup> “Gramsci y el P.C.I.: entrevista con Norberto Bobbio”, en el libro AA. VV: *Gramsci y el Eurocomunismo*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 81.

<sup>2</sup> Símbolo de la conquista del poder por parte de los Soviets en octubre de 1917 y ejemplo de la concepción de “choque frontal”.

Finalmente, el avance de los partidos comunistas en algunos países del bloque capitalista avisaba que la izquierda había alcanzado la dimensión de una verdadera alternativa política. El progreso se había traducido en un avance electoral, en términos de votos o en un refuerzo del movimiento de masas. La izquierda parecía preparada a una ruptura con el sistema dominante: transición progresiva al socialismo para Francia e Italia, “ruptura democrática” para la España franquista. El análisis de la trayectoria política del PCE, del PCI y del PCF no puede ser extrapolada del contexto en el que operaron, ya que la evolución teórica y las estrategia que adoptaron fueron consecuencias de la situación nacional e internacional en la que desarrollaron su actividad política. A lo largo del trabajo se subraya como cambios importantes en la línea política de estos partidos son consecuencias (o reacción) de sucesos acaecidos en el seno del movimiento comunista (como el XX Congreso del PCUS, la primavera de Praga, el mayo francés o el fracaso del gobierno de la Unidad Popular de Chile, etc.). Decidí investigar sobre el Eurocomunismo ya que considero que, hasta la fecha, hayan faltados trabajos realmente objetivos en torno a este fenómeno, considerando además que ha transcurrido un periodo de tiempo suficiente para intentar ofrecer una valoración equitativa y entender las causas de su fracaso.

En su nacimiento, el eurocomunismo representó un tema de gran interés general. Despertaba nuevas esperanzas, animaba nuevas pasiones, creaba grandes expectativas. Quien le presentaba como "un reto del comunismo, diverso más bien dirigido a la URSS que a los EEUU"; quien espera el "cisma de occidente" en nombre del "comunismo del rostro humano" y quien, fantaseando, imagina que podrá desenvolver una función mediadora respecto al mundo bipolar. Al mismo tiempo temores.

En lo que concierne al tema de la objetividad, el eurocomunismo interesó y mucho como demuestra la abundante literatura publicada sobre el tema entre 1976 y 1978, para pasar pronto en el olvido. Provocó un vasto debate especulativo: fue tan importante que se llegó a definirle como “el mayor hecho político desde la II Guerra Mundial o desde la revolución china, o desde el final de la Guerra Fría”<sup>3</sup>, representado “la gran cuestión actual de la reflexión en el movimiento comunista porque encarna la mayor realidad social de éste fuera de las áreas soviética y china”. Sin embargo a la hora de abordar el tema predominaron dos tipo de actitudes: por un lado, en su origen, esperanzadora y excesivamente optimista; por otra, una vez acabado su impulso y su perspectivas,

---

<sup>3</sup> “A propósito del ‘Eurocomunismo’”, Manuel Sacristán, *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977.

abandonado por sus mismos promotores, prevaleció una postura extremadamente crítica e intransigente.

No obstante, se debe subrayar que la industria editorial se hizo sugestionar por esta palabra y, en pocos años, se publicaron decenas de libros con este título<sup>4</sup>. Sin embargo, más que tratar el eurocomunismo por sí mismo, a veces, parecía más bien “una speranza priva di oggetto reale”, publicándose verdaderas obras de *wishful thinking*, basada en la falta de un real conocimiento de un fenómeno complejo y ambiguo. Se publicaron muchos libros en torno a una novedad “más periodística que sustancialmente política”.

El eurocomunismo vivió una breve temporada, tanto rica de eco publicista como priva de reales desemboques; con una buena dosis de pragmatismo, podría considerarse que se trató de una tendencia ideológica priva de perspectivas políticas concretas. Se puso de moda, contando con un impacto considerable en la opinión pública, en la prensa, en la radio y en la televisión: en el libro *Eurocomunismo y Estado*, el mismo autor, Santiago Carrillo, advertía que “al lector quizá le extrañe la frecuencia con que en las líneas siguientes utilizo el término “Eurocomunismo”. Está muy de moda, y aunque no ha sido acuñado por los comunistas y su valor científico sea dudoso, ante la opinión pública reviste ya un significado...”<sup>5</sup>.

Aunque pueda resultar curioso pero cuando este fenómeno político movía sus primeros pasos, parte de la prensa y la opinión pública lo vivía con fascinación, optimismo, entusiasmo, con la “creencia de que se desplegará como una epidemia benévola que les librerá del Imperio Soviético (...). Hábil, ingeniosos, persuasivo, es un programa a escala continental”<sup>6</sup>. Se creía que el eurocomunismo representaba la “opción posible” para poder aspirar legítimamente en el poder. En la televisión de Alemania occidental<sup>7</sup>, Milovan Djilas definía el eurocomunismo como “el acontecimiento más significativo ocurrido en Europa desde la guerra fría”, añadiendo: “el eurocomunismo ha creado una situación en la que no es posible dar marcha atrás”. Se consideraba que el eurocomunismo remozaba esperanza, representando la “posible encarnación histórica de una gran esperanza: el socialismo en libertad”, la esperanza de aquellos que creían que “socialismo y democracia eran indisolubles”. Para el Professor Timmermann<sup>8</sup>, “il

---

<sup>4</sup> Resulta interesante un artículo de Romano Ledda, “*Da leggere e da non leggere sull’eurocomunismo*”, publicado en *Rinascita*, 7-17 de febrero de 1978, pág. 15-16.

<sup>5</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 10.

<sup>6</sup> *The daily Telegraph*, de octubre de 1976.

<sup>7</sup> Entrevista del 2 de marzo de 1977. Milovan Djilas, amigo del mariscal Tito, criticó la burocracia comunista yugoslava.

<sup>8</sup> Uno de los mayores expertos alemanes en asuntos soviéticos tanto que se le definía *Kremlinologo*.

fenomeno costituisce uno dei più affascinanti capitoli della storia del movimento operaio del dopo-guerra e, in generale, della storia europea post-bellica”<sup>9</sup>. Por su parte, en una entrevista al semanal *Opinión*, Tamames afirmó que la palabra eurocomunismo estaba destinada a tener el mismo éxito, “valor histórico y simbólico” que tuvieron las expresiones acuñadas por Churchill y Lippmann en 1945, cuales “telón de acero” y “guerra fría”. Muchos afirmaban que se trataba de la “mayor novedad” histórica y geopolítica tras la Conferencia de Yalta.

Todos tenían la percepción de que se estaba gestando algo histórico dentro del comunismo, pero, probablemente, se le daba más importancia fuera del movimiento que dentro: “en realidad, la crónica del eurocomunismo se reduce a una serie de encuentros en la cumbre que se concentraron entre los años 1975 y 1977. No fue un espejismo pero sí una estrella fugaz en el firmamento político europeo”<sup>10</sup>.

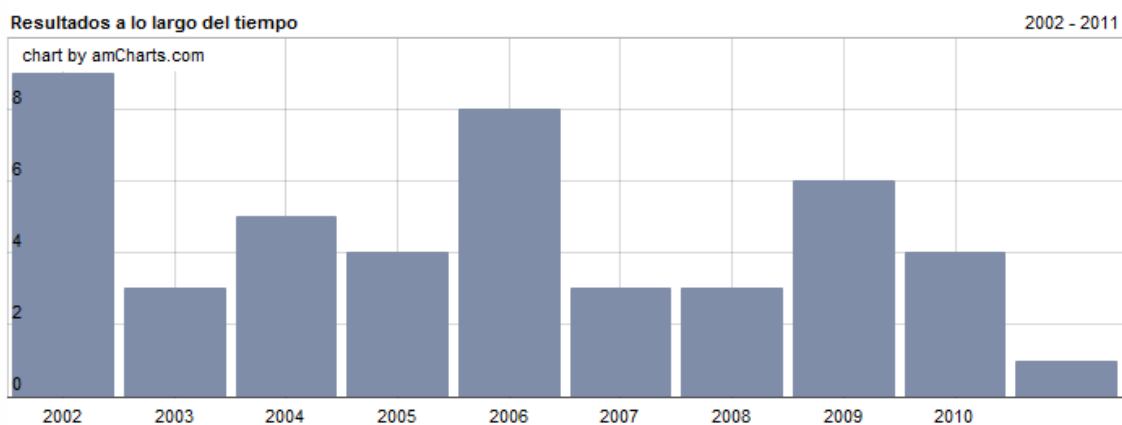
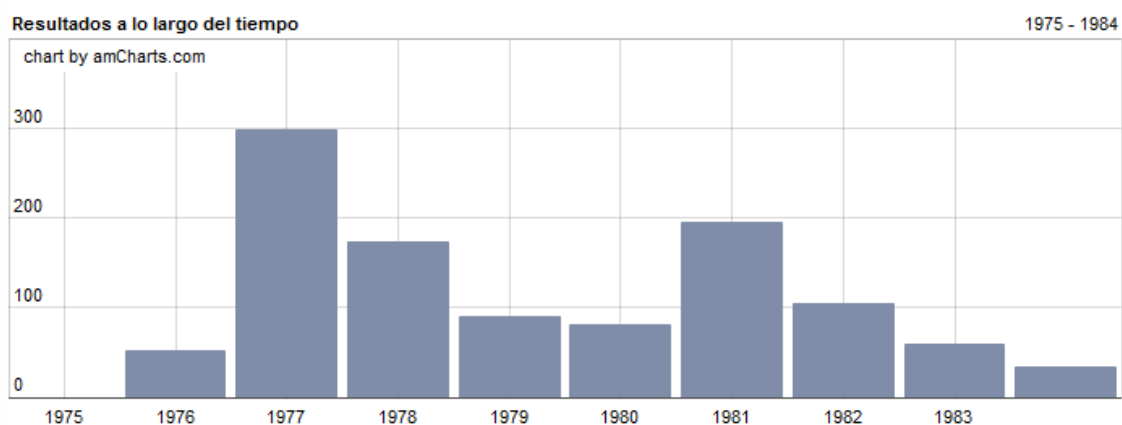
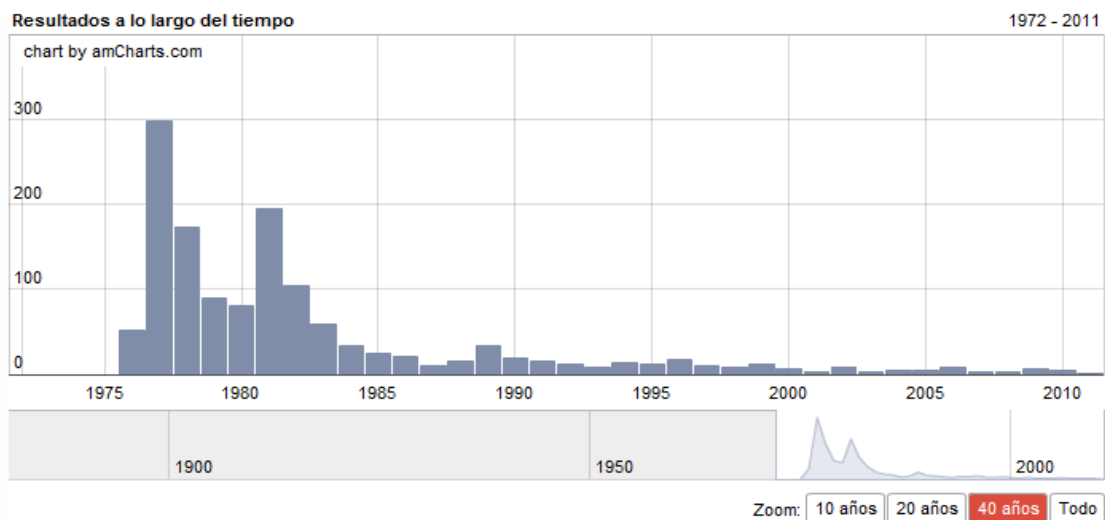
Para tener una idea de la breve vida del eurocomunismo puede resultar emblemático un estudio de la evolución del uso de esa palabra en algunos periódicos españoles. Tras unos años de abundancia debido al hecho que se consideraba que “estaba de moda”, el término desapareció de las crónicas, terminando por ser utilizado sobre todo de forma crítica para remarcar su incapacidad de representar una alternativa real. Los gráficos presentados a continuación sirven para obtener una imagen de la evolución del término eurocomunismo, de amplio uso en su origen y desaparecido casi hoy en los últimos años.

Los primeros tres gráficos son de *La Vanguardia* y muestran como si en 1977, la palabra eurocomunismo aparecía más de 300 veces en el periódico, en los primeros nueve meses de 2011, apenas 2 veces, en ocasión de la muerte de Jorge Semprún. La comparativa a 10 años (1975-1984 y 2002-2011) permite tener una idea de cómo se ha reducido drásticamente el uso de este vocablo.

---

<sup>9</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977*, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 25.

<sup>10</sup> “El Eurocomunismo” de Antonio Elorza, en la Revista “*Cuadernos del Mundo Actual*”, volumen 84, Madrid, 1995, pág. 27.

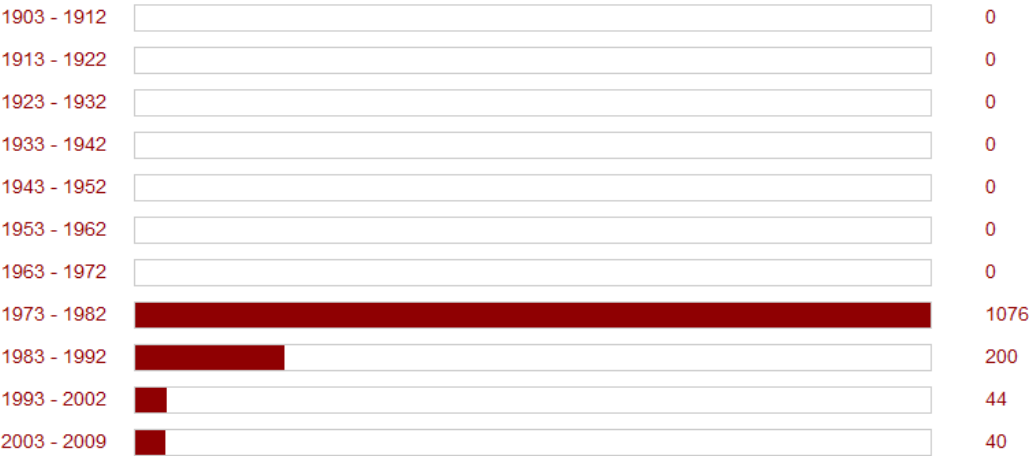


Los gráficos del *ABC* sobre la evolución de la palabra eurocomunismo confirman esta misma tendencia, demostrando la inutilización progresiva del término en este periódico, pasando desde los 436 usos de 1977 a los 4 de 2009. En la última década, el uso de la palabra eurocomunismo ha aparecido sobre todo en necrológicas y artículos fúnebres de

algunos de los protagonistas de este proyecto, siendo escasísimo artículos dedicados al tema o que hicieran una referencia directa al tema.

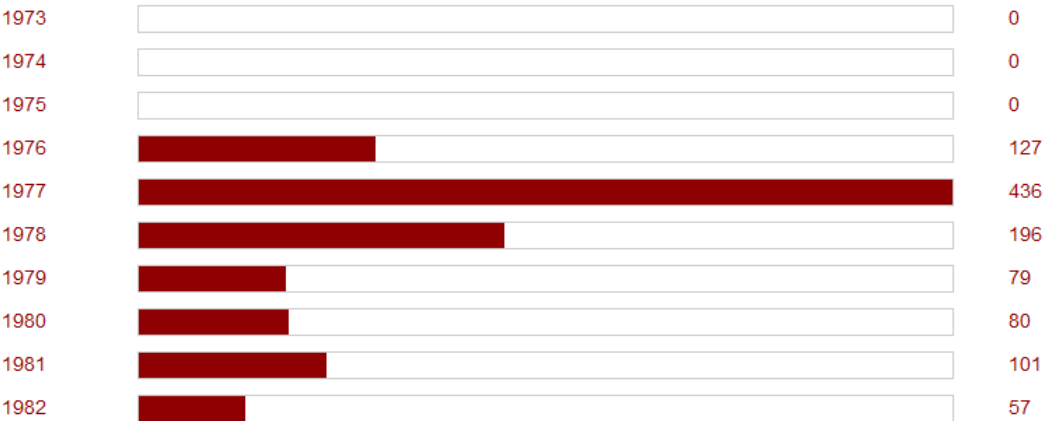
## Línea de tiempo

Tendencias en 1903 - 2009 para Eurocomunismo



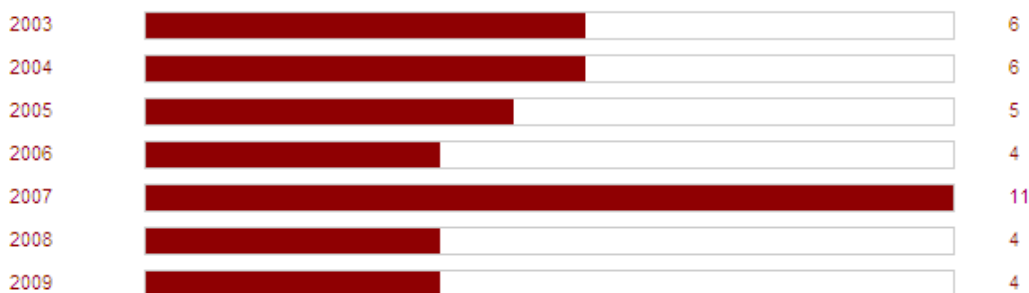
## Línea de tiempo

Tendencias en 1973 - 1982 para Eurocomunismo



## Línea de tiempo

Tendencias en 2003 - 2009 para eurocomunismo en todas las publicaciones



Debido a su novedad, el eurocomunismo no podía ver su estrategia reflejada en algún modelo exitoso, ni podía contar con ningún análisis empírico de la realidad. “Non si tratta di modelli da contrapporre all’esperienza o ai modelli degli altri, ma di una via al socialismo che emergerà come esito di uno sforzo comune, di analisi, di azione e di lotta politica, di forze comuniste, socialiste, socialdemocratiche, di ispirazione cristiana, intorno ai problemi di fondo della società contemporanea, uno sforzo comune il quale non deve intaccare l’autonomia di ognuna di queste forze, ma deve permettere ad esse di confrontare e precisare la loro concezione del socialismo, di intervenire più a fondo nel grande dibattito ora aperto in questa parte del mondo sul presente e sul futuro delle società industrialmente avanzate, sui modi per salvaguardare e far avanzare la democrazia, realizzare la partecipazione e il consenso”<sup>11</sup>; “nunca se ha impuesto un modelo que no haya sido capaz de ofrecer una prueba práctica de sus posibilidades, independientemente de su capacidad futura para mantener las promesas con las que nace”<sup>12</sup>. Por eso los comentarios de la época se movieron entre el pesimismo y el júbilo, aunque, probablemente, predominaba el escepticismo.

Tras justificar la realización de esta investigación, procedemos a continuación a detallar los objetivos que la misma tesis persigue. Partiendo de la hipótesis de que la falta de una visión objetiva del fenómeno eurocomunista haya perjudicado la reflexión en torno al tema, tras un período de elaboración y decantación, este trabajo, de forma coherente y consecuente se perfija una serie de objetivos: en primer lugar, investigar el fenómeno

<sup>11</sup> “Il dibattito ideologico sull’eurocomunismo”, de Giovanni Francesco Lucarelli, en *Ricerche Storiche*, Anno XXVIII, número 3, septiembre- diciembre 1998, pág. 587.

<sup>12</sup> “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982” de Jesús Sánchez Rodríguez en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 43.

eurocomunista, explicando sus antecedentes y las razones de su aparición en el escenario político mundial, describiendo y definiendo el proyecto político y los elementos que lo componían; en segundo lugar, se analiza el desarrollo de los partidos comunistas de Italia, Francia y España en su etapa eurocomunista, analizando las repercusiones en la política interna de cada país; en tercer lugar, se reflexiona entorno a las cumbres y encuentros eurocomunistas, así como las repercusiones de la publicación del libro *Eurocomunismo y Estado* de Santiago Carrillo; en cuarto lugar, se analiza un aspecto bastante infravalorado, el eurocomunismo económico, las propuestas de los partidos comunistas para salir de la crisis; en quinto lugar se pretende presentar de forma linear las razones del fracaso del eurocomunismo, especulando sobre ella, mostrando los límites del proyecto eurocomunista y evitando la explicación simplista del miedo a la Unión Soviética y resaltando al mismo tiempo el valor de la excesiva diferente ideológica entre los partidos que componían el eurocomunismo; en sexto lugar se reflexiona sobre el proyecto en el intento de reconocerle algún mérito aunque finalmente significó un boomerang, el fin de los partidos comunistas o su transformación; finalmente se intenta demostrar que tras su fracaso la extrema izquierda perdió su identidad. Las razones del fracaso fueron múltiples y si algunas se postularon como dificultades iniciales, capaces de condicionar vida-desarrollo del proyecto, otras se presentaron posteriormente como obstáculos ingentes.

A la hora de analizar el fenómeno eurocomunista, la dificultad mayor consiste en comprender, más allá del discurso político y de las buenas palabras, qué política pretendían seguir. Era evidente que el discurso difería de la práctica política y necesita ser encuadrado en el marco general de la crisis de la izquierda. Sin embargo, no representa tarea fácil comprender una política que se limita a los discursos y carece de una estrategia política clara y de un plan económico detallado. Los eurocomunistas buscaban la construcción de alianzas llamada concentración, compromiso histórico o reconciliación nacional con el objetivo de contar con una mayoría suficiente para adoptar las medidas necesarias para “el camino hacia el socialismo”. Pero, más allá de la aceptación democrática, resultaba bastante difícil comprender, en concreto, que era el eurocomunismo.

Partiendo de esa base, este trabajo se propone como objetivo realizar un estudio completo, historiográfico y crítico del fenómeno eurocomunista, considerando ausente hasta la fecha un análisis de este tipo. Tras el atento análisis de las fuentes archivísticas de los diferentes partidos, este trabajo intenta colmar este vacío, realizando una



reconstrucción sistemática del período objeto de estudio, presentando un trabajo que se desarrolla al mismo tiempo, según un orden cronológico y temático, partiendo de los antecedentes del proyecto hasta llegar a su final. No obstante, debido a la complejidad de la temática escogida y a la imposibilidad de abarcar de forma exhaustiva el problema, se ha intentado presentar un desarrollo equilibrado y linear de los eventos, articulando el texto según los cambios que se producían y las nuevas coyunturas históricas.

La metodología utilizada para la realización de este trabajo consistió en la investigación de unas diferentes tipologías de fuentes. En primer lugar, se ha considerado oportuno acceder a la bibliografía publicada sobre el tema tanto en castellano, como italiano, inglés, catalán y francés. Se ha tratado de la búsqueda bibliográfica de las diferentes publicaciones sobre el tema, seleccionando material en el intento de obtener una idea del panorama general sobre el estado en el que se encontraba la temática de investigación. Se han consultado libros, revistas especializadas, publicaciones de partidos, intervenciones de diferentes líderes políticos, manuales.

En el intento de alcanzar el objetivo propuesto, se ha prestado particular atención a las fuentes primarias y documentos directos, es decir a los documentos de archivo y los programáticos de los partidos integrantes el proyecto eurocomunista y especialmente a los discursos, a los Informes, a las intervenciones y a los escritos de los principales líderes políticos (Berlinguer, Carrillo, Claudín, Longo, Marchais), publicados en las décadas de los setenta. Se ha prestado particular atención a las actas de Congresos, a las declaraciones oficiales, a los artículos publicados en los periódicos y revistas oficiales del partido, considerando este material fundamental para comprender la orientación táctica y los cambios de estrategia de cada partido. Y se ha recurrido las fuentes secundarias, es decir a los ensayos y libros publicados sobre el tema, con particular interés a las publicaciones críticas, a los artículos adversos. En la misma directriz y debido a la importancia del contexto internacional para el desarrollo del eurocomunismo, se ha considerado oportuno consultar una serie de libros acerca de acontecimientos de gran calado mundial y cuya importancia tuvo repercusiones en la vida de estos partidos.

Asimismo en el análisis espacial propuesto en este trabajo, se ha considerado oportuno tratar el tema con especialistas de la materia, politólogos, profesores universitarios, testigos y personas que vivieron directamente la experiencia eurocomunista. Se han consultados libros y memorias póstumas, publicadas por los mismo protagonistas o

actores políticos de la época, a sabiendas de que, si es cierto que a veces faltaban de objetividad, ofrecían una visión diferente del fenómeno.

La búsqueda del material se ha llevado a cabo en diferentes centros y bibliotecas como el *Instituto Italiano di Scienze Umane (SUM)* de Florencia, la biblioteca de Ciencias Políticas e Historia de Florencia, y el Instituto Europeo durante una estancia de tres meses (junio-agosto 2010) o la Universidad de Ciencias Políticas de la Federico II de Nápoles; en España, en las bibliotecas de la Universidad Complutense de Madrid, en la Fundación de Investigación Marxista, en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España, en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la biblioteca de Derecho de la Universidad de A Coruña, en la biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset en Madrid. Se han consultado varias hemerotecas y la hemeroteca on-line de *ABC*, de *La Vanguardia*, de *El País*. Asimismo se han consultado periódicos y revistas extranjeras cercanas a los partidos (como por ejemplo *L'Unità*, *L'Humanité*, *Mundo Obrero*) o de carácter nacional (como *Le Monde*, *La Repubblica* o *Il Corriere della Sera*).

El presente trabajo se propone investigar el fenómeno eurocomunista, centrando su atención en las razones que determinaron el fracaso del proyecto, analizando la actividad de los Partidos Comunistas de España, Italia y Francia en la década de los setenta, en la etapa en que estos partidos empezaron a considerar la democracia como valor y medio fundamental en el camino hacia el socialismo. Por eso, analizando la evolución del discurso político de estos partidos, se ha considerado oportuno reflexionar no sólo en las consecuencias internacionales de este cambio de estrategia en la transición al socialismo, sino también en las repercusiones internas de estas decisiones, prestando atención a la evolución de cada uno de los partidos, considerando que, aunque de forma separada e independiente, su desarrollo condiciona los cambios que se realizaron en cada país.

Para realizar este estudio, se ha considerado necesario definir una serie de categorías conceptuales que permitieran comprender el desarrollo del eurocomunismo, como la relación entre democracia y socialismo, el concepto de dictadura del proletariado y su consecuente abandono, el pluralismo...

Una aclaración: a lo largo de mi trabajo, el estudio del Partido Comunista francés en su vertiente eurocomunista encontrará menos relevancia y espacio comparado con sus homólogos, de Italia y España. Esto depende de dos consideraciones: por un lado, por razones teóricas ya que la integración del PCF al proyecto eurocomunista fue voluble y poco convencida, ni aportó ningún avance a la reflexión en torno a este proyecto ya que

sus aportaciones teóricas fueron escasas, casi nulas; por otro lado, por razones prácticas, ya que el eurocomunismo del PCF duró muy poco tiempo, menos que en España o Italia y asumió sobre todo una vertiente nacional, “el socialismo con colores de Francia”, más que una dimensión internacional.

Por eso, el estudio y el análisis de la evolución del Partido Comunista italiano y del Partido Comunista español serán predominantes, analizándola de forma más detallada y amplia, dedicando mayor atención al desarrollo histórico de estos partidos, al contexto nacional en que operaron y las aportaciones teóricas al avance del eurocomunismo que ofrecieron sus líderes y los grupos dirigentes.

Por lo tanto, división en el análisis del tema y el predominio de estos dos partidos es debida al mayor interés provocado por el eurocomunismo en estos países: Italia representó la base teórica del movimiento, al mismo tiempo de constituir el país donde el partido comunista contó con mayores posibilidades de llegar en el poder por la vía legal. Por otro lado, España se presentaba como una realidad nueva, post-muerte de Franco y su Partido Comunista fue lo que más apostó por el eurocomunismo por razones de diferentes intereses. En estos países, el debate alrededor del tema fue más abierto e dinámico: se creó la ilusión que fuera posible crear una vía nacional y democrática para llegar al socialismo. Tras la definición del objeto de la tesis, resultaba necesario encuadrarlo en unas coordenadas temporales concretas, es decir, en un marco histórico determinado: se decidió por la década de los setenta hasta los primeros años de los ochenta, periodo necesario para que la investigación fuera homogénea y se permitiera la comprensión del objeto de la tesis misma. Por eso, se ha intentado analizar el desarrollo de los tres partidos comunistas desde su primer distanciamiento del centro soviético hasta el final de la experiencia eurocomunista, que, aunque con alguna pequeña diferencia temporal según el país, sella el cierre de un proyecto y abre una profunda crisis dentro de los partidos comunistas de Europa occidental. En el trabajo, se sigue la línea evolutiva de estos partidos que, moviendo desde unas posiciones ortodoxas, cuestionan, en un determinado momento y de forma conjunta, su aceptación al modelo soviético, defendiendo la consustancialidad de democracia y socialismo, renunciando a algunas de las señas de identidad del comunismo de la época.

A finales de los ochentas, los partidos comunistas de Europa vivieron procesos de cambios y transformación: mientras algunos incluso concluyeron fundando una nueva formación política (caso de Italia, un giro hacia la socialdemocracia), otros intentaron reafirmar sus señas de identidad u otros (caso español) entraron en otra organización

“mediante una fórmula que sin suponer la disolución del partido difuminaba su protagonismo ante la opinión pública”<sup>13</sup>. Tras el fracaso del eurocomunismo y un pronunciado y continuado periodo de crisis, estos partidos se vieron obligados a experimentación y evolución. En muchos casos, era la propia identidad comunista la que se debatía, tras el declive del comunismo y el agotamiento de la vía eurocomunista. Además del dominio cultural de la llamada “nueva derecha”, se asistió a la ascensión de los partidos socialdemócratas del Sur de Europa, ex penas de los partidos comunistas. Finalmente el eurocomunismo fue de corta duración mientras la esperanza de un posible incremento sustancial de la importancia de los PC en los respectivos sistemas político se vio defraudada pronto. Las buenas intenciones eurocomunistas quedaron deslucidas por las paradojas y las limitaciones que veremos a continuación.

---

<sup>13</sup> Ramiro Fernández, Luis: *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, CIS, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 2004, pág. XIII.

## **Capítulo I: Origen y definición de Eurocomunismo**

**1.1 Origen y definición de Eurocomunismo; 1.2 Aclaración etimológico-semántica; 1.3 El inicio del Eurocomunismo; 1.4 El porqué del Eurocomunismo; 1.5 El Eurocomunismo, ¿producto de las crisis?; 1.6 La crisis política; 1.7 Las primeras posturas de los partidos eurocomunistas frente a la crisis internacional**

El Eurocomunismo se presentaba como una propuesta de “coordinación de las iniciativas, una colaboración no episódica entre los partidos comunistas del Occidente capitalista y una relación unitaria con las demás fuerzas de la izquierda obrera y democrática interesadas en la lucha por la transformación socialista de la sociedad”<sup>14</sup>. Los partidos comunistas de España, Francia e Italia estaban convencidos que existían las condiciones para realizar este propósito, buscando una convergencia de posiciones entre los partidos comunistas que operaban en la Europa Occidental. Según los promotores del movimiento, se trataba de una propuesta que no comportaba la creación de un nuevo centro dirigente y que tampoco pretendía la organización de un reagrupamiento intermedio cualquiera: se trataba de dar una organización y una continuidad a las relaciones de colaboración entre los tres partidos, que se habían venido desarrollando en los últimos tiempos. Se trataba de “proponer un proyecto de amplia convergencia”, con la esperanza de que “un comunismo netamente democrático podría (...) ser un protagonista fundamental en la política de Europa occidental, en un proceso pluralista, democrático, basado en la mayoría de los votos, encaminado a mejorar la suerte de los trabajadores, a limitar la omnipotencia de los monopolios, a realizar reformas estructurales progresistas, susceptibles de abrir una vía evolutiva hacia el socialismo”<sup>15</sup>.

Reflexionando sobre el problema fundamental de la relación entre democracia y socialismo, el Eurocomunismo anhelaba moverse en una perspectiva diferente, donde la iniciativa y la aportación original de cada uno de los componentes del movimiento internacionalista en toda su plenitud y variedad pudiesen contribuir a la realización del socialismo en su país.

---

<sup>14</sup> Berlinguer, Enrico: “Nuestra lucha por la afirmación de una alternativa democrática” en el libro: *La cuestión comunista*, Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 359. Berlinguer afirmaba la necesidad de operar conjuntamente: “Da soli ci si batte male”.

<sup>15</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, El País, Madrid, 1986, pág. 265.

La crisis del socialismo y el retroceso socio-económico del capitalismo pusieron de manifiesto la “demanda” de una nueva elaboración teórica para llegar al socialismo por la vía democrática: nace el Eurocomunismo.

### **1.1 Origen y definición de Eurocomunismo**

La palabra Eurocomunismo representó un neologismo cautivador pero desafortunado, que empezó a difundirse con cautela en el lenguaje político en la primera mitad de los años setenta. Cautivador en cuanto el termino contenía la profunda aspiración de que “en los Países del Europa occidental se consoliden y avancen soluciones nuevas en la transformación de la sociedad en el sentido socialista”<sup>16</sup>. Desafortunado desde el punto de vista lingüístico, en cuanto el nuevo vocablo no parecía tener en cuenta dos factores importantes: en primer lugar, los países del Este, donde los comunistas estaban en el poder, eran tanto europeos cuanto distantes de los planteamiento del nuevo fenómeno; en segundo lugar, las concepciones del partido comunista japonés y, en cierta medida del australiano también, eran muy similares a las de los partidos comunistas europeos. Finalmente, la cautela dependía de que el neologismo no se presentaba como ortodoxo, “olía” a herejía: de hecho, los líderes comunistas delectaban con circunspección la palabra cada vez que la utilizaban o la aprisionaban entre comillas cada vez que la escribían, negándole el carisma de la legalidad, deseosos de no envenenar sobremano las relaciones con la “iglesia moscovita”. Pese a negar su paternidad y a su uso con “cuentagotas”, el termino alcanzó un gran eco en todo el mundo, llenando periódicos y animando las Conferencias internacionales.

Sin embargo, según algunos críticos, las comillas con las que se adornaba el término eurocomunismo<sup>17</sup>, le privaban de sustantividad, confiriéndole un valor transitorio y ambiguo, privándole del significado de cambio que los líderes eurocomunistas pretendían darle. La actitud crítica de los líderes europeos hacia la palabra podría encontrar su justificación en el hecho que el término nació fuera del campo marxista. Por esta razón, el uso del término resultó limitado y, en varias ocasiones, los líderes de los tres partidos comunistas prefirieron utilizar otras expresiones o formulas pertenecientes al vocabulario del comunismo internacional.

---

<sup>16</sup> Discurso pronunciado por Enrico Berlinguer, Secretario del Partido Comunista Italiano, en la Conferencia de los Partidos Comunistas europeos celebrada en Berlín, el 29 y 30 de junio de 1976.

<sup>17</sup> El 6 de enero de 1976, Jean Terfve, vicepresidente del P.C. belga, lo utilizó en un editorial del *Soir*, una vez más, entre comillas.

A coste de la exactitud y rigor semántico, la nueva palabra compuesta consiguió teñir de modernidad y atractivo un concepto como el comunista en decadencia, generando un gran interés alrededor del fenómeno. El neologismo contribuyó a propagar una sensación de modernidad, proyectando un sentido renovador a las viejas tácticas e ideología para adaptarlas a la realidad de las sociedades más desarrolladas del mundo occidental. De hecho, después de 1968, año muy controvertido y discutido, la creación del Eurocomunismo resultaba responder a la necesidad de modernización del movimiento comunista, intentando alejarlo de los “reductos dogmáticos” del pasado para dotarle de un pragmatismo realista más ajustado a la estructura político-social del momento.

De todos modos, a pesar de sus límites, la palabra Eurocomunismo tenía el mérito de definir de forma sintética la complejidad de la expresión “vía europea al socialismo”, aunque esta última lograba evidenciar el nexo con la teoría de las “vías nacionales” elaborada por Palmiro Togliatti en la mitad de los cincuenta. La vía europea representó un nuevo y más avanzado nivel de madurez, de continuidad y de desarrollo de la búsqueda togliattiana (y en parte gramsciana) en torno a la particularidad de las relaciones entre Estado y sociedad civil en Occidente.

De la misma manera, la “vía europea al socialismo” representaba un objetivo político de transición al socialismo. Su desarrollo se insertó, tanto en elaboración como en táctica, dentro de la más amplia temática sobre las posibles vías para llegar a la realización de un Estado socialista. Para alcanzar su objetivo, el Eurocomunismo necesitaba contar con la intensificación de la dimensión democrática de la temática de transición.

Finalmente, el Eurocomunismo no fue un invento, un artificio, sino más bien el resultado de la reflexión colectiva sobre la historia del comunismo europeo y, especialmente, sobre la manera para transformar la sociedad capitalista en un sentido socialista. Por esta razón, el fenómeno eurocomunista se constituyó en un proceso largo tortuoso y poco homogéneo, en medio de la desconfianza general y de las críticas soviéticas. Debido a estas dificultades y a la incapacidad de los promotores de “ir más allá”, el Eurocomunismo resultó un intento a mitad, donde las diferencias y las desigualdades de intensidad perjudicaron a los resultados: las premisas esperanzadoras de una efectiva renovación del movimiento fueron frustradas, desembocando en escasos resultados prácticos. Los efectos tangibles fueron muy reducidos y el viento de cambio sopló poco y con poca intensidad.

## 1.2 Aclaración etimológico-semántica

A pesar de su artificiosidad y del problema semántico sobre descrito, la palabra Eurocomunismo sonaba bien, se presentaba moderna y exportable; además, su indeterminación y dualidad de partida resultaba funcional al diseño de los líderes comunistas y, al mismo tiempo, a un desarrollo progresivo de su línea política.

El término no fue acuñado por un líder comunista, sino por un periodista yugoslavo, Frane Barbieri, que lo utilizó por primera vez en un periódico italiano de posiciones ideológicas adversas al comunismo, el *Giornale Nuovo* de Indro Montanelli. En un artículo publicado el 26 junio de 1975, titulado “Le scadenze di Brézhnev”, el periodista Barbieri utilizaba esta palabra para indicar la voluntad de Carrillo de alejarse gradualmente de la visión estratégica de Moscú. Desde entonces, el término designó la orientación que tendió a prevalecer en los partidos comunistas del capitalismo desarrollado, considerando que, con sus propias experiencias nacionales, habían llegado a soluciones análogas frente a problemas específicos. El inventor confesaba de haber ideado este término para librar el campo de posibles equivocaciones y ofrecer un vocablo indeterminado e impreciso: “mi sono orientato verso il termine *eurocomunismo* anche per contrastare altre formule equivoche in uso: per esempio quella di *neocomunismo*. Mi sono deciso per il primo termine perché lo ritenevo definito dal punto di vista geografico e indefinito da quello ideologico. Neocomunismo mi sembrava un concetto ideologicamente più preciso e quindi troppo impegnativo. Nell'eurocomunismo volevo insomma diluire concettualmente un fatto di per sé fluido, scorrevole, inafferrabile, al quale non intendevo certo negare in assoluto una componente ideologica, ma neppure esagerarla”<sup>18</sup>.

Sin embargo, la primera aparición de este nuevo vocablo es discutida y no todos reconocen a Barbieri como el inventor. Según Vadim Zagladin, secretario adjunto de la sección de política exterior del Comité central del partido comunista de la Unión Soviética, y los soviéticos en general, la paternidad del término correspondería a Zbigniew Brzezinski, analista en política exterior norteamericana y asesor de seguridad nacional del Presidente de Estados Unidos Jimmy Carter: Brzezinski, uno de los mayores expertos norteamericano del movimiento comunista Europeo, hablaba de Eurocomunismo en 1975, el mismo año de Barbieri. Por su parte, en el artículo “L'Eurocomunismo”, publicado en el segundo número de *Nueva Revista Internazionale*

---

<sup>18</sup> Entrevista de Manfred Steinkühler, titulada “Ursprung und konzept des Eurokommunismus”, de abril de 1977, reproducida en el *Deutschland Archiv* 4/1977, pág. 347-350.



de febrero de 1977, Ferenc Varnai atribuye la paternidad del vocablo a Arrigo Levi, director de *La Stampa*. Para Manuel Azcárate, la palabra fue inventada por el periodista Franco Ferri también de *La Stampa* de Milán para subrayar el “hecho de que los comunistas italianos y españoles poníamos cada vez más el acento en la definición democrática de nuestra política y en resaltar el apoyo estratégico a la Comunidad Europea”<sup>19</sup>.

En la misma línea, algunos recordaban que el uso del término ya era frecuente en los círculos políticos romanos, donde la paternidad se le imputaba a Lelio Basso, socialista y periodista reconocido, que además que parece advirtió a Berlinguer del riesgo de “hacer del eurocomunismo una versión actualizada del eurocentrismo socialista”<sup>20</sup>.

De la misma manera, otros periódicos internacionales combaten por la originalidad de la palabra: desde el británico *Times* al francés *Le Monde*, pasando por el italiano *Corriere della Sera*. Siempre en Italia, muchos investigadores sostienen que el primero en utilizar el término fue Alberto Ronchey en un editorial del *Corriere della Sera*, adelantándose por pocos días a *Il Mondo* donde la expresión fue utilizada por el filósofo católico Augusto del Noce<sup>21</sup>.

Desde su nacimiento, la palabra Eurocomunismo parecía designar con precisión una realidad de contornos bien definidos. Sin embargo, su uso generó las reticencias por parte de sus mismos usuarios, ya que lamentaban el carácter limitativo del término, la tonalidad regionalista y su dimensión “particular” para un ideal universalista. Aún así, el término eurocomunismo se fue extendiendo por Italia, acaparando las portadas de los periódicos norteamericanos (el *Time* del 14 de junio de 1976, le dedica un especial en el que aparece el serio rostro de Berlinguer y, junto a este, el titular “Italy: the Red Threat”), mientras seguía siendo acogida con recelo cartesiano en Francia y apenas susurrada en España. Para Sergio Segre, “eurocomunismo è una definizione recente, nuova giornalmisticamente felice e che il fatto che abbia avuto tanta eco nello spazio di poco tempo dalla propria invenzione è certamente testimonianza delle attese che circondano il significato e il contenuto che questo termine racchiude”<sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 119.

<sup>20</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 23.

<sup>21</sup> “Confesso che (...) avevo l'impressione di aver coniato [questo] neologismo (...). L'impressione era sbagliata, perché il termine era già stato introdotto dal politologo e giornalista jugoslavo Frane Barbieri (...). Tuttavia il suo discorso e il mio differivano, dato che il termine eurocomunismo può servire per designare una situazione di fatto o a definire un concetto e (...) Barbieri lo usava nel primo senso e io nel secondo”. Del Noce, Augusto: *Futuro prossimo?*, Cappelli Editore, Bologna, 1978, pág. 7.

<sup>22</sup> Segre, Segre, Sergio: *A chi fa paura l'Eurocomunismo?*, Guarnaldi editore, Firenze, 1977, pág. 13.

La palabra Eurocomunismo se impuso a pesar de una gran “competencia”: como ya hemos dicho anteriormente, la aplicación del prefijo Euro a la palabra comunismo dotaba la expresión de un carácter atractivo y moderno al mismo tiempo. Por ese motivo, desde el punto de vista etimológico, el término Eurocomunismo fue preferido a otras palabras o locuciones más complejas, que escondían dificultades añadidas: así, se preferí a la expresión *neo-comunismo*, concepto considerado ideológicamente demasiado vinculante, mientras, al contrario, la nueva palabra Eurocomunismo tenía la ventaja de aparecer “definido desde el punto de vista geográfico e indefinido por el ideológico”. De hecho, según el periodista Barbieri, “la característica fundamental de este nuevo tipo de comunismo debía ser buscada en su fluidez, mientras la componente ideológica no tenía que ser exagerada”<sup>23</sup>.

Tampoco pareció muy afortunada la expresión *posmarxismo*, indicando el surgimiento de una izquierda renovada en el contexto general de la crisis del marxismo, crisis provocada sobre todo por los acontecimientos del 1968 y que llegaron a cuestionar la existencia de la ortodoxia marxista.

De la misma manera, la palabra Eurocomunismo describía mejor el proyecto de transformación deseado por los líderes de los países occidentales respecto a las perífrasis *comunismo democrático* y *comunismo occidental*, consiguiendo alcanzar un grado de ruptura en la historia del movimiento comunista. Otros críticos quisieron definir este movimiento como *comunismo intereuropeo*, *paneuropeo* o *Europa intercomunista*: ambas expresiones no tuvieron eco y quedaron entre las tantas posibles. Desde posiciones críticas, se le apostrofó *estalinismo “iluminado y astuto”* o, “siguiendo la moda”, *eurostalinismo*, para recriminar la actitud de los secretarios de los partidos comunistas de Europa occidental, dispuestos y preocupados no tanto por librarse de la pesada sombra del líder soviético, cuanto por ennoblecer su figura y encubrir sus crímenes.

La palabra Eurocomunismo resultó más atractiva que *comunismo blanco*, expresión del politólogo Theo Sommer, consejero del canciller alemán Helmut Schmidt: Sommer hablaba de un comunismo blanco para diferenciarlo del “rojo de Moscú” y del “amarillo de Pekín”. Se le llamó también, con poco éxito, *socialismo del desarrollo*, para indicar el modelo de socialismo válido para países de capitalismo avanzado. Algunos le llamaron *comunismo reformado*, considerándolo más que revisionista en la acepción

---

<sup>23</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo*, Rizzoli, Milán, 1978, pág. 83.

histórica, como una negación de la dictadura del proletariado y del marxismo para reformar la doctrina soviética en el respeto de la democracia y el pluralismo<sup>24</sup>.

Finalmente fue preferido al término *comunismo latino* o *latincomunismo* propuesto por varios sectores<sup>25</sup> que subrayaban un grado de homogeneidad no presente en el comunismo escandinavo o anglófono: según este sector, el Eurocomunismo presentaba características comunes que derivaban por su posición geográfica, mediterránea – mientras de hecho iba formándose y desarrollándose el llamado “socialismo mediterráneo”, cuyo proyecto tomó forma y consistencia en estos mismos años, dentro de la Internacional socialista-, y su común cultura latina, junto con la abundante tradición católica y otros elementos como la experiencia de la ilustración, la “débil” tendencia a la democracia política y social, la antigüedad de un movimiento obrero autóctono y libertario.

Sin embargo, se le llamó también *tercera vía*, pese a las ambigüedades implícitas contenidas en dicha fórmula: en un primer momento, esta expresión fue bien aceptada, en cuanto indicaba “una imagen, una metáfora que indica con fuerza una exigencia política”<sup>26</sup>. La expresión *tercera vía* tenía una ventaja en tema de ambigüedad y amplitud: podía representar un nuevo intento entre capitalismo y socialismo o bien entre experiencias socialdemócratas y experiencias de los países del Este. El término indicaba “un nuevo proceso que comportaba rupturas, saltos cualitativos y cambios estructurales profundos, pero que también verá momentos ambiguos y regímenes contradictorios”.

Independientemente de quien acuñó el término eurocomunismo y de su validez expresiva, su éxito fue notable y su uso (sobre todo en la prensa) se difundió rápidamente. La difusión del nuevo vocablo respondía al deseo de cambio: los Partidos comunistas, forjados a la asombra de Stalin en los años treinta, entendieron que la aplicación del comunismo en la URSS era falaz y engañosa, resultando necesaria una revisión del concepto leninista del partido-vanguardia; además, al mismo tiempo se daban cuenta de que el *statu quo* democrático en los países capitalistas no admitía marcha atrás. La aceptación de estos puntos y una convergencia temporal de avance, hizo surgir la perspectiva de una estrategia común que se preocupase por que la idea de

---

<sup>24</sup> Los promotores de esta expresión consideraban al comunismo yugoslavo como un precursor del proceso de formación de este comunismo reformado. Y en la misma línea de forma peyorativa algunos llamaban al nuevo movimiento *eurorrevisionismo*.

<sup>25</sup> Esta definición fue propugnada por el profesor Universitario, periodista y político napolitano Giuseppe Galasso.

<sup>26</sup> Ingrao Pietro: *Crisis y tercera vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 127. El político italiano avisaba sobre la posibilidad que además de una tercera vía, “probablemente se hablará de una cuarta y de una quinta vía”.

democracia asumiese gran relevancia dentro de la política comunista, reconociendo su superioridad (“a pesar de todo” como decía Winston Churchill) sobre el resto de regímenes.

No obstante, resultaría reductivo y simplista considerar el Eurocomunismo como “uno de los numerosos modelos diferentes del comunismo soviético”, un posible nuevo cisma dentro del movimiento comunista. Como veremos más detalladamente en los siguientes capítulos, hasta el afloramiento del cisma maoísta, dentro del bloque comunista los “ismos” (trotskismo, titismo) habían sido limitados y de efectos reducidos; los diferentes desviacionismos ideológicos no constituyeron una amenaza para la primacía soviética. La Unión Soviética era el baluarte del socialismo y desorientaciones o desvíos eran controlados ágilmente por el PCUS. Pero, la génesis, la base teórica sobre que vertía el proyecto eurocomunista y la importancia de los partidos que formaron parte de este nuevo movimiento, conferían al Eurocomunismo un carácter diferente y de mayor importancia.

Según algunos exegetas del Eurocomunismo, la evolución de los partidos comunistas había dejado al descubierto el “flanco débil de pro-rusos, maoístas, trotskistas y otros grupos tomando varios de los caballos de batalla de esas corrientes e integrándolos en una concepción global propia”<sup>27</sup>. Sin embargo, esta definición representa una manera “asaz mecanicista y simplista de presentar las alternativas de la izquierda revolucionaria “versus” a la adecuada “terapia” del Eurocomunismo a los males de la sociedad contemporánea”<sup>28</sup>.

En relación con el cisma chino-soviético, hay que reconocer que algunos investigadores, multiplicando los neologismos, han hablado también de un posible “Asiacomunismo”, con su máxima expresión en la República popular de China y su manifestación en Vietnam y en Corea del Norte. Las principales características del comunismo asiático estaban representadas por la identificación con los movimientos nacionalistas y con la elaboración de la teoría de la guerra revolucionaria basada en el campesinado. Según este filón lógico, el Eurocomunismo perfilaba la posibilidad de realizar un “cisma de Occidente”, siguiendo al “cisma de Oriente” consumado en los años sesenta.

El comunismo oriental se diferenciaba del *européo* no sólo en la ubicación geográfica, sino también por el contexto en que maduró, por su desarrollo histórico y, finalmente,

---

<sup>27</sup> Consejos de Redacción de Materiales de Barcelona: “A propósito del libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”, en *Materiales*, número 4, julio-agosto de 1977, página 8.

<sup>28</sup> Albiac, Gabriel: *Debates sobre Eurocomunismo*, Cuadernos/3, Madrid, 1977, pág. 7.

por la trayectoria que siguió: su objetivo era llegar en el poder no a través de la ruptura violenta, o de una revolución armada, sino por un largo proceso de evolución y respetando las reglas democráticas. Durante este largo proceso, en los países del Eurocomunismo, se iba construyendo el embrión de un estado diferente, debido también al hecho de que en estas sociedades, el capitalismo ya había llegado a un alto nivel de desarrollo: por eso, se pensaba plantear la posibilidad de que la “destrucción” del estado capitalista pasase por una transformación democrática, ya que el aparato estatal podía resultar funcional para el diseño socialista. Los trabajadores podían ejercitar su dominio sobre la burguesía utilizando los instrumentos democráticos, en el respeto de la libertad y del sistema pluralista.

Geográficamente, el Eurocomunismo se desarrolló en Francia, España e Italia, países de capitalismo avanzado, con una matriz histórica común: en estos países, los partidos comunistas habían madurado en una realidad política, económica y social mucho más articulada y sofisticada respecto a los países del Este Europa. Estos países compartían muchos aspectos -como subrayaremos en las siguientes páginas- empezando por su ubicación en una zona tan importante como el mediterráneo, una zona donde se “superponen la latinidad y el arabismo, la cultura griega y eslava, el judaísmo y la tradición indoeuropea. Esta circunstancia ha jugado histórica, psicológica y sociológicamente un gran papel, por lo que se refiere a la formación del pensamiento mediterráneo”<sup>29</sup>.

Sin embargo, en la misma Asia existía también un partido comunista, el japonés, que, como ya hemos dicho anteriormente, compartía características con los eurocomunistas. El partido comunista japonés (PCJ) desplegaba su actividad en una sociedad altamente industrializada, regulada por un sistema parlamentario calcado en los modelos occidentales, tanto que se consideraba el archipiélago nipón como un “apéndice” oriental del mundo capitalista occidental. De la misma manera, se podía considerar al PCJ como un “apéndice” asiático del Eurocomunismo, compartiendo, con ese, principios y modalidades: al igual que el PCE, el PCF y el PCI, el partido comunista japonés buscaba una vía autónoma para llegar al socialismo.

En términos geográficos, el Eurocomunismo y su localización preocupaban y no poco: pese a desarrollarse en una porción reducida del Continente, los tres países de la Europa meridional y latina, se hallaban en una zona de gran trascendencia y significación

---

<sup>29</sup> Artículo de Alfonso Guerra, “Los partidos socialistas del sur de Europa y las relaciones socialistas-comunistas”, publicado en la revista *Sistema*, nº 15, de 1976, pág. 53.

estratégico-militar. El fin de la segunda guerra mundial y el estallido de la guerra fría colocaron el Mediterráneo en una situación, a la vez, de “centro de enfrentamiento” entre dos sistemas (capitalista Vs. comunista) y de zona de equilibrio mundial, condenada a un “contexto estático”, una salvaguardia del *status quo*.

Su trascendencia internacional determinaba el interés sobre la posibilidad de que la alternativa democrático-socialista se pudiese concretar plenamente en la Europa Latina y sobre todo, en un posible efecto de contagio en lo demás pueblos europeos (y no sólo). La emulación o la agregación al proyecto parecían probables en países como Grecia y Portugal, donde los equilibrios resultaban sumamente inestables y las fuerzas de izquierda conservaban un potencial importante. Sin embargo, el Eurocomunismo era exportable también a los países pertenecientes por antonomasia a la socialdemocracia, como Alemania o a los Escandinavos, llegando a impulsar las tendencias de izquierda en ascenso dentro del laborismo inglés<sup>30</sup>. Todo ello sin tener en cuenta la atracción que ejercían las corrientes democratizadoras en el Este europeo, reprimidas en varias ocasiones por la intransigencia soviética. Finalmente, los más optimistas consideraban que el ejemplo del avance hacia un socialismo democrático europeo hubiera podido contribuir a despertar a la izquierda crítica soviética e inclusive a la clase obrera estadounidense. Por eso, en una intervención de diciembre de 1975 ante los embajadores americanos en Europa, convocados en Londres, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger subrayaba como: “La progresión de la política de izquierda en el sur de Europa amenaza con socavar las relaciones que conciernen a la seguridad y a las políticas de defensa sobre las que ha sido edificada la Alianza Atlántica. Y esa progresión no dejará de afectar a las relaciones entre Europa Occidental y los Estados Unidos. En Italia, España y Portugal, y tal vez en Francia, asistimos al crecimiento de la influencia de los partidos comunistas y nos planteamos la cuestión de saber qué hacer”<sup>31</sup>. Añadiendo: “Una cosa debe estar clara, el dominio de los partidos comunistas en Occidente es inaceptable, y eso no tiene nada que ver con la moderación de estos partidos o con el grado de independencia en relación con Moscú”. El secretario de Estado ofreció un análisis lúcido y partidista del fenómeno eurocomunista, amonestando que “no se puede atrasar el reloj. Es más verosímil que [un partido comunista] cuando hubiese llegado en el poder intentara cambiar las condiciones

---

<sup>30</sup> Con razón, Mitterrand había subrayado “el formidable estímulo ideológico que ejercería sobre los trabajadores alemanes e ingleses” un gobierno verdaderamente de izquierda en París.

<sup>31</sup> *Le Monde* 14 de abril de 1976, citado en Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 28.

objetivas de la sociedad de modo que el proceso democrático dejase de funcionar. Nosotros tenemos que hacer todo lo posible para asegurar la supervivencia del proceso democrático y defender las orientaciones pro-occidentales de los países de Europa Occidental”<sup>32</sup>.

Por su parte, el consejero estadounidense para Europa oriental, Helmut Sonnenfeldt, expuso la necesidad de favorecer la institucionalización de la hegemonía soviética en la Europa oriental (*Doctrina Sonnenfeldt*), ya que un posible desequilibrio en el área hubiera podido poner en peligro la paz mundial: “Nuestra política (...) debe favorecer una evolución hacia la institucionalización de las relaciones entre Europa Oriental y la URSS. Todo exceso de celo por nuestra parte provocaría unos resultados capaces de destrozarse el proceso deseado que no podría volverse a poner en función durante los próximos cien años”<sup>33</sup>. En extrema síntesis, parecía que los Estados Unidos preferían conservar el “statu quo”, deseo “compartido” por la Unión Soviética.

El secretario de Estado, Kissinger volvió a criticar el Eurocomunismo (10 de junio de 1977) advirtiendo al presidente Carter de que se trataba de un proyecto “peligroso para la seguridad de los Estados Unidos, las estructuras del mundo de la posguerra y las principales alianzas de los Estados Unidos”. Y en otra entrevista añadió: “Una participación significativa de estos partidos en los Gobiernos de ciertos países europeos de importancia minaría la moral y la base política de nuestro despliegue militar en Europa”<sup>34</sup>, advirtiendo que, en este caso, podría postularse como inevitable una alianza germano-norteamericana para hacer frente al peligro del “eurocomunismo” y sus ideas de liberalización y democratización.

Finalmente, dar una definición del Eurocomunismo no representa una tarea fácil: sus potencialidades y el interés alrededor del fenómeno fueron mayores que la realidad misma. A partir de las pocas cumbres protagonizadas por los Secretarios de los Partidos Comunistas italiano, español y francés fueron elaboradas muchas definiciones para describir este nuevo movimiento. Según mi opinión, la mejor definición de este ambicioso proyecto se puede encontrar en la Declaración Conjunta del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista Italiano, firmada en Roma el 15 de

---

<sup>32</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 240. En las mismas páginas, se puede leer la afirmación cuestionable –sobre todo a la luz de la Operación Gladio de la que hablaremos más adelante: “Ciertamente, no es nuestro deber manipular las políticas interiores...”

<sup>33</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 242.

<sup>34</sup> *La Vanguardia Española*, el 11 de junio de 1977.

noviembre de 1975<sup>35</sup>. En el texto, se indica cómo según los comunistas franceses e italianos “el camino hacia el socialismo y la construcción de la sociedad socialista que ellos proponen en sus países, deben realizarse dentro del marco de una democratización de la vida económica, social y política. El socialismo representará una forma superior de democracia y de libertad: la democracia realizada del modo más completo. Dentro de este espíritu, todas las libertades, tanto si son frutos de las grandes revoluciones democrático-burguesas, como de las grandes luchas populares de este siglo, que han tenido a la cabeza la clase obrera, deberán garantizarse y desarrollarse”. El Eurocomunismo parecía animado por el “sueño de conjugar democracia y socialismo”. Entre las tantas definiciones de Eurocomunismo publicadas o que aparecieron en periódicos, revistas y libros sobre el tema, destacamos una por cada país: en Italia, en 1978, el periodista Antonio Rubbi así definía al Eurocomunismo como “semplicemente, ma significativamente, un complesso di idee e di obiettivi sui quali si è constatata una convergenza politica, la quale non annulla i tratti specifici delle vie nazionali al socialismo e la loro autonoma elaborazione da parte di ciascun partito, ma che muove dal riconoscimento che, per quanto grandi possano essere le differenze tra vari paesi dell’Europa occidentale, non ce n’è uno solo nel quale la politica del movimento operaio possa discostarsi da certi tratti comuni, caratteristici di una strategia di effettiva avanzata al socialismo di tutto l’occidente europeo”<sup>36</sup>. En Francia, el 20 de junio de 1976, Jean-François Revel, periodista del *Express*, describía los tres componentes principales de la nueva “doctrina”: “la independencia de las vías nacionales de los distintos partidos comunistas con respecto a la URSS; la aceptación de la democracia pluralista como sistema de política interior; la elaboración de una doctrina autónoma de los partidos comunistas de Europa occidental, de la que depende una coordinación de sus líneas políticas”<sup>37</sup>. Y en España, Fernando Claudín, uno de los pensadores más considerados de la izquierda española, afirmaba que “el eurocomunismo es la expresión de una evolución creciente de los Partidos Comunistas en los países de capitalismo maduro”.

En la prensa extranjera aparecieron muchas definiciones de eurocomunismo y no siempre halagadoras, entre ellas: “El ‘eurocomunismo’ es un vehículo modernizado

<sup>35</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 236-238.

<sup>36</sup> Rubbi, Antonio: *I partiti comunisti dell’Europa occidentale*, Teti, Milano, 1978, p. 25.

<sup>37</sup> *Express* del 20 de junio de 1976: en el mismo artículo el autor subrayaba como estos tres elementos no son inseparables ya que tres países que se han distanciado radicalmente de Moscú –Albania, China y Rumania– son estados totalitarios y policiaco: “la idea de una vía nacional independiente de Moscú no representa una novedad sino se asocia a la del pluralismo democrático”.



para exportar comunismo adonde sea. Sirve como medio para implantar el expansionismo soviético”<sup>38</sup>.

### 1.3 El inicio del Eurocomunismo

No se puede establecer una fecha concreta de nacimiento del Eurocomunismo, de un momento puntual de ruptura, sino más bien se trata de un proceso que empezó en diferentes momentos y se prolongó por varios años. La dificultad de establecer una fecha precisa y la consecuente necesidad de fijar “diferentes momentos o acontecimientos” a la base del Eurocomunismo son consecuencias de la presencia de múltiples explicaciones sobre la causa y razón del nacimiento-formación del eurocomunismo, como veremos en las próximas páginas. La falta de unanimidad sobre este dato supone la formulación de diferentes hipótesis y al desarrollo de muchas teorías, a veces contradictorias entre ellas.

¿Nació el Eurocomunismo en el Hotel Meliá Castilla en los días 2 y 3 de marzo de 1977, cuando se celebró la primera –y quizás única- cumbre Eurocomunista? Difícil considerar la Cumbre de Madrid como su nacimiento: fue “más bien su bautismo”<sup>39</sup>. Evidentemente el nacimiento del Eurocomunismo resulta anterior y muchos analistas y estudiosos han ubicado este acontecimiento en una fecha u otra, a veces muy distantes en el tiempo. Para algunos autores, la fecha de nacimiento del eurocomunismo coincide con la revolución rusa de 1917: según Antonio Elorza, “la génesis del eurocomunismo debe arrancar de los problemas, y de los planteamientos teóricos que acompañan a partir de 1917 al primer proceso de construcción socialista. Y concretamente de la obra del Lenin postrevolucionario. El tema no es fácil de abordar, ya que por una parte estamos ante un discurso abierto, que Lenin aplica a multitud de cuestiones concretas y que, por consiguiente, desde la toma de poder en 1917, se presta a una pluralidad de interpretaciones (...). Pero, en otro sentido, las contradicciones de este proceso, cada vez más claras en la reciente historiografía sobre la URSS, y la riqueza de observaciones críticas presentes en los textos de Lenin sobre las limitaciones de la propia revolución, la burocratización del Estado, las relaciones entre dictadura, democracia y socialismo, ofrecen suficiente base de reflexión como para fijar en ese momento el origen de una problemática cuyo punto de desembocadura es, en nuestro

---

<sup>38</sup> En un artículo titulado de Soviet Expansionist Designs, de A. V. Pier de 8 de diciembre de 1976.

<sup>39</sup> Fonvielle-Alquier, François: *El eurocomunismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979 pág. 14.

días, el comunismo democrático”<sup>40</sup>. Por lo tanto, según este autor, el eurocomunismo representaba una tendencia de renovación al campo comunista, que empezó a manifestarse con las críticas de Lenin a la construcción de la sociedad socialista en Rusia.

Por su parte, Joaquim Sempere considera que la derrota del movimiento revolucionario en Occidente en los años 1917-21 estuvo en la origen del fenómeno eurocomunista y que generó un largo proceso de rectificación de la política comunista, que partiendo de las características reales de la sociedad y el Estado en Occidente fue elaborando una estrategia y un modelo de socialismo adecuado a esta región del mundo. Para la historiadora francesa, Lilly Marcou, el Eurocomunismo nace en 1969 en la Conferencia de Moscú, aunque habrá que esperar hasta la de Berlín, de 1976, para una aparición verdadera del movimiento<sup>41</sup>.

Otros afirman que el eurocomunismo nace de las cartas de Gramsci en la cárcel. Según Pilar Brabo, el movimiento encontraba su raíz y su punto de partida en las reflexiones de Rosa Luxemburgo y en Gramsci, por sus profundas reflexiones sobre el carácter del Estado.

Según otros, el origen y las raíces históricas del movimiento eurocomunista no surgieron de la noche a la mañana, sino fruto de un proceso más largo y antiguo: por eso, hay autores que consideran el Testamento político de Togliatti (el memorial de Yalta) como punto de arranque del nuevo movimiento, como principio de una nueva línea “autónoma” y de una marcha hacia un nuevo modelo de socialismo, abogando por una vía democrática. En esta misma línea, particular relevancia tiene la opinión de uno de los protagonistas, Santiago Carrillo, que en su célebre y polémico libro *Eurocomunismo y Estado*, afirmaba: “para unos, las diferencias comenzaron a hacerse visibles tras el XX Congreso del PCUS; se acentuaron bruscamente en el 68, con la invasión de Checoslovaquia. Para otros, los japoneses por ejemplo, el punto crítico se produjo quizá en el momento en que empezaron a manifestarse las diferencias chino-soviéticas. Los comunistas ingleses elaboraron ya en los años 50 un programa en el que se preveía el paso al socialismo en la democracia. Coincidió esta iniciativa con el periodo de apertura que rodeó al XX Congreso del PCUS, en el que se estableció la

---

<sup>40</sup> Elorza Antonio, “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 69.

<sup>41</sup> Marcou, Lilly: *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Siglo XIX, Madrid, 1981, pág. 145-146.

posibilidad del paso pacífico y parlamentario al socialismo (...). Por su parte, en el 56 fueron los italianos, y particularmente Palmiro Togliatti, quienes más hondo calaron las causas de los fenómenos denunciados por Krushev en el XX Congreso, y en acontecimientos como los de Hungría. Togliatti supo tocar el punto crítico: *el problema estaba en el sistema político*. Aunque, por lo menos públicamente, no se desarrolló la crítica de este sistema, a partir de este momento comenzó a destacarse *la vía italiana* al socialismo con mayor fuerza”<sup>42</sup>.

Sin embargo, como demostración de que se trata sólo de hipótesis y que es difícil concretar una acta de nacimiento del movimiento eurocomunista, el mismo Carrillo indicaba que podía considerarse el 11 de julio de 1975 como fecha de inicio, es decir en ocasión del encuentro entre el Partido Comunista español y el italiano en Livorno. Para el ex secretario del PCE, en aquel entonces: “Berlinguer quería desbloquear el sistema italiano, y aún permaneciendo fuera del Gobierno, había conseguido ejercer una influencia real sobre éste. De esa necesidad histórica surgió la corriente que se llamó ‘eurocomunismo’. Y también surgió de la necesidad para el PCE de poner fin a la dictadura en España, (pues) sólo con una línea impecablemente democrática podíamos romper los comunistas españoles la resistencia social contra nuestro partido”<sup>43</sup>. Como veremos a la hora de analizar las cumbres y declaraciones conjuntas entre los partidos integrantes del Eurocomunismo, Berlinguer y Carrillo firman un documento en el que declaran: “La perspectiva de una sociedad socialista nace hoy de la realidad misma y se basa en la convicción de que el socialismo puede afirmarse solamente, en nuestros países, a través del desarrollo y de la plena actividad democrática. Esto tiene como base la afirmación del valor de las libertades personales y colectivas y de su garantía, la no oficialización de una ideología de Estado, de su articulación democrática, de la pluralidad de partidos en una dialéctica libre, de la autonomía del Sindicato, de las libertades religiosas, de la libertad de expresión, de la cultura, del arte y de las ciencias. En el terreno económico, una solución socialista está llamada a asegurar un gran desarrollo productivo, a través de una política de planificación democrática que potencie la coexistencia de distintas formas de iniciativa y de gestión pública y privada”<sup>44</sup>.

---

<sup>42</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 142-143.

<sup>43</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 548.

<sup>44</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 234-235. La declaración conjunta de los secretario apareció en *Mundo obrero*, tercera semana de julio de 1975.

Para otros estudiosos, nace del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular en Chile, caso que inspiró a Enrico Berlinguer para revisar la idea de transición al socialismo como enfrentamiento antagónico con un adversario irreconciliable.

Debido a la dificultad de determinar cuáles son los desarrollo ideológicos y las experiencias históricas que están en la base y dan origen a este fenómeno, podemos sostener que el Eurocomunismo fue el producto de una “dramática serie de estados de necesidad”: el proceso a Stalin en 1956; el levantamiento húngaro e insurrección de Poznan en Polonia; el cisma chino-soviético, la ruptura entre Moscú y Pekín, después de numerosos incidentes en la frontera siberiana; la “primavera de Praga” que provocó la intervención soviética para sofocarla; la represión de las disidencias internas en las democracias populares. Por eso, los partidos comunistas empezaron la “occidentalización” del comunismo europeo, considerando la necesidad de diferenciarse frente a los “modelos y guías” del Este, “reivindicando autonomía y originalidad, volviéndose hacia los filones de la tradición e ideologías nacionales”<sup>45</sup>.

Finalmente, lo que resulta claro es que, en diferentes momentos, los partidos “eurocomunistas” vivieron un momento “de gracia o capitulación”, reflexión o replanteamiento que los llevó a esta nueva formulación: para el PCE este momento fue el 1968 y la Primavera de Praga, para los italianos el 1973 y la frustración por los acontecimientos de Chile, y para los franceses el 1975 y el verano portugués. Independientemente de eso, el eurocomunismo “non è infatti caduto dal cielo sulla realtà europea degli ultimi tre anni. L’ipotesi, cattivante, di un socialismo comunista finalmente adattabile a una progredita civiltà occidentale è emersa anzitutto e poco per volta” de la evolución política de los partidos comunistas de Italia, Francia y España<sup>46</sup>.

#### **1.4 El porqué del Eurocomunismo**

La dificultad de fijar una fecha de nacimiento corresponde a la complejidad y variedad de explicaciones sobre las causas de su formación. El Eurocomunismo no fue una variante o un modelo regional<sup>47</sup> de socialismo que sobrevaluaba las especificidades de las situaciones nacionales; tampoco fue la creación de un nuevo centro organizativo del movimiento comunista internacional, un nuevo “cisma”, parecido a lo que hicieron Tito

---

<sup>45</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 24.

<sup>46</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell’ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, pág. 58.

<sup>47</sup> Como declaraba Georges Marchais en una entrevista a *L’Humanité*: “No hay, no puede haber, está totalmente excluido el hecho de que el movimiento comunista se remita a un centro de cualquier tipo, ya un centro mundial, ya un centro regional” (14 de febrero de 1977).

o Mao. Al contrario, el Eurocomunismo fue el reconocimiento de una “valoración convergente de los problemas de la democracia y del socialismo”. En sus principales rasgos, el Eurocomunismo fue el intento de crear un modelo de socialismo correspondiente a las características del occidente y, por tanto, un tipo de estrategia revolucionaria nueva. Los tres partidos que dieron vida al fenómeno reconocían que no disponían de un “modelo” de referencia a partir del cual construir su propia vía al socialismo, anunciando la creación de vías autónomas.

Como ya declaraba el secretario del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer en 1969: “las fronteras de la lucha por el socialismo no coinciden con las fronteras de los países socialistas”<sup>48</sup>. El Partido Comunista italiano, vanguardia del proyecto, proponía como objetivo lograr una comunidad de principios llamados a desempeñar un papel de unificación del comunismo europeo. Pero eso no suponía la determinación de una única estrategia dirigida por un centro único, sino una vía original al socialismo en Europa adaptada a las exigencias y a las particularidades de cada nación europea, a los rasgos comunes existentes en esta parte del continente.

Los partidos comunistas occidentales sintieron la necesidad de reivindicar su autonomía y originalidad, creando un nuevo proyecto cuya gestación fue larga, controvertida e incompleta<sup>49</sup>. Como afirmaba Lars Werner, presidente de los comunistas suecos: “El eurocomunismo en Occidente tiene raíces antiguas, profundas. Cada partido tiene en su patrimonio culturales hombres que, como Gramsci o Togliatti en Italia, han debatido los problemas de autonomía, de las vías nacionales, de la relación entre democracia y socialismo: estos hombres, de manera diferente y en relación a su contribución, son los pioneros de este giro que aún no sabemos a dónde nos llevará”<sup>50</sup>.

Al nacer, el Eurocomunismo se presentaba valientemente (aunque no suficientemente) crítico con la actuación práctica soviética, con algunos aspectos del pasado comunista, con la intangibilidad de la doctrina, las tácticas impuestas, la polarización del mundo EE.UU.- URSS, el centralismo y la dependencia a la Unión Soviética y la revolución armada.

En la sociedad estaba presente el deseo de un nuevo comunismo más realista y democrático, dispuesto a una autocrítica sin llegar a ser herejes o iconoclasta: una nueva

---

<sup>48</sup> Berlinguer, Enrico: *La Questione Comunista*, Editori Riuniti, Roma, 1975, pág. 17.

<sup>49</sup> La gestación ha sido larga, pasando “once meses, casi un año” entre la primera vez que el neologismo aparece en la prensa hasta su primer uso público por parte de unos de los líderes eurocomunistas.

<sup>50</sup> Declaración de Lars Werner, de mayo de 1977, contenida en el libro de Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 21.

formulación que tuviera en cuenta las peculiaridades del momento y las exigencias ciudadanas.

Lenin había declarado que “todo puede ser criticado desde dos puntos de vista opuestos: desde la derecha y desde la izquierda”. Mientras el revisionismo de Bernstein, que dio origen al reformismo y a los partidos socialdemócratas, se considera una “crítica a Marx” desde el punto de vista de la derecha, el eurocomunismo se podría interpretar como una análisis crítica dentro de la izquierda misma. Según el profesor Manfred Spieker<sup>51</sup>, se le puede considerar a la crítica desde la izquierda como “intento de considerar la realidad histórica momento a momento (...), es el esfuerzo de confrontar la realidad con las teorías de los clásicos; es la tendencia a extraer consecuencias de esa confrontación”. De esta manera, la crítica desde la izquierda representaría una “crítica revolucionaria viviente, precisamente de la verificación de las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin sobre la realidad, y a las correcciones que se efectúen sobre la base de esa verificación”. Sin embargo, si se creyese en la existencia de un “marxismo único” siempre-valido, cualquier intento de desarrollo ulterior y adecuación sería considerado una desviación o un sacrilegio-herejía.

En esta misma línea, el eurocomunismo representó más bien una tentación: “tentación de escapar de las ruinas del estalinismo”<sup>52</sup>, con un propuesta que despertaba el recelo de la parte más intransigente de la izquierda mundial. Tanto fue así que, para secretario del Partido Comunista de Alemania occidental (*Deutsche Kommunistische Partei –DKP*), Herbert Mies, el eurocomunismo representaba un complot, una maniobra de la burguesía internacional para crear la división en el seno del movimiento comunista internacional.

En un monográfico sobre la Dictadura del Proletariado, José Manuel Bermudo Ávila argumenta que el fenómeno eurocomunista entra plenamente en la historia del marxismo, representando, asimismo, la expresión de sus contradicciones internas: “en cada momento histórico hay una de dichas posiciones que aparece como dominante, como hegemónica. Pocas dudas caben respecto a que en los momentos de 1917-1923 dominaba la posición leninista, avalada no solamente por el argumento de la revolución triunfante (...) Y no cabe duda de que, en nuestros días, en la Europa Occidental, es dominante esa posición eurocomunista (...) Como tendencia general ha estado siempre

---

<sup>51</sup> Manfred Spieker: *Neo-marxismus und Christentum. Zur Problematik des dialogs*, Paderborn, Múnaco-Viena, 1974, citado en libro Lombardo-Radice, Lucio: *Un socialismo por inventar*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 71-73.

<sup>52</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 15.

en el campo socialista; pero su formulación concreta es el resultado de su triunfo sobre la posición dominante en la fase 1917-1923”<sup>53</sup>. Para este autor la raíz del eurocomunismo está en Togliatti y en su fórmula del frente-populista: “los esfuerzos de Togliatti por sintetizar el partido de cuadros y el partido de masas acabaron en el partido adecuado para una política frentepopulista de larga duración (...). El resultado del desarrollo de la lucha de clases a niveles nacionales e internacionales (...)”<sup>54</sup>. Para Bermudo Ávila, es la historia la que ha hecho posible la hegemonía de la alternativa eurocomunista, considerándola como reflujo del socialismo más que como pasos adelante de la clase obrera.

Es importante subrayar las peculiaridades de Europa, históricas y geográficas. Las particularidades del sistema político, del desarrollo económico y de la cultura de las sociedades y los Estados de Europa occidental obligaban a los partidos comunistas de esta área a una atenta reflexión: el tejido histórico-cultural de Europa era diferente al de otros países, la civilización europea era distinta a otras civilizaciones, ya que en los siglos se ha formado un tejido democrático capaz de crear formas de democracia política y promover amplias libertades públicas. Por eso y por el largo recorrido, las vías y los medios de revolución socialista en las sociedades “capitalistas” tenían que ser radicalmente distintas, tanto que el caso ruso más que un modelo representa un “caso excepcional”<sup>55</sup>. Y, por eso mismo, la vía europea no puede asemejarse a la vía soviética. Hasta la fecha, el mundo socialista no ha conseguido una verdadera democracia política, ni ha garantizado las libertades públicas. “la culpa no es de Marx ni de Lenin, ni tampoco del modo de producción socialista, sino más bien de las condiciones en las que se ha desarrollado la revolución socialista y la construcción del socialismo (...) Se ha desestimado la importancia del hecho político con respecto al económico, como ha recalcado, en primer lugar después de Marx, Gramsci”<sup>56</sup>.

Los promotores del nuevo proyecto esperaban que el eurocomunismo influyera en las demás naciones europeas como una mancha de aceite que podría esparcirse, pero no como modelo, ya que no había un modelo eurocomunista. El eurocomunismo no aparecía monolítico, sino más bien como una ideología común (respeto y expansión de la democracia política y de las libertades públicas) que permitía la creación de distintas

---

<sup>53</sup> J.M. Bermudo Avila, “Togliatti: entre el eurocomunismo y la dictadura del proletariado”, en *Monográfico sobre la dictadura del proletariado*, pág.101.

<sup>54</sup> J.M. Bermudo Avila, Togliatti: entre el eurocomunismo y la dictadura del proletariado, en *Monográfico sobre la dictadura del proletariado*, pág.123-124.

<sup>55</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 73.

<sup>56</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 74.

vías nacionales. La existencia de factores comunes y por consiguiente de elementos estratégicos comunes entre los comunistas del área occidental, implícitamente afirmada en las declaraciones de Carrillo-Marchais-Berlinguer, convertía en más fuerte todavía la existencia de factores nacionales. Por eso, los líderes repetían la no-existencia de una vía general al socialismo, sino caminos específicos que hacían que todo dependiese de las condiciones de lugar y de tiempo. Asimismo, afirmaban que en cada país y en cada época, las condiciones eran distintas y, por consiguiente, lo eran también las soluciones. “Es casi una tautología hablar de vías nacionales al socialismo, porque no puede haber nada más que vías nacionales al socialismo”. Si fuera así, se trataría de un socialismo de importación, mientras que, para los promotores del proyecto, existían principios o caracteres comunes, y vías nacionales.

### **1.5 El Eurocomunismo, ¿producto de las crisis?**

Algunas de las tesis más vigorosamente asumidas interpretan el eurocomunismo como la expresión de una crisis que a nivel mundial atravesaba el movimiento marxista-leninista en general. Según estas teorías, el Eurocomunismo no fue el resultado de un asentimiento e integración subalterna en el sistema occidental, sino, por el contrario, la crisis del sistema pareció conducir a los Partidos Comunistas a responsabilidades directas en sus respectivos países. La crisis hizo aparecer como posible el “desarrollo de elementos de socialismo” (Berlinguer *dixit*) tanto que los Partidos Comunistas de diferentes países sintieron la necesidad de operar un cambio en su estrategia política y en su forma de llegar poder, creando subconscientemente una ilusión para todos los países del bloque del Pacto de Varsovia afectados por procesos centrífugos latentes. En los años setenta, estos partidos, con grandes aspiraciones a gobernar, quisieron presentarse como portadores de un “viable modelo de cambio”, que, sin renunciar a los objetivos de transformación social, pudieran enmarcar el cambio en las instituciones democráticas. En Italia, en Francia y en España, se trataba de un proceso directamente proporcional: cuando más se acercaban los partidos en el poder, más se abandonaban los dogmas y se alejaban los modelos “de importación”.

La enunciación de principios comunes en declaraciones bilaterales entre los líderes de los partidos eurocomunistas suponía la creación de una estrategia común diferente a la de 1917 y a la que se había desarrollando en los países del Este Europa: una concepción nueva del “socialismo en la libertad”, una estrategia diferente para Occidente. Según algunos detractores, el Eurocomunismo había sabido “adaptarse al



viento que soplabla en el oeste”, transformando su propia organización en un sentido aparentemente nuevo, sin embargo conservando la rigidez del aparato; añadían que el Eurocomunismo se propuso como objetivo “recoger el reto trotskista del análisis de la naturaleza del estado ruso, avanzado sí con suma cautela, pero yendo en este sentido incluso más allá que algunos de los mismos grupos trotskistas”<sup>57</sup>.

La nueva estrategia política surgió como consecuencia de una doble circunstancia: por un lado, la crisis económica que afectaba a los países de la Europa occidental tras el prolongado periodo de desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial (crisis que empezó a final de los años sesenta y que resultaba ya evidente en los primeros años de los setenta); por otro lado, el triunfo de la primera revolución anti-capitalista en 1917 en la URSS evidenciaba sus límites. El atraso económico de Rusia y las condiciones económicas y políticas que rodeaban a la revolución condicionaban incuestionablemente los rasgos de la edificación del socialismo en la URSS. Desde la primera escisión en el bloque monolítico de las democracias populares, provocadas por el enfrentamiento entre Tito y Stalin en 1948 hasta el distanciamiento de algunos países como Rumania y Albania respecto de la Unión Soviética, el proceso de erosión política en el bloque comunista había asumido un carácter constante y se producía de forma “repetida”.

Por lo tanto, la crisis del sistema capitalista en su plena dimensión política y económica parecía posibilitar el socialismo en occidente, poniendo al orden del día la alternativa democrático-socialista; sin embargo, en este nuevo marco, la revolución tenía que ser el producto de un bloque homogéneo que aglutinase a su alrededor diferentes capas sociales animadas por intereses comunes.

A la crisis de las dos superpotencias, hay que añadir unas consideraciones sobre la situación de Europa como área geográfica y económico-política, ya que la “decadencia” del continente europeo no fue sólo política (pérdida de peso en el escenario mundial), sino también económica: en la década de los setenta, Europa se mostraba débil y desunida, mientras que el proyecto de crear una unidad monetaria o política encontraba grandes dificultades por la reticencia de muchos países, la desconfianza mutua y la protección de los intereses nacionales. Desde el punto de vista político, varios países se enfrentaban a graves crisis internas: mientras en Bélgica se registraba la ausencia de un Gobierno, en Holanda tardaron largos meses en formarlo; mientras en Alemania, el

---

<sup>57</sup> Consejos de Redacción de Materiales de Barcelona: “A propósito del libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”, en *Materiales*, número 4, julio-agosto de 1977, página 8.

canciller se encontraba en horas bajas –Willy Brandt fue pronto sustituido por Helmut Schmidt-, en Italia se alternaban y turnaban gobiernos democristianos, salpicados por continuos escándalos y a punto de llevar el país a la bancarrota; mientras Inglaterra podía presumir de un Gobierno sin mayoría parlamentaria, en Francia la muerte de Pompidou obligaba a adelantar las elecciones presidenciales, paralizando al país; y, finalmente, mientras Dinamarca se preocupaba por su situación económica, en España se atendía la muerte de Franco con mucha expectativa y algún temor, siendo una incógnita el post. A eso, se sumaba la grave crisis energética (de la que hablaremos brevemente a continuación) que puso de manifiesto el deseo de los países europeos de resolver los problemas financieros, económicos y de abastecimientos de materias primas de forma autónoma e independiente, en lugar de con una solución conjunta.

La crisis de los setenta ralentizó el crecimiento económico de los países capitalistas que, desde la posguerra, había sido impetuoso e imparable: crisis energética e inflación "rompieron" el ciclo económico y político creado en Bretton Woods. No cabe duda de que se trataba de una crisis nueva, que abarcaba todos los aspectos de la vida, no solo los que se refieren a la economía. Definitivamente, la crisis de los setenta no era sólo económica, sino socio-política. En su dimensión mundial, interesaba el tema de la energía, el abismo entre el mundo industrializado y la miseria de los países subdesarrollados. Se planteaba la necesidad de una nueva relación entre lo privado y lo público, entre la política y la economía, mientras se levantaban voces pidiendo una transformación del Estado.

Desde el punto de vista económico, la crisis de los setenta se caracterizaba “porque se simultanea una recesión de la actividad económica con un incremento grande del número de parados y una inflación acelerada con respecto al pasado”. Los elementos que caracterizaban esta situación, eran: los bajos niveles de crecimiento y el estancamiento productivo después de un período de elevado crecimiento, el incremento del paro -debido a una nueva división internacional del trabajo que preveía el desplazamiento de la actividad productiva hacia países con salarios bajos con consecuente disminución del coste global del trabajo- y de la inflación. Este último punto, el alza de los precios, resultaba quizás el más dramático. Sus causas fueron múltiples, las principales: el aumento de la tasa de inflación provocada por el encarecimiento del petróleo y de las materias primas, la inflación de costes salariales y de beneficio y la explicación monetarista estricta que acusa al excesivo aumento y las excesivas oscilaciones de la oferta monetaria; la escalada de los tipos de interés que

conocieron un alza espectacular, la crisis energética. Asimismo, la depresión económica provoca el aumento del déficit del sector público.

CUADRO 4.1  
*Precios al consumo. Aumentos anuales*

	1961-70	1971-76	1977	1978	1979	1980
USA .....	2,8	6,6	6,5	7,7	11,3	10,2
Japón .....	5,8	11,2	8,1	3,8	3,6	9,3
Alemania .....	2,7	5,9	3,7	2,7	4,1	3,7
Francia .....	4,0	9,0	9,4	9,1	10,8	12,8
Gran Bretaña .....	4,1	13,6	15,8	8,3	13,4	14,8
Italia .....	3,9	12,3	18,4	12,1	14,8	18,4
Canadá .....	2,7	7,4	8,0	9,0	9,1	11,5
España .....	6,0	13,0	24,5	19,8	15,7	13,9
CEE .....	3,7	9,5	9,9	7,0	8,9	10,3
OCDE .....	3,3	8,5	8,9	7,9	9,8	10,8

FUENTE: *Perspectives Économiques de l'OCDE*, diciembre 1980.

Frente a esta alarmante crisis, la primera respuesta que ofrecieron los partidos de izquierda (eurocomunistas incluidos) era una elevación sustancial de los salarios y, por tanto, del consumo popular, así como amplias nacionalizaciones de los sectores claves de la economía. Sus objetivos consistían en primer lugar en diseñar una nueva lógica de crecimiento basada en el progreso social que asegurase a la vez la estabilidad y el pleno empleo. Se trataba de reorganizar la producción, relanzar el empleo, desarrollar el mercado interior, nacionalizar empresas monopolísticas. Secundariamente, se planteaba una cautelosa y atenta lucha contra la inflación, promoviendo nacionalizaciones para evitar la especulación y el uso improductivo de recursos, control del sistema financiero, eliminación de gastos superfluos y aumento de la demanda.

Por lo tanto, en los setenta, la mayoría de los países occidentales, de economía capitalista, se encontraban en una nueva fase larga de crisis estructural que sucedía a la fase larga expansiva que para Europa venía de 1948 a 1967. Después de la segunda guerra mundial, se produjo un espectacular crecimiento económico debido a diversos factores (la baja de los precios relativos de las materias primas, la reducción de los costes, la llamada "tercera revolución tecnológica", la transformación de los procesos de producción, el aumento de la demanda de bienes).

## 1.6 La crisis política

En este contexto, como forma política e ideológica, el Eurocomunismo representaba el punto de avance frente a la crisis del “modelo soviético”, un intento de desenmascarar las contradicciones reales de la sociedad soviética en un terreno de “desestalinización del marxismo”<sup>58</sup>: parecía claro que la revolución socialista no podía triunfar en un solo país y menos en el más atrasado de Europa. Pero al mismo tiempo, la transición democrática al socialismo se podía interpretar como la “conclusión de otro tipo de análisis de las contradicciones internas de la sociedad capitalista”, según la expresión de Pietro Ingrao. Por eso el Eurocomunismo era el fruto de las crisis de ambos modelos: se trataba de dar una alternativa a las exigencias de las clases trabajadoras sin tener que agotar la vía parlamentaria democrática.

Para Fernando Claudín, uno de los más lucidos y atentos a la hora de reflexionar sobre la cuestión, y del que sorprende su clarividencia, el Eurocomunismo fue el producto de la crisis global del sistema capitalista, desatada en la segunda mitad de los años sesenta, y del abismo en el desarrollo histórico entre el modelo revolucionario de Rusia y los países occidentales. Según el ex dirigente comunista, en los dos períodos en los que la Unión Soviética pacta con las “democracias capitalistas” (1934-8 y 1941-7), se producen las primeras iniciativas autónomas en los partidos comunistas, tanto en el Este como en el Oeste, buscando vías nacionales al socialismo de carácter democrático y pluralista. No obstante estas primitivas iniciativas se vieron dramáticamente condicionadas por el reparto de las “zonas de influencia” en la Conferencia de Teherán (noviembre de 1943), en Potsdam (julio de 1945) y en Yalta (febrero de 1945). Después de los severos años de Stalin en el poder, donde aumenta la subordinación de los partidos comunistas a la hegemonía del PCUS, el XX Congreso favoreció la reaparición de estas tendencias centrífugas. 1968 representa un año crucial en la evolución de los partidos comunistas de Europa occidental: la invasión de Checoslovaquia provoca que, por primera vez, estos partidos manifiesten –ora tímidamente, ora de forma tajante– su desacuerdo respecto a la actuación soviética, sin llegar a cuestionar el carácter socialista de la Unión Soviética. Según Claudín, a partir de este momento, se agrava la separación y se manifiesta la existencia del Eurocomunismo, mientras la conferencia paneuropea de los partidos comunistas en Berlín de 1976, representa la primera confrontación pública

---

<sup>58</sup> Christine Buci-Glucksmann: “Eurocomunismo y problema del Estado. Gramsci en cuestión”, publicado en *Dialectiques* n° 18-19, primavera 1977 y inserto en el libro *Gramsci y el Eurocomunismo*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 71.

entre los dos “bandos”. A partir de este momento, los tres líderes eurocomunistas se distancian de Moscú, cuestionando su rol de “centro dirigente” y apostando por la consustancialidad de socialismo y democracia. De esa manera, Claudín explica el nacimiento del Eurocomunismo en la “simultánea” crisis del modelo capitalista y socialista de construcción del socialismo.

La crisis general de las sociedades capitalistas generaba un nuevo debate sobre la posibilidad de implementar el socialismo en estas sociedades: pero la inadecuación de la estrategia seguida en la URSS y en los países satélites para hacer la revolución<sup>59</sup>, combinada con la insatisfacción por el modelo de sociedad y de estado vigente en los países que habían hecho la revolución, obliga a los Partidos Comunistas de los países capitalistas a la reflexión sobre qué tipo de socialismo podría resultar válido y eficaz. Por lo tanto, los líderes de los Partidos Comunista italiano, francés y español, se enfrentaban a una situación que requería cambios: en ningún país del capitalismo avanzado se había producido una situación revolucionaria correspondiente al modelo clásico, ni la revolución entendida como asalto en el poder por una vanguardia proletaria marginada de la sociedad, ni el derrumbe del capitalismo como culminación inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas<sup>60</sup>.

Este punto merece una profundización: no cabe duda de que las revoluciones socialistas a las que hemos asistido a lo largo de la historia se han producido de forma diferente a la que preveían los fundadores del marxismo. Si analizamos los acontecimientos de la Unión Soviética y su “exportación” de los principios de la revolución a los países del Este Europa, podríamos descubrir de forma inmediata esta incongruencia. Según las concepciones de Marx y Engels, la revolución tenía que ser un proceso de carácter mundial, que empezando en el corazón del mundo desarrollado, es decir, en aquellos países donde el capitalismo había llegado a su desarrollo más elevado, se extendiese rápidamente al resto del mundo. Según esta teoría, el cambio revolucionario se iba a propagar de forma natural e inevitable a los demás países, sin constricciones o pausas: de esa manera, la idea de revolución socialista era descrita como una revolución de carácter mundial e irrefrenable.

Analizando los escritos de los fundadores del marxismo, parece evidente la visión del proceso revolucionario como una unidad global, como una fase histórica, una etapa en

---

<sup>59</sup> La estrategia surgió a partir de la Tercera Internacional.

<sup>60</sup> La idea de un derrumbe “fatal, inevitable e inmediato” del capitalismo iba desapareciendo, dejando el paso a la idea de unir las fuerzas sociales y políticas para una transformación democrático-socialista de la sociedad.

el desarrollo de la humanidad. Las condiciones para romper con el capitalismo y realizar el cambio en la anhelada nueva sociedad socialista podían madurar solamente en aquellos países donde se había consumado la revolución industrial, se iban radicando los principios democráticos y creando una cultura en cierta medida socializada. Por lo tanto, los países con mayor desarrollo económico (y consecuentemente de civilización), con proletariados más numerosos (y consecuentemente conscientes) tenían que protagonizar y hegemonizar la revolución socialista a escala mundial. Finalmente, los padres fundadores del marxismo creían que la revolución iba a ser rápida, determinando un efecto dómino en los países más atrasados, impulsando sus caminos hacia la revolución. Resumiendo, podríamos decir que en la base de la teoría marxista para la transformación de la sociedad capitalista, estaban presentes tres elementos: revolución a escala mundial, vanguardia de los países desarrollados, extensión rápida del proceso revolucionario una vez iniciado.

Sin embargo, la realidad histórica introdujo variaciones notorias e infaustas en su aplicación. A los protagonistas del eurocomunismo les pareció evidente que, tras un análisis de la trayectoria de las revoluciones realizadas en el mundo a partir de la revolución de 1917, evidenciaba que las condiciones preconizadas por el marxismo habían sido eludidas. Por eso, en los setenta, las perspectivas del modelo de Octubre ya parecían inviables.

La revolución de Octubre arrojó la semilla del socialismo en una tierra priva de tradiciones democráticas; de hecho, hay que tener en cuenta que la Revolución Soviética se produjo en un país donde el desarrollo capitalista estaba ausente o no había hecho más que empezar, mientras la estructura económica y el sistema social continuaban siendo feudales, la economía agrícola.

El Estado surgido de la teoría y práctica leninista no encajaba, en rigor, en ninguno de los moldes teóricos que había venido modelando la lucha por el socialismo: ni estado obrero ni estado burgués, ni poder de los soviets ni poder democrático. Las formas jurídicas nacidas de la insurrección armada bolchevique resultaban difícilmente comprensibles tanto desde las tesis marxista de la dictadura del proletariado como desde las interpretaciones democratizadoras de este principio por el ala izquierda de la socialdemocracia alemana (como Rosa Luxemburgo, de la que hablaremos en el siguiente capítulo).

Las críticas de los partidos comunistas al centro soviético aumentaron a medida que se iba modificando el carácter de la dirección del partido y del Estado en el país euro-

asiático. Sobre todo, los partidos comunistas occidentales empezaron a darse cuenta de que el Partido Comunista de la Unión Soviética pasaba gradualmente pero irremediablemente de revolucionario en sus primeros años a convertirse en expresión de una nueva “clase dominante” engendrada por el régimen social edificado bajo la dictadura de Stalin. La URSS no se había convertido en un régimen socialista, ni de transición al socialismo: si el sacrificio de la democracia parecía necesario en la etapa inicial, su liquidación era cada vez más total, aunque se intentaba conservar la apariencia. La razón de Estado, o bien de la nueva clase dominante, desplazaba a la “razón revolucionaria” en la gestión del poder y de las relaciones con los partidos comunistas.

En el modelo soviético, el partido único, incrustado en el aparato del Estado, no representaba un instrumento de la clase obrera, sino, lamentablemente, un instrumento inercial al servicio de la capa burócrata. La ausencia de libertad impedía a la propia sociedad dotarse de mecanismos de participación y autocorrección de los fallos del sistema. El Estado soviético, tal y como fue estructurado en el periodo de Stalin y después del mismo, resultaba bastante diferente al estado socialista imaginado por Marx y Engels.

De la misma manera, el cambio resultaba radical en política exterior: “el internacionalismo proletario se metamorfosea en fórmula que justifica ideológicamente la instrumentalización de los partidos comunistas para los fines que interesan a la política exterior o interior del Kremlin, aunque sean contradictorios con las necesidades de la política nacional de dichos partidos”<sup>61</sup>. Por lo tanto, la noción de “dictadura del proletariado” perdía el contenido democrático que tenía en Marx para convertirse en etiqueta mistificadora de la dictadura de la nueva clase sobre el proletariado. “El marxismo-leninismo se vacía de la esencia critico-revolucionaria y del postulado de rigor científicos propios del pensamiento de Marx, transformándose en escolástica justificadora del nuevo orden clasista”<sup>62</sup>.

De ahí el deseo (eurocomunista) de rediscutir los términos de la cuestión y el intento de que las fuerzas revolucionarias de los partidos comunistas de los países desarrollados fueran capaces de transformar estas sociedad. Pese a resaltar los progresos económicos y sociales realizados por la URSS, los tres partidos “euro-comunistas” deseaban inspirarse en algo novedoso en su organización política e ideológica. Los PC

---

<sup>61</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 35.

<sup>62</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 36.

occidentales declaraban su voluntad de “elaborar una estrategia revolucionaria y un tipo de sociedad socialista adaptada a la configuración económica, social y política en que actuaban”.

En este contexto, como veremos más adelante, no cabe duda que la reprimida primavera de Praga de 1968 representó el momento decisivo para el cambio, ya que, desde este momento, “il comunismo europeo fece un salto qualitativo (...) [e] incominciò a parlare in modo sempre più critico dei problema irrisolti della democrazia negli ordinamenti dei paesi socialista”<sup>63</sup>. Entre los países de la Europa Oriental, Checoslovaquia era el único país industrializado que contaba con la experiencia de la democracia parlamentaria y donde el Partido Comunista había desempeñado una función importante aun antes de la Segunda guerra Mundial. Las consecuencias del XX Congreso del PCUS, con el proceso de destalinización, confluyeron en una “revolución silenciosa” animada por el deseo de dotar al país de un nuevo rumbo: por eso en Checoslovaquia se creó un movimiento renovador que quería dinamizar la vida política nacional o bien realizar una renovación democrática de la sociedad socialista bajo la guía del partido Comunista y de Alexander Dubček. Sin embargo, el intento provocó la reacción soviética que invadió el país, terminando violentamente con la primavera de Praga<sup>64</sup>.

Los problemas a que la teoría y práctica socialistas tenía que enfrentarse obligaban a los partidos comunistas a elaborar un nuevo modelo de democracia socialista y un nuevo modelo de civilización industrial que proporcionase la canalización de los nuevos movimientos sociales de estos años y el replanteamiento de la idea misma de revolución.

En los años setenta, el comunismo sufría duros ataques por parte de la propaganda capitalista y la “exaltación” de algunos aspectos negativos en la aplicación práctica soviética contribuía a empeorar su imagen. En el mundo occidental, se acusaba al comunismo soviético de ateísmo feroz, de una interpretación rígida y materialista de la Historia, de una dogmática férrea, de la anulación de la personalidad individual dentro de un contexto de militancia, de la sustitución de la voluntad personal por una voluntad impuesta, centralizada y despótica. Finalmente se evidenciaba la adopción del partido único y la dictadura como forma de gobierno; contemporáneamente, se acusaba los países de la Europa del Este de obediencia ciega al centralismo de la URSS.

---

<sup>63</sup> Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991, pág. 686.

<sup>64</sup> La Primavera de Praga, los acontecimientos relacionados y la reacción de los tres partidos comunistas de la Europa capitalista son descritos de forma más amplia y detallada en el siguiente capítulo.



### **1.7 Las primeras posturas de los partidos eurocomunistas frente a la crisis internacional**

En los setenta, en los tres países de la Europa meridional, la profunda crisis económica y social se combinaba también con la crisis del sistema político, democristiano, franquista o golista que fuera: parecía posible que las fuerzas de izquierda pudiesen convertirse en las mayoritarias y hegemónicas. En estos países, el Partido Comunista era el componente esencial de la izquierda, antagónica y de oposición, dotando de esa manera al entonces fenómeno eurocomunista de una candente actualidad.

A partir del final de los sesenta, el panorama internacional, positivo hasta entonces por el desarrollo económico y los milagros, comenzaba a nublarse. La crisis del sistema monetario internacional (1967), la crisis socio-política en Francia e Italia de 1968, la Primavera de Praga mostraban un cambio internacional: la crisis no era sólo económica, sino también social, política e ideológica. La crisis era mundial en el sentido que englobaba al mismo tiempo al sistema capitalista y al socialista.

Sin embargo, la dimensión política de la crisis se manifestó con especial agudeza en Europa Occidental; penetrando aún más, podemos descubrir como la Europa meridional representaba el eslabón más débil del sistema imperialista, donde no se trataba de una mera inestabilidad política, sino de una crisis de los partidos de gobierno y de los regímenes, que tendía a desembocar en verdaderas crisis sociales. Dentro de los países del área, las relaciones de fuerzas cambiaban sustancialmente, dejando abierta la posibilidad que a las fuerzas de izquierda asumiesen por primera vez el poder. Además, los regímenes dictatoriales de Portugal, Grecia y España se hundían, al mismo tiempo que los partidos de izquierda en Francia e Italia crecían como votos (e influencia en las respectivas sociedades).

En Italia, el avance electoral del Partido Comunista había sido espectacular, tanto que logró acercarse, por primera vez en su historia, a la mayoría relativa de los votos, pudiendo, por fin, aspirar a gobernar el país. La lucha social y política rodaba en torno al problema de qué salida dar a la crisis económica que afligía al país. Al boom económico (el famoso “milagro italiano”) y al fuerte crecimiento de los años cincuenta y sesenta, siguió un periodo de gran crisis, estratificación social y dificultades financieras. La década de los setenta se presentaba particularmente dura y difícil: en un informe presentando en octubre de 1976 ante el Comité Central del partido, el secretario del PCI, Enrico Berlinguer afirmaba que “la crisis general de la sociedad italiana había llegado a un punto límite”, al grado que Gramsci denominaba “los confines de

soportabilidad social, el umbral crítico”<sup>65</sup>. Por eso, el partido comunista italiano apostaba por una política de transformación de la sociedad, por una renegociación de las bases sociales y una nueva orientación socialmente equitativa. Las precarias condiciones del país obligaban a los partidos (tanto de izquierda como de derecha) a la búsqueda de una alternativa: el PCI se ponía en la primera línea y avanzaba en votos y consensos.

Contemporáneamente en Francia, la situación resultaba parecida: el movimiento de mayo de 1968 contribuyó a la decadencia del golismo, que se aceleró inequívocamente con la muerte del mismo General De Gaulle. La elección de Valéry Giscard d’Estaing como Presidente y el nombramiento de Jacques Chirac como jefe del gobierno no fueron suficiente para arrestar la crisis: el nuevo ejecutivo, caracterizado por el nacionalismo-populista golista, se enfrentaba a una grave crisis y a un avance significativo de los partidos de izquierda. Las huelgas generales y la organización de varias movilizaciones demostraban la existencia de un malestar generalizado y un fuerte deseo ciudadano de cambio.

En España, la situación se presentaba más complicada y llena de incógnitas: mientras las divergencias ideológicas con la URSS ya empezaron a manifestarse de forma clara a final de los años sesenta<sup>66</sup> y fueron agravándose con la invasión de Checoslovaquia, la situación interna se mostraba muy oscurecida. Sin embargo, la muerte de Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975 hizo precipitar el proceso de descomposición de la dictadura. Al desaparecer el dictador, las fuerzas democráticas no parecían preparadas o en condiciones para ejercer su papel: se trataba de falta de influencia o bien su grado de organización y unidad resultaba insuficiente. La búsqueda de objetivos y resultados inmediatos resultaba muy difícil: la población se encontraba aún paralizada entre el desconcierto, la perplejidad, el escepticismo, la indiferencia política, o, finalmente, el miedo a la represión. Sin embargo, el deseo de cambio coincidía con la exigencia de libertad y democracia, sensaciones que crecían en la nueva situación. Era necesario transformar el régimen político, reformar el régimen social y modificar el económico. Se abría una nueva etapa, de lucha por la alternativa democrática, liquidando el franquismo

---

<sup>65</sup> Publicado en el periódico italiano *L’Unità* los días 18 y 22 de octubre de 1976.

<sup>66</sup> Ya en septiembre de 1973, en un informe de Manuel Azcárate al Comité Central, la crítica del Partido Comunista español a la política soviética había aumentado de intensidad: el PCE planteaba la necesidad de que los partidos comunistas de Europa occidental luchasen por una Europa independiente y democrática, “no sometida a la hegemonía de ninguna gran potencia”, criticando de “pasada” la democracia de los regímenes del Europa del Este, considerando que gran parte de sus defectos nacían del papel predominante del Estado y de la fusión Partido-Estado.

y creando nuevas condiciones sociales. Las fuerzas políticas de izquierda, independientemente de su capacidad política, querían asumir un nuevo papel en un estado renovado, favoreciendo la alternativa democrática, potenciada hacia el socialismo.

Este breve análisis de las condiciones socio-política de estos tres países de la Europa meridional muestra como estaban en marcha procesos de crisis y deseo de cambio que, pese a su natural diferencia, revelaban algunos elementos en común: en primer lugar, en los tres países no se aspiraba a un simple cambio de gobierno o a una política reformada dentro del marco de una misma orientación fundamental: al contrario, se trataba de un concreto deseo de cambio, de un estudio profundo de la crisis de la sociedad, exigiendo una ampliación y profundización de la democracia, tanto en las esferas políticas como de la producción. Se advertía la necesidad de realizar una modificación real (y radical en el caso de España) de las estructuras y del aparato del Estado, con consecuente reflejo en la sociedad civil. En segundo lugar, las fuerzas políticas, sindicales y culturales que luchaban por la realización del socialismo contaban con el apoyo no sólo de la mayoría de los trabajadores, sino también de otros núcleos sociales e importantes sectores de la sociedad. Esta realidad, que parecía más evidente en Italia y Francia, iba preparándose también en España: la presencia de un amplio sector de izquierda deseoso de cambios en general, hacía posible que en estos tres países se plantease concretamente la alternativa democrática-socialista. De hecho, la amplitud de las fuerzas de izquierda, su capacidad de “llenar plazas” u organizar huelgas dejaba entender que fuera posible en futuro la obtención de la mayoría. Finalmente y en tercer lugar, el eje político comunista-socialista constituía en los tres países la columna vertebral del bloque político y social dispuesto y capaz para operar como protagonista la transformación socialista. Sin embargo, el equilibrio interno entre comunista y socialista era diferente en cada país: en Italia, el eje se inclinaba netamente del lado comunista en todos los aspectos, tanto que el PCI eclipsaba el partido socialista; en Francia la situación se presentaba más complicada en cuanto que, si era efectiva la preeminencia del lado socialista en el plano electoral, el partido comunista se distinguía desde el punto de vista de la organización y implementación en la clase obrera; en España, la situación aún no se presentaba clara, aunque parecía poder asemejarse al caso francés.

A la hora de analizar esta situación y su coyuntura, se podría dar relevancia a otras similitudes y a múltiples diferencias, más o menos relevantes; sin embargo, merece la pena destacar sólo un aspecto más que afectaba a los tres procesos: su relativa sincronía.

La coincidencia temporal, la simultaneidad en la exigencia de cambio y la contigüidad geográfica hicieron que las influencias entre ellos fueran apreciables y el deseo de operar conjuntamente también.

Sin embargo, los tres partidos consideraban que la derrota democrática de las fuerzas de derecha en el terreno político y económico por una “mayoría popular hegemonizada por la clase obrera” no hubiera significado el comienzo del socialismo, sino de una fase de transición al socialismo, cuya duración podía ser variable. La etapa de transición asumía diferentes nombres: según el Partido Comunista francés había que llamarle de “democracia avanzada”, mientras para el Partido Comunista italiano era “una nueva etapa de la revolución democrática”. Finalmente, el Partido Comunista español la consideraba como una primera “época de democracia política y social”. Independientemente del “sufijo”, el socialismo representaba la fase de transición que mediaba entre el capitalismo y la creación final de una sociedad sin clases, comunista: este periodo empezaba con la conquista del poder político por parte de la clase obrera y sus aliados, proseguía con la adopción de las primeras medidas encaminadas a la apropiación social de los medios de producción y terminaba con el final del conflicto de clases en una sociedad sin clases. La transformación política del Estado se completaba con la evolución económica y social, democratizando la sociedad civil dotándole de un carácter socialista.

Ahora bien, parece legítimo preguntarse si existían diferencias sólo semánticas entre las diferentes etapas de transición o los partidos preveían diferencias sustanciales en sus aplicaciones. En realidad, las diferencias eran leves y marginales, limitándose a pequeños matices. Según el PCI, su etapa democrática se caracterizaba por una mayor indeterminación, presentándola como un proceso gradualista en el que iban surgiendo “elementos de socialismo”. Dichos elementos iban a determinar una nueva lógica cuyas condiciones eran contenidas dentro del proyecto denominado *compromiso histórico*, del que hablaremos más detalladamente a lo largo de la investigación. En cuanto al PCF, el camino entre “democracia avanzada” y socialismo había sido sintetizado en el XXII Congreso del partido, donde se declaraba: “entre la fase definida por Programa Común y un socialismo con los colores de Francia no hay una muralla: el socialismo será la democracia llevada hasta el fin, es decir, la extensión de la propiedad social, bajo formas diversas, a todas las grandes unidades de producción, el comercio y los servicios (...) será la afirmación de las capacidades de la clase obrera en el seno del poder

político del pueblo trabajador, y la posibilidad de ir más lejos en la vía de la emancipación social”<sup>67</sup>.

Finalmente, en el Manifiesto-Programa, el Partido Comunista español declaraba que “el socialismo es una fase de transición hacia el comunismo, que va superando diversos niveles y que no puede estancarse”<sup>68</sup>. Dentro del mismo texto, se añadía que “la democracia política y social representará el paso a la propiedad social de los instrumentos económicos y financieros decisivos, hoy en mano de la oligarquía. Será, por tanto, un avance de importancia histórica hacia la socialización de los medios de producción. Pero no será todavía el socialismo”<sup>69</sup>. Además, en estas páginas, se precisaba que denominar ya socialista a un régimen de estas características equivaldría “a rebajar el socialismo, que no es sólo un sistema de propiedad social del conjunto de los medios de producción y de cambio, sino una nueva civilización, con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de la conciencia individual y social, de relaciones de igualdad y libertad (...)”.

Sin embargo además de muchas afinidades y analogías, los tres partidos comunistas mostraban algunas pequeñas diferencias, determinadas sobre todo por las vicisitudes histórico-políticas del último siglo. En primer lugar emergía un diferente grado de influencia del Komintern y del estalinismo en la fisonomía de los tres partidos, dependiendo de la observancia de sus secretarios o grupos dirigentes respecto a la Unión Soviética. Así que, mientras los cuadros dirigentes del partido comunista italiano y español se habían formado a la sombra del Kremlin, los dirigentes del PCF pudieron contar con mayor independencia: sin embargo, el Partido Comunista francés resultaba el más fiel interprete de la política soviética en Occidente, tanto que se le consideró el “hijo predilecto” de Moscú. Contrariamente, el PCE, pese a su clandestinidad y falta de un territorio donde operar, supo desarrollar una marcada autonomía respecto al PCUS, en virtud de las fuertes personalidades que gestionaron el partido en estos años y sus capacidades de quedarse al margen de la política soviética. Finalmente, la posición del PCI era la más compleja: Togliatti pasó de fiel y potente emisario de Stalin en Occidente a crítico y teórico de la “vía nacional al socialismo” después del viraje de Salerno y de la voluntad de crear un “partido nuevo”. Además, el pensamiento de

---

<sup>67</sup> Fabre Jean, Hincker François, Sève Lucien: *Les communistes et l'Etat*, Sociales, París, 1977, pág. 210.

<sup>68</sup> Dolores Ibarruri, Santiago Carrillo y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, pág. 143-144.

<sup>69</sup> Dolores Ibarruri, Santiago Carrillo y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, pág. 184 y ss. Estas páginas se publicaron en el folleto con los materiales de la II Conferencia Nacional del Partido Comunista de España, en una edición del PCE.

Gramsci, que según algunos resultó inspirador del movimiento eurocomunista, alimentaba ese deseo de asumir una posición más idónea al tipo de sociedad italiana, profundamente diferente a la rusa de 1917.

Sin entrar demasiado en el detalle, las diferencias principales entre los tres partidos comunistas pueden ser resumidas en las siguientes: en primer lugar, los partidos no contaban con la misma red organizativa, mientras el Partido Comunista italiano consiguió plasmar a una organización capilar y bien organizada, en Francia el Partido mostraba su dificultad paraa crear una red organizativa difundida debido a que en principio se asistía a un circunscrito y reducido grado de participación de las masas y “a un limitado grado de institucionalización de las divisiones sociales”<sup>70</sup>.

En segundo lugar, se presentaba una diferencia evidente en la formación de los grupos dirigentes: mientras el politburó de PCI y del PCE provenían de la lucha “partigiana”, formados en condiciones de clandestinidad, lo del PCF eran diligentemente seleccionados dentro de la clase obrera. En tercer lugar, mientras el Partido Comunista italiano y el español manifestaban una vocación internacional, el PCF mostraba un acentuado carácter nacionalista, de ascendente jacobino<sup>71</sup>. Finalmente, a diferencia del PCI que podía contar con una amplia presencia dentro de la sociedad italiana y del PCE que empezaba su labor de “ingreso” dentro de la sociedad española, el PCF se caracterizaba por un reducido grado de homologación política dentro de la sociedad francesa; el constante proclamarse partido “anti-sistema”, el rechazo por una estrategia gradualista de integración y el propósito constante de determinar una ruptura siguieron representando características del partido comunista francés también durante su etapa eurocomunista<sup>72</sup>.

---

<sup>70</sup> Bartolini, Stefano: “Il P.C.I. e il P.C.F.: vie nazionali e contesti nazionali”, pág. 163 en Belligni, Silvano: *La Giraffa e il Liocorno. Il P.C.I. dagli anni '70 al nuovo decennio*, Franco Angeli, Milano, 1983.

<sup>71</sup> Duhamel, Olivier y Weber, Henri: *Changer le P.C.? Debats sur le "gallocommunisme"*, Puf, París, 1979.

<sup>72</sup> Timmermann, Heinz: *I partiti comunisti dell'Europa mediterranea*, Bologna, Il Mulino, 1981.

## **Capítulo II: Descripción del Eurocomunismo y de sus elementos**

**2.1 Descripción del Eurocomunismo; 2.2 Elementos del Eurocomunismo; 2.3 Partidos integrantes del movimiento eurocomunista; 2.4 La relación entre democracia y socialismo; 2.5 El abandono de la Dictadura del proletariado; 2.6 Pluralismo y vía parlamentaria.**

Puede que la mejor definición de lo que quiso ser –y no pudo ser- el Eurocomunismo, se encuentre en el discutido y controvertido libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*: “Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los Estados Socialistas, sin por ello dejar de ser internacionalistas”<sup>73</sup>.

La mentalidad reformista de los partidos comunistas de Francia, España e Italia, la “rehabilitación” de la transición pacífica y parlamentaria al socialismo, la defensa de las libertades civiles y políticas, el pluripartidismo, presentes e indicados como elementos novedosos del Eurocomunismo son temas ya antiguos que proceden de la problemática de los frentes de guerra y por lo tanto no resultan elementos tan sensacionales. Sin embargo, en su enunciación eurocomunista, estos propósitos tienen una ambición más elevada y amplia: el Eurocomunismo parece proponer, entre sus prioridades, la de subsanar el mayor fallo de las democracias socialistas, es decir, su incapacidad para integrar la libertad con el tipo de Estado emanado. Después de haberse dado cuenta de que el modelo socialista propuesto por la URSS no llevaba forzosamente la libertad en su equipaje, los partidos eurocomunistas postulaban la formación de un nuevo modelo, con características propias, alguna nueva, otra antigua. No se trataba de insistir en el carácter intrínsecamente democrático del socialismo por una cuestión “meramente

---

<sup>73</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 141.

formal”, sino de recurrir a ese dualismo como premisa fundamental con grandes consecuencias prácticas. Estos partidos se vieron obligados a rechazar y cuestionar diferentes aspectos y conceptos imperantes dentro del régimen soviético (dictadura del proletariado, culto a la personalidad, maquiavelismo cínico y burocrático, ausencia de espíritu crítico y falta de libertades políticas) para que, en sus respectivos países, dejaran de percibirles como “partidos extranjeros”, tratados con hostilidad y desconfianza, rodeados de recelos y sospechas, ya que incluso se llegaba a temer que podrían llegar a traicionar los intereses patrios para favorecer la Unión Soviética.

El análisis de los aspectos históricos del Eurocomunismo y de sus elementos resulta de gran importancia sobre todo porque el tema ha sido objeto de muchas críticas y varios le han negado sus “señas de identidad”. La falta de una base histórica irrefutable ha representado un tema habitual para desautorizar las propuestas del comunismo democrático, tendiendo los más críticos a presentarlo como una “desviación de última hora, comparable a tantas otras anteriores, o cómo un último peldaño que viene a refrendar la socialdemocratización evidente de los partidos comunistas de Europa Occidental”. No obstante, resulta claro que a través de su acción, los partidos comunistas de la Europa del Sur intentaron dotar al movimiento comunista de un nuevo ritmo y llevar a cabo una transformación tan necesaria cuanto tardía. Por eso, el Eurocomunismo, con su pretensión de representar la vía democrática al socialismo, constituía una novedad: no existía ninguna experiencia histórica que enseñase el camino, mostrase cómo acceder a una sociedad socialista a través del juego democrático (pero, como recordaba Claudín en 1977, “tampoco existen países que hayan alcanzado el socialismo por vía no democráticas”<sup>74</sup>). A lo largo de este capítulo y del siguiente, se analizará cómo la relación entre los dos conceptos –democracia y socialismo– se ha desarrollado en los pensadores comunistas y como sus reflexiones han constituido la base sobre la que se apoyó el proyecto eurocomunista. Asimismo, se analizará el tema del abandono del concepto de la dictadura del proletariado, ya que su renuncia, que no estuvo exenta de críticas, representó el punto de ruptura y de cambio.

---

<sup>74</sup> Entrevista a Fernando Claudín después de la publicación del libro *Eurocomunismo y socialismo*, en el diario *El País*, el 11 de junio de 1977: en esta ocasión el ex dirigente del PCE afirmó que, teniendo en cuenta la situación del bloque socialista, “es decir, no existen países socialistas en la actualidad”.



## 2.1 Descripción del Eurocomunismo

El término eurocomunismo representaba un vocablo excesivamente cargado de significado emotivo para que pudiera ser representado con una precisa significación descriptiva: resultaba compuesto por socialismo y democracia, esta última considerada de una forma nueva. El concepto de democracia había sido revalorizado debido a tres factores conjugados: el horror generado por la experiencia fascista, el lento derrumbe del mito soviético -después de las denuncias de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS- y la constatación de que la vía insurreccional al socialismo se había alejado definitivamente como perspectiva en el mundo desarrollado y democrático.

Por esto, el elemento definitorio del Eurocomunismo era representado por la integración de socialismo y democracia, aunque resultaba una condición necesaria para definirlo pero no suficiente. Ante todo, los partidos eurocomunistas se caracterizaban por su pretensión de independencia a la hora de elaborar su propia línea política, por su “no aceptación” de un centro internacional o de los dictámenes-sugerencias de un partido guía, al que deberían estar subordinados: no cabe duda que este elemento constituía la *condicio sine qua non* para el desarrollo político del movimiento. Los partidos comunistas de España, Francia e Italia parecían animados por un deseo de conquista de una independencia de Moscú.

La contribución italiana al patrimonio teórico y político del movimiento comunista internacional fue notable: sin embargo, las diferentes aportaciones de todos los partidos comunistas de la Europa occidental fueron fundamentales para el desarrollo del movimiento eurocomunista. La “vía europea al socialismo” pudo contar con las aportaciones de todos los PC que con diferente intensidad y con resultados no siempre uniformes, permitieron el nacimiento del movimiento.

Los elementos básicos del Eurocomunismo pueden ser considerados los siguientes: en primer lugar, la autonomía de los diferentes partidos comunistas para elaborar libremente la propia línea política procediendo a un divorcio, cada vez más evidente, entre dichos partidos y el comunismo de Moscú; en segundo lugar, la redefinición de las relaciones con los otros partidos de la clase trabajadora, en especial con los partidos socialistas y socialdemócratas; en tercer lugar, el intento de adecuar la concepción del socialismo y la estrategia de transición, a las condiciones específicas del capitalismo desarrollado.

Detengámonos sobre el segundo punto: a partir de las tormentas de 1968, se considera que, en el sur de Europa, surgió un fenómeno nuevo, el *socialismo meridional o mediterráneo*. Se le llamó también *eurosocialismo*<sup>75</sup>, remarcando, sin embargo, que no se trataba de una ideología: “no sólo no lo es, sino que ni siquiera ambiciona a serlo”, decía François Mitterrand. Para Willy Brandt, elegido presidente de la Internacional socialista en noviembre de 1976, amonestaba que “solo un loco o un visionario puede pensar en aplicar a Europa una etiqueta socialista unilateral y monolítica”. Los socialistas europeos declaraban no desear formar un proyecto, ni crear una ideología, aunque, como afirmaba Bettino Craxi, secretario del Partido Socialista italiano “distintos por tradición, formación y las peculiares experiencias históricas nacionales, los partidos socialistas europeos poseen ideales comunes y, especialmente, hoy, problemas comunes: ¿Por qué, entonces, caminar dispersos?”<sup>76</sup>. El Eurosocialismo se afirmó en una línea más pragmática que política o ideológica, tanto que el veterano socialista italiano, Pietro Nenni, la definió como “una doctrina de comportamiento”, mientras que el socialista sueco, Olof Palme, la describía como “una iniciativa inteligente”.

Dentro de esta “corriente” eurosocialista, era evidente el alma mediterránea (España, Francia, Italia y Portugal) que compartía muchos más aspectos que “el aceite de oliva” como decía Brandt. Su objetivo era cumplir una función de imán y atraer a todas las fuerzas democráticas y con fuerte carga progresista, incluso al eurocomunismo, en un proyecto común. Y esa es la novedad estratégica más importante: el cambio de actitud de los partidos socialistas de Italia, España y Francia respecto a los partidos comunistas, abandonando el rechazo sistemático de cualquier tipo de cooperación o alianza. El problema de las relaciones con los comunistas resultaba de gran importancia ya que implicaba, a su vez, el de la gobernabilidad de Europa. Se consideraba que la creación de un “centro-izquierda europeo” implicaba naturalmente la presencia de los comunistas occidentales.

Además se miraba con curiosidad al experimento eurocomunista tanto que, según palabras de Craxi: “si el eurocomunismo tiene un sentido, como yo creo, al final deberá encontrarse con nuestras posiciones”, añadiendo: “La unidad y la fuerza del

---

<sup>75</sup> Se considera que la primera vez que se empleó el término fue durante una reunión de la Internacional socialista en Londres, en 1970 por parte de Harold Wilson, por la tendencia anglosajona a “sintetizar en fórmulas lingüísticas conceptos complejos”. Por lo tanto, aunque sea por poco, el término precede al vocablo Eurocomunismo.

<sup>76</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 137.

eurosocialismo son por tanto la garantía de poder valerse útilmente de la contribución del eurocomunismo”. Por eso, los partidos socialistas de Europa siguieron con interés el desarrollo del nuevo fenómeno, mirando con atención su táctica gradual y reformista en el camino hacia el socialismo, esperando con expectativa su nueva estrategia.

En el caso de Francia, el primer socialista que llegó a proponer un pacto a los comunistas, fue el propio François Mitterrand, con la *unión de la izquierda* y la firma, en junio de 1972, del *Programa común de la Izquierda*. Se trataba de un acercamiento táctico, electoral, que pretendía cambiar la correlación de fuerzas dentro de la izquierda francesa, debilitando el PCF, a la vez que convertía al PSF en el partido hegemónico de izquierda. En España, este intento de crear una colación de fuerzas de oposición al franquismo fue la Junta Democrática, de la que hablaremos ampliamente en los próximos capítulos. La nueva actitud de los partidos socialistas, esta apertura hacia los comunistas, creaba la esperanza de que los partidos comunistas democráticos pudieran alcanzar el poder y emprender las reformas estructurales reformistas en el camino hacia el socialismo.

## **2.2 Elementos del Eurocomunismo**

Los partidos integrantes del movimiento tenían unas actitudes comunes sobre unos puntos esenciales, sin que eso conllevara una alineación total. A la par de la definición del movimiento, la enunciación e ilustración de los objetivos y de los elementos del Eurocomunismo puede hallarse en las diferentes declaraciones de los partidos comunistas de España, Francia e Italia y puede ser resumida en los siguientes puntos:

1. “El socialismo será un estadio superior de la democracia y la libertad: la democracia llevada hasta sus últimas consecuencias”: en el Eurocomunismo, libertad y democracia no eran consideradas como “vacías formulas burguesas” sino valores universales ligados indisolublemente con el socialismo;
2. La lucha por el socialismo no se sitúa fuera sino dentro de las instituciones democráticas: no se trataba de asaltar el poder desde fuera, sino luchar por aumentar el carácter democrático, por realizar una “democracia progresiva” (como diría Togliatti) desde dentro. Se trataba de una “democracia progresiva” tanto por la extensión de las instituciones representativas, como por el desarrollo de una verdadera democracia de base, movilizand las masas;
3. La renuncia a la dictadura del proletariado, no considerada como “fase necesaria” para el advenimiento de la sociedad socialista;

4. El recurso al método democrático entendido como movilización popular y consenso activo por parte de la población: se trataría de luchar por la “hegemonía” en todos los campos de la sociedad civil (cultural, económico y político). “El método democrático no es el electoralismo, sino la articulación de la participación en las instituciones con la movilización de masas y la progresiva transformación de aquellas. Tan importante como las reformas sociales y económicas son las reformas de los aparatos del Estado (véase si no el ejemplo de Chile) en un sentido democrático de representación, participación y control”<sup>77</sup>;
5. La marcha hacia el socialismo y la edificación de una sociedad socialista debían realizarse en el marco de una democratización continua de la vida económica, social y política;
6. La necesidad de una transformación socioeconómica de la sociedad, a través de un programa gradual de reformas que aseguren el desarrollo productivo, potenciando la coexistencia de distintas formas de iniciativa y de gestión pública y privada;
7. La transformación socialista de la sociedad suponía el control público sobre los principales medios de producción y de cambio, su socialización progresiva, la aplicación de un plan democrático a nivel nacional;
8. El Estado se caracterizaría por su funcionamiento y descentralización democráticos, reservando un papel creciente a las colectividades locales, con una amplia autonomía de las mismas en el ejercicio de sus poderes;
9. La aceptación de la pluralidad de partidos políticos, incluyendo el derecho a la existencia y actividad de los partidos de oposición, con libertad de formación y posibilidad de alternancia democrática, de la creación del antagonismo entre mayoría y minoría: se aceptaba el principio de que cada minoría podía convertirse en mayoría y viceversa, dependiendo del voto de los ciudadanos<sup>78</sup>;
10. El establecimiento de la libre actividad e independencia de los sindicatos;
11. El desarrollo de la democracia en la empresa, de tal manera que los trabajadores podían participar, con derechos reales, en la gestión, y disponer de amplios poderes de decisión;

---

<sup>77</sup> Jordi Borja, “La izquierda en la democracia”, contenido en AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Estudio introductorio y selección de textos Maximo Loizu, Barcelona, Ed. Avance, 1977, pág.204-205.

<sup>78</sup> Flores D'Arcais, Paolo: “Eurocomunismo come antinomia”, en “*Mondoperaio*”, a. XXXII, n. 1, 1979, pág. 95.

12. Garantía y desarrollo de todas las libertades conquistadas en las luchas populares del pasado: las instituciones democráticas se consideraban el resultado de las conquistas populares, de las luchas sociales y no concesiones de las clases dominantes;
13. Defensa de la libertad de expresión, de la cultura, de la arte y de la ciencia, de las libertades individuales y colectivas, de las religiosas.
14. La asociación de democracia y socialismo asegurará el reconocimiento de las libertades, condición necesaria para la realización del socialismo democrático;
15. La transformación socialista no podía ser obra más que de luchas de gran envergadura, de potentes movimientos de masas que se movilizaban en torno a la clase obrera a la mayoría del pueblo. Esta transformación exigía la existencia de instituciones democráticas plenamente representativas de la soberanía popular, la garantía y extensión de sus poderes, el libre ejercicio del sufragio universal directo y proporcional, libre y secreto;
16. Amplias alianzas con fuerzas democráticas y populares, reunidas en torno a un programa cuyo objetivo principal fuera “la transformación social y económica”: compromiso histórico, Coordinación Democrática o Unión de la izquierda. Se trataba de crear una unidad democrática lo suficientemente fuerte para arrinconar las fuerzas conservadores y reaccionarias y dar paso a las reformas socialistas de la sociedad. La estrategia para alcanzar el socialismo pasaba por la creación de alianzas, con el objetivo de evitar ser emancipado, excluido de la vida política, marginados de los procesos en marcha:: “En estas condiciones la defensa de la democracia, la marcha hacia el socialismo, pasa por la alianza de los comunistas con socialistas, socialdemócratas, cristianos y otras fuerzas de progreso (...) Esta es la única política auténticamente de clase que es posible hacer hoy en Europa, según nuestra concepción. La repetición de viejos *clichés* sectarios, fuera del momento, no serviría para otra cosa que para aislar a la vanguardia socialista, dividir a las fuerzas progresistas y preparar una nueva derrota del movimiento obrero”<sup>79</sup>.
17. Elaboración de una política diferente –tal vez divergente- a la dictada por Moscú, subrayando la independencia de cada partido y la igualdad de derechos como elementos principales de su “internacionalismo”;

---

<sup>79</sup> Santiago Carrillo, “Intervención en el encuentro entre el PCI y el PCE (Livorno, julio de 1975)”, en *Escritos sobre Eurocomunismo*, Forma Ediciones S.A., Madrid, 1977, pág. 97.

18. Europeísmo y rechazo manifiesto de la “política de bloques”, deseando librarse de la influencia de las dos superpotencias, persiguiendo, exclusivamente, el interés nacional;
19. Elaboración de una vía nacional y autónoma que tuviera en cuenta las condiciones específicas de los diferentes países, su historia, sus instituciones y las características socio-culturales de su sociedad;
20. Rechazo a considerar al Eurocomunismo como un modelo universal. De la misma manera, se rechaza cualquier intento de regionalización, de arrinconamiento y reducción del fenómeno eurocomunista a un nuevo polo. El rechazo del vasallaje hacia la URSS se acompaña de un repudio total del sectarismo.
21. Crítica del socialismo realmente existente;

En detalle, según los eurocomunistas, la transformación de la sociedad al socialismo tenía que ser gradual, democrática, pacífica y nacional. En primer lugar se hablaba de *gradualidad*, en oposición a una estrategia de ataque frontal o de asalto en el poder. Los cambios eran necesarios para transformar la sociedad y conquistar el Estado, para sucesivamente modificarlo mediante la introducción progresiva de elementos del socialismo. Al contrario de la estrategia de asalto, donde la transformación social se operaba a posteriori, el *gradualismo* suponía un proceso ininterrumpido de cambios sociales, sin que se produjeran rupturas bruscas o posibles marchas atrás: la mejor garantía de que estos partidos revolucionarios habían pasado a ser democrático, era reconocer y favorecer su inserción en el tejido institucional y social de un país. Por lo tanto, la transformación de la sociedad era una consecuencia de los cambios que se iban realizando en el tiempo de forma progresiva, anulando la posibilidad de golpes autoritarios que restablecieran con la fuerza las viejas estructuras. Al hablar de cambios graduales, es necesario introducir a otro concepto clave del Eurocomunismo: el de la “revolución de la mayoría”, en el sentido que los partidos eurocomunistas apoyaban la idea de que no bastase el consentimiento y el asentimiento de una minoría de la población para llevar a cabo transformaciones tan amplias y profundas. Debido a que la importancia de las reformas implicaba inevitablemente la desestabilización de la sociedad, era necesario el beneplácito y la aquiescencia de la mayoría de la sociedad. Sin embargo, para realizar un cambio social tan profundo tampoco era suficiente con que la mayoría de la sociedad se presentase como “espectadora satisfecha pero pasiva”:

su participación e involucramiento en el proceso de transformación era necesario e imprescindible siempre y cuando fuese activo. De esa manera, el consentimiento responsable y consciente de la sociedad civil constituía la única garantía para que el proceso no pudiese sufrir fases de involución o, peor, de frenos violentos. Por eso, la vía gradual era necesaria para evitar enfrentamientos duros entre los agentes partes de la sociedad (la experiencia de Chile *docet*) y poder garantizar así pequeños pero firmes pasos adelante en el proceso de cambio social. El *gradualismo* se planteaba en dos diferentes campos: en primer lugar, el de la transformación de la sociedad civil en una guerra de posiciones, al estilo gramsciano, con el objetivo de ampliar y consolidar las conquistas y los cambios realizados; en segundo lugar, el de la transformación del Estado en un proceso de conquista de zonas de poder, de sus órganos y aparatos, gestionándolos y modificándolos en un óptica socialista. Por eso no se trataba de crear una vanguardia organizada, sino de construir una mayoría consciente y movilizadora, interesada en la realización paso a paso de una sociedad socialista.

Para crear esta mayoría, se planteaba el recurso a la política de alianzas entre fuerzas de izquierda, fuerzas democráticas progresistas, clases populares y la burguesía democrática, en cuanto que estas alianzas podían resultar útiles para la transformación de la sociedad; el pacto entre las fuerzas democráticas y progresistas, a la que se podía llamar “Compromiso histórico, Coordinación Democrática o Unión del pueblo e Francia”, representaba una vía capaz de hacer avanzar los intereses de la clase obrera, del campesinado, de las capas medias, de los intelectuales y crear una unidad nacional democrática capacitado para reformar el Estado.

A la gradualidad de los cambios para modificar la sociedad y llegar en el poder, corresponde una estrategia gradual: el riesgo para el Eurocomunismo era muy alto, ya que el PCUS entendía que “para evitar el contagio, lo mejor era aislar los focos de infección, minar la unidad del nuevo movimiento”. El objetivo de Moscú era localizar y cercar el contagio, evitando, en la postura occidental, la formación de un polo alternativo. Eso explica por qué los partidos eurocomunistas abogaron por una marcha prudente, más política que ideológica, gradual y pragmática, hasta llegar a ser, en ocasiones, ambigua y contradictoria.

En segundo lugar, se hablaba de una vía *democrática* para realizar el socialismo: ya anteriormente hemos subrayado como los partidos comunistas de la Europa capitalista se habían dado cuenta de la inviabilidad de la estrategia bolchevique en una sociedad desarrollada y fuertemente articulada. La vía democrática suponía la lucha por la

hegemonía de las ideas de cambio en el seno de la sociedad civil, combatiendo, además, varias “batallas”: por la descentralización del Estado y por las autonomías locales; por la reforma de los aparatos del Estado y la democratización de los medios de comunicación de masas, de la administración pública y de los aparatos estatales. Dentro de los elementos esenciales de la democracia, va insertado el sufragio universal, conquistado por la movilización de pueblos enteros durante siglos de historia política: el sufragio universal, libre y secreto, tenía que representar un mecanismo de intervención de las fuerzas sociales, manifestando el propio consenso o disenso, realizando una evaluación de la actuación de los partidos políticos en el poder y en la oposición. De la misma manera, el pluralismo tenía que ser reconocido como una realidad, la convicción de que el socialismo no fuese posible como obra de un solo partido. El avance del socialismo necesitaba la acción de varios sujetos políticos que hacían suyo un proyecto de cambio, en la dirección de una reforma socialista del Estado. Finalmente, las libertades democráticas no constituían “meras reliquias dignas de respeto” sino, al contrario, preciosas conquistas del pueblo. Los comunistas consideraban esas libertades como piezas claves del progreso, elementos insustituibles para realizar la revolución social. Por eso la democracia política como forma de gobierno se prestaba a la realización de la nueva sociedad: “La democracia política lleva al socialismo y el socialismo lleva a la democracia política”<sup>80</sup>.

En tercer lugar, según lo precedentemente enunciado, la transformación de la sociedad tenía que ser *pacífica*, renunciando al recurso a la violencia o al uso de la fuerza, aceptando en cambio las reglas democráticas anteriormente mencionadas: la democracia política permitía llegar al socialismo utilizando los medios legales y pacíficos.

Finalmente, la transformación de la sociedad tenía que prever una *vía nacional* ya que el modelo soviético de revolución y de Estado no era exportable y se presentaba como no idóneo para sociedades muy diferentes. Los partidos comunistas de España, Francia e Italia negaban la validez de la importación del modelo soviético, rechazando los intentos del PCUS de continuar actuando como “director de orquesta” deseoso de dirigir los procesos nacionales. Los partidos comunistas de estos tres países se daban cuenta de la necesidad de integrarse por completo en sus historias nacionales, en sus sociedades, considerando que las condiciones políticas, la realidad socioeconómica y la cultura de cada país determinaban la elaboración de un camino propio al socialismo.

---

<sup>80</sup> Cerroni, Umberto: “¿Existe una ciencia política marxista?”, artículo publicado en *Rinascita* número 46, de 21 de noviembre de 1975.



Se postulaba, por tanto, una unidad del movimiento comunista en los diferentes países y, consecuentemente, una homogeneidad de los objetivos y de la estrategia, a pesar de la diversidad de las condiciones en que los distintos partidos operaban: “en esta diversidad de condiciones y objetivos –afirmó hace poco días el jefe del partido comunista italiano [Berlinguer], el más importante entre los partidos marxistas que no están en el poder– pretender reducir la lucha socialista a un solo denominador, condicionar la táctica y la estrategia válida para unos a la táctica y a la estrategia válida para otros es puramente ilusorio y absurdo”<sup>81</sup>.

Teniendo en cuenta estos elementos, los partidos comunistas se proponían la creación de un “socialismo en la libertad”, superando la paradoja por la que allí donde se había instaurado el socialismo habían nacido regímenes autoritarios. Se trataba de realizar un nuevo tipo de socialismo, integrando todos los elementos ya indicados y pertenecientes a la democracia política: el pluralismo, las instituciones representativas, la democracia de base y el sufragio universal.

### **2.3 Partidos integrantes del movimiento eurocomunista**

Los partidos eurocomunistas compartían la esperanza de acceder en el poder –en breve plazo– en gobiernos de coalición, asegurándose aliados sólidos. Los tres mayores partidos comunistas de la Europa Occidental creían que el socialismo, en esta parte del mundo, “no sólo era necesario, sino posible”<sup>82</sup>. Su posibilidad no dependía de un “golpe de mano”, tratándose de algo distinto a un “estallido” revolucionario: se trataba de construir un “bloque histórico”, capaz de sustituir a la vieja clase dirigente en la dirección del estado. La sustitución tenía que realizarse gradualmente, a través de una revolución pacífica.

En este punto merece la pena preguntarse: ¿es el término “revolución pacífica” *ex definitione* una *contradictio in adiecto*? Aunque en principio puede parecer que sí, un atento estudio demostraría que la tradición marxista contempla varias formas de realización de la revolución socialista, entre ellas también la revolución pacífica: “Marx y Engels jamás identificaron la revolución social exclusivamente con su forma violenta (...). Para toda una serie de países –entre ellos Inglaterra, Estados Unidos y Holanda– Marx contempló la posibilidad de una transición pacífica al socialismo. Engels, por su

---

<sup>81</sup> *Astrolabio* 8 de septiembre de 1968 en “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 13.

<sup>82</sup> Berlinguer Enrico, Carrillo, Santiago y Marcháis, Georges: *La vía europea al socialismo*, Península, Barcelona, 1977, pág. 33.

parte, puso hacia el final de su vida grandes esperanzas en el triunfo electoral de la socialdemocracia alemana” y, como veremos más adelante, escribía que la forma específica de la dictadura del proletariado era la república democrática. “En cuanto a Lenin (...) insistió durante algunos meses de 1917 en la necesidad de arbitrar vías de evolución pacífica al socialismo en la propia Rusia, llamando la atención sobre el “menor coste social” de esta solución”<sup>83</sup>.

El Eurocomunismo tuvo su epicentro en Italia y se expresó con mayor atrevimiento en el seno del Partido Comunista español, desenvolviéndose en la sociedad postfranquista, aún no asentada en el plano político y económico. Se desarrolló en varios países: según una lista oficial del ex secretario del PCI, Longo, pueden considerarse eurocomunistas, los PC de Italia, Francia, España, Finlandia, Austria, Inglaterra, Bélgica y Suiza.

En diferentes ocasiones, los líderes de los partidos comunistas integrantes del Eurocomunismo trataron el tema, elaborando varias definiciones del movimiento y aportando nuevos elementos para su conocimiento. El uso no fue muy frecuente pero cada vez que se empleó el eco fue muy grande. Pese a no aceptar el término, los tres secretarios explicaron su significado en varias circunstancias: sin embargo el uso del vocablo se difundió sólo a partir de 1976.

Antes de que el Eurocomunismo empezase propiamente, en una entrevista a un periódico italiano, el secretario del Partido Comunista francés, Georges Marchais, lo definió como “la convicción profunda de que más allá de la vía democrática, el socialismo en nuestros países no es posible”<sup>84</sup>. Sin embargo, el PCF resultó ser el que se mostró más prudente en la adopción del término mismo: las pocas ocasiones en que lo empleó fue de manera menos enfática o altisonante que los demás partidos y casi siempre durante manifestaciones nacionales. De hecho en varias Conferencias internacionales, Marchais afirmó los principios del Eurocomunismo sin pronunciar el nombre y, en una célebre entrevista, lo definió: “el eurocomunismo es una cierta analogía en la situación y una cierta analogía en la respuesta que nuestros partidos aportan al presente estado de cosas, para ir hacia una sociedad socialista, hacia un socialismo democrático”<sup>85</sup>.

El secretario del Partido Comunista italiano, Enrico Berlinguer, se mostró particularmente difidente hacia este vocablo y lo utilizó por primera vez, como más

---

<sup>83</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica, Barcelona, 1983, pág. 38

<sup>84</sup> Entrevista concedida al diario italiano *Paese Sera*, el 13 de junio de 1976.

<sup>85</sup> *L'Humanité*, 14 de febrero de 1977.

adelante veremos, durante una manifestación en La Villette, cerca de París, en 1976: sin embargo, en esta ocasión, Berlinguer se limitó a definir al Eurocomunismo como “la búsqueda de una vía nacional al socialismo en países que tienen mucho puntos en común”<sup>86</sup>. En la Conferencia paneuropea de los partidos comunistas, celebrada en Berlín Este en 1976, el mismo Berlinguer subraya como “algunos llaman “Eurocomunismo” a estos nuevos planteamientos y búsquedas”<sup>87</sup>.

Finalmente, el secretario del Partido Comunista español, Santiago Carrillo, pronunció el término por primera vez en la Conferencia de Berlín indicando que representaba “el conjunto de posiciones comunes sobre algunas cuestiones entre los PC que actúan en los países capitalistas (...). El Eurocomunismo es un elemento revolucionario en la sociedad de hoy”. Poco después de la Conferencia de Berlín, el mismo Carrillo empezó a utilizar el término más frecuentemente, llegando a afirmar en un informe del Comité Central del PCE: “Nadie niega ya que en la reunión de Berlín se ha afirmado rotundamente la tendencia que algunos han bautizado como “Eurocomunismo” y que nosotros consideramos como un diseño general que hace coincidir en una serie de posiciones sustanciales a los partidos comunistas de masas que actúan en los países capitalistas desarrollados, sean o no, europeos”<sup>88</sup>. Las reservas de Carrillo hacia el término resultaban superadas completamente a final del año 76, donde lanzó la fórmula de “vía eurocomunista hacia el poder”<sup>89</sup>: según el secretario del PCE la palabra Eurocomunismo era capaz de indicar una nueva concepción de la democracia.

Desde el primer momento, entre los protagonistas del Eurocomunismo, Santiago Carrillo parecía ser el único en tener conciencia de la carga “revolucionaria” del fenómeno en el plano interno e internacional. De hecho fue el primero en avisar sobre los posibles temores que habría suscitado el proyecto: una transformación socialista a través de la vía democrática en uno de los países eurocomunistas, iba a amenazar la política de estabilización impuesta por la Unión Soviética en la Europa Oriental. El Eurocomunismo generaba preocupación: su ejemplo podía reactivar las fuerzas centrífugas en los países satélites de Moscú y desencadenar nuevos estallidos revolucionarios. De hecho, la URSS mostró su preocupación hacia el proyecto en varias

---

<sup>86</sup> Declaración hecha a los periodistas italianos el 2 de junio de 1976, durante su visita a París.

<sup>87</sup> Berlinguer Enrico: “Discorso alla Conferenza paneuropea dei partiti comunisti, Berlino 29-30 giugno 1976”, in Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 273.

<sup>88</sup> Informe al Comité Central del Partido Comunista Español, reunido en Roma desde el 28 al 31 de julio de 1976 y publicado en edición del PCE a pág. 32. Hablando de países capitalistas desarrollados, Carrillo se refería a Italia, Francia, Inglaterra, Suecia y, finalmente, al Japón.

<sup>89</sup> *Mondo Operaio*, 16 de diciembre de 1976.

ocasiones, condenándolo expresamente e intentando organizar nuevas Conferencias internacionales para gestionar de forma directa el nuevo posible cisma: según el corresponsal de *Herald Tribune* en Moscú, “los líderes soviéticos ven en el comunismo europeo una amenaza más grande para el sistema soviético que representaría cualquier peligro político planteado por el capitalismo occidental”<sup>90</sup>.

Además, en un mundo bipolar asestado en un sistema de bloques, la creación de un nuevo polo autónomo podía crear elementos adicionales respecto al diálogo americano-soviético e inclinar el “statu quo” internacional.

Sin embargo, el proyecto de renovación del comunismo estaba en marcha, pero necesitaba una base histórica y teórica. Por eso, los comunistas occidentales buscaban la manera para “atar” el viento del cambio con el pensamiento de sus antepasados: el recurso a los grandes del comunismo occidental servía también para dotar al nuevo proyecto de prestigio y evitar la visión de un corte seco respecto a la tradición y al pasado comunista. Funcionalmente al proyecto, los primeros pensadores intentaron tejer un retrato de Gramsci como el primer pensador eurocomunista y de Togliatti como un teórico “insubordinado” de Moscú; al mismo tiempo, en Francia, del más disciplinado Thorez se subrayaban los momentos de independencia, como su participación en el frente popular antes de tener la autorización del Komintern.

De todas maneras, como veremos en los siguientes capítulos, de Gramsci pueden haber aprendido mucho, sobre todo acerca de la cuestión de la hegemonía cultural. Sin embargo, la sustitución de la dictadura del proletariado por la democracia parlamentaria fue fruto de su propia experiencia, de su participación en las democracias parlamentarias de la Europa occidental. Y también fue consecuencia de la desilusión de la desestalinización, de la denuncia de los crímenes y falsificaciones de Stalin.

Aún así, siguiendo nuestro recorrido histórico, vemos como ya a final de los años sesenta, contemporáneamente, en los partidos comunistas del Occidente europeo, los gérmenes del Eurocomunismo daban sus primeras muestras a través de las primeras declaraciones y elaboraciones favorables a la realización del proyecto. Sin embargo, hasta la primera parte de los setenta y dejando por un lado el Partido Comunista español por falta de un territorio donde organizar su base, el partido comunista francés y el italiano presentaban grandes diferencias: en primer lugar, mientras los franceses se mostraron durante mucho tiempo dogmáticos y rígidamente devotos de la doctrina

---

<sup>90</sup> Artículo de Victor Zorza, publicado en el *Herald Tribune* en febrero de 1977.

sembrada por Moscú, los comunistas italianos consiguieron entrar en los engranajes de la sociedad nacional, interesándose por las diversidades culturales y económicas del país. Además, el Partido Comunista francés continuó por muchos años siendo un partido de cuadros, compuesto por la vanguardia obrera, a la que se imponía una rígida militancia; mientras tanto, el Partido Comunista italiano fue capaz de convertirse en un partido nacional-popular, el partido del pueblo donde se afilian mujeres, hijos, nietos. Las diferencias provocaron que, en los años setenta, el PCF tuviera que realizar una “brusca evolución dogmática”, mientras el PCI la realizó mucho antes, de forma gradual y consiguiendo no distanciarse de las exigencias de la realidad italiana. El PCE resultó fascinado por los resultados de su homólogo en Italia y se inspiró en su acción.

## **2.4 La relación entre democracia y socialismo**

Decía Norberto Bobbio que “socialismo, al igual que democracia, es un vocablo excesivamente cargado de significado emotivo para que pueda ser utilizado con una precisa significación descriptiva. Cualquier posible discusión “teórica” tendrá pues que comenzar por desembarazarse del significado puramente emotivo de las palabras con las que se encuentra, tendrá que prescindir de ese tipo de definiciones que, en cierta jerga (la jerga de los analistas del lenguaje), reciben el rótulo de persuasivas”. Intentamos seguir este consejo y explicar, sin emotividad o prejuicios, la relación entre los dos términos.

Para muchos investigadores, el Eurocomunismo representó “la estación última de un recorrido evolutivo que partiendo de una visión instrumental de la democracia como un medio de alcanzar el socialismo, llega a una concepción sustancial de la democracia en que se la valora como un fin en sí misma, indispensable para la propia existencia del socialismo”<sup>91</sup>. Los partidos eurocomunistas empezaron a considerar la democracia como una conquista de las masas populares, sujeta a ataques e intentos de reducción por parte de la clase dominante, interesada en restringir sus libertades. Este planteamiento justificaría el valor teórico de la democracia dentro del Eurocomunismo: además de esa manera, podría interpretarse este fenómeno como la etapa final de este proceso de evolución.

Por eso mismo, los promotores del proyecto eurocomunista consideraban la axiomática yuxtaposición de los conceptos de socialismo y de democracia, elementos básicos del

---

<sup>91</sup> “*Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982*”, de Jesús Sánchez Rodríguez en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 377.

Eurocomunismo, como errónea. En primer lugar, consideraban necesario interpretar el socialismo como una ideología política indisolublemente ligada a las conquistas sociales, culturales y políticas realizadas por las masas en un largo proceso de luchas. Ese punto se consideraba como una primera aclaración necesaria para analizar a fondo su relación con la democracia. Históricamente, las reivindicaciones económicas y sociales han estado unidas a la lucha por la democracia en las estructuras socio-políticas: las libertades conquistadas por el pueblo han convertido a la democracia en el terreno orgánico de lucha del conjunto de trabajadores con el socialismo como objetivo último.

En la misma línea, varios analistas argumentaban que la relación entre democracia y socialismo no debía considerarse como algo novedoso, ya que “está en el origen de todo el movimiento obrero europeo sin excepción, en especial desde la génesis de los partidos políticos del proletariado, de los partidos socialistas”<sup>92</sup>. Los partidarios de esta visión subrayaban que la vinculación entre socialismo y democracia resultaba tan evidente que “jamás se la pone en cuestión”, recordando que, sin embargo, “se da sólo en la teoría, pero es imposible que se dé en la práctica”. La paradoja sería representada por el hecho de que, a pesar de reconocer esta vinculación entre democracia y socialismo, se ha impuesto “la convicción de que el capitalismo, la economía de mercado, es el fundamento de toda la democracia, en tanto que el socialismo, la planificación consciente por la sociedad del proceso productivo, lo es de la dictadura, de la falta de democracia”<sup>93</sup>. Por eso, el intento del Eurocomunismo de conjugar democracia y socialismo no representa algo novedoso, sino el intento de “volver a enlazar” con los orígenes del movimiento obrero europeo.

Haciendo un breve recorrido histórico-ideológico, podemos afirmar que en el *marxismo de Marx*, democracia y socialismo son consustanciales ya que para el pensador alemán “la democracia es el poder de los trabajadores”, tanto que en el Manifiesto Comunista afirma que el primer paso del socialismo es la conquista de la democracia.

Sin embargo, en Rusia, los bolcheviques no pudieron establecer el socialismo por la vía pacífica debido a las resistencias de los mencheviques y de los socialrevolucionarios: según el Partido Comunista de España, los bolcheviques propugnaron, en diferentes

---

<sup>92</sup> Javier Pérez Royo, “La génesis histórica del eurocomunismo”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 2.

<sup>93</sup> Javier Pérez Royo, “La génesis histórica del eurocomunismo”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 4.

ocasiones, el desarrollo pacífico de la revolución y frente a la imposibilidad de actuar de esa manera, abogaron por la insurrección armada. Por eso, el PCE consideraba posible sólo la vía revolucionaria para el paso al socialismo, vía que podía ser pacífica o violenta dependiendo de las circunstancias históricas<sup>94</sup>.

Así que, ya a partir del 1919, en seno del movimiento comunista se impulsó un debate sobre cómo tenía que actuar el gobierno soviético para que los principios políticos, sociales y económicos del nuevo movimiento pudiesen desarrollarse de forma plena; se analizaba la revolución socialista y sus implicaciones, reflexionando sobre posibles desviaciones y nuevas aportaciones.

Como veremos más adelante, en sus escritos *–El Estado y la revolución y La revolución proletaria y el renegado Kautsky–*, y en un principio, Lenin cuestionaba la existencia de una “democracia en general”, subrayando que “en ningún país capitalista, civilizado existe la “democracia en general”, pues lo que existe en ellos es únicamente la democracia burguesa” (...) [existe lo que] con la máxima precisión científica formularon Marx y Engels al decir que *la república burguesa, aun la más democrática, no es más que una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía*, de la masa de los trabajadores por un puñado de capitalistas”<sup>95</sup>. Durante el I Congreso de la Tercera Internacional (4 de marzo de 1919), Lenin descartaba que la revolución proletaria “pueda producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa”. Sin embargo, a medida de que se asistía a un retroceso revolucionario en Europa, Lenin empezó a recomendar a los comunistas actuar en el respeto de las instituciones parlamentarias<sup>96</sup>. El cambio de estrategia, con el consecuente nuevo valor de la democracia para los partidos comunistas se hizo manifiesto en el periodo entre el VII Congreso de la Internacional Comunista (1935) y el inicio de la guerra fría, ya que el cambio de condiciones mundiales obligaba a estos partidos a postular la defensa o la restauración de la democracia política.

Durante varias décadas, la Unión Soviética representó el paradigma del estado socialista, al mismo tiempo que la revolución era considerada la condición precisa para realizarlo. Sin embargo, la aplicación práctica del socialismo en la URSS ocasionó las

---

<sup>94</sup> Sobre este tema, se aconseja la lectura del artículo de José Sandoval, “*El paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista*”, en *Nuestra Bandera*, número 19, diciembre de 1957, págs.36-38.

<sup>95</sup> Albiac, Gabriel: *El debate sobre la "Dictadura del proletariado" en el Partido Comunista Francés: anexo, el debate en España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1976, pág. 130-131.

<sup>96</sup> La interpretación de Carrillo sobre el pensamiento de Lenin en materia lo analizaremos en el capítulo V: aquí, nos basta con subrayar como el secretario del PCE consideraba Lenin como partidario de la vía pacífica al socialismo y que “si finalmente escogió la insurrección, fue porque no había otro camino”.

primeras perplejidades e interrogativos, hasta que los acontecimientos del 1968 y el golpe de Estado en Chile hicieron que el dilema “socialismo o democracia” adquiriese un nuevo replanteamiento teórico y político, en la dirección de una revalorización profunda de la democracia política y, a su vez, de una reformulación de la relación entre los dos conceptos. La dramática experiencia de las dictaduras fascistas, la experiencia histórica de la URSS demostraban que no se podía realizar un verdadero socialismo sin democracia y libertad, porque, en caso contrario, se crearía un nuevo tipo de régimen social basado, como los anteriores, en la división en clases, en el autoritarismo y la desigualdad.

A partir del XX Congreso del PCUS, en 1956, se reconocía la posibilidad de la vía democrática como camino al socialismo, vía aceptada prontamente por los comunistas occidentales. El PCI fue el primero a “apostar” por el cambio y en el Informe presentado en preparación del octavo Congreso, definió “todo un conjunto de posiciones que se orientan a eliminar todo atisbo de sombra entre la contradicción que parecía suponer nuestra lucha por el desarrollo democrático y nuestra perspectiva de construcción del socialismo, a disipar la duda de que nuestro partido quisiera entablar colaboración con otras fuerzas políticas y respetar las reglas del juego democrático, hasta que no se planteara la necesidad de un “salto” hacia la instauración de la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo”<sup>97</sup>. En el caso del PCE, fue a partir del VI Congreso (1960) cuando se decidió a abogar por esta vía, demostrando abiertamente que se trataba de un cambio real y permanente de postura y no de una opción táctica oportunista.

La nueva estrategia para llegar al socialismo de los partidos eurocomunistas preveía un desarrollo y una profundización de la democracia, considerada, en los países desarrollados, como la única alternativa posible para alcanzar el poder y proceder a la transformación socialista de la sociedad. Repetimos que para eso resultaba funcional presentar la democracia no como “una creación histórica de la burguesía”, sino como una conquista de las luchas populares. Esta idea fue defendida públicamente en Berlín por el secretario del PCE, Santiago Carrillo, durante la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros de Europa –sobre la que hablaremos más adelante-, que en tan prestigioso palco declaró: “En algunas ocasiones, hemos oído hablar con subestimación de las libertades “formales”. Los que hemos sufrido durante cuarenta años la dictadura

---

<sup>97</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 49.



fascista hemos aprendido el valor real de esas libertades que merecen ser defendidas con la mayor energía. Esas libertades no han sido una conquista de la burguesía. Fue la plebe, fueron las masas populares, las que aportaron la conquista de tales libertades. Y bajo ningún concepto y en ningún régimen social, menos aún en el socialismo, aceptamos la idea de su desaparición”<sup>98</sup>.

Por lo tanto, en la cuestión socialismo y democracia, la vía democrática al socialismo se plantea “a partir de dos experiencias históricas que funcionan de algún modo como ejemplo de dos escollos a evitar: el ejemplo socialdemócrata tradicional, tal como se ve en numerosos países europeos y el ejemplo de los países del Este, llamados “socialismo real”<sup>99</sup>. Por eso, se trataba de presentar un proyecto de vía democrática al socialismo para Europa que representase una negación de la vía socialdemócrata y, a la vez, del “modelo” de socialismo presentado por la Unión Soviética.

El rasgo más característico de la “vía democrática al socialismo”, como se le empezó a llamar a partir de 1973, fue la revalorización de la democracia política, redescubriendo la consubstancialidad de los conceptos de democracia y de socialismo como habían imaginado los fundadores del marxismo; a partir de este momento, se intentó interpretar al socialismo como una tarea de profundización de la democracia y no como una alternativa a la misma. Finalmente, la transición al socialismo por la vía democrática no representó una novedad, una exclusiva del Eurocomunismo, sino que cambió su uso: después de la renuncia a la dictadura del proletariado que veremos a continuación, se revaloriza la democracia y la importancia de las libertades.

## **2.5 El abandono de la Dictadura del proletariado**

Según varios analistas, la “crisis” del concepto de *dictadura del proletariado* empezó cuando las masas se dieron cuenta de la *realidad* del Estado Soviético, de la desviación estalinista, de la nefasta experiencia del “primer Estado que se autodenominaba de “dictadura del proletariado”. Por lo tanto, se abrió una “batalla ideológica” en torno al concepto, una crítica, tal vez radical, sobre un elemento fundamental de la teoría marxista. Se ponía en discusión un concepto teórico que, hasta el momento, había sido guía para la práctica política.

---

<sup>98</sup> Santiago Carrillo, “Intervención en la Conferencia de Partidos Comunista y Obreros de Europa”, celebrada en Berlín, en junio de 1976, en *Escritos sobre Eurocomunismo*, Forma Ediciones S.A., Madrid, 1977, pág. 110.

<sup>99</sup> Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pág. 307.

Los partidos “eurocomunistas” no abandonaron el término de dictadura del proletariado “a la vez”, sino cada uno según sus tiempos y modalidades, procurando un abandono “con el menor ruido posible”. Sin embargo, merece la pena remarcar la diferencia entre el abandono teórico y el cambio práctico, ya que sufrieron una especulación diferente: “un divorcio entre teoría y práctica. Esa fue la contradicción que el eurocomunismo trató de superar llevando a los partidos comunistas a la adopción de la democracia, como criterio sustantivo de su teoría y práctica”<sup>100</sup>. Durante algunos años –y congresos-, los partidos eurocomunistas se vieron obligados a utilizar la clásica retórica, recurrir a conceptos tradicionales aunque intentando darle un nuevo contenido, combinando las señas de identidad y de respeto de la tradición con las nuevas tácticas. Por eso, podría parecer extremadamente arriesgado y audaz cuestionar el “internacionalismo proletario” o el “leninismo”, mientras la renuncia a la dictadura del proletariado fue dolorosa y progresiva, evitando “traumatizar” o desorientar al electorado. Una progresividad que no significó gradualidad ya que este abandono se produjo de forma brusca, rápida, sin un extenso y profundo debate dentro del partido, limitándose a una “disyuntiva retórica”, un *aut aut*: dictadura del proletariado o vía democrática.

En el momento en que estos partidos eurocomunistas abanderaban la idea de construir el socialismo como un proceso de democratización gradual y progresiva del Estado, casi les pareció inaplazable la decisión de prescindir de una terminología “arcaica”, sujeta a diferentes interpretaciones y con un fuerte matiz negativo<sup>101</sup>. Parecía necesario renunciar al concepto de dictadura y, por eso, los principales dirigentes de los PC de Europa occidental subrayaban como la concepción democrática del socialismo les obligaba a preocuparse “no sólo de la posibilidad de democracia *en* el Estado, sino sobre todo del carácter democrático *del* Estado”<sup>102</sup>.

En concreto, la renuncia a la dictadura del proletariado resultó un cambio radical en la táctica-dialéctica de los partidos comunistas de Europa occidental, representando uno de los conceptos centrales del marxismo, “una de esas categorías centrales de toda teoría o ciencia por referencia a la cual cobran sentido y se anudan un conjunto de conceptos”<sup>103</sup>. Como veremos más adelante, se consideraba la dictadura del proletariado

---

<sup>100</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2006, pág. 537.

<sup>101</sup> Ya el mismo Trotsky reconocía que “a pesar de la profunda diferencia de sus bases sociales, el estalinismo y el fascismo son fenómenos simétricos; en muchos de sus rasgos tienen una semejanza asombrosa”. Trotsky, León: “La revolución traicionada”, Editorial Índice Rojo, México, 1963, pág. 229.

<sup>102</sup> Jordi Borja, “La izquierda en la democracia”, contenido en AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Estudio introductorio y selección de textos Maximo Loizu, Barcelona, Ed. Avance, 1977, pág. 207.

<sup>103</sup> Trabajo ya citado, realizado por el equipo de colaboradores de El Cábaro, a las págs.9-10.

como una etapa necesaria en la transición desde el capitalismo al comunismo. Se trataría de un régimen político que de manera transitoria es instaurado por la clase obrera como fase revolucionaria para la construcción del socialismo en tránsito hacia el comunismo. En los escritos de Marx, y aún más en sus interpretaciones, se consideraba la dictadura del proletariado como una fase de transición revolucionaria, donde el proletariado, la clase trabajadora ejerce el poder; en palabras de Lenin, Marx consideraba que “el desarrollo hacia el comunismo pasa a través de la dictadura del proletariado, y no puede ser de otro modo, porque el proletariado es el único que puede, y sólo por este camino, romper la resistencia de los explotadores capitalistas”<sup>104</sup>. Según esa interpretación, socialismo y dictadura del proletariado son dos maneras diferentes de afirmar la misma cosa, representando dos etapas transitorias.

Sin detenerme sobremanera sobre este tema, merece la pena recordar que la dictadura del proletariado sería la forma de Estado establecida por la clase obrera una vez alcanzado el poder. Sin embargo, según varias interpretaciones de teóricos marxistas, esta dictadura “puede adoptar las formas más diversas, que no necesariamente han de ser siempre dictatoriales en el sentido de antidemocráticas (...) la dictadura del proletariado es una forma de Estado en la que el proletariado se convierte en la clase dominante. Esta dominación, empero, puede ser ejercida también bajo la forma de un Estado de derecho, puede ser democrática, como Marx había previsto para toda una serie de Estados”<sup>105</sup>. Sobre este asunto, el filósofo marxista polaco, Adam Schaff, insistía: “La “dictadura del proletariado” tiene, como Lenin subrayó, dos partes: la “dictatorial”, es decir, la constitución del proletariado como clase dominante, y la democrática, que implica la forma superior de democracia política y social en una perspectiva histórica (...). Precisamente *en esto* era en lo que pensaba Engels cuando decía que la república democrática es una forma específica de la dictadura del proletariado; en esto pensaba Gramsci, (...), cuando subrayaba la contraposición entre el concepto de la hegemonía político-moral del proletariado y el concepto de la hegemonía administrativa, es decir, realizada a través de la pura violencia, no apoyada en ningún consenso social. Es evidente sin más que una “dictadura del proletariado” así concebida no excluye la posibilidad del pluralismo, tanto en el terreno político

---

<sup>104</sup> Lenin, V.I.: *El Estado y la Revolución*, Cap. V Las Bases Económicas de la Disolución del Estado, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975.

<sup>105</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Ed. Crítica, Barcelona, 1983, págs. 136-139

(partidos<sup>106</sup>) como en el ideológico”. Sin embargo, la fórmula que propuso Lenin “según la cual la dictadura del proletariado suponía un ejercicio de poder no limitado por ningún principio jurídico, respondía a las condiciones de la sangrienta lucha contrarrevolución y era la expresión del terror rojo, es decir, era una fórmula acuñada *in extremis*. No constituye ninguna definición de la dictadura del proletariado, aunque adopte esta forma. Lenin era sobre todo un práctico de la revolución y por eso dio una configuración de definición general a una formulación muy determinada, coherente con las necesidades inmediatas de la lucha y la situación relacionada con ella”<sup>107</sup>.

Queda una importante aclaración: la profunda diferencia entre el plano teórico y la aplicación práctica ya que, en ningún caso, la dictadura del proletariado desembocó en un régimen democrático. Y este punto es crucial: la constatación de los fallos “aplicativos”, prácticos, de la teoría obligaba a los partidos eurocomunistas a posicionarse de forma crítica respecto a este concepto, pasando, gradualmente y tal vez traumáticamente, de posturas de inicial conformidad y defensa a un crítico rechazo y renuncia. Por eso, parece que se “abandonó el concepto” por rechazo a la forma en la que la dictadura del proletariado se había encarnado en URSS o en las demás democracias populares. Un abandono para marcar distancia de la “desastrosa experiencia soviética”, donde nunca se llegó a instaurar una amplia democracia de masas. Ídem en los países de socialismo real. Por esa razón, el Eurocomunismo decidió obviar de su vocabulario y de sus programas políticos a la dictadura del proletariado. Fue el resultado de largo proceso, que, como ya hemos anunciado, se desarrolló de forma diferente según cada Partido, subiendo la influencia de su contexto político-económico y de su base electoral. Propio de este último punto fue la razón de la mayor parte de las críticas ya que el abandono del término fue considerado como oportunista (lo veremos más adelante en el apartado relativo a las críticas al eurocomunismo), realizado con el objetivo de conseguir mayores cotas de credibilidad y voto en la coyuntura electoral en la que se hizo público.

---

<sup>106</sup> La imagen de partido proletario que evoca Engels (por ejemplo en la carta a Gerson Trier de 18 de diciembre de 1889- presente en el libro de Adam Schaff ya mencionado en las páginas 101-102) es un partido democrático desde el punto de vista de su estructura, en el que son deseables polémicas y son rechazables las injerencias de las autoridades superiores del partido para impedir las, ni concibe las expulsiones por mantener opiniones “no ortodoxas”.

<sup>107</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Ed. Crítica, Barcelona, 1983, págs. 140-141.

### 2.5.1 El PCE y el abandono de la Dictadura del proletariado

En lo que concierne al PCE, su postura cambió radicalmente pasando de la defensa de la dictadura del proletariado como etapa necesaria para el paso del capitalismo al socialismo, a su total abandono.

Analizando esta postura de forma lineal podemos ver como en el VI Congreso del PCE (28 al 31 de enero de 1960) el Partido empezó a “transformar” el contenido del concepto de dictadura del proletariado, considerando, en el caso de la URSS, “el Estado que surgió como Estado de la dictadura del proletariado, se ha convertido en el Estado de todo el pueblo, en órgano de expresión de los intereses y la voluntad de todo el pueblo”; para España, se planteaba una democracia socialista asentada en un “sistema parlamentario, con pluralidad de partidos políticos, representantes de las diversas clases y capas interesadas en la realización del socialismo”.

En los años sesenta, el partido seguía con su intento de “edulcorar” el término, suavizando su verdadero significado e intentado dotarle de un nuevo contenido. Por eso, en el Informe titulado *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, de 1967 y cuya trascendencia analizaremos más adelante, Carrillo intentaba diferenciar entre “dictaduras buenas y malas”, ya que para la mayor parte de la opinión pública, la dictadura del proletariado se identificaba con el régimen existente en la Unión Soviética. La diferenciación se hacía necesaria ya que España estaba sumergida en una dictadura “mala”. En el epígrafe sobre *El papel del Estado en la sociedad*, el secretario del PCE recordaba que: “La noción de la *dictadura del proletariado*, como etapa de transición del capitalismo al comunismo, reposa sobre concepción marxista del papel del Estado (...) para los marxistas, los diversos tipos y formas de Estado que han existido o existen, incluido el Estado representativo, son formas de dominación de unas clases sobre otras, *dictaduras* de unas clases contra otras. La idea de *dictadura* está, pues, fundida con la misma idea de Estado (...) Para acabar con la sociedad capitalista, el proletariado y las fuerzas socialistas necesitan, por un determinado período histórico, poseer también un instrumento, un Estado propio, que realice esta tarea. Sólo después de liquidado el capitalismo en la escala mundial, el Estado pierde su razón de ser y se extingue. Si para nosotros *dictadura* es cualquier forma de Estado, ello permite ya llegar a una primera conclusión muy importante: que las nociones teóricas, científicas –que es el terreno en que usamos estas fórmulas- de *dictadura del proletariado* o *dictadura de la burguesía* no tienen nada que ver con la noción usual, corriente, la más utilizada – incluso por nosotros mismos – del término dictadura. Lo que significa que se puede

estar a la vez en contra de ésta última acepción de la dictadura y ser partidarios de lo que en términos teóricos se denomina *dictadura de la burguesía* o *dictadura del proletariado* (...) En determinados períodos podemos unirnos frente a la dictadura –en su sentido usual, corriente, por ejemplo la dictadura franquista o la dictadura salazarista– fuerzas burguesas y proletarias que estamos divididos profundamente en cuanto al contenido del Estado que en definitiva querríamos poseer. El proletariado entre dos tipos de Estado – de *dictadura* – de la burguesía, prefiere sin vacilar la forma representativa, democrática, a la forma fascista (...) Ya desde su origen, la democracia ha sido en el fondo una forma de dictadura (...), la minoría privilegiada de la sociedad ejercía su dictadura sobre la inmensa mayoría. En el moderno Estado democrático burgués, la minoría de los grandes capitalistas ejerce su dictadura por medios más sutiles pero no menos efectivos. Esta minoría controla los resortes económicos y políticos (...) Con el poder económico y el poder político, con el aparato del Estado en las manos, los grandes capitalistas poseen todo género de medios de presión. (...) Por eso ese Estado, con libertades políticas, no deja de ser una forma de dictadura de la burguesía. El capitalismo se despoja de las formas democráticas cuando se siente débil. Entonces acude francamente a la violencia fascista (...). Los críticos pequeño-burgueses y socialdemócratas de la *dictadura del proletariado*, asimilan ésta a la dictadura del capitalismo en su forma fascista y han acuñado un término común con el que bautizan a ambas: *totalitarismo*. Esta tentativa de comparar dos regímenes antitéticos es una aberración que conviene exclusivamente al interés capitalista”<sup>108</sup>. Con estas palabras, Carrillo intentaba marcar la distancia entre los dos posibles tipos de dictadura y, al mismo tiempo, justificar la lucha contra una dictadura “mala” –la fascista– al fin de sustituirla con otra más benigna –la democracia burguesa– que, a su vez y por fin, debería ser suplantada y dejar el paso a un tipo de dictadura –la del proletariado– que se extinguiría por sí misma. Una vez marcada la diferencia entre una dictadura y la otra, el Informe se preocupaba de precisar que, en las anheladas y futuras revoluciones, la dictadura del proletariado que se implantaría y establecería iba a ser diferente a la conocida y existente en Unión Soviética: “de la misma manera que entre la violencia que tuvo que emplear la revolución rusa y la que ha sido necesaria después en las democracias populares del Este de Europa, hay ya un gran diferencia, del mismo modo que la hay entre el sistema de partido único en la URSS y el sistema pluripartidista de

---

<sup>108</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 159-162.

algunas de esas democracias populares, las diferencias serán mucho más profundas aún en las revoluciones socialistas que se produzcan, en su momento, en otros países europeos. Los regímenes políticos, por regla general, son tanto más duros cuanto más débil es su base de apoyo, nacional e internacionalmente. Por eso las formas posibles de la dictadura del proletariado están ligadas a la mayor o menor fuerza del sistema socialista (...) En estas condiciones, la dictadura del proletariado, en sus formas, sería una cosa muy diferente a la primera dictadura del proletariado en el mundo. En Rusia la *dictadura del proletariado* era en el primer tiempo la dictadura de una pequeña minoría de la población que buscaba un apoyo, no siempre fácil, en la alianza con los campesinos. En otros países, la *dictadura del proletariado* será el Gobierno de la inmensa mayoría asalariada del pueblo contra una pequeña minoría a la que la revolución socialista no tendrá por qué privar de derechos políticos”<sup>109</sup>.

En *Libertad y Socialismo*, informe al Pleno del C.C. de Septiembre de 1970, Carrillo afirmaba que la dictadura del proletariado seguía representando un objetivo del PCE, aunque no se podía luchar directamente por ella: “la lucha por la democracia es la primera fase de un proceso ininterrumpido de lucha por el socialismo. ¿Puede acusárenos de haber renunciado a la dictadura del proletariado al participar en una alternativa de libertades políticas? Tampoco, puesto que el reemplazamiento automático de la dictadura franquista por una dictadura del proletariado es hoy, en el estado real de las cosas, un imposible”<sup>110</sup>. Siguiendo con la lectura del Informe, el PCE pone de manifiesto la “matización” del contenido de este concepto: “En esta época y en nuestro país, la victoria del socialismo, la dictadura del proletariado las concebimos no como la abolición de las libertades políticas y de la democracia, sino como una ampliación y un desarrollo de éstas al terreno fundamental de la propiedad colectiva, de los medios de producción y de cambio”<sup>111</sup>.

El VIII Congreso del PCE, celebrado en 1972, fue el último en que aparece el término dictadura del proletariado, aunque en sucesivas publicaciones (como *Mañana España* de 1975) el concepto seguía teniendo su vigencia, con el mismo contenido. En este Congreso, se reafirmaba que “PCE estima que la concepción de la dictadura del

---

<sup>109</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 164-165.

<sup>110</sup> Carrillo, Santiago: *Libertad y socialismo. (informe al Pleno del C.C. de Septiembre de 1970)*, Editions sociales, París, 1971, pág. 28.

<sup>111</sup> Carrillo, Santiago: *Libertad y socialismo. (informe al Pleno del C.C. de Septiembre de 1970)*, Editions sociales, París, 1971, pág. 29-30.

proletariado como período de transición del capitalismo al socialismo no ha sido superada por el desarrollo histórico moderno”<sup>112</sup>.

A partir de este año, y en coincidencia –orientativamente- con el nacimiento del Eurocomunismo, el PCE empezó a prescindir de este vocablo y concepto. El punto más alto de este convencimiento fue el libro de Carrillo *Eurocomunismo y Estado*, al que dedicaremos un capítulo entero. Por lo que aquí nos interesa, en sus páginas podemos leer: “En cambio, estoy convencido de que la dictadura del proletariado no es el camino para llegar a establecer y consolidar la hegemonía de las fuerzas trabajadoras en los países de capitalismo desarrollado (...) Estoy convencido de que en estos países el socialismo no sólo es en definitiva la ampliación y desarrollo de la democracia, la negación de toda concepción totalitaria de la sociedad, sino que el camino para llegar a él es el de la democracia, con todas las consecuencias”<sup>113</sup>. Es evidente el cambio de estrategia de Carrillo: una vez comprendido que de poco ha servido darle al término un contenido diferente ya que parece investido de una connotación negativa, mejor abandonarlo y renunciar a él. Además, para el secretario del PCE, la dictadura del proletariado fue algo “necesario en el pasado” y que ya no lo es en el presente: en aquel entonces resultaba más funcional para la estrategia del PCE eurocomunista el uso de una concepción alternativa, como la idea de la hegemonía democrática de las fuerzas del trabajo y de la cultura, de un nuevo bloque histórico que agrupase a todas las fuerzas revolucionarias y de progreso social, interesadas en el socialismo.

### **2.5.2 El PCF y el abandono de la Dictadura del proletariado**

Quizás el caso más célebre y polémico fue el del PCF, que como hemos ya indicado, hizo pública su renuncia a la dictadura del proletariado en el XXII Congreso (4 de febrero de 1976). A diferencia del PCE que fue partidario más bien de una renuncia al empuje de este concepto, el PCF hizo un abandono explícito, repudiando el “contenido teórico y práctico que ese concepto ha tenido en la historia del régimen soviético”<sup>114</sup>. Para explicar este decisivo cambio, el secretario general, Georges Marchais, utilizó fundamentalmente dos argumentos: por un lado que la palabra dictadura evocaba a los regímenes fascistas y que por otro el proletariado es una minoría en el seno de la clase obrera. Aún así, Marchais se mostró muy cauto a la hora de condenar a los regímenes

---

<sup>112</sup> Informe al VIII Congreso del PCE, pág. 81.

<sup>113</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 195.

<sup>114</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 58.



del socialismo real, explicando que la dictadura del proletariado era necesaria y precisa en un caso como el de la Rusia de 1917, mientras sería anacrónico e innecesario para la Francia de 1976. En el Informe al Congreso, Marchais subrayaba la necesidad de que el poder esté en las manos de la mayoría del pueblo, abogando por un “movimiento lo suficientemente amplio, hasta englobar a una amplia mayoría del pueblo, sólidamente unido en torno a objetivos transformadores”.

Poco antes del Congreso, el 20 de enero, Marchais fue invitado al programa “Dix questions dix réponses pour convaincre”, de *France-Inter*, donde se le preguntó sobre el XXII Congreso y los cambios que iba a suponer desde el punto de vista teórico y hacia el socialismo. “Para sacar Francia del atolladero, hay que cambiar la sociedad (...) Queremos que los franceses tengan una vida más segura, más justa, más bella. Y para ello es preciso cada vez más democracia, cada vez más libertad. El socialismo que queremos para Francia es una sociedad basada en el progreso continuo de la democracia de la libertad”. Sobre la dictadura del proletariado y la pregunta si “la expresión desaparecerá de los estatutos o será reemplazada, con el peligro de aparecer como un revisionista de la doctrina marxista-leninista y de ser llamado al orden”, el secretario del PCF subrayó como “la dictadura del proletariado” había desaparecido del debate preparatorio al congreso, ajeno al proyecto propuesto de Francia socialista: “No figura porque la “dictadura del proletariado” no recubre la realidad de nuestra política y lo que proponemos al país hoy en día. Estamos en 1976. Vivimos y luchamos en Francia, en un mundo totalmente distinto a la situación de hace medio e incluso cuarto de siglo. Esto lo tenemos muy en cuenta (...). El poder que tendrá como misión realizar la transformación socialista de la sociedad (...) realizará la democratización más avanzada de toda la vida económica, social y política del país, basándose en la lucha de la clase obrera y de las masas populares (...). Pues, es evidente que no se puede calificar de “dictadura del proletariado” lo que proponemos hoy a los trabajadores, a nuestro pueblo. Es por ello por lo que no figura en nuestro proyecto de documento. Medio millón de comunistas discuten democráticamente sobre ello desde hace ya más de dos meses”. Marchais descartaba que la decisión de renunciar a este concepto derivase de “consideraciones tácticas o presiones de otras fuerzas políticas”, sino más bien que fuera consecuencia de “los cambios que han tenido lugar en la realidad nacional e internacional (...). Nuestra actitud, por tanto no es táctica, sino de principio. Definimos,

habida cuenta de la situación, el mejor camino, el camino más corto para ir hacia el socialismo”<sup>115</sup>.

Finalmente, en el Informe al Congreso, Marchais recordaba que “si la “dictadura del proletariado” no figura en el proyecto de documento para designar el poder político en la Francia socialista por la que luchamos, es porque no corresponde a la realidad de nuestra política a la realidad de lo que proponemos al país”, amonestando que “la dictadura evoca automáticamente los regímenes fascistas de Hitler, Mussolini, Salazar y Franco, es decir: la negación misma de la democracia. No es esto lo que queremos”. Era evidente que, en su Congreso, el PCF ponía de manifiesto que el dogma de la dictadura del proletariado representaba un obstáculo para su proyecto de izquierda unida y, al mismo tiempo, generaba la perplejidad de cuantos eran partidarios de una política de progreso deslizada de una noción tan doctrinal e insegura. Por eso, a riesgo de desconcertar, desorientar y desmoralizar a los antiguos fieles, Marchais decidió apostar por el cambio, esperando que la decisión pudiera marcar un “mejor porvenir”.

La decisión no estuvo exenta de críticas, provocó muchas objeciones, sobre todo, *a fortiori ratione* de cómo fue tomada: los militantes hubieran deseado mayor solemnidad, que una decisión de tal importancia no fuera presentada en el curso de una emisión televisada sino fruto de largos debates a nivel de secciones para ser luego objeto de una atenta discusión dentro del Comité. Para ellos, se trataba de un reajuste doctrinal de gran importancia, que requería un examen a fondo y cuyas repercusiones debían aparecer detalladamente en un texto que presentase consideraciones teóricas y estratégicas para el futuro. Étienne Balibar<sup>116</sup> lamentó que la decisión fuera anunciada “precipitadamente”, ni siquiera figuraba en el documento preparatorio al XXII Congreso, invitando, por eso, a los camaradas a “una reflexión teórica, una discusión colectiva”. Balibar seguía con su crítica negando la posibilidad de confundir un concepto de alcance universal con una situación histórica particular: no se podía asimilar la vía seguida por la Unión Soviética con la dictadura del proletariado, tanto de afirmar que “después de haber servido largo tiempo de garantía y de ejemplo, debe ahora, sin cambio, servir de alerta y de escarmiento”. En *L’Humanité* se consideraba que “la repulsión que inspira desde ahora la palabra “dictadura” no es una suficiente

---

<sup>115</sup> Albiac, Gabriel: *El debate sobre la "Dictadura del proletariado" en el Partido Comunista Francés: anexo, el debate en España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1976, pág. 84-93.

<sup>116</sup> Por lo que concierne el abandono de la dictadura del proletariado, el filósofo marxista representó uno de los más críticos y en repetidas ocasiones (y artículos) pedía a Marchais que aclarase “lo que se rechaza exactamente en la teoría y en la práctica”.

justificación. Un análisis científico no se limita a las palabras; debe llegar hasta el fondo de los hechos (...) [sin un atento análisis] la dictadura del proletariado de la que se trata hoy de librarse como de un ropaje ya viejo y en desuso, no es ya más que el fantasma, la caricatura del concepto que Marx y Lenin habían elaborado”<sup>117</sup>. Otros argumentaban que el término correspondía a “ciertas circunstancias de la lucha de clases en ciertas condiciones históricas, sociales y económicas” y, por eso, se identificaba con el camino que habían seguido las revoluciones en los países del “socialismo real”<sup>118</sup>.

En el caso francés se trató de un amplio debate (póstumo a la decisión), alimentando por un lado por los defensores del camino tomado como único posible para alcanzar el socialismo y los detractores, inquietos y preocupados por el temor de ver derrumbarse el partido o provocar las iras de la URSS.

La decisión del PCF resultó tan sorprendente e importante que, cuando le preguntaron a Edgar Faure, presidente de la Asamblea Nacional francesa, cuál fue el acontecimiento más importante de 1976, no hesitó en contestar: “El abandono por los comunistas franceses de la noción de dictadura del proletariado”.

### **2.5.3 El PCI y el abandono de la Dictadura del proletariado**

En el Partido Comunista italiano, las reflexiones en torno al tema de la dictadura del proletariado fueron condicionadas por el peso teórico de Gramsci y su teoría sobre la hegemonía del proletariado. Sobre eso, se hablará ampliamente en el capítulo IV, donde se remarcará la importancia del pensador italiano y su influencia en el desarrollo del partido. Ahora, me limito a recordar que por eso “la atención fundamental que se dedica a la teoría gramsciana de la hegemonía tiene sus raíces en la búsqueda, por parte del PCI, de las formas de una vía al socialismo acorde con la complejidad de desarrollo industrial avanzado, en la conciencia de que el “modelo” de socialismo representado por los países socialistas de matriz bolchevique-estalinista no es ni practicable ni deseable”<sup>119</sup>. Por eso en Italia, como veremos más adelante, el concepto de dictadura del proletariado fue sustituido de pronto por el de hegemonía, ya que el PCI propugnó una teoría socialista que “ya no se podía referir a la dictadura del proletariado”. Sobre este asunto, algunos teóricos<sup>120</sup> argumentaban que se puede considerar a la hegemonía como un “enriquecimiento en sus articulaciones de la propia teoría de la dictadura”. Los

---

<sup>117</sup> *L'Humanité* del 22 de enero de 1976.

<sup>118</sup> A propos de la ‘dictature du proletariat’ de Gerárd Haddad en *L'Humanité*, de 7 de enero de 1976.

<sup>119</sup> AA. VV.: *Gramsci y el Eurocomunismo*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 10.

<sup>120</sup> Luciano Gruppi, entre otros.

partidarios de esta teoría argüían que Gramsci inició su elaboración desde posturas leninistas, considerando la hegemonía como “un aspecto directo de la dictadura del proletariado”. Sin embargo, reflexionando sobre la derrota del movimiento obrero a comienzo de los años veinte, se empezó a especular sobre unas posibles diferencias entre Oriente y Occidente, sobre la necesidad de un planteamiento estratégico diferente: “Toda la concepción de la vía italiana al socialismo sería inexplicable si no se partiera del principio de la hegemonía (...). Se derrumbaría la relación entre reformas y revolución”<sup>121</sup>. Siguiendo esta teoría, Gramsci fue el padre de una concepción de “hegemonía” como enriquecimiento de la dictadura del proletariado que, en realidad, creaba las premisas para el abandono de ésta. El teórico italiano afirmaba que “el consejo de fábrica es el modelo de Estado proletario”<sup>122</sup>, subrayando que “no puede existir una verdadera dominación política sin dirección social”, denunciando, al mismo tiempo, los límites de cualquier dictadura de partido presentada como dictadura del proletariado. De todas formas, para la mayoría de los estudiosos italianos, el abandono formal del concepto fue en la Conferencia de Moscú de 1969, cuando Berlinguer afirmó: “La clase obrera puede y debe afirmar su función histórica en un sistema pluralista y democrático”.

En la misma línea, Umberto Cerroni escribía: “es preciso recordar en primer lugar que si la dictadura burguesa puede ejercitarse a través de diferentes formas políticas, *incluso* con la república democrática y la democracia política, esto significa que al hablar de la dictadura de clase, no se define una particular forma de gobierno sino un orden socioeconómico. De ello se deduce, pues, que la dictadura del proletariado, entendida como orden socioeconómico, puede ejercitarse de diferentes formas políticas, incluida, en principio, la democracia política”. Y añadía: “Toda solución que –cediendo a una crítica abstracta del formalismo de la libertad política y los derechos- proclamase el fin de toda garantía, concluiría en la instauración de un socialismo con fuerzas políticas elitistas y autoritarias”<sup>123</sup>.

---

<sup>121</sup> Gruppi, Luciano: “Il concetto di egemonia” en AA. VV. *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci*, “Crítica marxista”, *Quaderni* n. 3, 1967, pág. 94-95.

<sup>122</sup> Gramsci, Antonio: “*L’ordine Nuovo, 1919-1920*”, Einaudi, Turín, 1955, p. 37

<sup>123</sup> Bobbio, Norberto, Solé-Tura, Jordi y otros: *El marxismo y el Estado*, Avance, colección “Socialismo y democracia”, número 3, Barcelona 1977.

## 2.6 Pluralismo, vía parlamentaria y nacional

El Eurocomunismo entendió que los tiempos de las revoluciones con violencia habían terminado y las papeletas de voto sustituían al fusil: “el arrinconamiento del fusil en el depósito de los accesorios históricos o folklóricos y la promoción de la papeleta de voto dan un relieve a un personaje prometido de ahora en adelante a un destino fabuloso: el elector”<sup>124</sup>. Para los partidos comunistas de Europa occidental, se trataba de apostar por un cambio radical, entendiendo que, para alcanzar el poder, “el socialismo debe ser mayoritario y dispuesto a aceptar el veredicto de las urnas”. Por eso, el proyecto eurocomunista insistía en que no se trataba de una maniobra táctica y tampoco representaba el tránsito a posiciones socialdemócratas. Se postulaba como otro *modelo* de socialismo, que pasaba por el reconocimiento del principio del pluralismo político e ideológico en la construcción de la sociedad socialista, así como en el reconocimiento de las bases de la democracia política y social, incluyendo la intangibilidad de los derechos cívicos y humanos: “éste es un camino que crea la posibilidad de superar las deformaciones del socialismo burocrático, más aún, es una condición necesaria para superar estas deformaciones, aunque esta condición no sea suficiente”<sup>125</sup>. El reconocimiento del pluripartidismo era un resultado objetivo de la historia y que hubiera sido un error seguir negando, con la “presunción” de que la lucha por el socialismo iba a ser “monopolio exclusivo” de la clase obrera, mientras que eso debía –y podía– ser “patrimonio común” de gran parte de la sociedad. “Las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas”, escribía Marx en el 18 de Brumario de Luis Bonaparte para indicar que criticar es poner de manifiesto los errores cometidos para prevenirse contra ellos y evitar repetirlos: la aceptación del pluripartidismo parecía una condición indispensable para participar a la contienda electoral en los estados democráticos de Europa occidental, evitaba las tentaciones del *blanquismo* y ofrecía la posibilidad de pactar con otros partidos los proyectos de cambio en el camino socialista. Después de la traumática experiencia del fascismo, los partidos comunistas empezaron a reafirmar su posición independiente y el carácter nacional de su estrategia: se trataba de definir y promover la vía francesa, española o italiana al socialismo, expresando la autonomía de cada partido a la hora de elaborar su línea política, rechazando la existencia de un centro dirigente. El concepto de vía nacional fue importante sobre todo

---

<sup>124</sup> Fonvieuille-Alquier, François: *El Eurocomunismo*, Plaza & Janes, S.A. Editores, Barcelona, 1979, pág. 46.

<sup>125</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica, Barcelona, 1983, pág. 150.

en el caso de Francia donde, ya en la segunda mitad de los años 60, el PCF se pronunció por un “socialismo con los colores de Francia” cuya principal novedad consiste en la posibilidad de conseguir la democratización del Estado, sin necesidad de destruirlo, para alcanzar el socialismo. Se proclamaba, con una expresión chauvinista, la búsqueda de “un socialismo concebido y construido en Francia, por y para los franceses”. Pero eso lo veremos más adelante.

En este período, además del cambio en el concepto de democracia –de burguesa a conquista popular-, se procede al reconocimiento del valor de las libertades y de su defensa. Este reconocimiento servía para demostrar la necesidad de su presencia en la construcción del socialismo: “En el terreno político, la vía democrática al socialismo implica conservar todas las libertades humanas y políticas que han sido conquistadas por la humanidad en el período de las revoluciones burguesas, y que hoy subsisten sobre todo gracias a la presión que las masas trabajadoras ejercen para mantenerlas y defenderlas. Libertades humanas y políticas que se califican a veces de 'burguesas'. Expresión acertada en el plano histórico. Pero hoy en día el papel de esas libertades trasciende el nivel de los intereses burgueses y responde plenamente a los intereses de la clase obrera y de todos los sectores que aspiran al socialismo. Por lo tanto la vía democrática al socialismo mantendrá y potenciará las libertades de creencia, de palabra, de prensa, de asociación, de reunión, el derecho de huelga, (...), la libertad religiosa y el respeto de la Iglesia”<sup>126</sup>.

Los partidos eurocomunistas se empeñaban en el mantenimiento y en la ampliación de las libertades políticas, aunque se amonestaba que “a veces, ciertas libertades pueden ser formales incluso en el socialismo. Y no me refiero aquí a posibles atropellos de la legalidad socialista que pueden darse en algunos casos, a excesos de la burocracia, que pueden reducir a la nada libertades muy importantes”<sup>127</sup>.

De la misma manera, el avance en el camino hacia el socialismo se consideraba posible, fundamentalmente, a través de la vía parlamentaria. Se trataba de combinar la movilización de masas con la lucha parlamentaria, apostando por la participación en forma de democracia directa. Ya en VIII Congreso (1956), el PCI había investido el Parlamento de una función activa para la transformación de la sociedad socialista “a condición de que junto a él puedan y deban desarrollarse formas de democracia directa

---

<sup>126</sup> Azcárate Manuel, “La viabilidad del socialismo”, artículo publicado en AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Estudio introductorio y selección de textos Máximo Loizú, Barcelona, Ed. Avance, 1977, pág. 231-232.

<sup>127</sup> Carrillo Santiago: *Escritos sobre Eurocomunismo*, Forma Ediciones S.A., Madrid, 1977, pág. 85.

que aseguren los ulteriores progresos y la superioridad de la democracia socialista. En particular, no existe ningún principio que excluya la pluralidad de partidos en el país y en el poder durante la construcción de una sociedad socialista y la libre confrontación de las diferentes ideologías”<sup>128</sup>. En la misma línea, en su noveno congreso (1978), el PCE declaraba: “democracia política y social significará poner en marcha un sistema articulado de democracia que tendrá en su cúspide el Parlamento, como representación de la voluntad del conjunto del pueblo; pero que, al mismo tiempo, se apoyará en un tupido tejido de organismos profundamente enraizados en las masas populares. Esta articulación, lejos de debilitar el papel de los partidos políticos, de las elecciones, del parlamento, lo potenciará. La existencia de una democracia representativa, a su vez, elevará el significado de todas las formas de autogestión, de democracia directa en las esferas de la actividad política, social y cultural”<sup>129</sup>. Para los promotores del proyecto eurocomunista, la democracia directa constituía una característica definitoria de su propuesta y representaba un elemento básico para la construcción de la sociedad socialista ya que permitía la participación real de la población y la posible conquista de la hegemonía.

Asimismo, otra novedad introducida en el discurso político de los eurocomunistas, fue el reconocimiento de la necesidad del pluralismo y la posibilidad de alternancia en el poder. Se trataba de un cambio profundo respecto a la posición clásica mantenida por el marxismo-leninismo y que tuvo repercusiones sobre la estrategia de los partidos eurocomunistas en materia de alianzas y relación con los demás partidos. En la tradición marxista-leninista, el partido comunista, expresión de la clase obrera, era el único que representaba los intereses de la clase trabajadora y por lo tanto el único legitimado a hacerse con el poder. Sin embargo, en la etapa de transición al socialismo, los partidos eurocomunistas se daban cuenta de la necesidad de construir alianzas con otras clases o capas sociales (campesinado, fuerzas de la cultura, profesores, etc.), sin que el partido comunista renunciase a su papel hegemónico y de guía hacia la construcción de la sociedad socialista. El camino hacia el pleno reconocimiento de la necesidad del pluralismo fue accidentado y gradual, partiendo de una posición ortodoxa, pasando por un “primer reconocimiento de su valor”, aunque limitado, a un pluripartidismo en el que el PC tenía que ejercer “su papel dirigente” hasta llegar a su plena aceptación. En

---

<sup>128</sup> Declaración programática del VIII Congreso del PCI”, recogido por Loizu, Máximo: *¿Qué es el compromiso histórico?*, Ed. Avance, Barcelona, 1976, pág. 32.

<sup>129</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España, Actas, debates y resoluciones*, Ediciones PCE, Bucarest, 1978, pág. 88.

particular, el PCI hizo su “aceptación pública” de la convicción pluralista en su XV Congreso (1979), en el que los comunistas italianos se demostraron dispuestos a aceptar la posibilidad de una variedad de partidos que se alternasen en la función de gobernar y a que pudiera haber entre ellos incluso alguno contrario a la transformación socialista de la sociedad: “El mismo papel dirigente de la clase obrera en el proceso de superación del capitalismo y de construcción del socialismo puede y debe realizarse a través de una colaboración y un entendimiento entre los partidos y entre las diferentes corrientes que aspiran al socialismo, y en el ámbito de un sistema democrático en el que gocen de plenos derechos todos los partidos constitucionales, incluso aquéllos que no desean la transformación de la sociedad en un sentido socialista y que se oponen a ella, naturalmente siempre dentro del respeto a las reglas democráticas constitucionales”<sup>130</sup>. Por su parte, durante su X Congreso (1981), el PCE declaraba: “El avance al socialismo será, por tanto, resultado de la acción de los partidos políticos y movimientos sociales que vayan asumiendo aquel como su objetivo. El socialismo tendrá, por tanto, también su carácter pluralista. En lo político, el pluralismo socialista se expresará en la existencia de distintos partidos políticos de izquierdas, además de otras formaciones políticas, de todas cuantas existan, respetando la Constitución democrática”<sup>131</sup>.

Sin embargo, la aceptación de los tres partidos eurocomunistas de la necesidad de mantener las conquistas democráticas, el pluralismo político y la alternancia de poder planteaba un posible problema, cuya dramática vigencia fue provocada por los acontecimientos de Chile: si los partidos eurocomunistas rechazaban el empleo de la violencia para alcanzar el poder y transformar en sentido socialista la sociedad, frente a una posible “contrarrevolución fascista”, resultaba necesario que el proceso revolucionario contase con “un amplio consenso”, la búsqueda de un equilibrio entre los cambios realizados y emprendidos y una nueva hegemonía cultural. La experiencia de Chile resultó de gran importancia para el desarrollo del proyecto Eurocomunista, influenciando la estrategia de los partidos comunistas occidentales. Este acontecimiento puso de manifiesto que “la llegada al gobierno de las fuerzas socialistas no resuelve el problema del poder del Estado. Puede haber un gobierno socialista y un aparato de Estado capitalista”<sup>132</sup>.

---

<sup>130</sup> Proyecto de tesis para el XV Congreso Nacional del PCI, *Nuestra Bandera*, número 97, 1979, pág. 20.

<sup>131</sup> X Congreso del PCE, op. cit., pág. 18.

<sup>132</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 32.



Sobre los acontecimientos de Chile, Berlinguer<sup>133</sup> señalaba que estos “inducen a una atenta reflexión que no se limita al marco internacional y a los problemas de política exterior, sino que concierne también a los problemas relativos a la lucha y la perspectiva de la transformación democrática y socialista de nuestro país (...). Siempre nos ha parecido un error definir la vía democrática como una simple vía parlamentaria (...). En definitiva la perspectiva de éxito de una vía democrática al socialismo está en función de la capacidad del movimiento obrero para realizar sus propias elecciones y medir sus iniciativas según –más allá del marco internacional- las relaciones de fuerza concretas existentes en cada situación y momento, y con su capacidad para vigilar en todo instante las reacciones y contrareacciones que la iniciativa transformadora determina en toda la sociedad (...). Como hemos visto, la vía democrática no es ni rectilínea ni indolora (...). El problema de las alianzas [y de la relación entre fuerza y consenso] es, pues, el problema decisivo de toda revolución y de toda política revolucionaria. Y decisiva, también para la afirmación de la vía democrática”.

Por su parte, Carrillo declaraba “cuando se trata de realizar una experiencia socialista por la vía democrática, y no se tiene el apoyo de la mayoría del pueblo, hay que saber retirarse a tiempo del gobierno, antes que la tensión conduzca a la guerra civil, sometiendo el problema al sufragio universal. Si es preciso, hay que salir del gobierno para volver más tarde, cuando te sientas fortalecido”<sup>134</sup>. En la misma línea, en el Manifiesto-Programa, se afirmaba que “la opción por una vía democrática al socialismo significa acudir regularmente al sufragio popular, admitir la existencia de una oposición legal y aceptar la alternancia en el poder si la mayoría del pueblo retira la confianza a los partidos gobernantes”<sup>135</sup>. Siempre sobre estos acontecimientos, en el XXII Congreso del PCF, Marchais “extraía” de esta experiencia la siguiente “enseñanza para nuestro propio combate”: “lo que se desprende de ello es que la condición decisiva del éxito es la existencia y la afirmación de un movimiento lo suficientemente amplio, hasta

---

<sup>133</sup> Los artículos de Enrico Berlinguer titulados “Reflexiones sobre Italia después de los acontecimientos de Chile” fueron publicados en *Rinascita* el 28 de septiembre, 5 y 9 de octubre de 1973. Se hace referencia a su publicación dentro de: “*El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*”, Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 138, 144, 146-147, 149. Sobre este tema volveremos en otros capítulos.

<sup>134</sup> Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pág. 227-228.

<sup>135</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 36.

englobar a una amplia mayoría del pueblo, sólidamente unida en torno a objetivos transformadores”<sup>136</sup>.

Ahora bien, el tema de la alternancia en el poder presentaba una dificultad añadida, una “incógnita-riesgo”: en caso de derrota del partido comunista cuando este se encontrara en el poder realizando su proceso de transformación de la sociedad en sentido socialista, resultaba posible que, en caso de alternancia, la formación gobernante intentara “ceder lo avanzado” o desafiar públicamente hasta provocar un indeseable conflicto civil. Aunque podría parecer un escenario difícil, no se trataba de una “simple” alternancia entre derecha e izquierda, sino de dos modos distintos de producción (capitalismo vs. Socialismo), de dos modos de producción antagónicos. Por eso, el Eurocomunismo reconocía la necesidad de una revolución protagonizada por una amplia y contundente mayoría, de una deseable hegemonía socio-política por parte de las fuerzas promotoras del socialismo.

De la misma manera, parecía incluso posible que fuerzas extranjeras se opusieran al acceso al Gobierno de un partido comunista por miedo a que pudiera emprender su camino de transformación de la sociedad, poniendo de manifiesto los límites de la democracia. No se trataba de una hipótesis supuesta sino de una posibilidad real como demostraba el caso de Italia, donde pese a que el partido comunista se postulaba como posible alternativa de gobierno, existía un veto internacional, una patente injerencia extranjera en los asuntos internos del país: la operación Gladio, red clandestina secreta anticomunista que operó en Italia durante la pasada Guerra Fría, a cuya financiación contribuyó la Agencia Central de Inteligencia (CIA) estadounidense, tenía como objetivo el “veto de acceso en el poder de los comunistas italianos”<sup>137</sup> y la desestabilización del país en el caso de victoria de estos. Este caso demostraría los límites que las clases dirigentes puede imponer a la democracia, posibilitando el derrocamiento militar de un gobierno democráticamente elegido (caso de Chile) o con posibilidad de ser elegido (caso de Italia).

---

<sup>136</sup> Albiac, Gabriel: *El debate sobre la "Dictadura del proletariado" en el Partido Comunista Francés: anexo, el debate en España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1976, pág. 123.

<sup>137</sup> Su lema en latín era *Silendo libertatem servo*, el cual significa "En silencio, preservo la libertad". Hoy en día sobre este tema y su ramificación en diferentes países de Europa occidental se han publicado diversos libros. A tal proposito, se sugiere: Daniele Ganser, *Gli eserciti segreti della NATO. Operazione Gladio e terrorismo in Europa occidentale (NATO's Secret Armies: Operation GLADIO and Terrorism in Western Europe)*, Fazi Editore, 2005; Giovanni Fasanella e Claudio Sestieri con Giovanni Pellegrino, *Segreto di Stato. La verità da Gladio al caso Moro*, Einaudi, 2000.

### **Capítulo III: Los antecedentes del proyecto eurocomunista: la relación histórica entre democracia y comunismo.**

**3.1 Marx y Engels; 3.2 La revolución de Octubre; 3.3 Rosa Luxemburgo; 3.4 El VII Congreso de la Internacional Comunista: la aparición de Dimitrov; 3.5 Las democracias populares. La muerte de Stalin; 3.6 La primavera de Praga: ¿el inicio del Eurocomunismo?; 3.7 La Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas en Moscú; 3.8 La primera mitad de la década de los años setenta**

El comunismo representa el gran tema del siglo XX: sueño o pesadilla, representó la esperanza de algunos y el espanto de muchos, generando tanto la entrega total, el catecumenismo de los “fieles” de una nueva Iglesia como el rechazo más absoluto; atracción o repulsión, fue una tentación, un remordimiento o una decepción.

La búsqueda de la raíz ideológica del fenómeno eurocomunista resulta necesaria para su comprensión y, a primera vista, puede encontrarse en los principales teóricos marxistas, en las experiencias democráticas de los comunistas europeos de entreguerras y en las elaboraciones teóricas sucesivas. El análisis de algunos pensadores comunistas y el desarrollo histórico de la relación entre democracia y comunismo representan un válido instrumento teórico para el conocimiento del eurocomunismo.

El recurso a los pensadores clásicos fue frecuentemente utilizado de forma funcional para confirmar una tesis o confutar una reflexión, ya que, a menudo, sus palabras permitían diferentes interpretaciones. Decía Carrillo que “es claro que cada uno encuentra en Lenin lo que busca”<sup>138</sup>: en Marx, en Lenin, en Gramsci, los dirigentes de los partidos comunistas podían encontrar lo que “buscaban” en cada momento, para avalorar su planteamiento o desmontar una crítica.

Los acontecimientos de Hungría y, sobre todo de Checoslovaquia, representaron la ocasión para alumbrar un “reexamen” ideológico y una atenta revisión estratégica y, por lo tanto, junto con el mayo francés, serán objeto de análisis en este capítulo. Al mismo tiempo se analizarán brevemente las Conferencias de Bruselas y las de Moscú, poniendo de relieve las diferentes posturas y los objetivos de los participantes.

Según algunos estudiosos, los orígenes ideológicos del eurocomunismo se remontan al “socialismo científico” o “comunismo crítico” (según la definición del primer gran

---

<sup>138</sup> Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pág. 257.

marxista italiano, Antonio Labriola) de Marx y Engels. Las ideas y la acción política del materialismo histórico podían incidir en la sociedad sólo si se producían algunas características específicas. Aún así, cuando estructuras y luchas son diferentes, en países también diferentes, las ideas y la acción de los comunistas deben adecuarse a ellas: por eso, ya se postulaba la necesidad de instar diferentes caminos para llegar al socialismo. Paradójicamente, se considera que la imposición de una fórmula única para la llegada al socialismo fue obra de Lenin: su planteamiento estratégico para alcanzar el poder era la consecuencia lógica de las especiales condiciones rusas y del “eco que el jacobinismo de 1793-1794 suscitaba en su mente”. Pero vamos a analizar en detalle, aunque brevemente, de forma cronológica, el avance teórico de los pensadores marxista, empezando por el propio Marx hasta llegar a los eventos que determinaron la convicción de los partidos eurocomunistas de la necesidad de instaurar el socialismo en Europa occidental de una forma diferente.

### 3.1 Marx y Engels

A mitad de siglo diecinueve, el concepto de democracia adquirió un sentido nuevo, antagónico a la dominación de la burguesía: en la teoría de la revolución socialista de Karl Marx y Friedrich Engels, la democracia era consustancial con el socialismo, mientras la lucha por la misma democracia representaba el eje magistral de la lucha por la dominación de clase del proletariado. En un primer análisis, la idea que Marx y Engels elaboran de democracia, parece “contradictoria”, cambiando según los acontecimientos, aunque podemos considerar 1848 como el punto de ruptura.

Desde sus primeros pasos en la elaboración del materialismo histórico y de la lucha revolucionaria, Marx y Engels postularon una nueva concepción de la democracia, funcional a la consecución de una sociedad socialista. Al finales de 1845, mientras elaboraban conjuntamente “La ideología alemana”, Engels escribía: “La democracia ha pasado a ser un principio proletario, un principio de masas (...) todo el mundo incluye en la noción de democracia, aunque sea confusamente, la aspiración a la justicia social. La democracia de nuestro tiempo es el comunismo”<sup>139</sup>. En otro texto anterior al “Manifiesto”, el mismo Engels sostenía que “la consecuencia necesaria de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado”. El mismo concepto está formulado por Marx en el Manifiesto, en términos

---

<sup>139</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 79.

programáticos: “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”<sup>140</sup>.

Por lo tanto, leyendo los escritos de los padres teóricos del socialismo científico y del comunismo se revela que la correspondencia entre democracia y dominación del proletariado representaba un elemento clave de la teoría de la revolución de Marx y Engels. La democracia era concebida como “algo subversivo”, cargándola de un carácter anti-burgués: la conquista de la democracia representaría el primer paso de la revolución proletaria, seguido por la destrucción del aparato del Estado instituido por las anteriores clases dominantes en función de las necesidades de su dominación. Además los dos pensadores subrayaban la necesidad de una alianza entre el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía en contra de la dominación burguesa.

Por eso, según Marx y Engels, la democracia era el sistema político protagonizado por esta alianza que, constituyendo la “inmensa mayoría” a que se alude en el Manifiesto y bajo la hegemonía del proletariado, será la “única clase verdaderamente revolucionaria”. De alguna manera, revolución proletaria significaba lucha por la democracia.

En esta lectura, la fórmula “dictadura del proletariado” utilizada por Marx podría equivaler a “dominación de la clase del proletariado”, implicando la “más amplia democracia para la inmensa mayoría”<sup>141</sup> o como se dijo “el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa”. De todos modos, el concepto de democracia ya se desprende en *El Capital* de Marx, resultando funcional y útil para la definición del socialismo como modo de producción desde una óptica marxista. Según el pensador alemán, en una sociedad socialista, los individuos deberían disponer colectivamente de los medios de producción y la conexión entre las personas se efectuaría mediante la distribución consciente de los trabajos entre los miembros de la sociedad. Por lo tanto, la ley de valor, mecanismo de asignación de los recursos en las sociedades capitalistas, sería sustituida por el plan (estatal) mientras la dirección política suplantaría a las leyes de intercambio de mercancías. En cierto modo, la ausencia de democracia no afecta a un aspecto parcial o secundario del socialismo, sino a un punto crucial del mismo.

---

<sup>140</sup> Claudín, Fernando: *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1975, pág. 39-40.

<sup>141</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 82.

En 1891, en la *Crítica del programa de Eufurt*, también conocido como la *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*, Engels recordaba que: “está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como lo ha mostrado ya la Gran Revolución francesa”.

A final de su vida (1895), Engels declaraba que “la época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya, por sí mismas, de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida”<sup>142</sup>. A la “rebelión al viejo estilo”, Engels oponía “el ejemplo eficaz del sufragio universal”, subrayando como “las instituciones estatales en que se organiza la dominación burguesa ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones”. El coautor del Manifiesto valoraba positivamente los avances de la sociedad y la ampliación del derecho de voto a los ciudadanos, declarando que “los “revolucionarios”, los “elementos subversivos” prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión”<sup>143</sup>. Algunos críticos interpretan el prefacio de Engels a la obra de Marx como posible expresión de rechazo de los métodos revolucionarios a favor de la utilización de otros medios, como el sufragio universal o los métodos parlamentarios.

Asimismo, nuevas interpretaciones del pensamiento y de la obra de Engels argumentan que, a partir de 1895, el pensador empezó una lúcida autocrítica de la táctica utilizada entre 1848 y 1871, subrayando cómo sus posibilidades de éxito dependían de la ilusión de una revolución social victoriosa, pese a que, en realidad, no existían las condiciones idóneas para ello. Y, además, Engels recomienda un cambio de táctica por parte del proletariado, encomendando el paso de la “clásica” teoría de la revolución permanente a

---

<sup>142</sup> Engels, Friedrich: *Introducción a Las luchas de clases en Francia*, en Obras escogidas, Toma I, Editori Riuniti, Roma, 1970.

<sup>143</sup> Engels, Friedrich: Introducción de 1895 a la obra de Karl Marx: *Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850*, Editori Riuniti, Roma, 1970, pág. 81. Engels sostenía que eso era el resultado de “la ironía de la historia que todo lo trastorna (...) Los partidarios del orden, como ellos se autodenominan, encuentran su ruina en el orden legal que ellos mismos fundaron Exclaman desesperados Odilon Barrot: “La légalité nous tue”, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si nosotros no somos tan locos que nos dejamos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos”.

la gradual conquista de la hegemonía. Es prematuro y aventurado afirmar que, a partir de estas reflexiones, podemos inscribir el nacimiento del “socialismo democrático” ya que, pese a que Engels preconice algunos cambios tácticos y estratégicos “democráticos” (las luchas parlamentarias, la guerra de posición entre otras), en ningún momento se trata el tema del respeto de la legalidad o del abandono de la violencia revolucionaria.

Finalmente, a lo largo de sus escritos es posible remarcar cómo el pensamiento de los padres fundadores del marxismo evolucionó, cambió y reflexionó atentamente sobre el tema de la democracia. Si en 1847, Marx Y Engels consideraban que socialismo y democracia no coincidían del todo y, que como máximo, podían ser afines, los cambios históricos hicieron que la idea de democracia de Engels cambiara, hasta llegar a considerar la idea de que la revolución socialista sólo podía ser obra de la acción consciente de la gran mayoría, lo cual implicaba necesariamente la democracia. De la misma manera, el avance democrático habría permitido a los trabajadores la llegada en el poder a través de la legalidad, eliminando de golpe las formas de dominación burgueses.

Sin embargo, al estallar de la primera guerra mundial, la revolución violenta se puso de nuevo al orden del día como medio para construir una sociedad socialista. Mientras intentos revolucionarios fracasaron o fueron derrotados en varios países, la revolución triunfó exclusivamente en Rusia, país que representa el punto de partida de mi análisis sobre los antecedentes del Eurocomunismo.

### **3.2 La revolución de Octubre**

En la Unión Soviética, terminada la revolución de 1917 y logrado el poder, Vladimir Ilich (Lenin) empezó a realizar una serie de cambios en el país para “asemejar” la nueva criatura a los dictámenes del comunismo. En primer lugar, el 8 de marzo de 1918 decidió cambiar el nombre al partido bolchevique que paso de ser socialdemócrata, considerada expresión “incorrecta”, a comunista, apelación más funcional a su objetivo: la creación de una sociedad comunista, basada en la igualdad derivada del principio de “cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades”.

Contextualmente, en la nueva URSS, se empezó a debatir sobre el concepto de democracia, partiendo de la idea que, teniendo en cuenta la revolución, la noción de democracia burguesa había sido superada por la de democracia socialista, cuyos contenidos coincidían con la dictadura del proletariado y de los campesinos. En esta

etapa, Lenin consideraba la democracia como algo necesario, casi imprescindible para la creación de un estado socialista. Así ya en vísperas de la revolución, el líder de la Unión Soviética señalaba el antagonismo entre democracia y capitalismo imperialista, definiendo a este último como la “negación de la democracia”. Lenin exponía la importancia de la democracia en esta lucha: “El socialismo es imposible sin democracia en dos sentidos: 1. el proletariado no puede llevar a cabo una revolución socialista si no se prepara para ella a través de la lucha por la democracia. 2. el socialismo triunfante no puede consolidar su victoria y llevar a la humanidad hacia la desaparición del Estado sin la realización de una democracia completa”<sup>144</sup>.

En estos momentos -sobre todo en el libro *El Estado y la revolución*, escritos entre agosto y septiembre de 1917, mientras se encontraba en la clandestinidad en Finlandia-, Lenin preveía una expansión de la democracia y una extinción paulatina del Estado. Sin embargo, estas previsiones, tan optimistas, fueron abandonadas tras la revolución, como demostración de la dificultad de poner en práctica su teoría. Una vez llegado en el poder, Lenin reivindicó la creación de una república de los Soviets, en menoscabo de una república parlamentaria. La disolución de la asamblea constituyente representó un momento de cambio radical: en la URSS post-1917, el concepto de democracia se iba arrinconando aunque la palabra siguió en el vocabulario leninista, sobre todo acompañada por expresiones más o menos abstractas y, a veces, engañosas a pesar de ser relacionadas con temas importantes como la reforma agraria o la discusión de las libertades. Contrariamente a las premisas, Lenin se mostró crítico respecto a la democracia realizada hasta entonces afirmando, por ejemplo que la libertad de prensa “es un engaño” y que la posibilidad efectiva, real, de gozar de las libertades y derechos democráticos “nunca ha existido, ni siquiera aproximadamente, en las mejores repúblicas democráticas burguesas”<sup>145</sup>. La forma de Estado y la organización social de la URSS mostraban rápidamente contradicciones de fondo con la representación teórica de la democracia: la actuación de Lenin (y aún más la de su sucesores) parecía olvidar el “testamento” de Engels y las afirmaciones del mismo líder bolchevique sobre la imposibilidad que el socialismo pudiese realizarse sin una democracia completa.

En esta etapa, la línea principal de Lenin era originariamente, “frente a la corriente socialdemócrata, a su parlamentarismo y a su pánico al consejismo, la de una

---

<sup>144</sup> Lenin: *Sobre la caricatura del marxismo. Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1985, Volumen 23, pág. 72 y ss.

<sup>145</sup> Lenin: *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. Obras completas*, I Congreso de la III Internacional, 4 de Marzo de 1919, vol. 28, pág. 462 y 467.



sustitución radical de la llamada democracia formal por la llamada democracia real, de la democracia representativa por la democracia directa llamada consejista (en la época no se empleaba todavía el término de autogestión)”<sup>146</sup>.

Sin embargo, la revolución tenía que ser extendida a lo demás países: según Lenin, la “suerte de la revolución mundial” dependía, ante todo, de la creación inmediata de un partido “auténticamente revolucionario”, de tipo bolchevique y de carácter supranacional, mundial. Por eso, él mismo se preocupó de crear la Internacional Comunista, conocida también como la Tercera Internacional, organización fundada en marzo de 1919, que agrupaba a los Partidos Comunistas de los diferentes países, con el objetivo de luchar para “superar el capitalismo, abolir las clases sociales y, finalmente, establecer la Dictadura del Proletariado”. A partir de su muerte (enero de 1924), la actividad de la Internacional fue dirigida de forma exclusiva por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y su suerte fue ligada definitivamente a la de la evolución interna del partido bolchevique.

Durante la década de los veinte, Rusia era un país arrasado y empobrecido: los largos años de guerra y la revolución bolchevique habían dejado un país devastado, con una economía en ruinas, al borde de la bancarrota. La situación de crisis obligaba a los bolcheviques a quedarse en el poder para no dejar el campo a la antigua y parasitaria clase dominante. Frente a un panorama tan deprimente y una situación de malestar generalizado, el nuevo partido actuó convirtiendo el centralismo económico en un verdadero sistema de control del poder; del mismo modo, la burocratización del sistema llevó a la instauración de un régimen totalitario, lejano del espíritu socialista y progresista de la revolución. Como señalaba muchos años más tarde el pensador comunista montenegrino, Milovan Djilas, “con la revolución bolchevique nació una nueva clase dominante: la burocracia comunista, que se mantenía en el poder mediante un Estado policía, esgrimiendo la retórica de la “dictadura del proletariado” que en realidad era la “dictadura de la burocracia”, que era la base de la dictadura del partido”<sup>147</sup>.

Dentro de la Unión Soviética, después de la muerte de Lenin, el régimen soviético acentuaba sus contradicciones: la “democracia popular” iba excluyendo cada vez más al proletariado. La llegada en el poder de Iósif Stalin determinó que la noción de

---

<sup>146</sup> Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pág. 390.

<sup>147</sup> Tortella, Gabriel: *La revolución del Siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia*, Taurus Pensamiento, Madrid, 2000, pág. 98-100.

democracia fuera arrinconada del todo, creando una República Federal, donde el órgano federal legislativo era el Soviet Supremo y el jefe de Estado era el Presidente del *Presidium* del Soviet Supremo. Stalin procedió al control total del aparato administrativo del estado: durante su régimen, no “cabía” espacio para la democracia. Además, el nuevo líder comunista abandonó el tradicional énfasis bolchevique respecto al carácter universal de la revolución: Stalin era partidario de construir el “socialismo en un solo país”, en contraste a la teoría de Lenin y de Trotsky de la revolución permanente. La extensión de los principios revolucionarios al Estado nunca se realizó: “El estado que debía extinguirse se ha convertido rápidamente en un Estado incomparablemente más absoluto y más tiránico que el Estado zarista. El reino de la libertad<sup>148</sup> no ha surgido jamás. Y bajo el reino de la igualdad se ha instaurado una nueva clase de patronos”,<sup>149</sup>.

### 3.3 Rosa Luxemburgo

La primera pensadora comunista que se preocupó de rehabilitar el concepto de democracia fue Rosa Luxemburgo, teórica marxista de origen polaco. Las críticas y advertencias que Luxemburgo hizo a los dirigentes bolcheviques ya en 1918 resultaron dramáticamente premonitorias. Quizás representó la línea más fiel al “marxismo original” por su apego a los valores democráticos y, al mismo tiempo, por la convicción de la necesidad de una revolución. Tras manifestar su apoyo al movimiento revolucionario dirigido por el partido bolchevique, Rosa Luxemburgo se puso en guardia ante una previsible deformación burocrática, inevitable si no se modificaba el sistema antidemocrático de poder que estaba constituyéndose. Sus razonamientos aparecen proféticos y provocaron la molestia de Stalin, producto de aquel “aparato” criticado por ella, que, se cuenta, llegó a prohibir la celebración de las “tres L” (aniversario de la muerte de Lenin, de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo).

Rosa Luxemburgo rechazó la idea de que la negación de la democracia pudiera considerarse una necesidad para la revolución proletaria: “La misión histórica del proletariado, cuando llega en el poder, consiste en sustituir la democracia burguesa por

---

<sup>148</sup> En el libro *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, mejor conocido como *Anti-Dühring* (1878), Friedrich Engels afirmaba que el comunismo era “el ascenso del hombre del reino de la necesidad al reino de la libertad”.

<sup>149</sup> Sartori, Giovanni: *La democracia después del comunismo*, Alianza, Madrid, 1994, pág. 47-48.

una democracia socialista, y no destruir toda democracia”<sup>150</sup>. Sus palabras subrayaban las contradicciones de una dictadura que iba olvidando su teoría. Ya alrededor del 1900 (antes de la revolución bolchevique) en el libro “Reforma o Revolución Social”, Rosa Luxemburgo empezaba a reflexionar sobre la profunda relación entre la democracia y el movimiento obrero, estableciendo una clara vinculación entre la democracia y el socialismo tanto como para afirmar “el destino de la democracia está ligado al del movimiento socialista”; a partir del 1917, Luxemburgo criticó abiertamente todas aquellas restricciones a la democracia que aparecieron ya en los primeros momentos posteriores a la revolución de Octubre, considerando la democracia no como un producto burgués, sino como una conquista fundamental del movimiento obrero. Por lo tanto, “están ya en ella vivas las concepciones de que la libertad y la democracia son imprescindibles en la vía de la transición al socialismo y en el socialismo mismo”<sup>151</sup>. En estos años, Rosa Luxemburgo rechazaba la idea de que la revolución fuera una serie condensada de reformas, recalcando la importancia de la democracia para la clase trabajadora. La teórica marxista subrayaba la necesidad de la democracia “porque solo a través del ejercicio de sus derechos democráticos puede el proletariado llegar a conocer sus intereses de clase y su tarea histórica”.

En el escrito *La Revolución Rusa*, de septiembre-octubre de 1918, establecía su crítica sobre el tema de las insuficiencias democráticas de la Revolución, y en concreto, sobre la disolución de la Asamblea constituyente en enero de 1918, reprochando el “frío desprecio frente a la Asamblea constituyente, el sufragio universal, la libertad de prensa y de reunión, en síntesis, frente a todo el aparato de las libertades democráticas fundamentales de las masas populares”<sup>152</sup>. Según ella, “toda institución democrática tiene limitaciones e insuficiencias, cosa que comparte desde luego cualquier institución humana, pero el remedio que han encontrado Trotsky y Lenin, la eliminación de la democracia en general, es peor que la enfermedad ya depurada, porque obstruye la fuente viva de la que podrían emanar, y solo de ella, los correctivos de todas las insuficiencias inherentes a las instituciones sociales, la vida política activa, enérgica y sin trabas de las más amplias masas populares”. Por eso considera inoportuna la

---

<sup>150</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 6.

<sup>151</sup> Pilar Brabo: “Los orígenes del Eurocomunismo”, en el AA. VV.: *Para una historia del P.C.E.*, Conferencias en la Fundación de Investigación Marxista, impreso en Casaló AG, 1980, pág. 200.

<sup>152</sup> Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, pág. 53. La teórica marxista se mostró particularmente crítica en contra del centralismo democrático como previsto en *¿Qué hacer?* de Lenin (1902).

decisión de, ante los evidentes defectos de las instituciones democráticas, suprimirla del todo, considerando que la eliminación de la democracia representativa llevó a la misma eliminación real de los soviets como representación auténtica. Y argumentaba: “El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin...). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza”<sup>153</sup>.

En este folleto y en los escritos inmediatamente sucesivos, Luxemburgo defiende abiertamente la democracia, el sufragio universal y las libertades, sosteniendo que estos elementos representan el terreno fértil donde las “energías creadoras” de las masas podrían expresarse, empezar su camino para la construcción del socialismo y funcionar como dique que impida una degeneración dictatorial de la revolución.

En sus escritos, Rosa Luxemburgo continuó criticando la restricción del derecho de voto, subrayando que sin una prensa libre y sin trabas, sin una libertad de reunión y de asociación ilimitada, sin una lucha de opiniones libres, iba a ser totalmente inconcebible el dominio de las amplias masas populares. Particularmente acertada aparecen sus ideas entorno al concepto de libertad: “La libertad reservada sólo a los partidarios del gobierno, sólo a los miembros de un partido, por numerosos que ellos sean, no es libertad. La libertad es siempre únicamente libertad para quien piensa de modo distinto”<sup>154</sup>. Lamentablemente en enero 1919, Rosa Luxemburgo fue asesinada, antes que sus críticas pudiesen activar, desde el interior, la reflexión del movimiento revolucionario.

En Alemania, la Revolución de Noviembre (1918-1919) no tuvo el mismo éxito que la revolución rusa, mientras el levantamiento espartaquista (5-12 de enero de 1919),

---

<sup>153</sup> Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, pág. 211.

<sup>154</sup> Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, pág. 74.

inspirado en gran parte en las ideas de la Luxemburgo, fue aplastado en la llamada “Semana Sangrienta”. Lamentablemente, Rosa Luxemburgo hubiera podido representar una posibilidad diferente de cambio socialista: de haber triunfado la revolución socialista en Alemania, el avance al socialismo hubiera podido seguir un camino diferente<sup>155</sup>.

A lo largo de sus escritos, la teórica marxista defendió las instituciones básicas de la Revolución (soviets, Asamblea Constituyente y el sufragio universal), criticando, sin embargo, su “aplicación” ya que las condiciones en que se realizó la Revolución en Rusia invirtieron los términos: mientras las tesis de Lenin sostenían la instauración de una dictadura del proletariado, donde la mayoría en el poder gobernaba con la democracia y reprimiendo a la minoría de explotadores, la realidad era completamente opuesta, una minoría represora al mando del partido. Asimismo, Luxemburgo sostenía que un régimen socialista no puede establecerse por decreto, reivindica la transformación intelectual de las masas, condición posible solo con la democracia más amplia: “decretos, poder dictatorial de los inspectores de las fábricas, castigos draconianos, reino del terror son paliativos. El único camino que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública, la democracia más amplia e ilimitada, la opinión pública. Es justamente el terror lo que desmoraliza”. Luxemburgo, el águila de la revolución según la expresión de Lenin, tenía también vista de águila, reprochándole que: “Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, libre confrontación de las diversas opiniones, la vida se apaga en toda institución política y sólo triunfa la burocracia”. El dominio de la burocracia encontraría su desemboque natural en una dictadura, en el sofocamiento de la vida política: sin embargo, no se trataría de una dictadura del proletariado, sino más bien de una dictadura burguesa, jacobina, donde lo más peligroso es que la “libertad se convierte en un privilegio”<sup>156</sup>. Por eso, Rosa Luxemburgo argumenta que la misión del proletariado no es destruir toda la democracia, sino actuar para que la democracia proletaria reemplace a la burguesa, poniendo de manifiesto su concepción del socialismo como revolucionario y profundamente democrático.

---

<sup>155</sup> En la obra ya citada, la Luxemburgo escribió: “Lo que el curso de la guerra y de la revolución rusa han puesto en evidencia no sido la inmadurez de la Rusia, sino la inmadurez del proletariado alemán a la hora de realizar sus tareas históricas”.

<sup>156</sup> Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, pág. 209-210.

En el ya citado libro “La Revolución Rusa”<sup>157</sup>, Rosa Luxemburgo insistía: “El sistema social socialista sólo deberá ser, y sólo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, (...) Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a la luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan gobernada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espiritual. (...). Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales”<sup>158</sup>.

Finalmente, para los eurocomunistas, su lectura representó una referencia teórica permanente y un punto de reflexión meritorio en cuanto analizaba de forma crítica y correcta los límites de la revolución en su aplicación en la URSS. De las reflexiones de Rosa Luxemburgo, el Eurocomunismo retomó la necesidad de desarrollar el concepto de democracia: sin embargo, se distanciaron de sus pensamientos en la manera propuesta por los eurocomunistas para adquirir el poder, abandonando la revolución armada, declarándose partidarios de la llegada en el poder a través de medios pacíficos.

### **3.4 El VII Congreso de la Internacional Comunista: la aparición de Dimitrov**

La instauración de la dictadura de Stalin coincidió con la consagración de la teoría del “socialismo en un solo país”, obstaculizando, por los comunistas de los diferentes países, la realización de una política basada en la realidad nacional y en el contexto internacional.

Se considera que, una vez en el poder, “la concepción estalinista de la filosofía marxista difiere esencialmente de la concepción de Marx, Engels y Lenin. Stalin simplificó, tergiversó y esclerotizó las concepciones filosóficas contenidas en las obras de Engels y Lenin y omitió casi por completo la obra filosófica de Marx”<sup>159</sup>, erigiendo una “explicación teórica que justificase sus prácticas, apoyándose en la credibilidad de los militantes que no cuestionaron su sistema.

---

<sup>157</sup> Algunos consideran el libro como su “testamento” político –como el Memorial de Yalta de Palmiro Togliatti del que luego hablaremos-, que contenía una trágica advertencia-predicción sobre el triste destino del socialismo en caso de olvido de su intrínseca necesidad de democracia y libertad.

<sup>158</sup> Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, 210-211.

<sup>159</sup> Petrovic, Gajo: *Marxismo contra stalinismo*, Seix Barral, Barcelona, 1970, trad. Eduardo Subirats pág. 12.

Sin embargo, dentro de las filas comunistas, empezaron a surgir las primeras elaboraciones teóricas, e intentos prácticos, de una estrategia diferente de la impuesta por Moscú: en primer lugar, nació la “oposición de izquierda” (trotskismo), que desembocó en una ruptura completa; en segundo lugar, apareció la elaboración gramsciana, que, partiendo de un nuevo análisis del Estado y de las estructuras sociales del capitalismo europeo, postuló la “guerra de posiciones” como nueva estrategia de lucha por el socialismo; finalmente, en China, Mao elaboró la teoría de la guerra revolucionaria basada en el campesinado, pensándola como estrategia apropiada en países agrarios.

Mientras tanto, la Internacional Comunista, organización creada por iniciativa de Lenin y del Partido Bolchevique para la “realización del socialismo en el mundo”, se enfrentaba a problemas internos. En abril de 1929, Nikolái Bujarin, político marxista ruso que participó activamente a la revolución de 1917, se vio obligado a dimitir del cargo de Secretario General de la Internacional Comunista, al ser acusado por Stalin de conspirar para ejecutar un golpe de estado armado contra su gobierno. En 1934, para sustituirle fue elegido el comunista búlgaro Georgi Dimitrov, que dirigió la Internacional Comunista hasta su disolución el 15 de mayo de 1943, después de que fuese celebrada la Conferencia de Teherán<sup>160</sup>.

Con Dimitrov como nuevo Secretario, en agosto de 1935, se celebró en Moscú el VII Congreso de la Internacional Comunista: el auge de los regímenes fascistas preocupaba al bando Comunista, mientras el nuevo concepto de Frente Popular hacía su aparición en el escenario político internacional.

Dentro de este Congreso, se contraponían dos concepciones divergentes: por un lado la “estaliniana”, que consistía en la aceptación del momento democrático como algo instrumental, una exigencia-etapa a través de la que el comunismo tenía que pasar para continuar su camino y cuyo punto de culminación era representado por el modelo soviético de revolución; por otro lado, la línea “gramsciana”, que, debido a la experiencia fascista, propendía para la recuperación de la democracia como periodo indispensable para la consolidación de las conquistas obreras. En esta disputa, fue saludable la entrada en escena del nuevo Secretario, Dimitrov: el máximo dirigente del Partido Comunista búlgaro era partidario de una revisión de la estrategia de alianzas

---

<sup>160</sup> El *Presidium* del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decidió disolver la Internacional Comunista para evitar los recelos de los países capitalistas aliados, mostrando una señal de moderación: la disolución fue efectiva a partir del 10 de junio de 1943.

comunistas, animando una nueva discusión alrededor del tema. Dimitrov y otros comunistas destacados estaban poniendo “en entredicho, por primera vez, la necesidad de la dictadura del proletariado (entendida como dictadura del partido comunista) en las nuevas revoluciones”<sup>161</sup>.

Apoyándose en la enseñanza de Lenin, Dimitrov subrayó como la lucha por la democracia no suponía una desviación del camino hacia el socialismo y que el proletariado debía luchar por la democracia: “Sin dejar de ser partidarios de la democracia soviética, defenderemos palmo a palmo las condiciones democráticas arrancadas por la clase obrera en años de lucha tenaz, y nos batiremos decididamente para ampliarlas”<sup>162</sup>. La reivindicación democrática del Partido Comunista Búlgaro iba hacia la deriva debido a la situación específica vivida por el país a partir de 1923: la concreta amenaza del fascismo. El gobernante, el príncipe Boris III, actuaba de forma autoritaria, persiguiendo a los comunistas y a las fuerzas de la oposición. El mismo monarca formó parte del golpe de Estado, de inspiración fascista, que se ejecutó en 1923. A partir de 1934, Boris III convirtió Bulgaria en una dictadura plena, ilegalizando las fuerzas democráticas y gobernando de manera autocrática.

La experiencia negativa de estos años en Bulgaria marcó la formación de Dimitrov que empezaba a reflexionar sobre la posibilidad de crear alianzas entre las fuerzas democráticas en contra de los regímenes fascistas. En la revista del partido comunista búlgaro, *Rabotnicheski Vestnik*, Dimitrov se declaraba partidario de la creación de un frente único que se opusiera a las fuerzas burguesas reaccionarias. El levantamiento de septiembre de 1923, preparado por los comunistas para mostrar la hostilidad hacia la nueva situación nacional, fue un fracaso; según Dimitrov “no se luchaba por el establecimiento de una dictadura, ni tampoco por la instauración del poder soviético en Bulgaria, sino que se luchaba contra la dictadura militar desatada, por un amplio gobierno democrático, surgido del seno de la enorme mayoría del pueblo búlgaro: los trabajadores”<sup>163</sup>.

A partir de 1935, al proponer la democracia como objetivo político para la clase obrera, las declaraciones de Dimitrov presentaban las primeras diferencias respecto a las de Lenin: “Sería un error cardinal –reza la cita de Lenin que efectúa Dimitrov– pensar que

---

<sup>161</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 33.

<sup>162</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 8.

<sup>163</sup> Antonio Elorza: “Eurocomunismo y tradición comunista” en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 81.



la lucha por la democracia pueda desviar al proletariado de la revolución socialista o empañar u oscurecer ésta. Por el contrario, del mismo modo que no puede haber socialismo triunfante si éste no realiza la plena democracia, el proletariado no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía, sin librar una lucha en todos los aspectos, una lucha consecuente y revolucionaria por la democracia”<sup>164</sup>. Por lo tanto, la democracia venía presentada como una conquista de la clase obrera que el partido revolucionario debía consolidar y ampliar.

Sin embargo, el tema de la actuación independiente de los diferentes partidos comunistas resultaba fuertemente condicionado por la imagen dominante de la Unión Soviética: su visión de “patria del socialismo” complicaba las reflexiones sobre el tema de las vías nacionales. Sobre este problema, Dimitrov acudió nuevamente a Lenin para evocar “las formas especiales de transición o de acercamiento a la revolución proletaria”, si bien subordinaba este reconocimiento al principio de “la más estrecha alianza con el proletariado victorioso de la gran Unión Soviética”.

Por lo tanto, Dimitrov mostraba una actitud favorable a la elaboración autónoma de políticas nacionales por parte de los respectivos partidos comunistas; sin embargo nunca se alejó de las líneas-guías de Moscú y el respeto-miedo por Stalin no le permitió llegar a hablar de “vías nacionales al socialismo”. En junio de 1937, así declaraba: “Los partidos tienen que mantenerse cada vez más firmemente sobre sus propios pies y saber determinar ellos mismos su política y táctica y su dirección expeditiva en cualquier momento. Queremos que todas nuestras secciones, que todos nuestros partidos, lo consigan definitivamente”.

Disuelto el Komintern, Dimitrov seguía siendo en la práctica el “hombre fuerte” del movimiento comunista internacional: de esa manera, una vez terminada la guerra, el político búlgaro volvió a mostrarse partidario de la creación de un frente único socialistas-comunistas y en 1946, en una carta dirigida al líder laborista Harold Laski, así escribía: “Hoy, después de las duras lecciones de la guerra, la fusión de comunistas y socialdemócratas en un partido unificado de la clase obrera es una necesidad histórica”<sup>165</sup>.

---

<sup>164</sup> Antonio Elorza: “Eurocomunismo y tradición comunista” en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en el AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 82.

<sup>165</sup> Moran, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 114.

Finalmente el sueño de Dimitrov de realizar “algo diferente de la URSS de Stalin” chocó con la voluntad de este último, que desechó el proyecto y las promesas de pluralismo. En sus pasos, los primeros que se alejaban del régimen estaliniano, Dimitrov pudo contar con el apoyo de Palmiro Togliatti, que compartiendo varias ideas con el político búlgaro, intentó llevar al partido por un camino más independiente desde que asumió el mando del Partido Comunista Italiano.

### **3.5 Las democracias populares. La muerte de Stalin**

Terminada la Segunda Guerra Mundial, después de la Conferencia de Yalta se empezó la llamada “repartición territorial” y la creación de un mundo bipolar. El mundo quedaba dividido en dos bloques: un bloque capitalista, liderado por los Estados Unidos y otro comunista, guiado por la URSS y con influencia en la Europa del Este. Para describir la “sovietización” de esta parte de Europa, fue acuñado el concepto de “democracia popular”, forma de gobierno que se propagó rápidamente en los países del Este Europa. Teniendo en cuenta las advertencias de Togliatti sobre el caso español culminado en una guerra civil, los nuevos gobiernos se proponían la creación de un tipo de democracia novedoso, que evitase los límites del partido único del sistema soviético y procediese a la creación de un sistema pluripartidista y parlamentario. Como declaró en diciembre de 1948, un optimista Dimitrov: “la democracia popular es un régimen de liquidación del capitalismo que cumple las funciones de la dictadura del proletariado”<sup>166</sup>. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones teóricas, la aplicación fue algo diferente. Al iniciarse la guerra fría, Moscú impuso el modelo soviético con unas u otras variantes secundarias, pero con una característica en común: la liquidación casi total de los elementos democráticos.

En el Diccionario “soviético” de Filosofía<sup>167</sup>, la democracia popular se define como “una de las formas de la dictadura del proletariado”, añadiendo que refleja “la peculiaridad del desarrollo de la revolución socialista en circunstancias en que el imperialismo se debilita y la correlación de fuerzas se modifica en favor del socialismo. En ella han encontrado asimismo su reflejo las particularidades históricas y nacionales

---

<sup>166</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 12.

<sup>167</sup> La primera edición en lengua español del diccionario realizado por Mark Moisevich Rosental y Pavel Fedorovich Iudin fue publicada en 1965 en Uruguay, bajo el título *Diccionario filosófico*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1965, traducción directa del ruso por Augusto Vidal Roget, 1965; la definición de la Democracia popular es presente en las páginas 109-111.

de diversos países”<sup>168</sup>. No obstante, la creación de las democracias populares en la Europa oriental y en Asia se describía como “una consecuencia del éxito en el desarrollo de las revoluciones democráticas y populares” en estos países; finalmente, en el mismo diccionario, se añade que “la democracia popular que aparece en un principio como dictadura democrática del pueblo, ha empezado a cumplir las funciones de dictadura del proletariado. Este decurso general de la revolución ha presentado sus particularidades concretas en los diversos países”.

Las democracias populares fueron un régimen político diferente y a pesar de proclamar su respeto de la democracia y anclar su discurso legitimador en la construcción de una sociedad socialista, acabaron siendo unas variantes formales de la dictadura comunista de tipo soviético, con la agravante de padecer de soberanía limitada respecto al centro de poder: Stalin, el PCUS, la URSS. Varios han criticado el uso del vocablo democracia por estos regímenes, sobre todo por la falta de algunos elementos que se suelen tener en cuenta a la hora de definir este concepto. La incapacidad o bien la imposibilidad de alejarse del modelo soviético condicionó el desarrollo de las formas de gobierno en estos países: la influencia de la URSS fue abrumadora y fascinante al mismo tiempo, tanto que hasta la democracia popular de Dimitrov o la democracia progresiva de Togliatti compartían una valoración positiva de la URSS y de su política.

La muerte de Stalin, en marzo de 1953, provocó una “explosión” dentro del bloque comunista: mientras los lugartenientes luchaban en Moscú por la sucesión, el malestar de las democracias populares se manifestaba de forma evidente. En un contexto ferviente y preocupante, se celebró el XX Congreso del PCUS, el primero después de la muerte de Stalin. Entre el 14 y el 26 de febrero de 1956, Nikita Krushev denunció los crímenes de Stalin, dando vida al proceso de desestalinización y a una nueva etapa en la historia del movimiento comunista internacional: el periodo póstumo parecía poder ser caracterizado por la “ruptura del monolitismo”<sup>169</sup>, por una pérdida de hegemonía del PCUS y por el inicio de un debate entre los dirigentes comunistas sobre los métodos a emplear para alcanzar el socialismo. Los sucesores de Stalin se apresuraron a hacer pequeñas concesiones a los “estados satélites” (más espectaculares que de fondo) y a liquidar el Kominform en el intento de asentar sobre nuevas bases el papel dirigente del PCUS en el movimiento comunista internacional.

---

<sup>168</sup> *Documentos del XXII Congreso del PCUS*, Ediciones Lenguas extranjeras, Moscú, 1961, pág. 333.

<sup>169</sup> García Coterlo, Ramón: “El Comunismo” en Mella Márquez, Manuel y Alburquerque Llorens, Francisco (comp.): *La izquierda europea. Análisis de la crisis de las ideologías de izquierda*, Teide, Barcelona, 1985, pág. 118.

De esa manera, las palabras del nuevo máximo dirigente del PCUS alimentaron la esperanza de una mayor libertad “dentro de la ortodoxia comunista”. Sin embargo, a la breve primavera esperanzadora de cambios, sucedió un helado otoño con la represión de Hungría, en octubre-noviembre, uno de los acontecimientos más sangrientos de la Europa del Este.

El XX Congreso del PCUS representó un evento fundamental en la evolución del pensamiento comunista internacional: en este contexto se puede inscribir el “invento togliattiano” del *policentrismo*. Además, según el secretario del Partido Comunista Español, Santiago Carrillo, las divergencias ideológicas dentro del marxismo-leninismo y del bloque comunista comenzaron tras este congreso, agravándose de forma irremediable con la invasión de Checoslovaquia.

El pueblo húngaro cayó en la ilusión de estar viviendo una “nueva etapa” y después de la celebración de XX Congreso del PCUS se sintió autorizado a aspirar a una mayor libertad para elegir su propia vía al socialismo. Merece la pena destacar que en Hungría, la revolución empezó como una protesta estudiantil y, desde Budapest, se extendió rápidamente por todo el país; resulta muy importante destacar que en principio, el levantamiento de 1956 no fue una revolución del Partido Comunista húngaro, sino del pueblo animado por el deseo de establecer nuevas relaciones con la URSS; de exigir la retirada de las tropas soviéticas del territorio húngaro, habiendo ya finalizado la segunda guerra mundial; de reclamar nuevas elecciones libres y pluripartidicas. Finalmente, los insurrectos reclamaban la reintegración de Imre Nagy, ex Ministro de Agricultura y del Interior, expulsado del Partido Comunista de Hungría después de que Moscú lo acusase públicamente de “excesivo reformismo”.

Después de varios enfrentamientos entre las tropas soviéticas, la policía estatal de seguridad (AVH) y los revolucionarios, el levantamiento produjo los primeros cambios, empezado por la readmisión de Nagy en el partido y la consecuente elección del mismo como primer ministro (23 de octubre). La situación parecía tranquilizarse. Una vez elegido primer ministro, Nagy intentaba crear un “nuevo curso” en el sistema comunista, llevando a cabo, de forma tibia, un limitado proceso de reforma política (abolición del sistema monopartidista, limitación de la política del “terror”) y económica (abandono de las colectivizaciones de las granjas). Pese a que la mayoría de las reformas de Nagy no llegaron a ser realizadas, sus decisiones políticas consiguieron provocar la irritación de Moscú; su intento de mediar entre las condiciones impuestas por la URSS y los deseos de su pueblo hizo que la revolución húngara de 1956 fuera

apaciguada con sangre: los tanques del Ejército Rojo entran en Budapest y en enero de 1957, los soviéticos ya habían suprimido toda la oposición e instalado un nuevo gobierno. La acción de Nagy había ido “más allá” de los límites autorizados por el PCUS, aunque, cabe la pena destacar, no se trataba de una “revolución anticomunista”. Además parece evidente que la Unión Soviética temía un posible efecto dominó, la emulación de otros países deseosos de cambios.

La actuación soviética provocó la contrariedad de varios partidos comunistas occidentales, y además de aumentar el control soviético sobre Europa central, favoreció la percepción general de que el comunismo fuera tan irreversible como monolítico y antidemocrático. Sin embargo la contrariedad no desembocó en un rechazo o condena de la acción soviética aunque a partir de este momento, la hegemonía del PCUS en el movimiento comunista empezaba a comprometerse y a acentuarse las tendencias centrífugas. En esta ocasión, los respectivos partidos comunistas de Europa occidental se limitaron a la conmoción y al desconcierto, pero pronto rubricaron los hechos de Hungría.

Además, la demostración de poder de la URSS certificaba una vez más que en la Europa del Este, los deseos de cambio parecían imposibilitados. No obstante, la situación resultaba diferente en la Europa Occidental, donde los PC operaban más libremente.

Según algunos, Imre Nagy puede ser considerado como un precursor del eurocomunismo. Nagy, que en sus primeras etapas fue colaborador directo de Bujarin, se oponía a la aplicación práctica del marxismo-leninismo por parte de la potencia soviética en cuanto se traducía en una defensa de los intereses de unos pocos. Asimismo era partidario de formas de colaboración más equilibradas y socialistas entre los partidos comunistas de los diferentes países: “Nagy tenía una concepción pluralista del socialismo, y en el plano internacional era partidario de una confederación danubiana que hubiese permitido encuadrar a Hungría en un sistema plurinacional susceptible de colaborar, pero a la vez de equilibrar, la potencia soviética”<sup>170</sup>. Pero la URSS impidió el posible desarrollo de ese proyecto, imponiendo su hegemonía y uniformidad: en el caso de la revolución húngara, “no era un problema de más o menos socialismo, sino de más o menos poder del Estado soviético”.

En esta línea, “nel giudizio comunista sulla rivoluzione operaia ungherese del '56 si manifesta nella sua verità, come *antinomia*. La rivoluzione ungherese costituisce, infatti,

---

<sup>170</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 170.

un caso di *eurocomunismo in realizzazione*, ancorchè anticipato. E l'eurocomunismo dovrebbe qui riconoscere il suo luogo di nascita, il suo antecedente, la sua tradizione, il suo patrimonio ideale”<sup>171</sup>.

### **3.6 La primavera de Praga: ¿el inicio del Eurocomunismo?**

En noviembre de 1957, en Moscú, se celebró la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros para adoptar y desarrollar las tesis básicas del XX Congreso del PCUS. Además de definir las posiciones programáticas comunes al conjunto de los partidos comunistas, la Conferencia tomó posición contra el revisionismo en todos los problemas planteados en el mundo después de las revelaciones de Krushev: defendiendo la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base del marxismo-leninismo, se condenó la actuación húngara y las posiciones adoptada en el Congreso de Liubliana por la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

Finalmente, en la Conferencia se hizo manifiesta la posibilidad de recurrir a la vía pacifista. En la declaración final se recalca la validez del concepto de dictadura del proletariado, pero se sostenía también la posibilidad de llevar a cabo una revolución socialista de modo pacífico: la revolución podía ser realizada conquistando la mayoría en el parlamento, alejando el espectro de la guerra civil. Por lo tanto, por primera vez, se aludía a la existencia de otra posibilidad además del recurso a la violencia: la transición al socialismo por la vía “pacífica y parlamentaria”. Sin embargo, esta vía se hacía posible sólo en Occidente, donde los partidos comunistas podían utilizar los mecanismos e instituciones de la democracia burguesa (con una estrategia de tipo frentepopulista) para realizar la “transición al socialismo”. Bien entendido, la transición al socialismo podía revestir diferentes formas, pero siempre tenía que asegurar la “ley general” de dicha transición: la jefatura del partido comunista<sup>172</sup>.

Sin embargo, a partir del 1956, las discusiones y las polémicas en el bloque comunista asumían un tono diferente, más preocupante para la Unión Soviética: hasta la fecha, los limitados “ismos” (revisionismo, trotskismo, titismo) no habían debilitado el bloque o producido espectaculares cismas en el campo ideológico. Teóricamente, el PCUS había podido controlar la situación sin complicaciones, mostrando al exterior una envidiable

---

<sup>171</sup> Flores D'Arcais, Paolo: *La rimozione permanente. Il futuro della sinistra e la critica del comunismo*, Marinetti, 1991, pág. 127.

<sup>172</sup> *Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas*, celebrada a Moscú, 14-16 de noviembre de 1957, publicada por Lenguas Extranjeras, Moscú, 1957, pág. 15.

unidad interna y un alto grado de compactación a nivel internacional. Los diferentes desviacionismos ideológicos eran combatidos de manera sistemática por los ideólogos del Kremlin: la Unión Soviética se consideraba la defensora del socialismo con el deber de preservar su “pureza y originalidad”; se sentía la única defensora de la paz internacional y de los intereses de la clase trabajadora de todos los países.

El afloramiento del cisma maoísta complicó la situación y, especialmente, la posible profundización de las ideas “*policéntricas*” que empezaron a difundirse post-1956: la ruptura chino-soviética, que comenzó a finales de los años cincuenta, que mostró su profundidad en el Congreso de la Federación Mundial de Sindicatos de Pekín y que se intensificó en la década de los sesenta, tuvo su origen en la negativa china a seguir el modelo socialista impuesto por la URSS y a aceptar la teoría *krusheviana* de la coexistencia pacífica<sup>173</sup>. La URSS pretendía tratar a China al estilo de los países de Europa Oriental: un satélite, obligado a seguir los dictámenes de Moscú y someterse a sus voluntades; al contrario, la República popular deseaba un trato en condiciones de igualdad, debido a su importancia estratégica, demográfica y económica: no podía aceptar la sumisión a una potencia extranjera ni una dependencia ideológica. La subida en el poder de Krushev había agudizado las tensiones y la discrepancia encrespó las relaciones entre los dos países.

El resultado de la divergencia fue la división del movimiento comunista internacional en dos corrientes: de una parte, la corriente china y albanesa, acérrimos defensores de la política estaliniana, acusando a la URSS de revisionismo y de ser “claro ejemplo de la degeneración de una revolución”; de otra, la representada por la Unión Soviética y los partidos vinculados a ella en mayor o menor grado. En esta disputa se posicionaban con gran dificultad los partidos comunistas de Europa occidental, deseosos de una progresiva independencia y temerosos de un posible recrudecimiento y retroceso de la URSS hacia posiciones más rígidas.

A partir de este momento, las indagaciones de vías nacionales al socialismo sufrió una dura interrupción: Moscú empezaba a considerarlas como desviaciones capaces de

---

<sup>173</sup> La ruptura sino-soviética fue la crisis político-ideológica que más ha quebrantado la unidad del movimiento comunista mundial, al crear una doble dirección del movimiento y dividiendo, de este modo, el bloque comunista. La aparición de Pekín como posible “centro” de poder alternativo del comunismo internacional ha originado el enfrentamiento político e ideológico con los partidos comunistas fieles a Moscú. El conflicto chino-soviético hubo repercusiones en varias democracias populares europeas, sobre todo sobre la Albania de Hoxha. Sobre este tema se sugiere la lectura de la obra de Lévesque, Jacques: *Le conflit sino-soviétique et l'Europe de l'Est*, Les Presses de l'Université de Montréal, París, 1970.

debilitar el reagrupamiento de fuerzas bajo su dirección y, aún más grave, de poner en entredicho el modelo soviético de socialismo.

En el XXII Congreso del PCUS (noviembre de 1961), Krushev denunció una vez más las sangrientas represiones estalinistas, aportando nuevos datos y acentuando el desconcierto y las divergencias en los órganos directivos de los partidos comunistas. Mientras los partidos comunistas de Francia y España mostraban su aprobación por la política de Krushev, considerándola garantía suficiente de desestalinización y democratización del régimen soviético, el partido comunista italiano reclamaba “explicaciones suplementarias”, pidiendo una investigación a fondo de la situación del movimiento comunista bajo Stalin y planteando de nuevo la “necesidad de la plena autonomía de los diferentes partidos”<sup>174</sup>.

Por lo tanto, al mismo tiempo que la realidad del “campo socialista” mostraba sus límites, la necesidad objetiva de elaborar nuevas estrategias, de interpretar los nuevos fenómenos que iban surgiendo, obligaban a los partidos comunistas a la búsqueda de vías específicas al socialismo. El “marxismo-leninismo” canonizado por Moscú resultaba demasiado distante de los principios teóricos supuestos por Marx.

Las reformas políticas emprendidas por los comunistas checoslovacos durante los primeros meses de 1968 y sus negaciones representan uno de los momentos fundamentales para la afirmación de la idea de comunismo democrático en los países de la Europa occidental. La violenta interrupción del intento de reformar la democracia popular checoslovaca obligaba a los líderes comunistas a la reflexión. La era Dubček (1968-1970) había sido imaginada como un viento de cambio: aparentemente, sus acciones tenían que ser la prueba de que fuera posible una transformación endógena, desde el interior del sistema comunista y en un sentido manifiestamente democrático. Sin embargo, lamentablemente, la realidad fue muy diferente.

Checoslovaquia era un país desarrollado, industrial con una clase obrera, de tradición sindical numerosa y combativa. Sus habitantes habían conocido el sistema parlamentario y la democracia, poseían una cultura política liberal. Por eso no debe sorprender que fue el primer país en poner de manifiesto la voluntad de cambio, un deseo de reformas y renovación generalizado en su población y que hizo que, en enero de 1968, Alexander Dubček fuera nombrado primer secretario del Comité Central de la República Checa: su acción política, refrendada por gran parte de la población, era

---

<sup>174</sup> Declaración de la dirección del Partido Comunista italiano de 27 de noviembre de 1961.



animada por el intento de reformar el régimen comunista checoslovaco. Sin embargo, su propósito de democratizar el Estado y las estructuras internas del Partido chocó con la intransigencia soviética. El intento de dar vida al “socialismo en libertad o de rostro humano” fue abortado sangrientamente por las tropas soviéticas. El socialismo de rostro humano era un proceso de tenue democratización y libertad política a fin de permitir que el Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCh) pudiese mantener el poder real y contar con el apoyo popular.

El nuevo programa –“Programa de Acción” fruto de las reuniones del Comité Central del Partido de marzo y abril de 1968- favorecía la participación del pueblo en la política local y nacional, buscaba mayor libertad de prensa y cultura y, finalmente, enfatizaba la necesidad de la iniciativa personal en los temas económicos, flexibilizando el sistema económico sin limitar la propiedad estatal. Se aprobaban algunas medidas para favorecer normas de funcionamiento más democráticas dentro del partido. Sin embargo, no se ponían en duda los principios básicos del marxismo-leninismo, ni se preveía la legalización de otros partidos o de la propiedad privada: era evidente que la participación en el bloque del Este no estaba cuestionada en ningún momento y tampoco se discutía el dogma del papel dirigente del PCUS. No obstante, el breve proceso de democratización y de liberación política no duró mucho (apenas algunos meses) y se terminó la mañana del 21 de agosto cuando tropas y carros blindados del Pacto de Varsovia invadieron Praga<sup>175</sup>.

Sobre Dubček se ha escrito mucho y especulado aún más: su carrera política representó un intento de “independencia” respecto a los dictámenes de Moscú tanto que varios autores sostienen que “por primera vez brotaban en su personalidad los indiscutibles síntomas del “eurocomunismo”<sup>176</sup>.

Los cambios deseados en Praga y la forma de obtenerlos parecían diferentes respecto a otros levantamientos internos del bando comunista: a diferencia de los antecedentes de

---

<sup>175</sup> En 1987, Mijaíl Gorbachov reconoció que la Perestroika le debía mucho al Socialismo con rostro humano. Cuando le preguntaron por la diferencia, respondió amargamente: “diecinueve años”. En otro escrito, el hombre de la perestroika afirmaba: “La cosa si manifestava prima di tutto nel fatto che i tentativi di alcuni partiti comunista, soprattutto dell’Europa occidentale, di uscire dal circolo vizioso, di trovare nuove vie per il progresso, venivano da parte nostra sottoposti a una critica immotivata (...). Ci si limitava semplicemente a respingerle, in quanto non rispondevano a certi ‘standard’ di pensiero o, più spesso, a certi dogma. Questo si riferiva anche all’idea, avanzata a suo tempo da Enrico Berlinguer, del *compromesso storico*. Adesso capimo benissimo che fu una delle proposte più interessanti (...). La stessa cosa si ripeté con l’idea dell’*eurocomunismo*”. Gorbachov, Mijaíl: *Le idee di Berlinguer ci servono ancora*, Roma, Sisifo, 1994, pág. 16.

<sup>176</sup> Glejdura, Stefan: “El Eurocomunismo”, en *Revista de Política Internacional*, número 154-17, pág. 127.

Polonia y Hungría de 1956, donde las masas capitaneaban el afán revolucionario, en Checoslovaquia, el protagonismo correspondía al Partido Comunista Checoslovaco, que estaba posicionado a la cabeza y al mando de la “rebelión”. Y sobre todo hay un otro elemento fundamental: en la anhelada reforma no había un sesgo anti-soviético y su evolución política parecía compatible con unas relaciones cordiales con el mundo comunista; incluso parecía posible la permanencia de Checoslovaquia en el Pacto de Varsovia. Pero los mismos ejércitos del Pacto de Varsovia destruyeron este intento y evidenciaron el temor soviético por una experiencia novedosa y de difícil control; sin embargo, la inmensa popularidad de que gozaron póstumamente los dirigentes checoslovacos, el PCCh y la apreciación general que se otorgó a su manera de actuar mostraron que el deseo de renovación era algo generalmente advertido y, sobre todo, que era posible obtener el consenso de la base social en un régimen socialista sin el recurso a la represión.

Durante su acción política y la creación del “comunismo con faz humana”, Dubček estuvo convencido de que obraba de acuerdo con la línea política del PCUS. El político eslovaco nutría la idea de que llevando a cabo algunos pequeños cambios, el comunismo podía ganar nuevos simpatizantes en Europa y, en tal caso, simplificar la infiltración comunista en la sociedad capitalista, preparándose el camino hacia la conquista del poder. Sin embargo, en Moscú entendieron rápidamente la peligrosidad del nuevo proyecto, antes incluso que el mismo protagonista: en Checoslovaquia, “Dubček no era admirado por el pueblo por ser comunista, sino porque en él se personificaba el símbolo de la liberación respecto al comunismo”. Los soviéticos entendieron que las reformas propuestas podían ser el preludio a mayores demandas de democratización y liberalización de la sociedad y del individuo en todos los países satélites. De esa manera, la posible evolución de la situación checoslovaca preocupaba por el probable efecto dominó y el instinto de imitación que podía generar dentro del entero bloque comunista.

No cabe duda de que la popularidad internacional de que gozaba el Gobierno Dubček y su voluntad de actuar una tibia reforma habían creado la expectación que fuera posible proceder a una revisión interna al bando comunista: se esperaba acabar con las reservas tradicionales frente al concepto de democracia y ser suficientemente fuertes para aceptar la idea que “las libertades políticas, la democracia interesan mucho más a la clase obrera que a las fuerzas burguesas”. Los más optimistas esperaban que por fin se pudiera proceder a la eliminación del dogma del partido comunista soviético como partido-

vanguardia. Los más audaces esperaban que fuera posible proponer la superación del modelo de comunismo (y el pseudo-concepto de democracia popular) en el Este de Europa. Los más confiados esperaban que fuera posible superar los métodos burocráticos vigentes en los países socialistas, su manera de gestionar el poder y, consecuentemente, dar el paso a un proceso de democratización. Después de una entrevista con Dubček (el 6 de mayo de 1968), el secretario general del Partido Comunista Italiano, Luigi Longo, declaraba de haber constatado en Praga “por fin la reconciliación entre socialismo y libertad”.

Sin embargo, el temor de la difusión del mal ejemplo y/o de la voluntad de algunos países de profundizar las reformas constituyeron una de las claves de la intervención armada del Pacto de Varsovia. El órgano del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, *Sovietskaya Rosia*, insistía en el papel de la URSS “como centro líder del movimiento comunista mundial”, arrinconando el concepto de soberanía nacional a ser exclusivamente parte de un “capítulo de Derecho Internacional: fuera de esta categoría no tiene validez alguna”<sup>177</sup>. Mientras tanto, la revista teórica *Kommunist* afirmaba que los “modelos nacionales del socialismo son incompatibles con el internacionalismo proletario”.

Se considera que “la operación militar fue perfecta, en cambio la operación política fracasó de modo total”. La URSS intentó explicar las razones que “justificasen” la intervención y entre otras: en primer lugar, la legítima resistencia de Dubček en aceptar la tutela soviética sobre sus decisiones políticas. Fuentes soviéticas declararon que el líder checoslovaco había rechazado la supervisión del PCUS sobre las reformas que quería actuar, exigiendo, al contrario, la total independencia. En segundo lugar, la voluntad de la Unión Soviética de no renunciar a una de las zonas de influencias conseguidas al final de la Segunda Guerra Mundial, considerando su autoridad sobre Checoslovaquia como algo debido e indiscutible en cuanto consecuencia de la victoria militar de 1945<sup>178</sup>; y finalmente el PCUS fundamentó la decisión en uno de sus recursos habitual para justificar la condena, declarando que “Checoslovaquia va al capitalismo por vía pacífica, la nueva dirección es incapaz de hacer frente a la revolución”. Por estas

---

<sup>177</sup> Artículo publicado el 29 de enero de 1970.

<sup>178</sup> En su libro titulado en alemán *Nachtfrost: erfahrungen auf dem weg vom realen zum menschlichen sozialismus*, publicado por Europäische Verlagsanstalt, 1978, Zdenek Mlynar, el miembro más joven del buró político del PC checoslovaco, cuenta que está fue la justificación ofrecida por Brézhnev a la delegación checoslovaca en Moscú. El libro se considera una obra clave para entender los intentos del grupo de Dubček para democratizar y liberalizar el régimen, describiendo el fenómeno de la Primavera de Praga como el resultado de un pulso dialéctico entre reformistas y un grupo opuesto de comunistas que intentaba frenar a aquéllos.

razones, el título de la de la declaración con que los soviéticos intentaron motivar su invasión fue “La defensa del socialismo, deber internacionalista supremo”. El periódico apareció con dos ediciones diferentes: en la primera se afirmaba que la intervención se había llevado a cabo “a petición del Comité Central y del Gobierno checoslovaco”, mientras en la segunda “de un grupo de dirigentes del partido y del Estado”.

La respuesta de Dubček, Smrkovski (presidente del parlamento), Kriegel (presidente del Frente Nacional) fue ofrecer una resistencia “pasiva y pacífica”, haciendo pública una declaración en la que se remarcaba “por primera vez en la historia del movimiento comunista internacional se comete un acto de agresión por tropas aliadas contra un Estado dirigido por un partido comunista”<sup>179</sup>.

Las maniobras de la Unión Soviética para restablecer el orden en el país encontraron el favor de Husak, que aceptó representar un hombre del nuevo curso y, en abril de 1969, sustituyó a Dubček como secretario general del PCCh. Paso a paso, la nueva dirección del partido fue anulando las resoluciones tomadas anteriormente en el período enero-agosto de 1968: “fue reescribiendo la historia para que se ajustase a los deseos de Moscú y para que la intervención militar del 21 de agosto se transmutase en *ayuda fraternal*”<sup>180</sup>.

Sin embargo, resultaba evidente que los partidos comunistas de Europa occidental no podían pasar por alto una iniciativa que era una clara violación de la soberanía de un pueblo: la intervención de agosto de 1968 significaba el fin del intento más avanzado de construir, a partir de lo ya existente, un socialismo democrático, “un tipo de socialismo que no se impusiese por la fuerza a los pueblos; más acorde con las ideas de Marx y capaz de encarnar los sentimientos de las masas obreras y populares”<sup>181</sup>. Los Partidos Comunistas de los países capitalistas (el italiano, el español, el japonés e incluso el francés) se sintieron obligados a repudiar esta acción y el intento de perpetrar un modelo contra el que el propio Lenin se había mostrado crítico: “no se puede exportar, o imponer, el socialismo a punta de bayoneta”.

A partir de la intervención soviética en Checoslovaquia, en los países de Europa occidental empezó a reforzarse la idea de la necesidad de un cambio de estrategia, avivando un movimiento centrífugo frente a la unión sagrada en defensa de su internacionalismo, propugnada por Leonid Brézhnev, nuevo jefe del *Praesidium* del

---

<sup>179</sup> ABC, jueves 22 de agosto 1968.

<sup>180</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 229.

<sup>181</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 230.

Soviet Supremo a partir de 1960. La intervención militar certificaba que el régimen edificado bajo Stalin y consolidado por sus diferentes sucesores se situaba muy lejos del socialismo democrático.

La reprobación por parte de los tres partidos comunistas euro-occidentales de la invasión se desencadenó en un segundo momento en cuanto, las primeras reacciones a estos acontecimientos fueron ambiguas y moderadas; sin embargo, a pesar de limitarse a una condena tibia y cauta, las desaprobaciones resultaron significativas y marcaron el principio del “enfrentamiento” con los soviéticos. La reacción no fue unívoca y los tres partidos reaccionaron de forma diferente: el primero en intervenir fue el partido comunista francés que ya el 21 de agosto expresó su reprobación, sin importantes reservas, ante lo ocurrido. Sucesivamente, el término “reprobación” fue sustituido por “desacuerdo”, vocablo más compatible con la línea de normalización capitaneada por Gustav Husak en el PCCh, bajo supervisión y tutela soviética. Este cambio de actitud costó graves críticas al PCF por parte del Partido Socialista francés, que, ante la inmediata condena, había exclamado que “La actitud del PCF es la única buena noticia en esta tragedia checoslovaca”, para luego denunciar severamente su nueva postura, más prudente y “leal”.

En la declaración de su Oficina política, el PCF expresaba “su sorpresa y su reproche por la intervención militar en Checoslovaquia. En este último período, el Comité Central del PCF había mantenido que los eventuales problemas que pudieran surgir entre los partidos comunistas, debían ser examinados y resueltos a través de fraternales conversaciones en encuentros bilaterales y multilaterales, en el respeto de la soberanía de cada partido y en el espíritu del internacionalismo proletario”. En la resolución del Comité Central, reunido en sesión extraordinaria el 22 de agosto de 1968, se añadía que “se pronuncia contra toda injerencia en los asuntos internos de un partido hermano (...) desaprueba la intervención militar en Checoslovaquia (...). Al mismo tiempo, el PCF proseguirá con firmeza su lucha por la política nacional de paz, de independencia, de democracia y socialismo del que sus congresos, en primer lugar el XVIII, han definido los objetivos, los medios y las condiciones”<sup>182</sup>.

Al contrario, la línea asumida por los partidos comunistas de España y de Italia fue más decidida y, debido al fuerte carácter de sus secretarios, los partidos comunistas de estos dos países se posicionaron de forma manifiesta en contra de la actuación soviética.

---

<sup>182</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 192-194.

Por su parte, en el Informe a la sesión del comité central y de la comisión central de control del PCI (27-29 de agosto de 1968), Longo lo dejaba claro: “Hemos expresado de modo claro (...) nuestro gran desacuerdo y nuestro reproche por la intervención militar de la URSS y los otros cuatro países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. (...) De hecho, ¿qué ha sucedido en Checoslovaquia? Con un largo retraso –más de 12 años después del XX congreso del PCUS- ha surgido en el seno del partido comunista checoslovaco un cambio de dirección en el partido y en la vida del país. Este cambio era adecuado al proceso de renovación que surgió en el XX congreso del PCS. Este cambio corresponde entre otras cosas, a la inspiración de la línea del PCI y del memorial de Yalta del camarada Togliatti (...). Tras haber precisado sobre los hechos, hemos de mirar las cuestiones de principio; la primera cuestión, fundamental, es la referente al principio irrenunciable de la autonomía, independencia y soberanía nacional de cada estado y de la autonomía y soberanía de cada partido comunista”<sup>183</sup>. Posteriormente, en la revista del partido, *Rinascita*, apareció un artículo en el que se remarcaba “la historia nos plantea cometidos nuevos, que no pueden ser afrontados ni con el retorno a la lectura de los Textos Sacros ni con el terror filisteo ante toda revisión crítica (...). No es una herejía, ni una innovación devastadora afirmar que el movimiento obrero del occidente europeo debe absolver hoy a sus deberes originales (...) Lo que se pide en estos momentos es la comprensión de la originalidad de la revolución de Occidente”<sup>184</sup>. Debido a la importancia del acontecimiento sobre el desarrollo del partido, la postura española será analizada en detalle en el capítulo quinto.

La primavera de Praga señaló el agudizarse de la crisis del modelo único y del partido-guía, generando una reacción viva de los partidos comunistas dictada no tanto por oportunismo sino por una necesidad objetiva de reflexión. La diáspora ideológica y estratégica que provocó la intervención soviética no representó la causa fundamental de la crisis de la hegemonía del Kremlin, pero no cabe duda que puso de relieve un malestar y una insatisfacción latente y generalizada. Ya desde hacía tiempo, los líderes de varios partidos comunistas advertían la necesidad de apartarse de la órbita soviética y de poseer mayor autonomía, sobre todo a nivel de organización nacional; las críticas posteriores a esta intervención (especialmente las de los partidos comunistas occidentales) eran animadas por una doble finalidad: en primer lugar eran funcionales,

---

<sup>183</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 199-206.

<sup>184</sup> *Rinascita*, 9 de septiembre de 1968, en “*Eurocomunismo*”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 18-19.

útiles al intento de “borrar el estigma totalitario del comunismo feroz que persistía aún en el ánimo de la burguesía” y, en segundo lugar, servían para impulsar la idea de una posible vía pacífica al comunismo. Además, merece la pena reflexionar sobre el hecho de que la mayoría de las críticas y perplejidades sobre la Primavera de Praga de los futuros partidos eurocomunistas ponían su acento más que sobre el tema de la soberanía del Estado y la prohibición de injerir en un asunto interno, en la necesidad de resolver los conflictos internacionalistas sin recurrir al empleo de la fuerza.

Finalmente el 1968 fue caracterizado por otra revolución: contemporáneamente a los acontecimientos de Praga, en Francia, en el mes de mayo de 1968, las luchas de los estudiantes con el apoyo de nuevas capas sociales (pequeña burguesía asalariada, intelectuales), de los tradicionales enemigos del capitalismo (clase obrera) y de sus habituales aliados (campesinos, pequeña burguesía tradicional), parecían anunciar la construcción de un nuevo bloque anticapitalista. Inicialmente, la creación de este bloque se interpretó como una nueva etapa de la lucha de clases, donde se evidenciaba la aparición de nuevos grupos que compartían objetivos e ideales con la clase obrera. París vivía una revolución que anhelaba transformar el régimen socio-político del país. Una evaluación optimista de la rebelión estudiantil llevaba a esperar un cambio del mismo contenido que el de la lucha de clases: a las viejas (y aún validas) reivindicaciones de tipo economista se añadían nuevos temas incompatibles con el sistema dominante. Sin embargo, la gran explosión social francesa cobraba protagonismo en cuanto que re-actualizaba la perspectiva de la revolución socialista en los países del Este<sup>185</sup>, pero en realidad sus posibilidades de éxito fueron escasas. Y aunque se haya discutido mucho sobre el real alcance del mayo parisiense, por lo que nos interesa, el 68 puso de manifiesto la existencia de nuevos protagonistas en la lucha: el movimiento estudiantil, las fuerzas de la cultura y los intelectuales. Eran fuerzas nuevas, por eso cuando estalló la rebelión el PCF reaccionó contra ellas, considerándolas más bien como una “posible” amenaza de división dentro de las acciones obreras, un obstáculo a su estrategia de lucha, considerando, además, que los obreros tenían el *monopolio* de la causa revolucionaria.

El mayo francés mostraba la existencia de nuevos fermentos revolucionarios en Europa occidental, de nuevos protagonistas que los PC nacionales debían tener en cuenta.

---

<sup>185</sup> Un dirigente de la Juventud Comunista italiana, Achille Occhetto, declaró entonces: “La revolución en Occidente se ha vuelto a poner al orden del día”. Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 233.

### 3.7 La Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas en Moscú

En junio de 1969, se organizó en Moscú la Conferencia Mundial de los partidos comunistas y obreros, con la evidente finalidad de “rehacer la unidad perdida”. La primavera de Praga constituía una herida en el bloque comunista y la Conferencia representó un “último intento de salvaguardar el espíritu de la Tercera Internacional”<sup>186</sup>. Se trataba de la tercera conferencia mundial de partidos comunistas, la primera después de 1960 cuando había explotado la disidencia china: su organización resultó muy laboriosa pero contó con un alto nivel de participación (75 de los 92 partidos comunistas existentes).

Formalmente, el motivo de la reunión era “reconsiderar la solidez de los principios del marxismo-leninismo en unas condiciones concretas de desarrollo de la sociedad socialista”. Sin embargo era evidente que se buscaba una fórmula capaz de poner a todos de acuerdo y satisfacer a los diferentes partidos acudidos a Moscú, a pesar de presentar muchas reservas: la URSS intentaba reforzar la política de acción de los partidos comunistas a escala mundial. No cabe duda que el proceso de “humanización” del socialismo puesto en marcha por Dubček había atemorizado a la Unión Soviética; de hecho, una vez aplastada y “desfigurada” la faz humana del socialismo, la Conferencia tenía el objetivo no sólo de justificar la invasión, sino también de dar conocimiento de la doctrina de Brézhnev sobre “la soberanía limitada”: el derecho de cada país socialista a intervenir en los otros si se consideraba que el “socialismo” estuviera amenazado.

El lema del encuentro era: “Cada partido comunista es responsable de su actividad ante su clase obrera, ante su pueblo y, al mismo tiempo, ante la clase obrera internacional”. De esa manera, la Conferencia se presentaba desde el principio como un difícil intento de mediación: desde el punto de vista lingüístico, el recurso al concepto de “clase obrera internacional” respondía a la exigencia del URSS de encontrar una justificación a su intervención en Checoslovaquia y, contemporáneamente, recalcar su responsabilidad y derecho-obligación de guiar lo demás partidos.

La Conferencia se desarrolló sobre dos binarios principales: la ofensiva soviética contra el comunismo chino y la desviación maoísta y, tras la cuestión checoslovaca, la disputa entre los defensores del monolitismo del movimiento comunista y los propugnadores del pluralismo, favorables a una mayor autonomía, a la posibilidad de desarrollar vías independientes para el socialismo<sup>187</sup>.

---

<sup>186</sup> Marcou, Lilly: *El crepúsculo del comunismo*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 1999.

<sup>187</sup> Esta línea fue defendida especialmente por los partidos comunistas de Italia, España y Gran Bretaña.



El Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Español asistían a la Conferencia para remarcar su posición: ambos partidos defendían el derecho a la discrepancia y se declaraban favorables a plantear la posibilidad de nuevas vías para la realización de la revolución socialista.

De acuerdo con las conclusiones del XII Congreso del PCI, Enrico Berlinguer se encargó de manifestar las posiciones italianas sobre el tema, defendiendo con particular intensidad la tesis de la independencia de los partidos. El joven comunista italiano llegó a realizar el que fue definido el “más grave discurso público” de un dirigente comunista escuchado en Moscú hasta entonces: en su arenga ya era posible apreciar la presencia de la futura orientación del partido comunista italiano, línea que se desarrolló –bajo su dirección- en los meses y años sucesivos.

En su intervención, el 11 de junio de 1969, titulada “Luchemos para avanzar hacia el socialismo por una vía democrática, con la contribución de fuerzas políticas diversas”, Berlinguer declaró que “nuestro objetivo – que es el de realizar la transformación socialista de Italia- exige una vía nuestra, autónoma de lucha, exige que se haga llegar a las grandes masas la concepción que tenemos de la vía de avance hacia el socialismo en nuestro país y de los rasgos originales, que habrá de asumir en Italia la construcción de la sociedad socialista”<sup>188</sup>. Insistiendo en la madurez y amplitud del partido, el político italiano subrayó como el PCI en el país se había convertido “en una fuerza tan importante para tener el derecho y el poder para ser plenamente autónomo”, promocionando el principio de la “unidad en la diversidad”.

A lo largo de su discurso, el futuro líder del partido comunista italiano puso en discusión el protagonismo tradicional del PCUS, declarando que “no puede existir un centro dirigente de un partido guía, un Estado-guía”: por primera vez el PCUS sufría un ataque tan resuelto, mientras el dirigente italiano exponía la equivocación de la idea que pudiese existir un modelo de sociedad socialista único y valedero para todas las situaciones.

Partiendo de esta premisa, al igual que Togliatti, no quiso criticar o considerar China como un enemigo, negándose a juzgar la línea de otros países: “es negativa la tendencia a asignar etiquetas de condena ideológica a quien mantiene posiciones distintas. Tratar de explicar cada divergencia como “desviaciones” de una pureza doctrinal, de la cual no se sabe bien quien debería ser el depositario, significa en realidad no sólo exacerbar las

---

<sup>188</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pág. 43.

mismas divergencias, sino cerrarse el camino para comprender las razones objetivas, los intereses reales que las originaron”<sup>189</sup>.

Finalmente, Berlinguer declaró que “de esta concepción nuestra – que es marxista y leninista- se deriva el que nunca hayamos pretendido y que en modo alguno pretendamos seguir o dictar a los demás cualesquiera modelo nuestro de socialismo. Cada país tiene su historia. Cada partido opera en una realidad históricamente determinada y condicionante. De ahí que incluso cuando discutimos los problemas de un desarrollo de la democracia en los países socialistas (...) en modo alguno pensamos en abstractas y mecánicas trasposiciones, dada la realidad de países diversos, de exigencias y criterios nuestros, que proceden de la realidad de nuestro país o de países que tienen características análogas. En lo que concierne a nuestro país, luchamos por avanzar hacia el socialismo por una vía democrática, que es una vía de lucha de clases y de lucha de masas (...); pensamos que, en nuestras condiciones, la hegemonía de la clase obrera debe realizarse por medio de una plataforma de lucha, de un bloque de poder, de un sistema político pluralista y democrático”<sup>190</sup>.

Las críticas al papel del hermano mayor le llevaron a recusar el concepto de primacía soviética, concepto que había representado uno de los dogmas principales del marxismo-leninismo desde la era de Stalin. Por lo tanto en su discurso era evidente una reprobación por las actuaciones en Checoslovaquia (que denominó la “tragedia en Praga”), no solo material sino teórica. Según Berlinguer, la invasión de agosto marcaba una división ideológica: como ya había declarado en el Congreso del PCI, “la iniciativa de los países del Pacto de Varsovia no se puede considerar sólo como un error, sino como el fruto de una concepción distinta sobre cuestiones de decisiva importancia como la soberanía y la independencia nacional, la democracia socialista y la libertad de cultura”<sup>191</sup>. El líder comunista italiano asignaba así sus límites a la política de no injerencia. Coherentemente con sus críticas, el PCI se mostró muy reacio a firmar la declaración final, declarando que “no están todavía maduras las condiciones para llegar a conclusiones comunes sobre muchos temas políticos y de principios que se afrontan en el documento”. Finalmente, firmó sólo y con reservas el apartado III, denunciando

---

<sup>189</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 41-42.

<sup>190</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pág. 44.

<sup>191</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 22.

además las presiones sufridas para conseguir que aceptaran en su integridad el documento.

La condena por parte del Partido Comunista Español resultaba más espinosa y delicada en cuanto que el asunción de una posición independiente podía suponerle un precio muy alto teniendo en cuenta dos factores importantes: en primer lugar, su militancia nutría un profundo sentimiento filo-soviético, heredado de la guerra civil y consolidado en el exilio y en la clandestinidad; en segundo lugar, la falta de un “territorio” donde ejercer la propia influencia y la debilidad consecuente le causaba una gran dependencia de las ayudas de los países socialistas para mantener su organización y publicaciones. La disidencia del PCE y su posición de condena más dura provocó la sorpresa soviética y generó una vivaz confrontación entre los dos partidos comunistas.

Después de un fracasado intento de mediar entre los soviéticos y el grupo dirigente de Praga, el PCE hizo pública su opinión en contra de la intervención armada. La razón de esta toma de posición tan clara respondía sobre todo a motivaciones nacionales e internas de España: en estos años, Carrillo iba intentando presentar a los españoles una imagen del comunismo diferente a la presentada por la propaganda del régimen fascista. La acción violenta de la URSS invalidaba sus esfuerzos y alejaba el acercamiento entre el concepto de democracia y el de socialismo. Por lo tanto, el PCE y la misma Dolores Ibarruri decidieron mostrar su desacuerdo y su repulsa ante la entrada de tropas extranjeras en territorio checoslovaco.

El rechazo de la Pasionaria adquiriría un gran valor: su imagen política estaba ligada a la patria del socialismo y, por lo tanto, su rechazo tenía un peso importante. Considerando que había llegado el momento de “decir que no”, la histórica líder del Partido Comunista Español recordaba a los comunistas españoles la exigencia de ser consecuentes con sus profesiones de fe democráticas: “Si un partido no sabe inspirar confianza a las masas y a sus posible aliados es un partido condenado a la liquidación”<sup>192</sup>. Sin embargo, teniendo en cuenta que la Presidenta del partido residía en Moscú y para evitar posibles futuras represalias, se decidió que no fuera ella quien leyera el Informe del PCE en la Conferencia sino Santiago Carrillo, como veremos más adelante<sup>193</sup>. Finalmente, la decisión del directivo del PCE de manifestar públicamente

---

<sup>192</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 20.

<sup>193</sup> “Así lo propone Carrillo, y sin duda con satisfacción, porque así reafirma su papel de número uno del PCE en la escena mundial”. Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 113.

esta renovada postura, no estuvo exenta de críticas, generando el malestar de muchos militantes tradicionales que seguían viendo en las acciones de la URSS un signo de infalibilidad. Como analizaremos en el capítulo sobre la evolución del PCE, la crisis se cerró con el balance de dos escisiones: la primera en 1969 (de Agustín Gómez y Eduardo García) y la segunda en 1970 (de cinco militantes destacando, entre ellos, la de Enrique Líster).

Por lo tanto, el PCI y el PCE de un lado, Ceaucescu del otro, anularon el propósito soviético de silenciar las críticas, de rehacer la cohesión del movimiento comunista, quebrada definitivamente en 1968: el eco levantado por las posiciones divergentes casi convirtió la Conferencia de 1969 en un boomerang para los soviéticos. Las diferencias existentes entre los distintos partidos comunistas participantes quedaron bien manifiestas, divergencias que se planteaban fundamentalmente sobre dos puntos: la postura del comunismo mundial respecto al conflicto chino-soviético; y la situación del movimiento comunista tras la invasión de Checoslovaquia. Por otra parte, desde el punto de vista táctico, los dos partidos daban los primeros, pequeños, pasos para asentar su camino hacia la independencia del PCUS. Por esa razón, se considera que la Conferencia de Moscú de 1969 obtuvo “el efecto exactamente contrario al que los soviéticos buscaban: no la recuperación de la Unidad de los PPCC, sino el fin del movimiento comunista con un mínimo de cohesión”<sup>194</sup>.

### **3.8 La primera mitad de la década de los años setenta**

En los años setenta, el principio del pluripartidismo era “aceptado” explícitamente por los partidos comunistas de la Europa capitalista. Este reconocimiento vino motivado en parte por la creciente toma de conciencia de que la construcción del socialismo no era viable ni en un solo país europeo. Desde entonces, en cada uno de los encuentros con los representantes de otros partidos comunistas, los comunistas italianos reafirmaban la crucial importancia del pluralismo en la construcción de una sociedad socialista. El 11 de julio de 1970, el Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Español comunicaron conjuntamente su convicción estratégica, y no meramente táctica, de que era posible “una vía democrática al socialismo en Europa occidental, basada en las libertades individuales y colectivas, y en el pluripartidismo”.

---

<sup>194</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 105.

Los intentos de la URSS de encontrar la manera de formular un programa de acción conjunta de todos los Partidos Comunistas de Europa, que empezaban a mostrar su impaciencia, culminó en la celebración de la Conferencia de Bruselas en enero de 1974. El valor de esta conferencia no está reconocido unilateralmente: algunos consideran la decisión de celebrar esta reunión como uno de los resultados de la Conferencia Mundial de Moscú. Para otros, se organizó con el objetivo de realizar un acercamiento entre los diferentes partidos de Europa occidental *en contra* de la Unión Soviética, que, en principio, la consideró un “gesto antisoviético”.

A esta nueva conferencia asistieron unos veintiocho partidos comunistas de toda Europa, aunados bajo un común denominador: actuaban en sociedades capitalistas. El objeto de esta Conferencia era analizar la situación europea tras la crisis general de 1973 y, sobre todo, tratar de unificar criterios respecto al proceso de integración de las Comunidades Europeas<sup>195</sup>: a pesar del deseo de encontrar una postura común, las diferencias resultaban profundas. Además en el encuentro de Bruselas, destacó de forma clara una diferencia de objetivos e intereses: mientras el PCI se mostraba preocupado por la aceptación de su postura europeísta, el PCE estaba animado por otras preocupaciones, sobre todo de naturaleza interna y el PCF era el más reticente sobre este tema. Por eso, el Partido Comunista Español había participado anunciando de antemano que en ningún caso aceptaría redactar un documento de conclusiones: considerando próxima la muerte de Franco, el PCE intentaba definir su estrategia en plano interno, tanto que en su II Conferencia Nacional (septiembre de 1975) aprobó el Manifiesto-Programa, base de la futura estrategia del partido.

Durante la Conferencia de Bruselas, Berlinguer pronunció un discurso enunciando las razones y condiciones que inspiraban la política de los comunistas italianos, apuntándolos como válidos para todos los partidos democráticos de Europa. El acento de su discurso recaía sobre la amplia convergencia de opiniones comprobadas en el problema fundamental de las relaciones entre democracia y socialismo, es decir, la afirmación del socialismo como desarrollo coherente y plena actuación de la democracia y sobre la exigencia de trabajar para favorecer, en todos y cada país de la Europa capitalista, el diálogo, la convergencia y el entendimiento entre las fuerzas democráticas y de izquierda de inspiración diversa, con pleno respeto por la

---

<sup>195</sup> En la reunión apareció como uno de los puntos de divergencia más importantes el de la participación de representantes de los Partidos Comunistas de los países que constituyen la “pequeña Europa” en los órganos comunitarios, y en especial en el Parlamento Europeo. La reunión se mantuvo con la exclusión del los Partidos Comunistas orientales.

personalidad y la autonomía de cada una de ellas”<sup>196</sup>. Berlinguer concluía: “Hoy existen las condiciones para que los comunistas se conviertan en un factor decisivo de la iniciativa y de la lucha para la construcción con todas las fuerzas obreras y democráticas de un porvenir de paz y de progreso para sus pueblos, para la construcción de una nueva Europa, la Europa de los trabajadores que quieren avanzar hacia el socialismo”<sup>197</sup>.

Respecto a la CEE, en el momento en que se celebra la conferencia de Bruselas, las posiciones de los partidos comunistas occidentales eran diversas y, en cierta manera, contrapuestas. Los comunistas franceses aducían que dentro de la CEE “se pierde la identidad nacional” y que, entrando en ella, “se colabora con la Europa del capitalismo” siendo “una empresa siniestra de los grandes monopolios capitalistas”; por su parte, el PCI había cambiado su actitud ya en los sesenta: Giorgio Amendola, uno de los primeros comunistas europeístas, hizo oficial la opinión de que “la comunidad es una realidad que corresponde al nivel alcanzado por las fuerzas productivas, o sea el punto final de un proceso objetivo del que es necesario tomar conciencia”<sup>198</sup>. Asimismo el dirigente italiano remarcaba la necesidad de democratizar la CEE y transformarla: “porque consideramos necesaria la existencia de una organización democrática supranacional que pueda abordar los problemas que los Estados nacionales que por sí mismo no están en disposición de resolver (moneda, circulación de capital, control sobre las sociedades multinacionales, energía, contaminación, etcétera)”. Por primera vez, el partido comunista teorizaba la hipótesis de una Europa que no fuera hostil ni a la URSS ni a los Estados Unidos<sup>199</sup>: en el seno del PCI iba consolidándose la idea de que la Europa occidental tuviera un papel internacional a jugar en un futuro, pudiendo cooperar con ambos países, y siendo, sin embargo, autónoma.

En la declaración final -29 de enero- se manifestaba que: “Los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa declaran que están resueltos a proseguir sus esfuerzos para buscar las convergencias, las acciones, las iniciativas comunes, con las fuerzas socialistas y cristianas (...). Si ciertos dirigentes socialdemócratas se hacen siempre los defensores del sistema capitalista, sin embargo, en grados diversos, una gran variedad de situaciones se desenvuelven en el seno de los partidos socialistas y socialdemócratas: la puesta en práctica de la colaboración de clases, la preocupación por una acción

---

<sup>196</sup> Berlinguer, Enrico –Carrillo, Santiago y Marcháís, Georges: *La vía europea al socialismo*, Península, Barcelona, 1977, pág. 22.

<sup>197</sup> AA. VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Edición Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 234.

<sup>198</sup> Valli Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 43.

<sup>199</sup> Publicado en *L'Unità* del 30 de enero de 1974.

consecuente contra el dominio del gran capital, la idea de que son necesarias transformaciones políticas y económicas”<sup>200</sup>. Los representantes de los PC occidentales se encontraban de acuerdo en la necesidad de una Europa ni antiamericana ni antisoviética, argumentando que “una tal Europa, pacífica, democrática e independiente, liberándose de la dependencia de los Estados Unidos y de los monopolios internacionales, puede jugar un papel conforme a los intereses de los pueblos y de la paz en el mundo entero, puede aportar su propia contribución al desarme y a la comprensión entre los pueblos”.

En la segunda parte de la declaración, los signatarios afirmaban: “se trata de extender los derechos y las libertades democráticas, individuales y colectivas (...), de asegurar el ejercicio de las libertades de expresión y de pensamiento, de prensa y de creación; en una palabra de democratizar los dominios de la vida y de la sociedad”<sup>201</sup>.

Las diferencias entre los diferentes partidos frenaba la elaboración de textos comunes sustanciales, por eso los resultados de la Conferencia de Bruselas no resultaban de gran interés. La importancia de esta Conferencia fue la de resaltar las disensiones internas que existían ya en el seno del movimiento comunista y que resurgirían en las reuniones preparatorias de la Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa, que se celebró en Budapest de 19 a 21 de diciembre de 1974. Por un lado, se puede considerar que el resultado principal de la Conferencia de Bruselas fue la aceptación generalizada del pluralismo, presentándolo como una “victoria de los comunistas italianos”. Por otro, se decidió la organización de conferencias “específicas” y temáticas en diferentes ciudades: se celebró una en Londres sobre las multinacionales, en Roma sobre las mujeres, en Ginebra sobre temas culturales; una en París sobre las cuestiones agrarias; una en Estocolmo sobre el tema de los salarios, etc....

La oposición de los partidos comunistas de España, Francia e Italia a la realización de una Conferencia Mundial del movimiento, como promovido por los soviéticos, demostraba una vez más la fractura y según algunos observadores, marcaba el inicio de un “comunismo europeo-occidental”: en aquel contexto, los partidos comunistas europeos consideraron mejor discutir lo menos posible porque nadie creía que fuera posible superar las divergencias. La idea de una Conferencia europea (con la participación de 28 partidos) nacía también en contraposición a una conferencia

---

<sup>200</sup> Tezanos, José Félix- Cotarelo, Ramón y De Blas, Andrés (Eds.): *La transición democrática española*, Edición Sistema Colección Politelia, Madrid, 1993, pág. 546.

<sup>201</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 38.

mundial porque esta hubiera significado la excomunión de China y la probable reafirmación de la supremacía soviética: la desconfianza sobre el tema llevó a una larga y extenuante preparación del encuentro.

Sin embargo, la primera mitad de los setenta fue caracterizada por la aparición de una primera crisis en el mundo capitalista debido a la subida de los precios del petróleo y de las materias primas en general. El mundo capitalista se transformaba en un referente negativo, favoreciendo el optimismo de la izquierda europea que veía en los estallidos sociales del 1968 una muestra de combatividad proletaria. Además, los éxitos de lucha comunista de liberación en Vietnam contra el “campeón del capitalismo” alimentaban una solidaridad romántica con el pequeño pueblo capaz de vencer el gigante yanqui gracias al soplo de la ideología marxista.

El único lunar en el avance del socialismo a escala mundial procedía del fracaso del Gobierno de Unidad Popular en Chile, aplastado por el vil golpe militar de Pinochet. El gesto de Salvador Allende, que finalmente entregó su vida frente a los golpistas por salvar la imagen de la revolución, suscitó admiración y solidaridad; su heroísmo se oponía a la represión y barbarie de un golpe urdido con la complicidad de los Estados Unidos.

Mientras tanto, desde Europa llegaban señales positivas: en primer lugar, en la Republica Federal Alemán (RFA), la socialdemocracia tomaba el timón de la política, con la aparición en el escenario político de Willy Brandt, iniciador de la *Ostpolitik*, una política basada en el reconocimiento de la Alemania del Este y tendente a normalizar las relaciones con los países del Europa del Este. Secundariamente, las dictaduras del sur del continente fueron desmanteladas: el 25 de abril de 1974 en Portugal, la Revolución de los Claveles terminó con la dictadura de Marcelo Caetano, restableciendo las libertades civiles y reconociendo el pluralismo político.

Contemporáneamente en Grecia, en noviembre de 1974, las elecciones generales dieron la victoria al partido Nueva Democracia de Constantinos Karamanlis, y en diciembre del mismo año, el pueblo griego optó por la forma republicana del Estado. Finalmente, en España, la muerte de Francisco Franco en noviembre de 1975 decretaba el final de su régimen, cerrando la larga noche del franquismo y dejando mucha incertidumbre e inseguridad sobre el futuro de España.

La situación se presentaba compleja también en Francia y en Italia: en el país galo, el gaullismo, hundido por la marea social del 68, no conseguía recuperar su antiguo status, sobre todo después del fallecimiento de uno de sus mejores políticos de entonces,



Georges Pompidou. Mientras tanto el Partido Socialista elegía a su nuevo líder, François Mitterrand, prospectando nuevamente una posible alianza entre las fuerzas de izquierda; la idea parecía ser secundada por el nuevo secretario del PCF, Georges Marchais. El consentimiento alrededor de este acercamiento lo certificó el buen resultado electoral que alcanzaron, tanto que Mitterrand estuvo a punto de vencer las elecciones presidenciales de 1974: la convergencia entre socialistas y comunistas se presentaba como una posibilidad concreta que contaba con el apoyo de ambas militancias.

En Italia, mientras el centro-izquierda desgastaba su credibilidad, el Partido Comunista Italiano vivía sus mejores momentos: el referéndum sobre el divorcio de 1974 fue un verdadero éxito y los progresos electorales en las votaciones de 1975 y 1976 proyectaban al partido hacia una mayoría parlamentaria. El éxito del PCI era consecuencia de un cambio en su grupo dirigente: después de varios años destacándose como uno de los principales dirigentes del Partido, durante el XIII Congreso (1972), Enrico Berlinguer fue elegido secretario general del PCI, tras la dimisión de Luigi Longo por problemas de salud. Berlinguer fue capaz de modernizar el partido, dotarlo de una estructura más democrática y de mayor alcance popular.

Paradójicamente, el punto más oscuro en este contexto favorable y esperanzador era representado por la propia Unión Soviética, donde resultaba evidente el anquilosamiento del área del socialismo real y de su figura emblemática, Brézhnev, cuyo protagonismo era cada vez más discutible. Su intransigencia favoreció el distanciamiento de los partidos comunistas occidentales.

Por esta razón, a partir de 1975, el partido comunista español, el francés y el italiano empezaron a trazar una estrategia común, elaborada en varios encuentros bilaterales, dando un nuevo paso de gran significación en su “enfrentamiento” con Moscú: los encuentros bilaterales que se celebraron en estos años, mostraban la voluntad de elaborar conjuntamente la “vía al socialismo” en los diferentes países de la Europa Occidental.

Los partidos comunistas de España, Francia e Italia estaban convencidos de encontrarse en una fase decisiva de la batalla por el socialismo: la fase de la lucha “concreta” por la transformación socialista en los países capitalistas desarrollados. Los líderes de los tres partidos pensaban que había llegado el momento en que fuera posible avanzar en este camino y, finalmente, conjugar socialismo con democracia.

Sin embargo, mientras los partidos comunistas de Francia, España e Italia organizaban estas llamadas “Cumbres Eurocomunistas”, mostrando posturas comunes y voluntad de profundizar en sus independencias, en el XXV Congreso del PCUS –del que hablaremos más adelante-, la Unión Soviética preparaba su estrategia sobre cómo enfrentarse a este nuevo posible cisma, sobre como contraatacar a los eurocomunistas, acusados de “nacionalismo, oportunismo, revisionismo”. Al mismo tiempo, la URSS insistía para que se preparase una nueva Conferencia de los partidos comunistas europeos, que fue celebrada, inesperadamente, a finales de junio de 1976. El Eurocomunismo ya era considerado como una amenaza para Moscú.

## **Capítulo IV: La herencia del Comunismo italiano. Las contribuciones de Gramsci y Togliatti al futuro del Eurocomunismo**

**4.1 El pensamiento de Antonio Gramsci; 4.2 De la lección gramsciana al pensamiento de Togliatti; 4.3. El VIII Congreso del Partido Comunista italiano; 4.4 El memorial de Yalta: el PCI después de la muerte de Togliatti; 4.5 Desde 1968 al XIII Congreso del PCI.**

La aportación italiana resulta fundamental a la hora de abarcar un estudio exhaustivo de los antecedentes del Eurocomunismo: su contribución resultó fundamental y sus pensadores intentaron ajustar las concepciones del comunismo al concepto de democracia. La trayectoria política del partido comunista italiano tuvo en cuenta el desarrollo del país, sus exigencias y sus dificultades: esto determinó una evolución del partido hacia un mayor compromiso con la democracia política, vigente en Italia después de la Segunda Guerra Mundial. En virtud de esta decisión y de la profundización del vínculo entre democracia y socialismo, se considera al PCI como el mayor “contribuyente” del Eurocomunismo. A pesar que en sus orígenes, histórica o culturalmente el comunismo italiano no pertenecía al socialismo revisionista de Barnstein o Kautsky, sino al socialismo revolucionario asociado a Lenin y al Revolución bolchevique, sus pensadores investigaron a fondo la consubstancialidad de los conceptos.

Sin embargo, no se puede entender al socialismo “democrático” italiano sin tener en cuenta el contexto en que se formó y donde dio sus primeros pasos: por lo tanto, parece oportuno remontarse al fascismo y a la instauración de un régimen dictatorial en el país. La experiencia autoritaria generó en muchos pensadores comunistas italianos la idea de que el socialismo fuera inseparable de la democracia y que la aceptación de un “compromiso histórico” entre fuerzas democráticas y progresistas resultase necesario para defender y ampliar la democracia.

Las elaboraciones teóricas de los pensadores marxistas italianos (Gramsci, Labriola y Togliatti especialmente) dieron una aportación tan importante al desarrollo del pensamiento comunista mundial que, “salvadas las naturales distancias históricas, el fenómeno recuerda la fecundidad del Renacimiento italiano que, en feliz síntesis expresiva de Engels “fue una época que requería titanes y que engendró titanes por la

fuerza del pensamiento, por la pasión y el carácter, por la universalidad y la erudición”<sup>202</sup>.

Según la mayoría de los representantes del eurocomunismo, el fenómeno era un invento gramsciano: él ideó el *italcomunismo*, es decir la estrategia para la conquista del poder por parte del Partido Comunista italiano. En esta misma línea, Berlinguer ya “no era un innovador, sino un aplicador de la misma estrategia de Gramsci a otra situación” y el mismo Togliatti había sido capaz de compaginar “con astucia y con habilidad de alquimista” los consejos de Gramsci con los diktats de Stalin, manteniendo en Italia un “oportunismo ilustrado” que atrajo al área comunista a numerosos intelectuales<sup>203</sup>. Sin embargo, que el PCI utilice –o haya intentado utilizar- su propia “tradición” teórica y, sobre todo lo que se relaciona con la figura de Gramsci, resulta no sólo natural, sino incluso necesario, debido a la validez de su pensamiento.

No obstante, en la evolución histórica del Partido Comunista Italiano, las relaciones entre socialismo y democracia no fueron siempre de interdependencia o consubstancialidad. Como la mayoría de los partidos comunistas, el PCI experimentó una marcada evolución en su visión de la democracia política y vivió significativos cambios de valoración: en sus orígenes, en los años veinte, en Italia como en los demás países, debido a las primeras sendas de la experiencia soviética, el socialismo se consideraba como la antítesis de la democracia. Esta última era tachada de “burguesa” y por lo tanto debía ser destruida; al mismo tiempo, en principio democracia y fascismo eran apreciados como dos caras de una misma moneda llamada capitalismo. Sin embargo, el advenimiento del fascismo más duro empujó a los comunistas italianos a una nueva valoración táctica de la democracia política, sugiriendo la posibilidad de construir un Frente Popular: una alianza entre todas las fuerzas antifascistas en contra del régimen de Benito Mussolini. Los cambios de apreciación eran evidentes y los virajes en este asunto se realizaron bajo el impulso de Palmiro Togliatti: en sus últimos años de liderazgo del partido, se pasó de una valoración táctica de la democracia a una valoración estratégica, empezando a preguntarse “cómo pueden ampliarse las fronteras de la libertad”. Finalmente, en la década de los setenta, se asistió a un ulterior cambio: una vez que Enrico Berlinguer asumió la dirección del partido, el PCI mostró una actitud pro-democrática, contribuyendo a la formulación del llamado Eurocomunismo.

---

<sup>202</sup> Laso, José María: “Historia del pensamiento de Palmiro Togliatti y los antecedentes teóricos del Eurocomunismo”, publicado en *El Basilisco*, número 4, septiembre-octubre 1978, pág. 53.

<sup>203</sup> Gómez Pérez, Rafael: *Gramsci. El Comunismo latino*, Eunsa, Pamplona, 1977, pág. 170.

El partido comunista italiano apostó por esta nueva actitud y a favor de un cambio: se trataba de avanzar más allá de una valoración táctica o estratégica de la democracia para llegar a sostener la tesis de que “socialismo y democracia son inseparables”.

Desde el punto de vista económico, en Italia, en la posguerra, se asistió a un fuerte desarrollo industrial que proyectó el país entre los primeros del mundo, con un consecuente aumento del nivel de vida y del consumo y también del desequilibrio socio-económico. En los años setenta vino la crisis y con ella, la necesidad de buscar nuevas soluciones a antiguos problemas.

Antes de empezar este recorrido cronológico-ideológico, merece la pena subrayar la dificultad de escribir una “historia” del Partido Comunista italiano en un contexto que no sea demasiado nacional ni tampoco exclusivamente internacional. El peso de ambas dimensiones fue tal que condicionó el desarrollo del partido, su acción política y su relación con las demás fuerzas políticas nacionales e internacionales. El PCI destacaba entre los otros partidos comunistas de la Europa occidental por su elevación cultural, su organización de masa y, sobre todo, por su peso electoral: el partido comunista italiano fue el centro del Eurocomunismo aunque su obstinada perseverancia sobre posiciones, quizás demasiado ortodoxas, representó la causa del ocaso del proyecto.

#### **4.1 El pensamiento de Antonio Gramsci**

El espectro de Antonio Gramsci aletea desde siempre sobre la vida política italiana siendo el primer gran teórico marxista italiano, un teórico de la revolución y no de la reforma. El filósofo-político sardo aparece no sólo como un “marxista italiano” (es decir pensador que propone un modelo factible en relación con la cultura y realidad italiana), sino como el único que se ha planteado la posibilidad de éxito del comunismo en los países occidentales. Por esta razón, muchos pensadores argumentaban que el eurocomunismo no podía tener otro fundamento doctrinal que el gramscismo, posición distinta del marxismo literal y del marxismo-leninismo. Y, por eso mismo, se considera que el pensamiento de Gramsci resultó fundamental para el desarrollo del eurocomunismo, coincidiendo este con la consolidación del gramscismo y que postula a Gramsci como el único teórico del comunismo occidental: sus reflexiones resultaron imprescindibles no solo para el Partido Comunista italiano, sino para todo el movimiento comunista internacional. De formas más propagandísticas que reales, los protagonistas del eurocomunismo y los partidarios de este movimiento solían repetir

que Gramsci debía considerarse el “padre espiritual” de la nueva estrategia, un precursor de este fenómeno.

Como se suele recordar, Gramsci fue el pensador e intelectual europeo que más se preocupó de las dificultades para la revolución en Occidente, por la necesidad de buscar un camino occidental, una vía específica para realizar la revolución. En el artículo “Tres principios, tres órdenes” de 1917, ya planteaba, con sorprendente claridad y clarividencia, las dificultades de los países occidentales para la revolución: “si se piensa lo difícil que es convencer a un hombre para que se mueva cuando no tiene razones inmediatas para hacerlo, se comprende que es mucho más difícil convencer a una muchedumbre en los Estados que no existe, como pasa en Italia, la voluntad por parte del gobierno de sofocar sus aspiraciones (...). En los países en que no se producen conflictos en la calle, en los que no se ve pisotear las leyes fundamentales del Estado ni se ve cómo domina la arbitrariedad, la lucha de clases pierde impulso y se debilita (...). En esos países la revolución es menos probable. Donde existe un orden, es más difícil decidirse a sustituirlo por un orden nuevo”<sup>204</sup>.

Para el comunismo italiano, la obra de Gramsci representó el “modo de introducir el materialismo histórico en la vida del país; de un país con una profunda tradición cultural en la que el cristianismo ha marcado su huella”<sup>205</sup>. Gramsci fue el principal teórico del partido comunista italiano: su pensamiento, sobre todo en sus inicios, fue principalmente influenciado por Lenin y la revolución bolchevique. Debido a este fuerte ascendiente, el pensador sardo no fue un teórico de la democracia representativa o del pluralismo en sentido estricto: sin embargo, su obra influyó en el desarrollo posterior del partido, marcado por un progresivo alejamiento del leninismo clásico y del bolchevismo, asumiendo lentamente una posición reformista.

Las proposiciones de Gramsci no pueden ser desligadas del contexto en que fueron elaboradas. Por eso, Gramsci concibió la lucha por la democracia como alternativa a la dictadura fascista, utilizando el esquema estratégico leninista, pero enriqueciéndolo con el análisis de las peculiares estructuras sociales de Italia, caracterizadas especialmente por la problemática “cuestión meridional y la vaticana”. El punto más fecundo del pensamiento gramsciano está representado por la distinción entre “guerra de movimiento” (el asalto en el poder de octubre de 1917) y la “guerra de posiciones”,

---

<sup>204</sup> Trias Vejarano, Juan (coordinador): *Gramsci y la izquierda europea*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1992, pág. 30. Merece la pena subrayar como el tema del “orden” era de fundamental importancia para Gramsci tanto que su revista se llamó “L’Ordine Nuovo”.

<sup>205</sup> Gómez Pérez, Rafael: *Gramsci. El Comunismo latino*, Eunsá, Pamplona, 1977, pág. 9-10.

donde “la conquista del poder no es sólo la conquista del aparato coercitivo de la sociedad política, sino antes que nada la conquista del consenso de las masas”<sup>206</sup>. A la periferia del movimiento y desde la cárcel<sup>207</sup>, Gramsci intentó forjar un sistema de conceptos que permitiese al PCI ajustarse a la guerra de posiciones, una vez que la etapa de guerra de movimientos había sido superada.

A diferencia de Lenin, que entró de protagonista en la revolución y que “no tuvo tiempo de profundizar su fórmula”<sup>208</sup>, Gramsci pudo darse cuenta “de la importancia que tenía el momento de consenso con respecto al de la fuerza”<sup>209</sup>. Para alcanzar el poder, Gramsci elaboró una estrategia de larga duración, donde lo esencial venía representado por la conquista de la hegemonía, tanto en el nivel político como en la sociedad civil. Este punto suponía una innovación radical, apuntando implícitamente a la exigencia de una vía nacional de transición al socialismo. De esa manera, el pensador italiano invertía el modelo de la lucha por el socialismo: “la cuestión del Estado no constituía el centro del motor socialista y no podía ser nunca más que un momento de un proceso mucho más amplio de conquistas sociales, culturales en la sociedad, al que él denominó hegemonía”<sup>210</sup>.

Asimismo, a diferencia de Rosa Luxemburgo que escribió inmediatamente después de la Revolución de octubre, Gramsci desarrolló su obra y su labor en el Partido Comunista Italiano, alcanzando su pensamiento más maduro después del auge del fascismo; en consecuencia de eso, el teórico italiano reflexionó sobre el carácter del Estado en las sociedades capitalistas y sobre qué estrategia revolucionaria se debería adoptar en estas. El punto de partida de la reflexión gramsciana era que: “en política el error procede de una comprensión inexacta del Estado en su sentido pleno, como dictadura más hegemonía”<sup>211</sup>. El Estado no tenía que apoyarse sólo en la represión y en la coerción, sino también en los diferentes aparatos de hegemonía de la sociedad civil y política: por lo tanto, una crisis de Estado era también crisis de todos esos aparatos. Así, a diferencia del “modelo soviético” con sus evidentes límites, Gramsci promovía el concepto de

---

<sup>206</sup> Tamburrano, Giuseppe: *Antonio Gramsci: la vita, il pensiero e l'azione*, Lacaita, Bari-Perugia, 1963.

<sup>207</sup> El fiscal del Tribunal Especial Fascista solicitó para Gramsci una dura pena de prisión con la evidente finalidad: “Hemos de impedir durante veinte años que este cerebro funcione”.

<sup>208</sup> Gramsci Antonio: *Quaderni del carcere*, II volumen, Einaudi, Turín, 1975, p. 866.

<sup>209</sup> “Gramsci y el P.C.I.: entrevista con Norberto Bobbio” en el libro AA. VV.: *Gramsci y el “Eurocomunismo”*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 54.

<sup>210</sup> Christine Buci-Glucksmann: “¿Qué sujetos de la revolución? ¿Para qué socialismo?” en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 174.

<sup>211</sup> Pilar Brabo: “Los orígenes del Eurocomunismo”, en el libro *Para una historia del P.C.E.*, Conferencias en la Fundación de Investigación Marxista, impreso en Casaló AG, 1980, pág. 208.

hegemonía de la clase obrera, que implicaba el reconocimiento de los partidos, la autonomía de los sindicatos, el máximo de creatividad democrática de base, el respeto de las libertades. De esta forma, el análisis y la atención a la hora de preparar la “revolución” pasaban desde el Estado a la sociedad civil, desde la dominación a la “hegemonía”, desde la estructura a la superestructura. La complejidad del sistema hegemónico implicaba la complejidad de la estrategia revolucionaria: esta hegemonía no podía identificarse con un solo “partido totalizador”.

En efecto, Gramsci fue el primero en afirmar en los años veinte que, en las sociedades occidentales, la revolución socialista debía seguir una vía propia<sup>212</sup>. Además, constatando la importancia del elemento consensual en las sociedades occidentales, Gramsci apuntaba a la ocupación cultural de la sociedad antes que a la conquista del Estado.

Según Gramsci, la transformación social resultaba necesaria para el suceso de la revolución y como precisaba Adam Schaff: “Mientras que Marx subrayaba la importancia de las condiciones objetivas de la revolución, Gramsci desarrolló en un período posterior, aprovechando la experiencia de la revolución soviética, la teoría del *consenso*, como teoría subjetiva de la revolución socialista. Sin el *acuerdo* de la sociedad no se puede realizar con éxito la revolución, ni mucho menos verificar el dominio de la clase obrera como hegemonía política y moral (y no como imposición violenta). Este consenso debe lograrse mediante el trabajo ideológico. De ahí el importantísimo papel que Gramsci atribuye a la intelectualidad en su teoría de la revolución socialista”<sup>213</sup>.

Reflexionando sobre estas consideraciones, Gramsci declaraba que si pudiera triunfar una revolución en Occidente, no debería concentrarse en la mera conquista del Estado, sino en la conquista de la sociedad civil (el concepto ya expuesto de hegemonía): “En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre el Estado y la sociedad civil había una justa relación y en el entramado del Estado se advertía de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera avanzada, tras la que se despliega una sólida cadena de fortalezas y fortines, más o menos de Estado a Estado, se entiende, pero esto requeriría un cuidadoso

---

<sup>212</sup> Gramsci rechazaba cualquier forma dogmática y subrayaba las peculiaridades de la realidad italiana, marcada fuertemente por la “cuestión nacional” de la separación entre el Norte y el Sur y la incapacidad histórica de la clase dirigente para crear un verdadero estado nacional.

<sup>213</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 182. En el libro se analiza y comenta el texto de Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1972.



reconocimiento de carácter nacional”<sup>214</sup>. Como señala Pellicani, “mientras Lenin teorizó la conquista de la sociedad a través de una conquista violenta del Estado, Gramsci propuso el procedimiento inverso: la conquista del Estado a través de la ocupación cultural de la sociedad”<sup>215</sup>.

La confrontación de Gramsci con el estalinismo se hizo desde el interior del marco histórico trazado por la primera etapa de construcción del socialismo en la URSS y la frustración revolucionaria en Europa occidental. El pensador italiano empezó a mostrarse crítico con la idea de la universalidad de la estrategia de Octubre, como “ataque frontal”, como “guerra de movimientos”, intentando prospectar una alternativa (la “guerra de posiciones”), una estrategia revolucionaria, de “asedio” y no de asalto válida para Occidente. De hecho, para las sociedades occidentales, Gramsci descartaba el éxito de una revolución de tipo bolchevique y avisaba de las posibilidades de fracaso de las estrategias del “ataque frontal”.

En los años 1919-1920, Gramsci reflexionaba sobre cómo llegar en Italia a un sistema de dictadura del proletariado que le confiriera a la propia dictadura un carácter expansivo, es decir, que fuera capaz de gestionar el aparato productivo y de crear un bloque de fuerzas sociales, suficientemente maduro y amplio, para poderse contraponer al bloque dominante: “el germen de la teoría de la hegemonía estaba precisamente en la conciencia de que la mera fuerza ejercida contra las clases enemigas no conduce al éxito de la revolución si esta no alcanza una madurez social propia, es decir, si no se construye una adecuada reserva de consenso político y de capacidad técnica de gestión”<sup>216</sup>.

En su correspondencia de 1926 con Togliatti, Gramsci se mostraba crítico por los métodos burocráticos adoptados por el Partido Comunista de la Unión Soviética, especialmente sobre las relaciones entre el grupo dirigente y la oposición; pese a no compartir el punto de vista de Trotsky, principal opositor del régimen estaliniano, según Gramsci, la aplicación de una “disciplina mecánica y autoritaria” retrasaba la “realización de la unidad orgánica, el partido mundial de los trabajadores” y, finalmente, comprometía “la función dirigente que había conquistado el Partido comunista de la URSS bajo el impulso de Lenin”. Gramsci parecía haber intuido que con sus métodos, a Stalin podría acabarle “faltando” capacidad de hegemonía y,

---

<sup>214</sup> Gramsci, Antonio: *Quaderni del Carcere*, tomo XI, pág. 866.

<sup>215</sup> Pellicani, Luciano: *Gramsci e la questione comunista*, Vallecchi, Firenze, 1976, pág. 4.

<sup>216</sup> AA. VV.: *Gramsci y el “Eurocomunismo”*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 20.

consecuentemente, la dominación podría prevalecer de forma unilateral sobre la dirección –intelectual y moral. Asimismo, le recordaba a Togliatti que “lo que moviliza [a las masas occidentales], ideológica y políticamente, es la convicción (si existe) de que el proletariado, una vez tomado el poder, puede construir el socialismo”<sup>217</sup>.

Sobre el concepto de “dictadura del proletariado”, Gramsci permaneció fiel a Lenin, en el sentido de considerar que “es marxista el que reconoce las opiniones de Marx, incluyendo la concepción de la dictadura del proletariado”<sup>218</sup>. Sin embargo, el teórico italiano entendía la dictadura del proletariado no como una dictadura administrativa, sino como una hegemonía moral y política. Como ya hemos aclarado anteriormente, hegemonía significaría “acuerdo para el papel dirigente del proletariado en la realización de una política que deriva de la autoridad moral que se ha ganado la ideología del proletariado”<sup>219</sup>. Por tanto, merece la pena subrayar que se trataría de un acuerdo voluntario, derivado del consenso social, donde el logro del consenso representa el elemento fundamental de la revolución socialista de Gramsci. Se trataría de un consenso de una mayoría y no de todos, necesario para la construcción del socialismo y que encontrase su fundamento en la voluntad-deseo compartido de cambiar la formación económica y política de la sociedad, en un largo periodo de tiempo.

Aunque el PCI ha caído frecuentemente en la tentación de “confeccionar” un “Gramsci a su medida”, acorde a cada etapa de cambio del partido, las relaciones entre el pensador y el partido comunista italiano “han sido dialécticas y problemáticas desde la misma fundación del partido hasta nuestros días. Gramsci ha marcado la vida del partido, pero éste nunca ha creado, un gramscismo como pensamiento-guía exclusivo para dirigir su acción política al modo del marxismo-leninismo *manualizado* que modeló férreamente la organización y la práctica de muchos PC. En este sentido, el PCI ha sido un partido muy apegado a la realidad cambiante del entorno italiano y europeo”. En lo que concierne al Eurocomunismo, según sus promotores, la contribución de Gramsci al movimiento recién nacido se concretaba fundamentalmente en la toma de conciencia de la necesidad de “nacionalizar el bolchevismo”, en la voluntad de confrontarse con la experiencia soviética sin alejarse demasiado de ella, en intentar elaborar una “base adecuada” a la dictadura del proletariado. El concepto de hegemonía elaborado por Gramsci no se “limitaba” a superar el de dictadura del proletariado, más

---

<sup>217</sup> Gramsci, Antonio: *La costruzione del partito comunista 1923-1926*, Turín, Einaudi, 1978, pág. 145 y pág 136-137.

<sup>218</sup> Carrillo, Santiago y Schaff Adam: *Problemas de la Transición*, Ahora Teoría, Madrid, 1985, pág. 56.

<sup>219</sup> Carrillo Santiago y Schaff, Adam: *Problemas de la Transición*, Ahora Teoría, Madrid, 1985, pág. 57.

bien lo completaba, lo “adjetivaba”. La clase principal que los líderes eurocomunistas aprendieron de Gramsci fue la idea de que “el Estado se conquista ocupando la sociedad civil y que, en consecuencia, la revolución más idónea para los países occidentales no es violenta”. Podría considerarse el valor teórico de las contribuciones del pensador italiano “tanto para poder comprender mejor las causas del fracaso del modelo de “socialismo real”, como para trazar mejor, utilizando sus análisis, conceptos y categorías, una vía específica al socialismo adaptada a las condiciones culturales, económicas, políticas y sociales imperantes en Occidente”<sup>220</sup>. Compartiendo la idea de que la aportación de Gramsci “juega un papel primordial en la gestación de lo que hoy llamamos eurocomunismo”<sup>221</sup>, se puede considerar que sus repercusiones a corto plazo fueron prácticamente escasas. La dificultad de ver reflejado plenamente el pensamiento político de Gramsci, centrado en el concepto de hegemonía, dentro de la práctica política del Partido Comunista Italiano, promotor del proyecto eurocomunista, puede ser resumida en la dificultad de servirse de un escritor revolucionario para realizar una política reformista. No se podían “actualizar” las proposiciones e ideas de Gramsci desligándolas de su contexto.

Intentado realizar el ideal eurocomunista, el PCI efectuaba el “*sorpasso*” de los programas reformistas respecto a los proyectos revolucionarios. Aún así, en estos años, se insistió mucho sobre la influencia del pensamiento de Gramsci en el origen del Eurocomunismo, sobre todo para defenderse de las críticas sobre la “pobreza teórica” del movimiento y al mismo tiempo, dotarle de un “aval”, un crédito, una figura teórica de indiscutible prestigio.

Finalmente, el aporte teórico de Gramsci reside no tanto en sus reflexiones sobre la democracia (que fueron escasas), sino sobre todo en sus reflexiones sobre la verdadera naturaleza del poder en las sociedades occidentales, descartando lógicamente la posibilidad de realizar una revolución de tipo bolchevique en estas zonas del mundo.

#### **4.2 De la lección gramsciana al pensamiento de Togliatti**

El Partido Comunista Italiano se mostraba dinámico: periódicas revisiones y actualizaciones permitían al PCI ser algo diferente a un “partido doctrinario” en la

---

<sup>220</sup> Trias Vejarano, Juan (coordinador): *Gramsci y la izquierda europea*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1992, pág. 57.

<sup>221</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 79.

aceptación peyorativa del término: la búsqueda de cambios y las continuas reflexiones de sus secretarios dotaron al partido mismo de un carácter pragmático, de una orientación reformista.

En este sentido, la labor de Palmiro Togliatti resultó extraordinaria, consiguiendo construir un partido eficiente y preparado para los desafíos que se le presentaban; el líder comunista italiano fue uno de los primeros en asumir el valor de la democracia y plantear la conquista del poder por vías exclusivamente electorales y parlamentarias. A lo largo de su actividad como secretario del Partido Comunista Italiano reclamó un comunismo más liberal, nacional e independiente de los dictados de Moscú, convirtiéndose, en cierta manera, en un precursor del Eurocomunismo.

La evolución del pensamiento de Togliatti se puede hallar en sus escritos, donde se evidencia una “toma de conciencia” y una visión crítica del régimen soviético que culminará en el Memorial de Yalta. La excepcional personalidad política de Togliatti, formada en la fecunda complejidad del marxismo italiano, representó uno de los momentos más altos de madurez para el comunismo internacional.

La acción política y el pensamiento de Togliatti resultaba estrictamente ligado al desarrollo del marxismo en Italia y sobre todo al de sus predecesores: Gramsci y Labriola<sup>222</sup>. Para comprender a fondo la aportación de estos dos grandes pensadores, hay que situarlos en su contexto social: de la misma manera que resultaría imposible comprender a Lenin fuera del contexto ruso, no se puede entender a Labriola extrapolado del cuadro de la caída de los ideales y de la estructura política del Resurgimiento italiano. De la misma manera, tampoco se podría comprender plenamente a Gramsci si no se le coloca dentro del desarrollo del movimiento socialista en Italia. Asimismo, el pensamiento y la acción política de Togliatti deben ser enmarcados en su momento: el auge del fascismo en Italia, su exilio en la Unión

---

<sup>222</sup> Aunque nos detendremos muy brevemente sobre la figura de Labriola, quien había introducido el marxismo en Italia, merece la pena recordar que sostuvo que en el centro del marxismo estaba la idea de una unidad entre la teoría y la práctica, lo que expresó en el término “filosofía de la praxis”, el que luego sería tomado por Gramsci como un sinónimo de marxismo. Asimismo, “como primer pensador marxista de su país, Antonio Labriola se esforzó en combatir el economicismo imperante en el movimiento obrero italiano después de su idealismo hegeliano y el democratism burgués original para situarse firmemente en una perspectiva marxista (...).Rechazando todo escolasticismo, Labriola recupera plenamente la concepción marxista de práctica que había sido diluida por el empirismo estrecho de la socialdemocracia en su doble tendencia al positivismo o a la especulación filosófica tradicional. Para él, la filosofía de la praxis es la médula del materialismo histórico. Y aunque Labriola no ha producido una obra de realización de esa idea en la interpretación de la historia y de la vida social, ni tampoco en el intento de construir una política comunista, su formulación, que queda en mero programa teórico, es sensible, aguda y lo suficientemente exacta como para que Gramsci haya podido recogerla en su propio trabajo”: “Los precursores del Eurocomunismo”, José María Laso Prieto, *Revista Argumentos* nº 5 (pág. 21- 23), Madrid, Octubre, 1977.

Soviética y, finalmente, el regreso a un país dividido, hambriento y políticamente inestable.

Ya a partir del marzo de 1935, en sus correcciones al manifiesto a los obreros españoles, Togliatti rechazaba “la aplicación del patrón soviético de revolución a cualquier país y circunstancia, al tiempo que pone de relieve la exigencia de adecuar la política obrera a la entidad de la amenaza fascista”<sup>223</sup>. En otro escrito, “*Alianza obrera y campesina*”, Togliatti declaraba que la democracia surgía como necesidad, aun sin renunciar al objetivo socialista, ni a las formas de coalición específicamente bolcheviques.

A final de 1936, Togliatti publicó un artículo “Sobre las peculiaridades de la revolución española”<sup>224</sup>, describiendo, optimistamente, el levantamiento de julio 1936 de la España republicana como una “prueba de la posibilidad de avanzar hacia el socialismo desde la democracia”. Según Togliatti, la política frente al fascismo iba a desembocar en algo nuevo como consecuencia de la respuesta popular a la sublevación, dando lugar a una guerra nacional-revolucionaria y a la creación de una república “democrática de nuevo tipo”, destruyendo las bases materiales del fascismo y preparando el terreno a nuevas conquistas de los trabajadores, bajo la indiscutible guía del Partido Comunista. Dimitrov y Manuisky enviaron el camarada Ercoli (nombre secreto de Togliatti) al país ibérico. La estancia en España entre julio 1937 (o comienzos de agosto) y marzo 1939, obligó a Togliatti a abandonar este optimismo y a reflexionar atentamente sobre las razones del fracaso político del Frente Popular. Según Paolo Spriano, quizás el mayor historiador del PCI, estas reflexiones llevaron a la construcción del “partido de nuevo tipo” que promocionó y realizó una vez regresado a Italia y tomada la dirección efectiva del Partido: la centralidad de la democracia como problema de la clase obrera fue el eje de los planteamientos del PCI entre 1944 y 1947, con la necesidad de crear una vía al socialismo diversa de la seguida por la URSS. En 1956, Togliatti evocaba la experiencia de la España revolucionaria de 1936 como un intento de búsqueda de nuevas vías de desarrollo socialista, “de advenimiento en el poder de la clase obrera y de las fuerzas populares” frustrado por el precario funcionamiento del llamado Frente Popular.

Para Togliatti, España dejaba de ser un modelo de avances sociales y políticos, un ejemplo de nueva democracia, para convertirse en el espejo de los errores e

---

<sup>223</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 8.

<sup>224</sup> Publicado en *Il grido del Popolo* y en *La Correspondance Internationale*.

insuficiencias en que podía incurrir aquel tipo de política<sup>225</sup>. El líder del partido comunista italiano consideraba fundamental, entre las causas de la desastrosa experiencia política española, la carencia de “un verdadero y propio régimen democrático en la República española”, añadiendo que “lo que salta a la vista es la ausencia de aquellas formas democráticas que permitirían a las amplias masas participar en la vida del país y en la política”<sup>226</sup>. Asimismo, el dirigente italiano habló de “fragilidad interna”, de extrema división de la clase obrera española, que impidió el funcionamiento del Frente Popular. En definitiva, la “debilidad principal reside en la inexistencia de un verdadero y propio régimen democrático en la República española”<sup>227</sup>.

No obstante, la democracia llegó a ocupar una posición central en el pensamiento del político italiano como consecuencia directa de un atento análisis de esta experiencia-experimento, así como reflexionó, detenidamente, acerca de la necesidad de evitar los errores y aspectos negativos del caso. El fracaso de la experiencia española marcó el pensamiento de Togliatti que, en una conversación con Ernst Fischer, amonestará: “Si algún día regresamos a nuestros países hemos de tener presente desde un principio que la lucha por el socialismo significa lucha por mayor democracia. Si nosotros, los comunistas, no nos convirtiésemos en los más consecuentes demócratas, la Historia nos arrollará”.

Siguiendo la línea de sus escritos, en el texto “Curso sobre los adversarios” (1944), Togliatti analizaba la experiencia italiana y, en lo específico, el fascismo, planteando por primera vez la exigencia de una agregación contraria de fuerzas sociales y políticas, con la evidente finalidad de recuperar la democracia parlamentaria. Tras casi 20 años de exilio, el líder del partido comunista italiano posponía la “cuestión institucional” (la elección entre monarquía o república) a la postulación de una alianza de todas las fuerzas democráticas.

En esta etapa, resultaba ya evidente un posible cambio de táctica del carismático líder del PCI para adaptar sus reflexiones a las contingencias italianas. De hecho, durante un discurso en el Teatro Modernissimo en Nápoles, el 11 de abril de 1944, Togliatti

---

<sup>225</sup> Como subrayado por Elorza, la renovación política del comunismo italiano entre 1944 y 1947, debe mucho a España; no tanto por sus enseñanzas positivas, sino por unas carencias que punieron de relieve la necesidad de otra concepción de la política de alianzas y de la consideración de otras fuerzas.

<sup>226</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 10.

<sup>227</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 87.

anunciaba el cambio de estrategia de los comunistas italianos, advirtiendo que no se trataba de hacer la Revolución como en Rusia, sino de crear en Italia “un régimen democrático, progresivo y pluralista”. El objetivo era de construir una democracia sólida que pudiera eliminar los residuos del fascismo e impedir, al mismo tiempo, un futuro acceso en el poder de fuerzas anti-democráticas.

El *viraje de Salerno*, como se le llamó, demostró que, ya en 1944, Togliatti y el mismo Partido Comunista consideraban imposible y irresponsable “aplazar” la cuestión institucional y, por lo tanto, necesario unificar las fuerzas en la lucha para derrotar el fascismo y conquistar la democracia: el interés nacional obligaba a defender algunas prioridades (liberación del país, expulsión del fascismo, restablecimiento del orden democrático), requiriendo una asunción de responsabilidad por parte del PCI. Por eso, planteaba una política de unión nacional en la que “todos los italianos, por encima de las diferencias de opinión política, de fe religiosa o de pertenencia a esta o a aquella clase social, deben unirse, darse la mano y combatir para liberar al país de la invasión extranjera y de la traición fascista”<sup>228</sup>. En este caso, se subrayó como la motivación que empujó a Togliatti en esta dirección fue estratégica ya que el italiano había regresado de la Unión Soviética convencido de “tener que liquidar cualquier hipótesis revolucionaria de la mente de los militantes (...). En 1944, desembarcando del *Tuscania*, estaba ya convencido de que el partido debía iniciar una larga marcha a través de las instituciones”<sup>229</sup>.

La transformación afectaba sobre todo al partido, exigiendo la realización de profundas transformaciones en el interior del mismo: Togliatti quería formar un partido nuevo que, conservando la estructura leninista, se insertase en la historia y la política del país tanto en su acción política como en la mentalidad de sus miembros. Según el líder comunista: “la naturaleza del partido debe sufrir un cambio (...). No podemos seguir siendo una pequeña y cerrada asociación propagandista de las ideas generales del comunismo y del marxismo”<sup>230</sup>. De la misma manera así declaraba: “El partido nuevo que proyectamos debe ser un partido nacional italiano, un partido que plantee y resuelva el problema de la

---

<sup>228</sup> Togliatti, Palmiro: *La vía italiana al socialismo*, Ediciones Roca, México, 1972, pág. 46.

<sup>229</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 163.

<sup>230</sup> Togliatti, Palmiro: *On Gramsci and other writings*, editado por Donald Sassoon, Lawrence and Wishart, Londres, 1979, 29 y siguientes.

emancipación del trabajo en el marco de nuestra vida y nuestra libertad nacionales, asumiendo todas las tradiciones progresivas de la nación”<sup>231</sup>.

El concepto de nuevo partido fue presentado en la revista *Rinascita*, fundada por el mismo Togliatti en junio de 1944; en las columnas de la revista Togliatti describía este nuevo partido como un partido popular y de masas, democrático, nacional e internacionalista que debía nacer bajo el impulso de la victoriosa resistencia contra el fascismo.

A pesar de las resistencias de parte de la militancia (sobre todo de la Vieja Guardia, formada en el rigor de la Resistencia), la posición de Togliatti a favor de una “democracia progresista” como etapa intermedia en el camino hacia el socialismo se impuso en el seno del partido: con esta expresión se subrayaba el carácter gradualista de la “nueva democracia”.

A la nueva estrategia, que maduró entre 1944 y 1947 en vísperas de la guerra fría, posteriormente fue denominada “vía italiana al socialismo”. En estos años, Togliatti afirmaba abiertamente: “nosotros no queremos hacer lo mismo que Rusia, nuestro camino hacia el socialismo es diferente”. De la misma manera, poco después, el PCI empezaba, tímidamente, a sostener “nosotros lo haremos de otra manera, nosotros utilizaremos el tejido unitario del país y las condiciones que nos ofrece la Constitución, como Constitución abierta a las más audaces transformaciones sociales, para crear un tipo de régimen socialista que no tenga que pasar por la dramática ruptura de octubre”. En el marco de la nueva estrategia decidida por Togliatti, se puede inscribir la decisión de aceptar la Constitución de 1947, medida que podría considerarse como un “compromiso histórico” ante *litteram*. El cambio fue acogido muy positivamente como demostró el impresionante crecimiento de la militancia (desde 500 mil de 1944 a más de 2 millones en 1947). De hecho, al final de la década de los cuarenta, la influencia del partido comunista italiano en el panorama político nacional era muy fuerte: la coherencia ideológica del partido, su flexibilidad organizativa y la lucidez que caracterizaban a su línea política permitían que el PCI fuera un partido en perfecta sincronía con los intereses de las masas.

En esta etapa, el PCI y el PCF compartían el discurso patriótico, el énfasis de reconstrucción y un cierto carácter nacional, con el respeto a las tradiciones nacionales y democráticas. Sin embargo, se suele considerar los años que van desde 1948 hasta al

---

<sup>231</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado *El Eurocomunismo*, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 12.



menos 1956, como los “más tremendos”, de fiel alienación a la URSS, aceptando sin discutir sus órdenes y ejecutando sus campañas: el mismo Berlinguer admitió que fueron años en que se asistió a “un cierto empañamiento en la afirmación de nuestra autonomía y originalidad”<sup>232</sup>. A partir de 1956, empezó la etapa crítica y de reflexión ya que se comenzaba a afirmar, sibilamente, que ya no existía un estado y un partido guía al mismo tiempo y iniciaba a plantearse la posibilidad de que en algunos estados europeos pudieran llegar en el poder a través de la vía parlamentaria. Así que en 1956, el PCI era como un “Jano bifronte”<sup>233</sup>: por un lado reafirmaba su fe ciega en la Unión soviética y por otro, empezaba a reflexionar sobre posibles diferentes vías al socialismo.

#### **4.3. El VIII Congreso del Partido Comunista italiano**

La institucionalización del cambio, propuesto por Togliatti, se realizó posteriormente, en el VIII Congreso del Partido Comunista Italiano<sup>234</sup>, en 1956, que se considera uno de los momentos fundamentales del comunismo italiano: por primera vez, los comunistas italianos discutían abiertamente sobre la cuestión fundamental de las relaciones de consubstancialidad entre democracia y socialismo.

Durante este Congreso, se aprobó el nuevo programa del partido<sup>235</sup>, elaborando una estrategia de unidad y de lucha de los trabajadores en la ruta del socialismo; las revelaciones del XX Congreso del PCUS sobre la época estalinista y la explosión de la revuelta húngara generaron en Togliatti y en el Partido la voluntad de analizar en profundidad la relación democracia-socialismo, de proclamar la validez de las vías nacionales y específicas hacia el socialismo. El secretario del Partido Comunista italiano rechazó la idea de confinar la explicación de las grandes tragedias que habían acompañado el curso de la edificación del primer Estado de tipo socialista dentro de los límites señalados en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y simbolizados por la expresión “culto a la personalidad”. Para el secretario del PCI, los “límites” del “Informe secreto de Kruschev” no bastaban para explicar el estalinismo y, entretanto, los errores de Stalin en la gestión del poder eran el fruto de un proceso histórico diferente del italiano: “La explicación sólo se puede encontrar investigando

---

<sup>232</sup> Declaracionea a *La Repubblica*, 2 de agosto de 1978.

<sup>233</sup> Esta expresión será el título de un libro de Domenico Fisichella, “*Quel Giano bifronte del PCI*”, libro que mencioneremos a lo largo de la tesis.

<sup>234</sup> El VIII Congreso nacional del PCI se celebró en Roma entre el 8 y el 14 de diciembre de 1956 a la presencia de 1.058 delegados; además participaban más que 1500 invitados y numerosas delegaciones pertenecientes a los partidos comunistas de todo el mundo.

<sup>235</sup> Programa aún vigente durante los años del eurocomunismo, levemente variado y enriquecido.

escrupulosamente la razón y la forma de cómo se llegó al sistema caracterizado por los errores de Stalin... (...) Lo que es necesario reconocer, abiertamente y sin dudar, es que, mientras el XX congreso ha contribuido enormemente al planteamiento y solución de muchos, serios y nuevos problemas del movimiento democrático y socialista, mientras sella una etapa importantísima en el desarrollo de la sociedad soviética, no puede considerarse satisfactoria la posición que se ha tomado en el congreso, y que hoy es ampliamente divulgada en la prensa soviética, por lo que respecta a los errores de Stalin y las causas y condiciones que los hicieron factibles (...) Se nos escapan los problemas verdaderos que son “el cómo” y “el porqué” la sociedad soviética pudo llegar, y llegó, a ciertas formas de alejamiento de la vida democrática y de la legalidad que se había trazado, e incluso de degeneración”<sup>236</sup>. Togliatti amonestaba sobre la insuficiencia y la debilidad de las explicaciones ofrecidas por los soviéticos ya que era evidente que culpar a Stalin de las carencias y de los errores del PCUS era simplista y limitado: ya muerto Stalin tuvo lugar la intervención en Hungría (y dos años más tardes, los mismos tanques que habían entrado en Budapest atravesaban las calles de Praga). Además, representaba una posibilidad de “recuperación conservadora del cambio”, limitando la condena al estalinismo, sin una análisis en profundidad de los errores cometidos.

Sobre este asunto, el pensamiento de Togliatti resultó perfectamente evidente en la entrevista concedida a Alberto Moravia y publicada al día siguiente del decimo segundo congreso del PCUS, en *Nuovi Argomenti*<sup>237</sup> donde se remontaba a Lenin y a Gramsci para recalcar que era perfectamente ortodoxo desear diferentes vías de desarrollo y de consecución del socialismo. La entrevista provocó malestar en la URSS por el uso del término "degeneración", de trotskista dialéctica. En la entrevista, Togliatti se mostraba partidario de una revisión profunda de la historia y de los orígenes ideológicos, estructurales y políticos de esas “tragedias”: pese a que algunos de los logros comunistas le parecían intocables, la situación que estaban viviendo, le permitía destacar la necesidad de una independencia del modelo soviético y la reivindicación de unas vías nacionales como única salida. De hecho, a la luz de estas situaciones, Togliatti declaraba a la misma revista Nuevos Argumentos que “Durante los primeros años después de la Primera Guerra Mundial, cuando se formó la Internacional comunista (...) existía una dirección centralizada del movimiento comunista (...). Pero pronto el

---

<sup>236</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 160-161.

<sup>237</sup> Se trataba de una revista literaria de escasa circulación en el partido.

movimiento comenzó a avanzar por sí mismo (...). El conjunto del sistema se hace policéntrico y en el propio movimiento comunista no se puede hablar de una dirección única, sino más bien de progresos realizados mediante el uso de caminos a menudo diferentes”<sup>238</sup>. En la misma entrevista, Togliatti subrayaba que “seguimos pensando en que la democracia de corte occidental es una democracia limitada, imperfecta y, en muchos sentidos, falsa, que necesita desarrollarse y perfeccionarse con una serie de reformas económicas y política (...) La vida democrática soviética ha sido limitada, podríamos decir ahogada, por los nuevos métodos de dirección burocrática y autoritaria y por las violaciones de la legalidad del régimen. En teoría, esto es posible porque un régimen socialista no está garantizado de por sí contra errores y peligros”<sup>239</sup>.

En la crisis del comunismo internacional provocada por el sofocamiento de los levantamientos populares en Polonia y Hungría en otoño de 1956, Togliatti subrayaba las raíces objetivas de la revuelta, la exigencia de un análisis puntual de la gravedad de los errores cometidos. En ambos casos, como subrayó Aldo Tortorella, “el acento es puesto en la distancia de las estructuras políticas respecto a las mismas necesidades de participación democrática inducidas por la modificación de las estructuras materiales de la sociedad”<sup>240</sup>. En el seno del PCI, esta crisis del comunismo mundial se resolvió con una mayor definición de las directrices político-ideológicas del Partido, formuladas tras la Resistencia: la necesidad de una mayor reflexión sobre la situación nacional llevó a la formulación de la “vía italiana al socialismo” –de la que hablaremos a continuación–, que encontraba “sus cimientos teóricos en los textos de Gramsci y en los de Togliatti, y sus fundamentos culturales en los trabajos de Antonio Labriola y en la tradición de liberación nacional del Risorgimento”<sup>241</sup>.

El PCI empezaba a distanciarse de la postura de la URSS y el mismo Togliatti aprovechó la ocasión para utilizar un término destinado a tener un gran futuro: “*policentrismo*”, expresión menos ortodoxa de eurocomunismo, que, sin embargo, según varios historiadores, constituye un antepasado suyo, ya que tenía el mismo objetivo de “desmarcarse” de la política exterior soviética, reclamando mayor autonomía. El concepto, que abría el camino a varias fuerzas centrífugas en contra de la

---

<sup>238</sup> Togliatti, Palmiro: *On Gramsci and other writings*, editado por Donald Sassoon, Lawrence and Wishart, Londres, 1979, pág. 141.

<sup>239</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 156-159.

<sup>240</sup> Tortorella, Aldo: “De la lección gramsciana al Eurocomunismo”, en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 22.

<sup>241</sup> AA. VV.: *Gramsci y el “Eurocomunismo”*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 182-183.

hegemonía del PCUS, permitió al comunismo europeo occidental moverse con mayor libertad, evitando el rígido control y el dirigismo directo de Moscú.

Sobre este asunto, el mismo Togliatti añadía y aclaraba: “No hay Estado ni partido guía. El guía son nuestros principios, los intereses de la clase obrera y del pueblo italiano, la defensa permanente de la paz y de la independencia de la nación, los deberes de solidaridad internacional”<sup>242</sup>.

El VIII Congreso representa un momento fundamental para el PCI y el comunismo en general ya que, con sus “elementos programáticos”, aclara la “vía italiana al socialismo”: a partir de 1956, la cuestión de la participación democrática ocupó un puesto central en la reflexión de los dirigentes del partido comunista italiano y obligó al mismo PCUS a meditar sobre este tema. Aunque la investigación crítica del partido sobre las sociedades socialistas y el estalinismo, marcaba pocos avances, el documento programático fue acusado, por algunos, de “herejía” ya que en él se mencionaba la posibilidad de una vía pacífica y parlamentaria al socialismo en el respeto de la Constitución republicana. Por esa razón, la fórmula que se usó en la declaración programática al final del Congreso insistía sobre “la posibilidad y la necesidad de llegar al socialismo siguiendo una vía italiana”: esta vía consistía en la lucha por reformas estructurales que no correspondían al socialismo propiamente tal sino que “abrían el camino para el avance hacia el socialismo”. Las vías no podían ser iguales y cada fuerza comunista y socialista debía encontrar su propia vía al socialismo.

Pero, en el programa del VIII Congreso, la gran novedad estaba representada por la vía italiana: en primer lugar, el asunción de una vía propia significaba “la individualización de particularidades reales y, al mismo tiempo, y aun cuando sin ninguna pretensión universalista, la indicación de situación que no son ciertamente solo italianas, sino que, en algunos casos, están mucho menos presentes en Italia que en otros países de capitalismo avanzado”<sup>243</sup>. Una vía italiana que “nace de la experiencia de toda una nación, y se ha logrado por una lucha victoriosa de los trabajadores, reconocida por los estratos más avanzados del pueblo, corresponde a las aspiraciones de la gran mayoría de los ciudadanos, tiene objetivos realizables prácticamente con la aplicación del método

---

<sup>242</sup> Vacca, Giovanni: *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista*, De Dorato, Bari, 1974, pág. 330.

<sup>243</sup> Tortorella, Aldo: “De la lección gramsciana al Eurocomunismo”, en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 23.

democrático, con la lucha consiguiente contra las fuerzas conservadoras y reaccionarias”<sup>244</sup>.

En segundo lugar, otra novedad estaba representada por el hecho de que la vía italiana tenía que realizarse de forma pacífica; el carácter peculiar de la revolución rusa, su desarrollo y las formas en que la clase obrera había asuntado el poder, resultaba el producto de las condiciones históricas en las que estos grandes acontecimientos se habían realizado. Sin embargo, la violencia revolucionaria y la temporal (prolongada) limitación de algunos derechos democráticos se impuso como una necesidad: “Los comunistas declaran una vez más que no han sido nunca, ni lo serán, partidarios de la violencia por la violencia”. Pero, según cuanto se lee en el programa del Congreso del PCI, la lucha para el socialismo había entrado en una nueva etapa en la cual eran “posibles nuevas formas de transición al socialismo, nuevos modos de organización de la dictadura proletaria”. Según el periodista italiano Bernardo Valli, la fórmula adoptada resultaba prudente, “típicamente togliattiana”: el concepto de dictadura del proletariado no se dejaba totalmente de lado, pero se admitía que podía tener formas diferentes<sup>245</sup>.

Finalmente, en la declaración programática de este Congreso, se explicaba que “las instituciones democráticas pueden ser desarrolladas como base efectiva de un régimen que, haciendo frente a los intentos subversivos de los grupos monopolistas y cortando las bases de su poder, avance hacia el socialismo”.

El intento de operar un cambio de estrategia era evidente y las declaraciones de los participantes en este Congreso lo dejaban claro: “el régimen parlamentario, el respeto del principio de la mayoría libremente expresada, el método definido por la Constitución para asegurar que las mayorías se formen de manera libre y democrática no sólo son compatibles con la actuación de profundas reformas sociales y con la construcción de una sociedad socialista, sino que aseguran y agilizan, en las condiciones actuales, la conquista de la mayoría por parte de los partidos de la clase obrera, el contacto y la colaboración de otras fuerzas sociales y políticas, el advenimiento de una nueva clase dirigente en cuyo seno la clase obrera sea una fuerza determinante. El Parlamento puede y debe ejercer una función activa, tanto para la transformación en un sentido democrático y socialista del país, como en una nueva sociedad socialista, con la condición de que junto a él puedan y deban progresar formas de democracia directa que aseguren los ulteriores desarrollos y la superioridad de la democracia socialista”. Por lo

---

<sup>244</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 165.

<sup>245</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 26.

tanto, la lucha que postulaba Togliatti tenía lugar en el marco de la Constitución democrática<sup>246</sup>, subrayando cómo las normas de la vida democrática y constitucional no representaban un obstáculo, sino una base de apoyo para la edificación del socialismo. Togliatti señalaba: “hemos conquistado el terreno de la democracia para ir más allá de ella, hacia el socialismo”<sup>247</sup>.

Siguiendo en el análisis de la declaración programática del Congreso, las frases sucesivas pueden considerarse como un importante antecedente del Eurocomunismo: “En particular no existe ningún principio que excluya la pluralidad de partidos en el país y en el poder durante la construcción de una sociedad socialista y la libre confrontación entre las diferentes ideologías. Ante la clase obrera y el pueblo italiano se abre la tarea histórica de proceder a la construcción del socialismo siguiendo una vía nueva respecto al modo según el que se ha realizado la dictadura del proletariado en otros países, desarrollando la dirección indispensable de la clase obrera a través de nuevas alianzas y nuevas colaboraciones dentro del respeto del método democrático”.

Sin embargo, quizás podría resultar excesivo interpretar estas últimas frases como una premonición del sucesivo desarrollo del Eurocomunismo: pese a identificar al enemigo principal en las “fuerzas más reaccionarias del capitalismo y del naciente imperialismo”, Togliatti “se limitaba” a prospectar una vía italiana sin ninguna alusión a una posible acción común, a una coordinación cualquiera a nivel europeo.

Finalmente, el programa aprobado en el Congreso concluía literalmente del siguiente modo: “en el ámbito de este pacto constitucional pueden realizarse en la plena legalidad las reformas de estructuras necesarias para eliminar el poder de los grupos monopolistas, defender los intereses de todos los trabajadores contra las oligarquías económicas y financieras, excluir del poder a estas oligarquías y hacer acceder en el poder a las clases trabajadoras”.

Concluyendo, la exigencia de una vía nacional y los indicios de la “democracia progresista” como forma de transición al socialismo en Occidente parecen las mayores contribuciones de este Congreso: resultaba claro que cada país estaba obligado a tener en cuenta sus problemas estructurales, su historia, sus propias tradiciones y sus culturas. A la hora de abordar el problema de cómo llegar al socialismo resultaba fundamental tener en cuenta estos aspectos, dándole el justo peso y valor. Las condiciones

---

<sup>246</sup> A la Constitución republicana se le tacha de “una conquista importante en la vía italiana del socialismo”.

<sup>247</sup> Togliatti Palmiro: *On Gramsci and other writings*, editado por Donald Sassoon, Lawrence and Wishart, Londres, 1979, pág. 33.

particulares de cada país y de cada pueblo no constituían una concesión de carácter ideológico, sino un elemento indispensable para la elaboración de la propia vía al socialismo.

#### **4.4 El memorial de Yalta: el PCI después de la muerte de Togliatti**

Togliatti afirmaba cada vez más la tesis de una revolución que “se hace cada día”, afrontando las grandes cuestiones del país y de las masas. Las reflexiones elaboradas dentro del VIII Congreso trascendían a los hechos del 1956, resultando el fruto de una trayectoria política mucho más larga que empieza con Gramsci, sigue con Togliatti, pasa por Longo y, finalmente, llega a Berlinguer. Por distintas vías (Gramsci en la cárcel, Togliatti en el exilio), los pensadores comunistas italianos especulaban que el terreno democrático era decisivo para la transformación de la sociedad en un sentido socialista: un proceso de desarrollo gradual hacia el socialismo, dirigido a la transformación del Estado y de la sociedad mediante avances de naturaleza política.

Entre 1956 y 1963 se desarrolló la reflexión más madura de secretario del Partido Comunista italiano, que culminó en el llamado “Memorial de Yalta”: en este momento, el pensamiento de Togliatti vertía acerca de la posible coexistencia entre proyecto socialista y democracia parlamentaria, insistiendo sobre la perspectiva de una vía italiana, estrictamente democrática.

En el periodo sucesivo al 1956, Togliatti usó más frecuentemente el vocablo *policentrismo*: sin embargo, la intención del líder italiano no consistía en indicar el deseo de sustituir a un solo centro dirigente mundial del movimiento comunista por más centros dirigentes regionales, sino para destacar la existencia de grandes áreas relativamente similares desde el punto de vista histórico, estructural y político. En *Rinascita*, la revista político-cultural del Partido, el mismo Togliatti escribió: “al menos desde el año 1934 ya parecía imposible y absurdo pensar que desde un centro único pudiese ejercitarse un verdadero y eficaz trabajo de dirección”<sup>248</sup>.

No cabe duda que defender la posibilidad de una transformación socialista dentro de la democracia resultaba una maniobra demasiado arriesgada, ambiciosa y, peligrosamente, cercana a la herejía; arrinconando la “imitación de experiencias ajenas”, se empezaba a plantear un esfuerzo original en la búsqueda de un camino democrático, capaz de satisfacer la exigencia de transformación advertida en varios países occidentales.

---

<sup>248</sup> Artículo de Togliatti publicado en *Rinascita*, número 7-8 de 1959.

Entonces, por primera vez, Togliatti consideraba Europa como uno de los “centros” de un mundo *policéntrico*, subrayando que “el sector occidental europeo presentaba un rasgo común en situaciones, por otra parte, muy diferenciadas: el proceso de concentración monopolista, del que la Comunidad Económica Europea es el instrumento privilegiado”. Un paso adelante en la futura estrategia eurocomunista: la vía italiana al socialismo ya no podía teorizarse fuera del contexto europeo. Sobre este mismo asunto, recubre gran importancia el análisis de un documento “prácticamente” desconocido como el “memoria confidencial” de Luciano Barca, de 1960, preparado para la Conferencia de Moscú de 1960, donde se señalaba que algunas de las posiciones defendidas por el PCI en base a las particulares condiciones italianas son válidas para Europa occidental en general: en esta memoria, se formulaba la definición de Europa occidental como “sector regional de un mundo policéntrico”<sup>249</sup>.

Frente a la ya tópica objeción que impugnaba la credibilidad del *democratismo* de los comunistas, pretextando las deformaciones burocráticas experimentadas por los sistemas estatales de los países socialistas, Togliatti insistía, convincentemente: “En cuanto a los comunistas, Lenin había dicho y repetido que las vías de acceso en el poder y las formas de organización de dicho poder por la vía obrera serían diversas unas de otras: más si estas enseñanzas de Lenin han sido, en parte, olvidadas, no puede echarse demasiado la culpa a los comunistas que se hallaron situados, a partir de 1945, entre el atrayente ejemplo de la construcción socialista soviética, por un lado, y la brutal presión reaccionaria procedente del Occidente capitalista del otro. Por eso es tanto mayor el mérito de la investigación y de la nueva acción a la que nosotros, los comunistas italianos, hemos dado principio, desarrollando las enseñanzas del compañero Antonio Gramsci”<sup>250</sup>.

Contextualmente, en estos años, empezaban a verificarse los primeros síntomas de división dentro del bloque comunista: el afloramiento del cisma maoísta<sup>251</sup> excedía los límites de las tesis *policéntricas*, alcanzando una profundización y diferencia ideológica con la Unión Soviética superior a lo anhelado por el líder italiano. No obstante, a pesar de la evidente diferencia respecto a las tesis de Pekín, el PCI italiano no condenó la postura china, invitando al bando comunista a discutir del problema abiertamente, buscando un compromiso.

---

<sup>249</sup> La referencia a la “memoria confidencial” se encuentra en el libro de *Unity in Diversity; Communism and the Communist Word*, de Donald L. M. Blackmer, Mass, Cambridge, 1968, pág. 187.

<sup>250</sup> Togliatti, Palmiro: *La vía italiana al socialismo*, Ediciones Roca, México, 1972, pág. 112.

<sup>251</sup> Para mayores informaciones sobre este tema, véase el capítulo III.



Durante los años del cisma chino-soviético, el Partido Comunista italiano no dudó en asumir una apariencia conciliadora respecto a la postura de Mao y pese a no llegar nunca a las conclusiones maoístas, tomó una actitud diferente a la de los otros partidos ligados a Moscú: mientras el PCUS deseaba una condena formal (y generalizada) de los chinos, Togliatti se mostraba absolutamente crítico, tanto que no quiso llegar a una “excomuniación internacional”. Detrás de esta postura, se ocultaba un “interés personal”: el líder del partido comunista italiano no quería criticar abiertamente o excluir totalmente al partido comunista chino, no porque compartía sus posiciones, sino porque advertía de forma clara su riesgo: “hoy China, mañana quizás Italia”.

Por esta razón, el secretario del Partido Comunista Italiano prefería evitar un juicio abierto sobre las distintas experiencias nacionales, sobre todo porque temía que no hubiera sido independiente de los intereses de la política exterior soviética; en la polémica con los chinos, su preocupación principal fue evitar “exasperaciones verbales” y “condenas genéricas”.

De todas formas, para el desarrollo del Partido comunista italiano resultó fundamental el memorial que Togliatti escribió en vísperas de su muerte: en 1964, para pasar sus vacaciones, el secretario del partido comunista italiano decidió viajar a la Unión Soviética (a Yalta) porque además le urgía tener un encuentro informal con Krushev. Pocas horas después de haber redactado un texto (unos apuntes en previsión del coloquio), Togliatti entró en coma y poco después murió.

Por eso, podemos considerar el 1964 como un año de cambios, de “muertes biológicas y políticas”: en julio, como ya hemos visto anteriormente, muere Maurice Thorez, líder del PCF desde hacía treinta años; en agosto desaparece Palmiro Togliatti; y en octubre Nikita Krushev, quien había denunciado los crímenes de Stalin, fue destituido y Leónidas Brézhnev nombrado su sucesor. Huérfanos a la vez, el partido comunista italiano y el francés comenzaron una marcha de aproximación de la que hablaremos. Sin embargo, desde siempre, los dos partidos aparecían muy diferentes: el PCI era un partido de masas cuyos dirigentes eran, en su mayoría, intelectuales, mientras el PCF era un partido tercer-internacionalista dirigido por cuadros obreros, frecuentemente difidentes respecto a los intelectuales. Los mismos Togliatti y Thorez eran muy diferentes<sup>252</sup>: el líder italiano era uno de los jefes más influyentes del Komintern, mientras a Thorez siempre se le consideró como un dirigente subordinado a la disciplina

---

<sup>252</sup> Las diferencias y el desacuerdo entre los dos líderes están explicadas en el libro de Cerreti, Giulio: *Con Togliatti e con Thorez- Quarant'anni di lotte politiche*, Feltrinelli, Milano, 1963.

internacional. Y la polémica entre los dos siempre se movía sobre la comparación continua entre el “liberalismo” de Togliatti y el “estalinismo” de Thorez. Sin embargo, pese a las distancias, a los puntos de discordia, ambos se enfrentaban a problemas comunes, como el tema de la sucesión.

En este contexto, recubre gran importancia el Memorando publicado el 6 de septiembre de 1964 en la revista *Rinascita*, con un prólogo en el cual el mando del PCE se identificaba de modo pleno con las ideas expuestas en el documento: de esta manera, el documento se convirtió en el testamento político del secretario del Partido Comunista de Italia. A pesar de contener reflexiones que el líder comunista italiano quería discutir privadamente con Krushev, Luigi Longo<sup>253</sup>, el sucesor de Togliatti, decidió hacerlas públicas y asumirlas como plataforma del partido. De todas maneras, merece la pena subrayar cómo este documento no debe ser considerado sólo como un texto o una etapa del proceso de autonomía política o de la vía italiana al socialismo. En sus páginas, Togliatti trataba también cuestiones metodológicas importantes en el modo de desarrollar las sociedades socialistas, sobre cómo enfrentarse a las “disensiones” que pueden surgir en el campo socialista, presentando una clarividente amonestación sobre la grave crisis chino-soviética<sup>254</sup>.

De forma general, los problemas de mayor relieve expuestos en el Memorial afectaban a la posibilidad de una vía pacífica de acceso al socialismo y la posibilidad de conquista de posiciones de poder por parte de la clase trabajadora en el ámbito de un Estado burgués con vistas a una progresiva transformación desde dentro; además se subrayaba la diversidad de las formas y condiciones concretas de avance y victoria del socialismo, la autonomía de los diversos partidos comunistas y sobre todo la “unidad dentro de la diversidad”, nuevo principio que debía guiar el movimiento comunista internacional.

---

<sup>253</sup> Longo fue secretario del PCI desde 1964 hasta 1972, año en que tuvo que dimitir como secretario general debido a su enfermedad. El mismo Longo apoyó la elección de Berlinguer como sucesor. Desde el 1972 hasta 1980, año de su muerte, fue Presidente de Honor del Partido. Longo anunció la existencia de estos apuntes privados durante la ceremonia de los funerales, en la plaza San Giovanni: puede que la decisión de publicarlos de forma inmediata dependiese del temor por una posible prohibición soviética.

<sup>254</sup> El Informe a la sesión del comité central y de la comisión central de control del PCI, celebrado entre 21 y 23 de abril de 1964 se dedicaba detalladamente al antagonismo entre las dos grandes potencias, pretendientes a la hegemonía en el movimiento comunista mundial, y cuyo modelo era, en lo esencial, el mismo, al tiempo que las diferencias se iban reduciendo a la vista del ritmo acelerado de desarrollo económico y social de China. El PCI era partidario de la idea que “no corresponde al consenso de los PC juzgar la estrategia de ninguna partido”, intentando a la vez salvaguardar su propia autonomía de Moscú, rechazando al mismo tiempo la calificación de “conciliadores”. El Informe se centra en la polémica entre el PCI y el PC chino que acusaba al partido de Togliatti de “revisionismo” –“de traición, de revisionismo, de abandono de la línea revolucionaria y demás cosas”- en su documento titulado “Las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros”.

De forma más detallada, cabe señalar que, en este documento privado, Togliatti destacaba especialmente dos cosas: en primer lugar, la condición de los países que habían realizado modificaciones socialistas, corrían el riesgo de tropezar con crecientes dificultades sin el desarrollo de la democracia y la participación de las masas; en segundo lugar, en los países de capitalismo desarrollado, habían surgido temas (y problemas) que comportaban la posibilidad de concebir, y no sólo en Italia, la transformación socialista como indisolublemente ligada al desarrollo de la estructura nacional.

El memorial concluía con la reflexión: “la adopción de fórmulas generales rígidas podría ser un obstáculo para el posterior estudio exhaustivo de los problemas que se planteen (...). Por esto los comunistas deben tener mucho valor político, superar cualquier forma de dogmatismo, afrontar y resolver nuevos problemas de una nueva manera...” Finalmente Togliatti se declaraba convencido de que “las formas y condiciones concretas de avance y victoria del socialismo serán hoy y en el futuro próximo muy diferentes de lo que han sido en el pasado. Por eso cada partido debe moverse de un modo autónomo (...). Somos fomentadores tenaces de la unidad de nuestro movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esta unidad debe realizarse en la diversidad de las posiciones políticas concretas”<sup>255</sup>. Esa fue la primera exposición de la línea que después se sintetizó en la frase: “unidad dentro de la diversidad”, fórmula mágica y hábil adoptada por el PCI. De hecho, estas reflexiones fueron profundizadas por Berlinguer que, desde el momento que asumió la dirección del partido, subrayó el papel de la democracia como valor universal, el fundamento democrático del socialismo y finalmente, la idea de socialismo como sistema de desarrollo de las libertades democráticas.

A partir de la muerte de Togliatti, en todos los encuentros internacionales de los partidos comunistas, el Partido Comunista italiano intentó dar publicidad a una visión propia del acceso al socialismo y al consecuente cambio de estrategia, modelada en las ideas del memorial de Yalta.

Por ejemplo, durante la Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa occidental, celebrada en Viena en el 1966, el delegado italiano, Ugo Pecchiolo, propuso definir una posible estrategia europea común teniendo en cuenta la importancia de las “vías nacionales”: las diferencias entre los países europeos eran subjetivas, pero los

---

<sup>255</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 31.

problemas de esta “región” tenían raíces comunes y determinaban tareas comunes para las fuerzas de izquierda. Según Pecchioli<sup>256</sup>, la tarea de los comunistas consistía en intervenir en los procesos en curso y en las fracturas del mundo capitalista al fin de favorecer el desarrollo de lo que él mismo llamó una “alternativa democrática” y que preveía la superación de los dos bloques.

Las polémicas y discusiones que surgieron después de la publicación del Memorando sirvieron para argumentar la necesidad de que los partidos comunistas europeos debían actuar teniendo en cuenta las condiciones particulares de cada país, desenvolviéndose sin pasar por alto la unidad y cohesión del movimiento comunista. El respeto por la unidad dentro del *policentrismo* comunista hizo posible que no se provocara ningún “cisma” espectacular en el campo ideológico además del chino. El Kremlin, intentando evitar recurrir a un rígido control o a antiguas formas de dirigismo, luchaba ásperamente contra un posible “desviacionismo” ideológico.

La figura de Palmiro Togliatti resulta fundamental para el futuro desarrollo del PCI: sus enseñanzas e ideas repercutieron en la formación de una base fuerte y un grupo dirigente altamente preparado. Valorando su aportación, el profesor Jordi Solé Tura declaraba que “Palmiro Togliatti es una de las figuras más sugestivas que ha dado el movimiento comunista internacional. En los momentos más difíciles de monolitismo estaliniano, supo mantener su independencia de juicio sin perder su condición de gran dirigente reconocido y legitimado (...). Poseía una visión del P.C. que tiene como línea directriz la preocupación por hacer de ese partido un gran partido nacional inserto en la gran tradición socialista del país, un partido de transformación social arraigado en lo que el compañero de Togliatti, Antonio Gramsci, definió como la realidad nacional-popular”<sup>257</sup>.

#### 4.5 Desde 1968 al XIII Congreso del PCI

Tras la invasión de Checoslovaquia, los intelectuales comunistas italianos empezaron a criticar a la URSS y su manera de entender la coexistencia pacífica como un equilibrio internacional garantizado por la fuerza disuasoria que representaba el armamento soviético; según el grupo dirigente del PCI, esta actitud determinaba los intentos soviéticos de ignorar (o de bloquear en algunos casos) las contradicciones que iban

---

<sup>256</sup> Pecchioli, Ugo: “Le forze democratiche e l’Europa del MEC”, en *Critica Marxista*, vol. IV, n.3, mayo-junio 1966, pág. 3-5.

<sup>257</sup> Solé Tura, Jordi: “Togliatti y la revolución del comunismo”, introducción al libro de Togliatti, Palmiro: *El Partido Comunista Italiano*, Editorial Avance. Barcelona, 1976. Pág. 5.

emergiendo en los países socialistas. Aún peor eran sus intentos “de subestimar el potencial revolucionario existente en los países capitalistas”<sup>258</sup>.

En su informe al Comité Central del 27 de agosto de 1968, Luigi Longo, nuevo secretario del PCI después de la muerte de Togliatti, declaraba que “los límites del socialismo no coinciden ya con los límites del campo socialista”, manifestando de forma clara que el “Partido Comunista italiano tomaba en serio su política de abandono de los bloques y un desarrollo socialista separado”. En el caso concreto, su juicio sobre la primavera de Praga, resultaba bastante crítico: “¿Qué ha sucedido en Checoslovaquia? Sucedió que con gran demora, doce años después del XX Congreso del PCUS, el mismo partido checoslovaco realizó un cambio en la orientación del partido y en la vida del país. Ese cambio era y es coherente con el proceso de renovación impulsado por el XX Congreso del PCUS. Correspondía y corresponde entre otras cosas, a la inspiración de la línea del PCI y del Memorial de Yalta del compañero Togliatti (...). No sólo fue un hecho positivo, sino además de fundamental importancia (...) el que haya sido justamente el órgano checoslovaco estatutariamente dirigente del partido, el Comité Central elegido por el Congreso precedente, quien decidió los cambios...”<sup>259</sup>.

Después del cisma chino, probablemente la invasión de Checoslovaquia representó el momento más doloroso para el movimiento comunista internacional: el Partido Comunista italiano, que había seguido con interés y abierta simpatía el “nuevo curso” de Dubček, percibió la Primavera de Praga como un verdadero drama. En su relación, el mismo secretario del PCI, Luigi Longo, afirmaba que la política de Dubček “corrisponde a tutta la nostra concezione ed elaborazione, leninista e gramsciana e al testamento politico di Togliatti”<sup>260</sup>.

La entrada de los tanques cogió de sorpresa a los dirigentes comunistas italianos: en un primer momento, la decisión de emitir un comunicado condenatorio era unánime dentro de la oficina política<sup>261</sup>; sin embargo dentro de la misma oficina surgían algunas preocupaciones respecto a una “toma de distancias demasiado clara”. El temor era provocado no sólo por una posible (probable) reacción soviética, sino de la misma base italiana.

---

<sup>258</sup> Giovanni Vacca: “La logica dei blocchi”, *Rinascita*, n° 41, 17 de octubre de 1969.

<sup>259</sup> Longo, Luigi: *Sui fatti di Cecoslovacchia*, Editori Riuniti, Roma, 1968.

<sup>260</sup> “*Dal rapporto al CC del PCI sui fatti di Cecoslovacchia*” de Luigi Longo, en *Teoria e pratica della via italiana al socialismo*, Roma, 1979, pág. 229.

<sup>261</sup> La ausencia de discrepancias es motivada por el hecho que la vieja guardia estalinista había sido marginada ya hace tiempo.

Por lo tanto, mediando entre las diferentes posturas, el Partido Comunista Italiano se limitó a una invitación a los gobiernos de los cinco países del Pacto de Varsovia, participantes a la invasión, a que retirasen sus tropas.

Sin embargo, el PCI rechazó la normalización impuesta por Moscú, afirmando que el nuevo curso empezado en Praga debía ser considerado como un punto de partida, un ejemplo para el comunismo democrático: coherentemente con eso, el PCI se negó a suscribir los párrafos de condena en la Conferencia de partidos comunistas de 1969, evidenciando su desacuerdo con el PCUS (Berlinguer fue el único gran dirigente comunista que actuó de tal guisa). No obstante, aquí encontramos uno de los primeros ejemplos de la ambigüedad del PCI de la que hablaremos a lo largo del trabajo: por un lado, Longo halagaba la figura de Dubček, solidarizando con el nuevo curso y definiéndola “ineguagliabile esperienza”; por otro, tras la invasión y una tímida condena, el secretario del PCI expresaba “l’augurio di ‘pieno successo’ alla nuova direzione cecoslovacca impersonata da Husák, l’uomo della normalizzazione imposta dai sovietici, a cui paradossalmente indicava la via di continuare nell’ispirazione che era stata di Dubček”<sup>262</sup>.

En el curso del XII Congreso (Bologna, 8-15 febrero de 1969), el PCI remachaba su carácter independiente, promoviendo la idea de que la vía autónoma al socialismo hubiera implicado un sistema político pluralista y democrático. A pesar del carácter novedoso de estas reflexiones, la atención del Congreso era proyectada sobre los acontecimientos de Praga y la intervención soviética. Se dijo que, en un primer momento, las críticas de Berlinguer sobre el caso checoslovaco fueron escasas<sup>263</sup> y sus palabras “imprecisas” se movieron entre la condena y la comprensión. Sin embargo, en esta ocasión, su análisis de los hechos tocó un punto muy importante: según el futuro secretario del PCI, la intervención no había sido un simple error, sino el producto de contradicciones presentes en el interior del campo socialista. Partiendo de eso y reafirmando el principio de no injerencia en los asuntos internos de otro país, el PCI se proponía formular un juicio crítico y objetivo de las realidades del campo socialista. De hecho, en el discurso final del Congreso, el 15 de febrero, Berlinguer aclaraba este análisis: “es completamente falso que hayamos considerado la intervención en Checoslovaquia como un ‘incidente’ o tan sólo un ‘error’. Lo hemos considerado como

---

<sup>262</sup> Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991, pág. 694.

<sup>263</sup> Hay tener en cuenta que la mayoría de militantes de base eran filosoviéticos y no hubieran aceptado una firma condena de la invasión o una valoración excesivamente positiva de la Primavera de Praga.

un resultado que tiene sus raíces tanto en contradicciones y dificultades objetivas del mundo socialista, como en errores. ¿Qué consecuencias hemos deducido? También de estos acontecimientos hemos extraído el impulso para definir mejor un conjunto de posiciones respecto al sistema de las relaciones entre Estados socialistas y partidos comunistas: el principio del respeto absoluto de la independencia y soberanía de cada Estado, y de cada Estado socialista, y el principio de la independencia y soberanía de cada partido comunista; las cuestiones de la democracia socialista”<sup>264</sup>.

El futuro secretario del PCI sentaba las bases de la estrategia que el Partido iba a seguir una vez que asumió el mando del partido: “luchamos en Italia por el socialismo, no mirando hacia un modelo abstracto, ni hacia el modelo soviético (modelo otra parte, irrepetible, como sabe o debería saber cualquiera que tenga sentido de la historia), sino a través de una vía original (...). Todo ello comporta la plena autonomía de nuestro partido. Y no se trata sólo de la autonomía organizativa y política. Autonomía y nueva ha sido toda nuestra elaboración de una vía italiana al socialismo”<sup>265</sup>.

Como ya hemos analizado en el capítulo anterior, otro momento importante en el ascenso en el poder de Berlinguer dentro del PCI fue representado por su intervención en Moscú, en la Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas donde su discurso despertó un eco de orgullo, de partido y nacional, entre los militantes comunistas. La evolución de Berlinguer pasa por varias etapas y arranca de unas premisas, no solo formales, entre ellas: los comunistas italianos consideran la URSS como el país de la revolución de octubre, que ha abierto un nuevo camino para toda la humanidad, ofreciendo una contribución decisiva a la derrota del nazi-fascismo. A partir de esto, el discurso crítico del PCI se articulaba en los siguientes puntos: la introducción de un acento anti-dogmático en el modo de entender el patrimonio ideológico del comunismo, revaluando las enseñanzas de Gramsci y cuestionando algunas previsiones de Marx y Engels. Por otra parte, respecto a las “sociedades del Este” (expresión usada por el mismo Berlinguer), el PCI emprendía una discusión sobre la misma naturaleza de estos regímenes, sin una condena explícita. La crítica se centraba esencialmente en la desmesurada socialización y burocratización existentes en el Este.

Además, la posición del Partido Comunista Italiano resultaba muy complicada. En estos años, el PCI estaba intentando conjugar la afirmación de los objetivos democráticos con una perspectiva europeísta: el intento ocasionaba la definición de una estrategia política

---

<sup>264</sup> Berlinguer Enrico: *La “cuestión comunista”*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 26.

<sup>265</sup> Berlinguer Enrico: *La “cuestión comunista”*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 28.

compleja y, a veces, de difícil alcance. Por un lado, Enrico Berlinguer, el astro naciente del panorama político italiano, pensaba que era oportuno seguir reconociendo un papel positivo a la URSS en la historia del siglo XX, ahuyentando, por lo tanto, la tentación de antisovietismo, que empezaba a difundirse en los cuadros del PCI y que, al mismo tiempo, retroalimentaba una crítica respecto a la posición de Luigi Longo, secretario del partido; por otro lado, el mismo Berlinguer, antes de ocupar la secretaría del partido, subrayaba la exigencia de cambio, de una aportación específica al movimiento obrero de los países capitalistas avanzados y, en primer plano, de los europeos.

Pero los acontecimientos de Praga habían tocado al PCI: se sucedieron años de discusión y debate que culminaron en un cambio en la dirección del partido. El nombramiento de un nuevo secretario general representaba una evidente señal de la voluntad de proceder a un cambio: durante el XIII Congreso del Partido Comunista Italiano (Milán, 13-17 de marzo de 1972), Enrico Berlinguer fue elegido secretario general del PCI. La decisión de ascender Berlinguer a tan importante cargo fue consensual y, por su parte, Longo confesó haberle elegido “per il contributo ideologico dato alla discussione comunista, per la sua coerenza e il suo rigore nella difesa della democrazia nel partito e, un po’ anche per la sua caparbietà sarda”<sup>266</sup>.

En sus primeras declaraciones, el nuevo secretario discutió la necesidad de “realizar un giro democrático, que modifique los fines y la calidad del desarrollo económico-social, cambie la posición de las masas trabajadoras en la vida nacional, dé una dirección política al país”<sup>267</sup>.

Berlinguer representaba el cambio, una figura política relativamente nueva y que no estaba comprometida con el pasado estalinista. Con Berlinguer al mando del partido, la meta del PCI era un viraje democrático que fuera capaz de aglutinar a los tres grandes componentes de la tradición política democrática y antifascista: democristianos, socialistas y comunistas. El objetivo de la nueva estrategia era desplazar el sistema de equilibrios vigente desde el centro-derecha, donde se encontraba, hacia la izquierda. De esta forma, la alternativa más clara al modelo soviético residía en el planteamiento esbozado desde fines de los años sesenta por el partido comunista italiano.

En las conclusiones del Congreso ya destacaban algunos de los argumentos retóricos que acompañaron al desarrollo de la línea del PCI hacia el eurocomunismo: el

---

<sup>266</sup> Lajolo, Davide: *Finestre aperte a Botteghe oscure*, Rizzoli editore, Milán, 1975, pág. 116.

<sup>267</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pág. 111.



planteamiento de la colaboración entre las grandes corrientes populares (comunista, socialista y católica); el reconocimiento de que el camino hacia el progreso, la democracia, la emancipación del trabajo en un país como Italia “no puede avanzar sin la aportación autónoma de otras tendencias”; pero al mismo tiempo la necesidad de insertar en el campo gubernamental y mayoritario a la fuerza comunista para la realización de una política real de renovación y reformar el país; el significado profundo, no táctico del reconocimiento del pluralismo político e ideológico, condición valida no solo en Italia, sino para la construcción del socialismo en otros países.

La consigna fundamental que surgió del XIII Congreso del PCI de 1972 fue el planteamiento y el desarrollo del “Compromiso histórico”, cuya línea política se remontaba en el tiempo. El compromiso histórico auspiciaba una colaboración orgánica entre todos los partidos de mayor representación nacional, intentando conseguir el máximo consenso posible en torno a las instituciones democráticas y a través de una política reformista.

En un discurso de 1973<sup>268</sup>, Berlinguer, su máximo teorizador y propugnador, declaraba que: “La verdadera esencia de línea elegida por nosotros reside en la preocupación por evitar la partición en dos mitades del país, la escisión del Estado. Justamente por esa partición en dos del país apostaron en Chile el imperialismo, la oligarquía, los partidos de derecha, y en esta misma línea ha acabado por colocarse la mayoría de la D.C. de Frei. De no haberse realizado tal partición en Chile – por una parte, la “Unidad popular” con su 44 por 100; por otra, todos los demás, incluidos la mayoría de la clase media y aun ciertos estratos de trabajadores – el golpe no habría podido triunfar (...). Y de esta constatación procede también la afirmación de que alcanzar eventualmente el 51 por 100 de los votos por parte de la izquierda no podría garantizar por sí mismo la existencia y la actuación de un poder político y, por tanto, de un Gobierno adecuado a las exigencias de transformación de las estructuras, de las ideas, de las clases dirigentes. Pero el punto sobre el que queremos llamar la atención de los trabajadores y de las demás fuerzas de izquierda es la necesidad de buscar, de construir una formación social, política e incluso de gobierno que, no siendo reducible por la amplitud de sus bases a una simple mayoría parlamentaria, ponga al país a cubierto de toda aventura

---

<sup>268</sup> Discurso de Berlinguer intitulado: “El “compromiso histórico”: esencia de una estrategia que el PCI sigue desde hace años. Interpretaciones falsas y descaminadas”, pronunciado en la Asamblea Nacional de Estudiantes Comunistas, en Bolonia, el 27 de octubre de 1973.

reaccionaria y garantice la renovación de la sociedad”<sup>269</sup>. La idea de pactar con la Democracia Cristiana y la posibles críticas dentro del mismo PCI obligaron Berlinguer a una clarificación: “Esto es lo que entendemos por “compromiso histórico”: nada degradado o mezquino (fue el gran Lenin quien, combatiendo este tipo de compromisos, hizo escarnio de aquellos presuntos revolucionarios que protestaban ante cualquier compromiso), sino el resultado de un esfuerzo de comprensión recíproca, de un encuentro y de un acuerdo a alcanzar por fuerzas populares y democráticas diversas sobre cuestiones esenciales para la vida y el porvenir del país”.

Por eso, Berlinguer asociaba una visión explícitamente gradualista a su definición del “bloque histórico” encargado de asumir la transición al socialismo: se trataba de una perspectiva nueva que concebía el proceso histórico como resultado de la interacción de una serie de fuerzas sociales, una suma de vectores en que la clase obrera debía obtener la convergencia de otros grupos sociales para conseguir avanzar hacia un nuevo punto de equilibrio.

Berlinguer descartaba la idea de proceder a una ruptura para alcanzar la mayoría parlamentaria en unas elecciones: la experiencia desfavorable del Chile de la Unidad Popular obligaba a reflexionar e insistir sobre la idea de la necesidad de un amplísimo apoyo a la hora de emprender una transformación social. Advertía Berlinguer: “(...) no es el partido el que conquista el poder, sino un bloque de fuerzas sociales y políticas diversas, de las que el partido forma parte y que hace falta proceder, ya desde ahora, paso a paso, a la construcción de este bloque histórico, afirmando en su seno la hegemonía de la clase obrera”<sup>270</sup>.

Con Berlinguer como nuevo secretario, el PCI empezaba a contemplar una estrategia de alianzas, dirigidas a articular las fuerzas progresivas, evitando al mismo tiempo la tentación de actuar aisladamente. Según Berlinguer, la transición al socialismo tenía que ser concebida como un proceso gradual en el marco de un régimen democrático; sin embargo, a pesar del planteamiento gradualista, la acción evolutiva del PCI reconocía la necesidad de una mutación cualitativa, de un punto de ruptura, con el sistema de dominación económica y política del capitalismo; una ruptura de los equilibrios económicos y sociales para una transformación estructural de las relaciones del poder en el sistema italiano y la realización de un poder cualitativamente nuevo. El pensamiento

---

<sup>269</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pág. 151-154.

<sup>270</sup> Berlinguer, Enrico: *La questione comunista*, 1969-1975, vol. I, Roma, pág. 31.

de Berlinguer tenía el siguiente punto de partida: el papel del partido comunista consistía en articular el máximo de fuerzas sociales y políticas para conseguir una transformación progresiva dentro del marco de la Constitución existente. Definiendo la necesidad de un nuevo giro dentro de la democracia, el PCI perseguía la creación de una alternativa democrática y no una alternativa de izquierda.

En realidad, la política de alianzas del PCI daba continuidad a las concepciones ya diseñadas en el momento auroral de los Frentes Populares o el “viraje de Salerno” de Togliatti: la formación de una agregación de fuerzas progresivas y antifascistas por encima de la tradicional visión bipolar de la sociedad; finalmente, la realización de un pacto electoral de izquierda, donde el resultado natural habría de ser la hegemonía del partido-vanguardia.

Pero como subrayaba el mismo Berlinguer en un informe de 13 de mayo: “Nuestra propuesta es que durante este período excepcional y hasta su superación, el país sea dirigido por un amplia coalición unitaria abierta a todas las fuerzas democráticas, podríamos decir que por una alianza temporal pero sólida entre los partidos democráticos dispuestos a trabajar conjuntamente en el país, en el Parlamento y en el gobierno, por una rigurosa y clara obra de saneamiento y de renovación”. Pero, una vez superada la crisis, cada partido hubiera recuperado la propia libertad de acción.

Durante un discurso en conmemoración de Togliatti<sup>271</sup>, el mismo Berlinguer reconoce el lazo entre el pensamiento del antiguo dirigente del PCI y sus reflexiones actuales: “Togliatti precisa los fines del partido proletario en el orden nacional en nuestro país. Son los fines de la independencia y unidad nacional que constituyeron el primer motivo de inspiración del viaje a Salerno, junto a los fines de la renovación social y del progreso democrático y civil, esto es, de la construcción de una sociedad y de un Estado democrático de tipo nuevo. (...). Ha llegado el tiempo en que tales fines sólo se pueden realizar con la iniciativa y la hegemonía proletarias, mediante la unidad de todas las fuerzas populares, y en el camino de la transformación socialista (...). Togliatti sostuvo siempre con firmeza que la acción revolucionaria no es la predicación de un modelo, y ni siquiera exclusivamente actividad de propaganda en espera de una ruptura

---

<sup>271</sup> Discurso intitulado: “Palmiro Togliatti por un ordenamiento democrático de tipo nuevo”, pronunciado en Roma, el 26 de marzo de 1973, en el Instituto de Estudios Comunistas, con ocasión del LXXX aniversario del nacimiento de Togliatti.

resolutoria, sino que supone una lucha y un empeño continuos para alcanzar aquellos objetivos que, en un momento determinado, son esenciales y posibles”<sup>272</sup>.

Finalmente, con Berlinguer como Secretario, el Partido Comunista Italiano empezaba a vivir una nueva etapa, marcada por la continuidad y la novedad: continuidad en la reflexión de sus máximos pensadores, pero con el objetivo de profundizar sus ideas y, al mismo tiempo, elaborar un nuevo modelo político funcional a la realización de la “vía italiana al socialismo”.

---

<sup>272</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pág. 122-125.

## **Capítulo V: Análisis de la situación interna española. El PCE en los años sesenta y setenta**

### **5.1 El Partido Comunista Español tras la derrota de la guerra civil; 5.2 El PCE a final de los cincuenta y en los años sesenta; 5.3 Cambios y crisis a final de la década de los sesenta; 5.4 1968: el año del cambio; 5.5 El PCE en los años setenta; 5.6 La Junta Democrática**

Al final de la guerra civil, el Partido Comunista Español se convirtió en el partido del antifranquismo por antonomasia y, durante la dictadura de Franco, su papel resultó de gran importancia, tanto que muchos observadores mostraban su convicción de que, siguiendo el ejemplo del italiano, iba a convertirse en el partido central de la izquierda una vez terminada la transición a la democracia. Sin embargo, cuando el Partido Comunista de España, tras una larga trayectoria de actividad clandestina anti-franquista, pudo por fin salir a la superficie, desafortunadamente lo hizo en el peor momento en el que los principios del comunismo, sobre los que se había fundado su actividad, ya habían entrado en crisis.

En los años cuarenta, cincuenta y sesenta, la vida del Partido no fue nada fácil y al principio de la transición, pareció manifiesto un intento de marginación del PCE de la vida política nacional; sin embargo, su legalización fue un elemento necesario e útil no sólo para la conclusión de la transición post-franquista, sino también para la realización de un paso más dentro de este largo proceso que quizás se completo sólo después del 23-F. En los años setenta, el PCE ya representaba una fuerza política de relevo y el número de inscritos iba aumentando, aunque en las primeras elecciones democráticas en la que participó, el PCE comprobó que no era lo mismo llenar calle de manifestantes, gritos y pancartas, que las urnas de votos.

La construcción de un régimen democrático exigía el reconocimiento del PCE en pie de igualdad con los demás partidos. De todas formas, dentro de su proceso de reinserción en la vida pública española, el Partido Comunista de España tuvo que enfrentarse a muchos desafíos y nuevos problemas: en primer lugar, sus dirigentes tuvieron que plantearse la disyuntiva de la reaparición del partido como fuerza política capaz de influir directamente en el ámbito político por medio de organizaciones *ad hoc* o bien dentro de terceras fuerzas semi-legales o consentidas. También se planteó la necesidad de efectuar un cambio de estrategia con el peligro de que eso pudiese (y pudo)

determinar la ruptura con la línea ortodoxa moscovita con el consecuente planteamiento del nuevo fenómeno eurocomunista que homologaría el PCE a los demás partidos comunistas europeos y lo proyectaría plenamente en el juego parlamentario, sustrayéndole de la marginación anti-sistema. Este cambio que conllevaba la aceptación de las reglas democráticas, de la confrontación electoral y de la lucha parlamentaria, posibilitó la participación directa en las organizaciones de la oposición que gestionaron el consenso político que favoreció la transición. La política de reconciliación nacional significó la superación de la guerra civil, mientras la creación de un Pacto para la Libertad nació por el deseo de participar en la creación de una alianza de fuerzas democráticas, confiriendo credibilidad a un camino de independencia respecto a la Unión Soviética y de distancia respecto a las experiencias del socialismo real. Sin embargo, la voluntad del Partido Comunista de España de asumir un rumbo nuevo provocó una serie de escisiones de sectores “pro-soviéticos” y críticos hacia unos cambios descritos como “provechosos”. Como sustrato común a todas las innovaciones dentro del partido, la más importante fue la ideológica, donde el rígido estalinismo de los años cuarenta dejó el paso al *eurocomunismo* como nueva postura más idónea para enfrentarse con los desafíos de la transición. De esa manera, a esta primera etapa de cambio dentro del partido y de su grupo dirigente, sucedió una segunda caracterizada por dos acontecimientos: el inicio de la transición democrática en España y la adopción de un nuevo proyecto político con los otros partidos de la Europa Occidental, denominado eurocomunista.

Finalmente, en el análisis de la evolución del PCE a lo largo de estas décadas, hay que subrayar como “en la compleja situación derivada de la transición *sui generis* de la dictadura a la democracia, le ha correspondido al Partido Comunista hallarse en una situación extremadamente difícil, que no ha dejado de manifestarse no sólo en su actuación externa (cara a los demás partidos y organizaciones sociales), sino sobre todo en su agitada y a veces convulsa vida interior, en la que se han sucedido una serie de crisis proporcionalmente más graves que las ocurridas en el seno de los demás partidos”<sup>273</sup>. Por esas razones, el PCE resultó un partido dinámico y capaz de cambiar su programa desde la lucha anti-franquista “armada” a un nuevo programa que incluyese la restauración y la defensa de las libertades democráticas: “a medida que el desarrollismo de los años sesenta introducía cambios en la sociedad española, las

---

<sup>273</sup> De Esteban, Jorge y López Guerra, Luís: *Los partidos políticos en la España actual*, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 137.

organizaciones del Partido Comunista español tenían que hacer frente a situaciones nuevas que no respondían plenamente – o no respondían de la misma manera- a los planteamientos generales que se trazaban desde una dirección que seguía funcionando en el exilio”<sup>274</sup>.

En conclusión, los cambios sociales, económicos y políticos que se sucedieron en España y en el mundo a lo largo de los años sesenta y setenta obligaron al partido a un cambio que, más que corresponder a la elaboración de unos planteamientos políticos totalmente nuevos, favoreció la promoción de prácticas diferenciadas y organizativas distintas tanto en el seno del PCE como en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).

### **5.1 El Partido Comunista Español tras la derrota de la guerra civil**

Pese a representar al partido hegemónico del anti-franquismo militante y radical, el asentamiento del Partido Comunista de España después de la guerra civil no fue nada fácil y el partido tuvo que enfrentarse a grandes dificultades a la hora de extender la disidencia al régimen, sobre todo en consideración de los cambios que se iban verificando dentro de la sociedad española.

Por esa misma razón, en los años que van desde el final de la guerra civil al inicio de la transición de la democracia en España, el Partido Comunista español se vio obligado a enfrentarse a varias dificultades que provocaron la formación de un partido diferente y la adopción de una nueva estrategia. Como ya hemos señalado, finalizada la guerra civil, en los primeros años, la lucha clandestina contra la dictadura franquista impidió un normal desenvolvimiento del partido, condicionándolo y creando un fuerte vínculo con la Unión Soviética, vínculo que, a lo largo de los cambios que el partido realizó, se vio sustituido por un acercamiento al Partido Comunista italiano después de los acontecimientos de Praga.

Terminada la guerra civil, la victoria del General Francisco Franco comportó la instauración de un régimen antidemocrático y anticomunista, que se ocupó de demonizar al PCE e impedir su presencia en el territorio español; el gobierno franquista encarceló, torturó y asesinó a los miembros del partido, aplicando la “ley retroactivamente”, castigando a todos los que se mantuvieron fieles a la legalidad

---

<sup>274</sup> Jordi Solé Tura: “Unidad y diversidad en la oposición comunista al franquismo”, en Fontana, Josep (Ed.): *España bajo el franquismo*, Critica, Barcelona, 1986, pág. 128.

constitucional. En esas durísimas condiciones, el PCE tuvo que plantear su reorganización en la clandestinidad, en el exilio y en las cárceles.

Además, un mes más tarde de que empezase la Segunda Guerra Mundial, el PCE sufrió la dolorosa pérdida del Secretario general José Díaz; por voluntad unánime del Partido, Dolores Ibarruri, la “Pasionaria” fue designada para sustituirle.

Los años de la Guerra Mundial fueron muy difíciles para el Partido, empeñado en la lucha interna contra la dictadura franquista, e internacionalmente en evitar la entrada de España en guerra. Por ese motivo, en los manifiestos del Comité Central de agosto de 1941 y de septiembre de 1942, el Partido proponía la creación de la “Unión Nacional de todos los españoles”, concentrando todos los esfuerzos en torno a las cuestiones antes mencionadas: la resistencia popular al régimen y el impedimento de la entrada de España en el conflicto bélico, oponiéndose también a las ayudas que la dictadura otorgaba a las potencias fascistas.

Sobre todo en tema de “neutralidad”, se esperaba alcanzar un buen resultado: la política de Unión Nacional, preconizada por el PCE, generaba muchas esperanzas, considerando que el número de opositores a la política franquista de apoyo al bando fascista era más amplia que la de las fuerzas que habían luchado a favor de la República. Además el Partido consideraba la creación de este reagrupamiento de fuerzas políticas un primer intento para superar la división abierta por la guerra civil, creando una coalición heterogénea unida por el “antihitlerismo”. En el Manifiesto de septiembre de 1942, el Comité Central del Partido declaraba: “Los momentos trascendentes que vivimos obligan a deponer las diferencias, los odios y las pasiones que nos separaron hasta hoy, para colocar por encima de todo, el interés supremo de España y salvar a nuestro pueblo de la guerra y de la muerte a las que Franco y Falange quieren lanzarle”<sup>275</sup>. Para poder facilitar la constitución de la Unión Nacional, el programa presentado en el Manifiesto era lo suficientemente “amplio” como para ser aceptado por las fuerzas de izquierda o de derecha contraria a la postura internacional del régimen. Sin embargo, el programa contenía un punto esencial: una vez derrocada la dictadura franquista, se procedería a la creación de un gobierno de *Unidad Nacional* que, restablecidas las libertades políticas, convocase unas elecciones libres y democráticas, para que el pueblo pudiese decidir el futuro régimen del país.

---

<sup>275</sup> AA. VV.: *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960, pág. 222. El texto fue redactado por una comisión del Comité Central del Partido, formada por la camarada Dolores Ibárruri, que la ha presidido, y por los camaradas Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval.



En estos años el partido iba reorganizándose, y a comienzos de 1943, *Mundo Obrero*, *Verdad*, *Unidad*, *El Obrero* y *Nuestra Bandera* ya se publicaban en diversas zonas de España<sup>276</sup>, ampliando la propaganda clandestina del PCE: al mismo tiempo, el partido incrementaba su labor de propaganda en las zonas agrarias de España (Galicia, Asturias, Andalucía, Levante), emergiendo como la principal fuerza organizada contra la dictadura de Franco.

El primer Pleno del PCE después de la guerra se celebró en diciembre de 1945, en Toulouse (Francia), formulando unas conclusiones bastantes optimistas: el PCE declaraba que su influencia y prestigio habían aumentado, ya que, a diferencia de los otros partidos democráticos y obreros que se habían disgregado, el Partido había sido capaz de mantener su organización clandestina y proseguir en la lucha. En el informe final, presentado por Dolores Ibárruri, se insistía en que, para terminar con la dictadura, era necesario “el entendimiento patriótico de todas las fuerzas nacionales, la conjunción de los esfuerzos de todos los antifranquistas en la lucha contra la dictadura. Al mismo tiempo, el Pleno discutió la organización y el desarrollo de las acciones del partido dentro del país: el PCE entendía que era necesario estrechar sus vínculos con las masas, defender sus intereses e imprimir a sus protestas un carácter cada vez más combativo. Además, el Partido se proponía reforzar su organización, con el objetivo de ampliar el número de simpatizantes.

A principio de 1946, el PCE decidió participar a una llamada “Alianza de Fuerzas democráticas” formada en 1944 por el ala derecha del Partido Socialista (dirigida por Prieto) y que contaba con el apoyo de un sector republicano y de una parte de la CNT. El PCE apoyó el proyecto en cuanto consideró que podía significar un “cierto despertar” de la actividad antifranquista de otros grupos y también para no quedarse al margen de la acción política contra la dictadura. Asimismo, el PCE consideraba su adhesión como una prueba de su voluntad unitaria en la construcción de un frente antifranquista: sin embargo, la Alianza no consiguió convertirse en un órgano de unidad y su acción fue bastante limitada.

La segunda mitad de los años cuarenta estuvo caracterizada también por la presencia de pequeños grupos de lucha guerrillera (el llamado maquis) que, sin embargo, no consiguieron alcanzar los resultados esperados: la dura represión franquista (muerte de

---

<sup>276</sup> *Mundo Obrero* se editaba en Madrid, Andalucía, Galicia y Asturias, a ciclostilo o a imprenta. Se publicaron también *Verdad* en Valencia, *Unidad* en Málaga, *El Obrero* en Canarias, *Nuestra Palabra* en Baleares.

muchos militantes comunistas y violencia sobre la población civil donde actuaba esta guerrilla) provocaron que, a partir de 1948, el Partido iba barajando la concreta posibilidad de abandonar la vía guerrillera. En los mismos años, en Madrid, en Cataluña y en el País Vasco, se asistía a las primeras huelgas y movimientos reivindicativos, duramente reprimidos por el franquismo.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el PCE se vio obligado a reflexionar sobre la situación en que se encontraba el partido y sobre los cambios que se presentaban en el escenario internacional. De hecho, ya en estos años, el Partido Comunista de España advertía la exigencia de realizar un cambio de táctica: un atento examen de la realidad nacional e internacional empujaban al Partido a reflexionar sobre las nuevas dificultades a las que el PCE iba enfrentándose, dentro y fuera de España. La actitud de las potencias extranjeras hacia el régimen certificaban que la dictadura de Franco había “superado” la prueba y que la posibilidad de derrota como consecuencia directa de la capitulación del fascismo italiano y alemán había desaparecido. Por eso, el PCE entendió que la descomposición y el quebramiento del bloque gobernante debía realizarse por la acción de factores internos de España y que por lo tanto, era necesario introducir cambios en la táctica seguida en los años de guerra (civil y mundial).

Ya en octubre de 1948, los dirigentes y cuadros del PCE y PSUC se reunieron para revisar la táctica del Partido y plantear como estrechar sus vínculos con la clase obrera y la masa en su conjunto. Por eso el Partido decidió optar por combinar la lucha clandestina con el “aprovechamiento” de los pocos resquicios legales que el sistema le concedía: el Partido entendió la importancia de participar en los sindicatos verticales y en todas las organizaciones de masas que existían bajo la dictadura (hermandades de acción católica, gremios, etc.). El Partido Comunista de España empezó a considerar el trabajo en el seno de los sindicatos como algo útil y necesario para “atarse” a las masas, tomar conciencias de las reivindicaciones de los obreros y ganar su confianza. Por eso el Partido consideró oportuno combinar la lucha clandestina con las posibilidades legales. El “viraje”, o mejor dicho la adopción de una nueva táctica, servía al partido para recuperar consensos entre los ciudadanos y “reanimar” amplios sectores del pueblo, desmoralizados después de la derrota de la guerra civil. La imagen de un partido nuevo, capaz de adaptarse a las exigencias cotidianas y de elaborar una táctica ajustada a la situación concreta existente en España, ayudaba al PCE a recuperar confianza y fuerzas y, sobre todo, a enraizarse “más y más profundamente” en las masas populares.

En los años cincuenta, la dirección del partido permanecía en Moscú: sin embargo, la ascensión de Santiago Carrillo certificaba el deseo de realizar un cambio, sustituyendo a la vieja dirección política formada durante la guerra civil por el *núcleo Parísino*, más joven y articulado en torno a Fernando Claudín y al mismo Carrillo; igualmente, las sedes del Partido iban cambiando, pasando también por países de la Europa Occidental (Francia sobre todo). El desplazamiento era sintomático de un creciente alejamiento respecto a las posiciones soviéticas tradicionales y de la voluntad de mayor autonomía para poderse centrar en la realidad española; en esta etapa, el PCE perseguía una línea de desarrollo parcialmente independiente y diferente a los demás partidos de Europa occidental, donde el PCI y PCF se presentaban como los más dinámicos y reflexivos: sin embargo, en esta etapa la relaciones entre PCI y PCE eran muy escasas y el acercamiento al Partido Comunista italiano, que iba emergiendo como el más importante de la Europa capitalista, fue bastante tardía y se realizó solo a principio de los años setenta<sup>277</sup>. Por eso, hasta este momento, el Partido Comunista español iba organizando sus reuniones y Comités Centrales en países del Este Europa y, tal vez, en París, donde se perfilaba un nuevo papel para los dirigentes refugiados allá.

Además, el nuevo protagonismo del “núcleo de París” significaba la superación definitiva de los estragos de la guerra civil, de la división de la sociedad española que se reflejaba en la retórica de “vencedores y vencidos”. Eran los primeros síntomas del cambio: el PCE iba proponiéndose el derrumbamiento de la dictadura por la lucha primeramente armada y posteriormente de masas.

La progresiva autonomía de la actividad del PCE respecto a la URSS fue muy gradual y sufrida: sin embargo, la incorporación de nuevas generaciones, que no habían conocido la guerra civil, facilitó el cambio así como la actividad del nuevo secretario del partido, Santiago Carrillo que impulsó el proyecto político a favor del asunción de valores democráticos. En esta misma etapa, el Partido Comunista de España estaba animado por el deseo de buscar acuerdos y alianzas con otras fuerzas políticas que evitasen su aislamiento y con el objetivo (o sueño) de representar el eje del final de la dictadura.

La evolución y los cambios dentro del partido y de su estrategia seguían gradualmente ya que la propuesta de realizar un “viraje” de la lucha guerrillera a la acción de masas

---

<sup>277</sup> Las relaciones entre el PCI y el PCE fueron estrechándose a final de los sesenta, principios de los setenta: la aproximación al marxismo italiano fue tan tardía como relevante, tanto que se llegó a hablar de “acercamiento total” y adhesión. Sin embargo, en los años anteriores a la Primavera de Praga, la influencia del PCI fue limitada, mientras las relaciones entre sus dirigentes “secundarias”, pese a la ascendiente de algunas personalidades del marxismo italiano sobre algunos militantes del PCE.

representaba un gran desafío: algunos miembros del partido seguían apoyando la idea de “estar combatiendo una guerra sin cuartel contra el Estado oficial”, no viendo “más respuesta que la violencia revolucionaria”<sup>278</sup>. Según estos segmentos del Partido, no existía posibilidad del plantear las oposiciones por cauces democráticos y el partido estaba volcado en la lucha frontal contra el régimen.

Sin embargo, en un documento del Comité Central de 1952, los dirigentes del PCE ya se mostraban críticos respecto al sectarismo de los últimos años y contrario a los métodos de “orden y mando” del Partido. Se trataba de “apostar, favorecer y buscar” por la desaparición del franquismo a través de las nuevas contradicciones que habían surgido en la sociedad.

Al igual que al final de la Segunda Guerra Mundial, los cambios de los años cincuenta, tanto a nivel exterior como a nivel interior, obligaban al Partido Comunista de España a un distinto planteamiento, a una nueva táctica y a la búsqueda de métodos de lucha política más eficaces. Para seguir teniendo su importancia, al PCE no le quedaba otra opción que tener en cuenta los cambios sucedidos en España y en el mundo, replanteando, consecuentemente, su estrategia. A lo largo de estos años, dentro de España se estaban produciendo muchos cambios: en primer lugar la evolución económica del país; secundariamente la disgregación política de la Falange como partido único y la aparición de nuevas fuerzas políticas (monárquicas, de derecha o estrictamente ligadas a la Iglesia Católica); el aumento de huelgas, sublevaciones y protestas contra la situación económica y, sobre todo, contra el régimen (el 1956 representó uno de los años más turbulentos); finalmente los acuerdos militares con los Estados Unidos, que llevaron al mismo Francisco Franco a declarar: “ahora sí que hemos ganado la guerra”. La situación política se mostraba bastante estática: Franco seguía gobernando mediante un régimen que iba cambiando de disfraces con oportunismo según las necesidades del momento, imposibilitando la toma de una posición única de ataque a la oposición. En el exterior, la muerte de Stalin provocó el inicio de un proceso de desestalinización, mientras el sistema de bloques se encaminaba hacia una etapa de distensión y coexistencia pacífica.

---

<sup>278</sup> Carrillo, Santiago: *Memoria de la Transición*, Ediciones Grijalbo S.A., Barcelona, 1983, pág. 21.

## 5.2 El PCE a final de los cincuenta y en los años sesenta

El colectivo dirigente del Partido tardó en tomar conciencia de lo que se estaba produciendo de novedoso en España y, en consecuencia, el ajuste al cambio se realizó sólo a partir del año 1956. Como ya he expresado en el párrafo anterior, en los años precedentes a esta fecha, el PCE se encontraba frente a una disyuntiva: o decidía quedar encerrado en los cuadros que hasta entonces habían constituido su armazón con el evidente riesgo de convertirse en una asociación de antiguos combatientes de la guerra y posguerra; o al contrario, decidía modernizarse, abrirse a las nuevas generaciones (obreras por un lado e intelectuales por otro) que estaban manifestando su oposición al franquismo y la necesidad de ser dirigidas por una estructura más autónoma e independiente. La corriente renovadora parecía contar ya con suficiente fuerza para empezar un cambio gradual.

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética representaba un estímulo para una nueva actitud en el PCE ante sus propios problemas. El informe de Krushev contribuyó a que la Unión Soviética no fuera vista más como la perfecta encarnación del ideal comunista y alimentó la esperanza de que la política de distensión pudiera tener un efecto inmediato en el PCE. Sin embargo, las críticas del PCUS a la situación en que vivía la URSS no afectaron al partido mismo de forma directa; según Azcárate, esta actitud era “un ejemplo típico de razonamiento escolástico en el que había dos verdades: la verdad del pecado del hombre y la verdad de la pureza del ser superior, que era el Partido”<sup>279</sup>.

De todos modos, España asumió una actitud diferente respecto a los otros países frente a la denuncia del estalinismo: a diferencia de Francia<sup>280</sup> o Italia<sup>281</sup>, donde las denuncias kruschovianas fueron acogidas con desconcierto, decepción y desencanto, en España no tuvo un efecto tan traumatizante para el partido o su militancia. Las consecuencias de la denuncia al denominado “culto a la personalidad” fueron beneficiosas para el PCE que pudo utilizar de forma funcional estas acusaciones para ganar credibilidad democrática

---

<sup>279</sup> Manuel Azcárate: “La política de reconciliación nacional”, en AA. VV.: *Sesenta años en la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxista en, Madrid, 1980, pág. 173.

<sup>280</sup> Como ya hemos subrayado en Capítulo I, el secretario general del PCF, Maurice Thorez se mostró muy enfadado tras conocer las denuncias de Stalin: “¡Cuánta basura ha echado Krushev sobre todos nosotros!”. Ceretti, Giulio: *Con Togliatti e con Thorez- Quarant'anni di lotte politiche*, Feltrinelli, Milano, 1963, pág. 343.

<sup>281</sup> En Italia, el efecto trauma quizás fue neutralizado por el carisma de Palmiro Togliatti, que asumió una posición crítica y aprovechó de la ocasión para “impulsar el parcial alejamiento de la posición soviética y abrazar la bandera de la democracia”. De hecho, su posición tímida sufrió una variación tanto que el secretario del Partido Comunista italiano llegó a cuestionar no sólo al hombre, sino, sobre todo, al sistema soviético.

dentro de España. En los artículos que se daban a conocer en el país, a pesar de la presencia de frases que confundían al lector en cuanto caracterizadas por un tono pro-Stalin<sup>282</sup>, la dirección del Partido se preocupaba que quedará de manifiesto lo que le interesaba: por ejemplo, en un artículo sobre las aportaciones del XX Congreso del PCUS, Víctor Velasco, antiguo líder de las Juventudes Socialistas y responsable de las cuestiones intelectuales del Partido Comunista de España, subrayaba cómo el Congreso dejaba el campo abierto “a la posibilidad de utilizar la vía parlamentaria como una de las formas de paso al socialismo”. Por eso, según el escritor y periodista Gregorio Morán, en el caso español, la denuncia anti-estaliniana había quedado en algo más evidente, más patente, más cotidiano, como el franquismo, “haciendo de este modo verdad la reflexión de Kolakowski marxista cuando escribía por entonces: no somos comunistas porque consideramos el advenimiento del comunismo como una necesidad histórica. Lo somos porque estamos a favor del oprimido y contra el opresor, a favor de los pobres y contras sus amos, a favor de los perseguidos y contra los perseguidores”<sup>283</sup>. Los cambios en el escenario internacional, dentro de España y sobre todo dentro del Partido, aconsejaban al PCE la celebración de un Congreso que pudiese reforzarle orgánicamente y manifestar así claramente la nueva estrategia. Además habían pasado muchos años del último Congreso: el Pleno del Comité Central, celebrado en marzo de 1936, había fijado la celebración del V Congreso para agosto del mismo año; sin embargo, la guerra civil, la derrota de la República, los años de clandestinidad, el exilio de muchos dirigentes y militantes del Partido, el estallido de la Guerra Mundial impidieron la celebración de un nuevo Congreso.

Finalmente, el V Congreso del Partido Comunista se celebró en Praga en 1954, en el que participaron representaciones de las organizaciones de Madrid, Cataluña, Euzkadi, Andalucía y otras regiones, así como de las organizaciones del exilio. El nuevo Congreso marcó la línea de “revolución democrática”, en el sentido que el Partido se preocupaba de exponer las soluciones en orden a la lucha por la democracia, la independencia nacional y la paz. Sin embargo, se seguía utilizando el lenguaje tradicional para argumentar la tesis de que en España, la dictadura de Franco intentaba “sin éxito obstaculizar las leyes objetivas de general desarrollo de la sociedad y que los cambios revolucionarios frenados por la derrota de 1939 han de producirse

---

<sup>282</sup> En un artículo publicado en España, se recordaba que: “Stalin tiene grandes méritos contraídos ante nuestro partido, ante la clase obrera y ante todo el movimiento obrero internacional”.

<sup>283</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 287.

inexorablemente”<sup>284</sup>. El nuevo programa dotó al Partido de una nueva táctica para la lucha antifranquista, estableciendo dos etapas: en la primera, se propugnaba la creación de un amplio frente (Frente Nacional Antifranquista) cuya acción tenía que estar orientada a la liquidación de la dictadura y la formación de un gobierno provisional, encargado de restablecer las libertades democráticas, amnistiar a presos y exiliados políticos, y adoptar medidas urgentes para mejorar las condiciones de vida de la población. Cumplido este objetivo, empezaba la segunda etapa, llevada a cabo por el mismo gobierno provisional y que consistía en la convocatoria de elecciones para que el pueblo pudiese decidir democráticamente sobre la forma de régimen.

Los principios y los cambios de estrategia de este V Congreso fueron desarrollado sucesivamente en la Reunión del Comité Central de Bucarest (1956), donde el Partido Comunista de España se preocupaba de forjar una nueva táctica tendente a asegurar la reimplantación en el interior del partido, proclamando la necesidad de planear el enfrentamiento con el régimen desde bases distintas de las establecidas en la guerra civil: por fin hacía su aparición el concepto de reconciliación nacional, de una colaboración entre todas las fuerzas de oposición. La idea fue percibida como una “intuición” del nuevo grupo dirigente del partido y que, según varios historiadores, permitió la futura integración del PCE en el resto de las fuerzas opositoras al régimen. Así, mientras el Buró Político procedía a “ajustar sus cuentas” con el pasado en Bucarest, en España, finalmente, el Partido empezaba a preocuparse en penetrar en sectores donde no tenía apenas tradición: el estudiantado<sup>285</sup> y la intelectualidad.

Por lo tanto ya en 1956, mientras el Partido Comunista de Italia plasmaba el concepto togliattiano de la “vía italiana al socialismo”, el Partido Comunista español mostraba una actitud favorable al cambio y en junio, con motivo del 20 aniversario del inicio de la Guerra civil, el Comité Central publicaba una declaración en la que se hablaba “de reconciliación nacional y de una solución democrática y pacífica del problema español”<sup>286</sup> como eje fundamental de la política del partido: desde este momento el PCE

---

<sup>284</sup> Antonio Elorza: “Eurocomunismo y tradición comunista” en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en el AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 91.

<sup>285</sup> La primera organización estudiantil del PCE se constituyó oficialmente en Madrid durante la primavera de 1955. Como cita Gregorio Morán, formaban parte de ella Enrique Múgica Herzog (futuro dirigente del PSOE), Juan Antonio Bardem, Julio Diamante y los escritores Julián Marcos y Jesús López Pacheco. Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 280-281.

<sup>286</sup> Frase citada en la Revista *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, intitulado “El Eurocomunismo”, de Antonio Elorza, pág. 16.

iba convirtiéndose probablemente en la fuerza más sólida de oposición<sup>287</sup> y en la vanguardia política de aquellos sectores, no sólo populares, que deseaban una sociedad democrática. Según varios autores, a partir de este momento, se clausuraba el largo capítulo de la guerra civil y se admitía la exigencia de un cambio de estrategia para forjar las condiciones de transito, reiterando la oferta de alianza a las fuerzas democráticas tradicionales y, también, a las civiles y militares que, pese a ser de derecha o de origen franquista, “van situándose en el campo de la oposición”.

El documento, que se dio a conocer el 18 de junio de 1956 y denominado “*Por la reconciliación nacional de todos los españoles*”, describía de forma clara la nueva realidad política que estaba surgiendo dentro del Partido. En primer lugar, el escrito tenía un tono y lenguaje infrecuentes: “al acercarse al XX aniversario del comienzo de la guerra civil, el Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la Reconciliación Nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la Guerra Civil, mantenida por el General Franco”<sup>288</sup>. Secundariamente, en el texto, se subrayaba cómo estaba presente en el Partido Comunista una nueva generación que, pese a no haber vivido la guerra civil, jugaba un papel importante en la sociedad y que manifestaba el deseo de que “fuera superada la división de la guerra civil”: el enunciado de esta nueva política constituía uno de los éxitos más notables del partido, atribuible al ya citado “grupo de París” (Carrillo, Claudín, Semprún...).

Pero el partido parecía deseoso de ir más allá. En la reunión celebrada desde el 25 de julio al 4 de agosto de 1956, en la República Democrática Alemana (en la llamada Casa del Lago, ex pabellón de caza del mariscal Goering), el Comité Central del Partido Comunista Español expresaba su total acuerdo con la resolución del XX Congreso sobre el culto de la personalidad de Stalin. Pero la decisión fundamental del pleno consistió con la ratificación de las orientaciones tácticas tomadas en junio de 1956 sobre la reconciliación de los españoles. Según varios investigadores, no hay una reunión tan importante como esta del verano del 1956, en cuanto que representó (junto a la de 1968) el momento del cambio, su formalización y la aceptación del Partido de su nuevo papel dentro y fuera de España. “Ni el PCE parecía tener a sus espaldas treinta y seis años de

---

<sup>287</sup> En el ensayo “La política de reconciliación nacional”, Manuel Azcárate cuenta que la expresión “reconciliación nacional” sonó como algo extraño y sorprendente para el lenguaje comunista y que hubo hasta dificultades para traducir la expresión al ruso. Literalmente afirma que le preguntaron: “¿cómo se os ha ocurrido esa idea tan rara?”.

<sup>288</sup> Manuel Azcárate: “La política de reconciliación nacional”, en AA. VV.: *Sesenta años en la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxista en, Madrid, 1980, pág. 176.



historia, ni el CC representaba ese órgano anodino y cerril de otras ocasiones. Todo era lo mismo y todo había cambiado”<sup>289</sup>. En este pleno, se planteaba la reconciliación nacional como política imprescindible, dando un giro táctico y estratégico al partido: se empezaba el deshielo político del partido, dando inicio a lo que se le llamó “nuevo rumbo”. Santiago Carrillo era nombrado Secretario General “in pectore” por unanimidad: de mala gana, la Pasionaria estaba obligada a aceptar el cambio, dejando de ser el secretario general efectivo, aunque su persona y su peso no dejaban de ser una referencia obligada.

Además, siempre para algunos investigadores, el cambio de 1956 representó una de las raíces del Eurocomunismo en España: según ellos, el desarrollo del fenómeno eurocomunista dentro del Partido Comunista español vino originado por esta etapa de cambio profundo y por la superación de la concepción tradicional del Partido, pasando de una actitud dogmática a una actitud crítica.

La declaración final del Comité Central de 1956 representaba una propuesta de cambio, la idea de sustituir la dictadura franquista por un régimen de libertades cívicas sin abrir un nuevo período de luchas sangrientas y guerras intestinas: “El Partido Comunista representa sin duda a la parte del pueblo que más ha sufrido en estos veinte años; a la clase obrera, los jornaleros agrícolas, los campesinos pobres, la intelectualidad avanzada. Si de hacer el capítulo de agravios y duelos se tratase, nadie lo tendría mayor que el nuestro (...) Nosotros entendemos que la mejor justicia para todos los que han caído y sufrido por la libertad consiste, precisamente, en que la libertad se establezca en España (...) Una política de venganza no serviría a España para salir de la situación en que se encuentra. Lo que España necesita es la paz civil, la reconciliación de sus hijos, la libertad”<sup>290</sup>.

No cabe duda que las decisiones adoptadas en este año (y tras esta reunión) resultaron decisivas para el futuro desarrollo del Partido y para su renovación, marcando los planteamientos ideológicos del PCE hasta finales de los 70: los ataques al estalinismo, la formulación de la teoría de la reconciliación nacional, el deseo de reanudar las relaciones con el PSOE, la búsqueda de una reconciliación con la Yugoslavia de Tito demostraban el cambio de actitud, el intento de aceptar las reglas democráticas y el

---

<sup>289</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 289.

<sup>290</sup> AA. VV.: *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960, pág. 258.

deseo de “volver a España”, a ocuparse de su situación interna con mayor madurez y dedicación.

La política de reconciliación parecía tener mayormente en cuenta la llegada de nuevas fuerzas, de nuevas generaciones del movimiento obrero, de los sectores estudiantiles e intelectuales, mostrando mayor conocimiento y preocupación por la situación interna del país; la presentación de un programa que tuviera en cuenta el establecimiento de un régimen democrático resultaba más atractivo para distintos sectores sociales.

En un Pleno del Comité Central, en septiembre de 1957, el intento de modificación de los esquemas tácticos y de los esquemas estratégicos del partido ya representaba un objetivo concreto. En el documento final, se declaraba que: “La política de reconciliación nacional es la continuación, el desarrollo consecuente de la línea general seguida por el Partido a lo largo de estos años; pero no una simple reiteración o puesta al día de las consignas anteriores. A la vez que la continuación de lo anterior es algo muy nuevo en la política española (...) trata de ser el comienzo de toda una transformación de hábitos y costumbres arraigados en la vida política española durante más de un siglo de guerras civiles, pronunciamientos y represión terrorista que la dictadura intenta perpetuar. La reconciliación nacional contiene en su fondo una propuesta a todas las fuerzas políticos-sociales españolas, incluso las más opuestas al Partido Comunista: la propuesta de aceptar un cuadro cívico común, un marco legal nuevo, democrático, donde todos podamos desenvolvernos (...)”<sup>291</sup>.

En el mismo discurso de clausura de este III Pleno del CC, Carrillo añadía que: “Esta voluntad de superar un período de violencias y de salir al mismo tiempo de la catástrofe económica por una vía pacífica, hacia una situación en que todos los partidos puedan defender libremente sus principios y programas y recabar para ellos el apoyo popular, es lo que puede hacer coincidir hoy a todos los españoles (...) Y para conseguir esta situación, concretamente, creemos posible un entendimiento muy amplio entre la izquierda y la derecha, que ponga fin a la dictadura y que nos permita el día de mañana contender en el Parlamento, en los municipios, en las organizaciones sociales, en la prensa, en la tribuna, a través de la actividad democrática en las masas del pueblo y no en el campo de batalla de la guerra civil. El Partido Comunista, en el informe de la camarada Dolores Ibárruri, pone en evidencia, una vez más, su propósito de

---

<sup>291</sup> Carrillo, Santiago: *Memoria de la Transición*, Ediciones Grijalbo S.A., Barcelona, 1983, pág. 28-29.

desenvolverse dentro de los cauces de la legalidad democrática que el pueblo, libremente se dé”<sup>292</sup>.

En estos mismos años, hay que subrayar que a partir de 1959, surgía un movimiento sindical de inspiración comunista, Comisiones Obreras, que, a pesar de encuadrar también a activistas de diversas tendencias ideológicas, empezaba a ser “órgano de propaganda de las ideas comunistas”.

### **5.3 Cambios y crisis a final de la década de los sesenta**

A partir de mediados de los sesenta, la mayoría de los miembros del Comité Central del Partido Comunista español se encontraban en España o en la clandestinidad más absoluta o en una situación de semi-tolerancia vigilada, alternando breves encarcelamientos con periodos de libertad. El Partido seguía organizado según la estructura comunista clásica, basada en células, unidades organizativas fundamentales en función del centro de trabajo o de la ocupación. A pesar del principio leninista del “centralismo democrático”, que se debía realizar a través de la participación democrática de la base, las dificultades de la represión policial, el exilio y la arraigada tradición estalinista favorecían las corrientes autoritarias dentro del partido: el desarrollo de esta mentalidad aguzó las crisis del partido en la nueva etapa, definida como “democrática”.

A nivel internacional, el Partido Comunista español sufría los vaivenes de los grandes del movimiento comunista internacional, interesándose trivialmente por los acontecimientos de Polonia y Hungría de estos años: de todos modos, el PCE no se mostraba tan preocupado por el cuadro internacional ya que su prioridad seguía siendo España y sus problemas nacionales. A diferencia de la invasión de Checoslovaquia a la que el PCE se opuso de forma manifiesta, sobre los hechos de Hungría, el Partido Comunista español asumió una postura tolerante y comprensiva: a diferencia de los italianos que se mostraron distantes y nada entusiastas con la invasión o de los franceses levemente fríos, el PCE la interpretó como algo necesario y positivo, compartiendo la posición generalizada del movimiento comunista.

Sin embargo, contemporáneamente al Partido Comunista italiano, el despegue hacia posiciones democráticas empezaba a registrarse también para el Partido Comunista Español, contextualmente con el relevo del grupo dirigente del partido y el asunción de

---

<sup>292</sup> Carrillo, Santiago: *Escritos sobre Eurocomunismo*, Forma Ediciones S.A. Zaragoza, 1977, Colección “Eurocomunismo: socialismo en libertad”, pág. 20-22.

un nuevo protagonismo por la generación juvenil de la guerra civil (Santiago Carrillo *in primis*, junto con Fernando Claudín, Ignacio Gallego) en detrimento de los veteranos, la vieja guardia encabezada por Vicente Uribe<sup>293</sup>.

El cambio en la dirección política del partido se realizó formalmente sólo en el VI Congreso de 1960, que significó la elección de Carrillo como secretario general y la pública renuncia a la lucha violenta, a favor de la adopción de tácticas de combate pacíficas en unión con las demás fuerzas democráticas y liberales que actuaban en el interior del país.

Pese a las críticas sobre el oportunismo práctico y el dogmatismo teórico, no cabe duda que, en esta ocasión, el Partido Comunista español mostró su habilidad para cambiar según la situación lo exigía y la capacidad de adaptarse a la coyuntura política española. La decisión de actuar de forma diferente apostando por una política reconciliadora resultó similar a la estrategia ya adoptada por el Partido Comunista Italiano anteriormente en una situación dictatorial análoga: merece la pena recordar que durante un Comité Central del PCI de septiembre de 1936, Togliatti anunció como objetivo de su partido “la reconciliación del pueblo italiano” como *condicio sine que no* para acabar con el régimen fascista. Cabía esperar un resultado similar y una ampliación del número de simpatizantes y militantes del partido, ofreciendo, al mismo tiempo, una nueva imagen del Partido más consciente de la realidad española y más tolerante con las diferencias ideológicas siempre y cuando se compartiera la lucha contra el franquismo. De esa manera, la convergencia estratégica propuesta por el Partido Comunista español pasaba por la política de reconciliación nacional y la superación de los enfrentamientos derivados de la Guerra Civil para llegar a la realización de un pacto por la libertad, o bien una propuesta para aglutinar a todas las fuerzas políticas de oposición al régimen de Franco para formar un gobierno provisional. El uso de estos vocablos en el lenguaje nacional respondía a la necesidad de un cambio y determinaba una nueva perspectiva histórica: la reconciliación nacional suponía olvidar el sueño de un regreso a la República (con consecuente “doloroso” abandono de la idea de revancha) y la obligación de tener en cuenta las mutaciones de la posguerra. Por eso, el primer punto consistía en la aspiración a un cambio pacífico impulsado por todos los anti-franquistas, independientemente de su proveniencia, superando de esta forma la idea de una

---

<sup>293</sup> A partir de 1956, Uribe fue apartado del Partido: sobre un atenta análisis de los acontecimientos previos y el total aislamiento político de Uribe se aconseja la lectura del libro de Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 288-304.

revancha violenta, que hasta entonces se asociaba de modo natural a la política del Partido Comunista de España.

Entre tantas contrariedades generadas por el cambio de actitud, la que suscitó mayor dificultad fue el tema de la revancha: el cambio de dialéctica conllevaba el abandono y la renuncia a imponer justicia por los crímenes cometidos por el franquismo, esperando, de esta manera, superar las divisiones aún presentes en la sociedad española y generar confianza en torno a un Partido nuevo.

Personalmente creo que la importancia de esta decisión debe ser subrayada para que se valore suficientemente, sobre todo a la luz del particular momento histórico en la que fue tomada: las declaraciones públicas del PCE a favor de la “reconciliación nacional y por una solución democrática y pacífica del problema español” tenían el gran mérito de considerar que la división vertical de la sociedad constituía uno de los principales obstáculos para una política revolucionaria. De esta forma, el Partido Comunista español declaraba como su objetivo el restablecimiento de las libertades y la puesta en marcha de un régimen de convivencia pacífica y pluripartidista. El cambio táctico del Partido era notable y resultaba el inicio de una oposición activa de masas en el interior del país apoyándose en el movimiento obrero y extendiéndose al movimiento estudiantil e intelectual, fuerzas emergentes y necesarias para derrotar-superar el franquismo.

A lo largo de los años sesenta, Santiago Carrillo había formalizado su “poder” y, a él mismo, le tocó la difícil tarea de dar a conocer el nuevo objetivo democrático del partido, sin rozar demasiado con la fe tradicional leninista o provocar el desconcierto de los militantes. Debido a eso, en sus escritos de la década<sup>294</sup>, Carrillo intentaba justificar la necesidad para España de un largo periodo de democracia anti-feudal y antimonopolista tras la dictadura de Francisco Franco para luego lograr el socialismo. La idea de reconciliación nacional fue progresando, asumiendo mayor valor con el pasar de los años: en 1957, en un número de *Nuestra Bandera* sobre la democracia para España, el concepto parecía aún conciliable con el modelo soviético, con la “democracia soviética desde la cima luminosa de sus realizaciones”<sup>295</sup>, mientras apenas algunos años más tarde, en otros números de la revista oficial del PCE eso ya no era posible y el tema se acotaba exclusivamente a España.

---

<sup>294</sup> Carrillo, Santiago: *Después de Franco, ¿qué?*, Editions Sociales, París, de 1965 y *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, de 1967.

<sup>295</sup> Frase citada en la Revista *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, intitulado “El Eurocomunismo”, de Antonio Elorza, pág. 16.

Concretamente en 1957, el Partido planteaba de forma explícita el cambio de táctica, precisando que el paso de la dictadura al socialismo no se iba a realizar de golpe, sino al contrario iba a pasar por varias etapas intermedias: contrariamente a la idea de ruptura política para alcanzar la democracia, la instauración del socialismo en España tenía que pasar por varias etapas y cambios sociales y políticos, empezando por el derrocamiento del régimen y pasando por el restablecimiento de las libertades civiles.

El 23 de febrero del mismo 1957, se dio a conocer un escrito del partido en que aclaraba la visión del PCE para el futuro de España, es decir, en palabras de Fernando Claudín: “las posiciones del Partido Comunista son claras, diáfanas: paso pacífico a una situación democrática mediante un gobierno liberal de transición que conceda una amplia amnistía, inicie el restablecimiento de las libertades políticas y se esfuerce por mejorar las condiciones de vida del pueblo”<sup>296</sup>.

El partido seguía confiando en un posible derrumbamiento del régimen por efecto de un choque frontal, razón por la que muchos consideraban que el cambio político del PCE no era tan profundo como quería mostrarse. Sin embargo, Carrillo era el promotor del cambio y a pesar de que muchos dudaban de la naturaleza del mismo, tachándolo de oportunismo o de ser una operación de maquillaje táctico-estratégica, la nueva actitud parecía conseguir consensos: en 1959, la organización de la Huelga Nacional Pacífica (HNP), una vez que los síntomas delatores de la gravedad alcanzada por la crisis política de la dictadura franquista habían salido nuevamente a la superficie, tenía más finalidades propagandísticas que efectivas. El Partido Comunista de España intentaba ofrecer a las masas una “prueba” de su interés por sus problemas y ofrecer una solución democrática y realista, aspirando a concentrar todas las energías contra el enemigo principal: la dictadura franquista. Además, la Huelga estaba animada por el deseo de movilizar y organizar a las masas y aglutinar a los aliados frente al enemigo común. La huelga del 18 de junio fue un relativo fracaso, si bien no tuvo la participación que cabía esperar.

No obstante, la HNP sirvió para que muchos españoles se convencieran de la nueva actitud del PCE, de su deseo de abrir una salida pacifista y democrática a la situación nacional. Finalmente, la huelga representó un paso adelante en el establecimiento de un clima de mayor confianza entre las fuerzas de la oposición: el partido salía reforzado y con una imagen parcialmente diferente.

---

<sup>296</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 312.

El VI Congreso del Partido Comunista de España, organizado en la Nochebuena de 1959 en Praga, representó el triunfo de Santiago Carrillo y de sus posiciones políticas. Todo fue preparado de prisa para que la acción del nuevo secretario pudiese contar con el respaldo legal del partido. En el Congreso, se cuenta, en forma de anécdota, que, para acentuar su protagonismo, el mismo Carrillo “hizo de *primadonna*, jefe de orquesta, apuntador, libretista, y al final hasta de director del coro”<sup>297</sup>, consiguiendo que el partido fuera suyo “por derecho propio y ajeno”: Dolores Ibarruri se convertía en una figura simbólica, con el cargo honorífico de presidenta. En una reunión que “más que un informe parecía un mitin”, Carrillo presentó las líneas-guías del partido y los cambios necesarios para “liquidar la dictadura”. El nuevo Secretario recurrió a su dialéctica y a su arte de convencer presentando un cuadro “muy lejos de la realidad”, de un partido comunista que iba sumando victorias y preparando el terreno para su regreso en el país. El Congreso refrendó el viraje en la organización del partido y en su estrategia.

Pero los cambios promovidos por Carrillo no contaban con el apoyo general y ya en 1964, se alzaron voces en el propio PCE contra la línea general adoptada por el VI Congreso. El optimismo de Carrillo y su gestión empezaron a ser cuestionadas por muchos de los antiguos militantes: por eso, a lo largo del decenio de 1960, el Partido Comunista español sufrió una sucesión de escisiones de diferente contenido político, sobre todo de dirigentes que cuestionaban el partido desde posiciones denominadas de izquierda<sup>298</sup>.

La confrontación de ideas que se planteó entre los defensores de la cultura comunista tradicional y los de la cultura democrático-eurocomunista provocó la mayor ruptura dentro del partido. Sin embargo, hay que tener en cuenta también que el contraste de opiniones políticas e ideológicas se mezclaba con la lucha por el poder dentro del Partido. En estos años, Carrillo procedía a “depurar” el partido de las voces “discordantes”: las expulsiones de los “minoritarios” manchaban la imagen nueva del partido que los dirigentes querían ofrecer dentro y fuera del partido mismo, mostrando que aún persistía la falta de libertad para discutir las divergencias. Sin embargo, el

---

<sup>297</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 334.

<sup>298</sup> Entre 1963 y 1969, se forman tres organizaciones políticas de izquierda, impulsadas por grupos de militantes escindidos del PCE: 1. el Partido Comunista de España (marxista-leninista), fundado en Bruselas en diciembre de 1964; 2. el Partido Comunista de España Internacional, formado en Lieja en los días 22 y 23 de febrero, arrastrando una parte de los comunistas catalanes; en 1975, paso a llamarse Partido de Trabajo de España (PTE); 3. la Organización de Marxistas Leninistas Españoles, fundada también en Bruselas en septiembre de 1968, por la unión de varios sectores, entre ellos un sector procedente de Mundo Obrero Revolucionario.

secretario del Partido Comunista de España marcaba la pauta en su libro “*Después de Franco, ¿qué?*”<sup>299</sup>, acusando a los expulsados de “liquidadores” del partido, sacando a relucir una diatriba de Lenin contra los liquidadores del partido socialdemócrata ruso en los primeros años de este siglo: “Los liquidadores –decía la cita de Lenin traída a colación por Carrillo- son unos pequeñoburgueses enviados por la burguesía a introducir la corrupción liberal en los medios obreros. Los liquidadores son traidores al marxismo y traidores a la democracia (...) Al que reniega del partido existente en nombre de no se qué partido nuevo hay que decirle: pruebe usted a crear un nuevo partido, pero usted no puede ser miembro del viejo partido, del partido actual, existente (...) Quienes han leído esos trabajos de Lenin, o tengan oportunidad de leerlos, quedarán impresionados por las coincidencias sorprendentes entre los liquidadores rusos de entonces y los liquidadores españoles de hoy (...) La respuesta de Lenin para los unos es válida hoy para los otros”<sup>300</sup>.

De esa manera, en estos años, ya empezaban a surgir escarceos de enfrentamientos que rompieron la habitual unanimidad dentro del partido: aunque nadie se atrevía a plantear una “batalla intestina”, el PCE se preparaba para enfrentarse a una crisis que de diferencia de matices pasaba a fractura.

Dentro del Partido, las críticas mayores eran movidas especialmente por parte de Jorge Semprún y Fernando Claudín. Los dos comunistas españoles empezaban a dudar del “eterno optimismo” de Carrillo, escribiendo unos artículos en el número 1 de *Realidad* (septiembre-octubre 1963) con el objetivo de “revisar” algunas imágenes caducas que persistían en el PCE. La publicación del artículo marcó el gong de la pelea: por su parte, Carrillo se reservaba para sí mismo el derecho (y la autoridad) para promover reformas y revisiones. Claudín y Semprún iban cruzando el *Rubión* y, aunque sus posiciones estaban muy cerca de las que unos años después serían las del PCE eurocomunista, en este momento resultaban mal vistas. El artículo de Semprún, que hacía suyas las tesis del Partido Comunista italiano, fue el más criticado: en el ensayo, se denunciaban las “tergiversaciones” que los maoístas hacían de ciertas elaboraciones de Togliatti, señalando el “contenido parcial, unilateral del XX Congreso” e incluso osaba exigir (en una nota a pie de página) “un análisis histórico y crítico” del periodo guerrillero del PC

---

<sup>299</sup> Según varios historiadores, este libro representó el Informe del VII Congreso del Partido que fue celebrado en París en 1965, a pesar que el texto no hace ninguna referencia al mismo congreso.

<sup>300</sup> Claudín, Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 179.



español. Era la primera vez que alguien de la cúpula del partido se posicionaba de forma manifiesta con los italianos.

Sin embargo, para que el enfrentamiento se diese de forma manifiesta habría que esperar a la reunión del Ejecutivo de 1964, que selló la crisis más importante políticamente hablando del Partido Comunista de España. En este contexto, por encima de las diferencias y las desconfianzas personales, se iban dibujando dos líneas y dos actitudes políticas: el choque era inevitable aunque Carrillo, “en su experiencia de veterano de las luchas intestinas”<sup>301</sup>, sabía que lo peor, cuando el adversario quiere pelea, es dársela, prefiriendo evitarla y esperar una coyuntura más favorable. Pero no podía esperar: una actitud conciliadora por parte de Carrillo hubiera sido peligrosa por su posición tanto en los equilibrios internos del partido (dos posiciones inconciliables no podían coexistir) como ante la misma Unión Soviética, que no hubiera aceptado una situación paradójica dentro del Ejecutivo español. Además en este momento, la confrontación parecía asentarse sobre la experiencia italiana, en el sentido que los dirigentes, antes de ser expulsados, ya mostraban posiciones italianizantes y críticas respecto a Krushev, mientras a Carrillo, en este momento, el líder soviético le parecía más útil y hasta más cercano respecto a un teórico “sinistro” como Togliatti o un ex-estalinista como Thorez.

Así, el Partido Comunista español se disponía a depurar su cúpula en Praga en una reunión que parecía un cónclave vaticano, con su protocolo y fuera de las intemperancias externas. Esa reunión (desde el 27 de marzo al 2 de abril) fue convocada más que para discutir la situación política, para solucionar los problemas del partido y de su dirección. En esta ocasión Claudín, antiguo y prestigioso militante, sostenía abiertamente que: “Para Santiago y para la gran mayoría de los camaradas del Comité Ejecutivo lo que va a prevalecer es la salida democrática, como desembocadura de una crisis revolucionaria hacia la cual vamos (...). Esa salida democrática, revolucionaria será la liquidación no sólo de las actuales formas políticas de dominación de la oligarquía, las formas fascistas, franquistas, sino la liquidación del poder de la oligarquía (...). No vamos a una situación revolucionaria...vamos a un cambio de las formas políticas de dominación del capital monopolista, que a través de una serie de fases podrá llegar a ser más o menos democrática y que abrirá una nueva etapa en el desarrollo de capitalismo español”. Por eso, según el análisis de Claudín: “La

---

<sup>301</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 382.

Reconciliación puede llevar a la Revolución democrática, pero no a la Revolución socialista”: la vía elegida por Carrillo nunca hubiera llevado a España a una “situación revolucionaria de ese género”, añadiendo que “la tarea de la revolución española que hoy está a la orden del día (...) es la liquidación de la forma fascista, franquista, del poder político del capital monopolista”<sup>302</sup> y no la creación de una nueva etapa de dominio oligárquico. Durante el Comité y debido a estas afirmaciones, se llamó a Claudín “traidor, escisionista y amén de revisionista”<sup>303</sup>.

La reunión del palacio Zbraslav, en los alrededores de Praga, terminó el 2 de abril de 1964 con la suspensión de Claudín y Semprún y el cese de sus actividades dentro del Comité, en cuanto reos de “supervalorar las posibilidades de una oligarquía y subestimar las de una solución democrática”. Pasada la Navidad del 1964, la expulsión de Claudín<sup>304</sup> y Semprún se habían convertido ya en una realidad, aunque los ecos de la crisis se iban apagando. Carrillo había sido capaz de ganar otra batalla, mostrando una vez más su habilidad de dirigir el partido como “un asunto personal”, un dirigente patrimonial, y su capacidad de eliminar a los adversarios.

La crisis del partido comunista de 1964 no fue sólo una confrontación de posiciones, sino una discusión alrededor de la dinámica interna de control del poder en el seno al Comité Ejecutivo. A pesar de la expulsión de ambos dirigentes, sus críticas tuvieron grandes repercusiones, sobre todo en los sectores intelectuales. Sin embargo, no hay que engrandecer la cisura y considerarla por lo que fue: una crisis de la dirección que “puso en evidencia nuevamente el mantenimiento de las prácticas estalinistas de anulación del disidente, aunque después los ‘acusadores’ incorporaran a la práctica política muchos planteamientos de los ‘acusados’”<sup>305</sup>.

De hecho, la crisis en la dirección no comportó la crisis en el partido: según Carrillo, los defensores de la cultura tradicional no hacían hincapié en la concepción del Partido, insistiendo sobre todo en conseguir que el Partido se aproximase a las posiciones de

---

<sup>302</sup> Claudín, Fernando: *Documentos de divergencia comunistas*, El viejo topo, Barcelona, 1978, pág. 6-10.

<sup>303</sup> Puede parecer sorprendente, o incluso contradictorio, pero a Claudín, dentro del partido, se le acusó de “oportunismo de derecha”, de reformismo socialdemócrata.

<sup>304</sup> Por su parte, sucesivamente, el mismo Claudín mostró una posición más favorable a la formación de un partido marxista, escribiendo que: “La creación de un partido marxista de tipo nuevo -ya por la renovación del actual Partido Comunista y su fusión con otros núcleos marxistas, ya por otra vía- es una necesidad histórica, tanto en España como en otros países (...). Un partido que considere al marxismo como problema, como un hacer constante, práctico y teórico”.

<sup>305</sup> Molinero, Carme y Ysás, Pere: “El partido del antifranquismo (1956-1977)”, pág. 18-19, en Bueno, Manuel, García Carmen e Hinojosa José (coord.): *Historia del PCE: I Congreso 1920-1977*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2007.

política internacional de la URSS<sup>306</sup>. Por su misma admisión, Carrillo exigía un partido utilitario y tacticista, donde las voces discordantes no emergieran o fueran absorbidas dentro las dinámicas del partido.

Inicialmente el sedimento crítico aportado por estos grupos de “extremas izquierdas”, surgidos después de la adopción del “pacto para la libertad” como línea guía del partido y por el miedo a un desplazamiento hacia el centro del PCE, fue ignorado, confundiendo los términos del debate y, cosa aún más grave, eludiendo la confrontación crítica y la discusión teórica. La crisis fue liquidada y el partido procedió a expulsiones y marginaciones, bajo el viejo aroma estaliniano.

Las nuevas orientaciones no suponían obligatoriamente una renovación teórica, sino más bien la confirmación de las posiciones anteriores y un afianzamiento en el propósito de dar del Partido Comunista una imagen de partido de orden; de un partido que “ha llegado al convencimiento sólo se pueda pasar al socialismo de una manera progresiva, por etapas”<sup>307</sup>. Si el objetivo principal de entonces era dar visibilidad al activismo político de sus militantes, el PCE parecía ponerse objetivos de corto plazo, como “la lucha por las libertades, por una democracia política y social” y ambiciosas metas finales, como “la conquista del poder por las masas laboriosas a fin de realizar el socialismo”<sup>308</sup>.

El PCE movía sus pasos a través de diferentes “líneas guías”, que aparecieron y encontraron su explicación en la reunión del Comité Central de septiembre de 1967 y cuyo informe será publicado con el título *Nuevos enfoques a problema de hoy*. Respecto a los informes y documentos anteriores, este nuevo texto mostraba dos nuevas cuestiones, necesarias para seguir avanzando en el proyecto de cambio: por un lado, se encuentra el artificioso y arduo intento de demostrar la posible compatibilidad de los regímenes comunistas de la Europa del Este con la nueva imagen del partido que Carrillo procura proponer; por otro lado, aparece un novedoso concepto estratégico, la “alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura” síntesis del motor de cambio y fuerza progresista del desarrollo social que debía conducir al socialismo. Empezando por este último punto, el desarrollo de este concepto procedía de la idea del bloque

---

<sup>306</sup> En el libro *Memoria de la transición*, a la página 77, Santiago Carrillo sostiene que el objetivo de este bando era “desbancar primero a la dirección eurocomunista del Partido (...) y de hacer un partido cerrado y monolítico”.

<sup>307</sup> Hermet, Guy: *Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino*, Ruedo ibérico, París, 1972, pág. 153.

<sup>308</sup> Ambos los encodillados son tratos desde el libro Carrillo, Santiago: *Después de Franco, ¿qué?*, Editions Sociales, París, 1965, pág. 147.

histórico de Gramsci, donde, según Carrillo, se convertía en “una concepción estratégica (...) basada en la idea de que la edificación del socialismo no es, en el mundo actual, tarea exclusiva de la clase obrera, sino también de otros grupos y clases sociales”<sup>309</sup>. Para la formulación de este nuevo concepto de alianzas, resultó de fundamental importancia la constatación de la aparición de dos nuevos fenómenos sociales: las movilizaciones de estudiantes y profesores en contra del régimen franquista, que representan un “poderoso movimiento independiente y democrático”; y la revolución científico-técnica. “*La alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura* –obreros y empleados, campesinos, intelectuales creadores, científicos y profesionales, artistas, estudiantes, artesanos, pequeños industriales y comerciantes- está dando los primeros pasos (...) es ya una fuerza real, que está comenzando a poner en crisis las estructuras políticas fascistas, a echar las bases de la futura democracia española, ganando terreno paso a paso por medio de la acción y la lucha. Ese movimiento es la fuerza más real y efectiva con que tropieza la dictadura”<sup>310</sup>. Esta alianza, que no surge “de un acuerdo entre los partidos políticos, como sucedió con otras alianzas”, “cuando adquiera desarrollo y formas definitivas, no será sólo una alianza de partidos, sino una alianza mixta de organizaciones sociales y partidos”<sup>311</sup>. La característica más sorprendente de este nuevo concepto es que, según el Informe, no se trataría de una alianza coyuntural, necesaria y limitada al derrocamiento del franquismo, sino de un cambio duradero, de un instrumento perdurable para la realización de la democracia política y económica prometida por el PCE: “una perspectiva probable, a la que debemos tender, es a que *la alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura* devenga en el futuro la gran formación político-social que, una vez conquistada la democracia política, aborde la tarea de complementarla mediante la realización de la democracia económica, antifeudal y antimonopolista (...). En este caso, *el poder que aseguraría la transición del capitalismo al socialismo sería un poder de la alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura*, un poder democrático, pluripartidista”<sup>312</sup>. Sobre la aceptación del pluralismo, en el Informe se comenzaba a rectificar la consigna tradicional del Partido Comunista de un papel dirigente: “no hay ningún determinismo mecánico, ninguna ley que garantice a los Partidos comunistas un papel de vanguardia en la transformación de la sociedad de su país”.

---

<sup>309</sup> Carrillo, Santiago: *Después de Franco, ¿qué?*, Editions Sociales, París, 1965, pág. 108-109.

<sup>310</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 173-174.

<sup>311</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 175.

<sup>312</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 175.

Respecto al otro punto, en los últimos años, Carrillo había efectuado una profesión de fe abierta en el comunismo democrático: “Los comunistas hemos afirmado que luchamos por la democracia; que deseamos realizar la revolución y marchar hacia el socialismo por una vía pacífica y que concebimos el periodo de transición del capitalismo al socialismo, en las condiciones de nuestro país, como un Estado democrático, con pluralidad de partidos y libertades políticas”<sup>313</sup>. Es evidente que, respecto a la URSS, el PCE aún no había asumido una postura crítica como veremos después de 1968 y los acontecimientos de Checoslovaquia. Por eso, para que la postura del PCE de una vía democrática al socialismo no resultase contradictoria y demasiado distante de la realidad vigente, hacía falta una “justificación” del socialismo realmente existente, que no se distanciase del modelo soviético de dictadura del proletariado. Por esa razón, en el Informe se realizaba una autocritica del estalinismo en el PCE argumentando que: “durante años, nosotros mismo hemos incorporado más o menos reflexivamente a nuestras concepciones la idea de que el partido único y el socialismo eran complementarios; (...) que la concepción de la dictadura del proletariado era necesariamente la negación de todo derecho político a la burguesía. Al adoptar esta actitud nos alejábamos del leninismo, le remplazábamos por concepciones que no eran de Lenin sino de Stalin. Confundíamos la esencia de la dictadura del proletariado con las formas que ésta había revestido en Rusia. El error de Stalin, que nosotros hemos compartido, consistía en este punto en generalizar *esas formas*, en hacer de *esas formas* una teoría de valor universal, perdiendo de vista que lo que poseía un valor general, universal era solamente el contenido”<sup>314</sup>. Para justificar el “error” y mantener vigente la necesidad de la dictadura del proletariado, el Partido recurría a la incuestionable autoridad de Lenin, citando su obra *El Estado y la Revolución*, en defensa de “una gran abundancia y una diversidad de formas políticas”: las palabras de Lenin, como las de Gramsci y de otros teóricos marxistas, resultan tener la ventaja de ser susceptibles de infinitas interpretaciones, funcionales para confirmar o confutar cualquiera tesis o hipótesis. Además, en el epígrafe *Democracia y dictadura del proletariado*, Carrillo subrayaba cómo el hecho de que el resultado final de la revolución de 1917 había sido diferente al preconizado por Lenin fuera culpa de las clases dominantes. En mayo del mismo año, el fundador del Estado soviético insistía en que mientras los capitalistas y

---

<sup>313</sup> Frase citada en la Revista *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, intitulado “*El Eurocomunismo*”, de Antonio Elorza, pág. 18.

<sup>314</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 141.

su Gobierno no usasen de la violencia contra las masas, mientras que las masas puedan expresar libremente su voluntad y elegir y revocar libremente las autoridades, lo que se impone “es la sumisión a la voluntad de la mayoría de la población y la libre crítica de esta voluntad por la minoría descontenta. El curso democrático y pacífico que Lenin y los comunistas deseaban ver tomar a la revolución socialista en Rusia, resultó imposible por la actitud de las clases dominantes que lo cerraron apelando a la violencia”<sup>315</sup>. Por eso, el epígrafe se cerraba recordando que “el problema del mantenimiento del pluripartidismo y de las libertades políticas para la burguesía en el periodo de transición del capitalismo al socialismo está ligado, como enseña el leninismo, a las condiciones históricas, a la correlación de fuerzas entre un sistema social y otro, a la actitud de los diversos partidos y de la burguesía”<sup>316</sup>. Aún así, resulta evidente que el intento de justificar esta situación, lleva el partido a sostener ideas tal vez evidentemente contradictorias, ambiguas o de difícil explicación: por ejemplo, puede resultar casi paradójico el intento de demostrar la “diferencia profunda de naturaleza entre dictadura proletaria y dictadura burguesa”. O por ejemplo, sobre otro tema que despertaba muchas objeciones como la ausencia de un pluralismo real en las democracias populares, el Informe sostenía que cuando nacieron las democracias populares eran Estados pluripartidistas para luego abandonarlo durante la guerra fría, frente a la alarmante ofensiva de los partidos socialdemócratas y burgueses para restaurar el capitalismo. En este caso, casi parece el remedio peor que la enfermedad: aduciendo que el abandono del pluripartidismo y la instauración de un régimen de partido único era consecuencia de la reacción a la resistencia de las fuerzas burguesas y socialdemócratas al proceso de transición al socialismo, esta eventualidad resultaría posible también en España, es decir que, en una situación similar, el PCE podría optar por construir una “democracia popular” según el modelo de la Europa oriental. Quizás “la ambigüedad es mayor en un punto muy próximo, sin embargo: el intento de mantener el cordón umbilical entre la renovación democrática y el pasado de la Revolución rusa. Es una cuadratura del círculo poco satisfactoria...”<sup>317</sup>.

---

<sup>315</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 143.

<sup>316</sup> Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967, pág. 159.

<sup>317</sup> Antonio Elorza: “Eurocomunismo y tradición comunista” en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en el AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 98. En la misma ponencia, el autor recuerda que “el peligroso juego” será mantenido en el prologo del libro *Tres años de lucha*, de José Díaz, redactado por Santiago Carrillo.

En estos años, no cabía duda que el régimen franquista iba debilitándose, pero aún no había en el horizonte perspectiva de derribarle, mientras el Partido Comunista español se movía dentro de la crisis del movimiento internacional. A finales de los sesenta, el PCE había incrementado su influencia social y debido a la amplia aceptación de la propuesta de reconciliación nacional y a la debilidad de las otras fuerzas políticas disidentes, el partido parecía lograr su objetivo: se convertía en “un partido de masas en la clandestinidad”<sup>318</sup>.

#### **5.4 1968: el año del cambio**

Dentro del partido, parecía evidente que el objetivo democrático se había convertido en una seña de identidad para los comunistas españoles: o al menos eso era lo quería que pareciera el grupo dirigente del Partido Comunista de España. Sin embargo, 1968 fue un año particularmente denso en acontecimientos en el escenario internacional, poniendo a dura prueba la fidelidad del movimiento comunista internacional.

Según varios historiadores, el impulso decisivo hacia la transformación eurocomunista del Partido Comunista de España llegó exactamente en 1968, año en que el partido dio prueba de su gran receptividad ante los cambios que despuntaron en el ámbito de los movimientos sociales europeos. De hecho, el mayor grado de entusiasmo ante lo que sucedió en Praga, le correspondió al PCE, que vio en las dos Primaveras (la de París y la de Praga) la posibilidad de nuevas formas de acción revolucionaria y de conjugación entre socialismo y democracia.

En primer lugar, respecto al mayo francés, Carrillo mostró su deseo de apoyar el movimiento estudiantil en cuanto confirmaba su invento estratégico de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Según el secretario del Partido Comunista español, mayo del 68 reforzaba la idea de que el movimiento estudiantil debía ser mimado por el partido en cuando creciente fuente de militancia y activismo: Carrillo estaba convencido de que estos acontecimientos eran la comprobación práctica de la necesidad de estas fuerzas dentro del partido. El nuevo concepto estratégico de Alianza reemplazaba a la fórmula tradicional “alianza de los obreros y campesinos” que designaba, desde los tiempos de la Internacional Comunista, al Partido Comunista español como el bloque social “motriz de la revolución democrática”. Sin embargo, la nueva fórmula reconocía

---

<sup>318</sup> Expresión utilizada por Manuel Azcárate en: “La política de reconciliación nacional”, en AA. VV.: *Sesenta años en la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxista en, Madrid, 1980, pág. 182.

el papel relevante que las fuerzas de la cultura estaban desempeñando en la sociedad española, al mismo tiempo del descenso del peso específico del campesinado.

En junio de 1968, se publicó a modo de suplemento al número 58 de Nuestra Bandera un folleto titulado “*La lucha por el socialismo, hoy*”, donde, aún respecto a los acontecimientos de Francia, Carrillo declaraba que: “La Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura es hoy la concepción que corresponde al espíritu del leninismo; es el camino seguro hacia la revolución”<sup>319</sup>. El secretario del PCE interpreta los sucesos franceses como una ocasión para reforzar sus propuestas políticas, la Alianza de la fuerzas del Trabajo y la Cultura: su primera lectura del mayo francés resultó crítica respecto a la posición mantenida por el Partido Comunista francés, acusado de mantener una “actitud de reserva” y amonestándole que “una actitud inteligente y revolucionaria consiste, por el contrario, en aprovechar ese poderoso renacimiento juvenil para ampliar poderosamente las fuerzas del Partido Comunista, renovarle y rejuvenecerle”<sup>320</sup>. Sin embargo, posteriormente, en ocasión de la redacción del libro “Eurocomunismo y Estado”, Carrillo cambió su interpretación de los sucesos, subrayando que si el mayo francés no llegó más lejos, fue por la ausencia de una alternativa real y por la desunión de la izquierda francés.

Por otro lado, respecto a los acontecimientos de Checoslovaquia, Carrillo acogió con entusiasmo el nuevo curso político marcado por Dubček en Praga, también con el intento de demostrar que el PCE fuera un partido capaz de aceptar “lo nuevo frente al viejo, que defiende los procedimientos de la democracia de masas en el Este y en Occidente”. Para el secretario del PCE, “Checoslovaquia era un país desarrollado que por sus estructuras socioeconómicas estaba preparada para un socialismo diferente, democrático, y en cambio se le había impuesto un sistema llamado soviético (...); pero es evidente que si se hubiese dejado a la experiencia checoslovaca la posibilidad de desarrollarse, hubiéramos tenido quizás el primer centro, el primer modelo de un socialismo en una sociedad desarrollada”<sup>321</sup>. Por eso, el líder comunista español se sintió obligado a profundizar su discurso democrático.

---

<sup>319</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 95.

<sup>320</sup> Carrillo, Santiago: *La lucha por el socialismo, hoy*, Edición corregida y ampliada de la intervención de Santiago Carrillo ante el Comité Ejecutivo del PCE en junio de 1968), Editions de la Librairie du Globe, París, 1969, pág. 28.

<sup>321</sup> Entrevista a Santiago Carrillo en Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 132.



Sin embargo, frente a los acontecimientos de Praga, el PCE tuvo dos etapas y actitudes diferentes: la primera, más cauta y con pocas referencias públicas, duró unos ocho meses, es decir durante el proceso democratizador; otra más decidida, de dura reacción, ante la invasión militar del Pacto de Varsovia, tanto que algunos recuerdan que “en ese momento Santiago Carrillo (...) llegó a decir que, si de él hubiera dependido, hubiera ordenado hacer la guerra de guerrillas contra los invasores comunistas”<sup>322</sup>.

La primera referencia por parte de un dirigente del PCE, Santiago Álvarez, a las reformas emprendida en Checoslovaquia fue en mayo de 1968 en un artículo en *Mundo Obrero*. Habían pasado ya 7 meses desde que el Gobierno de Dubček había emprendido su proceso de transformación y democratización del comunismo checoslovaco. En el artículo, Álvarez, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, subrayaba que “los comunistas españoles seguimos con gran simpatía el proceso de renovación que tiene lugar en Checoslovaquia”, citando entusiastamente las palabras de Dubček “no se trata de cualquier democracia, sino de una democracia verdaderamente socialista, basada en los principios del marxismo-leninismo”. Refiriéndose al Programa de Acción aprobado por el Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco a principios de abril, Álvarez optimistamente halagaba el proceso de democratización orientado a la mejora radical de la situación existente. Asimismo, resaltaba que el apoyo del PCE dependía del hecho de que “se trata de una democratización de la sociedad socialista (...) impulsa y dirige el Partido Comunista (...) tiende a fortalecer, por un más amplio apoyo de masas, las bases de la sociedad”. Se utilizaba el caso checoslovaco para demostrar que el socialismo es capaz de autocorregirse en sus defectos y también por finalidades domésticas: “la sociedad socialista cuyo perfeccionamiento democrático se esfuerzan por lograr los camaradas del Partido Comunista de Checoslovaquia, aunque varíen algunas formas, tiene mucha afinidad con el tipo de sociedad socialista que, dadas nuestras condiciones concretas y teniendo en cuenta nuestra experiencia, pensamos que deberá ser realidad en España”<sup>323</sup>.

---

<sup>322</sup> Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, Presidencialismo y Cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 27-28.

<sup>323</sup> Santiago Álvarez, “La renovación en Checoslovaquia”, *Mundo Obrero*, 17 de Mayo de 1968, pág. 11. Discrepante respecto a esta postura y lectura tan optimista, era Fernando Claudín que definió el Programa de Acción del PCCh como “un texto moderado, que pone límites significativos al proceso democratizador. Reconoce, por ejemplo, la libertad de expresión, con abolición de la censura, pero no las libertades de reunión y asociación (...) ratifica el principio del papel dirigente del partido comunista (...) En resumen, el programa de acción representaba, sin duda, un progreso sustancial respecto al régimen de Novotny, pero no correspondía ya al punto alcanzado por el despertar político y social del país. Estaba en retraso con el movimiento real de democratización”. Claudín Fernando: *La oposición en el “socialismo real”*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981, págs. 249-50

De la misma manera, una vez escuchado a Francisco Antón, jefe de la delegación de los comunistas españoles en Checoslovaquia, el Partido Comunista español asumió una posición de apoyo al intento de construir un “socialismo con carácter humano”. Mientras tanto, Antón refirió que “jamás se ha visto en Checoslovaquia tal actividad político-práctica del partido con las masas como ahora. La política está en la calle. Partido y pueblos compenetrados en reuniones, en elementos de difusión de masas, prensa, radio”<sup>324</sup>. El diagnóstico de Antón tenía la ventaja de mostrar su conocimiento del movimiento comunista en general y de las diversas experiencias del socialismo en Europa: “El fondo es el problema de la multiplicidad de caminos al socialismo con arreglo a las particularidades nacionales y, en consonancia, los métodos para desarrollar el socialismo pueden ser por medidas administrativas o por métodos de libertades, de respeto a las opiniones. La carta de los 5 partidos del Pacto de Varsovia a Dubček elige el primer camino. Los checos el segundo”.

Las primeras reformas realizadas en Praga fueron acogidas con entusiasmo y esperanza. En el viento de cambio se supuso la superación del viejo dilema: la conciliación entre democracia y socialismo podía ser interpretada como un cambio realizable sin necesidad de contraponerse a la realidad soviética.

En junio de 1968, ante el Comité Ejecutivo del PCE, Carrillo se refirió a la experiencia de Checoslovaquia como un importante paso del socialismo hacia formas de democracia superiores a la democracia burguesa. Además, el proceso democratizador del país se interpretaba como un “ejemplo prometedor” en la lucha de los comunistas en los países capitalistas. Sin embargo, sobre este punto, se puso de manifiesto una diferencia de actitud entre el partido comunista italiano, el francés y el español: el PCI apoyaba sin reservas y con gran entusiasmo los pasos realizados por el PCCh, mientras el PCF se limitaba, sobre todo, a criticar a los comunistas checoslovacos por su suavidad y tibieza en la lucha contra los elementos anti-socialistas. Por su parte, el PCE interpretaba los acontecimientos en tono optimista, llegando a declarar que: “La experiencia de Checoslovaquia confirma otra vez que el socialismo es el régimen social donde la democracia, es decir, la amplia participación dirigente de la clase obrera, la intelectualidad y las masas populares, no tropieza en su desarrollo con ningún obstáculo insuperable de orden ideológico o social. El socialismo camina hacia formas cada vez más ampliamente democráticas, que aseguran la más elevada participación dirigente

---

<sup>324</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 439.

activa del pueblo (...) formas que no tienen que ser obligatoriamente, y que no lo serán, las características de la democracia burguesa formal, sino muy superiores y basadas en un hecho fundamental: que la propiedad de los medios de producción y de cambio está en las manos de los mismos productores. Esa es la fuente de la auténtica democracia (...) Esas formas nuevas de verdadera democracia tendrán en cada país aspectos diferentes (...) En cambio, donde las libertades tropiezan con una barrera insalvable para expandirse y llegar a su realización completa, barrera ante la que no queda otro camino que cambiar revolucionariamente el régimen, es en el sistema capitalista e imperialista”<sup>325</sup>. En esta ocasión, Carrillo demostró poca clarividencia y quizás un poco de ceguera por no imaginar (o conocer) las presiones que la Unión Soviética y sus aliados estaban ejerciendo para parar el curso y empujar a los dirigentes checoslovacos hacia posiciones más ortodoxas.

La intervención armada del Pacto de Varsovia para aniquilar la “primavera de Praga” fue condenada por la entera dirección del PCE, salvo una minoría discrepante. El ascunción de una posición crítica parecía inevitable: la decisión soviética de interrumpir una posible experiencia de socialismo diferente fue percibida como una violación de soberanía de un estado socialista y, cosa aún más grave, como un intento de aplastar la democracia socialista que los comunistas checoslovacos querían edificar.

En extrema síntesis, el planteamiento de un socialismo “con rostro humano” se acercaba al planteamiento propio del Partido Comunista de España. Por lo tanto, gran parte de la militancia del partido apoyaron la decisión de la dirigencia de desaprobando la invasión, aunque algunos de forma “dolorosa”. Probablemente Carrillo no tuvo otra opción, pena de perder toda credibilidad dentro del antifranquismo democrático español y, por eso, marcó sus distancias frente a la intervención.

La invasión de Checoslovaquia conmocionó al comunismo internacional, determinando una vuelta no mayor pero sí diferente que las conclusiones del XX Congreso del PCUS: el secretario del Partido Comunista español se sintió particularmente afectado por agosto del 1968 y compartió plenamente lo que escribió en sus *Memorias* uno de los dirigentes comunistas que vivió intensamente esta crisis, Ernst Fischer: “Checoslovaquia comprobó la posibilidad de un socialismo europeo. El 21 de agosto de 1968 fue la reputación. En un lapso tan corto de tiempo la posibilidad del socialismo y su imposibilidad, mientras la política de las grandes potencias determine el destino de

---

<sup>325</sup> Carrillo, Santiago: *La lucha por el socialismo, hoy*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1969, pág. 66-70.

los pueblos: tal es la paradoja que nos pone en tela de juicio a nosotros, los comunistas. De ahí el luto y la ira”. Carrillo no dudó en suscribir esa apreciación política: la invasión privaba al PCE de un modelo *real* de socialismo democrático, tal como lo estaban presentando a la sociedad española y, al mismo tiempo, negaba la capacidad del movimiento de “rectificar” sus errores para alcanzar una democracia superior. A distancia de años, reflexionando sobre la intervención rusa en Praga y el naciente fenómeno eurocomunista, Carrillo subrayaba como “además del interés de mantener inmutables las actuales fronteras, en la Unión Soviética existe el temor de ver surgir nuevas vías al socialismo capaces de estimular el desarrollo de la democracia en los países de Europa oriental. Es por eso que el llamado “eurocomunismo” (personalmente no estoy de acuerdo con esta expresión) es un “elemento revolucionario” en la sociedad de hoy. Amenaza los intereses conservadores de los imperialistas y al mismo tiempo de los países en los cuales un socialismo muy rudimentario comienza a desarrollarse”<sup>326</sup>. En la misma línea, posteriormente, Carrillo escribía que la primavera de Praga “es en sí la negación de principios básicos del socialismo”<sup>327</sup>.

La Conferencia de los partidos Comunistas de 1969 acentuaba la línea de independencia del Partido Comunista de España y se interpretó como un paso hacia el reconocimiento de la diversidad del movimiento comunista. La postura asunta por el PCE en este foro internacional fue determinada por Manuel Azcárate y su escrito relativo a la política internacional: una crítica al Estado soviético, a la fusión entre partido y Estado. Azcárate habló de “la degeneración de la estructura democrática en el orden interno del Estado socialista, que en gran medida está dirigido por métodos burocráticos, de arriba abajo, y donde la clase obrera, las masas, si bien han destruido la explotación, no son los verdaderos dueños directos del poder político”<sup>328</sup>. Aún así, en su libro “Crisis del Eurocomunismo”, Azcárate admitió que: “La invasión soviética de Checoslovaquia demostraba ya, de una manera clara, que el sistema estatal de la URSS podía colocarse, en el proceso histórico, *contra* el avance del socialismo; el problema del agotamiento del potencial liberador despertado por la revolución de octubre de 1917, se planteaba *ya entonces*. Aunque los partidos comunistas occidentales condenamos esa invasión, creo que nos faltó decisión, y quizá capacidad teórica, al menos en el caso español, para ir al

---

<sup>326</sup> Entrevista a Santiago Carrillo en Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 132-133.

<sup>327</sup> Informaciones del PCE, 2, enero de 1976 en Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 58.

<sup>328</sup> Frase citada en la Revista *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, intitulado “El Eurocomunismo”, de Antonio Elorza, pág. 24.

fondo del problema. No fuimos capaces de comprender, y de explicar al conjunto de los comunistas, que si la Unión Soviética podía invadir un país amigo y aliado, un país que buscaba un socialismo mejor, era porque en ella no gobernaban los trabajadores, sino una casta restringida, una burocracia que estaba interesada en impedir un avance democrático dentro del socialismo (...). En términos generales, nuestras explicaciones en aquel momento eludían el problema del poder, el problema de *clase* al criticar a la Unión Soviética; tendían a demostrar que en el sistema socialista soviético había graves defectos, debilidades, falta de democracia; y que en todo caso, ese modelo para nosotros no era válido, que nosotros aspirábamos no sólo a una vía democrática al socialismo, sino a un socialismo en libertad, con pluralidad de partidos, alternancia en el poder, sufragio universal”<sup>329</sup>.

La posición del PCE, “ni incondicionalidad, ni fidelidad” a la URSS como únicas garantías de validez para una política, fue enunciada en un comunicado de su Comité Ejecutivo, del 28 de agosto y publicado en *Mundo Obrero*<sup>330</sup>. En el texto, reiterando la simpatía por el proceso de transformación puesto en marcha en el país, el PCE expresaba su “opinión contraria a la intervención armada en Checoslovaquia” por parte de cinco países del Pacto de Varsovia. En este comunicado, el Comité Ejecutivo del PCE subrayaba “la necesidad de una elaboración más profunda de una serie de problemas ideológicos del movimiento comunista internacional, como son, por ejemplo: las diferentes vías de la marcha hacia el socialismo y las formas de éste”. Al mismo tiempo, no obstante, el PCE recordaba que “consecuentes con nuestra posición de siempre, rechazaremos con toda energía cualquier campaña antisoviética que quiera utilizar para sus fines los acontecimientos de Checoslovaquia”.

Aún así, a partir de este momento, el comunismo español iniciaba, con prudencia, una vía relativamente autónoma respecto a la Unión Soviética, apelando al principio de autonomía de cada partido del movimiento comunista internacional elaborado por Togliatti y defendido por el Partido Comunista italiano. Por primera vez se “alejaba” de Moscú y se veía obligado a desarrollar un modelo político-teórico nuevo para sustituirlo<sup>331</sup>. La evolución del Partido hacia posiciones cada vez más aperturistas y relativamente heterodoxas influyó sobre estas relaciones.

---

<sup>329</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 66.

<sup>330</sup> “Declaración del PC de España sobre los acontecimientos de Checoslovaquia”, *Mundo Obrero*, 15 de septiembre de 1968.

<sup>331</sup> Como dijo una vez Santiago Carrillo: “Comenzar a pensar sobre todos los problemas con nuestra propia cabeza”.

Así, en un editorial publicado en *Mundo obrero*, el Partido Comunista de España subrayaba como “ante la expulsión del camarada Dubček de las filas del PC Checoslovaquia tampoco nosotros podemos callar (...). El socialismo, sin el apoyo decidido de las masas trabajadoras, es inimaginable. Por eso Dubček, expulsado, sigue siendo una esperanza para el porvenir socialista de Checoslovaquia”<sup>332</sup>.

El mismo Carrillo señalaba que la restauración de las libertades políticas iba a revestir formas “totalmente distintas” a las de la URSS, es decir, el pluripartidismo político representaba una condición decisiva y necesaria para la credibilidad democrática del Partido Comunista español.

En este contexto y en este momento, recubre gran importancia otro editorial relativo Checoslovaquia, publicado en el mismo número, donde se divulgaba el comunicado del Comité Ejecutivo. A pesar de rechazar cualquier tentativa de instrumentalización de la acción soviética, presagiando la posibilidad de que el acontecimiento podía generar un “intento de utilizar el trágico error cometido en Checoslovaquia para denigrar la historia gloriosa del PCUS”, el editorial subrayaba la posibilidad de distintos modelos y vías de acceso al socialismo, haciendo un “ejercicio de defensa previa” frente a un posible ataque: “No podemos concebir ni admitir la hipótesis – que ahora nuestros enemigos pueden formular – de que el día en que nuestro Partido llegue en el poder en España, en alianza con las fuerzas del Trabajo y la Cultura, otra potencia socialista, cualquiera que sea, nos dicte la política y, menos aún, intervenga militarmente en nuestro territorio, sin nuestra más enérgica resistencia”<sup>333</sup>. El editorial mostraba de forma resuelta (e insólita) su posición crítica respecto a los acontecimientos checoslovacos.

Sin embargo, las relaciones entre Partido Comunista de España y el Partido Comunista de la Unión Soviética cambiaron de forma irremediable: la dirección soviética miraba con creciente hostilidad la actitud y postura asumida por el PCE. Sin embargo, Carrillo se sirvió de esta fisura para reforzar la imagen de independencia del partido y ganar el escepticismo sobre la real natura de sus intenciones. De hecho, Carrillo, arrastrando el Ejecutivo, decidió el cambio y el distanciamiento de la Unión Soviética. De un solo golpe, el filo-sovietismo obsesivo del pasado era cortado, mientras la imagen de independencia del PCE resultaba útil y funcional al proceso de desmentida de la propaganda anticomunista que mostraba al partido como un satélite y un agente de Moscú: el Partido Comunista de España engrosaba sus filas en cuanto la decisión

---

<sup>332</sup> Artículo publicado en *Mundo Obrero* 12 de junio de 1970.

<sup>333</sup> “La cuestión checoslovaca”, editorial publicado en *Mundo Obrero*, 15 de septiembre de 1968.

ejercitó un poder de atracción sobre los partidarios de la lucha contra la dictadura pero críticos con el régimen soviético.

A partir de este momento, el PCE mantenía una “doble posición”, bipolar, casi contradictoria, que confluirá en las reflexiones contenidas en un artículo de Nuestra Bandera. El texto se publicó en otoño de 1968, con el título de *Más problemas actuales del socialismo*, donde Carrillo advertía que, a pesar de las críticas, el PCE seguía en el mismo campo que la Unión Soviética, enfatizando este concepto con la expresión “Crítica a la dirección soviética no es anti-sovietismo”. Aún así, se recordaba que el objetivo del PCE venía representado por la defensa de las vías nacionales al socialismo, defendiendo la independencia de cada uno de los partidos comunistas nacionales a la hora de elaborar su propia vía revolucionaria. En el texto, Carrillo reconocía que en el campo socialista “se ha instalado una especie de guerra fría”, tanto que “las relaciones entre algunos Estados socialistas son más tirantes que las existentes entre ellos y los Estados imperialistas”. El mismo secretario del PCE advertía que, repasando los acontecimientos de Hungría, Polonia y Checoslovaquia, confirmaban la repetición de los mismos errores, sin un proceso de autocrítica.

Respecto a la experiencia checoslovaca y a su sofocación, el PCE demostró una actitud ambigua y una condena no excesivamente contundente: es evidente que eso dependía de las fuertes vinculaciones emotivas existentes entre la base del partido y el PCUS y también por la estrecha dependencia del partido español debido a su situación de clandestinidad. La actitud de PCE fue diferente respecto a la de sus dos “compañeros de viaje” eurocomunistas, encuadrándose entre quienes pensaban que Dubcek y su equipo “incluso expulsado sigue siendo una esperanza para el porvenir del socialismo checoslovaco”<sup>334</sup>: por un lado, el PCI pasó de la condena explícita a una posterior reprobación; por otra lado, el PCF manifestó un tibio desacuerdo sobre la acción soviética, apoyando, consecutivamente, la “normalización checoslovaca”, la de Husak.

Como en ocasión de la crisis anterior, dentro del partido, en diciembre de 1969, el Comité Ejecutivo del PCE expulsó a Eduardo García y Agustín Gómez, tras haberles cesado de sus cargos en dicho órgano: los dos militantes habían manifestado su reticencia y resistencia ante el alejamiento y cuestionamiento de la Unión Soviética. Sin embargo, el proceso de “ajuste y asentamiento” del partido, terminó sólo en agosto de 1970, tras la celebración del Pleno del Comité Central que se saldó con la expulsión de

---

<sup>334</sup> *Mundo Obrero*, número 13, de 1970.

cinco miembros, entre ellos de Enrique Lister, el más “pro-soviético”. Se estima que el balance de esta “depuración” de las voces disonantes del partido fue un reforzamiento de la posición de Carrillo. Por su parte, desde el Consejo Mundial de la Paz, del cual era miembro, Lister intentó que fuera reconocida la existencia de dos partidos comunistas españoles. Frente a la negativa, aumentó su campaña anticarrillista, acusando al secretario del PCE de “desviaciones” hacia posiciones revisionistas.

A partir de este momento, por sus críticas, Azcárate, el hombre del PCE encargado de asuntos internacionales, se transformó en el enemigo designado para la ortodoxia soviética: el miembro del PCE era el encargado de la política exterior del partido, primer exponente de la diplomacia del partido respecto a los países del “socialismo real” y sobre todo de Moscú. El ataque abierto en contra de él fue urdido tras la publicación del informe ante el Comité Central del Partido Comunista de España, presentando por el mismo Azcárate en septiembre de 1973, aprobado por unanimidad en el Pleno y posteriormente publicado en *Nuestra Bandera*<sup>335</sup>. Partiendo del examen de la situación internacional y en particular de los problemas existentes en el interior del movimiento comunista mundial, el informe presentaba las líneas de una política exterior del comunismo español cada vez más cercana a los partidos italiano y francés en el marco de Europa Occidental; al mismo tiempo se presentaba una dura crítica al socialismo realmente existente. El informe subrayaba como el conflicto chino-soviético representaba un obstáculo al desarrollo del movimiento comunista ya que “permite al imperialismo yanqui maniobrar, enconando de uno y otro lado del conflicto entre las dos principales potencias socialistas”. Asimismo se criticaba la idea de una posible nueva Conferencia Internacional de los partidos comunistas y obreros<sup>336</sup>, sobre todo, si la finalidad de la misma iba a ser una “crítica a los camarada chinos”, considerada inútil y dañina para la unidad del movimiento. Azcárate recordaba “con qué fuerza planteaba el camarada Santiago Carrillo, en su informe ante nuestro Comité Central de septiembre de 1970, la necesidad de estrechar las relaciones entre los PC de Europa Occidental para ‘coordinar la lucha de clases a escala europea en todos aquellos aspectos que la realidad de hoy se impone’. De establecer contactos entre los partidos comunistas, los partidos

---

<sup>335</sup> “Sobre la política internacional del PCE. Informe de Manuel Azcárate ante el Comité Central”, *Nuestra Bandera*, N° 72, 4º trimestre de 1973.

<sup>336</sup> “Conviene detenerse sobre una propuesta que, si bien aún no tiene carácter formal, empieza a ser barajada. Se trata de un proyecto de una nueva Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Un artículo del camarada Tellalov (Secretario del PC de Bulgaria) abogando en pro de tal Conferencia, ha sido publicado en la ‘Revista Internacional’. Por otra parte, en la revista soviética ‘Autoeducación política’, el camarada Kotlov ha publicado un artículo en el que, de forma bastante directa, preconiza una nueva Conferencia”.



socialistas, los sindicatos, los grupos cristianos y católicos y otros, para una acción común a escala del continente (...). Paralelamente, en los partidos comunistas más influyentes de Europa occidental, han madurado concepciones semejantes. Queremos destacar la importancia de primer plano que ha tenido la entrevista Marchais-Berlinguer y el comunicado de los partidos comunistas de Italia y Francia (...). Estamos entrando en una nueva etapa del movimiento comunista de Europa occidental, con la perspectiva concreta de acciones articuladas de los partidos comunistas sobre problemas decisivos”<sup>337</sup>. Es evidente que en estas páginas, el dirigente del PCE pone las bases del futuro proyecto eurocomunista al hablar de una “convergencia” entre los principales partidos comunistas de Europa occidental.

Por otra parte, la política soviética era criticada por subordinarse en sentido defensivo a la política exterior del Estado, sin olvidar la valoración negativa de fondo: el Estado-partido imponía su ley, introduciendo una “deformación de la esencia del socialismo, con la limitación o la supresión de la democracia socialista”. Sin embargo, de momento, Carrillo y el PCE aún no se planteaban como hipótesis de trabajo que la “razón de Estado”, causa, según el partido, de la crisis en el desarrollo del socialismo, dependía del hecho de que no respondía a los intereses del pueblo y de los trabajadores soviéticos. A contrario la acción del Estado era determinada por una clase o capa privilegiada dominante que ejercía un poder total en su propio y exclusivo beneficio.

Por lo tanto, la conclusión del Informe era la siguiente: “A un proceso de burocratización, en lo interior, se agregan retrocesos en las actitudes revolucionarias, en lo exterior”.

La respuesta soviética no tardó a llegar, convirtiendo al PCE y al mismo Azcárate en protagonistas de la polémica: en el mes de febrero de 1974, en la revista *Partinaia Jisn* (Vida del Partido), se publicó un texto titulado *En torno a un artículo de Manuel Azcárate* en el que se acusó al dirigente del PCE de representar un enemigo del socialismo, de utilizar “argumentos burgueses” y de alterar groseramente la esencia de la política exterior de la URSS, atacando la actividad del PCUS de manera incorrecta. La radio soviética difundió ese artículo y los periódicos occidentales se hicieron eco del asunto con discreto relieve<sup>338</sup>. “Levantando calumnias a otros partidos hermanos. M.

---

<sup>337</sup> Valli, Bernardo: *Los Eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág 225.

<sup>338</sup> En sus memorias, el mismo Azcárate afirma de haberse enterado del tema “al comprar *Le Monde* en los Bulevares”, remarcando que: “Durante un día o dos mi nombre suena constantemente en Radio Moscú. Con un método muy típico de los soviéticos, no entran en concreto en los argumentos que ya he expuesto, les dan sin más un adjetivo insultante y luego ya argumentan por su cuenta todo lo que les

Azcárate ultraja a sus camaradas de lucha de otros países, propone su género de nuevo criterio de la independencia y el internacionalismo”. Teniendo en cuenta la recién celebrada Conferencia de Bruselas, último, en el sentido temporal, intento de la URSS de contener los “impulsos independentistas”, el español argumentaba que, más que una ataque a su persona, se trataba de una ofensiva contra: “la posibilidad de un agrupamiento de las fuerzas comunistas de Europa en torno a una inspiración eurocomunista; y un distanciamiento creciente de la Unión Soviética. La difusión dada al artículo que me atacaba tendía a frenar o paralizar esas posibilidades”<sup>339</sup>. El PCUS mostraba su contrariedad a la idea de una Europa independiente, con una política propia y al margen de los bloques militares existentes. Asimismo, se atacaba la reivindicación de la necesaria independencia de los partidos comunistas de Europa occidental.

### 5.5 El PCE en los años setenta

Como ya se ha esbozado en el capítulo anterior, en 1969, se celebró una Conferencia de partidos comunistas en Moscú. En su intervención, Carrillo, el relator del PCE, presentó el modelo de socialismo para España, recordando que “no pretendemos imponer a nadie nuestra perspectiva del socialismo como modelo obligatorio” (léase entre líneas que asimismo el PCE no admite que nadie imponga su modelo). El secretario del PCE planteó la nueva estrategia del partido, la unidad en el respeto a la independencia: “no existiendo ningún centro ni partido dirigente (...) hoy la unidad sólo puede alcanzarse a través de la plena independencia de los partidos en la elaboración de su línea política, en la aplicación de los principios generales del marxismo-leninismo a las condiciones concretas de su país”<sup>340</sup>. En esta misma línea, Carrillo remarcó el derecho a expresar la propia opinión sobre los problemas del socialismo, aunque esa sea crítica o discrepante como “ha ocurrido con motivo de la acción emprendida en Checoslovaquia el año pasado por cinco países del pacto de Varsovia”; finalmente, el español predicó mayor objetividad en el bando comunista, reconociendo realidades concretas como “por ejemplo la existencia de contradicciones entre Estados socialistas”.

A partir de 1970 la conflictividad social y política crecía continuadamente en España: de forma paralela crecían las organizaciones del PCE al mismo tiempo que aumentaba

---

apetece para dejarme a la altura del betún. En París, el texto es recogido con bastante amplitud en *L'Humanité*; y lo mismo en otros países”. Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 124.

<sup>339</sup> Manuel Azcárate: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 70.

<sup>340</sup> Carrillo, Santiago: *Discurso pronunciado en la Conferencia de los partidos comunistas y obreros de Moscú. Junio de 1969*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1969, pág. 126.

el número de sus militantes. A su estilo, el Partido Comunista español pareció el más audaz de los críticos y los ataques a la normalización de Checoslovaquia iban más allá de los avances consolidados del Partido Comunista italiano.

En verano de 1970, se celebró el pleno ampliado del Comité Central, cuyo informe, presentado por Santiago Carrillo fue publicado en septiembre, bajo el título: *Libertad y socialismo*. Se trataba de un libro aún cargado de elementos tradicionales, aunque se dan unos primeros pasos hacia el cambio. En este escrito se describía la nueva política del partido que debía tener, para el breve periodo, un ángulo táctico, representado por el Pacto para la libertad, y otro, a largo plazo, estratégico, constituido por la perspectiva socialista, planteado la creación de una Alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura: estos tenían que ser los dos ejes de la política del PCE durante los años siguientes. Con el término “Pacto para la libertad”, se describía lo que se venía repitiendo desde hacía décadas, es decir, la necesaria coincidencia de fuerzas de derecha e izquierda, animadas por el común deseo de derribar la dictadura franquista y respetar el “juego democrático”<sup>341</sup>. La única novedad en esta materia estaba representada por el hecho de que, poco a poco que las previsiones no se cumplieran, la oferta de Alianza se alargaba hasta llegar a considerar posible al incluir la derecha o cualquier aliado en contra del régimen; en extrema síntesis, con quizás excesivo pragmatismo, el PCE apostaba por la aceptación y la connivencia de una *pluralidad* ideológica dentro de una *unidad* política.

Según el informe, la estrategia revolucionaria debía adaptarse a las condiciones concretas de cada zona geográfica, teniendo en cuenta dos necesidades: “la necesidad de llevar una lucha de clases coordinada, articulada, de los trabajadores europeos contra los monopolios supranacionales presentes en los más diversos países (...); la necesidad de que los Partidos Comunistas de esta región intensifiquen la actividad de contactos, elaboración de los problemas teóricos y políticos específicos de una manera particular, sin que ello signifique ningún fraccionamiento ni ruptura del movimiento comunista internacional (...); Si no estamos de acuerdo con una iniciativa de la dirección soviética, si la consideramos errónea, nuestro deber de internacionalistas no es apoyarla a toda costa, y en algunos casos ese deber puede consistir en criticarla, sobre todo cuando esa

---

<sup>341</sup> Declaración del Comité Ejecutivo del PCE de noviembre de 1969, publicado en *Nuestra Bandera* número 63, primer trimestre de 1970.

iniciativa es susceptible de lesionar los intereses de un Estado socialista o de un Partido Comunista”<sup>342</sup>.

Según varios analistas, en las páginas de este texto, estarían presentes los primeros gérmenes eurocomunistas. La ruptura radical con los orígenes históricos y la homologación democrática del PCE (vía eurocomunista), podría considerarse como una forma lógica de abandonar la órbita totalitaria para ser reconocido inter pares en el seno de la oposición.

Por otra parte, el líder del PCE auguraba una alianza de las fuerzas del Trabajo y la Cultura, quebrando de nuevo el monolitismo del sujeto revolucionario: de todas formas esta alianza resultaba presente en el pensamiento de Lenin y puede ser comparada con la alianza entre proletarios y campesinos, tanto que se describía como la réplica hispana de los soviets de obreros, campesinos y soldados del viejo Lenin. Sin embargo, el libro *Libertad y socialismo* rechazaba la normalización de Husak en Checoslovaquia, situándose entre aquellos que pensaban que “el equipo de Dubček constituyen la esperanza más concreta del porvenir del socialismo en Checoslovaquia, quizás la única”.

El Pacto para la libertad representaba una propuesta democrática para España y se presentaba en línea con la reconciliación nacional. De hecho, el Pacto consistía en “el apoyo a un gobierno provisional, sin signo constitucional, incluso aunque no sea llamado a participar en él”<sup>343</sup>. Al mismo tiempo, el Partido Comunista de España seguía defendiendo el concepto de huelga nacional como procedimiento de ruptura; además promovía tres condiciones para el desarrollo del Pacto: el restablecimiento de las libertades políticas, amnistía total y elección de Constituyentes mediante sufragio universal. Finalmente el PCE se comprometía al respecto de la consulta electoral e incluso a la aceptación de la Monarquía como forma de gobierno en el caso de que el país libremente consultado, hubiera optado por ella<sup>344</sup>. De esta forma, resultaba complicarse el intento de conciliación entre la democracia socialista como objetivo a largo plazo y el mantenimiento de la dictadura del proletariado como meta final.

El avance cauteloso del PCE continuó en el VIII Congreso del partido (París, julio de 1972), donde Carrillo, fiel a su “óptica bipolar”, remachó su solidaridad con el mundo

---

<sup>342</sup> Carrillo, Santiago: *Libertad y socialismo*, Editions sociales, París, 1971, pág. 98-109.

<sup>343</sup> Guy Hermet: *Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino*, París, 1972, Ruedo ibérico, pág. 153.

<sup>344</sup> Una posición bastante cercana a la que asumió el PCI y que fue promovida por Togliatti con el famoso “viraje de Salerno”.

soviético, añadiendo que en la competición histórica entre los dos sistemas, el socialista y el capitalista, “el peso específico del sistema socialista va aumentando, al tiempo que se agudiza la crisis del imperialismo”. El VIII Congreso fue el último de la clandestinidad y el más cercano a la democracia<sup>345</sup>: sirvió para el fortalecimiento político de los cuadros del partido y se discutió sobre todo de táctica política, dando vida a la definición de la llamada “vía española al socialismo”. Pese a que se seguía intentando conjugar la profesión de solidaridad a la URSS, en su Informe “Sobre algunos problemas de la política internacional del partido”, Manuel Azcárate criticó abiertamente la “incondicionalidad tácita” respecto a la dirección soviética, subrayando la “degeneración burocrática que experimentaban los regímenes socialistas: “degeneración de la estructura democrática, en el orden interno, del Estado socialista, que en gran medida está dirigido por métodos burocráticos, de arriba abajo, y donde la clase obrera, las masas, si bien han destruido la explotación, no son los verdaderos dueños directos del poder político”. De modo diáfano, aparecía el principio de independencia de cada partido comunista, la soberanía de cada organización revolucionaria: “no existe ningún “supremo juez” que pueda sentenciar cuáles son los “modelos” buenos y los malos; es la clase obrera de cada país, y su vanguardia, la que tiene la responsabilidad de decidir su propia vía, de corregir errores y cortar degeneraciones”.

En el Informe presentado por el Comité Central y en la Resolución Política de este Congreso, se insistía en la necesidad de desarrollar un pacto para la libertad para derribar la dictadura, aclarando que la revolución política que propugna el PCE en ningún caso desembocaría en una nueva guerra civil.

Reafirmando la fidelidad del partido a la noción de marxismo-leninismo, el PCE subrayaba su convicción de que sin una “profunda revolución político-social” no iba a ser posible el paso al socialismo. Asimismo, en el Informe se aseveraba sobre la relación existente entre el socialismo y la democracia: “para garantizar la autenticidad del socialismo y el progreso hacia el comunismo, es esencial el respeto a las libertades políticas fundamentales, a la pluralidad de partidos, a la libertad de información y

---

<sup>345</sup> Según varios historiadores y algunos miembros del PCE, como Fernando Claudín, fue también el último de la “sempiterna unanimidad” en torno al secretario general.

crítica, a la libertad de creación intelectual y artística y a la renuncia a imponer toda filosofía social”<sup>346</sup>.

Como ya hemos visto, es el último Informe en que aparece el término *Dictadura del proletariado*, considerado aún válido en la vía española al socialismo, aunque diferenciándolo de su acepción clásica: “El Partido Comunista estima que la concepción de la dictadura del proletariado, como período de transición del capitalismo al socialismo, no ha sido superada por el desarrollo histórico moderno. En todo caso se ha transformado, como consecuencia del amplio y revolucionario desarrollo de las fuerzas productivas, en el sentido de que esa dictadura ya no puede concebirse sólo como el poder de los obreros que producen con sus manos, sino como el poder de todos los trabajadores, incluidas las fuerzas que tienen un papel directo en la producción moderna y chocan con las estructuras capitalistas. Sin embargo, la noción de dictadura, en este caso, no puede identificarse con la noción vulgar de dictadura, considerándole como el poder totalitario de una minoría imponiendo por la fuerza del aparato del Estado su arbitrariedad a la mayoría de la población”<sup>347</sup>. En las mismas páginas, se sigue identificando la democracia burguesa con la dictadura del capitalismo: “En los países capitalistas desarrollados, bajo las formas más ampliamente democráticas, existe de hecho y jurídicamente la dictadura del capitalismo. Porque todas las instituciones y leyes del Estado afirman la intangibilidad de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, y la defienden. En esto reside el contenido de la dictadura capitalista propio de las más famosas democracias burguesas actuales (...) De forma semejante, aunque con un fondo radicalmente opuesto, la dictadura de las fuerzas revolucionarias socialistas, apoyándose en instituciones y leyes destinadas a defender la propiedad social colectiva, a impulsar el desarrollo de la sociedad hacia formas socialistas cada vez más evolucionadas hacia el comunismo, puede ejercerse garantizando las libertades democráticas formales a la oposición burguesa hasta que ésta, convertida en anacrónica antigualla se extinga por sí misma a falta de base económica, social e ideológica”<sup>348</sup>.

Según algunos, con la presencia de la dictadura del proletariado, “lo que se mantiene, en aras de la ortodoxia, es un difícilísimo equilibrio en las palabras, al definir los objetivos

---

<sup>346</sup> Carrillo, Santiago: *Informe al VIII Congreso del PCE*, Ed. Empresa Poligráfica, Bucarest, 1972, págs. 338-339.

<sup>347</sup> *PCE en sus documentos, 1920-1977*, Ediciones Hoac, 1977, pág. 103 y 104, relativa al VIII Congreso del PCE.

<sup>348</sup> *PCE en sus documentos, 1920-1977*, Ediciones Hoac, 1977, pág. 104 y 105, relativa al VIII Congreso del PCE.

a largo plazo, ya que se reafirma la fe en la dictadura del proletariado, pero según una acepción que vincula la expresión citada con la “democracia socialista”, pensando que toda dominación de clase es en sí misma dictatorial, de modo que la proletaria puede ser al tiempo democracia y dictadura”<sup>349</sup>.

Por lo tanto, la táctica política del partido se movía alrededor de dos parámetros ya descritos: desde el punto de vista táctico, las convergencias más amplias en el pacto para la libertad, y una concepción estratégica, la alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Por primera vez, el peso del partido se inclinaba hacia quienes no tenían experiencia de la era estaliniana, prevaleciendo los “sesentayochistas”, marcados por su “sí” al mayo francés y su “no” a la intervención en Checoslovaquia.

Es importante subrayar como en este Congreso la estrategia de Alianza de fuerzas del Trabajo y de la Cultura encontraba por un lado un mayor desarrollo teórico, mientras por otro aumentaban las resistencias dentro del partido a medida que las nuevas fuerzas –estudiantes, intelectuales y profesores- disminuían su actividad e interés político con el final de la dictadura. Además, el PCE había idealizando las consecuencias de la revolución científico-técnica y España no fue el país donde más avanzó. Así, como recordaba Manuel Azcárate, “La formulación misma de “alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura” presenta muchas ambigüedades. Fue sometida entre nosotros mismos a fuertes críticas, en particular, unos años más tarde, cuando se discutió el manifiesto-programa que debía ser el documento fundamental para definir el pensamiento de los comunistas sobre las grandes opciones de la historia”<sup>350</sup>. Sin embargo, la adopción de esta fórmula confirmaba la transformación de España de país que se dedicaba y vivía sobre todo de agricultura a país primitivamente capitalista industrial.

Además, los hechos de Chile de septiembre de 1973 llevaron al secretario del Partido Comunista de España a una doble lectura de lo que pasó: por un lado la imposibilidad de las fuerzas progresistas, por mayoritarias que fueran, de enfrentarse al Ejército o malquistarse con él; y en segundo lugar, la convicción de que a la estrategia política y parlamentaria había que asociar la posibilidad de la lucha armada, como opción no descartable. La utilización del consenso recobraba nueva importancia y parecía un

---

<sup>349</sup> Antonio Elorza: “Eurocomunismo y tradición comunista” en Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en el AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 105.

<sup>350</sup> Azcárate, Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 154.

elemento estratégico novedoso, como modo de ruptura con el franquismo, en menoscabo de la antigua consigna de la Huelga Nacional.

En vísperas de la crisis final del franquismo, el PCE alcanzaba nuevas posturas en relación a la definición de su estrategia de transición al socialismo, de una política de alianzas para abordar esta transición, de crítica al modelo de socialismo existente, de nuevos planteamientos tácticos.

En estos mismos años, el secretario del Partido Comunista italiano, Enrico Berlinguer, iba elaborando la línea política del partido, llamada “compromiso histórico”, es decir, la búsqueda de una nueva mayoría para conseguir el poder dentro del marco democrático. La lección ofrecida por el caso chileno fue diferente: mientras Berlinguer sostenía que la adquisición de la “simple” mayoría no era suficiente para ejercer el poder y guiar el país al socialismo, Carrillo extrajo las siguientes conclusiones, opuestas e inconciliables: “Hay que saber retirarse a tiempo del gobierno, antes de que la tensión conduzca a la guerra civil (...). Si decides mantenerte en el poder, tienes que tomar todas las medidas necesarias para luchar cuando llegue el momento”<sup>351</sup>.

Sin embargo, a partir de febrero de 1974, las posiciones del PCE y del PCI se iban acercando: los dos líderes se entrevistaron en Roma “abriendo una etapa dorada en las siempre distantes y enfáticas relaciones entre los dos partidos”<sup>352</sup>. Según algunos investigadores, esta primera toma de contacto a fondo dio formalmente inicio al Eurocomunismo, formando parte de los prolegómenos del fenómeno. A partir de este momento, Carrillo se mostró más interesado en la situación política italiana y, más que atraído o fascinado como pasaba a muchos miembros del PCE respecto al PCI, el secretario se mostraba, pragmáticamente e interesadamente, curioso por los buenos resultados electorales que cosechaba el Partido Comunista italiano. Además empezaba a perfilarse de forma manifiesta la posibilidad de estrechar relaciones, tanto que Carrillo contestaba de esa manera a la posibilidad de crear un “internacionalismo para tres países vecinos, como Francia, Italia y España en la definición de una estrategia común”: “Estoy convencido de que, respetando siempre lo que hay de diferente y específico en estos tres países, una estrategia general común es necesaria, no sólo para ellos, sino para toda la Europa capitalista. La Conferencia de Bruselas de los Partidos Comunistas ha

---

<sup>351</sup> Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pág. 77-78.

<sup>352</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 489.



significado un paso en esa dirección. En realidad, esta estrategia común se elabora paso a paso: existen ya una serie de elementos de base. Confío que iremos más lejos”<sup>353</sup>.

Al mismo tiempo, el Partido Comunista de España empezaba a captar aprobaciones también a nivel internacional y a ser considerado como el “partido más organizado y activo en la clandestinidad franquista”. Después de 1968 y de la condena de la invasión de Checoslovaquia, el PCE era visto como un partido deseoso de alejarse de Moscú, abierto a los pactos y compromisos para encontrar una salida moderada al franquismo, hasta dialogante con la iglesia<sup>354</sup> y, finalmente, capaz de entender el nuevo papel de las “fuerzas de la cultura”. En 1971, la figura de Carrillo estaba en pleno ascenso en la prensa extranjera, tanto que en la columna de un periódico francés era posible leer: “Santiago Carrillo es una de las principales personalidades del movimiento comunista en Europa occidental. Sus repetidas condenas a la invasión de Checoslovaquia, y luego de la normalización; su táctica de alianza en España con todos los “demócratas”, incluidos los franquistas arrepentidos y los militares liberales, para derrocar un régimen que no funda su legitimidad sobre la voluntad popular; sus alegatos a favor de la democracia burguesa como etapa indispensable hacia el socialismo; su insistencia en presentar un socialismo vivificado por la extensión de las libertades políticas, que aceptaría partidos de oposición y fundaría un Estado multinacional, hacen de este dirigente comunista uno de los más intrépidos “revisionistas” que pueda haber”<sup>355</sup>.

El atento análisis de la década de los setenta, desde la creación de la Junta Democrática hasta la legalización del PCE, resulta fundamental para entender la reinserción del partido como fuerza significativa en el sistema de oposición; en estos años, el PCE completaba su plena integración en la estructura política española, pasado de un reconocimiento implícito *de facto* a un segundo reconocimiento explícito *de iure*.

Ya por esta fecha, en el panorama de izquierda, el PCE se presentaba menos dividido y diversificado que el bando socialista, que, a pesar de su capacidad aglutinante de amplios sectores populares y progresistas, tuvo un camino bastante irregular. A contrario, dentro del partido comunista, Santiago Carrillo, a pesar de las tensiones internas descritas anteriormente, conseguía mantener una hegemonía partidista sobre las otras organizaciones de extrema izquierda; los esfuerzos de su secretario eran para

---

<sup>353</sup> Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pág. 114.

<sup>354</sup> En una entrevista al periódico *Le Monde*, Carrillo afirmaba sin problemas que: “Nosotros hemos dicho a menudo que el socialismo español avanzaría con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra”.

<sup>355</sup> Charles Vanneke, *Le Monde*, 19 de agosto de 1971.

que el PCE fuera considerado por antonomasia el Partido Comunista (de Carrillo). El partido funcionaba aparentemente y al menos formalmente sin fisuras. Las Comisiones Obreras, organización sindical del PCE, representaban un apoyo eficaz por su beligerancia activa y, sobre todo, por su gran capacidad movilizadora de las masas.

## **5.6 La Junta Democrática**

Un paso decisivo en este proceso fue representado por la formación de la Junta Democrática, organismos coordinador inter-partidista. El Partido Comunista de España propició el proceso de concentración democrática mediante su participación en la formación de esta Junta a partir del 30 de julio de 1974, formación que se creó después del asesinato de Carrero Blanco (diciembre de 1973) y que suponía un duro golpe para la continuidad del régimen. Asimismo, se difundió la noticia de la hospitalización del Caudillo, que padecía una flebitis en la pierna derecha.

La delicada situación política parecía el momento perfecto para “estrechar las filas” y presentarse como alternativa viable, democrática y socialista. Por eso, Carrillo buscaba un pacto político, “un pacto para la libertad”, que, por un lado evitase la salida juancarlista y, por otro, reconociese al PCE una respetabilidad que le había sido negada desde los inicios de la guerra fría: el Partido Comunista español empezaba a ser considerado una formación “no violenta” y su participación necesaria para la creación de un sistema democrática en España. Las reservas sobre Juan Carlos y las dudas sobre la posibilidad de que el monarca pudiera aceptar una “regencia provisional”, temporal hasta la realización de una consulta popular para decidir la forma de régimen de España, aceleró la constitución de la Junta Democrática, en el hotel Lutetia de París.

Sin embargo, pese a su ambicioso proyecto, en principio, la Junta no consiguió aglutinar todas las fuerzas de la oposición franquista. Probablemente por el temor a convertirse en fuerzas subalternas al PCE o a que este pudiera ocupar un papel destacado, con excesivo protagonismo<sup>356</sup>, a la Junta no se adhirieron el PSOE, el PNV, la democracia cristiana y, tampoco, la extrema izquierda. Aún así, en ella, figuraban carlistas, figuras del Opus Dei, del nacionalismo catalán, del partido socialista, representantes del mundo sindical, profesores universitarios, ciertas personalidades independientes, clandestinos, monárquicos y republicanos. Después de varios intentos fallidos, el PCE conseguía

---

<sup>356</sup> Carrillo era consciente de eso y por eso declaró que en la Junta, había solo dos comunistas entre los veintes integrantes: “Somos una minoría”.

unificar a los diferentes representantes de la realidad nacional, económica y social del país.

Quien mejor expresó los objetivos de la Junta fue Azcárate que, en sus *memorias*, recordaba que: “La Junta Democrática, con una composición muy amplia y heterogénea, es sin duda un gran acierto propagandístico: en ella caben todos a condición de que asuman colaborar con los comunistas y aceptando, por parte de éstos, cierto grado de hegemonía, es un esquema de unidad parecido al que se había utilizado para conseguir los gobiernos de Europa oriental. Ello supone no hacer gran esfuerzo para lograr la unidad con los socialistas y buscar, con ello, una alianza más amplia. Una de las esperanzas de Carrillo era que el PCE estableciese cierta hegemonía en la oposición española, y para ello hacía falta, desde el inicio, colocar a los socialistas en una posición secundaria”<sup>357</sup>.

La declaración programática de la Junta Democrática<sup>358</sup>, publicada en Nuestra Bandera, explicaba que “el régimen político del Estado español toca a su fin (...) la celebración de una consulta popular se hará entre los doce y los dieciocho meses, contados desde el día de la restauración de las libertades democráticas”. Para esto, el objetivo del Partido Comunista de España era la creación de una coalición de diferentes fuerzas sociales (“las clases trabajadoras, la alta burguesía capitalista, las burguesías regionales, los profesionales y los intelectuales): se trataba por parte del partido de aglutinar a su alrededor todas las fuerzas políticas interesadas en romper con la dictadura, todos los sujetos favorables a la democracia, sin especificar que tipo de régimen se iba a instaurar. En su programa, se anunciaba la formación de un gobierno provisional, la proclamación de una amnistía, la legalización de todos los partidos políticos y el reconocimiento de los derechos y las libertades democráticas. Asimismo se postulaba la celebración de una consulta popular para decidir la forma de Estado para España, poniendo entre los objetivos principales de esta nueva formación el impedimento del intento continuista del régimen tras la muerte de Franco, de una posible “prolongación de la dictadura a través de la Monarquía del Régimen”.

---

<sup>357</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 132. Azcárate subraya que la creación de la Junta “fue una decisión muy personal de Carrillo. Me enteré cuando ya era cosa hecha (...). Carrillo estaba en la cumbre de su prestigio y de su autoridad, y en realidad, todo nuestro futuro político dependía de que saliesen adelante los proyectos que Carrillo había puesto en marcha”.

<sup>358</sup> Declaración de la Junta Democrática de España al pueblo español, *Nuestra Bandera*, número 76, septiembre-octubre de 1974.

La Junta democrática buscaba dar solidez al proyecto de Carrillo de volver a España como fuerza democrática, como partido deseoso de aplicar el ideal gramsciano de la hegemonía social: PCE como aglutinante social, dinamizador de clases y sectores, motor que hiciera despegar a la Junta Democrática y despertar a la sociedad española, preocupada e inquieta ante el porvenir. La promoción de la Junta favoreció que el Partido estuviera en el centro de la atención nacional e internacional: la imagen del partido estaba cambiando a pasos agigantados. Los militantes y las organizaciones se multiplicaban numéricamente, mientras el partido conseguía alcanzar todos los sectores de la sociedad española, fascinando a pequeños empresarios y hasta a soldados de la mili.

En enero de 1975, se celebró el Pleno del Comité Ejecutivo del Partido, en el que se seguía postulando la “preparación de la Huelga Nacional como el objetivo central de toda su actividad”<sup>359</sup>. Para el PCE, la Huelga seguía representando un elemento fundamental en la estrategia del partido, la principal manera para conquistar las libertades democráticas.

A distancia de pocos meses (abril 1975), la Junta Democrática publicó el *Manifiesto de la Reconciliación*<sup>360</sup>, en el que se declaraba “inevitable” el paso de un Estado autoritario a uno democrático y se proclamaba una “jornada de acción democrática”.

Contemporáneamente, en contraposición a la Junta Democrática, se creaba la Plataforma de Convergencia Democrática que agrupaba figuras del PSOE, de los democristianos de izquierda, del PNV. Era evidente que esta formación nacía de la voluntad de crear un “frente común de oposición” independiente del PCE: según el partido y Carrillo, esta formación se originaba por el temor a que los comunistas pudieran desempeñar un papel destacado en la oposición y, consecuentemente, venía como deseo-objetivo aislar a los comunistas. La diferencia principal entre los dos organismos era representada por el medio con el que acabar con la dictadura ya que, como acabamos de recordar, la Junta planteaba “una acción nacional democrática, equivalente a lo que los comunistas hemos llamado la Huelga Nacional, para dar en tierra con la dictadura”<sup>361</sup>.

Al final, en abril de 1976, la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática alcanzaron un acuerdo y se fusionaron creando la Coordinación

---

<sup>359</sup> Declaración del Pleno del Comité Ejecutivo del PCE, *Mundo Obrero*, 22 de enero de 1975.

<sup>360</sup> Manifiesto de la Reconciliación, *Mundo Obrero*, 3ª semana de abril de 1975.

<sup>361</sup> Manifiesto-Programa, pág. 41.

Democrática, una formación que incluía prácticamente a todos los grupos de oposición, de democristianos a socialistas, con el objetivo de iniciar una nueva etapa democrática a la muerte del dictador. Para el PCE significaba el final del aislamiento respecto al resto de los partidos de la oposición, evitaba su marginación del conjunto de fuerzas antifranquistas. A la Coordinación Democrática se le conocía también como “Platajunta” y de sus filas salió la Comisión Negociadora que se ocupó de los preparativos legales y políticos de la transición durante el primer gobierno Suárez.

En julio de 1975, Carrillo fue otra vez a Roma para entrevistarse con Berlinguer: esta vez, le esperaban grandes multitudes para aplaudirle y animarle a cruzar el Rubicón. En este particular momento, Carrillo parecía el líder político que la izquierda española necesitaba: se presentaba en Italia como “un triunfador que sin embargo, no ha ganado una batalla, pero nadie duda que las puede ganar todas”<sup>362</sup>. Los dos secretarios viajaron a Livorno, cuna del comunismo italiano y feudo histórico de Gramsci y Togliatti. En la plaza de la República, Berlinguer y Carrillo pronunciaron juntos discursos históricos: con la firma de la declaración conjunta (en Roma) y la presentación en sociedad (Livorno), acababa de nacer el Eurocomunismo.

El eurocomunismo representó el momento de máximo entendimiento entre los dos partidos, ya que ambos optaron por un gradual distanciamiento de la Unión Soviética y por la aceptación de las reglas democráticas dentro del marco occidental: libertades democráticas, pluripartidismo, reformas progresivas sin rupturas revolucionarias y preocupación por no romper el equilibrio de bloques (llegando a aceptar la presencia de la OTAN, aunque sólo transitoriamente). Era el inicio de una nueva etapa.

Sin embargo, anteriormente a esta histórica firma, el PCE tuvo que enfrentarse a varios problemas: en primer lugar, la lucha interna entre tendencias personalistas y asociacionales, que se concluyó con el fortalecimiento de la figura de Carrillo; en segundo lugar, las peculiares dificultades de la realidad española, entre la caída del franquismo, el cambio de régimen y el espinoso tema de las nacionalidades; y, en tercer lugar, el cambio de tácticas y estrategia del partido sobre todo a partir de 1968.

El PCE se encontraba con la necesidad de adaptar su estructura e ideología: la reincorporación a la vida política española constituía un reto concreto que necesitaba de una estrategia moderna y que tuviese en cuenta la particular situación interna en el ocaso del franquismo. “El PC de entonces, como bloque partidista, prácticamente

---

<sup>362</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 501.

monolítico, llevaba consigo, consecuentemente, además, del no fraccionamiento, una fuerte coherencia – dentro de sus supuestos- en la táctica y en la estrategia y, evidentemente, esto determinaba una eficaz confluencia de esfuerzos. Fue, sin duda, en la resistencia al franquismo – como ocurrió en otros países europeos- practicando una política abierta de bloques y de concertación antifascista, el partido más unido y con más imagen operativa de unidad”<sup>363</sup>. El PCE fue sin duda uno de los protagonistas de la resistencia al franquismo y pasó por varios cambios estratégicos, especialmente cuando se presentaba un objetivo determinado: la legalización y la aceptación por parte de la sociedad española como alternativa política dentro del marco democrático.

A pesar de haber estado en la vanguardia de la lucha anti-franquista durante cuarenta años, el PCE no consiguió situarse en la vanguardia de la política democrática. El porque de eso ha sido argumento de debate. Según algunos analistas, el PCE no fue capaz de corregir un problema radicado en gran parte de los partidos políticos españoles, es decir, no supo realizar una auténtica implementación en el tejido social. Para los catedráticos Jorge de Esteban y Luís López Guerra, a diferencia del Partido Socialista, el único capaz de crear una auténtica tradición partidista, el PCE no se ha preocupado de realizar un “trabajo paciente de proselitismo y propaganda”<sup>364</sup>. Además, según los mismos autores, desde su reimplantación como partido legalizado, “la historia del PCE se ha visto en gran parte definida por sus intentos de adaptar a los momentos españoles actuales una estructura y una ideología generadas en épocas muy distintas en su características de la época presente”<sup>365</sup>.

---

<sup>363</sup> Morodo, Raúl: *La transición política*, Tecnos, Madrid, 1984, pág. 134-135.

<sup>364</sup> De Esteban, Jorge y López Guerra, Luís: *Los partidos políticos en la España actual*, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 138.

<sup>365</sup> De Esteban, Jorge y López Guerra, Luís: *Los partidos políticos en la España actual*, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 141.

## **Capítulo VI: Las cumbres eurocomunistas y los encuentros**

**6.1 Las reuniones; 6.2 La cumbre de Madrid; 6.3 Las declaraciones de los partidos participantes; 6.4 Los resultados de los encuentros; 6.5 La Conferencia de Berlín, 29 y 30 de junio de 1976; 6.6 La Cumbre “eurocomunista” de Madrid; 6.7 Los medios de comunicación y la cumbre de Madrid; 6.8 La Cumbre de Sofía; 6.9 Balance y reflexión de la cumbre “eurocomunista”.**

El análisis de las cumbres y de las declaraciones conjuntas de los partidos eurocomunistas resulta de gran importancia para la comprensión del proyecto y para entender el porqué “no fue un espejismo, pero sí una estrella fugaz en el firmamento político europeo”<sup>366</sup>. A pesar de su escasez, de la limitación temporal y teórica de las declaraciones bilaterales, el estudio de los encuentros resulta fundamental. Desde el encuentro de Livorno, presentación pública del Eurocomunismo, a la Cumbre de Madrid, única a la que asistieron conjuntamente los tres secretarios, pasando por la Conferencia Paneuropea de Berlín, donde los partidos comunistas de Europa occidental pusieron de manifiesto la especificidad de sus políticas: durante estas reuniones se insistía en la democracia como cauce para alcanzar el socialismo, postulando la conjugación entre democracia y socialismo como rasgo distintivo del proyecto eurocomunista. Se denota un gran énfasis en la búsqueda de la democracia, reafirmada constantemente casi de forma desafiante a los soviéticos.

Antes de que los partidos eurocomunistas celebrasen sus encuentros bilaterales y la cumbre de Madrid, sus secretarios participaron a diferentes encuentros y conferencias internacionales. En los llamados encuentros y cumbre “eurocomunistas”, los partidos comunistas de Francia, España e Italia mostraban repetidamente sus posturas comunes y la voluntad de profundizar sus independencias. Por otro lado, en el XXV Congreso del PCUS, la Unión Soviética preparaba su estrategia sobre cómo enfrentarse a este nuevo posible cisma ya que la definición de la nueva corriente se reafirmó rotundamente en Moscú en ocasión del sesenta aniversario de la revolución de 1917, donde Berlinguer subrayó “la democracia es un valor históricamente universal”.

---

<sup>366</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado “*El Eurocomunismo*”, de Antonio Elorza, pág. 27.

Paradójicamente, la Cumbre de Madrid aportó muy poco a la clarificación de la nueva corriente eurocomunista, siendo, en resumen, más bien un acto de “publicidad” internacional del movimiento.

### **6.1 La declaración de Livorno de PCI-PCE**

El 12 de julio de 1975, en Livorno, Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer participan conjuntamente a un gran mitin, a conclusión del cual emiten una importante declaración conjunta. Tras el mitin, Carrillo y Berlinguer firmaron una declaración común precisando el cambio de estrategia: a partir de este momento, los comunistas españoles y los italianos declaraban públicamente que la su objetivo consistía en realizar la “concepción del avance democrática hacia el socialismo en la paz y en la libertad”. A la preparación y redacción del documento, firmado por Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer, participaron sobre todo Manuel Azcárate, Sergio Segre y Renato Sandri.

El texto, tachado como “histórico”, remarcaba que no se trataba de una maniobra, una actitud táctica sino de un convencimiento estratégico, fruto de una atenta reflexión y análisis de las condiciones socio-políticas de los respectivos países y de la Europa occidental en general. En el mismo documento, se auguraba el alcance de puntos de unión y acuerdos entre todas las fuerzas políticas socialistas, socialdemócratas, católico-progresistas, democratacristianos, al fin de actuar una política de renovación, la “coincidencia entre el conjunto de las fuerzas democráticas para una política de renovación democrática y socialista de la sociedad, para salir positivamente de la crisis profunda que afecta a los países capitalistas de Europa (...) desarrollado el más amplio entendimiento y convergencia entre las fuerzas con las que hoy se identifica el movimiento obrero y democrático del continente”.

Según los organizadores del acto, “se abre concretamente para Europa (...) la posibilidad de un continente sin ningún régimen fascista y también para España se vislumbra un régimen de democracia y libertad”. Por eso en el documento se subrayaba “la convicción de que el socialismo puede afirmarse solamente, en nuestros países, a través del desarrollo y de la plena actividad democrática. Esto tiene como base la afirmación del valor de las libertades personales y colectivas y de su garantía, la no oficialización de una ideología de Estado, de su articulación democrática, de la pluralidad de partidos en una dialéctica libre, (...), de la libertad de expresión, de la cultura...”. El texto concluía remarcando la “plena autonomía e independencia” de los



partidos comunistas a la hora de elaborar su política interior e internacional: “a partir de estos puntos de vista comunes, desarrollarán ulteriormente en el futuro sus relaciones fraternales, que están rubricadas por una larga y sólida amistad”.

Merece la pena destacar que se trataba de una declaración *européista*, en el sentido de que los dos partidos movían de la convicción de la necesidad de una respuesta europea a los problemas planteados por la crisis; se apostaba por la creación de formas de cooperación entre las fuerzas de izquierda en un nivel europeo.

Finalmente, se considera al encuentro bilateral entre el PCI y el PCE como el primer acto público eurocomunista, un acto organizado para recalcar la existencia de un “polo distinto”, recién constituido.

## **6.2 La declaración de Roma PCI-PCF**

El 15 de noviembre de 1975, se celebró en Roma el encuentro entre Enrico Berlinguer y Georges Marchais, a final del cual los dos líderes anunciaron con solemnidad que “por primera vez en la historia publicaremos una declaración que definirá nuestras posiciones comunes sobre democracia y socialismo”. Pese a que se trataba de un texto no comprometido, se intentó dar más importancia posible al acontecimiento para subrayar el deseo de desmarcarse de la Unión soviética, al mismo tiempo de manifestar la voluntad de profundizar las relaciones entre los partidos comunistas del área capitalista avanzada. En extrema síntesis, se puede considerar que declaración franco-italiana de noviembre resultaba más limitada que la italo-española de julio, sin embargo, aún así, representaba un enésimo paso adelante. Además, el comunicado conjunto, firmado por los dos secretarios en Frattocchie<sup>367</sup>, confirmaba el cambio de rumbo del PCF, su abandono del “incondicional apoyo al PCUS” y la afirmación que en Europa el socialismo representaba la fase superior a la democracia y de la libertad. Se reducía la tradicional distancia entre los dos grandes partidos comunistas de Europa occidental, distancia que había aumentado tras la polémica derivada por la diferente valoración de acontecimientos como la revolución portuguesa o la conferencia europea de los partidos comunistas. De hecho el encuentro significó la alineación total del PCF en las posiciones tradicionales del PCI, salvo alguna divergencia táctica, sobre todo en relación a temas como la Comunidad Europea o la OTAN.

---

<sup>367</sup> Localidad situada a unos kilómetros de Roma, en una villa del partido, sede, entonces, del centro de estudios del PCI dedicada a Palmiro Togliatti.

A la preparación y redacción del documento, participaron, para el PCI, Giancarlo Pajetta, Piero Pieralli, Luciano Gruppi y Giulietta Fibbi y, para el PCF, junto con Marchis, estaban Jean Kanapa, Gustave Ansart y Charles Fiterman. Las conversaciones-negociaciones entre Berlinguer y Marchais fueron difíciles y el documento-base del Eurocomunismo parece el resultado de una serie de concesiones mutuas (como la concesión de Marchais a Berlinguer sobre el problema católico o viceversa en tema de política agrícola). Se cuenta que Santiago Carrillo desarrolló un importante papel de mediador ya que el Partido comunista italiano y el francés necesitaban encontrar una fórmula de alianza entre ellos que “permitiese a ambos seguir, en sus respectivos países, la táctica que considerasen más apropiada, así como la búsqueda autónoma de la propia “vía nacional al socialismo”, y que, simultáneamente, definiese un “modelo de socialismo” no sólo común sino indicativo para todos los países capitalistas de Occidente, reforzándoles, de esta manera, gracias a la identificación de un objetivo común” <sup>368</sup>. Por esa razón en el documento se subrayaba que en el camino hacia el socialismo “cada uno de ellos realiza una política que corresponde a las necesidades y a las características del propio país. Al mismo tiempo, luchando en países capitalistas desarrollados, constatan que los problemas esenciales a los que tienen que enfrentarse presentan características comunes y necesitan soluciones análogas (...) dentro el marco de una democratización de la vida económica, social y política”.

En la línea eurocomunista, en el documento se afirmaba que “el socialismo representará una forma superior de democracia y de libertad; la democracia realizada del modo más completo” y, entre otras cosas se subrayaba el valor de las libertades y la exigencia de garantizar “la libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de reunión y asociación, de manifestación, de la libre circulación de las personas dentro y fuera de sus países, de la inviolabilidad de la vida privada, de la libertad de religión para la total libertad de expresión de las ideas y de toda opinión filosófica, cultural y artística. Los comunistas franceses e italianos se pronuncian a favor de la pluralidad de los partidos políticos, por el derecho a la existencia y a la actividad de los partidos de la oposición, por la libre formación y la posibilidad del alternarse democrático de mayorías y minorías...”.

Frente a la posibilidad de una crítica recurrente, tal y como ya se había anunciado en el documento entre el PCI y el PCE, en este también se aseveraba que “sus posiciones no

---

<sup>368</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 55.

son tácticas, sino que nacen del análisis de las condiciones objetivas e históricas especiales de sus respectivos países y de la reflexión sobre el conjunto de las experiencias internacionales”. En el documento, se evitó, cuidadosamente, cualquier tipo de referencia polémica respecto a la Unión Soviética, salvo, quizá, el pequeño inciso donde se señalaba que “se debe garantizar a cada pueblo el derecho a decidir de un modo soberano sobre el propio régimen político y social (...) y se pronuncian contra todas las injerencias extranjeras”.

Respecto al documento firmado en Livorno, el texto de Frattocchie se considera más reticente, medido e, incluso, evasivo, poniendo de manifiesto que fue el resultado de compromisos y concesiones mutuas. Por eso, se habló de un “texto equivoco”, insatisfactorio para ambas partes, incapaz de clarificar a fondo los problemas y apianar las diferencias existentes entre el Partido Comunista italiano y el francés. Sin embargo, la reunión fue la premisa del sucesivo encuentro entre Marchais y Berlinguer en París en ocasión de una gran manifestación común de ambos partidos.

Finalmente, los documentos entre PCI y PCE y entre el PCI y el PCF representaban las plataformas de discusión para futuros acuerdos y pueden considerarse como las declaraciones básicas del Eurocomunismo, constituyendo “una telaraña de acuerdos bilaterales en el centro de la cual está el partido italiano”<sup>369</sup>.

### **6.3 El XXV Congreso del PCUS**

A partir del 24 de febrero de 1976<sup>370</sup> se inauguró en Moscú el XXV Congreso del Partido Comunista soviético, en el que el secretario del PCUS, Brézhnev atacó veladamente las posiciones eurocomunistas, denunciando “las concesiones oportunistas de algunos Partido Comunista”. En su larguísimo discurso, el secretario del PCUS afirmó solemnemente, casi como si fuera un monito, que “el internacionalismo proletario constituye un deber sagrado de todos los marxistas-leninistas (...). La evolución de los partidos comunistas no debe acompañarse de compromisos con los principios del marxismo-leninismo”. Asimismo, amonestaba a los partidos comunistas occidentales afirmando que “aunque las concesiones al oportunismo pueden ofrecer una ventaja temporal, se traducen al fin en un daño para todo el partido”. De la misma

---

<sup>369</sup> Valli, Bernardo: “*Los eurocomunistas*”, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 53.

<sup>370</sup> Maliciosamente, el ABC del 24 de febrero de 1976 subrayaba que “exactamente el mismo día en que se cumple (simplemente se cumple, pero no se celebra) el vigésimo aniversario de la presentación y lectura ante el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. del “informe Kruschef” en el que se denunciaron el culto de la personalidad y los crímenes cometidos en su nombre, es decir, la condena de Stalin, pero no del estalinismo (...) se inaugura el XXV Congreso del P.C.S.”

manera, Brézhnev recordaba que las diferencias en el seno del PC debían ser resueltas con la “intención de reforzar la unidad del movimiento en su conjunto” y sin “transigir sobre las cuestiones de principio”. Renovando la condena a cualquier tipo de revisionismo (o bien de izquierdas o bien de derechas), Brézhnev evitaba polemizar de forma directa con cada uno de los partidos comunistas que empezaban a su proceso de alejamiento de Moscú. No hubo ataque decidido contra el PCF por el reciente abandono de la dictadura del proletariado o contra el PCI por su afán en proclamar su independencia y necesidad de buscar un camino autónomo en la vía hacia el socialismo. Brézhnev hizo una sólo pequeña alusión a la ya celebrada Conferencia de Bruselas, lanzando la idea de una conferencia mundial de los Partidos Comunistas y obreros para “superar” el problema chino y discutir las relaciones soviéticas con los demás partidos. Probablemente lo más relevante de este encuentro fue la ausencia de Carrillo y Marchais: por primera vez en los anales, en un congreso del PCUS faltaban el máximo representante, el secretario del partido comunista francés y español. En aquellos días, Carrillo se encontraba en Roma y, a quien le preguntaba sobre su ausencia, el secretario del PCE afirmaba, de forma despreocupada que “es más útil a la democracia española lo que está haciendo en Italia que lo que hubiera podido hacer en la Unión Soviética”<sup>371</sup>. En la misma línea, a un periodista francés que insistía sobre el tema, Carrillo respondía calificando al régimen soviético de socialismo “en fase primitivo que se resiente del sistema casi feudal derrocado por él y del que aún lleva los estigmas”<sup>372</sup>. Para el PCF, hizo uso de la palabra el delegado Gastón Plissonier<sup>373</sup>, que, tras rendir homenaje al “papel eminente de la URSS”, afirmó, en lo que concierne a Francia: “Es preciso cambiar la sociedad (...). Nuestro fin es la democracia hasta el fin, como decía Lenin, es decir, hasta las libertades individuales y colectivas. Ha de ser un socialismo con los colores de Francia”.

Por lo tanto, el único secretario eurocomunista presente en Moscú fue Enrico Berlinguer, que utilizó esta prestigiosa tribuna para exponer, casi didácticamente, las posiciones de su partido, pronunciando un discurso de amplia resonancia<sup>374</sup>. El secretario del PCI subrayaba como la grave crisis capitalista estaba obligando a los

---

<sup>371</sup> Valli, Bernardo: “*Los eurocomunistas*”, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 57.

<sup>372</sup> *Le Monde*, 28 de febrero de 1976.

<sup>373</sup> El ya citado *ABC*, afirma: “En cuanto a la ausencia de Georges Marchais, representado por un segundón de la vieja escuela, Gastón Plissonier, se ha juzgado como una “boutade” más que como un gesto de independentismo”.

<sup>374</sup> Debido al tono de sus declaraciones, la televisión soviética no transmitió íntegramente la intervención del secretario del PCI.

comunistas italianos a abandonar su inmovilismo, su guerra de posición, para desencadenar una guerra de movimiento. Frente a la profunda crisis mundial, el PCI y los otros partidos occidentales estarían planteándose el problema de cómo alcanzar y gestionar el poder, al cual se sentían muy próximos: “en Italia, nuestro partido es más fuerte que nunca (...), la grave crisis que atraviesa nuestro país solamente podrá encontrar una salida democrática y de renovación social”. Para Berlinguer, el cambio de actitud de estos partidos no dependía de cálculos oportunistas o fuera muestra de claudicación respecto a los dictámenes soviéticos, sino más el resultado de una reflexión sobre cómo llegar en el poder, estando el PCI “próximo al área de Gobierno”.

Sobre el asunto del internacionalismo proletario, el secretario del PCI recordaba que “el progreso de la humanidad se cumple necesariamente a través de nuevas experiencias y vías nuevas y diferentes. Continuando, sobre la unidad del movimiento comunista y la posibilidad de “voces discordes”, Berlinguer recordaba que “estamos de acuerdo en que los problemas que surgen sean discutidos en un clima de camaradería, en el marco de las normas inalienables de la igualdad y del respeto de la autonomía de cada partido. El desarrollo autónomo de cada partido constituye un factor decisivo para el avance del movimiento real hacia el socialismo y para el mismo desarrollo creador de nuestra teoría”.

Y más adelante de su discurso, Berlinguer afirmaba que “una de las razones más importantes del crecimiento de nuestra influencia estriba en que desde hace mucho tiempo estamos empeñados en elaborar una vía al socialismo que corresponda completamente a los caracteres peculiares del desarrollo histórico, político y civil de nuestro país”.

Asimismo para alcanzar el socialismo “necesario y el único posible para la sociedad italiana”, Berlinguer hablaba de la lucha por una sociedad socialista “que sea el cénit del desarrollo de todas las conquistas democráticas y garantice el respeto de todas las libertades individuales y colectivas, de las libertades religiosas y de las libertades culturales, artísticas y científicas. Pensamos que en Italia se puede y se debe no sólo avanzar hacia el socialismo, sino también construir una sociedad socialista con la colaboración de todas las fuerzas políticas, de organizaciones y de partidos diferentes (...) en un sistema pluralista y democrático”: era la primera vez que en aquella sede, que ofrecía un significado especial a cada palabra y que actuaba como caja de resonancia, un secretario pronunciaba un discurso tan explícito. Y como ya subrayado en las páginas anteriores, estas últimas afirmaciones e interpretan como el “manifiesto

abandono de la dictadura del proletariado” por parte del PCI y el asunción de una “concepción resueltamente no leninista del ejercicio del poder”<sup>375</sup>.

Si Brézhnev había asumido una actitud contenida y, probablemente, reprimida, los ataques de algunos dirigentes del PCUS resultaron más explícitos y punzantes, ya que no hesitaron en arremeter contra a los Eurocomunistas, una vez ya terminado el Congreso. En marzo, Mijail Suslov<sup>376</sup>, miembro del Politburó, pronunció un agresivo discurso contra los partidos eurocomunistas, aun sin mencionarlos explícitamente, del que se hizo gran eco la prensa internacional: “El abandono de la “dictadura del proletariado” y del “internacionalismo proletario”, afirma, equivale a “la sustitución del marxismo por el liberalismo burgués” y significa “prestar un buen servicio al enemigo de clase”. En cuanto a la búsqueda de nuevas vías hacia el socialismo la despacha así: “Todo lo que los oportunistas hacen pasar por variedades regionales o nacionales del marxismo no tiene nada en común con la teoría revolucionaria y atenta contra la clase obrera”<sup>377</sup>. El ataque de Suslov no fue un caso aislado, sino que en la prensa comunista aparecieron otros del mismo tono enunciados por dirigentes o responsables de partidos de alguna democracia popular. Entre ellos, Josef Kempis, dirigente del partido comunista checoslovaco, atacaba “la actividad traidora de los que se presentan como marxistas pero en realidad están dirigidos por los centros de subversión del imperialismo”<sup>378</sup>.

Merece la pena remarcar esta diferencia de actitud respecto al Eurocomunismo naciente: Brézhnev apareció incluso conciliador y dispuesto a evitar cualquier polémica, al mismo tiempo que exigió la firme condena por parte de los países “satélites”, que expresaron un rechazo inmediato y directo al proyecto. Cabe imaginar que esta reacción fue el fruto de la presión de Moscú, pedida o bien expresamente o tácitamente: la dependencia político-económica de la URSS y la necesidad de contar con su indiscriminado apoyo, las dificultades de los propios regímenes, permitieron que la condena al Eurocomunismo no fuera directamente lanzada por la Unión Soviética, sino por los

---

<sup>375</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 46. Parte de la intervención de Berlinguer está recogida en Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 225-228.

<sup>376</sup> Miembro del Secretariado del Partido Comunista de la Unión Soviética, ideólogo del partido, se considera la eminencia gris que orquestó el golpe que cesó a Kruschchev e instaló a Leonid Brézhnev en la secretaría general del Partido en octubre de 1964.

<sup>377</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 60. El autor se refiere al artículo publicado en el periódico francés *Le Monde*, 19 de marzo 1976.

<sup>378</sup> *La Vanguardia*, Barcelona, 21 de marzo de 1976.

otros países del bando comunista. Brézhnev no podría exponerse de forma desmedida, y prefirió actuar “por delegación”, encomendando a los otros líderes comunistas el papel de críticos y jueces. Finalmente, según los dirigentes soviéticos, la experiencia de la Hungría de Nagy, la de la Checoslovaquia de Dubček, habían puesto de manifiesto la necesidad de “levantar una barrera protectora unitaria” frente a cualquier amenaza disgregadora, desestabilizadora. Además, Brézhnev bien sabía que “contra las ideas de Berlinguer, de Marchais o de Carrillo, Moscú no puede enviar tanques. La única forma de contener el contagio en los países del Este europeo era (...) reforzar la cohesión y la vigilancia político-ideológica”.

#### **6.4 El encuentro del PCI y el PCF en La Villette, ¿una reunión equivoca?**

El 3 de junio de 1976, el partido comunista francés y el italiano deciden organizar un mitin en la Porte de Pantin, en el recinto de los mataderos de la Villette, en la periferia del París obrero. En la ocasión sonaron las notas de la Internacional, las de la Marsellesa, himno de la revolución burguesa de 1789, y las del himno de Mameli, melodía de la independencia italiana.

En presencia de unas decenas de millares de militantes y simpatizantes<sup>379</sup>, Berlinguer pronunció en público por primera vez la palabra “eurocomunismo”. Lo hace sin adentrarse en disquisiciones doctrinales o en la retórica: la deletrea cautamente, explicando su significado. Es conocido que el neologismo nunca le gustó mucho e incluso en privado prefería utilizar otras expresiones tales como “vía europea al socialismo” u otras formulas más acordes con el lenguaje ritual del comunismo internacional. Bueno, ¿por qué lo utiliza en París? Probablemente por cálculos políticos, por comprometer lo máximo posible al “eslabón” más débil del polo occidental, el partido comunista francés. Asimismo preparaba el terreno para “futuros eventos particularmente significativos” como la Conferencia paneuropea de Berlín oriental, alentada por los soviéticos como “preludio de una unidad ecuménica ulterior”<sup>380</sup>, o la elecciones políticas italianas del 20 de junio de 1976.

A lo largo de una sobria ceremonia, los dos partidos se comprometieron a “respetar la libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de reunión, de libre circulación de las personas por el interior y por el exterior, la inviolabilidad de la vida privada, la

---

<sup>379</sup> Según *l'Unità*, al evento asistieron no sólo trabajadores franceses, sino también italianos y españoles, de nueva y vieja emigración.

<sup>380</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 80.

pluralidad de los partidos políticos, el derecho a la existencia y a la actividad de los partidos de la oposición, la posibilidad de alternarse democráticamente las mayorías y las minorías, la independencia de la justicia, el funcionamiento democrático del estado”. En el mitin, la actitud del PCF fue contradictoria: “la liturgia y el lenguaje son de “momento histórico”, clásicos, de manual. Georges Marchais exalta el “socialismo con los colores de Francia”: es el rechazo, irreversible, del “modelo” soviético y de las democracias populares. En definitiva, es el compromiso de respetar la libertad de pensamiento y de expresión, de asociación y de prensa, el pluralismo cultural y político, la alternativa democrática del poder. Dice: “En occidente no es posible el socialismo fuera de la vía democrática”<sup>381</sup>.

El PCF daba gran importancia al evento, tanto que una semana antes de su celebración, ondeaban los tricolores de los dos países en muchas sedes del partido comunista de Francia; París se cubrió de carteles y pancartas anunciando el evento, millones de manifiestos se distribuyeron por todas las provincias del país y se organizaron cientos de autobuses para transportar militantes y simpatizantes al lugar donde se celebraba el evento.

Sin embargo, analizando el encuentro, es evidente que se trató más bien de un acontecimiento relevante desde el punto de vista publicitario, propagandístico, pero de escaso significado político y valor práctico. Si el objetivo de los dos líderes fue el de reforzar los planteamientos comunes eurocomunistas, se trató de un encuentro fracasado, equivocado. Ambos partidos se preocuparon, sobre todo, de utilizar el evento a su favor, por sus intereses propios, en una óptica nacional. El partido comunista italiano estaba volcado, plenamente, en la campaña electoral para las elecciones generales del 20 de junio de 1976: por lo tanto, el objetivo de su participación en el encuentro era el de poder utilizar esta tribuna internacional para difundir sus tesis, convencer a su plataforma electoral de la nueva estrategia eurocomunista, del deseo de alcanzar el poder (y la vía hacia el socialismo) de forma democrática. Por eso, para Berlinguer, el mitin de París podía representar un perfecto trampolín de lanzamiento del proyecto eurocomunista en función de la política interna italiana. Incluso, “ser invitado a hablar en la sede del gran partido “hermano”, aunque en cierto sentido rival, era algo que le venía a consagrar como el número uno del comunismo europeo”<sup>382</sup>.

---

<sup>381</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 21.

<sup>382</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 59-60.



Por su parte, al PCF un mitin común con los camaradas italianos podía servirle para demostrar a los socialistas de Mitterrand que contaba con una fuerte alianza y un amistoso respaldo, en un momento en que las relaciones entre los dos partidos franceses se encontraban en una de sus cíclicas etapas de dificultad.

A la finalización del evento, las diferencias entre los dos partidos eran evidentes y el controvertido término Eurocomunismo había sido sólo “susurrado” por Berlinguer e ignorado por Marchais. Se trataba de una diferencia no sólo de estilo (moderado y razonado el de Berlinguer, categórico y jacobino el de Marchais), sino, cosa más alarmante, de sustancia y contenido: “los dos oradores acabaron por subrayar, más que los puntos comunes de ambos partidos, las “notables diferencias” existentes entre la situación francesa y la italiana y el peso de las distintas experiencias que todavía inciden sobre los dos partidos”<sup>383</sup>.

Por eso, entre los pocos resultados destacables de esta “equívoca reunión”, podemos remarcar el público uso del término “eurocomunismo” ya que, si es verdad que las palabras tienen un peso en política, pronunciarlo equivalía a dotarle de una vitalidad concreta, una existencia efectiva. Y eso a pesar de la reticencia y resistencia de Marchais que rechazaba la existencia del término en el constante intento de negarle cualquier legalidad. De hecho, en una rueda de prensa internacional, el 10 de junio, subrayaba que no debía considerarse a la manifestación parisina como “un paso adelante hacia la restauración internacional del movimiento comunista”, apresurándose a remarcar que el PCF “rechazaba categóricamente” cualquier modelo (¿modelo soviético?, ¿modelo italiano?<sup>384</sup>). Y añadía: “Ni Berlinguer ni yo, pretendemos tener un papel dirigente”.

## **6.5 La Conferencia de Berlín, 29 y 30 de junio de 1976**

La Unión Soviética insistía para que se preparase una nueva Conferencia de los partidos comunistas europeos<sup>385</sup>, que fue celebrada, inesperadamente, a finales de junio de 1976. El 29 y 30 de junio, se celebró, en Berlín, la Conferencia Paneuropea de los partidos comunistas, con el objetivo de salvar la unidad del movimiento y “evitar” el cisma occidental: era evidente que ninguno de los contrincantes deseaba llegar a una ruptura,

---

<sup>383</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 61.

<sup>384</sup> La prensa francesa acusaba reiteradamente al secretario del PCF de una “italianización” del comunismo francés.

<sup>385</sup> Para la mayoría de los observadores de la época, su celebración se había convertido en una cuestión de prestigio personal para Brézhnev.

posiblemente peligrosa y contraproducente para todos. Para el partido comunista soviético, la conferencia paneuropea fue concebida como preludeo de una unidad ecuménica ulterior. Por su parte y al mismo tiempo, el PCUS parecía dispuesto a aceptar la proclamación “pública” de las posiciones eurocomunistas, pese a ser ya considerados como una amenaza para Moscú.

Sin embargo, para evitar una ruptura definitiva y traumática con los partidos de la Europa occidental y salvaguardar la unidad comprometida, Brézhnev se mostró favorable a alguna concesión y aceptó la redacción de un documento inocuo, anodino, donde se reconoce el “respeto a la libre elección de las diversas vías en la lucha para las transformaciones sociales progresistas y a favor del socialismo”. En esta ocasión “más que un divorcio brutal, irremediable, los soviéticos prefieren ofrecer una plataforma a los eurocomunistas, ya imparables en sus “herejías”. Mejor una unión inestable, confusa, que una interrupción del diálogo que impediría o haría más difícil futuros e imprevistos desenlaces”<sup>386</sup>. Por esa misma razón, desaparecieron del documento final fórmulas tradicionales de la ortodoxia moscovita, sustituidas por expresiones más acordes con el deseo de cambio exigido por la corriente eurocomunista. Así que, Brézhnev aceptó la sustitución de la fórmula clásica *internacionalismo proletario* por la más moderna *solidaridad internacional*, expresión aligerada del peso de la tradición y los recuerdos y que contaba con el aval del partido comunista italiano; no se hablaba de “marxismo-leninismo”, fórmula acuñada durante el régimen estalinista, sino de unos partidos que se rigen “sobre la base de las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin”; ni se habla de dictadura del proletariado, o lucha contra el antisovietismo, sino de preservar “la igualdad y la independencia soberana de cada partido, la no injerencia en los asuntos internos, la libre elección de las diferentes vías en la lucha por las transformaciones sociales progresistas y por el socialismo”<sup>387</sup>.

La Conferencia de Berlín, en la que participaron 29 delegaciones –incluso las más “herejes” como la yugoslava con la presencia de Tito, y la rumana-, ya ha sido mencionada en los capítulos anteriores<sup>388</sup>, pero debido a su relevancia e importancia en el desarrollo del movimiento eurocomunista, merece la pena reflexionar atentamente sobre este acontecimiento.

---

<sup>386</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 59.

<sup>387</sup> *L’Humanité*, 3 de julio de 1976.

<sup>388</sup> Véase por ejemplo el párrafo *Partidos integrantes al movimiento eurocomunista* dentro del capítulo II.

La organización de esta Conferencia fue el resultado de un elaborado proceso, que duró casi tres años, y fue precedida por un encuentro preparatorio en Varsovia, celebrado en octubre de 1974, donde se establecieron una serie de puntos impuestos sobre todo por los comunistas italianos, yugoslavos y rumanos: a) rechazo al retorno a una dirección centralizada; b) rechazo a la función del guía del PCUS; c) negativa a implicarse en la disputa China-URSS.

En la misma dirección, en otra reunión preparatoria a la Conferencia Europea, en la misma ciudad alemana a mediados de mayo de 1975, Pajetta afirmó rotundamente que el PCI “rechaza todo tipo de solidaridad litúrgica que tienda a reducir a los partidos comunistas a órganos de propaganda y aislarlos de las masas y de los procesos legales”. Sus palabras estaban motivadas por el deseo de evitar posibles futuros malentendidos y mostrar así públicamente el desacuerdo italiano con la voluntad de la delegación de Moscú de proponer un documento ideológico, de presión, en contra de la independencia de los partidos comunistas y a favor de la doctrina de la “autonomía limitada” para los partidos de Europa occidental. En la misma línea, *L’Unità* escribió que “los tiempos del Komintern han pasado ya definitivamente”.

Aparte de la agudización del algún contraste dentro de la órbita comunista, la mayor dificultad para la celebración de la reunión estaba constituida por el deseo soviético de elaborar un texto de base de discusión para la reunión y un documento final “aprobado” por unanimidad<sup>389</sup>. Se propusieron diferentes documentos-base, reelaborados a fin de encontrar una postura común; se constituyó una “comisión redaccional” para estudiar el texto base, que llevó a la elaboración de un documento final, que como veremos, era insatisfactorio y complaciente a la vez, y que respondía principalmente a las peticiones del eurocomunismo.

Los avances, las negociaciones, las marcha atrás, las discusiones sobre la Conferencia ponían de manifiesto un dato: Brézhnev la quería fuertemente<sup>390</sup> y la necesitaba para demostrar la veracidad de sus palabras pronunciadas en el último Congreso del PCUS,

---

<sup>389</sup> Berlinguer subrayó, reiteradamente, a varios periódicos italianos que la elaboración de un documento final hacía que la organización de la Conferencia resultase más complicado, presentase más insidias y obligaba a “medir” cada palabra.

<sup>390</sup> “Para llegar a ello –escribía el corresponsal en la URSS, Demetrio Volcic-, el Kremlin ha derrochado bondad, ha luchado en el arte de lo posible, ha concebido casi lo imposible dejando fuera del documento final todas las referencias con sabor a viejo repertorio ideológico, pero, sobre todo, ha tenido una paciencia increíble”. Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 124. Probablemente cuando habla de paciencia, se refiere a los numerosos intentos de retrasarla, posponerla *sine die* por parte del eurocomunistas que por una razón u otra se mostraban reacios a celebrarla.

cuando aseguró, maliciosamente, que no existían divergencias dentro del bloque comunista –como sostenía la “propaganda burguesa”-, sino simples “discusiones fraternales”. Por su parte, la Conferencia podía servir a los partidos eurocomunistas para “reafirmar” públicamente sus tesis, aunque, por otra parte, podía acrecentar la distancia con Moscú.

En el Hotel de Stadt, cada uno de los secretarios presentes en la Conferencia tomó la palabra, defendiendo su política y mostrando su postura. A lo largo de sus intervenciones, los secretarios eurocomunistas intentaron poner de manifiesto sus discrepancias, reclamando el derecho a una diversidad del movimiento comunista mundial frente a las viejas concepciones del internacionalismo clásico anterior. Los líderes reiteraban la consubstancialidad de socialismo, libertad y democracia y confirmaban la presencia del Eurocomunismo en sus respectivos países.

La declaración final, un texto genérico aprobado –pero no firmado- por unanimidad, no entusiasmaba pero tampoco preocupaba a los soviéticos, considerando además que “cada uno la interprete como quiera” y que lo que más le interesaba era subrayar “lo que nos une”. En el texto, se afirmaba que: “Los participantes en la conferencia recalcan la firme decisión de sus partidos de continuar una lucha coherente en base a una línea política elaborada autónomamente y decidida por cada uno de los partidos de un modo independiente, según sus condiciones económico-sociales y políticas y sus peculiaridades nacionales, para conseguir los objetivos de la paz, de la democracia y del progreso social”. En lo que concierne a la situación española, en el apartado titulado “Liquidar el fascismo, defender la democracia y la independencia nacional”, se afirmaba que los participantes en la conferencia “se declaran contrarios a todo intento de continuar, bajo cualquier forma, la política del franquismo y animan las fuerzas democráticas y progresistas de Europa a intensificar su activa y concreta solidaridad con todas las fuerzas antifascistas españolas que luchan por la democracia y la libertad. Una España democrática, definitivamente libre de todo residuo de franquismo, representa una necesidad vital para la seguridad y el progreso de Europa”. Y en el mismo apartado, en términos generales, se amonestaba a “rechazar todo intento de presión del exterior y de injerencia que en cualquier lugar y bajo cualquier forma se presente. Es más necesario que nunca fortalecer la lucha por la defensa y el desarrollo de los derechos democráticos...”.

En el documento, un texto bastante breve e igualmente abstracto, ya no se hablaba de “acciones comunes”, ni de “estrategia común”, mientras que la independencia se

consideraba como “un derecho y una prerrogativa inalienable de cada partido comunista”.

Por parte de los eurocomunistas, no faltaron críticas, tal vez indirectas pero fácilmente detectables, mostrando, con rudeza y decisión, sus posturas de entonces. Asimismo en sus intervenciones reiteraron la “consustancialidad de socialismo y democracia”.

En su intervención, Berlinguer mostró su habilidad retórica y su capacidad de presentar con precisión –y sutileza- la estrategia del partido comunista italiano: “(...) es muy significativo que algunos partidos comunistas de Europa occidental hayan llegado, a través de su propia búsqueda, a planteamientos análogos con respecto al camino a seguir para llegar al socialismo y con respecto a los caracteres de la sociedad socialista a construir en sus países. Estas convergencias y rasgos comunes han sido recientemente expresados en las declaraciones que hemos formulado con los camaradas del partido comunista español, del partido comunista francés (...). Algunos llaman “eurocomunismo” a estos nuevos planteamientos y búsquedas. Este término no ha sido inventado por nosotros, pero el simple hecho de que circule con tanta frecuencia significa cuán profunda y extendida es la aspiración de que en los países de Europa Occidental se consoliden y avancen soluciones nuevas en la transformación de la sociedad en sentido socialista”<sup>391</sup>. El mismo Berlinguer declaró que la distensión no debía implicar forzosamente “el mantenimiento del viejo equilibrio social y político en todos los países”, abogando por una “supresión gradual” de los bloques, “sin alteraciones unilaterales del equilibrio estratégico entre el Tratado del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia”. A tal propósito, según el secretario del PCI, los italianos deberían poder decidir su destino de forma independiente y soberana, sin injerencias extranjeras, pero “dentro de las alianzas internacionales a la que pertenece Italia”.

Por su parte, Santiago Carrillo se mostró mordaz y crítico, pronunciando las conocidas palabras: “los comunistas hemos nacido y crecido bajo condiciones de lucha y de persecución sólo comparables a las que conocieron los primitivos cristianos. Estos eran arrojados a las fieras, crucificados, lanzados a las catacumbas; resistieron asidos a su fe, a sus creencias y símbolos hasta que rompieron el cerco social que les excluía. Nosotros hemos pasado por una situación semejante (...). Los sufrimientos (...) crearon en nuestras filas una aleación entre el socialismo científico y una mística del sacrificio y de la predestinación: llegamos a tener algo de una nueva Iglesia, con nuestros mártires y

---

<sup>391</sup> La intervención de Berlinguer fue publicada en *L'Unità* de 1 julio de 1976.

nuestros profetas. Durante largos años, Moscú, donde nuestros sueños comenzaron a tener realización, fue como nuestra Roma. Hablábamos de la gran revolución socialista de octubre como la nuestra Navidad”. Y continuando recuerda que “fue nuestro periodo de infancia. Hoy nos hemos hecho adultos (...). Vamos perdiendo las características de una iglesia”. En su discurso, el secretario del PCE remarcaba la independencia soberana de cada partido y el principio de no injerencia en los asuntos internos: “es indudable que hoy los comunistas no tenemos ningún centro dirigente, ninguna disciplina internacional que nos obligue (...). Y que no aceptaríamos ningún retorno a las estructuras y concepciones del internacionalismo propias del período anterior”. Siguiendo con la comparativa de Moscú con una Iglesia, muchos analistas subrayaban que el proceso de separación y cuestionamiento por parte de los partidos comunistas del papel del PCUS “llega un día en que, en una y otra Iglesia, sopla un viento de revuelta sobre los dogmas. Es una misma necesidad de liberación la que sacude la Iglesia posconciliar y el mundo estaliniano, e inspira los crecientes contestatarios en los países socialistas (...). Es a la vez porque el partido se había convertido en una Iglesia (...) y adoptando su dogmatismo intransigente, el eurocomunismo encontró en ello su terreno más favorable”<sup>392</sup>.

Continuando, en la Conferencia, el secretario del PCE señalaba que “en los últimos tiempos se ha hablado de “Eurocomunismo” en medios ajenos a nosotros. El término es desafortunado; no existe un eurocomunismo, porque Partidos Comunistas no europeos, como el japonés, no pueden ser incluidos en esta denominación. Sin embargo, es evidente que los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados (...) nos enfrentamos a una problemática peculiar, exigencias específicas del desarrollo de la lucha de clase en nuestros ámbitos, que nos llevan por vías y a formas de socialismo que no van a ser exactamente las mismas que en otros países. Es un hecho objetivo que tenemos que asumir. La hegemonía de las fuerzas del trabajo y de la cultura que protagonizan hoy la lucha por el socialismo en nuestros países no se hará con formas dictatoriales, sino en el respeto del pluralismo político e ideológico, sin partido único y con pleno acatamiento en todo momento a los resultados del sufragio universal (...) por cauces pacíficos, con la participación intensa y constante de las masas populares”.

Asimismo Carrillo mostraba, abiertamente, su apoyo a las palabras de Berlinguer y, al mismo tiempo, advertía de que, al igual que las “ambiciones imperialistas”, había que

---

<sup>392</sup> Fonvieille-Alquier, François: *El Eurocomunismo*, Plaza & Janes, S.A. Editores, Barcelona, 1979, pág. 28-29.

considerar a “las ambiciones de hegemonía” como una amenaza peligrosa, remarcando que “esta diversidad de nuestro movimiento sea aceptada de una vez para siempre y que se renuncie a toda forma de intriga para contrarrestarla. Las diferencias no nos llevarán a ningún cisma a condición de que nadie erija en dogma sus propias concepciones”.

Y por su parte, Georges Marchais se mostró más perentorio que los otros, subrayando que “queremos decir que conferencias como ésta ya no responden a la necesidad de la época. La elaboración de una estrategia común a todos nuestros partidos queda del todo excluida”. Por eso, Marchais proponía un cambio de método, pasando a unos debates más abiertos y directos sobre los verdaderos problemas del movimiento comunista: “Nos parece más oportuno buscar nuevas formas de encuentro, más vivas, más flexibles y más eficaces, que consientan una discusión exhaustiva, franca y directa sobre ésta o aquél grave problema del momento, y la exclusión para siempre de la aprobación del documento”. Estas afirmaciones eran compartidas por Berlinguer y el secretario del PCF se ocupó, de forma algo dura, de ponerlas de manifiesto.

Por lo que concernía a su país, el secretario del PCF afirmaba que “nosotros seguimos una vía original e independiente de lucha por el socialismo. En general, nuestro partido define su política, sus objetivos y sus métodos de acción con la mayor independencia, de modo soberano, basándose sobre las enseñanzas, positivas y negativas, de todas las experiencias efectuadas”<sup>393</sup>. Aún así y comparado con los “valientes” discursos de Carrillo y Berlinguer, la intervención de Marchais resultó bastante decepcionante en cuanto que evitó emplear la expresión eurocomunismo, limitándose a hablar de un “socialismo con los colores de Francia”.

Y, concluyendo, el líder soviético, Brézhnev, pronunció un discurso moderado, sin “ninguna excomunión” o crítica abierta, evitando, apaciblemente, cualquier enfrentamiento o condena, y reconociendo la existencia de diferencias dentro del bloque. Incluso recordó como “cada partido responde de sus acciones, sobre todo ante los trabajadores de su propio país”, halagando la contribución de cada partido comunista que “tiene tanto más peso cuanto más fuerte es su influencia en el propio país”.

La Conferencia generó muchos comentarios y reflexiones que aparecieron abundantemente en la prensa de entonces. Entre tantas opiniones, destacamos algunas. En primer lugar, Jiri Pelikan<sup>394</sup> en *Le Monde*, se mostró muy crítico frente a la reticencia

---

<sup>393</sup> El discurso de Marchais fue publicado en *L'Humanité* del 1 de julio de 1976.

<sup>394</sup> Fue entre los promotores de la Primavera de Praga, ex director de la televisión checoslovaca, pedirá asilo a Italia donde será eurodiputado del Partido Socialista italiano desde 1979 hasta 1989.

de los partidos eurocomunistas a condenar una vez más la situación de Checoslovaquia y exigir una “rectificación”: “no piden a franceses, italianos y españoles que rompan con la URSS, pero sí les piden que no se contenten con fórmulas generales, y exijan respeto en el caso concreto de Checoslovaquia. Es positivo que el proyecto final de la conferencia de Berlín reconozca la autonomía y el derecho de cada partido a su propia vía hacia la edificación del socialismo. ¿Pero cómo hacerlos prevalecer en la práctica si el caso concreto de la violación de Checoslovaquia ha pasado en silencio? (...). Pasar en silencio Checoslovaquia revelaría que habría que restar en una gran parte la credibilidad del proyecto de un socialismo en la libertad”<sup>395</sup>.

Al término de la Conferencia, el periódico francés *Le Monde* publicaba un editorial titulado “¿El último encuentro?” debido a las críticas de Berlinguer y Marchais sobre la utilidad de la misma y de encuentros de este estilo. Por otra parte, se subrayaba la satisfacción de Brézhnev que había declarado “Una Conferencia que dejará una huella duradera en la historia de Europa”. Una fiesta con “cierto regusto de amargura” por las críticas de los eurocomunistas, por su decisión de aprobar sin firmar el texto, a pesar de las concesiones soviéticas –ya citadas. Para Carrillo, Berlinguer y Marchais, la Conferencia “tenía un valor únicamente relativo”, considerando pero importante poder “ejercer con tanto fausto sus derechos a la diversidad” en un auditorio tan importante. El editorial subrayaba el cambio que había registrado el movimiento comunista, pasando de la época de Stalin donde la URSS no tenía la “necesidad de convocar asambleas. Stalin ordenaba y era obedecido”, a la situación de Berlín donde los partidos “anuncian que han venido a la cita para agradar en cierta manera a sus compañeros, pero que no están dispuestos a recomenzar la experiencia”<sup>396</sup>. Estas frases certifican la imagen que muchos tuvieron de la conferencia, de una Unión Soviética “maltratada” y cuestionada como “*pater familias*” incapaz de postularse como ejemplo a seguir o brindar enseñanzas a sus hijos.

Finalmente, reflexionando sobre el encuentro es evidente que en esta etapa, las dos fuerzas *enfrentadas* (la soviética Vs. la eurocomunista) intentaban mantener una relación cordial, apostando por una postura cauta, prudente y circunspecta: si por un lado, uno no criticaba públicamente las desviaciones de uno, por otro lado, el otro no condenaba expresamente la situación de Europa oriental. Por eso, resulta difícil

---

<sup>395</sup> *Le Monde* 30 de junio de 1976.

<sup>396</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 57-58.



establecer un resultado final de la Conferencia de Berlín ya que se trató de un acto marcado por la ambigüedad y la vaguedad, aunque es cierto que, por primera vez, la diversidad del movimiento comunista internacional era tan clara. Aún así, en “Berlín, los 29 participantes han constatado en síntesis la posibilidad de nuevos encuentros rituales y de nuevos documentos comunes. El último texto es unánime, porque dice poco y lo poco que dice puede ser interpretado, por común acuerdo, de una manera diferente. Las herejías no son tales si no se expresan desde el púlpito de una iglesia, pero esta iglesia es ahora un museo”<sup>397</sup>. Se cerró con un documento contradictorio y de dudosa utilidad, evasivo sobre importantes cuestiones ideológicas y problemas prácticos: como subrayaba el seminario del PCI, *Rinascita*, se proponía “todo y nada sobre los problemas más importantes”, aportando tan sólo soluciones formales, que, en la mayoría de los casos, equivaldría a no dar ninguna solución.

No hubo “ni vencedores ni vencidos”: si es cierto que Brézhnev se apuntó la victoria “formal” de haber conseguido celebrar una conferencia a pesar de la obstinación contraria, el evento pudo representar una buena tribuna propagandística para el eurocomunismo, ya que sus líderes pudieron exponer públicamente sus ideas en un importante escenario internacional, una gran caja de resonancia<sup>398</sup>. En esta ocasión, aunque debido a una cuestión táctica, a un pragmatismo utilitario, el eurocomunismo no fue atacado abiertamente por Moscú, a sabiendas de la lección de China y ante una posible escisión, intentando evitar a toda costa un nuevo cisma. Por eso, casi obtuvo un silencioso *placet*. Sin embargo, para algunos, su presentación dentro de un contexto tan tradicional y dogmático limitó su futuro desarrollo, ya que pareció casi un intento de obtener la aprobación por parte de quien se estaba cuestionando y acusando de pretenciosa injerencia: “significó algo así como ir a justificarse ante ellos que, a fin de cuentas, aceptaron las explicaciones sólo a nivel de recíprocas conveniencias tácticas y contingentes. El eurocomunismo, en suma, salió de la conferencia de Berlín oriental, sólo como algo útil: no como algo seguro e irrenunciable para siempre”<sup>399</sup>. Quien resultó “vencido” en esta conferencia fueron los países de Europa del Este, ya que no se discutió, ni se planteó la cuestión, de una suavización de la “soberanía limitada”

---

<sup>397</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 61.

<sup>398</sup> “Santiago Carrillo, que gusta de las imágenes religiosas, pudo decir que la blasfemia toma una dimensión muy diferente cuando se pronuncia en un café que cuando se dice en una catedral y, sobre todo, durante los oficios”. Artículo de Jacques Amalric, corresponsal de Le Monde en Moscú, publicado el 9 de julio de 1977 y presente en el texto “*Eurocomunismo*”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 59.

<sup>399</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 132.

impuesta por la Unión soviética: “El eurocomunismo fue aceptado por Occidente y sólo por Occidente. De esta forma salió un eurocomunismo manco y disminuido: un eurocomunismo sólo por una parte de Europa y, por tanto, un eurocomunismo a medias, un no-eurocomunismo”<sup>400</sup>. E igualmente “vencido” resultó el estalinismo, criticando por ambos bandos, tanto que se llegó a decir que “en Berlín Este, Stalin ha muerto por tercera vez”.

Las concesiones del PCUS fueron “semánticas”, en el lenguaje del documento final, pero no comprometían en ningún aspecto al partido. Y este aspecto quizá fue infravalorado por los eurocomunistas ya que “la independencia no puede garantizarse sólo con palabras”, sobre todo si se tiene en cuenta que “las concesiones en Berlín Este son soberbiamente ignoradas en Moscú” o que “Berlinguer, Carrillo y Marchais quizá han sido oídos. Pero no han sido, ciertamente escuchados. En Moscú todo ocurre como si ellos hubiesen hablado con el desierto”.

Asimismo, merece la pena destacar que representó la primera confrontación pública entre el bloque soviético y el eurocomunismo, del cual ya no se podía negar su existencia, aunque el término se recusó una vez más. Para muchos, la Conferencia de Berlín representó la consagración del eurocomunismo. Por su parte, en sus intervenciones en la Conferencia, los dirigentes de los partidos eurocomunistas no negaron la existencia del nuevo proyecto, que, como sabiamente afirmaba Berlinguer, nacía, en Europa occidental, de la generalizada y compartida voluntad de “encontrar nuevas soluciones al problema del socialismo”. El día siguiente a la arenga de Berlinguer ante la asamblea de Berlín oriental, el *Pravda* hizo desaparecer del resumen de su discurso cualquier expresión o frase que pudiera referirse al eurocomunismo<sup>401</sup>. No se publicaron ni la tesis italiana de que “no existe ni puede existir un partido o Estado-guía”, ni el rechazo del vasallaje hacia la URSS, ni el repudio del sectarismo, ni las alusiones sobre la primavera de Praga o las críticas sobre “la relación entre democracia y socialismo en varios países socialistas”.

Cabe la pena subrayar la actitud de Brézhnev, sabio y moderado, que una vez más dejó a los otros el papel de atacar y condenar el Eurocomunismo: “Si la vieja guardia –los Jivkov, los Honecker, los Husak-, han sabido más que aferrarse al dogma y recitar los

---

<sup>400</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 132.

<sup>401</sup> En general, en esta ocasión el *Pravda* censuró los pasajes “conflictivos” de los discursos de los dirigentes eurocomunistas. Aún así, la prensa de la RDA se vio obligada a publicar los discursos de Berlinguer y los otros eurocomunistas: no se trataba de insubordinación o desafío a los soviéticos, más bien de evitar hacer el ridículo ya que la radio y televisión alemana había retransmitido el evento en directo y muchos alemanes ya comentaban las palabras del secretario del PCI.

clichés más manidos del marxismo-leninismo, Brézhnev ha demostrado que es un excelente maniobrero. Su discurso de Berlín Este es un modelo de género; toda idea nueva es aceptada para deformarla mejor. Así, Brézhnev ha desarticulado en parte las críticas de Berlinguer y Marchais (...). Haciéndose el sordo, ha desarrollado el tema principal de su intervención: “Lo esencial es lo que nos une”<sup>402</sup>.

A partir de esta Conferencia se repitieron los ataques contra los eurocomunistas, urdidos por Brézhnev y realizados materialmente por su entorno. Posteriormente en un artículo escrito para celebrar el sesenta aniversario de la obra de Lenin (22 de abril 1977), titulado *Imperialismo, fase suprema del capitalismo*, el órgano oficial del partido comunista soviético remarcaba la existencia de un solo “socialismo real”, que era aquel realizado en la Unión Soviética. Y el mismo día del nacimiento de Lenin, Mijail Zimianin atacó a los partidos de Europa occidental, acusándoles de “buscar una reconciliación con la burguesía”, mientras el 28 de abril, en una entrevista a la revista *Problèmes de la Paix et du socialisme*, Ponomarev asimilaba el eurocomunismo “al anticomunismo, al antisovietismo y al oportunismo”, tachándolo de “falsa consigna”.

Relacionado con la crítica de Marchais sobre la inutilidad de estos tipos de actos, quizá resulte útil reflexionar sobre la importancia que tenían, en aquel momento y contexto, las Conferencias de los partidos comunistas: disuelta la Tercera Internacional y frente a la pérdida de peso político de la Kominform, las Conferencias servían al PCUS para preservar su poder y mantener el papel de partido-guía dentro del movimiento comunista mundial. Pero, quebrantada la unidad del movimiento, el partido utilizaba estas ocasiones para remarcar su poder y recordar la dependencia de los demás partidos de Moscú. Por eso, la denuncia del secretario del PCF asume gran relevancia: se trata de cuestionar la utilidad de este tipo de medida, de esta actitud de “padre-padrón”. Algunos se preguntaron si efectivamente se trataba de “fundar una nueva Internacional, una KOMINFORM número dos”, si “Carrillo quiso crear su propia pseudo-internacional eurocomunista formada no sólo por italianos y franceses, sino también por partidos no europeos como el japonés y el australiano”<sup>403</sup>; por su parte, otros autores subrayaban que “la pequeña internacional eurocomunista parecía un hecho en la actitud de base a

---

<sup>402</sup> Artículo de Jacques Amalric, corresponsal de *Le Monde* en Moscú, publicado el 9 de julio de 1977 y presente en el texto “*Eurocomunismo*”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 61.

<sup>403</sup> “La dimensión exterior de la transición española” de Charles T. Powell, publicado en la Revista CIDOB D'Afers Internacionals 26, 1993, pág. 58.

adoptar respecto del movimiento comunista internacional”<sup>404</sup>. La respuesta parece negativa, ya que los promotores del Eurocomunismo no parecían intencionados ni interesados en crear un “centro de pensamiento y de acción”, ni en sustituir el “centro de inspiración totalitario soviético” por uno liberal-pluralista. Como luego veremos, en Madrid los eurocomunistas parecían unir sus esfuerzos sin realizar una acción común o suficientemente concertada.

Un artículo de *La Repubblica* de aquellos días contribuye a ofrecer buena descripción de la imagen que la Conferencia de Berlín dejó: “Come in un grande spettacolo in due tempi la conferenza dei partiti comunisti e operai aveva ripartito con sapienza il suo copione: e se la prima giornata era stata tenuta all'insegna di un paternalismo qualche po' aggrondato con Brézhnev, o del più rigido e tradizionale galateo ideologico con il bulgaro Zikov, la seconda ci ha portato nel mondo del nuovo. Tito, presidente jugoslavo, vi ha rappresentato la voce pacata dello statista che ormai si misura soltanto con le dimensioni della storia; Berlinguer vi faceva la figura dell'enfant prodige, attesissimo ed ascoltasissimo come l'esploratore più attento e preparato della pattuglia eurocomunista; Georges Marchais, della cui veridica conversione qualcuno ancora dubita, doveva superare una prova del fuoco internazionale sul piano sia del linguaggio che della coerenza ideologica”<sup>405</sup>.

Desde la Conferencia de Berlín, el enfrentamiento entre la “corriente” eurocomunista y el bloque soviético se agravaba cada día, tanto que en diciembre de este mismo año, Zhivkov, jefe del Partido y del Gobierno de Bulgaria, acusó abiertamente al “eurocomunismo de ser una nueva forma de antisovietismo”, provocando las iras del partido comunista italiano que calificó la acusación de “ataque directo y hecho grave”<sup>406</sup>.

Concluyendo, la Conferencia fue “un testimonio de que la diversidad había adquirido en el seno del movimiento comunista europeo un estatuto casi institucional. Se trataba de un considerable cambio con relación”<sup>407</sup> a las anteriores conferencias celebradas en el bloque comunista.

---

<sup>404</sup> Frase citada en la Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado “*El Eurocomunismo*”, de Antonio Elorza, pág. 28.

<sup>405</sup> Giorgio Signorini, *La Repubblica*, 1 de julio de 1976.

<sup>406</sup> *Le Monde*, 6 de diciembre de 1976.

<sup>407</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 125

## 6.6 La Cumbre “eurocomunista” de Madrid

La idea de celebrar una cumbre “eurocomunista” empezó a circular a principios del mes de febrero de 1977 y tuvo gran eco sobre todo en la prensa italiana y española. La primera noticia apareció en el periódico Pueblo del 6 de febrero de 1977, reproduciendo una información firmada por Frane Barbieri<sup>408</sup>, publicada en el diario italiano *Giornale Nuovo*. Según el periodista italiano-croata, Berlinguer y Marchais acudirían a Madrid para encontrarse con Carrillo y “suscribir un documento en el que se unificarían los criterios de los partidos eurocomunistas”. De la noticia se hacía eco también el ABC, que publicaba en su decima pagina un artículo titulado: “Lo que faltaba”, subrayando el anuncio del “propósito de celebrar en Madrid, para finales del mes, una “cumbre eurocomunista”, añadiendo: “Por lo que se ve, Santiago Carrillo está dispuesto a enmendarle la plana a Lenin en aquello que recomendaba, de dos pasos adelante y uno atrás”. El ABC atacaba la estrategia de Carrillo considerando que la reunión era una excusa, “utilizar este Congreso como vía de presión para incrustarse en la legalidad española”<sup>409</sup>.

Se encargaron de la preparación de la “Eurocumbre” Manuel Azcárate y Leonor Bornau por el PCE, Jean Kanapa y Jacques Denis para el PCF, mientras Sergio Segre, Mauro Tazo y Anna Azzioline representaban al PCI. Se suele considerar que los antecedentes más inmediatos de la Cumbre de Madrid fueron los encuentros bilaterales de Livorno y de París. Como luego veremos, sin embargo, la declaración conjunta de Madrid no aportaba muchas novedades a este respecto, tratándose más bien de “refrendar” los objetivos, los principios y las concepciones estratégicas generales expresadas en las declaraciones bilaterales, tratadas anteriormente.

En un principio el Ministerio de la Gobernación prohibió el acto, ya que, según fuentes de la época –recogidas también por *Europa Press*–, el PCE carecía de personalidad jurídica para organizar un evento público, ya que “este partido está incurso en la ilicitud prevista por el vigente Código Penal”. Sin embargo, el 28 de febrero el PCE presentó ante el Gobierno Civil de Madrid una solicitud de autorización para celebrar una cumbre y un mitin en un local de Leganés. La cumbre no fue denegada, mientras el mitin, al contrario, fue prohibido, alegando que no cumplía los requisitos establecidos en la ley que regula el derecho de reunión.

---

<sup>408</sup> El mismo periodista que algunos consideran el inventor del neologismo “Eurocomunismo”.

<sup>409</sup> ABC de 6 de febrero de 1977.

En los días previos al encuentro, en la prensa española, aparecieron varios artículos y editoriales sobre el tema, mostrando asentimiento y aquiescencia o disconformidad y contrariedad. El mismo miércoles 2 de marzo de 1977, el *ABC* escribía duramente: “Cuando el asunto de la legalización del “Partido Comunista de España” se encuentra “sub judice” en manos del Tribunal Supremo, toda la indiscutible presión que representa el montaje de la “cumbre” eurocomunista en Madrid trasciende una ciertísima voluntad de agitar y revolver las aguas del momento político nacional. Es ocioso advertir que no nos sorprende en absoluto este proceder del carrillismo. Los comunistas, que han hecho de la conquista del Estado el norte único de su vida, no descartan ni relegan por principio ningún tipo de recurso para el ejercicio de su acción revolucionaria. Así, utilizan los cauces legales cuando existen; pero simultáneamente, si la estrategia global lo aconseja, actúan por la vía de hecho. Para reforzar, si ello es posible, sus márgenes de progresión y avance. La propia presentación eurocomunista de ciertos partidos comunistas en la Europa occidental denota la ambigüedad formal de la estrategia conjunta marxista-leninista. En sociedades donde los niveles de bienestar y los modos de vida asentados en una civilización de tolerancia cierran el paso a los maximalismos totalitarios de todo signo, ciertos comunistas, con indiscutible agilidad dialéctica y afinado mimetismo político, se han apresurado a instalar la libertad en el eje mismo de sus proclamas y promesas. La dialéctica de los eurocomunistas sigue siendo de modo cabal la dialéctica leninista de las situaciones concretas. Y la concreta situación española les aconseja, al parecer, reunirse en Madrid y, de alguna manera presionar al Tribunal Supremo”<sup>410</sup>.

Por su parte, en un editorial publicado el día de inicio de la cumbre, *El País* subrayaba el valor del evento: “La reunión en Madrid de los secretarios generales de los partidos comunistas de Italia, Francia y España es una nueva demostración de que el espacio político del postfranquismo desborda las viejas fronteras autárquicas y se extiende hacia esa nueva unidad en formación que es Europa (...); los dirigentes italiano y francés de la tercera gran fuerza europea viajan a Madrid a dar testimonio de los indisolubles lazos que les unen con los comunistas españoles. El acontecimiento reviste una gran significación y arroja una clara enseñanza. Si los gobernantes de la transición desean realmente homologar las instituciones españolas con las europeas, no pueden recortar a su gusto y conveniencia las pautas de comportamiento político vigentes en el resto del

---

<sup>410</sup> *ABC* de 2 marzo de 1977.

continente. Los comunistas constituyen una poderosa fuerza organizativa y sindical, que recibe el respaldo de más de un tercio del electorado italiano y de casi un cuarto de los votantes franceses (...).aún sin participar en el poder, los comunistas constituyen una variable clave del modelo político de los dos países europeos más afines a España en estructura social, tradición cultural e historia política. Sería absurdo pretender disfrutar de las ventajas de todo orden del sistema representativo, clave del resurgir europeo tras la derrota de la Alemania nazi, mediante la reproducción caricaturesca y castrada de sus instituciones (...). Baste ahora con saludar la primera reunión pública que realiza en España la tercera gran fuerza política de nuestro continente. El sistema de democracia pluralista que Europa ha logrado crear sobre las ruinas de la feroz guerra desatada por el fascismo internacional incluye, guste o no, a los partidos comunistas. Y España no puede ser la excepción”<sup>411</sup>.

En su editorial, publicado mientras se desarrollaba el encuentro, *La Vanguardia española* concluía afirmando: “El fenómeno del eurocomunismo es interesante, como fenómeno histórico, pero lo gracioso en nuestro país es que muchos socialistas consideren como un insulto ser llamados socialdemócratas y que- los comunistas puedan sentirse incluso, al menos en privado, halagados. Más que un problema de programas es un problema de partidos. Pero no deja de tener sentido que la vanguardia democratizadora dentro de un movimiento tan disciplinado y fiel a las directrices como es el comunismo, -se dé donde, por una parte, los partidos comunistas alcanzaron con la posguerra mundial fuerza muy notable, como Italia y Francia, y donde por otra no cabe duda de que la gente quiere un régimen auténticamente democrático. Nada parecido a los del Este europeo. Tampoco parece que el eurocomunismo tenga efectos políticos homogéneos. En Francia, la reconstrucción del Partido Socialista y su auge ha venido con la necesidad de equilibrar la Unión de izquierdas y potenciar la posición de Mitterrand. En Italia, los partidos socialistas se han disgregado y el “partner” del Partido Comunista sigue siendo inevitablemente el partido rival, la democracia cristiana. En España el tiempo dirá cuáles van a ser las relaciones y rivalidades, las colaboraciones o afinidades programáticas o tácticas. La imagen que se aspira a dar de algo tan opinable como heterogéneo -el eurocomunismo- es el de una oposición responsable y respetuosa. Es natural que España no quede al margen de un fenómeno que se da fuera. Y que no se le tenga tampoco más temor del necesario. El miedo es uné “perturbación angustiosa del

---

<sup>411</sup> “La reunión comunista en Madrid”, *El País*, 2 de marzo de 1977.

ánimo”. La prudencia es, por el contrario; una virtud, junto con la justicia, la fortaleza y la templanza”<sup>412</sup>.

Por su parte, entre los más críticos destacó *El Alcázar*: “El PCE es -presente de indicativo- ilegal, pero convoca cumbres internacionales en Madrid. La autoridad se lo prohíbe, pero el señor Santiago Carrillo dice que la celebra y entonces el Gobierno decide proteger, con fuerza pública, la reunión del cónclave comunista y la integridad física de los señores Berlinguer, Marcháis y Carrillo. Esto es rizar el rizo: don Santiago está procesado y en libertad provisional por asociación ilícita, pero he aquí que, en nombre de la asociación que le llevó al procesamiento convoca una reunión a nivel europeo y el Gobierno se traga la desautorización y tutela el desarrollo de esa cumbre. ¿No parece esto una burla?”<sup>413</sup>.

Según cuanto refirieron varios periódicos de Europa occidental, en la víspera de la cumbre “eurocomunista”, el diario *Pravda* publicaba una nota en la que se recordaba: “es prácticamente imposible alcanzar un comunismo por un camino pacífico, llegar al socialismo desde la democracia burguesa”<sup>414</sup>. Estas palabras sonaron a advertencia, a amonestación para que el encuentro se mantuviese en los cauces del “respeto” de lo que se había pactado en la Conferencia de Berlín oriental.

Finalmente, la primera cumbre del Eurocomunismo se celebró en Madrid, en el Hotel Meliá Castilla en los días 2 y 3 de marzo de 1977, seguida por una rueda de prensa en la mañana del 3<sup>415</sup>. Después de un breve análisis de la declaración final del encuentro, nos detendremos sobre la rueda de prensa de los tres secretarios presentes en el acto.

La declaración final resultó muy prudente y poco novedosa tanto que resulta difícil considerar Madrid como la Asamblea constituyente del Eurocomunismo: los tres partidos se limitaron a una simple reafirmación de su deseo de construir una sociedad socialista por vías democráticas, así como a mostrar todo su apoyo y solidaridad al PCE, cuestión que constituyó, en realidad, el único tema esencial y novedoso de esta cumbre.

---

<sup>412</sup> “El Eurocomunismo en Madrid”, *La Vanguardia*, jueves 3 de marzo de 1977.

<sup>413</sup> “Simplemente insólito” de Antonio Izquierdo, en *El Alcázar*, 2 de marzo de 1977.

<sup>414</sup> Se hizo eco de este artículo el periódico alemán *Die Zeit*.

<sup>415</sup> La celebración de la rueda de prensa a conclusión del acto representó un tema muy controvertido debido a la resistencia del gobernador de Madrid a conceder la autorización. En un principio se concedió la autorización para que los tres dirigentes comunistas pudieran “celebrar tantas conferencias de prensa como fueran necesaria por grupos de periodistas que no excedieran de veinte. El escándalo que esto hubiera producido y el sentido del ridículo –que a veces funciona también aquí– indujeron a las autoridades a dar su aprobación a regañadientes y rechinando, pero limitada a una sola edición y a dos horas de duración”. *Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977, pág. 18.



En el comunicado conjunto de la Cumbre, se afirmaba que “el Partido Comunista italiano y el Partido Comunista francés expresan su confianza en que el pueblo español alcanzará el pleno restablecimiento de la democracia, uno de cuyos criterios esenciales es hoy la legalización del Partido Comunista y de todos los partidos, imprescindibles para la celebración de elecciones efectivamente libres”, recordando que “el progreso democrático en España representa un interés particular para los pueblos francés e italiano”. Asimismo se subrayaba que la grave crisis económica, política, social y moral que investía Europa ponía “de relieve la exigencia de soluciones nuevas para el desarrollo de la sociedad”, afirmando la “necesidad, para asegurar una alternativa positiva a la crisis y derrotar las orientaciones reaccionarias, de lograr el más amplio entendimiento de las fuerzas políticas y sociales dispuestas a contribuir a una política de progreso y de renovación”. A tal fin, “los comunistas españoles, franceses e italianos están resueltos a actuar en el pluralismo de las fuerzas políticas y sociales y en el respeto, garantía y desarrollo de todas las libertades individuales y colectivas: libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de asociación y de reunión, de manifestación, de libre circulación de las personas en el interior del país y al extranjero, libertad sindical, independencia de los sindicatos y derecho de huelga, inviolabilidad de la vida privada, respeto del sufragio universal y posibilidad de la alternancia democrática de las mayorías, libertades religiosas, libertades de la cultura, libertad de expresión de las diferentes corrientes y opiniones filosóficas, culturales y artísticas. Los tres partidos están resueltos a seguir desarrollando igualmente en el porvenir la solidaridad internacional y la amistad sobre la base de la independencia de cada partido, de la igualdad de derechos, de la no injerencia, del respeto a la libre elección de vías de soluciones originales para construcción de sociedades socialistas que correspondan a las condiciones de cada país”. La declaración concluía con el deseo conjunto de una “Europa pacífica, democrática e independiente, sin bases extranjeras, ni carrera de armamentos, y de un Mediterráneo que sea mar de paz y de cooperación entre los países ribereños”<sup>416</sup>.

Tras tres sesiones cerradas de trabajo, el 3 de marzo se celebró la tan esperada rueda de prensa que describimos brevemente a continuación, centrándonos, más que en los temas, en las respuestas de cada uno de los secretarios.

---

<sup>416</sup> AA. VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 255-258.

El secretario del PCF, Georges Marchais, saludó cordialmente al “gran pueblo español por el que late, desde hace tiempo, el corazón de los comunistas franceses”, subrayando que “nos hemos sentido solidarios de aquellos que, aquí, lucharon por la libertad y la democracia, por la salvaguardia de los grandes valores de la civilización humanista; ni el garrote, ni los calabazos pudieron acabar con el afán de libertad de España. Tampoco pudieron acabar con el Partido Comunista”<sup>417</sup>. Las afirmaciones de Marchais se centraron casi exclusivamente en la situación española y la necesidad de legalizar al PCE, con pocas concesiones al tema eurocomunista y una única tajante apreciación, desmintiendo la ya citada idea, que iba generalizándose, de que el eurocomunismo pudiera representar una nueva Internacional: “La Internacional Comunista tuvo su tiempo y la historia la juzgará, pero, créame, no hemos salido de una Internacional para entrar en otra, aunque sea de carácter regional”<sup>418</sup>. Esta cautela del Secretario del PCF ya había estado de manifiesto en una entrevista concedida al corresponsal de *El País* en la capital gala, Feliciano Fidalgo, pocas horas antes de salir de París con destino Madrid: “No nos reunimos para dar lecciones a nadie, ni para elaborar una especie de nuevo *manifiesto comunista*. Yo voy a Madrid, repito, para manifestar nuestra total solidaridad con el PCE en su lucha por el establecimiento de una real democracia en España. Por lo demás, ya he dicho lo que los franceses entienden por eurocomunismo. Nosotros no hemos inventado esta palabra. En efecto, nosotros no pensamos que existirían modelos regionales de socialismo. Nosotros consideramos que cada partido, con independencia y soberanía totales, debe determinar los objetivos y los métodos de acción que corresponden a las condiciones de cada país”.

El Secretario del PCI, Enrico Berlinguer, no se limitó a augurar y pedir “el reconocimiento de los derechos de libertad para todos los partidos democráticos y, por lo tanto, la legalización del Partido Comunista de España”, sino habló, muy brevemente, de Eurocomunismo. Para Berlinguer, “es significativo que en esta parte de Europa, tres partidos comunistas, el francés, español e italiano, hayan llegado a una valoración convergente de los problemas de democracia y socialismo. Es a esta convergencia a la que se ha dado el nombre de “eurocomunismo”. En la misma línea, durante el acto,

---

<sup>417</sup> Un resumen de los textos de salutación apareció en *La Vanguardia española* del 4 de marzo de 1977 y fue recogida en “*Eurocomunismo*”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 72 y ss.

<sup>418</sup> Ya anteriormente, el secretario del PCF había descartado la idea de que el eurocomunismo pudiera postular una estrategia regional de conquista del poder: “No hay, no puede haber, está totalmente excluido el hecho de que el movimiento comunista se remita a un centro de cualquier tipo, ya un centro mundial, ya un centro regional”. Entrevista de Marchais a *L’Humanité*, 14 de febrero de 1977.

Berlinguer recordó que el objetivo de los comunistas italianos consistía en crear “alianzas efectivas y solidaridades ideológicas y políticas”<sup>419</sup>, amonestando sobre la peligrosidad del aislamiento, peligroso no sólo frente a unos posibles ataques soviéticos, sino porque podría conducir a formas de “nacionalcomunismo”, exacerbación del concepto de vía nacional al socialismo o arrastrar el occidente europeo hacia una deplorable fase de decadencia, una “moderna barbarie”<sup>420</sup>.

En sus palabras de saludos, el secretario del PCE, Santiago Carrillo<sup>421</sup>, subrayaba que “un hecho relevante es que esta reunión se celebre precisamente en Madrid y bajo la protección de las autoridades españolas. Ello supone que, aunque trabajosamente, España evoluciona hacia la democracia”. Sobre la cuestión eurocomunista, Carrillo aportaba que “la característica común del “eurocomunismo” es la voluntad de ir hacia una sociedad socialista que respete indefectiblemente y enriquezca las libertades individuales y colectivas, los derechos humanos, que se rija por el sufragio universal y consecuentemente respete el derecho a la alternancia en el poder”. Prosiguió argumentando que “también es una característica de la corriente, que los tres partidos aquí presentes compartimos, el rechazo de cualquier centro dirigente supranacional que trate de intervenir en los asuntos internos de otros partidos y otros pueblos. No se ha creado ningún centro “eurocomunista”. Por eso aquí en Madrid, en esta reunión, no se ha creado ningún centro “eurocomunista”. Respecto a la URSS y de acuerdo con el “no condenamos a nadie” de Marchais, el secretario del PCE afirmaba: “nuestra reunión no ha sido un desafío contra nadie. Nosotros no nos definimos por una posición negativa contra nadie, sino por una afirmación positiva, por una serie de ideas expresadas en un documento común”.

Con el regreso de Berlinguer a Italia, terminó una cumbre que se había caracterizado por el apoyo, claro y directo, de los partidos comunistas francés e italiano a la legalización del Partido Comunista de España, aunque, finalmente, no logró una clara redefinición de las *soluciones convergentes* que las tres organizaciones propugnaban. La

---

<sup>419</sup> Poco antes de la Conferencia, Berlinguer había declarado al comentarista de Radio France, Jean Pierre El Kabach, que el objetivo del encuentro era “encontrar puntos de analogía que permitan trazar un camino común”.

<sup>420</sup> Literalmente, Enrico Berlinguer sostenía: “El Occidente europeo corre el peligro de entrar en una fase de decadencia y de dejarse llevar por una especie de barbarie moderna”.

<sup>421</sup> Carrillo, que recibió personalmente a Georges Marchais y Enrico Berlinguer, en el aeropuerto de Barajas, saludó a la prensa presente *in situ*, afirmando en francés a un periodista belga: “Estoy muy emocionado. Hasta ahora era yo el que tenía que ser recibido por Berlinguer y Marchais, en Roma o París, y ahora soy yo el que puede recibirlos a ellos en Madrid”. Muchos subrayaban que parecía sincero y que, pese a haber pasado por muchas emociones durante su azarosa vida, la que embargaba ese día “era tan visible que parecía inédita”.

Cumbre de Madrid o “conclave comunista” como algún cronista la llamó de forma despectiva, fue la primera (¡y única!) y la más espectacular de las manifestaciones públicas del eurocomunismo. Sin embargo, la reunión no fue más que un acto en apoyo a la legalización del PCE y a la democracia en España.

### **6.7 Los medios y la cumbre**

La Cumbre de Madrid generaba gran expectativa y despertaba tanto interés que atrajo a la capital de España a más de doscientos periodistas extranjeros (incluso procedentes de Japón) y a todas las redes de televisión europea para cubrir el acto.

Sobre todo en España, la reunión de Madrid suscitó numerosas opiniones y comentarios: los periódicos y las revistas españoles dieron amplia relevancia a la noticia comentándola según su “línea editorial” e ideología política. Desde *Pueblo* a *Diario 16*, desde *Ya* a *Actualidad Española*, desde *Informaciones* a *Mundo Diario*, desde *El Alcázar* a *Cuadernos para el diálogo*, desde *el País* a la *Vanguardia española*, desde *El Correo Catalán* a *Triunfo*: la mayoría subrayaban la necesidad de legalizar el Partido Comunista como “paso más hacia la normalización total de las relaciones sociales y políticas”, dentro “del marco democrático”, ya que “el mapa político del país necesita también que las elecciones se celebren con los comunistas en las candidaturas”; muchos se mostraban escépticos y criticaban su sinceridad (“El comunismo sigue siendo el mismo. De nada sirve el prefijo “euro”); otros invitaban a defenderse contra él “en las urnas” ya que “al hablar de no aceptar, hablamos de no votarlo”; unos pocos subrayaban la importancia del evento en clave europeísta, siendo “un hecho de gran transcendencia” en el enfrentamiento entre los bloques o sobre las relaciones del PCE con la URSS, recordando que “no hubo ningún acto de desobediencia a Moscú, ninguna descalificación”.

Refiriéndose a la declaración conjunta, el diario *ABC* subrayaba que “todas las afirmaciones contenidas en el comunicado conjunto, con que ayer se cerró la presencia pública en Madrid de los dirigentes supremos del comunismo italiano y francés, como padrinos del “Partido Comunista” de Santiago Carrillo; todos los asertos del documento están plagados de subjetivismo demagógico, colmados de fintas y habilidad, huérfanos de toda prueba, derramados de promesas hacia un mañana que en media Europa es ya larga e inacabable noche para las libertades y derechos del hombre (...). Reconocía Carrillo, durante la conferencia de Prensa, que en Europa oriental “falta democracia”. ¿Querrá también con sus invitados que llegue a faltar asimismo la democracia en la

Europa meridional, desde Trieste a Badajoz y desde los Apeninos a Bretaña y Finisterre? (...) El comunicado conjunto de los eurocomunistas, en fin, compone una elusión sistemática, coherente, estructural de los principales factores de dependencia, o cuando menos respeto, a la Unión Soviética. Saben muy bien que el ir un punto más allá de su “heterodoxia controlada” podría acarrearles el cegamiento de sus fuentes financieras (...). Concluye el comunicado –remate de la injerencia del internacionalismo eurocomunista en los asuntos internos de España- con un llamamiento a la unidad de todas las fuerzas que quieren la democracia y el progreso. Suscribimos nosotros tal llamamiento, al que sumamos un toque de atención respecto de quienes tienen el más dilatado historial de ataques y victorias contra el progreso y la democracia”.<sup>422</sup>

A toda respuesta, en su editorial, *El País*, subrayaba: “Lo que algún colega de la mañana ha calificado de “injerencia eurocomunista” no ha sido, entre otras cosas, más que un generoso intento de italianos y franceses para apoyar a sus camaradas españoles en un momento en el cual, luchando por su reconocimiento legal, esa manifestación de civilizada solidaridad constituye un capital inapreciable para el partido de Santiago Carrillo (...). En la declaración común hecha pública destacan tres puntos: el deseo de que en España se alcance pronto el grado de democracia que es común en esas dos naciones latinas; la visión general del tipo de sociedad que los comunistas europeos proponen, y, por último, el valor que dan al principio de no injerencia y de respeto a la búsqueda de soluciones propias en la construcción del socialismo (...). Existe en el comunicado una interesante manifestación de lo que podríamos denominar la visión eurocomunista del momento actual de crisis que atraviesan las sociedades industriales avanzadas de la Europa occidental. Su formulación general es de una gran moderación. Quizá por ello los tres partidos, pero sobre todo el italiano y el español, están sometidos al fuego cruzado de sus derechas y sus izquierdas (...). Lo cierto es que cada día que pasa parece más difícil mantener la sospecha de que las declaraciones comunistas sobre el valor de la libertad son una simple maniobra maquiavélica. La historia no muy lejana avala en cierto modo parte de las dudas sobre el convencimiento, en partidos comunistas como el francés, de que la libertad constituye un valor fundamental que debe defenderse por encima de todo. Hasta hace pocos años, la palabra libertad figuraba en los textos comunistas ampliamente entrecomillada o seguida de algún calificativo que provocaba

---

<sup>422</sup> “El comunicado eurocomunista”, *ABC*, viernes 4 de marzo de 1977.

estremecimientos en cualquier demócrata. Ahora bien, suponiendo, que no lo suponemos, que la intención inconfesa de los comunistas fuera defender la libertad con fines puramente instrumentales, el experimento hasta valdría la pena”<sup>423</sup>.

Puede que el análisis más correcto y lúcido de la cumbre lo ofreció una vez más Fernando Claudín, capaz no sólo de subrayar los límites del acontecimiento, sino mostrar los pasos a seguir para el eurocomunismo: “Para Fernando Claudín, la cumbre eurocomunista de Madrid no ha tenido la trascendencia que todos esperaban. Ni ha sido crítica, en la medida de lo previsible, sobre la problemática europea, ni profunda en su análisis de las relaciones que los partidos eurocomunistas han de mantener con los países del Este y con los movimientos que luchan en esos países por la democracia. Resume en una frase: “La cumbre ha sido un ejemplo de falta de audacia política e ideológica”<sup>424</sup>. El antiguo dirigente comunista invitaba los partidos a “corregir” la falta de democracia interna, a establecer un debate público y abierto sobre los problemas que la crisis suponía, a asumir un apoyo resuelto y solidario con “todas las fuerzas, con las clases sociales, los trabajadores que en los países del Este luchan por una transformación democrática de sus sistemas”. Por eso, aseveraba que este apoyo tenía que revestir “las formas de una cooperación teórica y política con estas fuerzas”. Según el ex dirigente comunista, la cumbre de Madrid “frauda todas las expectativas que había suscitado. En particular, no aporta nada nuevo a la crítica de la situación existente en los regímenes del Este, ni denuncia la represión que en esos momentos está recrudeciéndose allí, ni tiene un gesto de solidaridad con las víctimas. Ratifican, no obstante, sus posiciones anteriores”<sup>425</sup>.

Igualmente crítico se mostró Jorge Semprún que afirmó rotundamente: “La reunión de los tres secretarios generales en Madrid es un acontecimiento espectacular, pero, como indica la propia etimología, hay mucho de espectáculo en todo ello”. Semprún acusaba a la cumbre de faltarle suficiente espíritu crítico y valor para atacar la URSS: “en definitiva, desde el punto de vista de la estrategia eurocomunista, este acto no representa nada. Es incluso un retroceso respecto a las declaraciones particulares de Carrillo y de

---

<sup>423</sup> “Entre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad”, *El País*, 4 de marzo de 1977.

<sup>424</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 92.

<sup>425</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 70.

Berlinguer sobre las tareas del eurocomunismo y sirve, sólo, para dejarlo todo como está”<sup>426</sup>.

De tono completamente diferente era Manuel Azcárate que en un artículo “El Eurocomunismo: una realidad, una esperanza”, publicado en *Mundo Obrero*, hablaba triunfalmente del evento: “El término eurocomunismo ha quedado acuñado definitivamente en Madrid. Expresa, en mi opinión, algo muy profundo en esta época de la historia: una nueva manera de ser comunista”, añadiendo “el planteamiento decisivo del encuentro celebrado en Madrid por Carrillo, Berlinguer y Marchais es que la construcción del socialismo debe hacerse en la libertad y la democracia”. Por eso, continuaba: “no hay en esta actitud nada que implique “ceder” a presiones de otros, deseo de “poner buena cara”. No es cuestión de táctica, sino de principio. El problema consiste en que el socialismo necesita ser plenamente socialismo, triunfar por esas vías del consenso, del sufragio, del apoyo de las grandes mayorías (...). No se trata de volver a la socialdemocracia, cuyo balance histórico es haber administrado en ciertos periodos el capitalismo, pero jamás, en ningún caso, haber acabado con él. La nuestra es una vía democrática de avance al socialismo, no de conservación del capitalismo”<sup>427</sup>. En cuanto encargado de las Relaciones Internacionales del PCE, Azcárate recordaba que “otra característica del Eurocomunismo como corriente del marxismo contemporáneo es el rechazo de cualquier centro supranacional que pretendiese intervenir en los asuntos de cualquier partido; de cualquier Estado (...). Ninguna disciplina les ata. La plena soberanía e independencia de cada partido es completa (...) [remarcando] la libertad de cada uno a escoger una vía propia, diferentes de otras, para avanzar hacia el socialismo y edificar la nueva sociedad. En ese orden, consideramos esencial el derecho de crítica respecto a cuestiones y acontecimientos que juzguemos negativos de lo que ocurre en los países socialistas”.

La revista *Triunfo* dedicó amplio espacio a la cumbre. En un artículo de Eduardo Haro Tecglen, se analizaba detalladamente la reunión de Madrid, poniendo de relieve las reacciones a ella: “La “primavera de Madrid” ha sido acogida, naturalmente, por los observadores exteriores a ella con las críticas habituales. Para los anticomunistas, no ofrece nada nuevo: se trata de una línea de defensa puramente aparental, que, sin duda, ninguno de estos mismos partidos llevaría a la práctica si llegase en el poder (...). Por

---

<sup>426</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 93.94.

<sup>427</sup> “El Eurocomunismo: una realidad, una esperanza”, en *Mundo Obrero* del 10 de marzo de 1977.

otra parte, los comunistas de la antigua ortodoxia (...) encuentran que estos partidos han debilitado su personalidad, que han renunciado a lo que era su verdadero destino: la revolución, la internacionalización proletaria, la dictadura del proletariado. Y que su declaración no es más que un derrotismo disfrazado de optimismo y de seguridad. No es sobre ninguna de esas dos zonas extremas sobre las que quieren actuar los tres partidos, sino sobre otras de mayor amplitud mental”, remarcando optimistamente que “no puede decirse que el “eurocomunismo” (...) haya fallado en estas finalidades: los triunfos electorales en Italia, la alianza con los socialistas y otras izquierdas en Francia, la semi-libertad y semi-alianza que va ampliando en país tan conservador y tan duro como España, con su red de anticomunismo antiguo perfectamente establecida, son frutos del eurocomunismo”. Sin embargo, el mismo periodista reconocía que la reunión se había concluido “con un comunicado que significa muy poco en la línea de progreso del “eurocomunismo”, aunque remarcaba la importancia del evento y el hecho “de que se haya celebrado en Madrid y que toda la primera larga parte esté dedicada al apoyo del Partido Comunista revela, en efecto, un gran sentido de la oportunidad (no del oportunismo”, añadiendo “este partido necesita una imagen y necesita un apoyo”. El artículo continuaba preguntándose sobre el futuro del Eurocomunismo: “En primer lugar, debe ser el de ampliarse (...). En segundo lugar, el de llegar a conseguir sus objetivos de formar parte de las coaliciones gubernamentales”<sup>428</sup>.

Sobre el encuentro, el mismo Carrillo publicó un artículo en *Cambio 16*, subrayando que “la cumbre de Madrid ha evidenciado que el eurocomunismo es una realidad (...) se trata de ir al socialismo ampliando y desarrollando las libertades y los derechos humanos, que son una conquista irrenunciable. Y de ir a un socialismo que no sofoque a las disidencias y que esté abierto a la alternancia de poder, conforme a la voluntad democrática de las mayorías del país”. El secretario del PCE remarcaba la defensa y la necesidad de una Europa independiente, superando la división en bloques y favoreciendo la paz: “quienes ven a los partidos políticos europeos, esencialmente, como instrumento de guerra ideológica que se sitúan objetivamente al servicio de uno u otro, no pueden comprender ni mirar con buenos ojos al eurocomunismo. Porque éste, que se niega a actuar como una prolongación política del pacto de Varsovia en los

---

<sup>428</sup> “La Primavera de Madrid”, en *Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977, pág. 16-17. El título hacía referencia a la célebre Primavera de Praga y el mismo autor afirmaba que el eurocomunismo “había compartido muchas veces los puntos de vista de Dubček, cuya primavera de Praga resucita en cierta forma en esa “primavera de Madrid”. Es curioso subrayar que la asociación entre la primavera y la cumbre de Madrid estuvo presente en diferentes periódicos de la época.



países del occidente capitalista, que afirma su autonomía completa en relación con los Estados socialistas, tampoco está dispuesto a transformarse, ni directa ni indirectamente en instrumento político ideológico de la hegemonía imperialista norteamericana. En este dominio, como en otros, el eurocomunismo se diferencia profundamente de lo que ha sido y es la socialdemocracia, en tanto que teoría y práctica, desde hace largos años”. Sobre la posible ruptura con la Unión Soviética, Carrillo recordaba que “había quien esperaba que la cumbre de Madrid fuese un ataque cerrado contra la URSS y los países del Este. No lo ha sido, ni podía serlo. Los tres partidos hemos condenado las persecuciones contra los disidentes en los países del Este (...). Pero no hemos negado ir más allá de un límite, a partir del cual ya no se trataría de una actitud crítica que nos diferencia de las concepciones de ciertos partidos comunistas en el poder, sino – objetivamente- de nuestra utilización como instrumentos de guerra fría”. Y finalmente, Carrillo auguraba de forma excesivamente optimista un roseo futuro para el proyecto eurocomunista: “a despecho de los vaticinios pesimistas, el eurocomunismo está destinado a conocer una expansión poderosa y a ser un componente importantísimo de la política europea y mundial (...) porque es portavoz de una respuesta global y positiva a los problemas que la moderna sociedad tiene planteados (...). Y además porque responde a la exigencia, que va abriéndose camino a través de la crisis económica, social, cultural y moral que vivimos hoy, de un nuevo modelo de sociedad, capaz de administrar racionalmente las riquezas naturales, los progresos de la ciencia o la tecnología, al servicio de todos los hombres y todos los pueblos, de poner fin a las desigualdades y a las injusticias existentes”, concluyendo: “El Eurocomunismo presupone que esta transformación resulte no de la obra exclusiva de un partido, sino de unas estructuras políticas pluralistas, de un consenso social amplísimo, en el que la diversidad y la discordia sean respetadas (...). Por encima de razones políticas coyunturales, con las que se trata de reducir, a veces malévolamente, la significación profunda de la cumbre eurocomunista de Madrid, ésta es el paso más serio, hasta ahora, hacia la plasmación de algo que abre la vía de la esperanza al Este y al Oeste”<sup>429</sup>.

A los pocos días del encuentro, el ya citado *ABC* afirmaba: “Es imposible que tres hombres, como los que se presentaron ante los trescientos periodistas en la rueda de Prensa final, puedan ponerse de acuerdo para algo más que para hacerse una foto (...). Marchais, Berlinguer y Carrillo se están engañando a sí mismos o intentan engañar a los

---

<sup>429</sup> *Cambio 16*, del 14 de marzo de 1977.

demás (...). En resumen, que nada ha quedado claro tras la “cumbre eurocomunista” de Madrid: es más, yo diría que todo ha quedado más confuso (...) Estamos en época de respuestas concretas para problemas concretos y no de promesas, mejor o peor construidas para futuros utópicos”<sup>430</sup>.

Análogamente, los medios de comunicación internacionales se hicieron eco de la cumbre, publicando artículos, grabando entrevistas, realizando reportajes que comentaban el acontecimiento. Prensa, radio y televisión mostraban gran interés por el evento, procurando cubrirlo de forma completa.

Según la prensa italiana, la cumbre de Madrid había sido “más una reunión conmemorativa de amigos que de una solemne cumbre política que signifique una etapa histórica en el movimiento comunista mundial”. Los medios nacionales subrayaban la postura italiana más prudentes que la de Carrillo entorno a las críticas a la URSS, pero, aún así, asumía una actitud más cercana a la española que a la francesa. Al mismo tiempo se subrayaba con euforia que “la cumbre de Madrid en realidad representa un paso hacia delante en la construcción de la democracia en España. Hace un año era inimaginable reunir en Madrid a tres líderes comunistas en el mismo hotel donde se han reunido días pasados la Internacional Socialista y la Democracia Cristiana”.

Por su parte, *L'Unità*, órgano oficial del PCI, publicó un artículo “Madrid es Europa”, poniendo de manifiesto el hecho que “los tres grandes partidos comunista de la Europa occidental se encuentran en una misma línea de acción y sienten la misma necesidad de colaboración con el resto de las fuerzas democráticas”. En el artículo, a firma de Sergio Segre, integrante de la “expedición italiana”, se afirmaba que no hubo “ambigüedad en la reunión, sino que, por el contrario, ha sido una etapa importante en el proceso hacia el socialismo en la democracia y en la libertad”. En los días anteriores a la celebración de la Cumbre, el diario comunista había dado relevancia al hecho de que se trataba de una reunión “que no tiene precedente en la reciente historia española, es motivo de gran expectación y vivísimo interés, teniendo un significado especial a poco más de un año de la muerte de Franco”.

En el *Corriere della Sera*, Pietro Dermani afirmaba, razonablemente y con una cierta clarividencia, que “la cumbre de Madrid es un paso más hacia la institucionalización del eurocomunismo como cuerpo separado de la gran iglesia marxista. La ocasión es histórica, aunque los resultados serán más bien modestos. Hay una voluntad común de

---

<sup>430</sup> ¡Niebla en la “cumbre”!, de Miguel A. Nieto, *ABC* del domingo 6 de marzo.

evitar la ruptura con la Unión Soviética y de exponerse a sus acusaciones de escisionismo”<sup>431</sup>. Anteriormente a su celebración, el diario italiano subrayaba por un lado que “condición especial de una democracia es el reconocimiento de todos los partidos políticos”, por otro halagaba “todo lo bueno que está haciendo el Gobierno de Adolfo Suárez”.

Por su parte en *Il Giornale*, el ya citado Frane Barbieri resaltaba que “las preocupaciones del primer momento han revelado lo precario del terreno en que se ven obligados a moverse los eurocomunistas cuando se trata de una confrontación con Moscú”. Sin embargo, el mismo periodista italiano subrayaba el deseo de los secretarios de que el eurocomunismo siguiera teniendo interés y relevancia en los medios y por eso “las delegaciones verbales a los periodistas hayan ido más lejos de las tímidas fórmulas fijadas en el documento preparado”<sup>432</sup>. En su columna de un días antes, Barbieri auguraba que “el Eurocomunismo no nacerá el 2 de marzo en Madrid”, enumerando una serie de razones: “porque las posiciones de los tres partidos, aun siendo convergentes, no son por ahora idénticas hasta el punto de dar cuerpo a un programa y a un concepto común de transformación socialista de la Europa occidental”, “porque después de la “contestación” que los tres hicieron en Berlín a un centro unido del movimiento comunista, sería ahora prematuro formar un contra-centro regional” y, añadía en conclusión, “porque no pueden dar un juicio crítico común sobre los regímenes socialistas existentes en el mundo”. Por eso, Barbieri esperaba que la reunión de Madrid pusiera de manifiesto la “inconsistencia e incertidumbre” del proyecto frente a “las grandes ambiciones que lo movieron y las grandes opciones que deberían llevar a cabo”. En la misma línea, el periódico socialista, *Avanti!*, sostenía que “todavía queda mucho camino por andar para que el eurocomunismo parezca creíble como perspectiva política válida y para que pueda ofrecerse como alternativa a las demás entregadas en el esfuerzo de renovación de la sociedad Europea”.

De la misma manera, en un editorial titulado “La Carta Magna de los eurocomunistas”, *L'Espresso* se preguntaba si “¿lograrán los comunistas italianos, españoles y franceses llevar adelante sin arrepentimientos la cauta acción emancipadora de aquellos partidos hermanos que no practican ni cree en el pluralismo?” Asimismo, se subrayaba que en el

---

<sup>431</sup> *Corriere della Sera*, 3 de marzo de 1977.

<sup>432</sup> *Il giornale*, 3 de marzo de 1977.

encuentro se habían fijado las ideas-guías del Eurocomunismo, afirmando “categóricamente el liberalismo democrático”<sup>433</sup>.

El diario italiano *Il tempo* publicó una entrevista de su enviado especial, Piero Accolti, a Manuel Azcárate, en la que el responsable de las relaciones internacionales del PCE reconoció que, tras los errores cometidos por los comunistas durante la guerra civil, el partido comunista español había madurado la nueva postura, política e ideológica, eurocomunista, poniendo en relieve la dimensión “autocrítica” del eurocomunismo español: “[La guerra civil] ha tenido una gran influencia en el sentido de que en aquella ocasión, por primera vez en la historia, un partido comunista colaboró en el gobierno no sólo con los socialistas y con los republicanos, sino también con los católicos vascos. Era un pluralismo y todo partido tenía su diario. También Togliatti reconoció que aquella experiencia le ayudó mucho a reflexionar sobre la necesidad de encontrar nuevos caminos para el socialismo”. Sobre el documento final de la Conferencia, Azcárate confirmó que Carrillo quería una reprobación más clara –es decir dura, enérgica- respecto a la represión soviética de disenso: “La actitud del partido comunista español sobre el tema de la disensión y en particular de la libertad en los países del Este es radical, muy radical”, subrayando que hubo “coincidencia de juicio, que ya se había manifestado precedentemente en los documentos de los distintos partidos sobre el tema”. Asimismo, afirmaba que “cuando se prepara un documento del género, se hace verdaderamente un trabajo colectivo y desde el inicio se busca evitar imponer a los demás las propias opiniones. Se trata de ver cuáles son las exigencias de todos, pero le puedo asegurar que no ha habido ninguna divergencia seria”. La última pregunta fue sobre la “contra-conferencia” convocada por el PCUS en los mismos días del encuentro de Madrid –de la que hablaremos a continuación: “Me parece un modo absurdo de poner en relieve lo que todos saben, esto es, que hay diferencias de opiniones entre los partidos comunistas”<sup>434</sup>.

Más crítica pareció la prensa británica que en los editoriales de sus principales periódicos subrayaba las ambigüedades del encuentro y la falta de resultados. Por un lado *The Financial Times* del 2 de marzo de 1977, subrayaba que “desgraciadamente, la reunión de Madrid probablemente no suministre ningún dato sobre las intenciones a largo plazo del Eurocomunismo”. Por otro *The Guardian*, a firma de John Hopper, afirmaba que “el Eurocomunismo ha salido de la conferencia de Madrid como un

---

<sup>433</sup> “La Carta Magna de los Eurocomunistas”, *L'Espresso*, 6 de marzo de 1977.

<sup>434</sup> *Il tempo*, 5 de marzo de 1977.

manifiesto en busca de un movimiento”, argumentando que la falta de una fecha para una nueva reunión de estos eurocomunistas representaba una muestra del “conflicto existente sobre si es viable o deseable la existencia del eurocomunismo como un movimiento separado”. Más irónico fue el *Daily Telegraph*, que, en un editorial del 4 de marzo de 1977, titulado “Comunismo a la carta”, ponía su énfasis en el fracaso de Carrillo en su deseo de convencer a sus restantes compañeros de conversaciones de la conveniencia de una declaración contraria a la línea que adopta la Unión Soviética: “La conclusión ha sido una declaración apoyando la virtud y condenando el vicio político con una meticulosa generalidad excepto en la referencia a España”.

En Estados Unidos, se ocuparon del encuentro especialmente el *Wall Street Journal*, el *New York Times* y la revista *New Republic*, cada uno de forma diferente. Particularmente interesante resulta la postura del *Wall Street Journal*, periódico conservador y expresión de la economía norteamericana, sorprendida por la actitud de Santiago Carrillo, descrito como el “más radical en sus pronunciamientos antisoviéticos” a pesar de representar el más débil de los partidos comunistas presentes al acto. El periódico afirmaba críticamente que: “no hay que concederles el beneficio de la duda, pues aunque es posible que el eurocomunismo represente un distanciamiento o cambio del antiguo totalitarismo soviético, por ahora tal eventualidad hay que dejarla en lo puramente hipotético, ya que lo que sería necesario saber es su comportamiento cuando lleguen en el poder o estén bien situados para ejercerlo”.

La cumbre del eurocomunismo, en Madrid constituyó, en Francia, la noticia, más destacada por la prensa y demás medios de comunicación social en los primeros días de marzo.

Las reacciones fueron varias: mientras algunos optimistamente destacaban el valor de la cumbre, tachando “el encuentro de Madrid consagró el eurocomunismo”, el “eurocomunismo, sin comillas, nació en Madrid”, o “el eurocomunismo fue bautizado en la capital española”, otros lamentaban la ausencia de una alusión directa a los movimientos de disidencia y a la lucha por la libertad que agita los países comunistas, tanto que definieron la cumbre como una “farsa”.

Para *Le Monde*, del 2 de marzo de 1977, “la cumbre madrileña es la consecuencia lógica de los encuentros bilaterales anteriores (...). Cualquiera que sea la amplitud que se dé a este encuentro, hay que reconocer que constituye un acontecimiento espectacular y simbólico”. En sus ediciones sucesivas, el periódico francés subrayaba que “el eurocomunismo es una idea, un estado de espíritu, un movimiento del que, ahora, se

distinguen los límites, las posibilidades, las divergencias y las contradicciones”. A los pocos días de la Cumbre (el 5 de marzo), *Le Monde* apuntaba una definición evasiva, poco aclaradora: “la reunión en Madrid de los señores Berlinguer, Carrillo y Marchais ha consagrado el eurocomunismo, no como doctrina o centro de organización, sino como estado de espíritu”.

El diario *Le Matin de Paris*, lamentaba la laguna relativa a los derechos del hombre en los países socialistas, afirmando que la cumbre había terminado “en una decepción”, “no había respondido a las esperanzas que se tenían”. Mucho más críticos y difidentes resultaban *Le Figaro*, que en un artículo de Jacques Guilleme-Brulon afirmaba que se trataba de “dos actos de una misma farsa”, y *L’Aurore*, donde Jacques Richard escribía: “Si el eurocomunismo no fuese una ficción, las relaciones con el Kremlin serían muy distintas y la reunión de Madrid no se habría preparado en Moscú (...) [donde] recibí visto bueno, siempre y cuando se mantuviesen unos límites a la originalidad razonable del llamado eurocomunismo”.

## **6.8 La Cumbre de Sofía**

Contemporáneamente a la cumbre de Madrid, en Sofía el PCUS celebraba una reunión de los partidos comunistas, con el manifiesto objetivo de dar concreción política, operativa y práctica, al documento aprobado fatigosamente el año anterior en la Conferencia de Berlín. Además de los anfitriones búlgaros, a la llamada “Cumbre ortodoxa” asistieron altos representantes de los partidos comunistas de Unión Soviética, de Checoslovaquia, de Hungría, de Polonia, de Alemania Oriental, de Rumania y, también, de Cuba y Mongolia. A demostración de la importancia del evento, la delegación soviética estaba compuesta por Boris Ponomarev, secretario del PCUS, Konstantin Batuchev y Mijail Zimianin, secretarios del Comité Central del PCUS, mientras la checoslovaca por Bilak y Ovari representaba Hungría.

La reunión era consecuencia de la creciente preocupación de la URSS por el incremento de la disidencia en el interior de los países socialistas (sobre todo por la “Carta 77” acusada de pretender resucitar la “Primavera de Praga”) y la amenaza eurocomunista, el manifiesto deseo de mayor independencia por parte de los partidos comunistas de Italia, España y Francia. En Sofía, el objetivo era “apretar más fuerte los lazos entre el comunismo ortodoxo”, frenar las protestas internas y tratar de inmunizar a los países “fieles” contra la epidemia del eurocomunismo. La reunión fue convocada también para “completar” la obra de Brézhnev de Berlín Este, donde se vio obligado a aceptar que no

se incluyese en el comunicado final una cláusula sobre el “internacionalismo proletario”. La mayoría de los analistas afirmaban que la reunión se convocó sobre todo por esa razón: la ambigüedad y la solemne proclamación del “principio de la autonomía de cada uno de los partidos comunistas” preocupaba a los dirigentes soviéticos que decidieron convocar un encuentro al fin de “corregir la nefasta influencia de la reunión de Berlín”.

El encuentro de Sofía se concluyó con un breve comunicado final, cuyo texto integral no se dio a conocer –al menos en la prensa occidental. En él, se ponía como objetivo evitar que la situación pudiera “desembocar en una confrontación Este-Oeste sobre los derechos humanos en Europa Oriental”. Asimismo, acordaron “resistir abiertamente al anticomunismo y a las campañas que organizan los círculos imperialistas contra los países comunistas, que tratan de distorsionar la naturaleza de las políticas interior y exterior de las naciones socialistas, en interferencia de sus asuntos internos”. No se trató explícitamente el tema del Eurocomunismo y en el texto final no traslucido ni una sola palabra sobre el tema. Sin embargo, durante la celebración de la Cumbre, la prensa búlgara atacó en tono violento el antisovietismo de los eurocomunistas, denunciando tal término como una “invención capitalista” con las miras de profundizar el cisma entre el socialismo oriental y el occidental.

Al término de la reunión, la agencia de noticias búlgara *BTA* difundió un comunicado conjunto en el cual se criticaba duramente a Occidente por su defensa de los opositores políticos, intentando, asimismo, poner de manifestó que los países del Este presentaban un frente unido en lo que respectaba al tema de los derechos humanos. En el mismo comunicado se subrayaba que la campaña occidental se encaminaba a falsear la política interior y exterior de los países socialistas, interfiriendo, negativamente, con los acuerdos de Helsinki.

A pesar del secretismo y de las parcas noticias, la prensa occidental dio amplia relevancia al evento, soliendo comparar los dos eventos, subrayando las diferencias: “Con la llegada de Berlinguer y Marchais comenzó en Madrid la “cumbre Eurocomunista”. Mientras, en Sofía (Bulgaria) se reúnen los partidos comunistas de obediencia soviética”<sup>435</sup>. Se subrayaba que las conferencias de Sofía y de Madrid coincidían en la fecha y “antagonismo en las metas”. Por su parte, *La Vanguardia* española, subrayaban como “La casualidad es demasiado grande: al mismo tiempo que

---

<sup>435</sup> Título de la portada de *La Vanguardia española*, de jueves 3 de marzo de 1977.

Carrillo, Berlinguer y Marchais iniciaran en Madrid sus conversaciones informales sobre una nueva plataforma para los eurocomunistas, se reunirán en la capital búlgara los secretarios “internacionales” de los países del bloque soviético para discutir temas mantenidos secretos”. En otro artículo, el diario afirmaba: “El Eurocomunismo sería, en esta noche de explosiva primavera castellana, la contrafigura de la ‘cumbre’ búlgara del Pacto de Varsovia. Mientras se reúnen en Madrid los señores Carrillo, Berlinguer y Marchais, se concentran en Sofía los comunistas de la ortodoxia oriental, y este asunto debiera interpretarse como una adopción clara, espectacular y llamativa de posturas (...).El señor Ponomarev ha convocado la ‘cumbre’ del Pacto de Varsovia, en Sofía, para neutralizar las consecuencias de la reunión de Madrid. El señor Ponomarev es, como todo el mundo ignora, el ‘public relations’ del Kremlin ante la disidencia dogmática”<sup>436</sup>.

Durante la rueda de prensa en Madrid, un periodista preguntó a los secretarios presentes acerca de la reunión de Sofía y si la consideraban como “una respuesta a la cumbre de Madrid”. Contestó un Carrillo bastante sorprendido, declarando que ignoraba que hubiera sido convocada una reunión en Sofía: “Como yo no conozco el ruso, no puedo leer la *Pravda*, y... [dirigiéndose a Segre y Denis] ¿Vosotros sabéis algo?”. Ambos respondieron que no sabía nada. Era evidente que Carrillo quería restar de importancia al evento, declarando, una vez informado, que la Conferencia de Sofía no tenía ninguna repercusión sobre la reunión eurocomunista de Madrid, subrayando que “lo que hagan los ‘partidos hermanos’ del Este no puede cambiar las resoluciones de la Conferencia de Berlín”, conferencia que él y Berlinguer calificarían algo más tarde del ‘bautismo del eurocomunismo’, a diferencia del actual encuentro de Madrid, que Carrillo prefiere calificar de ‘bodas de oro’ eurocomunistas”<sup>437</sup>. Por su parte, el mismo Berlinguer afirmó que no sabía nada de la reunión de los partidos comunistas de la Europa del Este, en Sofía.

## 6.9 Balance y reflexión de la Cumbre

Como dijeron algunas comentaristas, de una parte la ortodoxia y de otra la heterodoxia, en realidad en Madrid y en Sofía no se trató de verdaderas “cumbres”, sino más bien de “encuentros entre partidos hermanos”. En lo que concierne a la reunión de Madrid, se

---

<sup>436</sup> “Moscú mira hacia Madrid”, *La Vanguardia española*, de jueves 3 de marzo de 1977.

<sup>437</sup> “La ‘cumbre eurocomunista’, fiel a las consignas de la conferencia de Berlín”, *La Vanguardia española*, de jueves 3 de marzo de 1977.



trató de un evento extremadamente prudente en la forma y en el contenido, sin ninguna anatema o condena oficial, limitándose a pronunciarse por un socialismo democrático y unas elecciones libres. A demostración de esta extrema prudencia y cautela, se puede narrar el siguiente episodio, contado por el periodista François Fonvieille-Alquier, de la rueda de prensa sucesiva a la Conferencia, prohibida y luego autorizada ante la afluencia de casi trescientos periodistas nacionales e internacionales. En este acto, el periodista francés formuló, a los tres secretarios eurocomunistas, la siguiente pregunta: “Aunque las palabras “Unión Soviética” no hayan sido pronunciadas por ninguno de ustedes, una de las ideas-fuerzas de eurocomunismo, es que los métodos de represión brutal y la ausencia de democracia en la URSS han empeñado la propia imagen del socialismo, lo cual es evidente. Pero, a la inversa, ¿el eurocomunismo tiene alguna posibilidad, a la larga e indirectamente, de contribuir a una liberalización del régimen soviético, influyendo sobre sus dirigentes, o bien, por el contrario, no corre el riesgo de provocar una mayor rigidez por parte de los mismos?” La prudente respuesta de Berlinguer precisaba los límites que el eurocomunismo no quiere rebajar. En esencia: “Ya tenemos bastante dificultades en ocuparnos de nuestros propios pueblos para albergar, por añadidura, ambiciones demasiado grandes. Pero, si nuestra acción tuviese en otras partes felices consecuencias, tanto mejor...”<sup>438</sup>.

No quisieron o no pudieron ir más lejos. Por un lado presentaron el encuentro como una manifestación de solidaridad por parte del PC italiano y francés al español en la lucha para su legalización. De esa manera, evitaban un enfrentamiento directo con Moscú. Por otra parte, se limitaron a una declaración común bastante apagada, tanto que parece difícil considerarlo como el acto de nacimiento del eurocomunismo, como algunos argumentarían. Una declaración tan poca cosa que algunos sacaron la conclusión que “el Eurocomunismo ya estaba en retirada”.

La ambigüedad del encuentro de Madrid provocó mucha incertidumbre y algún interrogativo: “¿qué sentido tiene tener una reunión tripartita para no decir nada sobre lo que hoy está en litigio?”<sup>439</sup>, ¿fue punto de partida? O ¿más bien punto de llegada? Como no hubo ningún avance en el “dilema” entre la ruptura con la Unión soviética o seguir con la política de la “buenas palabras y los mejores propósitos”, muchos se preguntaron “¿por qué continuáis manteniendo buenas relaciones con el socialismo totalitario

---

<sup>438</sup> Fonvieille-Alquier, François: *El Eurocomunismo*, Plaza & Janes, S.A. Editores, Barcelona, 1979, pág. 17.

<sup>439</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?* Rialp, Madrid, 1979, pág. 85

soviético?”, pidiendo a los eurocomunistas que rompieran con Moscú como demostración de su propia madurez democrática y de su independencia.

En Madrid, se vio fracasar la esperanza que los líderes firmarán una “Carta Magna” del Eurocomunismo o, por lo menos, rebajando los objetivos, una declaración formal y conjunta programática. No fue nada de eso, fracasó miseramente la expectativa que, en este encuentro, los Partidos Comunistas italianos, francés y español pudieran aclarar su posición respecto a Moscú, remarcando su propia independencia. Se limitaron a repetir unas “cuantas frases generales y a reflejar, con el silencio, las divergencias existentes en cuanto a adoptar una posición crítica común en relación con los soviéticos”<sup>440</sup>. Nadie parecía dispuesto a comprometerse hasta el fondo, preocupado especialmente por el “espectáculo publicitario” del encuentro.

A pesar de reforzar la credibilidad democrática del PCE, el encuentro eurocomunista no alcanzaba los resultados que se proponía: “la declaración de Madrid quedará como un jalón en la historia efímera del eurocomunismo”<sup>441</sup>. En extrema síntesis, la Conferencia dejó claro el punto crítico: los partidos eurocomunistas “se niegan a decir *juntos* lo que dicen por *separado*”<sup>442</sup>.

En la tan esperada rueda de prensa posterior, Carrillo se apresuró en asegurar que la cumbre no era un desafío contra nadie, en respuesta a la pregunta de si pretendía convertirse en un desafío, a Moscú, sino que se trataba más bien de “un gesto de solidaridad, hacia los trabajadores españoles y hacia la democracia en general, sin que pueda suponer una injerencia en la política y en los problemas españoles”.

Asimismo se esperaba una condena expresa y pública de la situación en los países socialistas, especialmente en torno a la cuestión de la disidencia política, sobre cual hubo varias preguntas en la conferencia de prensa. Por su parte, Marchais diplomáticamente evitó cualquier pronunciamiento crítico conjunto de los países del socialismo real, recordó que “los tres partidos reunidos en Madrid no tienen derecho a realizar juicios colectivos sobre otros partidos” y que “cada uno de los partidos había dicho ya sobre esto todo lo que consideraba oportuno decir”. Por su parte Carrillo fue él que más se expuso sobre el espinoso asunto, afirmando que en dichos países “lo que falta es democracia”, añadiendo: “yo he estado 37 años exiliado y no se ha levantado ni

---

<sup>440</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 244.

<sup>441</sup> Moran, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 539.

<sup>442</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 153.

la millonésima parte de las voces que ahora se levantan para defender a los disidentes del Este. Y no lo digo sólo por mi caso personal, sino por la defensa de los derechos democráticos en este país durante ese tiempo”. Y a este respecto, Manuel Azcárate así contestaba a la revista Triunfo: “Marchais ha explicado las razones en la conferencia de prensa (...). Uno de los puntos más importantes del eurocomunismo es la plena independencia y soberanía de cada partido para definir su estrategia, para emitir sus juicios y críticas, etc. Esto es lo que parece no haber comprendido bien la prensa. De todos modos, que esas críticas no aparezcan en la declaración común no modifica nada. Los tres partidos han dejado perfectamente clara su condena de la violación de las libertades. Y cada uno lo ha hecho en los términos que ha creído más adecuados”<sup>443</sup>.

Sin embargo, sobre este tema se mostró especialmente crítico el diario El País en el ya citado editorial: “A pesar de las declaraciones de Santiago Carrillo, es lamentable que el comunicado, aun haciendo del principio de no injerencia y de respeto a la libre elección de vías para la construcción del socialismo su piedra angular, no haya sabido casar su defensa de la libertad que para las sociedades occidentales hacen los comunistas con la de los derechos humanos violados en las naciones del Este. El movimiento de disidencia que se extiende como mancha de aceite por los países orientales constituye un fenómeno que ha sorprendido a los dirigentes de esas naciones. Por vez primera se trata de defender no una posición política, un matiz doctrinal, o las resoluciones de un congreso comunista, sino de abogar por el respeto de los derechos humanos reconocidos en las constituciones de dichos países y ratificados por ellos al firmar el Acta Final de la Conferencia de Helsinki, de 1975 (...). Pues bien, la libertad es un valor básico y no una cuestión geográfica. No se puede reclamarla aquí, y no allí, antes y no ahora. Es en nombre de la libertad como se reclama justamente la legalización de todos los partidos políticos. Y los eurocomunistas, que están deseosos de que la opinión pública dé credibilidad a sus declaraciones de respeto al pluralismo, han perdido con su tímida actitud una ocasión de disipar las dudas. Mientras no exista una condena formal y expresa del totalitarismo soviético y de los regímenes de partido único, hay que decir que las sospechas subsistirán”<sup>444</sup>.

Sin embargo, para la elaboración de un proyecto político creíble hacía falta ir más allá de una convergencia discontinua, de proponer una “estrategia regional unificada”, mostrando, públicamente, no un estilo común, sino una política común. Pero esta

---

<sup>443</sup> *Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977, pág. 19.

<sup>444</sup> “Entre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad”, *El País*, 4 de marzo de 1977.

unidad no existió y “el grupo de los tres, en cada serie de problemas, se divide en proporción de dos a uno según los tres posibles casos”: los PC francés e italiano frente al español, por ejemplo sobre la cuestión de la vida interna de los partidos y del movimiento comunista); los PC italiano y español por un lado y el PC francés por otro, en todas las cuestiones de políticas internacionales (OTAN, Comunidad Económica Europea, Comunidad Europea de Defensa...), donde se pone de manifiesto este desacuerdo; el PC italiano frente al PC español y francés sobre la aceptación de Berlinguer de la estrategia interna promovida por la Democracia Cristiana y de la política de austeridad para “salvar la crisis”<sup>445</sup>, proponiendo a los trabajadores unos sacrificios y privaciones (casi franciscanos) para el bien del país, mientras Carrillo y Marchais, más que de aceptación, postulan una “lucha” para no pagar las consecuencias de la crisis.

No ovaste, el encuentro tuvo gran eco internacional y muchos dirigentes extranjeros lo alabaron, augurando que fuera el preludio a nuevos –y más fuertes- vientos de cambio tanto en occidente como en las democracias populares. En un encuentro con la prensa internacional, el dirigente yugoslavo Vladimir Bakaric, subrayaba que “La reunión en Madrid de los secretarios de los partidos comunistas de Italia, Francia y España constituye un acontecimiento de enorme importancia. Nosotros saludamos la línea autónoma de los partidos comunistas de Europa occidental (...), apoyamos plenamente el principio según el cual cada país y cada partido deben tener su propia autonomía. En Madrid no se ha creado un nuevo centro del movimiento internacional, pero sí se ha procedido a un intercambio de informaciones sobre las respectivas experiencias”, añadiendo “por esto no podemos compartir la postura adoptada por los representantes de los partidos comunistas de la Europa del Este que se han reunido en Sofía casi en función anti-Madrid”.

Finalmente, a una atenta lectura, la cumbre eurocomunista tenía especialmente un valor interno, ya que la reunión resultaba funcional al conseguimiento del PCE de sus objetivos políticos a corto y mediano plazo. En primer lugar, arroparse con los principales líderes eurocomunistas, ayudaba el Partido a demostrar su aceptación y apoyo internacional, procurando, al mismo tiempo, contrarrestar el avance del PSOE, cuyo XXVII Congreso (“Socialismo es libertad”, Madrid, diciembre de 1976), que tuvo una importancia mediática inusitada también por la presencia de los principales

---

<sup>445</sup> La palabra “austeridad” apareció en el plan de salvamento de la economía italiana promovido por el partido comunista italiano el 15 de enero de 1977, aunque Berlinguer se preocupó de matizar que para el PCI, esta palabra significaba “justicia, seriedad, eficacia y rigor”. Volveremos más adelante sobre el tema.

hombres del socialismo europeo (François Mitterrand, Pietro Nenni, Willy Brandt), generaba el temor de un posible adelantamiento electoral. A través de la Cumbre, el PCE trataba de compensar la negativa imagen de su lazo con la dictadura soviética, publicitando sus buenas relaciones con los potentes partidos comunistas de Francia e Italia, plenamente integrados en la vida democrática nacional. Secundariamente, se trataba de poner de manifiesto el potencial distanciamiento de Moscú, mostrando asimismo que el acercamiento de España a Europa pasaba también por los eurocomunistas: se trataba casi un “uso instrumental” del secretario del PCE de la necesidad de acercar el partido a lo demás partidos comunistas europeos: el acercamiento de España a Europa pasaba también por los comunistas. Una interpretación libre del pensamiento orteguiano de “España es el problema, Europa la solución”: Carrillo veía en Europa la posible salvación de España y “el pretexto” más importante para introducir su partido en el futuro juego democrático español. Por eso, repetía hasta la saciedad que “sería incomprensible para los españoles y para los europeos que no se legalizará el PCE”. Finalmente, como ya indicado, la cumbre representaba por el PCE una manera para presionar la legalización del partido: frente a la voluntad de mantener a los comunistas fuera de la ley, al menos en una primera etapa del proceso de transición, “la reunión Berlinguer-Marchias-Carrillo fue uno de los factores que dificultaron esa maniobra y ayudó a la legalización del PCE, en abril de 1977, dos meses antes de las primeras elecciones democráticas”.

## **Capítulo VII: El PCI y el PCF en la segunda mitad de los setenta**

**7.1 El PCI y los años de Berlinguer; 7.1.1 El PCI y la crisis. El compromiso histórico; 7.1.2 El PCI y el caso chileno; 7.1.3 El PCI y el XIV Congreso; 7.1.4 El PCI y el asesinato de Aldo Moro; 7.2 El último Berlinguer. El fin del PCI eurocomunista; 7.3 El PCF y el Eurocomunismo; 7.3.1 El PCF en los setenta; 7.3.2 1974-1976: el PCF empieza el cambio; 7.3.3 El XXII Congreso del PCF; 7.4 El PCF y el eurocomunismo**

Cada uno a su manera, estos partidos intentaron construir el socialismo en su país, en el ambicioso intento de conjugar socialismo y democracia. Los tres principales partidos occidentales empezaron a desarrollar una estrategia y una concepción del socialismo común, presentando un programa condicionado por las exigencias nacionales y las posibilidades internas: “programa común” en el caso de Francia, “compromiso histórico” en Italia, “ruptura democrática” en España. A esta *convergencia* se le llamó eurocomunismo.

El “advenimiento” de la propuesta eurocomunista resultaba favorecido por una serie de factores comunes, como si Europa occidental parecía estar “preparada”, madura para un cambio social. En Francia, la derecha, que se encontraba en el gobierno tras casi dos décadas, vivía una etapa de descrédito, amenazada por posibles escisiones. En Italia, la Democracia Cristiana se veía involucrada en graves escándalos de corrupción y se dudaba de su competencia y capacidad a gestionar la crisis. Y, en España, la dictadura de Franco estaba viviendo sus últimos momentos. Estos factores favorecían el deseo de cambios, al tiempo que los partidos comunistas de estos países querían encarnarlo, ampliando su electorado, representando la fuerza organizativa –en la legalidad y en la clandestinidad- capaz de superar el estancamiento y la crisis del mundo capitalista. En esta dirección, el eurocomunismo representaba un cambio en la estrategia para alcanzar el poder, el objetivo de conseguir una mayoría suficientemente numerosa para cambiar la sociedad en el camino hacia el socialismo.

Mientras para Francia, el PCF declaraba “el deber respetar y hacer respetar las elecciones democráticas del pueblo”, en el caso de España, Carrillo comprometió el partido en la “política de consenso”, aceptando el rey, apoyando la nueva Constitución y

apostando por los Pactos de la Moncloa y en una política de concentración democrática, cercana a la de Gobierno de unidad democrática de Berlinguer.

No obstante, cada partido comunista tropezaba con dificultades crecientes que ponían a dura prueba su nueva estrategia y peligraban su unidad interna. En consecuencia de eso, tras una primera fase a la “alza”, los resultados alcanzados por los partidos eurocomunistas fueron desalentadores, mostrando que con el avanzar del tiempo, estos partidos perdían su oportunidad de alcanzar el poder o bien afirmarse como partidos de oposición preparados para gobernar. En el caso de Italia, la perseverante y continua búsqueda de una alianza con la Democracia Cristiana llegó a desgastar su capital electoral, a desilusionar su militancia que nunca veía llegar el poder que tanto anhelaban. El PCI aparecía estancado, aislado<sup>446</sup> y, cosa más preocupante, políticamente bloqueado en una posición que le imposibilitaba alcanzar el poder. En Francia, el PCF rompió la Unión del Izquierda (en 1977) para formar, tres años más tarde, un gobierno presidido por el socialista Pierre Mauroy y con François Mitterrand a la presidencia de la República, asumiendo, no obstante, una posición subordinada, subalterna. En lo que concierne a España, a la muerte de Franco, el PCE esperaba convertirse en el partido de oposición: sin embargo, y a pesar de la adhesión a la monarquía, el PCE fue relegado a un segundo plano, marginado a ventaja del partido socialista. El hundimiento electoral, el terremoto interno ponían a dura prueba el futuro del partido y cuál línea seguir.

### **7.1 El PCI y los años de Berlinguer**

El Partido Comunista italiano había conseguido alcanzar un grado de implantación y de desarrollo que no tenía par en Europa, ejerciendo una hegemonía indiscutida sobre sectores cada vez más amplios del movimiento obrero y de las capas populares. Igualmente, sus logros influían sobre la labor de varios partidos comunistas europeos, condicionando las tácticas políticas y la estrategia electoral de estos mismos partidos; sin embargo, donde fue posible notar mayormente la influencia del PCI fue en el caso del Partido Comunista de España, donde, a partir de los años setenta y en plena transición a un régimen democrático, la actividad del grupo dirigente pareció muy relacionada con la del partido italiano y donde los máximos dirigentes elaboraron este proyecto político llamado eurocomunismo.

---

<sup>446</sup> Para el PCI, Elorza habla de “euroizquierda”, para señalar el acercamiento a las principales socialdemocracias europeas (laboristas, alemana o francés), “algo que, para los ortodoxos, confirmaba la identidad entre eurocomunismo y socialdemocracia”. Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado “*El Eurocomunismo*”, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 31.

En su nuevo curso en los setenta, el PCI, *puer robustus et malitiosus*, como hubiese dicho Palmiro Togliatti en sus tiempos, intentaba salir de la “incubadora de las formulaciones abstractas” buscando formulas concretas para alcanzar el poder. Se decidió por ser el abanderado del eurocomunismo, proyecto que representaba la culminación de un progreso táctico-teórico empezado antaño. Con Togliatti y después con Berlinguer, el comunismo italiano siguió la línea gramsciana de conquistar, antes que nada, la sociedad civil. El PCI intentaba traducir a la práctica el pensamiento gramsciano, dirigiendo su acción a la conquista de la sociedad civil y de la cultura en su más amplio sentido. Sin embargo, con Berlinguer como secretario se aceleró el distanciamiento del PCI de la URSS, mientras el partido procuraba presentarse como la gran fuerza democrática, que llevaba consigo los valores auténticos de libertad y de democracia, que se ponía como objetivo final la transformación en sentido socialista de la sociedad, al que Togliatti definía “un régimen de democracia progresiva”.

Terminada la guerra, tras la resistencia y la liberación, el PCI apostaba por la transformación y la renovación del país, “sin soluciones de continuidad, sobre un terreno nuevo en la dirección del socialismo”. Según los miembros del partido, se trataba de un proceso a largo plazo que –inevitablemente– desembocaría en un régimen democrático nuevo. No obstante, el punto de aceleración de este proceso de nueva definición del partido fue la elección de Berlinguer a secretario del partido, que significó no tanto la elaboración de una nueva táctica, sino más bien el desarrollo de ella, la profundización de sus elementos.

Aún así merece la pena subrayar que un primero giro del partido se registró a partir de 1956: si la década de los cincuenta se caracterizó por un “entrecruzarse de motivos y momentos de dificultad y de incertidumbre, por un parte, y de desarrollos nuevos, extremadamente importantes, de nuestra elaboración, por otra”<sup>447</sup>, en el VIII Congreso, el Partido empezó una reflexión crítica a partir del XX Congreso del PCUS y de los acontecimientos de Hungría. Se trataba de reflexionar sobre la política adoptada por el partido hasta la fecha, procurando comprender las novedades surgidas en la situación socio-política y económica de Italia. El “informe secreto” de Krushev permitió al PCI retomar la búsqueda de un camino hacia el socialismo diferente del seguido en Rusia, reanudando la investigación entorno: “la cuestión de un régimen socialista fundado en una pluralidad de partidos, fundado en el reconocimiento de la autonomía de las

---

<sup>447</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 46-47.



diferentes instancias de la sociedad civil; la cuestión de una relación nueva entre partido y sindicato, entre partido y organizaciones de masas, el reconocimiento de la autonomía de estas organizaciones en la perspectiva de la construcción del socialismo (...). Se hace la luz sobre nuestra forma de concebir no sólo el avance hacia el socialismo, sino la construcción del socialismo, sobre nuestra forma de concebir la relación entre democracia y socialismo en un nexo de sustancial continuidad”<sup>448</sup>.

A partir del VIII congreso, el PCI empezaba un nuevo análisis sobre la estrategia que perseguir para alcanzar el socialismo en Italia: “El eurocomunismo tiene en aquel punto una de sus raíces más profundas, de donde posteriormente ha crecido. Y el eurocomunismo, a mi modo de ver, trabaja sobre esta hipótesis: un proceso democrático que cambia el Estado, un desarrollo de la democracia que rompe el verticismo y la lejanía del Estado (...); la izquierda italiana es llamada a pagar la dura prueba de una responsabilidad de gobierno, desarrollando una estrategia compleja, que prevé simultáneamente una convergencia y una competición con otras fuerzas políticas que son de naturaleza diversa, sea desde el punto de vista de la tradición ideológica como de las bases de clase”<sup>449</sup>.

La década de los sesenta fue marcada por la muerte de Togliatti y el llamado Memorial de Yalta, del que se ha hablado ampliamente en anteriores capítulos. Merece la pena sólo destacar que el Partido seguía las reflexiones del político genovés entorno al *policentrismo* y la necesidad de mayor autonomía por parte de cada partido comunista. Estos temas fueron profundizados por la cúpula dirigente del partido, preocupada por salvaguardar su independencia –sobre todo tras los acontecimientos de Praga- y deseosa de avanzar desde el punto de vista electoral.

### **7.1.1 El PCI y la crisis. El compromiso histórico**

A comienzos de diciembre de 1975, en una rueda de prensa internacional, el secretario de la Democracia Cristiana, Zaccagnini, confesaba que la crisis de su partido era la consecuencia de la corrupción que derivaba por su permanencia de treinta años en el poder. Pese a esto y no por ello, el secretario descartaba la necesidad de darse entrada a los comunistas en el gobierno, fundamentando tal negativa en la “falta de credibilidad

---

<sup>448</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 48-50.

<sup>449</sup> Ingrao, Pietro: *Crisis y terca vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 98.

democrática” del partido comunista italiano”, augurando que, en caso de victoria de estos últimos, podrían implantar una dictadura en Italia.

En los años setenta, la estrategia política del PCI se caracterizaba, especialmente, por un atento análisis de la crisis que afligía el país, reflexionando no tanto acerca de una “fórmula de gobierno” sino más bien una estrategia a largo plazo con el objetivo de transformar y renovar democráticamente el país. El resultado de esta reflexión fue la presentación de una nueva estrategia que se caracterizaba por la idea del compromiso histórico en el interior y de la coexistencia pacífica en el exterior.

Italia vivía una gravísima crisis, con una alarmante inflación, el preocupante déficit de la balanza de pagos y un alto nivel de corrupción. Por eso, se hablaba insistentemente de la necesidad de cambios políticos de envergadura.

La situación de Italia parecía dramática como se puede ver a través del periódico francés *Le Figaro*, que en ocasión del atentado del tren Roma-Múnich<sup>450</sup> (4 agosto de 1974), publicaba las cifras de los cinco años anteriores: quinientos atentados, que habían provocado decenas de muertos y centenares de heridos; doscientos secuestros por causas políticas o razones criminales; millares de explosivos requisados por las fuerzas de policía italiana. Una situación calamitosa e inestable que “un semanario inglés [argüía] que los desórdenes en Italia eran de tal gravedad que recordaba el clima que precedió la guerra civil española”<sup>451</sup>.

Para el PCI, la crisis de los setenta no se refería sólo a la coyuntura económica, afectando también a la estructura, a las relaciones políticas y sociales, insistiendo en la conexión entre diversos fenómenos: paro, marginación respecto al desarrollo, parasitismo, crisis de la escuela y de la representatividad de las instituciones, problemas sociales. Se trataba de una crisis profunda y multiforme que llevó el partido a tacharla de “crisis de una hegemonía”, de la hegemonía de las viejas clases dirigentes.

Ya en el XII Congreso, el PCI empezó un juicio crítico de sobre la sociedad italiana y declaraba necesario proponer una “società qualitativamente diversa da tutte le esperienze sino compiute”<sup>452</sup>. El partido entendía que la grave crisis económica, el agotamiento de la ofensiva obrera y el malestar generalizado (y acrecentado por la “estrategia la tensión”) le obligaban a cambiar rumbo, hacerse portavoz de este deseo de

---

<sup>450</sup> Se refiere a la *strage dell'Italicus*: el atentado, reivindicado por un grupo de extrema derecha, provocó 12 víctimas y 44 heridos.

<sup>451</sup> Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 138.

<sup>452</sup> Longo, Luigi: *XII Congresso del PCI –Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, 1969, pág. 72.

cambio. Por eso, en el XIII Congreso rectificó en parte su actitud y Berlinguer definió “la necesidad de un nuevo giro dentro de la democracia”, propiciando la acuñación de la propuesta del “compromiso histórico” y reflexionando sobre los acontecimientos de Chile. La grave crisis político-económica que angustiaba el país empujó el partido a una “tregua política” y a mostrarse disponible a formar una coalición con los diferentes partidos democráticos para solucionar los problemas, graves y urgentes, de Italia. Una decisión tomada por el interés nacional y que resultó constituir la “premisa de la gran progresión comunista”. De hecho, a lo largo de estos años, el PCI registraba un constante y continuo crecimiento político-electoral, subrayando su “compromiso para la defensa y el desarrollo de la democracia. Todavía hoy, cuando también fuera de Italia se comentan las posiciones del Partido Comunista en defensa de la democracia y por un avance hacia el socialismo en la democracia se adopta una actitud de interés o de desconfianza como si se tratase de una simple declaración de fe; y, por el contrario, nuestras posiciones en este campo son algo diferentes: constituyen el resultado de una experiencia, el punto de llegada de una búsqueda larga y laboriosa, son la sustancia mínima de la acción desarrollada durante décadas por el Partido”<sup>453</sup>.

El secretario del PCI concebía la transición al socialismo “como un proceso gradual”, dentro del marco de un régimen democrático: las consideraciones de Berlinguer en este momento se caracterizaban por un exceso de moderación.

El compromiso histórico representaba un intento de realizar, en el conjunto del país y, sobre todo en el Parlamento, una “unidad” basada en la mayoría del pueblo italiano, consiguiendo agrupar las tres principales fuerzas políticas de la sociedad –comunistas, católicos y socialistas. El PCI consideraba que las necesarias reformas estructurales que habrían modificado la correlación de fuerzas a favor de la clase obrera, se podían realizar sólo una vez conseguida esa unidad. Berlinguer subrayaba que no existía una diferencia entre una etapa democrática y una etapa socialista, ya que “la lucha por la democracia es parte integrante del tránsito al socialismo y del propio socialismo”. A partir de este momento, como solía repetir Berlinguer, era posible introducir “elementos de socialismo” en el país, buscando la “superación de los límites de esta democracia, de su desarrollo en formas nuevas, de la lucha por dar nuevos contenidos –más avanzados

---

<sup>453</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 40.

en sentido económico y social- a la democracia y de la acción para proceder en este terreno hacia el socialismo”<sup>454</sup>.

Si el compromiso histórico era la estrategia de política nacional, desde punto de vista internacional, el PCI apostaba por el proyecto eurocomunista, creyendo en “la imposibilidad del socialismo en un solo país de Europa occidental y por lo tanto de la necesidad de un avance simultáneo y coordinado hacia el socialismo de todos los países de Europa occidental (...); hay que buscar la máxima vinculación y comprensión recíproca entre las fuerzas de izquierda y democráticas presentes y activas en los demás países de Europa occidental, con el fin de evitar interferencias o intervenciones brutales desde el exterior que puedan frenar o incluso interrumpir el proceso de transformación”<sup>455</sup>. Pese a la diversidad, el PCI consideraba que varios países de la Europa capitalista presentaban algunas exigencias y orientaciones comunes, problemas comunes, sobre todo en lo que concernía la relación entre democracia y socialismo, tema fundamental en la lucha y construcción de una sociedad socialista.

### **7.1.2 El PCI y el caso chileno**

Los trágicos acontecimientos de Chile representó otro suceso que marcó el desarrollo del partido, convenciéndole de la necesidad de que su acción renovadora tenía que determinar un proceso de transformación de la sociedad sin rupturas demasiadas bruscas, “alterando la cohesión política y moral de la nación”; tras estos sucesos, el PCI se preocupaba de cómo realizar el tránsito de alianzas electorales a gobiernos populares, “capaces de llevar adelante un proceso de transformación”.

A tal propósito, Giorgio Amendola recordaba que “en países como Italia, una transformación democrática y socialista no puede ser obra de un solo día o de un corto período, sino el resultado de una multiplicidad de procesos que convergen necesariamente, aunque en orden distinto y con ritmos más o menos rápidos, siempre en la misma dirección: hacia la ampliación de la participación consciente de los ciudadanos en la vida política y social del país (...). La lección chilena confirma la justeza de la insistencia con que Togliatti indicaba la importancia de llevar a cabo una reforma del Estado junto a las reformas económicas. En Italia una reforma del Estado significa una aplicación coherente, en todos los aspectos, de la Constitución, al mismo tiempo que se

---

<sup>454</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 98.

<sup>455</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 89-90.

realizan las reformas sociales. Cuando se excava un túnel, hay que apuntalar y encofrar cada nueva porción abierta para sostener la bóveda y las paredes. Si en la construcción del túnel se avanza sin tomar las precauciones indispensables, se produce fatalmente el hundimiento y los obreros que trabajaban en él quedan sepultados. Esto es lo que hay que evitar teniendo siempre presentes los problemas del cuadro institucional, las relaciones de fuerzas económicas y sociales con el Estado y las relaciones entre las fuerzas políticas”<sup>456</sup>.

En la misma línea Ingrao recordaba: “de las experiencias tempestuosas de este siglo hemos aprendido que la transición hacia una nueva sociedad –aspecto aún no explorado debidamente por los grandes clásicos de la democracia y socialismo- obliga a una época entera, no se puede reducir a un único modelo, y no procede por giros unívocos. Es un proceso que comporta rupturas, saltos cualitativos, y cambios estructurales profundos, pero que también vera momentos ambiguos y regímenes contradictorios. Reconozco los riesgos que corremos al destacar esta evolución procesual y la contradictoriedad de la transición, pero conocemos también el precio que hemos pagado al dogmatismo del modelo único y equivoco”<sup>457</sup>.

En las semanas posteriores al golpe, Berlinguer escribió varios artículos cuyas conclusiones: de Berlinguer sobre el episodio de Chile fue la necesidad de ampliar lo más posible el frente de fuerzas sociales y políticas susceptibles de unirse para lograr realizar los cambios progresistas necesarios en el camino hacia una sociedad socialista. Por eso, más que remarcar la debilidad de una estructura democrática ante un golpe militar, el secretario del PCI apostaba por la gradualidad, por aminorar los objetivos para hacer posible los avances del socialismo, limitados y no rápidos.

Como ya hemos indicado anteriormente, Berlinguer reflexionó sobre los acontecimientos de Chile en una serie de artículos publicados en *Rinascita*, especulando sobre cómo extraer “útiles enseñanzas” de esta tragedia política; añadimos sólo que el secretario del PCI consideraba que “la vía democrática al socialismo es una transformación progresiva de toda la estructura económica y social, de los valores e ideas que guían la nación, del sistema del poder y del bloque de las fuerzas sociales en que se expresa. Ciertamente, la transformación general por la vía democrática que

---

<sup>456</sup> Artículo “La actualidad del socialismo en Italia y en Europa: reforma y consenso. La exigencia objetiva de una transformación renovadora”, en el ensayo *Situazione italiana e movimento socialista italiano in Togliatti*, Annali. Istituto Giangiacomo Feltrinelli, XV, 1973.

<sup>457</sup> Ingrao, Pietro: *Crisis y terca vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 127-128.

queremos realizar en Italia necesita en todas sus fases de la fuerza y del consenso”<sup>458</sup>. Berlinguer consideraba que “la estrategia de reformas sólo puede afirmarse y avanzar si se cuenta por debajo con una estrategia de alianzas (...). En estas situación, el saber qué hacer para que un programa de profundas transformaciones sociales –que implica necesariamente reacciones de todo tipo por parte de los grupos atrasados- no se realice en forma tal que provoque un rechazo y lleve a posiciones de hostilidad a amplias capas de las clases intermedias, sino que, por el contrario, reciba en todas sus fases el apoyo de la gran mayoría de la población, es, desde luego, un gran problema. Un gran problema que se plantea en el plano político y que los marxistas y los teóricos progresistas de Italia y de los países occidentales, deberían plantear cada vez más en el plano teórico”<sup>459</sup>. Tras subrayar las diferencias entre los dos países, Berlinguer advertía del peligro: “elegir una vía democrática no quiere decir, por consiguiente, hacerse ilusiones sobre una evolución lineal y sin escollos de la sociedad capitalista a la socialista (...). Las perspectivas de éxito de una vía democrática al socialismo dependen de la capacidad del movimiento obrero de llevar a cabo sus propias alternativas y de medir sus iniciativas en función del marco internacional; pero, sobre todo, en función de las relaciones de fuerza concretas existentes en cada situación y en cada momento, y de su capacidad de demostrar con los hechos a la reacción que la iniciativa transformadora es determinante en toda la sociedad: en la economía, en las estructuras y en los aparatos del Estado, en la dislocación y en las orientaciones de las diversas fuerzas sociales y políticas y en sus relaciones recíprocas”<sup>460</sup>.

Según el secretario del PCI, la convergencia de las fuerzas democráticas representaba una antídoto para evitar las tentaciones violentas: “pensamos que si los grupos sociales dominantes juegan la baza de romper el marco democrático, de dividir en dos el país y de desencadenar la violencia reaccionaria, esto debe impulsarnos aún más a sujetar en nuestras manos sólidamente la causa de la defensa de la libertad y del progreso democrático, a evitar la división vertical del país y a dedicarnos con decisión, inteligencia y paciencia aún mayores a aislar a los grupos reaccionarios y a buscar todo posible entendimiento y convergencia entre todas las fuerzas populares”<sup>461</sup>.

<sup>458</sup> AA. VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 148.

<sup>459</sup> AA.VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 151 y 152.

<sup>460</sup> Berlinguer, Enrico: *La “cuestión comunista”*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 149-151.

<sup>461</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 132-133.

Para evitar esta trágica posibilidad el PCI proponía profundizar el compromiso histórico que ya no representaba una simple alianza política, sino más bien una “movilización de un amplio frente de capas sociales diferentes, más allá de los límites de la izquierda”, dispuesto a comprometerse para la construcción del socialismo a través de “profundas transformaciones estructurales” indispensables en este camino. Asimismo, el secretario del PCI subrayaba el papel del partido, “la vocazione del PCI quale ‘partito dell’ordine’ in difesa delle istituzioni democratiche”<sup>462</sup>.

En su estrategia de *coalizionabilità*, el partido consideraba el compromiso como necesario para cambiar “profundamente las orientaciones generales de la política económica, transformando gradualmente, con la introducción de elementos ‘propios del socialismo’, el mecanismo económico y la administración pública”<sup>463</sup>.

Dentro del partido, la relación entre democracia y socialismo era objeto de reflexión mientras se criticaba la “soberanía *demediada*” del Estado burgués: Pietro Ingrao, entonces, Presidente de la Cámara de los Diputados, postulaba la necesidad de “completar la democracia”, medirse con la necesidad de “construir una democracia capaz de cambiar el régimen social”, solucionando “el dilema histórico de si la democracia representativa sea el terreno más favorable para la organización de la fuerza obrera y popular, o más bien la posible forma política de transición de una a otra formación político-social”<sup>464</sup>. Para el dirigente del PCI, el partido tenía que encontrar “cuales relaciones entre las clases y nuevos equilibrios estructurales podían determinar una nueva dialéctica y contribuir a la superación de la centralización autoritaria”. Finalmente, los riesgos de la burocratización, de la tecnocracia, de la manipulación “se superan si conseguimos ofrecer fundamento a la soberanía popular, dilatándola dentro de un proceso productivo”.

En estos años, se decía que en el PCI convivían tres almas: la de Amendola, menos leninista y más proclive a la democracia social, que representaba la interpretación más formalista del compromiso ‘por arriba’ en función de la grave crisis económica; la de Longo-Cossuta-Ingrao, la vieja guardia, lista y neo-estalinista, la más popular, que se mostraba favorable a la movilizaciones de las masas; y la de Berlinguer, la moderada, más favorable a la democracia social que al regreso al estalinismo.

---

<sup>462</sup> Pons, Silvio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Einaudi, Torino, 2006, pág. 41.

<sup>463</sup> *L’Unità*, del 31 de enero de 1975.

<sup>464</sup> Ingrao, Pietro: *Masse e potere*, Editori Riuniti, Roma 1977, pág. 225.

### 7.1.3 El PCI y el XIV Congreso

En preparación del XIV Congreso, Berlinguer declaraba que “la línea que llamamos ‘compromiso histórico’ aspira a ser justamente la respuesta del Partido Comunista a la nueva prueba crucial ante la que se encuentra el país. Propone un desarrollo de la economía, de la sociedad, de la política, de la vida moral del país que permita evitar la ruina del único modo posible, esto es, cambiando profundamente el curso de la vida económica y social, y realizando en la dirección política del país aquel entendimiento de todas las fuerzas populares y democráticas necesario para llevar a cabo una gran obra de renovación. En nuestra opinión, semejante proceso –objetivamente indispensable para la salvación y el renacimiento de Italia- es también un proceso que tiende a salir de la lógica del capitalismo en cuanto que comporta la introducción de elementos nuevos, que nosotros llamamos ‘elementos de socialismo’, en la organización económica y social del país, en la vida del Estado, en la naturaleza del poder, en los hábitos vitales y en los modos de pensar”<sup>465</sup>.

En el XIV Congreso, que inició sus trabajos en Roma el 19 de marzo de 1975, se reafirmaba la importancia de realizar una “transformación democrática profunda”, la necesidad de “hacer avanzar nuevas formas de organización de la vida económica y política en cada país”. En esta ocasión, se recordaba la exigencia de “reflexiones profundas sobre las sociedades socialistas existentes, sobre las variadas experiencias de los países el Tercer Mundo, sobre *qué vías* al socialismo y *qué socialismo* es necesario y posible prever para Occidente”, teniendo conciencia “de la peculiaridad del proceso histórico y del problema del socialismo en Occidente”. Al final del Congreso, se volvió a subrayar la importancia de realizar una política capaz de conseguir las más amplias alianzas en el plan social y político. El XIV Congreso se ponía como objetivo una profundo “cambio democrático” “per la quale occorre una nuova unità delle forze politiche e ideali del popolo e della democrazia italiana”, confirmando el compromiso histórico como la propuesta válida para renovar la dirección político-económica del país.

A conclusión del Congreso, en su Informe, Berlinguer subrayaba que: “el objetivo nacional preeminente hoy es el de impedir que la crisis de la sociedad italiana precipite a la ruina, remontar la pendiente y lograr la recuperación y la renovación nacionales. El logro de este arduo objetivo requiere un excepcional esfuerzo unitario de nuestro

---

<sup>465</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 179-180.



pueblo”. Sobre el compromiso histórico, el secretario del PCE argumentaba que “para deformar o desvirtuar nuestra propuesta se ha dicho todo y lo contrario de todo: valga como ejemplo el hecho de que el ‘compromiso histórico’ es presentado un día como simple intento del PCI de conquistar su ‘parcela de poder’ a costa de aceptar que todo continúe como antes, y al día siguiente, para las mismas personas, el ‘compromiso histórico’ se convierte en una especie de palanca para subvertirlo todo y para destruir todas las otras fuerzas políticas (...). La estrategia del ‘compromiso histórico’ va más allá de la cuestión de la participación comunista en el gobierno y, por otro, en cambio, es ya hoy, y puede ser cada vez más en el inmediato futuro, una línea válida por encima de la formación de una nueva mayoría, una línea idónea para afrontar y resolver correcta y positivamente los problemas más acuciantes del país”. Recordando que su plena formulación fue tras los trágicos acontecimientos de Chile y que esa misma tuvo en cuenta las “peculiaridades de la situación italiana”, Berlinguer afirmaba una vez más que “pareciéndonos el compromiso histórico la única perspectiva adecuada para llegar a la transformación democrática del país, y para garantizarla, señala al mismo tiempo el método justo para afrontar y resolver los problemas cotidianos y más graves del país”<sup>466</sup>.

Ante el Comité Central del PCI, en octubre de 1975, Berlinguer declaraba: “nuestra convicción profunda es que, cualesquiera que sean y por grandes que puedan resultar las diferencias entre los diversos países de Europa occidental, no hay uno solo de estos países en el que la política del movimiento obrero pueda separarse de ciertos rasgos comunes característicos de una estrategia de efectivo avance hacia el socialismo en todo el Occidente europeo. Y tales rasgos pueden resumirse todos en concebir la transformación de los fundamentos de la sociedad y de su desarrollo como un proceso capaz de garantizar en todo momento el respeto pleno de todas las libertades individuales y colectivas y su despliegue concreto (...). No puede haber un avance real hacia el socialismo si el mismo no es, al mismo tiempo, el fruto de un desarrollo consecuente de la democracia y de la dirección de aquel desarrollo que el proletariado ha cogido firmemente en sus manos”<sup>467</sup>.

Es evidente que, en este momento, el PCI apostaba fuerte por la novedad, por el proyecto eurocomunista: “el eurocomunismo no es un campo y mucho menos un bloque

---

<sup>466</sup> Loizu, Maximo: *¿Qué es el compromiso histórico? Selección y comentarios*, Editorial Avance, Barcelona, 1975, pág. 135, 150, 151 y 153.

<sup>467</sup> Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 220-221.

de partidos comunistas unidos por vínculos de organización o solamente por una identidad programática. Todos sabemos que cristalizaciones organizativas y programáticas no serían fecundas, limitarían la respiración, conducirían a rupturas más que a ampliaciones. Pero precisamente este rechazo a las cristalizaciones exige que se supere cuanto existe aún de diplomático y, por consiguiente, de separado en las experiencias, en las luchas, en la investigación, ya de los partidos comunistas entre sí, ya en sus relaciones con las demás fuerzas de izquierdas y democráticas. Visto desde este punto de vista, tampoco nos sirve este montón estático de fuerzas políticas. No se trata de vender a los compañeros españoles una receta nuestra, o de importar una francesa a Italia. De lo que se trata es de poner realmente en discusión nuestras experiencias reciprocas, y por consiguiente de someternos al debate, a la crítica, a la investigación, lejos de aquel esquema que dice: cada cual en su casa hace lo que le da la gana”<sup>468</sup>.

En 1976, en una entrevista, Berlinguer declaraba: “noi, con altri partiti dell’occidente europeo, lavoriamo da tempo per adeguare le interpretazioni della dottrina marxista e la nostra azione politica alle realtà storiche e politiche dei singoli paesi e di tutto l’occidente, liberandoci da ogni dogmatismo, offrendo un contributo originale al pensiero marxista, aprendo un nuovo dibattito con i partiti socialisti. Ma l’autonomia di azione politica e di ricerca teorica, la nostra indipendenza organizzativa e la fine di ogni partito-guida e di ogni Stato-guida, i rapporti costruttivi con i socialisti, non significano né che noi vogliamo diventare socialdemocratici, né che cessiamo di essere internazionalisti (...). I nostri maggiori sforzi sono rivolti ad aprire vie originali per la trasformazione democratica in direzione del socialismo del nostro e degli altri paesi dell’occidente europeo”<sup>469</sup>.

En un mitin en Milán, Berlinguer se preguntaba retóricamente: “¿existe una forma para ir al socialismo incluso en los países capitalistas más desarrollados? No puede no existir. Si bien estamos convencidos de ello, pensamos también que tal ‘forma’ no puede consistir en una receta, es decir, no puede residir en seguir, imitar o repetir otras vías ya recorridas y probadas”. A pesar de definir “la Revolución de Octubre como el más grande hecho histórico de este siglo (...) piedra angular de la historia de la humanidad”, el secretario del PCI confesaba que “siguen existiendo en estos países

---

<sup>468</sup> Ingrao, Pietro: *Crisis y terca vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 141.

<sup>469</sup> “Eurocomunismo e compromesso storico”, entrevista de Carlo Casalegno, publicada en *Europa*, suplemento mensual de *La Stampa*, 3 de febrero de 1976.

[bloque socialista] limitaciones, aspectos negativos que están en contradicción con la visión que tenemos nosotros del socialismo como plenitud de todas las libertades del hombre”. Y recordaba que para el PCI, “el marxismo no es ningún dogma, ninguna doctrina escolástica, sino una elaboración viva en relación con la efectiva dialéctica de la historia”<sup>470</sup>. Y, el mismo Berlinguer, en una entrevista a un diario italiano, afirmaba la existencia y posibilidad de una vía nueva al socialismo, “distinta de las socialdemócratas”<sup>471</sup>: en esta ocasión, el político sardo recordaba el derecho a existir del eurocomunismo “por respeto a la autonomía de cada partido comunista” y lo definía como “nuestro esfuerzo dirigido al tránsito de los mitos a la racionalidad”.

El partido comunista italiano consideraba que su objetivo era algo novedoso y, al mismo tiempo, necesario: “es verdad, la historia nos dice que nunca hasta ahora se ha realizado un régimen socialista que se base en una pluralidad de partidos entre los que pueda seguir desarrollándose una libre competencia, en el cuadro de un pleno ejercicio de todas las libertades políticas y en el cuadro más vasto de una amplia articulación de la sociedad civil, de una dialéctica rica y autónoma entre diferentes instancias y posiciones sociales, ideológicas y culturales. Pero nosotros respondemos que éste es, exactamente, nuestro objetivo. Y la historia nos dice también que hasta ahora, en Europa occidental, no se ha conseguido realizar el socialismo ni siquiera por la vía “rusa” y según modelos análogos al soviético, y no es casual (...). Precisamente a la luz de la experiencia histórica nosotros afirmamos que el único camino realmente abierto a una transformación en sentido socialista de la sociedad, en Italia y en Europa occidental –en condiciones de paz- es el de una lucha en el terreno democrático, de una ampliación de las alianzas de la clase obrera y de una afirmación de su hegemonía y por lo tanto de una modificación gradual de las estructuras económicas y sociales en el cuadro de un desarrollo consecuente de la democracia”<sup>472</sup>. Por eso, el Partido no hablaba de diferentes modelos de socialismo, sino más bien “de la posibilidad, incluso de la necesidad histórica, de nuevas experiencias, tanto de transición al socialismo como de construcción del socialismo”<sup>473</sup>. El PCI consideraba oportuno avanzar y definir una nueva idea de sociedad socialista, “que sea una sociedad cualitativamente diferente a

---

<sup>470</sup> *L'Unità*, del 7 de junio de 1976.

<sup>471</sup> *La Repubblica*, del 8 de junio de 1976.

<sup>472</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 113-114.

<sup>473</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 119.

todas las experiencias realizadas hasta ahora”<sup>474</sup>. Respecto a la URSS, el PCI consideraba en palabras de Napolitano, que “si se quiere la unidad, sólo se puede realizar en la diversidad y en la confrontación”, “una diversidad de posiciones políticas e incluso ideológicas”, consecuencias de las “diversidades de experiencias y de condiciones objetivas”.

Con la táctica del compromiso histórico, el PCI esperaba en la creación de un gobierno de colaboración entre comunistas y democristianos, para realizar una política común contra la grave crisis económica. Las elecciones regionales de 1975 y las de 1976 consagraron el crecimiento del PCI que alcanzó el 34.4% de votos: el 20 de junio de 1976, *L'Unità* titulaba “L’impetuosa avanzata del PCI”. Los analistas italianos consideraban que el incremento de voto fue la consecuencia del discurso moderado de Berlinguer y por el mayor grado de convencimiento del electorado de que el compromiso histórico y el discurso democrático del PCI fueran, respectivamente, objetivos y consignas reales y creíbles.

En esa coyuntura, el partido presentaba una situación envidiable: “El Partido Comunista ocupa en Italia un espacio político, administrativo, sindical y social de amplias dimensiones y sólidos fundamentos (cuenta con 1.700.000 afiliados). En las últimas elecciones generales obtuvo el 34,4 % de los votos (más de doce millones), frente al 38,7 % de la Democracia Cristiana. Las grandes capitales -Roma, Milán, Turín, Venecia, Nápoles, Génova, Bolonia, Florencia- están administradas por ayuntamientos en los que son hegemónicos los comunistas, que, además, controlan otros 2.000 municipios. La gran fuerza sindical italiana es la CGIL, a la que pertenece la gran mayoría de la fuerza de trabajo sindicada (más de tres millones y medio de afiliados), y que es controlada por el PCI”<sup>475</sup>.

Sin embargo, empezaba el declive: a partir de 1976, el PCI empezaba una prudente política de abstención, apoyando de facto los Gobiernos encabezados por Andreotti con la expectativa de que esa fase fuera el preludio a una mayor colaboración gubernamental. Frente a la propuesta de Berlinguer, la respuesta de la DC con palabras de Moro era “la estrategia de la atención”, siguiendo cabalgando el miedo a los rojos, la imagen negativa del PCI. Tal como reconocía el líder de la democracia cristiana italiana, su partido había usado este miedo para aglutinar consensos, alejar el fantasma de la Revolución rusa: “abbiamo vissuto e ci siamo fatti forti e siamo restati forti come

---

<sup>474</sup> Longo, Luigi: *XII Congreso del PCI – Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, 1969, pág. 72.

<sup>475</sup> “La crisis italiana y el ‘eurocomunismo’”, editorial de *El País*, 17 de enero de 1978.

alternativa ideale di fronte al Partito Comunista”<sup>476</sup>. Y aquí estaba la paradoja de Italia donde había muchos electores que votaban la Democrazia Cristiana sin ser democristianos sino por miedo al comunismo y muchos electores que votaban al Partito Comunista italiano sin ser comunistas, sino por “reacción exasperada” contra el mal gobierno y la corrupción de la DC.

La desconfianza y el temor a un posible Gobierno comunista se podía resumir en la acertada expresión de Alberto Ronchey, periodista y político italiano, “el factor K”, del ruso Kommunizm (comunismo), utilizado por primera vez el 30 de marzo de 1979 en un editorial del *Corriere della Sera*. Según esta expresión de aquellos mismos años, la alternancia en el poder en Italia resultaba imposibilitada por una serie de razones y entre ellas, los equilibrios internacionales y “el hecho que el electorado no se confía suficientemente, aunque quiera cambiar de Gobierno. El factor ‘K’ (comunista) consiste en esto. Los comunistas con este nombre, sin una ideología ni una política exterior conforme a las condiciones históricas de Europa occidental, no pueden asumir la función de alternativa legitimada de los electores, pero su propia existencia induce al maximalismo a los socialistas y, en cualquier caso, impiden que sean los socialistas los que representen la alternativa de Gobierno, como ocurre normalmente en la Europa nórdica”<sup>477</sup>.

#### **7.1.4 El PCI y el asesinato de Aldo Moro**

Aunque es cierto que, a partir de 1975, la *eurocomunización* del partido resultaba más flamante, aunque la base obrera se mostraba cada vez más inquieta acerca de las decisiones de los dirigentes. A pesar de seguir promoviendo el compromiso histórico, frente a las dificultades para lograrlo y a la grave crisis económica, el PCI parecía contentarse de participar en un gobierno de salvación pública, aunque eso podía significar simplemente la participación ministerial dentro de un gobierno democristiano. Eso equivalía a una tácita admisión de los propios límites: aceptando una reducida participación ministerial, el PCI confirmaba que iba perdiendo la vitalidad y la energía necesaria para ser el motor del cambio de la sociedad italiana. Mostraba que su estrategia seguía siendo más enigmática que cierta, más imaginativa que real, aumentando las dudas en torno a su posibilidad de acceder en el poder. Parecía que el

---

<sup>476</sup> Selva, Gustavo y Marcucci, Eugenio: *Aldo Moro: quei terribili 55 giorni*, edizioni Rubbettino, Catanzaro, 2003, pág. 416.

<sup>477</sup> “La democracia bloqueada en Italia y el factor K” de Alberto Ronchey en *El País* del 2 de junio de 1979.

peligro comunista iba esfumándose mientras el partido se preocupaba más por salvar al Estado italiano con sus rasgos capitalistas que promover el cambio hacia un estado comunista. Empezaba a ser manifiesto que el impulso del PCI iba perdiendo fuerza, que sus efectos y su propuesta de cambio se agotaban en un contexto que le impedía alcanzar los objetivos que ya estaba rozando.

Era evidente que el PCI vivía una etapa difícil y su Comité Central se daba cuenta de ello, tanto que Pajetta definía la situación de “compleja, preñada de peligros, erizada de dificultades”<sup>478</sup>. La militancia juzgaba la actitud del PCI demasiado remisiva y permisiva, ya que se acusaba al partido de “apoyar” a los gobiernos democristianos.

Además las contradicciones y ambigüedades del partido seguían presentes, generando la desconfianza del electorado. Estos elementos generaba dudas que el PCI llevaba años sin despejar ni aclarar. Tómese como ejemplo la célebre entrevista de Eugenio Scalfari a Berlinguer en 1978. A la pregunta si el PCI era un partido leninista, el secretario del PCI contestó brevemente –y un poco evasivamente- que: “se con il termine leninismo (o con la locuzione marxismo-leninismo) si vuole intendere una specie di manuale di regole dottrinali staticamente concepite, un blocco di tesi irrigidite in formule scolastiche, che si dovrebbero applicare acriticamente in ogni circostanza di tempo e di luogo, si farebbe il massimo torto allo stesso Lenin (nonché a Marx), si deformerebbe la sostanza dei suoi insegnamenti politici, non si riuscirebbe a comprendere e a invertere nel tempo nostro, per quel che va inverata, la lezione che ci ha dato. Noi non siamo leninisti a questo modo, anche se mi rendo conto che oggi molti vorrebbero che lo fossimo o considerano che lo siamo proprio a questo modo conformista”<sup>479</sup>. A lo largo de la misma entrevista, el secretario del PCI subrayó una vez más la importancia del compromiso histórico, definiéndole, explicando su importancia en el contexto nacional: “l’Italia è un paese che ha bisogno di grandi trasformazioni sociali, economiche, politiche: un rinnovamento profondo delle strutture della morale pubblica, dell’organizzazione sociale. È impossibile iniziare e condurre avanti queste trasformazioni senza l’accordo delle grandi forze sociali (operai, borghesia produttiva, contadini, masse giovanili, femminili) e politiche (comunisti, socialisti, cattolici, laici). Questa corresponsabilità storica non vincola necessariamente tutti a partecipare alla maggioranza e al governo. Sono possibili di volta in volta formule politiche, coalizioni

---

<sup>478</sup> *L’Unità*, de 17 de marzo 1977.

<sup>479</sup> “Leninismo e ‘legittimazione democratica’ del PCI”, entrevista de Eugenio Scalfari en la *Repubblica*, 2 de agosto de 1978.

di governo e maggioranze diverse. Purchè rimangano quella comune responsabilità, quella solidarietà nazionale, quello sforzo di comprensione reciproca e purchè, soprattutto, rimanga l'impegno comune di trasformare il paese. Questo è il compromesso storico"<sup>480</sup>. Estas declaraciones confirmaban que, en 1978, el PCI seguía considerando el compromiso como el camino "más indicado" para avanzar hacia el socialismo y considerando el eurocomunismo como la estrategia vigente y válida para alcanzar este objetivo.

En unas declaraciones recogidas en el periódico español, *Cambio 16*, el mismo Berlinguer explicaba el porqué del fenómeno eurocomunista: "La nostra lotta per il socialismo in Italia e nell'occidente europeo scaturisce e riceve le sue forme innanzitutto dalla nostra peculiare storia nazionale e dalle condizioni, tradizioni e novità che contrassegnano lo sviluppo della vita sociale e politica dell'Europa capitalista. Tra la situazione italiana e quella degli altri paesi capitalistici dell'Europa occidentale, esistono infatti alcuni tratti comuni di fondo (...). Pur nella diversità delle esperienze storiche e delle matrici e orientamenti culturali secondo cui tali partiti hanno operato e operano, si è venuta formando tra alcuni di essi la convinzione comune che la lotta per il socialismo e la sua costruzione debbano attuarsi nel rispetto degli istituti e delle regole della democrazia rappresentativa e nella garanzia di tutte le libertà. È questa la scelta fondamentale dell'eurocomunismo. Con ciò noi non pretendiamo di indicare un altro modello, che svaluti o voglia sostituire tutti gli altri esistenti ed esistenti. Noi ci riferiamo, invece, agli insegnamenti che vengono dallo sviluppo storico del socialismo e del movimento operaio europeo e mondiale e alle vie nuove che, rispetto a quelle sin qui seguite, i partiti comunisti devono percorrere per far affermare il socialismo nelle società capitalisticamente sviluppate, nei paesi nei quali esistono tradizioni democratiche più o meno lunghe e consolidate"<sup>481</sup>.

En julio de 1976, junto con el PSI, PRI (Partido Republicano italiano) y PLI (Partido Liberal italiano), el Partido Comunista decidió abstenerse en ocasión de la votación en la moción de confianza del III Gobierno Andreotti, posibilitando, aunque de forma indirecta, la formación de un nuevo gobierno democristiano. Sin embargo, en mayo de 1978, el PCI entró en la mayoría de Gobierno del IV Gobierno Andreotti, aunque este seguía siendo un ejecutivo monopartidista democristiano. Este dato cubre gran

---

<sup>480</sup> "Leninismo e 'legittimazione democratica' del PCI", entrevista de Eugenio Scalfari en la *Repubblica*, 2 de agosto de 1978.

<sup>481</sup> Publicada en *Cambio 16* del 19 de diciembre de 1979 y recogida en Tató, Antonio: *Conversazioni con Berlinguer*, Editori Riuniti, Roma, 1985, pág. 166-167.

importancia: era la primera vez desde 1947 que el partido comunista no votaba en contra del nuevo ejecutivo. Todavía más sorprendente puede resultar el dato que en 1978, por primera vez desde la entrada en vigor de la constitución republicana, que un presidente del Consejo consultaba al partido comunista antes de formar el nuevo Gobierno.

El asesinato de Moro perjudicó e imposibilitó definitivamente el ingreso del PCI en un gobierno de coalición con la DC y selló el fin del compromiso histórico, con un nuevo cambio de estrategia del partido. En toda la década de los setenta, el PCI mostraba que seguía bloqueado por el factor K, la singularidad comunista, que antes presentábamos.

A pocos días del “drama de Moro” y del asesinato mafioso de Peppino Impastato, en las elecciones administrativas del 14 de mayo de 1978, donde votaron cuatro millones de italianos (alrededor del 10% del electorado) el PCI registró un nuevo retroceso, alimentando la duda de que la capacidad de crecimiento del Partido había tocado su techo. El partido registraba una pérdida de al menos 9 puntos porcentuales, pasando del 35,6% de las elecciones políticas del 20 de junio 1976 al 26,4%.

En enero de 1979, el Partido Comunista italiano decidió retirarse de la mayoría de Gobierno, motivando su decisión por un disenso sobre las formas y los contenidos de la participación italiana en el SME (Sistema Monetario Europeo). Sin embargo, se trataba de un pretexto, ya que la decisión era el producto de una serie de divergencias, diferencias y, también, decepciones, ya que la DC había rechazado nuevamente el ingreso del PCI con propios ministros dentro del Gobierno; la entrada de los comunistas en el gobierno de Italia venía pospuesta *sine die*. Esta decisión, por un lado, sellaba la salida de la mayoría, y por otro, debido a la complejidad de la situación, abría una crisis dentro del partido ante la necesidad de replantear la estrategia política. Asimismo se reprochaba a la Democracia Cristiana una nueva inclinación a la derecha y, cosa aún más grave, el incumplimiento de algunos puntos básicos del “programa común”.

En estos momentos, el PCI reconocía el fracaso de la llamada “solidaridad nacional” y la exigencia de cambio, frente al creciente malestar de la militancia y las discrepancias en la cumbre del partido. Es probable que la tragedia de Aldo Moro acelerara la crisis de la “solidaridad nacional”, aunque los gérmenes de la crisis eran presentes a inicio de 1978: “i risultati dell’esperienza della ‘solidarietà nazionale’ non son però quelli attesi,



la richiesta di Berlinguer di entrare organicamente nel governo viene rifiutata e la completa integrazione [democratica] del partito rinviata ancora nel tempo”<sup>482</sup>.

En este difícil momento se celebró el XV Congreso (Roma, 30 de marzo - 3 de abril de 1979), bajo el lema “Unidad de las Fuerzas Obreras y Democráticas, por una Nueva Dirección Política del País, hacia la Democracia, la Paz y el Socialismo”, marcado por la voluntad de “recuperar la identidad”.

Se trataba de un Congreso muy importante en un momento delicado, ya que, desde el punto de vista internacional, el eurocomunismo ya parecía en crisis, mientras, en política interna, se registraba el crecimiento de los socialistas y el deterioro de las relaciones con la Democracia Cristiana. Este punto cubría especial importancia: “en este momento existe una actitud muy polémica con la DC, que ha vuelto a colocarse en una posición moderada en relación a los objetivos que el mismo Aldo Moro había dado a este partido. La crítica actual va dirigida, no tanto a negar una posibilidad de colaboración con la DC, cuanto a cambiar los equilibrios internos de ese partido. Ciertamente, para cambiarlos, es también necesario disminuir su poder en la sociedad”<sup>483</sup>.

El Congreso ratificó algunas modificaciones en la estrategia y en el programa del Partido. Puede que lo más llamativo fue el abandono de la denominación de marxista-leninista; asimismo se confirmó la idea de la necesidad de una transición gradual y pacífica al socialismo. Por otro lado, se proclamó la no injerencia en los asuntos religiosos de sus miembros, reafirmando, a la vez, la independencia y la solidaridad respecto a la Unión Soviética y los demás países socialistas.

No obstante y a pesar de nuevo eslogan “o al gobierno o a la oposición”, la tendencia negativa del partido no se arresta, registrando en las elecciones de junio de 1979 la pérdida del 4%, un millón y medios de votos, sellando la vuelta del partido a la oposición y la necesidad de cambios. En el partido reinaba la preocupación y la incertidumbre acerca de la idea de que el compromiso histórico siguiese representando la estrategia idónea. Dentro de la base del partido se ampliaba la oposición a esta idea, mostrando que “la concezione che hanno del compromesso storico il gruppo dirigente e la base del partito è profondamente diversa (...). Per il gruppo dirigente, il compromesso storico non è una tattica, una politica valida per un periodo di tempo molto limitato, ma una strategia, una linea di lungo periodo. Per gli iscritti invece è vero esattamente

---

<sup>482</sup> Bosco, Anna: *Comunisti: Trasformazioni di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*, Il Mulino, Bologna, 2000, pág. 69-70.

<sup>483</sup> “El objetivo del PCI no es volver a la oposición, sino entrar en el Gobierno”, entrevista a Achille Occhetto, en *El País* del 3 de abril de 1979.

l'opposto"<sup>484</sup>. La militancia se encontraba desorientada y no sabía si el compromiso histórico representaba una estrategia o una táctica; dentro de este segundo grupo, parte de los inscritos al PCI no entendían si consistía en una táctica para la creación de un gobierno de izquierdas o para formar un gobierno monocolor del sólo PCI. No obstante, con el tiempo fue aumentando el número de militantes que rechazaban el compromiso histórico tanto como estrategia que como táctica<sup>485</sup>.

La pérdida de consensos preocupaba al grupo dirigente: desde 1958, el PCI había crecido constantemente, “prima lentamente, poi a balzi sempre più consistente quasi che gli elettori volessero comprovare increduli la veridicità dei suoi *slogans* più mitizzanti: il partito venuto da lontano, la lunga marcia attraverso le istituzioni, il partito alla testa delle masse verso l'ordine nuovo, scritto nella storia. Ora la magia si dissolve, il meraviglioso *tapis roulant* del consenso si ferma”<sup>486</sup>.

Ante esta situación de declive, la sesión del Comité Central del PCI de 4 de julio de 1979, se caracterizó por una “vivacidad inusitada a juicio de los observadores políticos”<sup>487</sup>, ya que se puso de manifiesto la divergencia entre quien creía que “el PCI necesita una organización radical de un grupo dirigente” (postura de Lucio Ubertini) y quien pedía archivar definitivamente la política del “compromiso histórico”. Por su parte, Berlinguer reafirmó que, pese a la derrota electoral de las elecciones, la línea estrategia del partido seguía siendo válida, pero “indicó el dirigente comunista que el método de aplicarla fue en gran parte incorrecto”. Se sentía la necesidad de “vitalizar” nuevamente al partido, encontrar la manera para “volver a conectar” con los electores, afianzar de nuevo la relación con una militancia que mostraba su discrepancia con las políticas propuestas.

Por eso, en el bienio 1979-1981, el partido empezaba a plantearse una nueva *svolta*, un viraje, partiendo de tres puntos fijos: la alternativa democrática, la cuestión moral y la renovación de la política. De una cierta manera, se trataba de una “vuelta al pasado”, criticando el nuevo gobierno, el *pentapartito*, formado no sobre una base programática común, sino para gestionar el poder. El partido empezaba a disgregarse, agravándose las diferencias anteriormente citadas. Aparecieron dos posturas: el ala reformista (de

---

<sup>484</sup> Barbagli, Marzio- Corbetta, Piergiorgio y Sechi, Salvatore: *Dentro il PCI*, Il Mulino, Bologna, 1979, pág. 45.

<sup>485</sup> El libro citado en la nota precedente explica perfectamente la volubilidad de los militantes y la composición del voto del PCI.

<sup>486</sup> Amato, Giuliano y Cafagna, Luciano: *Duella a sinistra: socialisti e comunisti nei lunghi anni '70*, Il mulino, Bologna, 1982, pág. 203.

<sup>487</sup> “Advertencia de Berlinguer al sector estalinista del partido”, en *ABC*, del 5 de julio de 1979.

Napolitano) favorable a una “apertura verso il centro-sinistra”, a moverse en el terreno reformista, a evitar contraposiciones y buscar dialogo y posible cooperación; el ala tradicional, contraria al distanciamiento ideológico a la URSS. Ambas alas criticaban la dirigencia del partido y, especialmente a Berlinguer, “di astrattezza e di ideologismo”, por su insistencia sobre el tema de la austeridad.

## **7.2 El último Berlinguer. El fin del PCI eurocomunista**

En los ochenta, la crisis interna dentro del partido empeoró y la distancia con la URSS, tras su actuación en Afganistán y la crisis polaca, se agudizaba. A principio de esta década marcada por el avance de la derecha, el PCF ya iba abandonando su postura eurocomunista, mientras el PCI mantenía vivo -por poco tiempo- el proyecto, aunque, desde el punto de vista doctrinario, seguía con su ambigüedad. Prueba de ello, podemos considerar una entrevista a Enrico Berlinguer tras la invasión soviética del Afganistán, donde el líder del PCI afirmaba que consideraba el acontecimiento negativo, una amenaza por la paz mundial y la distensión internacional. Aún así, la postura del secretario del PCI era bastante cauta, preocupado a que no se demonizase la URSS, sacando a relucir el tema de las “zonas de influencias”. Lo más interesante de la entrevista fue la diferenciación (no tanto terminológica) entre “socialismo real” y “socialismo realizado hasta la fecha”: “il ‘socialismo reale’ è il socialismo che c’è, che altri (non noi) possono sottolineare che sia il solo ‘realmente possibile’. Il ‘socialismo finora realizzato’ invece è semplicemente il socialismo quale la storia ha tutt’oggi prodotto e che ai nostri occhi oggi ha bisogno di molti ulteriori sviluppi perchè così com’è risulta largamente incompiuto: esso è soltanto uno dei vari socialismi possibili”. Y, en tema de política interna, Berlinguer recordaba que su partido se ponía tres objetivos-garantías: “che il nostro atteggiamento di piena autonomia e di critica costruttiva verso l’URSS non significhi disconoscere sessant’anni di storia e di contributo che quel paese ha dato all’abbattimento del nazifascismo e allo sviluppo dei moti di emancipazione dei lavoratori e dei popoli; che la politica di unità con tutte le forze progressive non significhi l’abbandono delle nostre radici di classe; che lo sviluppo della democrazia nella nostra vita interna di partito non significhi la nascita di correnti e di frazioni”<sup>488</sup>.

---

<sup>488</sup> “Socialismo realizzato e rivoluzione in occidente”, entrevista de Eugenio Scalfari en la *Repubblica*, 26 de septiembre de 1980.

Sin embargo, el declive del PCI seguía imparable, obligando los dirigentes a replantear la estrategia del partido. Las elecciones regionales de 1980 confirmaron esta tendencia y el PCI perdió dos puntos desde 1975, pasando del 33,46% (10.148.723 votos) al 31,51% (9.564.017 votos). Para Napolitano la causa había sido un actitud equivocada del partido respecto a las novedades, la incapacidad a comprender los cambios de y en la sociedad italiana: “hanno pesato e pesante residui e reminiscenze di ideologismi e settarismi, che fanno ostacolo alla comprensione dei mutamenti che si sono prodotti (...) una visione schematica dello sviluppo, da cui discende un atteggiamento pregiudizialmente ed indiscriminatamente negativo, verso la crescita delle attività terziarie, e una tendenziale estraneità e diffidenza verso l'imprenditorialità e i ceti medi”<sup>489</sup>.

Tras una reflexión crítica sobre los tres años de la solidaridad democrática y autocrítica sobre los últimos resultados electorales, en noviembre de 1980, el partido hacía pública la idea de abandonar el compromiso histórico a favor de la llamada “alternativa democrática”, que, en palabras de Antonio Elorza, “devolvía al PCI la pretensión de vanguardia”. El partido estaba perdiendo su ímpetu, necesitaba cambios y desgancharse de la Democracia Cristiana. Se decidía abandonar el vocablo compromiso –que nunca le había gustado a Longo ya que le daba la idea de un acuerdo, de una renuncia del partido para comprometerse- por una locución nueva: se trataba de una “alternativa” de fuerzas, no sólo de izquierda, de inspiración comunista y socialista, sino también de fuerzas populares de inspiración católica para renovar a fondo la sociedad italiana: una alianza no ya con la DC sino con las fuerzas de izquierdas, católicas, liberales y democráticas.

El PCI procedía a “la definición de la línea de alternativa que Berlinguer insistía siempre para que se precisase como alternativa democrática y no como pura y simple alternativa de izquierda. Alternativa democrática aún si estaba basada en la unidad de las fuerzas de izquierda. Alternativa democrática para incluir otras fuerzas democráticas importantes, por no considerar superada ni la cuestión católica y mucho menos la democristiana, para poder comprometer en un proceso de profunda renovación democrática, social y también moral, fuerzas y sujetos sociales y políticos nuevos, nuevas formas culturales, organizativas y de agregación”<sup>490</sup>.

La prensa internacional dio mucha relevancia al “cambio de programa” de Berlinguer, subrayando que el secretario del PCI había presentando una nueva línea: “ya no se

---

<sup>489</sup> “Oltre gli anni Settanta” de Giorgio Napolitano en *Rinascita*, número 29, de 18 de julio de 1980.

<sup>490</sup> “Los nuevos caminos que nos ha indicado Berlinguer” de G. Chiaramonte en *Dialéctica*, número 16, año IX, 1984, pág. 218-219.

apunta a ganar la responsabilidad de Gobierno en coalición con democristianos socialistas y partidos del área liberal. Ahora se trata de superar el escollo democristiano presentando una hipotética coalición de izquierda –abierta sin embargo, a los partidos intermedios del área liberal- capaz de gobernar el país sin la Democracia Cristiana. La solución –si de una solución factible se trata- es original. Se aparta del comunismo francés (...). Y se aparta de Carrillo...”<sup>491</sup>.

Terminaba el eurocomunismo del PCI: el proyecto había fracasado, su impulso iba apagándose, mientras se hacía manifiesta la dificultad a emprender uno nuevo, que moviese de las mismas cenizas eurocomunistas. El partido se enfrentaba a una grave crisis, no sólo política sino de identidad. En estos años parecía que el PCI perdía “realismo político” y se encontraba paralizado, herido, prefiriendo, más que presentar una nueva táctica alternativa, preservar su perfil en un desesperado intento de renovarse sin transformarse. Sus derrotas electorales eran consecuencia de la falta de asunción de una plena responsabilidad política de gobierno, de los límites de su estrategia, de las dificultades de tener que actuar en un mundo bipolar. La sociedad italiana exigía una profunda reforma, una transformación de la imagen del comunismo en declive y un nuevo impulso revolucionario. Además, la extrema prudencia y la ambigüedad del partido –sobre todo a la hora de expresar un juicio sobre la URSS- perjudicaron la evolución del PCI y determinaron su profunda crisis. El PCI prefirió evitar un nuevo cisma dentro del bloque comunista sin darse cuenta que el “mancato divorzio” produjo más daños que beneficioso. El mismo Berlinguer fue incapaz de comprender que “la prospettiva di un autentico cambiamento del comunismo non apriva semplicemente un dilemma identitario al suo interno, ma poneva in discussione il nucleo stesso della sua tradizione”<sup>492</sup>.

En esta etapa, inicialmente, el PCI eurocomunista se preocupaba de mantener una relación sustancialmente cordial, *tradicional* con la URSS, incluso tras el golpe de Jaruzelski, ya que no operó una escisión definitiva, en defensa de su identidad y su pasado, aunque Berlinguer se mostró particularmente crítico llegando a afirmar que Polonia “induce a considerare l’esaurimento della spinta propulsiva della Rivoluzione socialista di ottobre”<sup>493</sup>.

---

<sup>491</sup> “El comunismo italiano opta por una coalición de izquierda”, de Joaquín Navarro-Valls en el *ABC* de domingo 11 de enero de 1981.

<sup>492</sup> Pons, Sívlio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Einaudi, Torino, 2006, pág. 258.

<sup>493</sup> Mammarella, Il partido comunista italiano, in Pasquino, Gianfranco: *La política italiana. Dizionario critico*, pág. 303.

Mientras algunos reclamaban por parte del partido el asunción de una “estrategia de liberación” de la Unión Soviética al estilo ex-colonial, durante su etapa eurocomunista, el PCI ya no consideraba la URSS como “un genitore venerabile ed esigente, ma un vecchio parente piuttosto screditato, certo ancora ricco e influente, e perciò da coltivare, ma con cui non era piú necessario essere strettamente associati e invariabilmente obbedienti”<sup>494</sup>.

Aún así, la relación entre el PCI y el PCUS se deterioraba: las críticas por la actuación soviética en Afganistán y en Polonia profundizaban las distancias entre los dos partidos. Aún no se puede hablar de ruptura, si de fisura que se va ampliando inevitablemente: “Al Corno d’Africa e alla Cambogia segue l’Afghanistan. Poi la Polonia. Per rimanere sempre alla stessa distanza critica bisogna –come Alice nella favola- correre ormai come lepri (...). [Il partito era] costretto a denunciare ormai la rovina dell’edificio mentre cerca, al tempo stesso –avendo perduto tutte le condizioni per poterlo fare- di salvare come ancor buone le parti pericolanti, per non restare a cielo aperto”<sup>495</sup>.

En noviembre de 1981, durante un Comité Central del Partido, varias voces dentro del partido (Napolitano desde la *derecha* e Ingrao desde la *izquierda*) pedían un “golpe de timón”, un cambio, mostrando que el partido se iba erosionando y cuestionaba la táctica promovida en los últimos años. Ante el retroceso comunista, ante la pérdida de voto, la alternativa democrática generaba dudas: aunque se esperaba que el camino nuevo – aunque se le consideraba íntimamente ligado a las reflexiones del partido tras los acontecimientos chilenos y, al mismo tiempo, heredero del compromiso histórico<sup>496</sup>- fuera capaz de atraer la militancia, no se sabía si era suficiente. Aún así, el viraje parecía ser, sobre todo, consecuencia de la mayor hostilidad hacia la Democracia Cristiana y de la poca confianza en la posibilidad de alcanzar el poder a través de esta vía.

El PCI iba lentamente perdiendo electores, demostrando el fracaso de su estrategia para alcanzar el poder: aún así, en la primera mitad de los ochenta, el PCI “non se ne rende pienamente conto. L’arretramento elettorale del 1979 e il successivo stallo del 1983 vengono, infatti, interpretati come un naturale assestamento dopo la forte crescita del

---

<sup>494</sup> Ulam, Adam B.: *The Communists. The story of Power and los illusions, 1948-1991*, MacMillan, New York, 1992, pág. 334.

<sup>495</sup> Amato, Giuliano y Cafagna, Luciano: *Duello a sinistra: socialisti e comunisti nei lunghi anni '70*, Il Mulino, Bologna, 1982, pág. 209

<sup>496</sup> “Si può, così, affermare che l’alternativa democratica non superava, ma reinterpretava la strategia del compromesso storico, meglio di esso adattandosi a una fase, nella quale si erano ristretti determinanti margini di mediazione politica”. Pilieri, Antonio: *La grande mutazione: il PCI*, Vallecchi, Firenze, 1991, pág. 69.

1976 (...) il PCI prenderà coscienza del fallimento della sua strategia in seguito ad una sconfitta elettorale, quella del 1987”<sup>497</sup>.

Las elecciones políticas de 1979, las regionales de 1980 y las administrativas de 1981 registraron un retroceso electoral del PCI: el partido se iba erosionando progresivamente y ya no representaba “aquel ‘partido omnibus’ que una vez sirvió de refugio a todos los descontentos de la Democracia Cristiana”<sup>498</sup>; perduraba la anomalía del PCI, es decir que a pesar del declive político-ideológico del partido (que lo llevó a la disolución en 1991), seguía representando una fuerza relevante en el panorama político italiano, sobre todo en virtud de la crisis ético-moral de la DC y de la debilidad parlamentaria del PSI. Sin embargo, como certificaban las elecciones, el PCI malgasta la llamada “rendita di opposizione” en un proceso que determinaba “una crescente insicurezza e perdita di identità, che ha finito per precipitare in seguito alle vicende traumatiche del comunismo internazionale alla fine del decennio”<sup>499</sup>.

Analizando póstumamente, la situación del PCI en aquellos años resulta paradójica: a medida que el partido se adentraba en las esferas gubernamentales, en lugar de crecer la confianza, aumentaban las inquietudes y las dudas. ¿Por qué? Por un lado, generaba inquietud la situación socio-política de Italia y la posible respuesta del partido frente a este proceso; por otro lado, los militantes empezaban a dudar sobre la línea elegida por el partido y el malestar de la base empezaba a afectar también a la dirección del partido. Ya en el Comité Central de octubre de 1976 empezaron a escucharse voces críticas y desacordes con la política del partido y algunos miembros –entre ellos el Presidente del partido, Longo- se hicieron eco de una inquietud popular: los “sacrificios” de los trabajadores ¿servirán de verdad para la realización de las reformas esperadas? Se temía, a contrario, que estos esfuerzos pudieran servir más bien para preservar el capitalismo, dudando que las excesivas concesiones a la democristiana “política de austeridad” llevasen una real contrapartida. Incluso se llegó a cuestionar, veladamente, la dirección de Berlinguer: “cuando se pretende resolver todo con cálculos y combinaciones por arriba, se pierde el contacto con la base y con las luchas, se debilita el partido”<sup>500</sup>. El agudizar de la crisis y la escasez de resultados conseguidos por la “costosa” táctica del PCI hicieron que en las masas empezase a cundir la desconfianza:

---

<sup>497</sup> Bosco, Anna: *Comunisti: Trasformazioni di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*, Il Mulino, Bologna, 2000, pág. 72.

<sup>498</sup> “El cabo comunista”, en el ABC del 24 de junio de 1981.

<sup>499</sup> Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991, pág. 738.

<sup>500</sup> *L'Unità*, de 21 de octubre de 1976.

según algunos a partir de este momento comenzó a marcarse el distanciamiento entre las fuerzas de izquierda italianas (sindicatos, partidos políticos) y la gente, el electorado. A partir de esta fase, podría remontarse el desapego del partido respecto a la gente tanto actual en estos años en la izquierda italiana y europea. El partido parecía alejarse de los reales problemas de los ciudadanos, más preocupado por como acceder en el poder que por la inquietud popular. En aquel entonces, una corresponsal en Italia de un diario parisino, experta en la política italiana y amiga de François Mitterrand, escribía de forma casi clarividente y tremendamente cierto: “si las cosas siguen así, podrá decirse que dos Italias cohabitan en la península: la Italia de las instituciones, donde el partido comunista progresa ineluctablemente, y la Italia de las realidades, donde la vida se hace cada vez más dura para los marginales, las mujeres, los parados, los estudiantes, entre los cuales los comunistas ya no son en modo alguno *persona grata*”<sup>501</sup>. Asimismo, Cesare Luporini, filósofo marxista y miembro del Comité Central del Partido, argumentaba que los últimos acontecimientos italianos, las revueltas estudiantiles, el malestar ciudadanos “ponía en evidencia el retardo y la impreparación del partido para captar los procesos moleculares y las contradicciones explosivas (...). Se nos ha caído encima un “pedazo de sociedad”; atención que no suceda lo mismo con otros “pedazos” (...). La rebelión nace del vacío de futuro, de la voluntad de apropiarse lo que sea del presente, del sentimiento de marginación social que induce a la desconfianza respecto a las formas organizadas de democracia”. Añadía de forma tajante: “A los comunistas no se nos identifica como portadores de una nueva sociedad, sino como “cogestores” de la actual”<sup>502</sup>.

El PCI tenía que haberse preocupado por construir un “edificio teórico y doctrinal” estable, sólido, basado en un programa claro que previera la renovación del país; un programa profundo pero al mismo tiempo concreto, que ofreciera respuestas contundentes a los problemas de Italia. De esa manera, podía haber recuperado los votos perdidos y generado mayor desconfianza en el elector indeciso.

Durante su etapa eurocomunista, el PCI había mostrad el “permanente conflicto entre las posibilidades de renovación y la permanencia en el inmovilismo”, provocando el reflujo de las esperanzas comunistas: ante el miedo a ser “otra vez aislado, contenido,

---

<sup>501</sup> Artículo de Marecelle Padovani en *Le Nouvel Observateur*, 25 de abril de 1977.

<sup>502</sup> Citado en Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 134-135.



reducido y diferenciado”, el Partido vacilaba entre distanciarse de Moscú o volver a su cerco.

Lo que resulta claro es que el capital (ideológico y electoral) Partido Comunista italiano se vio desgastado por las contradicciones de su política, por las pugnas intestinas dentro del partido entre las diferentes corrientes, por las delicadas relaciones con la Unión Soviética, por la aparición y la consolidación de grupos situados en la izquierda extraparlamentaria –expresión del malestar callejero-, por el agotamiento de un cierto espíritu revolucionario y por la desilusión de no haber alcanzado nunca el poder. Durante su etapa eurocomunista, el PCI se vio incapaz a convertirse de “partido de lucha” en “partido de Gobierno”, sellando el fin de la ilusión de poder transformar y reformar el comunismo italiano.

A distancia de años, sigue pareciendo discutible la decisión del PCI, tras el voto de junio de 1976, de garantizar, con su abstención, la formación de un gobierno monocolor democristiano, presidido por Andreotti. Teniendo en cuenta el resultado del PSI (un 10%) parecía que “los equilibrios políticos” se movían hacia la izquierda: a pesar de eso, el partido permitía a la DC formar un nuevo Gobierno. Aunque esta decisión fue el fruto de diferentes valuaciones y preocupaciones (los equilibrios internacionales, la amenaza terrorista, la dificultad a encontrar un acuerdo con lo demás partidos de izquierda<sup>503</sup>) o la esperanza que “el avance del partido era imparable”, los militantes la acogieron con perplejidad y desconsuelo. A eso se sumaba la insatisfacción por la ausencia de resultados tangibles en la economía: el electorado acusó al PCE de ser el “cómplice” de algunas medidas impopulares de la DC y de haber sido incapaz a postular una política económica y social eficaz.

Mientras las plazas gritaban: “È ora, è ora, è ora di cambiare, il PCI deve governare”, el partido mostraba su moderación y sus límites. Los éxitos electorales de 1975-1976 ya eran un recuerdo en los ochenta y el eurocomunismo, “il momento più alto dell’elaborazione del PCI (...) [che] portò il PCI al suo massimo storico di voti e al centro di una fitta rete di rapporti internazionali con partiti comunista, socialisti, socialdemocratici, progressisti”<sup>504</sup>, era el pasado. El 13 de junio de 1984 moría Berlinguer. Su fallecimiento causó una fuerte conmoción en Italia y en todo el mundo. Mientras algunos le reprochaban de haber sido “eccessivamente prudente, quasi

---

<sup>503</sup> Partidario de esta argumentación resultaba ser Aldo Tortorella en el ensayo “Berlinguer aveva ragione. Note sull’alternativa e la riforma della politica”, Edizioni di Critica Marxista, Roma, 1994.

<sup>504</sup> Barca, Luciano: *L’eresia di Berlinguer*, Sisifo, Roma 1992, pág. 43-44.

burocrático, nel lavoro concreto”, cuestionando su grande moderación y haber tardado en realizar lo *strappo* (el desprendimiento) de la URSS, no cabe duda que se trató de un dirigente ajeno a la corrupción democristiana de aquellos años, adverso a cualquier tipo de conexión con la mafia o el terrorismo (sea de Estado que de matiz izquierdista). Tal como dijeron algunos miembros del PCE, su muerte significó la pérdida de una figura “patrimonio de toda la izquierda europea”. Se cumplió lo que amargamente vaticinó el primer ministro portugués, Mario Soares, ya que la desaparición de Berlinguer “no constituya un viraje hacia la desaparición de uno de los pocos partidos comunistas de Europa originales e independientes”. A su muerte se demostró que “el menos preparado por la muerte de Berlinguer es el mismo PCI”<sup>505</sup>. A partir de 1984, elecciones en tras la emotividad por la muerte de Berlinguer, el declive y la pérdida de votos del PCI se hacía imparable hasta que, en 1991, durante el XX Congreso, Achille Occhetto, último secretario del PCI, decidió decir adiós al comunismo dejando el paso a un nuevo partido democrático de izquierda.

### 7.3 El PCF y el Eurocomunismo

En los setenta, el Partido Comunista francés ponía de manifiesto su voluntad, su deseo de cambiar: “de la misma forma que Enrique IV tuvo que decir para ser rey de Francia que “Paris vaut bien une messe”, el partido comunista francés en su esfuerzos para entrar en el juego democrático, quiso convencer que estaba dispuesto a cambiar”<sup>506</sup>.

Este cambio empezó en la década de los setenta (más bien segunda mitad), superando la impasibilidad y aprobación que había caracterizado las relaciones entre la Unión Soviética y el PCF. Hasta entonces, el Partido Comunista francés había mostrado una postura claramente pro-soviética, calificando de normalización los acontecimientos de Checoslovaquia, apoyando las medidas represivas del régimen soviético<sup>507</sup>. Sin embargo, desde el 1974, empezó una nueva etapa, marcada por las primeras críticas y el distanciamiento de la URSS: aunque durante mucho tiempo se había considerado a Francia como “la hija mayor de la Iglesia Comunista”, el Partido empezó a darse cuenta que había llegado el momento de iniciar un camino nuevo. A partir de 1973, el PCF se

---

<sup>505</sup> En *La Vanguardia*, de 14 de junio de 1984.

<sup>506</sup> Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 154.

<sup>507</sup> Aunque pueda resultar curioso, mientras la URSS amenazaba de expulsión al escritor Solzhenitsin, el PCF organizó un encuentro “ante la situación extremadamente grave de los intelectuales en los países socialistas”. Y, cuando este fue condenado al exilio (en febrero de 1974), el partido tachó la decisión de “medida administrativa”, criticando desde el punto de vista personal al escritor.

sentía impulsando a analizar su “dependencia” de Moscú, a admitir “los abusos, las faltas y los crímenes” cometidos en la Unión Soviética, a reexaminar el problema de las libertades y, finalmente, a pronunciarse por un socialismo democrático. A partir de este momento, las relaciones entre el PCUS y el PCF decayeron vertiginosamente y desde 1975 hasta 1978, a pesar de innumerables ocasiones<sup>508</sup>, Marchais no se reunió ni con Brézhnev, ni con Suslov, ni con Ponomarev. Hubo encuentros entre diferentes delegaciones, pero no entre las primeras figuras, y casi siempre para debatir temas de interés menor (encuentros entre delegaciones para observar como trataban asuntos municipales o urbanos...), certificando el distanciamiento y el enfriamiento de la relación.

### 7.3.1 El PCF en los setenta

La llegada del Partido Comunista francés a las posiciones eurocomunistas no fue lineal y fue el producto de un largo camino. Terminada la segunda guerra mundial, en una entrevista al *Times*, Thorez declaró que: “Los progresos de la democracia, en todo el mundo, salvo raras excepciones que confirman la regla, permiten prever otras vías en la marcha hacia el socialismo, vías distintas de la que siguieron los comunistas rusos. De cualquier modo, la vía resulta forzosamente distinta para cada país”<sup>509</sup>. Sin embargo, aunque es posible subrayar algunos aspectos “premonitores”, la teoría política de Thorez respondía sólo a la voluntad de frenar el ímpetu fascista de los treinta. Su invitación a ensanchar hacia la derecha el Frente Popular (agosto 1936), excluyendo solamente los fascistas, indicaba la voluntad de crear un movimiento antifascista, un “Frente de los Franceses”, independientemente del “color” político y exclusivamente sobre la base del antifascismo.

En esta época, el PCF no era un partido de vanguardia, mostrándose incapaz de favorecer una política de renovación: lo demuestra la actitud francesa después del XX Congreso del PCUS, donde el Partido Comunista francés no participó activamente a las discusiones críticas póstumas, revelándose inhábil a satisfacer las expectativas de cambio difundidas en el país. En este Congreso, junto con Mao, Thorez fue el único en citar a Stalin durante su discurso introductorio, oponiéndose a la postura de Krushev y al proceso de destalinización. La posición fiel al comunismo según Stalin fue mantenida

---

<sup>508</sup> Como XXI Congreso del PCF en París, el XXIV Congreso del PCUS en Moscú o, sobre todo, la Conferencia paneuropea comunista de Berlín Este, donde Brézhnev habló largamente con Berlinguer.

<sup>509</sup> Entrevista al *Times* de Londres del 18 de noviembre de 1946.

en el tiempo<sup>510</sup> y sólo en 1956, después de los acontecimientos de Hungría, Thorez apoyó a Krushev, empezando un tibio cambio en una dirección esencialmente pro-soviética.

Debido al apoyo incondicionado a la postura soviética de su líder<sup>511</sup>, el Partido Comunista Francés empezó con retraso el proceso de destalinización y durante todos los cincuenta los cambios dentro del partido fueron escasos. Con la muerte de Thorez en 1964<sup>512</sup>, el PCF iniciaba una etapa de cambio. En el XVII Congreso, celebrado a París el 14-17 de mayo de 1965, el partido rechazaba en manera definitiva la obligatoriedad de contar con un partido único para el paso al socialismo: parecía que el PCF empezaba a tener en cuenta la posibilidad de un nexo entre lucha por la democracia y lucha por el socialismo.

Sin embargo, el primer cambio era representado por el Manifiesto de Champigny, de diciembre de 1968, titulado “¡Por una democracia avanzada! ¡Por una Francia socialista!”: este Manifiesto contenía afirmaciones menos fragmentadas que en pasado, articulando propuestas nuevas, muy cercana a las elaboradas por el Partido Comunista Italiano. De hecho, los comunistas franceses proponían de nuevo la fórmula de la “democracia avanzada”, noción muy parecida a la de “democracia progresiva” elaborada por Togliatti a finales de los años de la República y la guerra civil española. El nuevo programa preveía el paso pacífico al socialismo, afirmando la “no obligatoriedad de la táctica de insurrección armada o el empleo de la violencia”: el PCF afirmaba su preferencia a la realización de la revolución por vía pacífica, “que es la menos costosa tanto para la clase obrera y todo el pueblo, como para las fuerzas productivas de la nación”. El texto llevaba a un desarrollo progresivo de las posiciones de los comunistas franceses: teniendo en cuenta las jornadas de mayo de contestación estudiantil y sus repercusiones, el PCF se pronunciaba en favor del mantenimiento de todas las libertades.

---

<sup>510</sup> El historiador francés, Philippe Robrieux cuenta que a finales de marzo de 1956, Thorez visitó a Togliatti, buscando apoyo contra Krushev; citando literalmente: “Togliatti, aunque deplorando los métodos utilizados por el líder ruso, había claramente manifestado su elección en sentido contrario”. Según varios investigadores, el rechazo de Togliatti comportó la ruptura entre los dirigentes de ambos partidos y el distanciamiento que se colmó sólo con el cambio en ambas las secretarías del partido. Robrieux, Philippe: *Maurice Thorez, vie secrète et vie publique*, Fayard, 1975.

<sup>511</sup> A imitación del modelo de Stalin en la URSS, Thorez intentó instaurar en el seno del partido un cierto culto a la personalidad: de hecho, para reforzar su imagen personal, publicó en 1937, una autobiografía, “*Fils du peuple*” (hijo del pueblo), escrita de hecho por Jean Fréville.

<sup>512</sup> Thorez falleció el 11 de julio 1964, a bordo de un buque durante sus vacaciones en la URSS, en Mar Negro.

Según Elleinstein, la fecha fundamental del cambio en el PCF fue el 1964, año del XVII Congreso del PCF (abril-mayo) y de la muerte de Thorez: a partir de este momento el partido elabora los fundamentos de una vía democrática hacia el socialismo.

El XIX Congreso del PCF (febrero 1970) representó un pequeño paso adelante: el informe presentado por subsecretario Marchais presentaba algunas formulaciones más avanzadas, pero aún en la incertidumbre. En el informe se leía: “Esta transformación revolucionaria y la construcción de la sociedad socialista revestirán formas que corresponden tanto a las leyes universales del socialismo como a las relaciones de fuerzas existentes en ese momento, a las tradiciones históricas de nuestro pueblo y a las condiciones de nuestro país.

### **7.3.2 1974-1976: el PCF empieza el cambio**

Sin embargo, en los setenta el partido empezaba los llamados “les grands tournants”, expresión usada para indicar los cambios de estrategias y tácticas que el partido puso en marcha.

Los Congresos claves de esta nueva fase de mayor dinamismo son representados por el XX Congreso (de 13 a 17 de diciembre de 1972, Saint-Ouen) y el XXI Congreso (de 24 a 27 de octubre de 1974, Vitry-sur-Seine), que, coincidiendo con la elección de Georges Marchais a Secretario del Partido Comunista francés, daban muestra de ulteriores progresos del partido en el camino eurocomunista. Las declaraciones del nuevo secretario llegaron a superar el Manifiesto de Champigny, afirmando definitivamente el carácter democrático de la vía francesa al socialismo y, al mismo tiempo, la diversidad de las vías nacionales, proponiendo, finalmente, el “socialismo con colores de Francia” (“socialismo aux couleurs de la France”<sup>513</sup>). Según esta nueva formulación, el PCF investigaba sobre la relación entre democracia y socialismo, proponiendo una transición al socialismo pacífica y democrática; la construcción de la sociedad socialista pasaba por la aceptación del pluralismo político y económico, con el consiguiente abandono de la dictadura del proletariado. De la misma manera, el internacionalismo proletario sería substituido por nuevas formas de solidaridad internacional.

El 27 de mayo de 1974, Marchais participó en un programa televisivo titulado: “Los nuevos comunistas” para explicar públicamente los cambios que estaban realizándose

---

<sup>513</sup> Según algunos se trataba de una variante de vaga inspiración golista de las “vías nacionales al socialismo”. Cuando Marchais pronunció esta expresión, Kapek, secretario de la federación comunista de Praga, se apresuró a amonestarle, recordándole que “por encima de cualquier bandera debe estar siempre la bandera roja”.

dentro del partido. El secretario del PCF mostraba una actitud y una imagen nueva, procurando no aparecer duro, rudo y severo como en otras ocasiones, sino más bien sonriente, conciliador y amable<sup>514</sup>. En las casi dos horas de programas, Marchais explicó las razones del cambio del partido comunista galo, su nueva actitud y apuesta por una política de reformas democráticas para transformar la sociedad en el camino del socialismo. Después del fracaso electoral en las elecciones presidenciales del 5 de mayo, el PCF se cuestionaba su estrategia y meditaba un cambio de táctica. Para el secretario, estos cambios derivaban de la necesidad de cambios que la sociedad francesa reclamaba: por eso, ya no se defendía de forma incondicionada la URSS, sino “los comunistas franceses son antes que nada franceses y buscan por su propio camino el tipo de sociedad que desea la mayoría del pueblo francés”.

Volviendo al XXI Congreso (octubre 1974), en su discurso, Marchais aclaraba la nueva postura del PCF, afirmando que: “-El poder que llevará a la transformación socialista de la sociedad será el poder de la clase obrera y de otras clases de trabajadores, manuales e intelectuales, de la ciudad y del campo, o sea, la gran mayoría del pueblo. –Este poder se constituirá y actuará sobre la base de elecciones libremente expresadas por el sufragio universal; y su tarea será la de realizar la democratización más avanzada de toda la vida económica, social y política del país. –Deberá respetar las elecciones democráticas del pueblo”. Asimismo, hablaba del abandono de la dictadura del proletariado como consecuencia de una comprensión de las “condiciones de nuestra época y nuestro país. Para conseguir el socialismo en Francia, estas condiciones exigen necesariamente encontrar caminos distintos a los que siguieron los pueblos que ya han realizado la transformación socialista de sus países”. Y tras subrayar que el cambio no se proponía como objetivo “dar lecciones o entremeternos en los asuntos de los partidos hermanos”, Marchais afirmaba que, tras el XX Congreso del PCUS el partido había aprendido “una lección especial: jamás hemos de caer en la tentación de cambiar el esfuerzo democrático de persuasión, de confrontación y de pugna de ideas con el ejercicio de la autoridad y la represión. Por ello, es natural que expresamos nuestro desacuerdo con las medidas represivas en contra de las libertades de opinión, de expresión o de creación donde quiera que sean adoptadas”. El secretario del PCF

---

<sup>514</sup> “Su anterior imagen inspiraba tan poca confianza que el ministro del Interior, Michel Poniatowsky, en el curso de la campaña que precedió a las elecciones legislativas de 1973, irónicamente comentó que si un tipo con el aspecto de Marchais le hiciera auto-stop, tendría miedo de dejarle subir en su automóvil”. Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 147. En la misma línea, después de la cumbre de Madrid de 1977, muchos analistas subrayaron que el secretario del PCF parecía “haber perdido ese aire crispado que hace algún tiempo le era habitual”.

concluía su discurso con un tono *carrillano*: “el movimiento comunista no es, y no puede ser, una iglesia, ni una organización centralizada que someta a cada partido unas leyes obligatorias, a una ley uniforme”<sup>515</sup>.

En la primavera de 1975, el PCF publicó una *Carta de Libertades*, deseando que esa pudiera representar el preámbulo a la Constitución francesa y un paso adelante en el Programa común. En la *Carta*, se enumeraban una serie de libertades que debían ser garantizadas y de temas sensibles (el racismo, las prisiones, la pena de muerte, la inmigración, el control de la Administración pública en la vida de los ciudadanos...) de interés nacional. Con este escrito, el PCF pretendía presentarse ante los ciudadanos como “el campeón” de las libertades de Francia, mostrando, a la vez, que la democracia francesa vigente era mejorable si tuviera en cuenta las sugerencias del partido.

### 7.3.3 El XXII Congreso del PCF

No obstante, en detalle, se suele fijar como fecha inicial del Eurocomunismo el informe del secretario George Marchais al XXII Congreso del Partido Comunista francés (del 4 al 8 de febrero de 1976), donde el deseo de novedad y cambio asumió su expresión más madura. Sin embargo, es posible retroceder en el tiempo y constatar que ya anteriormente el PCF había asumido una posición diferente, más independiente respecto a Moscú. Según algunos investigadores franceses, el cambio en la actitud del PCF se remonta al VIII Congreso del partido (1936), cuando el secretario Maurice Thorez se mostró favorable a la formación de un Frente Popular, tendiendo la mano a los católicos y a los Croix-de feu.

En su informe al Comité Central del PCF del 31 de marzo de 1976, Georges Marchais afirmaba que “Estamos en 1976 y en Francia. Luchamos, efectivamente, por una ‘variante’ francesa de socialismo. Y es esta actitud creadora, nacional, la que está precisamente de acuerdo con el socialismo científico”<sup>516</sup>.

Sobre el abandono de la dictadura del proletariado, probablemente la decisión más importante –e impactante– que tomó el PCF, ya se ha hablado ampliamente en los capítulos iniciales. No obstante merece la pena remarcar algún elemento, intentando no repetirnos. Como hemos visto, la decisión de abandonar el concepto dictadura del proletariado fue el resultado de un polémico debate y de algunas reflexiones dentro del

---

<sup>515</sup> Bernardo Valli: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 244-246.

<sup>516</sup> AA.VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 224.

partido: a pesar de su “valor histórico y fundamental”, la dictadura del proletariado valía exclusivamente para “determinadas situaciones de luchas de clases” y por lo tanto no parecía idóneo a cualquier tipo de sociedad; tras la aparición de los regímenes fascistas, el vocablo dictadura tenía una acepción negativa, que generaba más temor que esperanza; y por último, la importancia de la democracia y la necesidad de luchar para que “fuera lo más extenso posible”. En este contexto, el secretario Marchais declaraba: “La palabra ‘dictadura’ no corresponde a lo que nosotros queremos. Tiene una significación insoportable, contraria a nuestras aspiraciones, a nuestras tesis (...). El término ‘proletariado’ ya no es procedente, porque queremos reunir, junto con la clase obrera, a la mayoría de los trabajadores asalariados”<sup>517</sup>. Mientras la militancia intentaba comprender las razones del cambio, el secretario del PCF insistía que no se trataba de una cuestión de orden semántica o formal, sino, más bien, de una “cuestión de fondo”. Un artículo que tuvo gran repercusión fue el de Guy Besse, en respuesta a Etienne Balibar, publicado en *L’Humanité*<sup>518</sup>, en el que se defendía el abandono de la “dictadura del proletariado” ya que este concepto no expresaba adecuadamente “una forma de poder socialista en las condiciones francesas”. Besse afirmaba: “Marx y Engels, primero; Lenin, en su tiempo, y los comunistas franceses después con Thorez y W. Rochet, nos han enseñado que la lucha por el socialismo y la lucha por la democracia son inseparables”. Este y otros artículos mostraban que la animosidad del debate y el enfrentarse de posturas opuestas.

Este debate encontró su momento culminante en el XXII Congreso del PCF, iniciado el 4 de febrero de 1976 en la ciudad Île-Saint-Denis, en presencia de 1524 delegados, representó el punto de ruptura, suscitando ásperas polémicas o desconcierto entre los militantes y no pocas molestias a los dirigentes soviéticos. Durante esta ocasión, los comunistas franceses denunciaron, de forma directa, muchos de aquellos principios que el PCI y el PCE, aunque de forma diferente, ya habían renegados. Sin embargo, lo más atentos subrayaron que “respetando en la renovación una vieja tradición, los comunistas franceses derogan dogmáticamente algunos dogmas embarazosos a los que habían continuado presos con devoción. Cumplen una reforma con espíritu de contrarreforma”<sup>519</sup>. El partido declaraba que lo importante era el contenido concreto de la teoría marxista-leninista, la garantía de las libertades y el pluralismo. Sobre el tema

---

<sup>517</sup> Entrevista a Georges Marchais, en el programa informativo de Antena 2 de Francia, “Es decir”, miércoles 7 de enero.

<sup>518</sup> *L’Humanité*, del 25 de enero de 1976.

<sup>519</sup> Bernardo Valli: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 55.



de la “democracia pluralista, el PCF se comprometía a respetar el sufragio universal “en el caso de una participación suya, minoritaria o mayoritaria, en un gobierno de Unión de la izquierda, no sólo por un período inicial sino sin restricción de tiempo (...). El respeto al sufragio universal sin limitación de tiempo, (...) afirmación que entraña la adhesión del P.C.F. a la democracia pluralista, es otro modo de decir que ya no se mantiene la tesis de la violencia como un método necesario para dar a luz la sociedad nueva”<sup>520</sup>.

En esta ocasión, Marchais, reelegido secretario general por unanimidad<sup>521</sup>, anunciaba públicamente la renuncia al concepto de “dictadura del proletariado”, demostrando tener sentido de la “publicidad y espectáculo” y oportunismo político: la decisión generó gran expectativa en todo el país. En su afán de “aperturismo”, censura a los camaradas que saludan con el puño cerrado: el gesto, considerado, demasiado agresivo, ya no respondería al espíritu del partido y la mano debe estar abierta y tendida a los “patriotas y los demócratas”, acomunados por el deseo de realizar un “socialismo con colores de Francia”. Mientras reafirmaba las garantías democráticas, el XXII Congreso del PCF decretaba el patriotismo y la defensa de la independencia nacional como elementos característicos el nuevo curso del partido.

Marchais afirmaba: “del mismo modo que la hostilidad a la democracia está en la naturaleza misma del capitalismo moderno, así el florecimiento de la libertad es una necesidad para el desarrollo del socialismo”<sup>522</sup>.

Por lo tanto, pese a que el cambio de estrategia y retórica del PCF empezó a partir del documento de Champigny, con su nuevo análisis de la sociedad francesa, las conclusiones del XXII Congreso provocaron la sorpresa de la militancia por las novedades propuestas. Los militantes se dividieron en dos grandes bloques: quienes aceptaban el cambio (la mayoría) y los otros que lo tachaban de una acomodación a la democracia burguesa, casi como si fuera una “precipitada abdicación”<sup>523</sup>.

El XXII Congreso se caracterizó también por dos ideas: en primer lugar el PCF, al igual que el PCI, declaraba que se trataba de una crisis no sólo “económica y monetaria”, sino

---

<sup>520</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 74-75.

<sup>521</sup> La unanimidad fue considerada como un “gran éxito” ya que evitaba –o por lo menos alejaba– el peligro posibles escisiones.

<sup>522</sup> *L'Humanité*, 6 de mayo de 1977.

<sup>523</sup> El mismo Louis Althusser, el más importante filósofo comunista francés, se declaró en desacuerdo con la decisión de abandonar la noción de dictadura del proletariado, refutando los argumentos teóricos usados para justificar el cambio, en cuanto “insuficientes” en la lucha a la democracia burguesa. Althusser y Etienne Bilbar, su alumno, acusaron el PCF de haber asumido una postura “absolutamente insuficiente desde un punto de vista teórico y político”.

también social, cultural, política y moral; en segundo lugar, el partido estableció las tres principales directrices de su acción política para cambiar la sociedad francesa y emprender el camino en la vía democrática hacia el socialismo: democracia social, democracia económica y democracia política. Y lo explicaba en la siguiente manera: la democracia social significaba la posibilidad de los trabajadores de disponer realmente de los frutos de su trabajo. Por democracia económica, se entendía un cambio en los mecanismos y en la finalidad de la producción, primando “no tanto el beneficio, cuanto la satisfacción de las necesidades ciudadanas”. Se trataba de nacionalizar parte de la económica, emprender una gestión democrática de las actividades productivas, una atenta planificación económica. Y por democracia política, se entendía un gobierno en el que participen directamente los ciudadanos y los trabajadores, que gestionen directamente la res publica, a todos los niveles (desde la administración local al Estado central): “La democracia y la libertad son hoy el terreno principal de la lucha de clases, de la lucha revolucionaria”.

A partir de este Congreso, Marchais declaraba públicamente que el objetivo del PCF era “la transformation de la société capitaliste en une société collectiviste ou communiste, société fraternelle sans exploiteurs ni exploités”<sup>524</sup>.

En estos años, se publica un libro colectivo de intelectuales del PCF, titulado *L'URSS et nous*<sup>525</sup>, que puede inscribirse en ese movimiento de revisión y crítica del régimen soviético: se trataba de una exposición de la realidad de la URSS llevada a cabo por cinco intelectuales ortodoxos del PCF, al fin de esbozar un balance de la gestión hecha por los dirigentes soviéticos de la noción del socialismo. Pese a poner de relieve muchos aspectos “positivos”, en los capítulos “¿Es socialista la URSS” y “Las realidades estalinistas”, se admitía que el régimen ha partido único había lamentablemente derivado hacia el monolitismo, se reconocía el terror de los tiempos de Stalin. El libro parece revelador de la evolución del PCF, de esta constante tensión dentro del partido de un “sí pero no”, de esta voluntad de seguir en la órbita comunista afirmando la necesidad de seguir su propio camino, democrático y pluralista. Era evidente que el partido empezaba a criticar la falta de libertades de la Unión Soviética, afirmando, a la vez, que existía un camino francés para llegar al socialismo.

---

<sup>524</sup> *L'Humanité*, 20 de enero de 1976.

<sup>525</sup> Adler, Alexandre - Cohen, Francis y Décaillot, Maurice: *L'URSS et nous*, París Éditions Sociales, 1978.

En 1977, el PCF decidió romper la Unión de Izquierdas, acusando a Mitterrand de haberse aliado a la derecha “para desestabilizar, desde fuera el partido comunista”. Marchais acusaba a los socialistas de haber realizado un “giro a la derecha” y, además, de “querer gobernar solos”, prescindiendo del apoyo comunista. Sobre esta separación, volveremos más adelante: basta con mencionar que fue el resultado de una serie de desentendimientos, de celos mutuos, de reciproca desconfianza. El PCF acusaba a los socialistas de actuar “como si ellos fuesen el partido de Gobierno de la izquierda y el único partido serio”<sup>526</sup>. La fractura entre Mitterrand y Marchais se fue agudizando y, a pesar de que inicialmente, ambos declaraban su fidelidad a la Unión, eran cada vez más evidentes las distancias y las diferencias, tal y como se vio cuando tuvieron que negociar el programa Común en septiembre de 1977. Diferente era la manera de analizar la crisis y la estrategia; diferente era la visión sobre el papel que cada partido tenía que desenvolver dentro de la alianza; diferente eran las tácticas propuestas para alcanzar el poder.

En este contexto, recubre gran importancia el XXIII Congreso del Partido Comunista francés, que se celebró en Saint-Ouen, del 9 al 13 de mayo 1979 en el que el PCF “propone una perspectiva a un tiempo realista y estimulante, aun cuando lógicamente esa perspectiva tenga en cuenta las dificultades inherentes a la política de crisis que lleva a cabo actualmente la burguesía. No es un camino de rosas, pero es que no hay caminos de rosas. Nuestro partido opone, a una política de declive nacional, de consenso, de resignación, la perspectiva del socialismo a la francesa, y esto en sí mismo una respuesta de actualidad”<sup>527</sup>. En este congreso, el partido procedió a la eliminación de la referencia al “marxismo-leninismo”, abriendo una nueva polémica dentro y con la militancia. Y seguía viva la polémica con el PSF tras la ruptura de la Unión de Izquierdas: el PCF calificaba a los socialistas como “colaboracionistas de clase” y remarcaba la necesidad de construir la fuerza del partido haciendo campaña por la “unidad desde abajo”.

#### **7.4 El PCF y el eurocomunismo**

En el caso de Francia, el eurocomunismo significaba saber “si un partido antiguo, plenamente constituido, con unas particularidades muy marcadas, está en condiciones

---

<sup>526</sup> “Nuevas dificultades en la ‘unión de la izquierda’ francesa”, en *El País*, del 12 de mayo de 1977.

<sup>527</sup> Francis Cohen, “La relación entre la política y la teoría en la estrategia actual del PCF”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 47.

de subvertirse, de auto-convertirse, de extraer de sí mismo la lógica vital que asegure su persistencia, para dar un salto e incorporar otra lógica distinta a partir de algunas ideas y sentimientos básicos”<sup>528</sup>. Y ese problema se hizo manifiesto en ocasión de la “primavera de Praga”, ocasión en la que la actitud del PCF resultó ambigua e, incluso, contradictoria: si por un lado se condenaba tímidamente la invasión de agosto de 1968, por otro, se prohibía la discusión interna sobre el tema, empezando, a la vez, a desarrollar una propuesta de transición al socialismo por la vía democrática y pluralista. Aún así, el episodio checoslovaco parecía representar sólo un pequeño incidente en la “fraternal relación” entre los dos partidos, procediendo de inmediato a la reconciliación y a la reconstrucción de unas “relaciones armónicas entre partidos hermanos”. Sin embargo, los síntomas de la discrepancia seguían presentes, aunque latentes: sólo en el XXII Congreso, se afirmó la vía democrática de transición al socialismo, elaborando el “programa común” y profundizando el debate dentro del partido sobre la relación con la URSS.

El PCF siguió representando un partido monolítico, donde los órdenes venían desde arriba y eran, rigurosamente, aplicados, sin discusión por una base acostumbrada a obedecer. Sin olvidar que el PCF siempre representó un partido muy peculiar, estrictamente ligado a la base obrera, un partido “obrerista”, muy severo y tradicional. Los dirigentes del PCF no tuvieron el coraje para emprender una transformación real del partido: “liberalismo externo, estalinismo interno”.

Para el PCF, el eurocomunismo representó una ocasión para modernizar el partido, actualizarlo y adaptarlo a las nuevas condiciones, pero le faltó la convicción de base de su validez.

El caso de Francia resultó emblemático y alarmante a la vez: tras el acuerdo programático, la unidad de la Izquierda parecía posible avanzar hasta el punto de poder representar una alternativa de gobierno –o de régimen como decía algún analista de entonces. Sin embargo, los escasos resultados electorales favorecieron la división y la escisión de la unidad. Mucho se ha especulado sobre las razones de ello, las causas y las consecuencias. Según los comunistas italianos, “era un acuerdo preferentemente sobre los ‘noes’ más que un acuerdo sobre los ‘síes’”. Me parece que la cuestión esencial no estribaba si aplicar o no el Programa Común. Juzgo muy de lejos, pero me da la impresión de que en el Programa Común ya existía una incertidumbre, y en el convivían

---

<sup>528</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 18-19.

no solamente dos sino quizá más análisis y estrategias. En este punto debemos buscar las causas fundamentales de la derrota. Olvidarlas y orientar la discusión hacia los errores tácticos, cometidos por ambas partes en la campaña electoral, no me convence. La división en plena campaña electoral ha sido el síntoma y la consecuencia final de la fragilidad del bloque social que se encontraba detrás de la alianza de izquierdas y en cuyo interior existían una serie de contradicciones no superadas con el movimiento y la construcción de un programa y a través de la lucha”<sup>529</sup>.

No cabe duda que la relación entre el PCF y el PSF resulta de particular interés, ya que fue especialmente atormentada, caracterizada por rupturas y reconciliaciones. Muchas fueron las razones que determinaban recíprocos celos y frecuentes distanciamientos: en primer lugar, “la teoría de la segunda plaza”, es decir, el hecho que ninguno de los dos quería ser “relegado” a ser la segunda fuerza y/o asistir al crecimiento del otro; en segundo lugar, la desconfianza mutua, sobre todo de los socialistas que siempre creyeron que, tras el Partido, estaba Moscú y el PCUS, que según el momento, ordenaba la ruptura con el PSF de Mitterrand; en tercer lugar, el miedo a perder electores, a irritar la militancia asumiendo una política ajena a sus intereses. Se trataba así de un cálculo electoral y político que determinó que el PCF, casi como si estuviera arrepentido, preferiría volver a una “política demagógica obrerista con la esperanza de ensanchar así su base electoral, en detrimento de los socialistas”<sup>530</sup>.

El resultado de este retroceso eurocomunista del PCF fue, paradójicamente, el retorno a posiciones pro-soviéticas. El partido decidió volver a contar con el apoyo de la Unión Soviética, rectificando alguna de las críticas expresada durante esta etapa a sabiendas de que había podido molestar al PCUS. Se trató de una marcha atrás que llevo incluso el partido a afirmar solemnemente –aunque poco convencido- que “el balance global de los países socialistas es claramente positivo”.

No obstante, la interpretación o la explicación de esta decisión no debe limitarse a consideraciones de natura puramente electoral: eso simplificaría excesivamente un problema complejo, una decisión sufrida sobre la cual influyeron diferentes variables, de diferente peso y medida. Incluso consideró demasiado reductivo interpretar la relación-alianza entre comunistas y socialistas franceses como determinada por el simple cálculo electoral. Como venimos diciendo, se trataba de un trato complicado, marcado por dudas, desconfianza y recelo recíproco. Mientras al Partido Socialista

---

<sup>529</sup> Ingrao, Pietro: *Crisis y terca vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 134-135.

<sup>530</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, 277.

francés le costaba –y mucho– creer en la sincera conversión democrática del PCF, cuestionando la buena fe y el oportunismo de Marchais, el Partido Comunista francés desconfiaba de Mitterrand y de su partido, considerando su actitud como fruto de la conveniencia y ocasión. El PCF sospechaba que los socialistas se habían acercados a ellos sólo por interés, para obtener su apoyo para alcanzar el poder. Por eso, llegaron a comparar la actitud del PSF a la de la socialdemocracia alemana, definiendo a Mitterrand como “una especie de Schmidt con el tricolor francés”. La desconfianza y difidencia iba más allá: el PCF temía que una vez en el poder, los socialistas le hubieran ofrecido un *ministère de la poubelle*, exigiendo, contrariamente, a cambio, sacrificios y pactos que hubieran podido perjudicar la relación del partido con su base.

Por eso se debe tener en cuenta que el partido llegó a plantearse que la aceptación del pacto con los socialistas podía tener más desventajas que beneficios, incluso representar un grave riesgo para su identidad, mayor de quedarse en la oposición, ya que la clase obrera, los militantes, los intelectuales podían considerarse traicionados y condenar la decisión, las renunciadas brindadas para aceptar un programa común o una labor de gobierno contraria a sus intereses de clase. Era un asunto de concesiones y sacrificios.

La experiencia eurocomunista del PCF duró poco y su aportación fue escasa. El paso del PCF por este proyecto resultó bastante superficial, carente de cualquier interés en aportar novedades doctrinarias o teóricas. La breve duración dependió también de la volubilidad del partido en aquel entonces, de las ambiciones electoralistas de Marchais. De hecho una vez que se dio cuenta que su sueño de cubrir el papel de protagonista en la relación con el PSF y dentro de la Unidad de las Izquierdas permanecía sueño, el secretario y el entero partido se sintieron frustrados, decidiendo abandonar la Unidad, el eurocomunismo y las tácticas de estos años para acercarse nuevamente a la URSS: “esto marcaría el fin del tanteo eurocomunista francés quedándose en eso, en un simple tanteo. A la posteridad pasaba su discurso interesado que abrazaba el eurocomunismo con una mano a la URSS”<sup>531</sup>.

La decisión del PCF de replantearse su giro eurocomunista fue consecuencia de la pérdida de afiliados, de la disminución de votantes, de la difícil relación entre socialistas y comunistas. Temiendo la erosión del partido, Marchais pensó que una “vuelta a los orígenes” podía servir para asegurarse a sus votantes tradicionales y a contener el

---

<sup>531</sup> María del Pilar Sánchez Millas: Eurocomunismo, ¿estrategia conjunta o coincidente mecanismo para tres consolidaciones internas diferentes?, en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 388.

declive. Sin embargo, la pérdida de votos era también debida a la progresiva desaparición de las grandes concentraciones de trabajadores, donde el Partido Comunista tenía gran parte de su electorado, a la insatisfacción social, a la grave crisis económica, a la incapacidad del partido de cambiar realmente.

El fin del eurocomunismo francés llegó con la aprobación del partido de la invasión soviética de Afganistán y la alineación con la URSS. A partir de este momento, el Partido Comunista francés se preocupó de emprender un camino de reconciliación, cuyo punto final, gran paso, fue la convocatoria de una conferencia de partidos comunistas filosoviéticos, en París (28 de abril de 1980), cuyo lema fue “La paz y el desarme”<sup>532</sup>. La marcha atrás encontró pronto premio: mientras en su columna el *Pravda* saludaba el paso, el PCUS, desde el primer momento, se mostró dispuesto a “perdonar”, declarándose dispuesto a cumplir los “esfuerzos necesarios” para ayudar al PCF a convertirse en el principal partido de oposición en Francia.

Este punto marca una profunda diferencia entre el Partido Comunista francés y los de Italia y España: mientras el PCF, en su labor para desgancharse de los principios del eurocomunismo, volvía al pasado, el PCI y el PCE emprendían una obra de acercamiento y diálogo con los partidos socialistas de Europa. Así que, ante la lenta muerte del eurocomunismo, Berlinguer se entrevistaba con Willy Brandt y Carrillo se reunió con Mitterrand: se discutían problemas políticos e ideológicos, se conjeturaban posibles alianzas.

No cabe duda que el eurocomunismo francés fue un fenómeno transitorio y fugaz, que dio el paso a un rápido proceso de repliegue y “reabsorción” de las tendencias renovadoras propuestas por el eurocomunismo. El PCF no había rectificado su ideología, ni modificado su esencia, ni cuestionado su identidad, aceptando un cambio más dialectico que teórico, dictado por una presunta conveniencia a renovarse que por una efectiva convicción. Se prefería volver al pasado, a la URSS en política internacional y al aislamiento en política interna, posponiendo *–sine die–* la perspectiva de una transformación socialista de Francia.

El PCF abandonaba definitivamente el eurocomunismo procediendo a una rápida *restauración*, relativamente indolora ya que el acercamiento al eurocomunismo no había supuesto un gran cambio organizativo: dentro de partido, se procedió a expulsar o

---

<sup>532</sup> El PCI, el PCE y los partidos comunistas de Yugoslavia, Inglaterra, Suecia y pocos otros se negaron a acudir a dicha conferencia, considerando el acto como “un apoyo propagandístico” a las posiciones soviéticas, cuestionando el contenido político de la misma.

marginar aquellos que habían apoyado el eurocomunismo<sup>533</sup>, mientras parte de los electores, militantes e incluso intelectuales de partido abandonaban un PCF dispuesto a volver a alinearse con las posiciones de Moscú. El PCF puso de manifiesto la endeblez de su apoyo al proyecto eurocomunista.

Probablemente una de las razones que contribuyeron al final del eurocomunismo francés fue la negativa soviética respecto al proyecto, un veto manifestado drásticamente en la diatriba contra Carrillo en ocasión de la publicación de su libro.

Tras la experiencia eurocomunista, la imagen del partido salió perjudicada, considerando su actitud demasiado voluble. La opinión pública y, cosa aún más grave, la militancia cuestionaban los continuos cambios, las peligrosas fluctuaciones, las insatisfechas incertidumbres. Mucho se ha especulado sobre el oportunismo de la aceptación del partido del eurocomunismo, sobre todo teniendo en cuenta que el camino del dogmatismo teórico y político al eurocomunismo y viceversa (las vueltas en U) se realizó en pocos años, sin un debate profundo, sin una atenta reflexión y sin cambiar las estructuras del partido. Durante la etapa eurocomunista, Marchais siguió manteniendo una dirección autoritaria y los cambios siempre se hicieron desde arriba en detrimento del debate, sin involucrar la base, ni discutir en profundidad el valor y las consecuencias de los cambios. Aún así el partido apostaba por una nueva retórica pluralista y consiguió el aumento de afiliados: “la nueva retórica del partido de democratizar la sociedad ha despertado expectativas de democratización interno”.

Se consideraba al PCF como un partido que “conserva la estructura disciplinada, de arriba abajo, típica del partido estalinista; pero se convierte cada vez más en un partido electoralista, que sacrifica con facilidad posiciones ideales, incluso teóricas, en aras de ventajas (o al menos esperanzas) en la conquista de votos (...). El nivel moral de su grupo dirigente desciende; en él tienden a ensamblarse hombres guiados por el pragmatismo más puro (Marchais, con una conducta nada ejemplar durante la ocupación hitleriana, es un caso típico de ese oportunismo comunista) y otros atados por vínculos de historia, rutina o sentimiento a la tradición tercerinternacionalista”<sup>534</sup>. Terminaba el eurocomunismo del PCF y empezaba para el partido una grave crisis de identidad, un declive cuyos efectos fueron devastadores por la vida del partido.

---

<sup>533</sup> “Los líderes eurocomunistas de la federación de París fueron despojados de todas sus funciones oficiales en 1979, y posteriormente muchos eurocomunistas y disidentes de izquierda han sido expulsados por romper la disciplina del partido” en “El triunfo de la izquierda en Francia de Tony Daley y Jonas Pontusson, en *Cuadernos Políticos*, número 32, México, D.F., editorial Era, abril-junio de 1982, pp. 21-44.

<sup>534</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 281.



## **Capítulo VIII: El PCE en la segunda mitad de los setenta**

### **8.1 El Manifiesto-Programa; 8.2 La legalización del PCE; 8.3 Las primeras elecciones democráticas; 8.4 Los Pactos de la Moncloa, la Constitución de 1978 y el IX Congreso; 8.5 El V Congreso del PSUC; 8.6 El X Congreso y el fin del PCE eurocomunista**

En los setenta, las circunstancias socio-política y económica de España habían cambiado muchos, obligando al partido a una atenta reflexión sobre qué táctica adoptar para la instauración del socialismo en el país. En una forma muy elevada de concreción política de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, el PCE deseaba representar al partido de la oposición, una alternativa política creíble. Por eso, en los setenta, en sus Congresos, en los Comités, realizó algunos cambios estratégicos, buscando la fórmula para, en primer lugar, obtener la legalización del partido tras la muerte de Franco, y, secundariamente, para alcanzar el poder por la vía democrática, abogando por el pluralismo y participando a las elecciones.

En este momento histórico, el PCE se comprometía a respetar el sistema democrático parlamentario, las libertades políticas y el pluralismo. A partir del Manifiesto-Programa el PCE confirmaba la “ruptura pactada” y desarrollaba la política del “pacto para la libertad” que, sin prejuzgar el régimen político para España, dejaba esta cuestión para su solución en un marco democrático. En el texto, del que hablaremos a continuación, se declaraba que “el socialismo es una fase de transición hacia el comunismo que va superando diversos niveles y que no puede estancarse”, añadiendo, a lo largo de sus páginas, que la única alternativa viable en España era representada por “la democracia y el socialismo”: “se trata, pues, de orientarse hacia un modelo de socialismo pluripartidista y democrático en el cual no sólo se conservarán sino que se elevarán a un nivel superior todas las libertades personales y políticas conquistadas en la etapa anterior, un socialismo basado en la soberanía popular expresada a través del sufragio universal”<sup>535</sup>. Desde 1976, el PCE pasaba de la llamada ‘ruptura democrática’ a la llamada ‘ruptura negociada’, fórmula que no hacía más que registrar la necesidad de suavizar sus pretensiones. Pretensiones que después suavizó aún más (puesto que, desde

---

<sup>535</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 194.

entonces, el PCE aceptó la bandera monárquica para España)<sup>536</sup>. Era evidente que el PCE buscaba una nueva credibilidad para alcanzar el poder.

Inicialmente, la estrategia del PCE resultaba condicionada por la preocupación de quedarse al margen, por el miedo a no ser legalizado. Por eso proponía una “ruptura democrática”, no violenta, para acabar, como afirmaba Carrillo, con “las leyes e instituciones fascistas para levantar un Estado democrático”.

Estos años se vieron caracterizados por algunos eventos de gran importancia, empezando por la lucha por la legalización del Partido, que encontró amplias resistencias de algunos sectores públicos y la abierta hostilidad del mundo militar; el inicio de una controvertida política de consenso del PCE, cuyos principales resultados fueron los Pactos de la Moncloa y la Constitución, y que demostraron la voluntad del Partido de cooperar por la implantación de la democracia en el país; y las diferentes elecciones –tanto nacionales como autonómicas (en el País Vasco, en Cataluña, en Galicia, en Andalucía...)-, que demostraron la fragilidad de la ilusión del Partido de representar la alternativa, una opción viable para la toma del poder, señalando, a la vez, un fuerte descenso del PSOE (y de AP). Los negativos resultados electorales llevaron al partido a cuestionar su estrategia, a arrinconar apresuradamente la experiencia eurocomunista e, incluso, a cuestionar su identidad. El eurocomunismo se concluyó como un “experimento” atrevido, cuyos resultados se consideraban no sólo insuficientes sino dañinos.

Tras una primera confrontación en agosto de 1980, el V Congreso del PSUC (paradójicamente la parte más *italiana* del Partido Comunista de España) adoptó posiciones claramente pro-soviéticas, rubricando el eurocomunismo del PCE, desautorizando la línea política seguida por el partido: significaba la vuelta a las viejas certezas, a una postura más favorable y menos crítica de la URSS: “lo cierto es que el proyecto de tesis del PSUC contiene una serie de frases, de conceptos, que implican una neta marcha atrás con respecto a posiciones esenciales del eurocomunismo, de crítica la Unión Soviética, que nosotros veníamos remachando desde varios años”<sup>537</sup>. Además, reintroducía el leninismo que se había abandonado en el IX Congreso. Pese a eso, Carrillo reafirmó el eurocomunismo “como dogma ligado a una concepción comunista

---

<sup>536</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 63.

<sup>537</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 18.

cerrada e identificado con su liderazgo indiscutible”<sup>538</sup>. En la diatriba entre renovadores y *carrillistas*, el secretario del PCE obtuvo una victoria pírrica en el X Congreso (julio 1981), iniciando un proceso de “eliminación” y expulsiones, acompañado por muchos abandonos debido al desencanto. Terminaba el eurocomunismo del PCE.

### 8.1 El Manifiesto-Programa

En las páginas anteriores, hemos, brevemente, descrito cómo el PCE se preparaba para la transición política en España. En el ya citado VIII Congreso del Partido se señalaba la necesidad de proceder a una “ruptura de signo democrático”<sup>539</sup>, persiguiendo el fin del franquismo –de “las leyes e instituciones fascistas”- y la aprobación de las libertades democráticas en el País. El PCE creía que este objetivo podía ser logrado exclusivamente por “un Gobierno provisional de reconciliación nacional. Un Gobierno de amplia coalición democrática”, que utilizase “el despliegue de crecientes acciones de masas, la realización de la gran acción democrática nacional”<sup>540</sup>.

La publicación del Manifiesto-Programa representaba otro paso adelante en la vía democrática al socialismo: se trataba de un acontecimiento de gran importancia ya que el último programa de partido databa 1954 con las correcciones introducidas en el VI Congreso de 1959. La discusión sobre el tema empezó en el verano de 1973 y su aprobación tuvo lugar dos años más tarde con algunas correcciones de estilo y la introducción de pocos párrafos nuevos: en vía general, en el texto se consolidaban las adquisiciones semánticas pos-Checoslovaquia, como la identificación obligada del socialismo con la democracia, la consideración de que no fuera posible realizar el proceso al socialismo sin pluripartidismo. El Programa mostraba un cierto equilibrio doctrinal, sin grandes audacias, pero tampoco retrocesos llamativos a la antigua ortodoxia: se obviaba el tema de la dictadura del proletariado, apenas citada, mientras se confirmaban en el terreno táctico el Pacto para la Libertad y en el estratégico la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura.

En el informe al Pleno del Comité Central del PCE, en septiembre 1973, antes de la aprobación del Manifiesto, Carrillo subrayaba que el proyecto elaborado por la Comisión designada por el VIII Congreso del Partido, no era un programa de gobierno,

---

<sup>538</sup> Revista “Cuadernos del Mundo Actual”, volumen 84, intitulado “*El Eurocomunismo*”, de Antonio Elorza, Madrid, 1995, pág. 30-31.

<sup>539</sup> *VIII Congreso PCE*, Ed. Empresa Poligráfica, S.A., Bucarest, pág. 328.

<sup>540</sup> “*Solo por la ruptura democrática habrá democracia en España*”, Editorial publicado en *Nuestra Bandera*, número 83, enero-febrero de 1976, pág. 6 y 10.

ni de un partido que está en el poder: a contrario, según el secretario del Partido Comunista español, se trataba de “un plan de batalla, y por eso lo hemos llamado manifiesto-programa, de un partido que está no solamente en la oposición, sino en la clandestinidad, que tiene que convencer y además suscitar el entusiasmo de los trabajadores, de la juventud. Por eso hemos querido que ese proyecto de manifiesto-programa sea una afirmación de nuestra ardiente voluntad de lucha por el socialismo y por el comunismo.

El Manifiesto-Programa, al que se consideró la Carta Magna del partido, fue aprobado en septiembre de 1975 en la Segunda Conferencia del Partido después que el Partido Comunista italiano y el español celebrasen la ya citada “primera reunión eurocomunista” a Livorno, del 13 de julio de 1975. En el documento, ya estaban presentes los principales elementos del Eurocomunismo y se considera como uno de los pasos fundamentales del nuevo camino del partido hacia el socialismo en democracia. La adopción de una estrategia democrática, como establecido en la reunión bilateral, se manifestaba de forma evidente y el Partido hacía profesión de fe a favor de la libertad política de la marcha hacia el socialismo y del fortalecimiento de la democracia.

En el texto se dedicaba un apartado a las “nuevas formas de internacionalismo proletario” en el que el PCE declaraba que su política “ya no puede ser determinada por las necesidades de un país socialista como sucedía cuando la Unión Soviética era el único que existía con ese régimen social”. Era evidente la toma de conciencia de un nuevo papel al mismo tiempo de un deseo de alejarse de la “influencia” soviética: en el Informe Central, se declaraba que “no se trata de renunciar al internacionalismo, que continúa siendo parte esencial de toda nuestra concepción [...] De lo que se trata es de superar los tiempos en que el comunismo era una especie de Iglesia, con sus dioses y su dogma, con su Vaticano, su papa y sus concilios, con su mística acendrada por la persecución y el martirio”<sup>541</sup>. Al mismo tiempo el PCE reconocía que era necesario enraizarse entre su propio pueblo, ser capaz de comprender e interpretar los problemas y los intereses de la sociedad civil: finalmente pese a reconocer el papel decisivo de la Revolución Socialista de Octubre y el peso de la URSS, se invitaba cada partido a marchar con sus propias piernas.

En el Manifiesto-Programa, se declara que la “revolución política”, fórmula adoptada a partir de 1968 para designar la “revolución democrática”, representaba una “necesidad”

---

<sup>541</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 16.

de la sociedad española. La convicción absoluta de que el cambio iba a ser revolucionario y de que en él, la fuerza política determinante iba a ser el partido comunista, hacía que el manifiesto-programa fuera, en realidad, un programa de la “democracia política y social”. A diferencia del modelo de 1917, donde se preveía que la relación de fuerzas y la nueva dinámica creada desembocaron en la insurrección armada, la nueva situación se preveía que iba a llevar a la victoria electoral de las fuerzas dispuestas a realizar el programa de la “democracia política y social”, etapa intermedia y necesaria hacia el socialismo. De esa manera, se estrenaba (dialécticamente) la vía democrática y parlamentaria hacia el socialismo en España, un “socialismo que podrá triunfar y consolidarse en esta zona de Europa a través del desarrollo pleno de la democracia, afirmando el valor de las libertades personales y colectivas, la no oficialización de un ideología de Estado, la articulación democrática y descentralizada del mismo, la pluralidad de partidos, la autonomía sindical, las libertades religiosas, la libertad de expresión, de la cultura, del arte y de la ciencias”<sup>542</sup>, en síntesis un “socialismo en libertad”.

La idea de una revolución democrática que vino desarrollándose en estos años representaba un ulterior cambio: en principio, frente al monolitismo del régimen franquista y su poder político, el Partido se proponía el objetivo de abatir el monopolio oligárquico, es decir, se pensaba que derribando la oligarquía en el poder iba a producirse el cambio social necesario para modificar la sociedad y en consecuencia el orden político; sin embargo, a partir de la revolución política, se pasa a considerar necesario actuar el cambio político para luego poder cambiar todo el sistema; de esa manera, se empezaba por una revolución sólo política y no económica (se aceptaban las tesis de Claudín). En estos años se empieza a considerar que la revolución política, que consistía en transformar el sistema político, representase la única vía posible para conseguir el poder, ya que sólo establecida una nueva correlación de fuerzas, fuera posible cambiar la sociedad; sin embargo, el PCE subrayaba como la revolución política se pudiese llevar a cabo solo cuando la amplia mayoría del pueblo compartiese ese deseo de cambiar las instituciones del Estado y realizar un cambio en la sociedad. Para el post-mortem Franco, el Manifiesto-Programa prospectaba dos posibles soluciones-salidas: la oligarquía conservase su poder político y económico; se realizase la revolución antifeudal y antimonopolista llevando el sistema a una democracia

---

<sup>542</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 103.

económica y social. Finalmente, muerto Franco se asistió a un cambio de régimen mientras el socio-económico fue leve.

El texto reconocía los errores y deformaciones del bando socialista debido al hecho que la revolución socialista triunfó en países que no presentaban las características preconizadas por Marx y Engels. En el apartado “El Socialismo en los países desarrollados. Socialismo en la democracia”, el Manifiesto-Programa declaraba que “ninguno de los maestros del marxismo ha teorizado la idea del partido único, ni siquiera la idea de un partido comunista privilegiado por la ley ante otro partido. Tampoco la consagración del marxismo como filosofía oficial del Estado, ni la sujeción de la cultura y el arte a cánones administrativos, ni el monopolio de la información por el Estado. Ni la existencia de un solo modelo de socialismo. Engels hablando del curso que seguirá la revolución proletaria afirmaba que “está implantará, ante todo, un Estado democrático y, dentro de él, directa o indirectamente, el régimen político del proletariado”. También Lenin insistía sobre la diversidad de formas que revestiría el paso al socialismo en diversos países...”<sup>543</sup>.

En el texto se declaraba que el Partido Comunista de España rechazaba las concepciones dogmáticas que “pretenden que se repetirán en cada caso las formas que el socialismo ha tenido en otros países”, subrayando la importancia de las particularidades nacionales, el momento y la experiencia histórica. El documento contenía otra novedad de relevo en relación con la herencia teórica de la Tercera Internacional, estableciendo la renuncia al “partido único”: el Partido Comunista de España “reconoce la existencia real de diversas tendencias socialistas en la sociedad española”, sin que el PCE renunciase a ser “el partido de vanguardia”. Para una eficaz unidad de acción, el partido planteaba la necesidad de que todas las tendencias socialistas se uniesen en formas “no ocasionales, sino de largo alcance, articuladas y eficaces”: por esa razón, el PCE proponía la creación de una “formación política” que agrupase a tendencias, partidos y otras organizaciones cuyo objetivo fuera el socialismo “con un programa común socialista, órganos comunes de elaboración colectiva de las decisiones políticas relacionadas con la aplicación de ese programa” y “una cierta disciplina común en la aplicación de dichas decisiones”. El PCE declaraba que no concebía el futuro sistema socialista como un sistema de partido único, dominando el poder del Estado, sino como un sistema democrático pluripartidista.

---

<sup>543</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 140-141.

En el texto, se afirmaba que: “el Partido Comunista considera que ya desde hoy habría que comenzar a elaborar el proyecto de una formación política, capaz de aunar todas las tendencias socialistas sin sofocar a ninguna (...) sin comprometer su fisonomía particular, su independencia (...) esa nueva formación política podría dotarse de un programa común socialista, de órganos comunes de elaboración colectiva de las decisiones políticas relacionadas con la aplicación de ese programa; podría establecer una cierta disciplina común en la aplicación de dichas decisiones”. Se trataba de una formación política que representase “una forma muy elevada de concreción política de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Esa nueva formación política presupone la necesidad de que exista un fuerte Partido Comunista de masas, con un gran núcleo de cuadros preparados que actuaría, en el seno de la nueva formación, con los mismos derechos y deberes que los otros, esforzándose por desempeñar un papel unitario y por pesar en su orientación en el sentido de la realización de una política socialista consecuente”<sup>544</sup>.

El tema de la Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura estuvo presente también en el libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, definido como “una confederación de partidos políticos y organizaciones sociales diversas, que actuaría por consenso y respetando la personalidad y la independencia de cada organización y partido. Para el Secretario del PCE, se trataba de crear un “programa mínimo” compartido por los diferentes actores políticos para, a través de una “acción común a diversos niveles”, poder alcanzar “los objetivos compartidos”, respetando la “filosofía o teoría propia de cada partido u organización social que integre la nueva formación” y la “independencia de organización, de vida política propia, de órganos dirigentes”. Según Carrillo, esta formación “no sería ni un súper-partido, puesto que cada cual preservaría, en definitiva, su libertad para auto-determinarse, ni tampoco una simple coalición electoral, ni ocasional”<sup>545</sup>.

Resumiendo el Manifiesto-Programa representaba un primer, tímido, intento de crítica del socialismo real y estalinismo, a la vez que se proponía establecer una íntima relación entre la vía al socialismo y la democracia, marcando las diferencias entre socialismo y reformismo socialdemócrata. Su objetivo era presentar una transformación del papel del PCE en vísperas de la muerte de Franco y de los anhelados cambios políticos en el país.

---

<sup>544</sup> Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa pág. 142-143.

<sup>545</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 130-131.

## 8.2 La legalización del PCE

En marzo de 1976, el Comité Ejecutivo del PCE aprobó un documento, *Cuatro proposiciones del PCE para resolver el problema político*<sup>546</sup>, en el que se defendía la ruptura pactada, como estrategia idónea, “el camino más adecuado para lograr solución democrática, rápida y pacíficamente, es decir, lo que llamamos una ruptura democrática pactada”. Se trataba de un cambio, una “adecuación práctica” ante una situación política inestable, buscando una “unidad de acción” entre cuantos querían evitar una “continuidad política” del régimen, subrayando la importancia de establecer un acuerdo, un consenso para reformar el sistema. Tal y como confirmaba Carrillo en sus *Memorias*, el contenido de la ‘ruptura pactada’ en su esencia era esencialmente:

- “a) establecimiento de un pacto de unidad de acción entre la junta, plataforma, los órganos unitarios existentes en nacionalidades y regiones y los grupos democráticos que aún se hallan al margen de toda combinación.
- b) Concitar en torno a este pacto la adhesión de los más amplios sectores sociales y personalidades representativas.
- c) A partir de este pacto proponer públicamente la apertura de una negociación a los elementos que se declaran reformistas y a representantes de la FAS y de la Iglesia para llegar a un acuerdo sobre la posible composición, programa y forma de instalar en el poder a un “Gobierno provisional o transitorio”, capaz de presidir, con garantías para todos, un proceso constituyente.
- d) Mientras, reclamar derechos como el de huelga, reunión y manifestación pacífica, sin discriminación para ningún partido; una amnistía, o cuando menos la puesta en libertad de los presos políticos y sociales y el regreso de los exiliados”<sup>547</sup>.

Y añadía, confirmando la importancia de la ruptura pactada y del establecimiento de un proceso de reforma que: “La ‘ruptura pactada’ era una fórmula nacida del convencimiento de que la oposición democrática no tenía ni el poder ni la voluntad de poner fin al sistema produciendo una ruptura con sus propias fuerzas”.

En el Comité Central que se celebró en Roma desde el 28 al 31 de julio de 1976, las palabras de Carrillo mostraban la influencia de los planteamientos del PCI en la nueva estrategia del PCE, sobre todo del pensamiento de Togliatti de unidad nacional en la

---

<sup>546</sup> “*Cuatro proposiciones del Partido Comunista para resolver el problema político*”, Documento del Comité Ejecutivo del PCE, aprobado el 20 de marzo de 1976.

<sup>547</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 622.



inmediata posguerra italiana. El Partido Comunista español auguraba repetir los planteamientos que el PCI esbozó una vez terminada la segunda guerra mundial, derrotado el fascismo y emprendida la fase democrática. El PCE entendía que, para convencer a las fuerzas políticas españolas a reconocerle y legalizarle, tenía que proclamarse “acérrimo defensor de la democracia” y por eso, abogaba por: 1. la constitución de un gobierno provisional, de “reconciliación nacional”; 2. apertura de un periodo constituyente para convocar las elecciones de una Asamblea encargada de elaborar la nueva Constitución del país; 3. amnistía general para todos los presos políticos; 4. la constitución de Gobiernos autónomos en Cataluña, Euzkadi y Galicia sobre la base de los Estatutos autónomos históricos. Por eso, Carrillo afirmaba que : “La oposición se compromete a garantizar que el cambio democrático se hará en paz civil, sin revanchas ni venganzas; garantizar a todas las familias ideológicas la plena libertad democrática; asegurar el respeto a los derechos del hombre, en su más amplio espectro, incluida la libertad de conciencia y de creencia religiosa; garantizar que las Fuerzas Armadas serán respetadas y fortalecidas para que defiendan la soberanía y la independencia nacional y abrir las puertas de Europa para nuestro país”<sup>548</sup>.

La siguiente reunión del Comité Ejecutivo del PCE se celebró en España, por primera vez desde la guerra civil, el 23 de noviembre de 1976, confirmando la estrategia “reformista” del partido y la voluntad de alcanzar un amplio consenso para establecer un régimen democrático.

Si el 1976 se acababa con la detención de Carrillo, el 1977 empezaba con la trágica matanza de abogados en Atocha, acontecimientos que, según el propio Carrillo, favoreció la legalización del partido, que “se impuso definitivamente a raíz del horrendo asesinato de los abogados laboristas de Atocha y de la gran manifestación de duelo en la que la fuerza del PC apareció a la luz del día con tanta firmeza como disciplina”<sup>549</sup>.

La legalización del PCE tuvo lugar el 9 de abril de 1977 tras una fuerte presión del partido para obtenerla y en un clima de agitación. El partido temía su posible exclusión de las primeras elecciones, considerando esta posibilidad nefasta por varias razones, entre ellas la posible ventaja para los socialistas. El argumento que el PCE utilizaba para presionar su legalización era que la legitimidad de las elecciones estaba vinculada a la participación de todos los partidos políticos, sin discriminación; en caso contrario, se

---

<sup>548</sup> Carrillo, Santiago: *De la clandestinidad a la legalidad*, Edita Partido Comunista de España, Roma, 1976, pág. 13.

<sup>549</sup> Carrillo, Santiago: *Memoria de la transición*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 45.

trataba de una violación de la misma democracia. Asimismo, el partido recordaba que todos los partidos homólogos en Europa occidental eran reconocidos y participaban legalmente a las elecciones.

Para obtener este reconocimiento, el partido se mostraba dispuesto a algunas concesiones que demostrasen su talante moderado y su actitud responsable, aceptando públicamente la vía reformista. En esta fase previa a la legalización, tuvo lugar la famosa cita entre Santiago Carrillo y Adolfo Suárez, donde el presidente del Gobierno se comprometía a legalizar al PCE antes de las elecciones, a cambio de que el Partido aceptase la monarquía de Juan Carlos y la bandera bicolor. Sobre este encuentro se ha escrito mucho. Para Gregorio Morán, “Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, desde aquel día 27 de febrero, se hicieron socios de una empresa (...). La entrevista significó una gran victoria de Santiago Carrillo. Suárez, consciente o no aplicó la táctica que hizo famoso al cachazudo Kutusov frente al arrogante Napoleón: ayudarle a entrar, facilitarle el avance hasta que llegara el momento en que le fuera imposible retroceder sin salir destrozado. Ésta será la grandeza y la miseria de esa larga marcha de Santiago Carrillo”. Y continuaba afirmando: “sin exageración alguna se puede decir que el Partido Comunista de España decidió su política de manera irreversible el 27 de febrero de 1977 (...) una determinada política que habría de durar hasta la caída de Suárez y que incluso alcanza al 28 de octubre de 1982, fecha que une la victoria electoral del PSOE y la quiebra del PCE y la UCD, la de Santiago Carrillo y la de Adolfo Suárez”<sup>550</sup>.

Los dos personajes entablaron una relación extremadamente positiva tanto que confesaba el mismo Carrillo: “supongo que algún día Suárez publicará sus memorias y si cuenta todo lo que sabe y ha vivido como jefe del Gobierno durante la transición, estoy convencido de que los méritos que hoy le reconoce el país, se verán acrecentados”<sup>551</sup>.

Al respecto, muy crítico fue Azcárate que, en sus escritos, argumentaba la posible existencia de un pacto previo entre Carrillo y Suárez, considerando a sí mismo como “un peón de juguete”, ya que Carrillo asumía directamente compromisos con el presidente del Gobierno: “No tengo conocimiento directo del mismo ya que no lo he hablado con Carrillo ni con Suárez ni con Jaime Ballesteros ni con José María Armero, los actores de la comedia. Pero el hecho en sí de esos contactos me ayuda a juzgar una

---

<sup>550</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 538.

<sup>551</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 693.

orientación derechista del PCE que ya he señalado hace tiempo en mi libro *La crisis del eurocomunismo* de 1982”<sup>552</sup>. Y añadía: “reducido a sus términos más escuetos, el pacto entre Suárez y Carrillo consistía en comprar la legalidad del PCE a cambio de que éste, abandonando convicciones muy arraigadas, aceptase la monarquía con su bandera y toda su historia a cuestas. No era un trato equitativo. La legalidad del PCE quizá hubieran podido retrasarla los elementos más reaccionarios, pero era imposible negarla sin un retorno a los métodos del franquismo. Por otra parte, hay diversas formas de aceptar la monarquía (...)”<sup>553</sup>.

De esta manera, sorprendentemente, el PCE cambió su actitud, aceptando la Monarquía y la bandera, cambiando su valoración del Rey: se trató de una elección muy discutida ya que “el reconocimiento de la Monarquía y de la bandera monárquica [se realizaron] *sin referéndum interno*”.

Se trató de una “larga evolución”: tras la muerte de Franco, en un mitin en Roma, Santiago Carrillo afirmaba rotundamente el absoluto rechazo del partido a la monarquía, a la coronación de Juan Carlos I, afirmando públicamente que “en una época en la que hay cada vez menos reyes y en la cual el pueblo no acepta ya la leyenda de que el rey lo es por la Gracia de Dios, ningún demócrata debería asombrarse de que los españoles no acojamos con alegría a un rey impuesto por la gracia de Franco. Y cuya misión, en base a su juramento, pronunciado ante las Cortes, consistiría en la continuación del franquismo”. En 1975, el secretario del PCE solía afirmar que “La monarquía de Juan Carlos es la monarquía del Movimiento, la monarquía encargada de continuar el sistema fascista”<sup>554</sup>, negando, por lógica, la posible aceptación por parte del partido. Sin embargo, a partir de 1976, en la dialéctica y en los escritos del partido, empezaban a desaparecer los ataques a Juan Carlos, hasta el punto que, en vísperas del IX Congreso del Partido, se afirmaba: “sobre la Monarquía, el Partido Comunista de España que es republicano, ha realizado un enfoque del tema en función de las coordenadas concretas de hoy. Si la Monarquía favorece la consolidación de la democracia, el logro de una Constitución que configure una democracia parlamentaria, el Partido Comunista consideraría un grave error poner en peligro el proceso democrático, cuestionando la forma de gobierno. El problema podría plantearse sí nos encontrásemos ante una

---

<sup>552</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 146.

<sup>553</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 147.

<sup>554</sup> Carrillo, Santiago: *El año de la peluca*, Ediciones B, Barcelona, 1987, pág. 37.

Monarquía de corte autocrático, que impidiera el juego democrático y parlamentario. Pero mientras la Monarquía no sea obstáculo a la ejecución de lo que el pueblo democráticamente decide, el Partido Comunista no cuestionará la actual forma monárquica de Gobierno”<sup>555</sup>.

A tal respecto, Carrillo explicaba: “independientemente de que nos hubiera gustado más una República democrática que una Monarquía constitucional, hay que reconocer que es un hecho que está ahí y que no vale la pena discutir, porque es algo real y no es ningún obstáculo para el desarrollo de una política socialista en este país”<sup>556</sup>. “Este cambio nos ha llevado a reconsiderar nuestra actitud hacia los símbolos de un Estado que nos reconoce. Por eso hemos decidido poner al lado de nuestra bandera (...) la bandera bicolor del Estado español”<sup>557</sup>. Y, tal como afirmó en sus Memorias, la decisión de Carrillo era fruto de un “cálculo pragmático”, de una reflexión práctica: “La posición que se defendió entonces significaba una modificación de la que habíamos mantenido anteriormente, es decir, de la consulta popular en torno a si monarquía o república (...). Y por otra parte, en aquellas condiciones, si llegaba a realizarse el referéndum, lo hubiésemos perdido los republicanos y quisiéramos o no, la divisoria entre los españoles hubiera vuelto a repetir las contradicciones de los años treinta. De mantener anteriores posiciones hubiéramos llevado a cabo una batalla infructuosa y de consecuencias gravemente negativas para la democracia”<sup>558</sup>.

Sin embargo, con esta decisión, ratificada por el Comité Ejecutivo de abril de 1977, el PCE retraba su posición sobre la necesidad de realizar una consulta popular, un referéndum para decidir la forma de Estado que había que adoptar en España: monarquía o república. Se apartaba la posibilidad de discutir el carácter monárquico del nuevo régimen a cambio de la legalización del partido, aún sin renunciar a sus señas de identidad republicana.

La decisión quedó ratificada en el IX Congreso del PCE, celebrado en abril de 1978, en el que fue descrita como “una decisión responsable”, un “acierto político del partido”, afirmando en su segunda resolución, “La política de reconciliación nacional”: “Las características del cambio político, si bien difieren en una serie de aspectos de lo previsto por el partido, confirman el acierto de la política nacional de reconciliación

---

<sup>555</sup> “*Proyecto de Propuestas Políticas y de Estatutos al IX Congreso del Partido Comunista de España*”, 1978.

<sup>556</sup> *Cambio* 16, 2 de abril de 1978, pág. 16.

<sup>557</sup> *Triunfo*, número 743, del 23 de abril de 1977, pág. 10.

<sup>558</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 676.

nacional y el pacto para la libertad”. Asimismo, el PCE declaraba “la voluntad del Partido Comunista de España de desterrar de nuestro país el clima de intolerancia y fanatismo que tan frecuentemente ha conducido nuestra historia por los derroteros de la guerra civil, se ha expresado en una nueva posición de los comunistas sobre temas tan manipulados desde el punto de vista ideológico como la Monarquía, la bandera, el Ejército, las relaciones con la Iglesia o con la derecha, etc.”. En detalle, se afirmaba “sobre la Monarquía, el Partido Comunista de España, que es republicano, ha realizado un enfoque del tema en función de las coordenadas concretas de hoy. Si la Monarquía favorece la consolidación de la democracia, el logro de una Constitución que configure una democracia parlamentaria, el Partido Comunista consideraría un grave error poner en peligro el proceso democrático, cuestionando la forma de gobierno (...). Mientras la Monarquía no sea obstáculo a la ejecución de lo que el pueblo democráticamente decide, el Partido Comunista no cuestionará la actual forma monárquica de gobierno”. Y, en lo que concierne a la otra concesión se afirmaba que “sobre el tema de la bandera el Partido Comunista tomó en abril de 1977 la decisión de adoptar, junto a la bandera roja del Partido Comunista de España, la bandera roja y gualda del Estado. Una decisión normal que ayudó a crear un nuevo clima de comprensión entre la izquierda y ciertas instituciones y que por lo demás ha sido adoptada por la inmensa mayoría de las fuerzas políticas”<sup>559</sup>.

Aunque se reconoció la generosidad del gesto, el sentido de la realidad de la decisión, la importancia de estas concesiones para el proceso democrático en España, muchos criticaron la decisión del PCE. Sin embargo, la mayoría de las críticas fueron por la forma, la manera en la que fue tomada la decisión. Una vez más, Azcárate se distinguió por ellas: “probablemente el PCE estaba obligado, en la coyuntura del momento, a aceptar la monarquía. Pero mucho peor que ese cambio de orientación política fue el método empleado por Carrillo. Lo hizo al margen de los órganos encargados de definir la política. De hecho, todos nosotros fuimos en esa etapa tan importante unos peones de juguete. Sobre las decisiones importantes, ya Carrillo había asumido compromisos con Suárez. A nosotros nos tocaba confirmar a posteriori que Carrillo podía tomar los compromisos que convenían, y luego el Comité Ejecutivo y el Central íbamos detrás como corderitos (...). No estoy argumentando contra la aceptación de la Monarquía por

---

<sup>559</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 344.

el PCE en 1978. Juan Carlos I en el trono era un factor necesario para la transición a la democracia. Pero sí creo que *en las formas* cometimos graves errores”<sup>560</sup>.

### 8.3 Las primeras elecciones democráticas

Tras la legalización el PCE podía participar, con mucha expectativa, a las primeras elecciones democráticas. El Partido esperaba repetir las huellas del PCI, postulándose como partido alternativo, soñando con poder contar con el mismo peso político. No obstante, esta expectativa se vio defraudada por los resultados de las elecciones del 15 de junio de 1976, donde el PCE descubrió tener una notable extensión, pero un corto porcentaje. Llenaba plazas de toros, estadios, polideportivos, abarrotados por multitudes, pero no las urnas. En un clima de gran expectativa, el PCE volvía a ser un partido legal tras una larga etapa de satanización y demonización: “os han dicho que éramos el demonio; podéis ver que ni huelo a azufre, ni tengo rabo o pezuñas”<sup>561</sup>.

A demostración del clima de confianza que imperaba, antes de las elecciones el PCE se autoproclamaba “el principal partido de la clase obrera y del pueblo trabajado (...) todo observador objetivo lo reconoce (...). [Por lo tanto] ganar millones de votos para las candidaturas del PCE y su programa es un objetivo real dada nuestra influencia en grandes sectores del pueblo”<sup>562</sup>. El PCE inicio una masiva campaña de movilización electoral, que tuvo bastantes repercusiones y éxitos tanto que El País así comentaba: “el gran apoyo popular en los actos y mítines organizados por el PCE ha sido la nota más dominante de la campaña de los comunistas en este último mes”<sup>563</sup>. No obstante el mismo secretario del PCE, antes de las elecciones, le confesó privadamente a Régis Debray y a Claudín, le dijo: “si me guardáis el secreto, os diré que si obtenemos el 10% de los votos, me daría por contento”<sup>564</sup>. Según Carrillo, la “nuestra línea era: reconciliación nacional, Cortes Constituyentes, democracia, libertades autonómicas, defensa de los trabajadores y derrotar a la derecha que encabezaba Fraga”<sup>565</sup>.

Para Claudín, la campaña electoral del PCE giraba en torno a 5 ejes fundamentales: en primer lugar, se eligió como enemigo principal a Alianza popular, sobreestimando su “capacidad de arrastre social”, temiendo un voto masivo para la formación política de

---

<sup>560</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 147-148.

<sup>561</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 668.

<sup>562</sup> *Mundo Obrero*, 19 de enero de 1977.

<sup>563</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 254.

<sup>564</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 668.

<sup>565</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 666.

Fraga. El segundo eje fue la “neutralidad benevolente hacia el partido de Suárez”, cuya figura fue víctima de pocas críticas y el mismo Carrillo llegó a sugerirle que, en cuanto presidente y candidato, debía actuar como la mujer del César: “No sólo ser honesta, sino parecerlo”<sup>566</sup>. A confirmación de esta actitud positiva y aperturista, se hablaba de la posibilidad –no descartada por Carrillo– de que el PCE pudiera participar en un Gobierno Suárez. En tercer lugar, la relación con el PSOE, frecuentemente atacado por Carrillo al fin de sustituirle como principal partido de izquierda, acusado de estar subordinados a la socialdemocracia alemana y reprochándole una actitud indefinida: “habría que saber si el PSOE está en la izquierda o en el centro”<sup>567</sup>. Frente a las críticas socialistas por la “extrema moderación del PCE”, en una Tribuna en El País, un molesto Carrillo respondía: “Casi se nos acusa de querer ocupar, con fines electoralistas, el espacio político que correspondería a otras fuerzas. ¡Un poco de seriedad, señores! Lo que se denomina ‘moderación’ comunista no es una política que hayamos inventado a última hora para ganar votos. Es una constante de nuestra orientación desde hace muchos años, cuando algunos de los que ahora nos critican no pensaban seguramente en ser candidatos. Ahora todo el mundo habla de reconciliación nacional, de superar la división entre vencedores y vencidos, de enterrar el hacha de la guerra. Pero en 1956, cuando nadie se expresaba así, el Partido Comunista fue el primero en elaborar y lanzar esa política, entre la sorpresa de unos y la irritación de otros que nos acusaban ya entonces de moderación y seguían manteniendo enhiestas las banderas de la guerra civil (...). Pues bien, que creen ellos su auténtico espacio político, haciendo política y no dando bandazos, unas veces a la izquierda, otras a la derecha. Que empiecen a actuar de verdad como partidos políticos serios y responsables. Y si coinciden con nosotros en unas u otras cosas., que lo digan honestamente y no pretendan que les hemos arrebatado lo que por derecho casi divino les pertenecía. En el fondo, dan la impresión de que desearían que los comunistas fuésemos como nos describía la propaganda fascista y no como realmente somos. Lo lamentamos, pero no podemos complacerles. Aquello que se llama ‘moderación’ comunista, no es más que realismo, conocimiento de lo que hoy se puede y se debe hacer, espíritu de responsabilidad por la suerte del país”<sup>568</sup>. El cuarto eje, y el que nos interesa más, era constituido por la defensa y promoción del eurocomunismo. Junto con algunas críticas directas del sistema soviético, el punto

---

<sup>566</sup> *Mundo Obrero*, 6 de mayo de 1977.

<sup>567</sup> *Pueblo*, 13 de mayo de 1977. La frase fue pronunciada en el acto de presentación de los candidatos comunistas por Madrid.

<sup>568</sup> “La ‘moderación’ comunista”, *El País*, 9 de junio de 1977.

crucial de esta estrategia fue la calculada aparición del ya citado libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, publicado en plena campaña electoral.

Y, finalmente, el quinto eje de la campaña electoral del PCE fue la reprendida “moderación”: “destilaba del programa, de la manera de presentarlo al público, del lenguaje, y dio lugar a gestos que chocaron desagradablemente a la izquierda, sin añadir mayor credibilidad al PCE en la derecha: gestos para mostrar ostensiblemente la fidelidad comunista al compromiso contraído respecto a la bandera bicolor y a la monarquía. En los mítines del PCE su servicio de orden interpelaba de modo agresivo y expulsaba, recurriendo a la violencia si se terciaba, a todo grupo que exhibiera banderas republicanas. Y en algunos discursos la cosa llegó al extremo de lanzar críticas unilaterales negativas, contra la II República”<sup>569</sup>. Estos excesos de moderación fueron condenados en un editorial de El País en el que se subrayaba: “El reconocimiento de la bandera bicolor y la aceptación de la forma de Estado, condicionada a su contenido democrático, también son criticadas a la derecha y a la izquierda del PCE. Sin embargo, son opciones razonables. Tal vez el motivo mayor de sorpresa sea la exasperación e insistencia con las que los máximos dirigentes del PCE explican esa decisión. Ciertamente el celo del converso suele llevar a multiplicar inútilmente o a simplificar indebidamente los argumentos. La renuncia a la bandera tricolor no exige sumarlas e injustas condenas de la II República y menos aún identificar a ésta con el Gobierno que, entre noviembre de 1933 y febrero de 1936, hizo la contra-reforma agraria, sofocó el levantamiento de Asturias y encarceló a militantes socialistas (entre otros, al señor Carrillo), comunistas y cenetistas. Tampoco es aceptable que arbolar banderas republicanas, en mítines públicos y abiertos del PCE, dé lugar a tan enérgicas intervenciones del servicio de orden; bastaría con que los oradores advirtieran que esa enseña no compromete a los organizadores del acto. Por último, se echa de menos en las explicaciones la inclusión de una autocrítica de los dirigentes que, antes del 20 de noviembre de 1975, descartaron simplificadora y dogmáticamente la posibilidad histórica y política de que la Corona rompiera las ataduras del franquismo y se convirtiera en el motor del cambio. El grave error de análisis implícito en las desgraciadas declaraciones del señor Carrillo a Oriana Fallaci, en vísperas de la muerte de Franco, sobre la inviabilidad de la salida monárquica, quedará como una prueba más

---

<sup>569</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 257.



de que el método para estudiar la realidad del PCE o es deficiente en sí mismo o está mal aplicado por quienes lo utilizan”<sup>570</sup>.

Previamente a las elecciones, el Partido realizó un enorme esfuerzo, dando vida a una campaña electoral intensa y amplia: “su propaganda electoral ha sido masiva en pintadas, carteles, murales, octavillas. Hasta en el último rincón. Su presencia en toda clase de manifestaciones y marcha se produjo siempre masiva y esencial. Sus actos públicos (...) fueron los primeros y los más numerosos en la provincia y barriadas de la capital (...). A esta organización y despliegue de medios económicos y personales, no respondió proporcionalmente el cuerpo electoral. A pesar de esta puesta en marcha de colosal propaganda con carácter nacional, han podido comprobar, una vez más, que es más fácil llenar las plazas de toros de gente y las calles de banderas y gritos que las urnas de votos”<sup>571</sup>.

Para el PCE, las elecciones tenían gran importancia ya que, entre otras cosas, servían para comprobar el “peso específico político” del partido, moviendo de la idea de que este ya estuviera firmemente instalado en la sociedad civil española. Lamentablemente los resultados no fueron esperanzadores, demostrando la equivocación de los análisis hechos por el partido. Mientras el PSOE volvió a recuperar la hegemonía dentro de la izquierda, los resultados del PCE estuvieron lejos de sus propias expectativas –y de los socialistas. Obtuvo el 9,2% de votos, 20 escaños<sup>572</sup>. El PCE descubría, amargamente, que su peso político era reducido y que tenía que realizar un atento análisis de estos resultados.

No cabe duda que los resultados de las elecciones de 1977 causaron una decepción profunda en todos los comunistas, en los militantes y en el grupo dirigente. Es probable que sea cierto lo que afirmaba Azcárate, que los éxitos del PSOE hacían más sufrida la decepción del PCE: “lo que más le dolió a Carrillo es que el PSOE salía como el gran vencedor en las elecciones. Y que el PSUC, que era parte del PCE pero con actitudes

---

<sup>570</sup> “El viraje del PCE”, *El País*, 26 de mayo de 1977.

<sup>571</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 156.

<sup>572</sup> Ante este porcentaje, merece la pena recordar que el PCI en su primera participación en unas elecciones democráticas, en 1945, alcanzó el 18,97% de votos (4.356.686 votos), que se tradujo en 104 escaños. Por su parte, análogamente, en 1946, el PCF obtuvo el 26,3% de votos, 159 escaños. El dato del PCE resultaba aún más decepcionante si se compara con los porcentajes del PCI y el PCF durante la etapa eurocomunista y de aquellos mismos años: el PCI obtuvo un 34,4% de votos en 1976 y un 30,4% de votos en 1979, mientras, en 1977, el PCF alcanzaba un 20,6% de votos.

independientes y poco disciplinadas, había obtenido el doble de votos que el PCE en conjunto: PSUC, 18,4% frente al 9% del PCE”<sup>573</sup>.

Una decepción aún más grande si tenemos en cuenta la diferente actitud del PCE y el PSOE durante la etapa franquista, la diferencia entre quienes combatieron el franquismo y quienes permanecieron pasivos durante la dictadura, considerando que “precisamente los sectores que no han luchado contra el franquismo, que han sido pasivos ayer, pero que hoy votan”: “Las elecciones no han reflejado en nada lo que habían sido los caminos respectivos en la larga noche del franquismo. La lucha, el heroísmo, los sacrificios de los comunistas no se traducen en votos. En los marcos amplios y heterogéneos de la oposición democrática, el PCE tenía un lugar privilegiado como expresión de una lucha larga y ejemplar en muchos aspectos. Pero las elecciones son decididas por una población inmensa, que no ha participado en política durante 40 años, sobre la que pesa una ideología reaccionaria, religiosa, conservadora y la memoria histórica que permanece, transmitida de padre a hijo, asocia democracia y progreso sobre todo al PSOE, el gran partido de la izquierda de la etapa republicana de 1931-1936”<sup>574</sup>.

¿Por qué muchos de izquierda votaron PSOE? El PCE comentaba que los electores de izquierda consideraban el voto a los socialistas como “un voto prudente”. En Nuestra Bandera, se argumentaba que “el PSOE aparecía más “respetable”, tenía una actividad de partido legal durante más de un año y medio, había podido celebrar un congreso con la participación de jefes de gobierno y personalidades de Europa (...) el PSOE aparecía como un partido obrero de izquierdas, pero a la vez apoyado por los gobiernos de Europa Occidental y aceptado por el Gobierno y las instituciones del Estado español, mientras que el Partido Comunista había sido objeto de toda clase de discriminaciones que le presentaban todavía como una opción ‘extremista’”<sup>575</sup>.

El mismo Azcárate aclaraba que “para muchas personas con simpatías hacia los comunistas, el voto al PSOE aparecía más útil, más eficaz para lograr cambios concretos, rápidos, en su situación, mejoras en sus condiciones de vida, sobre todo en la angustiosa situación de crisis económica, carestía galopante y paro obrero que existe en el país”. Y, acerca de la desproporción de votos entre PSOE y PCE, afirmaba: “Creemos que, en gran parte, factores coyunturales han determinados muchos de los votos que se han volcado en favor del PSOE. Deducir de ahí que esa votación es un hecho efímero

---

<sup>573</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 160.

<sup>574</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 276-277.

<sup>575</sup> Nace una democracia, de Manuel Azcárate, en *Nuestra Bandera*, número 87, pág. 5-7.

sería una conclusión completamente errónea. Pero a la vez opinamos que la proporción establecida en las elecciones del 15 de junio entre los votos recibidos por el PSOE y otros partidos obreros, concretamente el PCE, tiene bastante fluidez, y muy probablemente se modificará en las futuras luchas electorales”<sup>576</sup>, anunciando “una discusión lógica en las filas del partido comunista sobre cómo valorar los votos que hemos obtenido”. “La limitación de nuestros votos dimana de que todavía ha pesado sobre una gran parte de la opinión española la imagen de un partido que, si bien preconiza ahora una vía democrática, puede en cualquier momento cambiar e imponer un sistema dictatorial parecido al que hoy existe en la Unión Soviética”.

¿Cómo explicar estos resultados? Era evidente que el partido tenía que empezar una fase de autocrítica, cuestionando sus propias responsabilidades. Sin embargo, el diagnóstico que ofreció el partido pecaba de dos errores, consecuencia del excesivo optimismo y de la voluntad de “evitar” que el partido se hundiera aún más. Por eso, por un lado, se subrayaba que comparativamente, el partido había obtenido un resultado mejor que la extrema derecha, que Alianza Popular: se trataba de interpretarlo como algo positivo ya que demostraba “la inclinación hacia la izquierda” de los españoles, tanto que Carrillo calificó el resultado electoral “de francamente positivo para las fuerzas democráticas y de izquierdas”<sup>577</sup>. Por otro lado, se intentaba demostrar que una línea más radical hubiera llevado a un peor resultado electoral y que, por lo tanto, la línea moderada sostenida por el partido resultaba positiva, le daba un resultado esperanzador.

Sin embargo, varios factores pueden explicar este resultado: en primer lugar, el ya citado temor, ya que tal y como escribía en Nuestra Bandera, “el miedo fue un freno directo al voto comunista”. Además el PCE contó con una campaña electoral más corta que otros partidos, ya que empezó con retraso debido a la tardía legalización del partido: “En pocas semanas tenía que deshacer una propaganda de cuarenta años que había imputado a los comunistas todos los pecados imaginables”<sup>578</sup>. En segundo lugar, dentro del mismo PCE, algunos atribuían sus decepcionantes resultados electorales al peso de la imagen autoritaria y filo soviética que la propaganda anticomunista seguía promoviendo, intentado demostrar la existencia de un fuerte vínculo de dependencia con Moscú<sup>579</sup>. En

---

<sup>576</sup> Editorial de *Nuestra Bandera*, número 87.

<sup>577</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 260

<sup>578</sup> “Nace una democracia”, de Manuel Azcárate, en *Nuestra Bandera*, número 87, pág. 5-7.

<sup>579</sup> El editorial de *Mundo Obrero*, número 25, del 22 de junio de 1977, p 3.

tercer lugar, algunos interpretaron el resultado como consecuencia de la disminución de la política de presión del PCE, acusándole de representar una “oposición más blanda, difuminada” que el PSOE. Se cuestionaba el exceso de moderación del que hablamos anteriormente. Y, por último, la imagen del Partido seguía ligada no sólo a la lucha antifranquista sino también a la guerra civil. El PCE presentaba candidatos y cabeceras electorales ligadas a un pasado que parte de la sociedad civil española quería enterrar, olvidar. Para muchos, el error del PCE fue presentar, para el futuro, figuras demasiado relacionadas a un pasado por muchos aspectos nefastos, sin proceder a una renovación del partido, tanto que “era creencia general que si en vez de desenterrar las viejas figuras de la guerra pasada hubieran sido los Tamames y Camacho las cabezas visibles de la campaña, ésta hubiera podido romper el círculo de recuerdos ingratos e incompatibilidades que delimitaban el entorno del partido a los meros afiliados y hubiera podido nutrirse en abundancia de este sector, superior al 20%, de electores vacilantes de última hora que, finalmente, votaron su rechace al pasado, acreciendo con sus votos en turbión al PSOE”<sup>580</sup>.

El resultado de las elecciones dejaba claro que el espacio político del PCE era mucho más reducido de lo que esperaba y que sus expectativas dejaban presagiar. Eso determinó tensiones internas y frustraciones de expectativas. El Partido tenía que reflexionar y cuestionarse, preguntándose: ¿qué hacer? ¿Endurecimiento o más concesiones? El PCE se encontraba frente a un *aut aut*, un dilema: podía abogar por un “giro a la izquierda”, no sólo en su discurso como en la práctica, intentado mostrar nuevamente una actitud de “ruptura” más que “reforma”; o insistir –e incluso acentuar– su política de concesiones y consenso, buscando un mayor entendimiento con la UCD de Suárez al fin de aislar el PSOE. Así que, la consecuencia de la gran frustración en el PCE por el resultado electoral fue una aplicación particularmente derechista del eurocomunismo, decidiendo situarse en posiciones más moderadas que el PSOE. En este dilema, el Partido decidió profundizar la “línea moderada”, asumiendo incluso una tendencia derechista, que, para muchos, perjudicó del todo al proyecto eurocomunista: “aún más grave fue otra consecuencia (de la derrota electoral) para el PCE: para aumentar nuestra influencia electoral debíamos inclinarnos hacia la derecha. Con los pasos a la derecha que ya habíamos dado, el flirt con Suárez para alcanzar la legalización, ahora la conclusión que Carrillo sacaba de las elecciones era la necesidad

---

<sup>580</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 149.

de acentuar esa orientación. Fue un gravísimo error, porque nos íbamos alejando de algunas señas de identidad que eran consustanciales a nuestra razón de ser”<sup>581</sup>.

Las reflexiones sobre los resultados electorales fueron presentadas por el secretario del PCE en el Comité Central que se celebró el 25 y 26 de junio. A pesar del gran trauma, el Informe se preocupaba de “disimularlo”, tanto que Carrillo “se esforzó, en primer término, por minimizar el descalabro. Al fin y al cabo, era un ‘resultado honroso’, ‘un poco inferior al que preveíamos en las últimas jornadas de la campaña electoral’ (...). Carrillo no sólo no procede a un análisis crítico de la política del partido bajo el franquismo, sino que declara, con su característico aplomo: ‘Nuestra previsión política se ha confirmado en sus líneas generales, aunque no en el detalle’”<sup>582</sup>. Esas palabras, aceptadas por la unanimidad por el grupo dirigente<sup>583</sup>, demostraban la falta de un severo análisis crítico por parte del partido. Era necesario profundizar la reflexión entrono a los resultados electorales, a las causas y a la futura estrategia. El PCE prefirió mirar optimistamente al resultado. Incluso en el IX Congreso, unos meses más tarde, seguía considerando que: “Para los comunistas, que tan difícilmente conquistamos nuestra presencia en las elecciones y con todos los condicionamientos históricos y actuales gravando sobre sí, el 9,24% conseguido en estas primeras elecciones democráticas constituye una importante base de partida para futuras confrontaciones electorales, en las cuales hemos de ganar la confianza de amplios sectores de nuestra sociedad. En todo caso, la votación obtenida por el PCE, el PSOE y otros partidos progresistas confirma la viabilidad de nuestras tesis sobre el avance democrático del socialismo, al tiempo que establece una presencia notable en la vida pública española de la izquierda en general y del PCE en particular”<sup>584</sup>. El PCE seguía mostrando una inquebrantable fe en el inevitable avance hacia el socialismo, creyendo que, en razón de ello, era lícito cualquier tipo de viraje, cambios de líneas política o estrategia. Sin embargo, dentro del partido se gestaban nuevos malestares y se abría el terreno a una crisis más profunda –y nefasta por la vida del partido- que las otras que se habían vivido durante la

---

<sup>581</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 161.

<sup>582</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 261-262.

<sup>583</sup> “Pero ese análisis crítico no lo hace el secretario general en junio de 1977, ni lo hará nunca. Sería tanto como abrir la caja de Pandora del PCE. Tampoco lo hizo entonces ninguno de los cuadros dirigentes. Las explicaciones del secretario general fueron aceptadas unánimemente”. Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 261.

<sup>584</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 348.

clandestinidad. Había diferentes posturas y respuestas frente al impacto decepcionante de unos resultados tan desmoralizadores. De hecho, tal y como explicaba Azcárate, el escaso resultado de las elecciones de junio, además de causar una gran decepción y una frustración profunda, desembocaron en las tres actitudes que se vieron claramente en el IX Congreso del PCE: 1. Por un lado, la tendencia llamada del electoralismo: “era la reacción al fracaso electoral. La conquista de votos se convirtió en obsesión dominante, en criterio casi único de las decisiones políticas; 2. Por otro, el obrerismo: “nacía del cálculo, algo simplista, de que era prioritario recuperar los votos obreros de los afiliados del sindicato Comisiones Obreras”; 3. Y finalmente, el derechismo (o súper-derechismo): esta tendencia me parece la más interesante y se plasmó en un “acercamiento al partido centrista (UCD) de Adolfo Suárez con la idea de cortocircuitar a los socialistas y de ejercer de esa forma, un papel indirecto en la dirección del país (...). [Esta idea] tenía el mérito de asentar la democracia, pero de otro dañaba intereses prioritarios, económicos y sociales de las masas. Surgía un nuevo motivo de decepción o perplejidad para muchos comunistas”<sup>585</sup>.

Y la misma militancia empezaba a sentirse frustrada, viendo que su sacrificio y sus expectativas no habían dado los resultados esperados: ni ruptura democrática, ni revolución política y ni siquiera éxito electoral. Los objetivos-sueños de la clandestinidad se derrumban chocando contra una realidad que mostraba que el PCE no era la fuerza hegemónica de la izquierda.

#### **8.4 Los Pactos de la Moncloa, la Constitución de 1978 y el IX Congreso**

Frente a los resultados decepcionantes, la nueva línea política que el PCE decidió adoptar fue la llamada de “concentración democrática”, aprobada en el Comité Central del 25 y 26 de julio de 1977, y presentada como lógica continuación del pacto para la libertad. El objetivo era el mismo: acrecentar el peso político del partido y, a la vez, obtener mayor credibilidad democrática. Por eso, se proponía nuevamente un amplio consenso, la creación de un pacto entre las principales fuerzas políticas del país para democratizar los aparatos del Estados, elaborar una Constitución democráticas y ofrecer una respuesta conjunta a la grave crisis económica. El PCE seguía abogando por el consenso, la creación de un gobierno de “concentración democrática” capaz de enfrentarse a los desafíos que el nuevo Estado planteaba y de defenderse del peligro

---

<sup>585</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 282-283.

involucionista. Aún así, guardaba la esperanza de recuperar los votos –y el espacio político- perdido a daño del PSOE.

Ejemplo de esta “voluntad pactista” fue la firma de los Pactos de la Moncloa, episodio que suscitó ásperas polémicas en el seno del PCE. Los Pactos fueron firmados con el objetivo de solucionar la crisis económica que achacaba el país. Brevemente, podemos afirmar que por un lado el Gobierno obtenía la posibilidad de congelar los salarios, aumentar la presión fiscal y reducir el gasto público. Por su parte, a cambio, se comprometía a realizar cambios en la educación y en la Seguridad social, a realizar una improrrogable reforma fiscal y del sistema financiero nacional, a llevar a cabo unas urgentes reformas políticas.

Para el PCE, se trataba de una importante ocasión político-económica: por un lado, se interpretó como la posibilidad de alcanzar un pacto político con trascendencia económica y que representase el punto de partido del futuro gobierno democrático de concentración; por otro lado, ofrecía al partido la posibilidad de acercarse a Suárez al fin de aislar a los socialistas. El PCE soñaba de jugar un papel más importante de aquel que los resultados electorales le daban, esperaba poder incidir en la transición de forma decidida a pesar de contar con poco más que un 9 por ciento de votos.

Sin embargo, para el Gobierno de Suárez se trataba más bien de un plan económico necesario para garantizar la paz social en vista de grandes recortes y posibles medidas impopulares.

Paradójicamente, el PCE se convirtió en el paladín de estos pactos, presentándolos como una victoria de sus propuestas: “jalón trascendental”, en palabras de Tamames al terminar la primera reunión de la Moncloa o “viraje total de la situación política española” según Pilar Brabo. El PCE se esforzó en mostrarlos como “la salida de la crisis” no sólo económica como política.

A pesar de reconocer los sacrificios impuestos por el Pacto, el PCE defendía: en primer lugar, que estos recogían las condiciones mínimas planteadas por los comunistas del Congreso y por lo tanto: “Los acuerdos de la Moncloa representan un éxito para la política de concentración democrática nacional propugnada por el Partido Comunista”<sup>586</sup>.

En segundo lugar, lo interpretaban como “el mal menor”, un esfuerzo necesario para limitar “los daños de la crisis”, llegando a afirmar que “el trabajador es consciente de

---

<sup>586</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 353.

que lo más valioso actualmente es la conservación y ampliación de los puestos de trabajo y de que para lograr eso es inevitable aceptar algunos sacrificios, porque de lo contrario, pese a no ser los trabajadores responsables de la crisis, la propia lógica capitalista de la economía española conduciría a un agravamiento acelerado de la crisis que propiciaría una involución política y que obligaría a que los sacrificios, en un plazo muy breve, hubieran de ser considerablemente mayores a los hoy preciso”<sup>587</sup>. A tal propósito el partido advertía que “entre los trabajadores se está abriendo paso la idea de que la lucha de clases tiene que adoptar hoy formas distintas de las que tuvo bajo la dictadura. Ya no se trata sólo de conseguir el mayor salario posible de unas empresas que se beneficiaban de los privilegios del anterior régimen”<sup>588</sup>: para el PCE, la movilización de los trabajadores de la calle se transformaba en una lucha en las instituciones “en los órganos de poder político, económico y social del país” para obtener más cuotas de poder.

En tercer lugar, desde el punto de vista político, el PCE destacaba la necesidad de apoyar este Pacto para la consolidación de la democracia, poniendo de manifiesto una actitud moderada y responsable a la vez.

Tal y como afirmó Carrillo en una entrevista a Nuestra Bandera, para el PCE, los Pactos de la Moncloa representaban “la cristalización de esa convergencia de que hemos hablado cuando nos hemos referido en otros momentos al *Pacto para la Libertad*” añadiendo que “en los Acuerdos de la Moncloa están previstos cambios que pueden ser considerados como estructurales y punto de partida para, avanzando en esa dirección, crear las condiciones para el advenimiento de una democracia político-económica”<sup>589</sup>. En la misma entrevista, ante las posibles críticas provenientes desde la izquierda, el secretario del PCE recordaba la importancia de estos Pactos para la consolidación de la democracia, considerando que “la democracia es el camino hacia el socialismo”.

Los pactos de la Moncloa fueron presentados con euforia: “con el Pacto de la Moncloa se logró no sólo un proyecto con visos de viabilidad para superar la crisis, sino que además se consiguió, cuando aún no habían pasado cinco meses de las elecciones, la aceptación general de una buena parte de las aspiraciones contenidas en los programas

---

<sup>587</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 358.

<sup>588</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 358.

<sup>589</sup> La Moncloa, el “Eurocomunismo”, el Partido..., entrevista a Santiago Carrillo, *Nuestra Bandera*, número 90.



electorales de la izquierda”<sup>590</sup>. Sin embargo, duró poco y, a medida que pasaba el tiempo, en el PCE iba cundiendo el escepticismo y la consciencia de que el Pacto podía conllevar más efectos negativos (desconfianza y malestar de la base, de la clase trabajadora quien finalmente cargó con la crisis) que beneficios. Sobre todo si se considera que “a los dos años de los Pactos de la Moncloa era imprescindible reconocer que, en su casi totalidad, no habían sido cumplidos”<sup>591</sup>. Los pactos fracasaron por causas exógenas al PCE (la resistencia de UCD en cumplir los acuerdos, la resistencia de la oligarquía española, la oposición de los sindicatos y de las formaciones más a la izquierda del Partido) y endógenas, como la incapacidad a explicar a la militancia tantos sacrificios, el poco convencimiento del grupo dirigente y de gran parte del partido de la necesidad de este acuerdo. A pesar de eso, el PCE defendió los Pactos y su necesidad, afirmando que su fracaso fue debido al mayor poder de las fuerzas adversas al mismo. No obstante, la frustración por el incumplimiento de los Pactos contribuyó en buena medida al fracaso del proyecto político del Eurocomunismo, ya que puso de manifiesto la impotencia y el error de la excesiva moderación del Partido. La aceptación de este Pacto se consideró como un nuevo ejemplo del abandono de la lucha, de excesivo cálculo, producto de una estrategia –eurocomunista– excesivamente moderada y poco combativa.

La Constitución de 1978 representa otro ejemplo de la política de Consenso del PCE, mostrando como el Partido seguía considerando necesaria la consolidación de la democracia para, sucesivamente, poder avanzar en el camino hacia el socialismo.

Como afirmaba Jordi Sole Turá, representante comunista en la elaboración de la Constitución, “el primer objetivo nuestro ha sido el contribuir a hacer una Constitución que consolide la precaria democracia actual y que permita abordar con éxito la doble tarea antes comentada: acabar de dismantelar el franquismo y realizar la reforma democrática de los aparatos del Estado”, explicando la necesidad de una democracia fuerte para poder avanzar hacia el socialismo: “El socialismo en la democracia y la revolución de la mayoría implican la conquista de una auténtica democracia formal y la posibilidad que desde esta democracia es posible avanzar, con la movilización activa de la mayoría, hacia cambios sociales, económicos y políticos en profundidad que configuren lo que en nuestros programas denominamos la democracia política y

---

<sup>590</sup> “*Proyecto de Propuestas Políticas y de Estatutos al IX Congreso del Partido Comunista de España*”, 1978.

<sup>591</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 91.

social”<sup>592</sup>. La participación del PCE en la elaboración de la Constitución estaba motivada por la voluntad de evitar una “deriva derechista” de la misma y garantizar, a la vez, el reconocimiento de cualquier partido democrático. Asimismo, el PCE deseaba la aprobación de una Constitución flexible y abierta, considerándola, cara al futuro, como un marco en el que actuar para la transformación socialista de la sociedad española: un texto que pudiera permitir avanzar hacia el socialismo *constitucionalmente*. El mismo Carrillo, en el Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1978, en la Comisión Constitucional del Congreso, subrayaba el apoyo del partido a la misma en cuanto recogía “una serie de principios democráticos fundamentales”, conteniendo, a pesar de su carácter conservador “el mérito de no cerrar las puertas a los cambios estructurales, de no declarar, en definitiva, inconstitucionales, los cambios sociales que mañana podría reclamar la soberanía popular. Por eso nosotros no vemos en el proyecto de Constitución ningún obstáculo fundamental a la realización de nuestros ideales”<sup>593</sup>.

Obviamente, uno de los puntos críticos era la aceptación de la Monarquía por Constitución del PCE: al igual que en ocasión de la legalización, Carrillo reiteró que “mientras la Monarquía respete la Constitución y la soberanía popular nosotros respetaremos la Monarquía”<sup>594</sup>.

En el IX Congreso, el PCE decidió abandonar al leninismo como fundamento teórico del partido: la decisión generó un fuerte malestar y un intenso debate. Además fue tomada de forma unilateral por Carrillo y anunciada a la prensa durante su “gira” por los Estados Unidos, sin un debate teórico previo. La precipitación con la que fue tomada y la falta de una atenta reflexión sobre sus consecuencias demostraron que se trató de una decisión propagandística, con finalidades electorales, continuando la labor de ofrecer una imagen moderada del PCE, más que el resultado de un profundo proceso teórico-político, de ruptura y renovación del partido: “era una ayuda considerable para dar a los comunistas, en la vida política española, una imagen nueva, menos dogmática, menos intolerante, más flexible y abierta a las realidades contemporáneas”<sup>595</sup>.

El Congreso fue anticipado por la discusión en torno a la supresión del leninismo en la definición del partido. Se trataba de una decisión importante que fue precedida por dos polémicos acontecimientos: la Conferencia de Santiago Carrillo sobre el

---

<sup>592</sup> Jordi Solé Tura, “La Constitución y la lucha por el socialismo”, *Nous Horizons*, número 40, febrero de 1978, págs. 11-12.

<sup>593</sup> Santiago Carrillo, *El año de la Constitución*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978, pág. 66-68.

<sup>594</sup> Santiago Carrillo, *El año de la Constitución*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978, pág. 71.

<sup>595</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 58-59.

eurocomunismo (27 de octubre de 1977) en el Club Siglo XXI, presentado por Fraga Iribarne como “este señor es un comunista de tomo y lomo”; y el más importante viaje del secretario del PCE a Estados Unidos, invitados por varias universidades norteamericanas. En esta ocasión, dos declaraciones del Carrillo provocaron desconciertos y polémicas: por un lado, al igual que Berlinguer, el secretario del PCE, a pesar de rechazar la presencia de las bases norteamericanas en España, confirmó su aceptación hasta que “continúen las bases soviéticas en el Este de Europa”, respondiendo a una lógica de bloques; y sin consultar la dirección del partido, Carrillo anunció la decisión de abandonar el leninismo en el próximo Congreso. Se trató de una declaración que sorprendió los mismos miembros del Comité Ejecutivo, tratándose de “unas declaraciones de Carrillo a la prensa, sin una discusión previa. Luego, tuvimos todos que luchar para convertir esas declaraciones personales de Carrillo en posición oficial del partido. De hecho, la operación se presentó como un gesto de fachada encaminado a obtener ciertas ventajas políticas coyunturales en la etapa de la transición democrática”<sup>596</sup>. El abandono fue formal con la aprobación de la Tesis XV del IX Congreso. La línea argumental de Carrillo para justificar una decisión de tanto calado fue, por un lado, que no significa la renuncia a los orígenes del Partido (la revolución de Octubre) ni al espíritu del leninismo y la utilización del método marxista; por otro, se subrayaba el anacronismo de alguna idea de Lenin y la peligrosidad de “transformar la guerra imperialista en guerra civil”. Asimismo, Carrillo rechazaba públicamente la dictadura del proletariado, ya que “nosotros consideramos superada esta tesis en lo que se refiere a los países en los que actuamos”<sup>597</sup>. Y añadía que el abandono del leninismo era una “consecuencia” de la trayectoria del Partido en los últimos años, la Política de Reconciliación Nacional, subrayando que “La PRN no tiene nada que ver con Lenin y Lenin la condenó, y tenía razón cuando la condenó en su época (...). Creo que la política de reconciliación nacional fue una ruptura radical con la letra y la concepción que en una época Lenin explicó, defendió y que entonces, en su caso, eran completamente justas”<sup>598</sup>.

Sin embargo, la decisión de abandonar el leninismo fue muy criticada, sobre todo porque se consideró como una elección pragmática, fruto de una maniobra táctico-

---

<sup>596</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 59.

<sup>597</sup> “La definición del partido. El marxismo revolucionario hoy”, de Santiago Carrillo, en *Mundo Obrero*, 26 de enero/ 1 de febrero de 1978.

<sup>598</sup> “La unidad del movimiento obrero. Indispensable para la revolución en Occidente”, de Santiago Carrillo, *Mundo Obrero*, de 26 de enero-1 de febrero de 1978.

electoralista y, cosa más grave, tomada sin un profundo debate teórico. Una vez más Azcárate afirmaba que el abandono del leninismo podía realizarse: “como una operación de fachada, con fines políticos e incluso electorales; o considerado como un proceso teórico y político largo, profundo, de ruptura histórica, de reeducación y renovación del partido”<sup>599</sup>. Para el ex miembro del Comité Ejecutivo, se realizó de la primera manera, sin llegar al fondo en la eliminación del leninismo, ya que esto implicaba “cambiar el partido, basado en el carisma del líder, en los argumentos de autoridad” y una reflexiones profundas, dejado “de invocar el leninismo como argumento de autoridad”. Pero como afirmaba el mismo Azcárate, incluso en Eurocomunismo y Estado, Carrillo “no desborda en ningún momento el marco teórico leninista estricto”<sup>600</sup>, confirmando la acusación de que se trataba de una cuestión puramente semántica.

Además se acusaba a la dirección del PCE de renunciar al modelo socialista sin anteriormente haber propuesto un modelo alternativo. La militancia la interpretó como una decisión “tomada desde arriba”, sin discusión previa ni profunda. Abandonar el leninismo implicaba una reflexión sobre el partido, su concepción, su funcionamiento: se trataba de emprender una autocrítica y una reflexión, tras un debate político interno, sobre lo que esto implicaba.

El abandono del leninismo provocó la grave crisis del PCUS, crisis que se extendió a todo el partido, provocando graves consecuencias en el PCE y que analizaremos a continuación.

En el 15 capítulo, el IX Congreso recogió el abandono del leninismo afirmando: “El Partido Comunista de España es un partido marxista, revolucionario y democrático, que se inspira en las teorías del desarrollo social elaboradas por los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, y en su método de análisis. En el Partido Comunista de España, la aportación leninista, en todo cuanto sigue siendo válida, está integrada, como la de otros grandes revolucionarios, pero sobre la base de que hoy no cabe mantener la idea restrictiva de que ‘el leninismo es el marxismo de nuestra época’”. Añadiendo sus señas de identidad: “Nos consideramos herederos de quienes, en las difíciles condiciones de la Rusia de 1917, supieron dirigir la primera revolución

---

<sup>599</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 60-61.

<sup>600</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 62.

socialista del mundo, que abrió un proceso revolucionario mundial en el que nos hallamos”<sup>601</sup>.

El IX Congreso, el primero legal tras aquel de Sevilla de 1932, se celebró del 19 al 23 de abril de 1978 y aunque procedió a modificar los estatutos, pasó a la historia por el abandono del leninismo. Los acuerdos tomados en este estaban divididos en cuatro grupos: la posición del partido respecto a la transición democrática; la democracia política y social y las señas de identidad del partido con el abandono del leninismo; resoluciones sobre políticas sectoriales; y finalmente la aprobación de nuevos Estatutos. En el texto se subrayaba que “el esfuerzo del Partido Comunista por conquistar la libertad, la democracia, como valores ya irrenunciables de nuestro pueblo y cuyo desarrollo será mayor en la medida en que nos acerquemos hacia el socialismo, es el esfuerzo por conseguir que la lucha de clases avance por cauces de libertad y democracia”<sup>602</sup>.

A pesar de reconocer el fracaso de la política elaborada por el partido para el paso la democracia, el PCE defendía su postura, como responsable, reconocía su contribución al proceso de transformación pacífico del país. Asimismo se defendía la vía eurocomunista del PCE, afirmando que “la democracia favorece la conquista de la hegemonía por la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura y dificulta notablemente la aplicación de la política del gran capital. Desde el momento en que la democracia favorece el juego real de las fuerzas sociales y políticas, aparece la incapacidad de las fórmulas oligárquicas para dar una solución satisfactoria a los intereses de las clases y capas que constituyen la gran mayoría de la sociedad. Una política marxista, consecuente, partiendo de esta constatación, debe tender a situar a esas clases y capas en posiciones de poder que permitan contrarrestar las posiciones aún hegemónicas de la oligarquía. De ahí la política de concentración nacional, de ahí el sentido de la intervención del P.C.E. en los acuerdos de la Moncloa, tendiendo a asegurar un peso mayor de las fuerzas del trabajo y de la cultura sobre el control de los resortes económicos y a garantizar una política progresista que resuelva los problemas del país. La actividad parlamentaria del P.C.E. se ha enfocado también en el sentido de asegurar el predominio de la política de

---

<sup>601</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 422.

<sup>602</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 347.

concentración democrática. Al mismo tiempo, esta política era la única que podía ordenar el caos y la inoperancia en que corría el riesgo de sumergirse el Parlamento”<sup>603</sup>. La defensa de la estrategia eurocomunista, de la política del consenso, de la actitud moderada del PCE servía para evitar el riesgo de un bipartidismo con consecuente marginación del Partido. El PCE eurocomunista deseaba jugar un papel político mayor, acrecentar su peso electoral y modificar la correlación de fuerzas existentes en la izquierda española.

### **8.5 El V Congreso del PSUC**

Las diferencias en el PCE entre diferentes posturas se hacía cada vez más profundas y estaban relacionadas a las relaciones con la Unión Soviética. Es decir que los acontecimientos internacionales provocados por la URSS marcaban la línea evolutiva del partido, generando diferentes posturas dentro del mismo entre quien criticaba la acción política del gigante soviético y cuantos reclamaban un retorno a una postura más dogmática, cercana a sus señas de identidad originarias. Dos eventos resultaron fundamentales: por un lado la invasión de Afganistán, que en principio fue condenada abiertamente por el Comité Central del PCE, que, al mismo tiempo, invitaba las tropas soviéticas a la retirada; el golpe de Estado del general Jaruzelski en Polonia.

El primero de estos episodios cubrió gran importancia ya que puso de manifiesto las diferencias dentro del partido entre quien, como el secretario general, consideraban que la acción soviética perjudicaba la “común causa socialista” y exacerbaría las relaciones con el imperialismo norteamericano y cuantos defendían la acción soviética, reconociendo que su intervención era la respuesta a una petición de auxilio de la revolución en Afganistán.

Relativamente a nuestro tema de estudio, la invasión de Afganistán tuvo repercusiones en el desarrollo de la estrategia eurocomunista, contribuyendo a exacerbar las diferencias dentro del partido entre el bando eurocomunista y el dogmático, que defendía la actuación soviética y que, a partir de esta disputa, también se conocerá como el “afgano”. Sus tesis y la justificación de su posición serán las de los pro-soviéticos en el V Congreso del PSUC, del que hablaremos a continuación.

Un nuevo distanciamiento con los soviéticos se produjo tras el golpe de Estado del general Jaruzelski en Polonia, el 13 de diciembre de 1981, y que terminaba con un

---

<sup>603</sup> *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978, pág. 350.

nuevo intento de reforma de un régimen del socialismo real. El PCE condenó el golpe, asumiendo una postura crítica análoga a la del PCI, partido que reflexionó amargamente sobre estos acontecimientos. Los italianos consideraban que este episodio demostraba la dificultad de construir el socialismo en las sociedades de Europa oriental, el error reiterado de intentar exportar y extender el modelo soviético a pesar de sus limitaciones. A pesar de reconocer que “esta fase del desarrollo del socialismo que comenzó con la revolución de octubre ha acabado su fuerza propulsora”, el PCI invitaba a superar el modelo soviético, a buscar otros caminos, teniendo en cuenta que “el modelo adoptado en la Unión Soviética y trasvasado a los países del este es irrepetible, e inaceptable la separación entre socialismo y democracia”<sup>604</sup>.

El PCE compartía esta visión, considerando, además que este acontecimiento, unido a la invasión de Afganistán, restaban credibilidad al proyecto comunista, poniendo en tela de juicio la autoridad moral y política del entero movimiento. Como el PCI, el Partido Comunista de España consideraba que estos episodios certificaban el “fracaso y agotamiento del modelo soviético de sistema político y económico tal como fue estructurado bajo la dirección de Stalin en unas condiciones históricas determinadas”, añadiendo que “el modelo soviético no sirve ya hoy y menos en los países desarrollados, que ha cubierto un ciclo, que ya no es un polo de atracción para las grandes masas del mundo”<sup>605</sup>.

Sin embargo, seguía presente la ambigüedad característica del Partido en esta fase: si por un lado se reafirmaba la necesidad del eurocomunismo como tercera vía, como camino viable entre la socialdemocracia y el modelo soviético, por otro lado, no se procedía a una ruptura con la URSS. No obstante, la dirección del PCE no quería –ni quiso– dar este paso consciente del fuerte “pro-sovietismo” de la base, de la señas de identidad de gran parte de la militancia, ligada a la revolución de octubre y a la Unión Soviética.

Estas tensiones internas mostraban diferentes posturas: por un lado, aquellos que propugnaban una mayor profundización del eurocomunismo, con consecuente democratización de la vida del partido; por otro lado, los críticos de este proyecto, frustrados por los resultados electorales y la grave crisis socio-económica que vivía el país; entre ellos, se situaban el secretario general y el grupo dirigente, favorable al eurocomunismo pero no de forma incondicionada. Las tensiones iban aumentando

---

<sup>604</sup> *Resolución del PCI sobre los hechos de Polonia*, en *Mundo Obrero*, número 158, 1-7 de enero 1982.

<sup>605</sup> *Mundo Obrero*, número 159, 8-14 de enero de 1982.

mientras emergía una tendencia-tentación por los PC de cada comunidad a una mayor descentralización e independencia de la línea dictada desde Madrid.

Se trató de un malestar que iba creciendo y tocó su punto más alto en el caso del PSUC: el Partit Socialista Unificat de Catalunya representaba un partido orgánicamente independiente del PCE, aunque participaba en sus Congresos y órganos de decisión. Sin embargo, las relaciones entre los dos<sup>606</sup> fueron deteriorándose con el tiempo y el ápice de esta crisis fue con motivo del IX Congreso del PCE y el abandono del leninismo.

El desacuerdo fue máximo en ocasión del V Congreso del PSUC, celebrado entre los días 3 y 19 de octubre de 1980: los puntos más espinosos eran las conclusiones del IX Congreso, los temas internacionales y la valoración de la transición española. Mientras Carrillo, recurriendo a su carácter autoritario, deseaba poner el PSUC frente a un bivio, un dentro (aceptando las decisiones del PCE) o fuera (pasando a ser dos partidos separados), el PSUC avanzó claramente algunos problemas como el futuro de la política eurocomunista o la falta de una acción colectiva y colegial en la dirección del Partido Comunista de España.

En el PSUC, había diferentes posiciones: por un lado estaban los llamados banderas blancas, eurocomunistas o eurorrenovadores, como Jordi Solé Tura o Jordi Borja, a favor de una renovación del eurocomunismo; por otro lado, estaban los prosoviéticos, también conocidos como dogmáticos, sectarios o afganos, favorables a un retorno a las señas de identidad tradicionales –entre ellos Joseph Serradell y Pere Ardiaca; y finalmente, los leninistas, los conciliadores o oficialistas desde una posición más centrista, como Francisco Frutos, Manuel Vázquez Montalbán y José Luis López Bulla. No se trataba de la primera divergencia dentro del PCE: a lo largo de su historia, se han sucedido escisiones y expulsiones. Sin embargo, esta parecía más grave y profunda, alimentada por la decepción electoral y el cuestionamiento del proyecto eurocomunista. En este contexto, el Congreso del PSUC cubrió gran importancia ya que significó el abandono formal del eurocomunismo en Cataluña y una grave crisis de esta orientación – y del PCE en general. De hecho, Santiago Carrillo responsabilizó el PSUC de la grave crisis del PCE, considerado equivocada la interpretación que este partido hacía del eurocomunismo: “En vez de la crítica y la lucha abierta contra las posiciones sectarias

---

<sup>606</sup> Las relaciones entre el PCE y PSUC se tratarán de forma muy breve debido a la complejidad del tema y la amplitud de la bibliografía sobre el mismo. Las divergencias entre ellos merecerían un estudio aparte. Detenernos demasiado sobre ello comportaría un distanciamiento del foco de interés de este trabajo. Sin embargo, resulta necesario referirse a estas relaciones ya que determinaron el futuro del eurocomunismo y del PCE en general.



se hacían concesiones al ‘izquierdismo’ derivando el enfrentamiento de éste hacia el PCE y pensando que podía mantenerse la ficticia unidad del PSUC a costa del debilitamiento del prestigio político del PCE (...); en el PSUC tenía amplio espacio una lectura de las tesis eurocomunistas inclinada hacia la derecha, impregnada de socialdemocratismo, que objetivamente lanzaba al campo de la corriente dogmática a muchos excelentes militantes, quienes terminaban entendiendo el eurocomunismo simplemente ‘como una línea de derecha, pro-imperialista y antisoviética’ inaceptable”<sup>607</sup>.

Las diferencias principales entre los dos partidos, los puntos críticos eran: la valoración de la invasión de Afganistán de 1979, la política del consenso del PCE aplicada durante la transición y la repentina decisión de abandonar el leninismo

Así que, mientras el secretario del PCE cuestionaba la excesiva independencia del PSUC, estos últimos se mostraban críticos con la política de consenso practicada por el PCE, considerando los Pactos de la Moncloa como ejemplo de esta equivocación. En el V Congreso, el PSUC reafirmaba la independencia de su política respecto al PCE y el abandono del término eurocomunista: la corriente de los pro-soviéticos se apuntaron el mérito de esta decisión, aunque, en realidad, fue el resultado de un proceso controvertido. El efecto de esta elección fue el de herir –de gravedad y casi muerte- el proyecto eurocomunista, acusado, como en Italia, de excesiva moderación e incluso de una connivencia con la derecha. Asimismo, el PSUC avanzaba otras razones para justificar el repudio del eurocomunismo como: el debilitamiento de la resistencia obrera a la crisis, exigiendo excesivos sacrificios, el alto coste de los efectos negativos de la misma, sin contrapartida e incluso poniendo en peligro posiciones conquistadas en el terreno social; la adopción de una política económica que, en lugar de luchar contra la crisis, agravaba sus consecuencias; la frustración de las expectativas de amplias capas populares, que esperaban una evolución diferente, más favorable, de la transición<sup>608</sup>; y

---

<sup>607</sup> Santiago Carrillo: *Memoria de la transición*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 101.

<sup>608</sup> Comentando los resultados del V Congreso del PSUC, Sacristán afirmaba que la causa principal de la frustración de los obreros y militantes comunistas en Cataluña –y en España en general-: “es el hecho de que su partido se ha identificado en la crisis con un sistema socioeconómico al que las crisis son inherentes, el hecho de que su partido ha aceptado una Constitución que consagra una economía que avanza a través de crisis, el hecho de que su partido ha pretendido demagógicamente hallar salidas progresistas a la crisis estrictamente dentro del sistema y ha presentado así la crisis como un extraño resultado de la mala voluntad o de la incompetencia de los gobernantes. La base obrera del Partido Comunista no es tan necia como para reprocharle a éste que el capitalismo sufra crisis (...); lo que le reprocha es su adhesión al sistema de la crisis, su complicidad con lo establecido”. López Raimundo, Gregorio y Gutiérrez Díaz, Antonio: *El PSUC y el eurocomunismo*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981, pág. 28-29.

desde el punto de vista internacional, acusaban al proyecto eurocomunista de favorecer un actitud anti-soviética, alimentado la guerra fría y desarrollando un política demasiado crítica de la URSS. Otros factores menores, pero de relevancia, que empujaban la corriente pro-soviética dentro del PSUC a abandonar la estrategia eurocomunista adoptada por el grupo dirigente del PCE eran: el exceso de centralismo democrático y la tendencia al verticismo; el abandono del leninismo sin un debate previo, ni explicación póstuma; la política del consenso y la inutilidad –o el daño– de algunos pactos, como el de la Moncloa.

Por eso, dentro del PSUC se hablaba de la “exigencia de identidad”, considerando necesario, por un lado desarrollar una radicalización de las luchas para resistir a la crisis, evitando pactos de resultados cuestionables; y por otro lado, volviendo al pasado, favoreciendo un acercamiento a la Unión Soviética y considerando, en palabras de Sacristán, “la oposición al imperialismo capitalista [como] un elemento de su identidad moral e ideal”.

El debate entre renovadores y oficialistas siguió en Madrid, tanto que se reunió el Comité Ejecutivo del PCE, considerando necesario reafirmar las señas de identidad eurocomunistas y minimizar la fractura con el PSUC, intentado proceder a una “normalización de las relaciones”. Sin embargo, el enfrenamiento entre las tres tendencias no era algo relativo exclusivamente al PSUC, sino un fenómeno a escala nacional, mostrando el caso que reinaba en el interior del PCE. La solución fue la convocatoria de un Congreso extraordinario, con el objetivo de evitar posibles nuevas escisiones, retomar el control de la situación y relanzar la política eurocomunista: se trataba de buscar “la salida de esa crisis desarrollando el eurocomunismo, superando viejas costumbres y mentalidades, modernizando el funcionamiento del propio partido, descentralizándole, flexibilizándole, haciéndole más participativo”<sup>609</sup>.

Particularmente interesante en óptica eurocomunista, resultaba la posición de los renovadores, grupo que giraba en torno a la revista *Nuestra Bandera*, que criticaban que la falta de cambios y democracia al interno del partido: se decía que este grupo tenía “una concepción eurocomunista sin reticencias, querían llevarlas hasta el fin. Abordar de cara la crítica al modelo soviético, otorgar un protagonismo a los nuevos movimientos sociales (feminismo, pacifismo, ecología, juventud), buscando en ellos nuevas inspiraciones para renovar el partido; [y sobre todo] modificar las normas del

---

<sup>609</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 120.

funcionamiento interno del partido comunista para que en su seno pudiese existir un debate autentico, que las minorías pudiesen expresar sus opiniones, que las discrepancias dejasen de ser un delito, que la democracia en el partido fuese efectiva, con respecto a las opiniones diversas; poniendo fin al centralismo, al autoritarismo, en el poder casi absoluto del secretario general”<sup>610</sup>. Por su parte, los pro-soviéticos, partidarios de una vuelta al “partido tradicional, criticaban la falta de un programa articulado sobre la realidad. Se trataba de una protesta de la base contra la deriva del partido. En contraposición a estos dos bloques, Carrillo “creó” una formación heterogénea para “salvar el partido”, procediendo, como veremos, en el X Congreso, a expulsar los renovadores, decisión considerada desacertada ya que desencadenó “un proceso de autodestrucción del partido. Eliminó a sus energías más dinámicas. Perdió credibilidad”<sup>611</sup>.

## **8.6 El X Congreso y el fin del PCE eurocomunista**

El X Congreso del PCE se celebró a finales de julio de 1981 y será el último “eurocomunista”, cerrando de esa manera una etapa del partido. Tras la grave derrota electoral de 1982, empezó un periodo de expulsiones y división del partido, con consecuente arrinconamiento del proyecto eurocomunista.

Las premisas a este Congreso no eran favorables: ya eran evidentes los gérmenes de posibles disgregaciones del partido, así como una peligrosa fractura entre el grupo dirigente y una militancia frustrada y decepcionada. Dato emblemático de la crisis del partido era la constatación de disminución de afiliados, número que se reducirá drásticamente tras las elecciones de 1982.

El objetivo del Congreso era doble: reafirmar y relanzar la política eurocomunista tras el V Congreso del PSUC y emprender un proceso de renovación del partido para intentar recuperar la relación con la base. Este último punto parecía de gran importancia ya que, como en el caso del PCI y, sobre todo, del PCF, era evidente “la incompatibilidad entre los propósitos de llevar adelante una política eurocomunista desde un partido monolítico, cuyas reglas de funcionamiento permanecen aún anquilosadas en la versión estaliniana del centralismo democrático”<sup>612</sup>. Se trataba de presentar un nuevo modelo de partido coherente con el eurocomunismo y que favoreciera una relación más productiva

---

<sup>610</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 284.

<sup>611</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 285.

<sup>612</sup> “La clave: el Partido, como problema”, de Antonio Elorza, en *Mundo Obrero*, número 128, 5-11 de junio 1981.

e informada entre la base y los cuadros dirigentes. En la organización del partido era evidente que el abandono del leninismo no se había reflejado en ningún cambio organizativo. Ante la contradicción y ambigüedad de esta situación, se requería la creación de un tipo de partido diferente (condición que valía también por el caso italiano y francés), una organización más abierta y menos cerrada, pluralista y menos centralizada en la toma de decisiones. En una intervención precongresual, recogida por Mundo Obrero, el mismo Carrillo subrayaba la necesidad de crear un partido distinto, abierto “a los movimientos sociales”, más participativo y colectivo, pluralista y respetuoso de las posiciones minoritarias, capaz de crear una vinculación con las organizaciones territoriales.

El Congreso, en el que es visible la preeminencia del sector oficialista, supuso el último intento de defender la política eurocomunista considerando que “la reforma democrática del Estado, concebida como una penetración en éste de los intereses populares (...) se convierte en un punto esencial de la estrategia eurocomunista hacia el socialismo”<sup>613</sup>. El PCE afirmaba que su objetivo seguía siendo la realización de “una sociedad socialista en libertad y democracia”, llevado a cabo “un proceso de profundización y expansión de la democracia en todos los órdenes de la vida”. Se consideraba que “el bloque social de progreso como estrategia eurocomunista” podía favorecer la transformación social. Por eso, se invitaba a “la unidad de la izquierda” a nuevas relaciones entre el PSOE y el PCE, consiguiendo un acercamiento y una colaboración útil y necesaria para avanzar en el socialismo y poner en marcha una reforma democrática del Estado.

En lo que concierne a la política internacional, el texto seguía abogando por la creación de “un amplio frente de lucha por la paz”, rechazando la tesis pro-soviéticas e insistiendo en la necesidad de crear una Europa fuerte “ni socialdemócrata ni basada en el “modelo” soviético, que responda a los problemas de hoy y que indique una salida progresista a la crisis y un camino moderno, democrático, al socialismo en libertad”.

Al igual que en otras ocasiones, se reconocía el papel positivo de la URSS para luego pasar a criticar la “degeneración cuya persistencia en ciertos aspectos supone un desprestigio de las ideas comunistas”. A continuación, el PCE afirmaba que su idea de socialismo en libertad y en democracia difería de los sistemas políticos que “se apoyan en Estados autoritarios y burocráticos”. Igualmente, tras abogar por unas relaciones de

---

<sup>613</sup> “Por la transformación democrática del Estado” en *Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE*, folleto, págs. 34.

amistad con todos los partidos comunistas y países socialistas, se declaraba “innecesaria” una defensa incondicional de la URSS.

En lo que concierne al proceso de transición en España, el PCE reconocía el mérito de su política, responsable y correcta como demostraría el intento de Golpe de Estado del 23 febrero, episodio que mostraría “la necesidad de un Gobierno de concentración democrática como pedía el PCE”. El PCE halagaba su labor de consolidación de las instituciones democráticas y la defensa de la misma, aunque advertía del peligro de posibles retrocesos autoritarios. Enalzando la “cooperación democrática” de estos años, el PCE intentaba demostrar el acierto de su política de consenso y conciliación.

En tema de organización del partido, se reconocía la necesidad de prestar “la atención necesaria a las tareas de construcción del nuevo Partido de masas” y de garantizar un “funcionamiento plenamente democrático del mismo”.

Era evidente que una de las diferencias principales en el PCE y las diferentes corrientes era la idea de qué tipo de partido reformar y cómo avanzar en el proyecto eurocomunista. Dentro del Partido Comunista de España eran presentes diferentes tendencias opuestas y facciones beligerantes, que se acusaban mutuamente: los oficialistas acusaban los renovadores de desviacionismo socialdemócrata y estos últimos, a su vez, acusaban la dirección del partido de una “deriva derechista”. Unos reclamaban la renovación del partido, otros advertían del peligro de la presencia de “diferencias políticas e ideológicas” dentro del mismo partido. Era evidente el peligro de escisiones y de una involución del partido, además, afloraba un deseo de volver a la “ortodoxia soviética”.

A tal propósito resulta interesante la opinión de Adam Schaff que afirmaba que “en Francia el abandono del eurocomunismo por el partido comunista se manifestó en un retorno a las actitudes tradicionales de apoyo a la política exterior de la URSS -sobre la URSS, sobre el problema nuclear, etc.-, en España la crisis del eurocomunismo ha tenido su expresión más visible en torno a los cambios que convenía o no introducir en la vida interior, en el funcionamiento, en el carácter del partido comunista. En el X Congreso del PCE, en julio de 1981, se enfrentaron dos diferentes concepciones: frente a los que pretendían una renovación profunda de métodos y de manera de ser, para adecuar el instrumento a las nuevas ideas estratégicas, al nuevo concepto de socialismo en libertad, la dirección contestó con la tesis : ‘una estrategia eurocomunista para un partido comunista’. Es decir, el tipo de partido era algo inmutable. Ello dio lugar a un proceso para defender ‘la unidad del partido’, de expulsiones y eliminaciones de los

sectores más dinámicos del eurocomunismo, pareciendo, cada vez más, un partido de viejo estilo, más dogmático y menos reformista”<sup>614</sup>.

Desde el punto de vista electoral, el 1 de marzo de 1979 se celebraron las segundas elecciones generales, sin que el mapa electoral sufra grandes alteraciones, aunque se registró un ligero avance del PCE. No obstante, en octubre de 1982 fue el desastre electoral, el PCE quedó por debajo del 4%, pasando de 23 diputados a sólo 4. El desastre electoral sobrellevaba la sensación del fracaso del proyecto eurocomunista: su consecuencia fue la escisión del partido en tres diferentes partidos y el final del experimento político eurocomunista en España. Los resultados electorales eran el reflejo de la descomposición que vivía el partido, despedazados por las luchas intestinas y una profunda crisis de los militantes. Las tensiones y divergencias, que se sucedieron en los últimos años, estallaron, mostrando las limitaciones del proyecto eurocomunista y el malestar de una base inquieta e insatisfecha por los insuficientes resultados electorales. Las cesiones realizadas por el partido (la aceptación de la Monarquía, de la bandera, el apoyo a los Pactos de la Moncloa, el respaldo a la Constitución...) y la política de consenso no habían brindado al partido el protagonismo que soñaba, ni la posibilidad de jugar un papel más importante como el conjunto de la militancia esperaba. Los sacrificios realizados por la clase obrera no se veían recompensados ni en beneficios tangibles, ni en avances electorales, generando decepción y desencanto. La etapa eurocomunista se saldó con numerosas bajas, transfuguismos, escisiones y expulsiones. Terminaba el eurocomunismo del PCE, mientras las luchas internas expulsiones y escisiones dentro del partido.

---

<sup>614</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica, Barcelona, 1983, pág. 14

## **Capítulo IX: Eurocomunismo y Estado**

**9.1 Eurocomunismo y Estado; 9.2 El ataque de “Tiempos nuevos”; 9.3 La respuesta de Carrillo y del PCE. Segundo y tercer artículo de “Tiempos Nuevos”; 9.4 Críticas y polémicas sobre el libro; 9.5 Análisis y reflexiones sobre el texto.**

Aunque los elementos básicos del Eurocomunismo habían sido enunciados en diferentes ocasiones y reuniones, el libro de Santiago Carrillo *Eurocomunismo y Estado* fue realmente la primera –y única– publicación sobre el tema, presentando de forma sistemática las características del fenómeno, describiendo la vía democrática para alcanzar el socialismo, dentro de un sistema pluralista y democrático, que profundice las libertades de los ciudadanos. Sobre la necesidad de un escrito, Carrillo recordaba que “al instalarme en Madrid en 1976, pensé que tendría tiempo para escribir un libro sobre un tema que me venía rondando por la cabeza desde tiempo atrás: la necesidad de sacar a lo que venía llamándose “eurocomunismo” del terreno de los planteamientos puramente tácticos y de darle una mayor profundidad estratégica”<sup>615</sup>. A través del libro, el secretario del PCE anhelaba a promover y a reflexionar sobre los necesarios cambios internos “en la orientación y en la práctica” del partido, reflexionando sobre “lo que se llama ‘eurocomunismo’ mientras no encontremos una mejor definición”<sup>616</sup>. Entre los objetivos del libro, Carrillo se proponía demostrar que no se trataba de una “maniobra táctica de Moscú” sino más de una concepción estratégica autónoma, “nacida de una experiencia propia y de una realidad concreta”.

Tras analizar brevemente el libro, nos detendremos con mayor atención en algunas partes del mismo. Sucesivamente, se dará relevancia a las críticas y ataques a los que fue sometido, para concluir el capítulo adelantado alguna reflexión sobre tan polémico libro.

### **9.1 Eurocomunismo y Estado**

En la primera parte del libro, se remarcaba el valor de la Revolución de octubre de 1917, recordando su unicidad, el hecho de que se había fraguado en condiciones irrepetibles. Al mismo tiempo, Carrillo subrayaba la imposibilidad de realizar en Occidente el tipo de revolución clásica, provocada o favorecida por una guerra previa, o

---

<sup>615</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 661.

<sup>616</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 12.

bien que fuera un “simple calco de otras revoluciones anteriores”<sup>617</sup>; por eso, según el autor, la cuestión del poder y de cómo alcanzarlo ya no se podía plantear en los clásicos términos ya que ya no se trataba de conquistar el Estado capitalista para la destrucción póstuma de sus engranajes-elementos. A contrario, teniendo en cuenta los avances y la situación en la que se encontraban algunos países, la sociedad socialista debía ser construida tras la reforma y la transformación democrática del Estado capitalista, reorientando sus aparatos ideológicos, reformándolos democráticamente: “La estrategia de las revoluciones de hoy, en los países capitalistas desarrollados, tiene que orientarse a dar la vuelta a esos aparatos ideológicos, a transformarlos y utilizarlos –si no totalmente, en parte- contra el poder del Estado del capital monopolista”<sup>618</sup>.

Siguiendo una estrategia de gramsciana memoria, Carrillo sugería la necesidad de conquistar, dentro de los aparatos ideológicos, las posiciones dominantes, para proceder, en un segundo momento y desde dentro, a la realización de las reformas necesarias en el camino hacia el socialismo. Se trataba de dar un nuevo valor a la democracia y mostrar que su desarrollo debía ser conjugado con el del socialismo: “En la Europa occidental de hoy, el imperialismo americano y los grupos sociales dominantes se esfuerzan en acreditar la noción ideológica de que *democracia=capitalismo* y, a la inversa, de que *socialismo=dominación soviética*. La tendencia que ha recibido muy generalmente el apelativo de ‘eurocomunismo’ se enfrenta con la necesidad de superar ese dilema, de plantear los problemas de la democracia y del socialismo en el nivel histórico correspondiente hoy. Es decir, de demostrar, por un lado, que *la democracia no sólo no es consubstancial con el capitalismo, sino que su defensa y desarrollo exige superar ese sistema social, que en las condiciones históricas de hoy el capitalismo tiene a reducir y, en último extremo, a destruir la democracia, por lo que está necesita ir a una nueva dimensión con un régimen socialista*. Y, por otro lado, el ‘eurocomunismo’ debe demostrar que *la victoria de las fuerzas socialistas en países de Europa occidental no aumentará en un ápice la potencia estatal soviética, ni supondrá la extensión del modelo soviético del partido único: será una experiencia independiente, con un socialismo más evolucionado, que tendrá una influencia positiva en la evolución democrática de los socialismos existentes*

---

<sup>617</sup> “Sin excluir enteramente dicha posibilidad, es claro que las vías al socialismo en el tipo de países que venimos hablando tienen que ser otras, tomando en cuenta la realidad concreta”. Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 66.

<sup>618</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 36.



hoy”<sup>619</sup>. A lo largo del libro, Carrillo volvió sobre el tema de la democracia, advirtiendo que lamentablemente llegaron “los discípulos de Lenin –incluidos, durante un tiempo nosotros mismos- a subestimar el valor de la democracia y a pasar por alto ejemplos visibles de su vulneración...”<sup>620</sup>. Por eso, el socialismo tenía que recuperar los valores democráticos y liberales, apostando por la defensa de los derechos humanos, el respeto de las minorías, de las libertades. En estas páginas, Carrillo se apresuraba a recordar que “la democracia no es una creación histórica de la burguesía”, poniendo de manifiesto que “las libertades democráticas son la gran aportación de las fuerzas populares más progresistas”.

Para Carrillo, el problema no era sólo llegar al Gobierno, sino, sobre todo, “cómo transformar el aparato del Estado”, cuál acción realizar “por la democratización del aparato de Estado”, considerando que no se podía “transformar la sociedad sin transformar el Estado”. Por esa razón, al igual que en todas las revoluciones, el problema principal consistía en cómo transformar el aparato estatal, que seguía siendo presentado como un instrumento de dominio de la clase burguesa: “sin transformar el aparato del Estado, toda transformación socialista es precaria y reversible, no ya por un resultado electoral, ante el que sería lógico y natural inclinarse, sino por un golpe de fuerza de los mismos encargados de defender teóricamente la legalidad”<sup>621</sup>.

Por eso Carrillo sostenía que “en un régimen socialista, el Estado debe ser un instrumento transitorio, que sirva para el dominio de la clase trabajadoras”. Para el secretario del PCE, se trataba de transformar el estado capitalista en un estado en el que las fuerzas del trabajo tengan la hegemonía: “se trata de luchar, por medios políticos e ideológicos, a fin de imponer un nuevo concepto del orden público, más civilizado, inspirado en la idea de la defensa del conjunto de la población y no de una minoría privilegiada; un nuevo concepto del orden público más democrático...”<sup>622</sup>. Añadía: “no se puede pensar en transformar la sociedad sin alcanzar el poder del Estado, sin que los trabajadores se eleven a la condición de fuerza hegemónica en la sociedad, en detrimento del capital monopolista, y al servicio de *todos* los que viven de su trabajo”<sup>623</sup>.

---

<sup>619</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 51.

<sup>620</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 115.

<sup>621</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 18.

<sup>622</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 72.

<sup>623</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 189.

Y eso a través de una vía democrática, remarcando, una vez más, que la noción de dictadura del proletariado ya no podía considerarse válida para los países democráticos de capitalismo desarrollado, para los partidos “eurocomunistas” donde existía, evidentemente, una base estructural, económica, que consentiría a los trabajadores ejercitar el poder sin recurrir a formas de dictadura. Pese a considerar que la “dictadura del proletariado ha sido una necesidad histórica ineludible, igual que lo ha sido la violencia revolucionaria”<sup>624</sup>, según el secretario del PCE, el término dictadura resultaba, por aquel entonces, odioso ya que se le asociaba a las “dictaduras fascistas y reaccionarias más abominables” o “al nombre de Stalin, con todos sus excesos, sus atropellos y arbitrariedades”. Por lo tanto, consideraba lógico que los partidos eurocomunistas establecieran “no ya su táctica, sino toda su estrategia sobre la base del juego democrático”, renunciando definitivamente al concepto de dictadura del proletariado. Por eso mismo, se recordaba que no se trataba de un intento revisionista, ni que el eurocomunismo representase un retroceso ideológico hacia posturas socialdemócratas<sup>625</sup>.

Para Carrillo, la experiencia chilena había demostrado que la vía democrática se interrumpía (antes o después) “si no va acompañada de transformaciones en el aparato estatal que impidan que este mismo aparato se vuelva contra el gobierno democráticamente elegido”. Por lo tanto, una vez llegado al gobierno, se debía seguir gobernando de forma democrática y evitando -o aplastando- las eventuales rebeliones de fuerzas que quisiesen truncar el experimento.

Para eso, Carrillo afirmaba la necesidad del Eurocomunismo de aclarar sus objetivos. Por un lado, como subrayado anteriormente, se trataba de remarcar públicamente la idea de que el camino hacia el socialismo en Europa occidental no pasaba por la aplicación del modelo soviético, demostrando, al mismo tiempo, de que el concepto de democracia no era exclusivo del mundo capitalista: “*es esencial la independencia de los partidos comunistas con respecto al estado soviético y a los otros estados socialistas, y la definición teórica y práctica de una vía democrática inequívoca*”<sup>626</sup>. Por otro lado, el PCE ponía de manifiesto su voluntad de perseguir una vía democrática al socialismo que previese un proceso de transformación económica basado en la coexistencia de formas públicas y privadas de propiedad, la existencia de un mercado mundial, la

---

<sup>624</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 195

<sup>625</sup> Este punto lo veremos en los siguientes capítulos.

<sup>626</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 51.

existencia de diferentes clases –no sólo obreros y campesinos- interesados a la realización de una reforma de la sociedad. El PCE debía preocuparse por la “creación de una nueva correlación de fuerzas por el camino de la lucha política, social y cultural”, aprendiendo “a pensar, a asumir los problemas globales de la sociedad”: “el objetivo cardinal es poner en manos de la sociedad –y, en ciertos casos, no sólo del Estado, sino de los poderes nacionales, regionales y locales- las palancas decisivas de la economía, a fin de asegurar la hegemonía del bloque histórico compuesto por las fuerzas del trabajo y de la cultura en el período de transición”<sup>627</sup>.

En el libro, Carrillo matizaba también el papel y la función del PCE que seguía siendo el partido de vanguardia –“en la medida que encarna verdaderamente una actitud marxista creadora”-, pero ya no podía considerarse el “representante único de la clase obrera, de los trabajadores y las fuerzas de la cultura”. Según esta concepción, el PCE tenía que constituir “a la vez un partido de masas y de cuadros, de afiliados y de militantes”, cuya misión no resultaba proponerse como fuerza dominante del Estado y la sociedad, imponiendo su ideología, sino “contribuir a que las fuerzas del trabajo y de la cultura conquisten la hegemonía político social. Por eso, el partido no aspira a conquistar el poder para él, monopólicamente, sino a un poder en el que participen y cooperen, según su peso real, los diferentes grupos políticos representativos de esas fuerzas, en una emulación por el progreso, el socialismo y la democracia”<sup>628</sup>. Por lo tanto, la misión de constituir el partido-vanguardia ya no representaba un privilegio establecido por programa, ni el fruto de una misión providencial, sino resultado de una posición que debía ganarse continuamente “cada día, cada hora, y a veces, repito, luchando contra la corriente”. De la lectura de la parte sobre el papel del partido, se halla la idea, anteriormente formulada, de que la misión del PCE está en contribuir a la afirmación de la hegemonía de las fuerzas del trabajo y de la cultura: esta idea representó una de las principales consignas del PCE en los setenta, tanto en el plano político como social. Asimismo, se afirmaba que “las masas tienen el derecho a destituir a sus mandatarios cuando éstos no cumplen, y elegir otros nuevos (...) en determinadas circunstancias, incluso existiendo instituciones democráticas, cuando un gobierno elegido en un momento concreto actúa lesionando los intereses de la mayoría del país y favoreciendo los privilegios de una minoría, la huelga política, como elemento de

---

<sup>627</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 99. Sobre la parte económica volveremos en el capítulo específico.

<sup>628</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 129.

protesta y presión contra medidas injustas es un derecho democrático”<sup>629</sup>. De la importancia de la huelga en la estrategia del PCE ya se ha hablado a lo largo del capítulo VII.

Para avalorar su tesis sobre la posibilidad –y necesidad- de una estrategia diferente respecto a la revolución soviética, Carrillo recurría a la autoridad de Lenin, recordando que el mismo Krushev, en el célebre XX Congreso del PCUS, había recordado las palabras del gran teórico marxista, pronunciadas en vísperas de la revolución de Octubre: “Todas las naciones vendrán al socialismo, es algo inevitable; pero vendrán de una manera no absolutamente idéntica; cada una aportará su originalidad en tal o cual forma de *democracia*, en tal o cual variedad de la *dictadura* del proletariado, en tal o cual *ritmo* de transformación socialista de los diferentes aspectos de su vida social. No hay nada más pobre, desde el punto de vista teórico, ni más ridículo, desde el punto de vista práctico, que ver bajo ese aspecto en nombre del *materialismo histórico* el porvenir con un color uniformemente gris; eso no sería más que un pintarrajeo primitivo”<sup>630</sup>. Remarcaba el secretario del PCE que el mismo Krushev había añadido que “es muy probable que las formas de paso al socialismo sean cada vez más variadas”, postulando la posibilidad que, por su realización y dar paso al socialismo, se recurriese a la guerra civil o la vía parlamentaria. Asimismo, apela a la autoridad de Togliatti para subrayar la relación entre la noción de democracia y la de socialismo, recordando que, en su planteamiento de la vía italiana al socialismo, el político italiano afirmaba que “nuestras acciones encaminadas a hacer que la sociedad avance hacia el socialismo son las que dan contenido y eficacia a nuestra lucha por la democracia y a toda la vida democrática del país”<sup>631</sup>.

Probablemente la parte más polémica del libro, que desencadenó las feroces críticas al texto, fue la relativa a la situación en las sociedades del socialismo real. En el texto, se subrayaba como, en estos países, la toma de poder se realizó de forma repentina y expeditiva, “en un *tempo* histórico rapidísimo”, mientras los cambios sociales y las transformaciones económicas tardaban a cumplirse, avanzando a un ritmo lento e incierto. Las situaciones negativas que habían favorecido el éxito de la revolución tardaban a desaparecer (desigualdad, pobreza...) y quedaban muchos problemas sin

---

<sup>629</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 127 y 126.

<sup>630</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 109-110.

<sup>631</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 116.

solucionar (sobre todo la cuestión de la democracia real, de la participación popular, “contradicciones y conflictos sociales”).

Carrillo “cuestionaba” también el Estado que se había construido en la URSS tras la revolución de 1917, considerando su edificación opuesta a la que Lenin describió en *El Estado y la revolución*: “La Revolución de octubre ha producido un tipo de Estado que ya no es el Estado burgués pero que tampoco es el proletariado organizado como clase dominante, el socialismo, como pensaban los maestros de éste”<sup>632</sup>. Resultado y causa de esta desviación fue el fenómeno estalinista que contribuyó a la formación de un Estado totalitario, no tan diferente al de las dictaduras fascistas. Por esa razón, Carrillo se preguntaba si este tipo de Estado, “gobernado por una capa burocrática que actúa por encima de la clase obrera e incluso del partido”, más que contribuir a la plena realización del socialismo, no se había convertido en un freno a su desarrollo, al desenvolvimiento material del país<sup>633</sup>. En consideración de esta situación, para el autor, resultaba necesaria “una seria y profunda transformación para convertirlo en una auténtica democracia obrera y popular”. Además, en las páginas finales, se enumeraban algunas posibles causas que justificarían la burocratización del Estado soviético. Se trataba de subrayar la presencia o herencia de algunos elementos que había contrarrestado el desarrollo del país como la tradición del Estado zarista<sup>634</sup>, el desarrollo de una situación imprevista a la que plantearon los teóricos comunistas (Marx, Engels y el mismo Lenin) o el entorno mundial, ya que, según Carrillo, las circunstancias internacionales condicionaron la acción de los dirigentes soviéticos que se vieron obligados a “transformar el nuevo Estado en una gran potencia militar”, sacrificando muchos objetivos a esta causa. Por eso mismo, Carrillo auguraba que “los progresos del movimiento socialista en los países desarrollados puedan ayudar a la sociedad y a los comunistas soviéticos a superar ese tipo de Estado, a dar paso adelante en su transformación en un auténtico Estado de la democracia trabajadora”<sup>635</sup>.

En la misma línea, en una entrevista posterior a la publicación del libro y a raíz del mismo, Carrillo afirmaba: “pienso que el estado soviético no es el estado socialista tal

---

<sup>632</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 663.

<sup>633</sup> Sobre este mismo concepto, en una entrevista al periódico alemán *Dier Spiegel*, Carrillo afirmó: “La Unión Soviética gasta enormes sumas en su defensa nacional, y su falta impide el desarrollo económico del país. El sistema político de la Unión Soviética se ha convertido en un obstáculo no solo para el desarrollo de la democracia, sino también para el desarrollo de la economía”.

<sup>634</sup> Esa misma idea era compartida por gran parte de la militancia. Cuando Sacristán intentó realizar “una explicación genética de los rasgos del estalinismo” subrayaba la importancia del elemento llamado “componente 'zarista' u 'oriental' de esos rasgos”, ya observado por Lenin.

<sup>635</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 218.

como le imaginaban Marx, Engels y el mismo Lenin (...). En realidad el estado soviético no es un estado de democracia obrera, ni siquiera en el sentido de una verdadera dictadura del proletariado (...). Cuando los comunistas rusos han llegado en el poder, han pedido al pueblo tremendos sacrificios, los han impuesto por la fuerza, y han construido un tipo de estado que no se asemejaba en nada a la democracia proletaria prevista por Lenin, pero era un estado que precisamente debía garantizar las infraestructura originaria (...). En referente al estado, el pensamiento comunista debe recorrer aún mucho camino (...). Se mantienen las características particulares de una sistema que no es una democracia popular, una dictadura proletaria, sino más bien una dictadura de un estrato del país sobre el conjunto del país”<sup>636</sup>.

El secretario del PCE se preocupó a subrayar que las críticas al socialismo real no representaban el asunción de una actitud antisoviética, sino más bien el resultado de un análisis de la realidad: “Criticar errores reales o supuestos de los comunistas, criticar los aspectos negativos de los regímenes socialistas establecidos, no es, de por sí, ni contrarrevolucionario ni antisoviético. Estamos refiriéndonos a la crítica seria y no a la calumnia (...). Pero la crítica seria sólo puede, en definitiva, fortalecer al socialismo y contribuir a su desarrollo”<sup>637</sup>.

Sobre el tema de los dos bloques militares, Carrillo abogaba por su disolución simultánea y el desarme, recordando que “una guerra nuclear sería el fin de la humanidad”. A pesar de apuntar a la “disminución de la bipolarización y a la creación de un nuevo equilibrio multipolar” por la aparición de nuevos polos de poder (Asia, Europa...), el secretario del PCE se declaraba partidarios de no alterar el equilibrio de fuerza existente, proponiendo, incluso, una “defensa europea”: en el libro resulta manifiesta la idea de que Carrillo se preocupaba por no “desequilibrar” la correlación de fuerzas existente, apostando por el no-alineamiento en uno de los dos bloques, mostrando poco interés en extender la influencia soviética en Europa occidental. En el libro, se afirmaba la necesidad de asegurar la independencia de cada uno de los países europeo al fin de que este continente pudiera conseguir mayor peso en el panorama internacional: se trataba de favorecer la creación de una Europa unida, con peso propio. Al mismo tiempo, afirmaba la necesidad de que “las fuerzas socialistas y, en primer término, el Partido Comunista, necesitan poseer una política militar (...) más racional,

---

<sup>636</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 131-132.

<sup>637</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 125.

más nacional, más atractiva”<sup>638</sup>. Sobre este punto se remarcaba la independencia y la autonomía de cada partido comunista, subrayando que “el papel de los comunistas de Occidente no es potenciar el bloque militar del Este; es hacer la transformación político-social en su propio país sin que eso signifique debilitamiento de éste; (...) La revolución socialista en el Occidente capitalista debe ser la derrota y el desplazamiento político y social de sus clases explotadoras; pero no la derrota nacional de esos países por potencias extranjeras”<sup>639</sup>.

En lo que concierne a las raíces del Eurocomunismo, Carrillo afirmaba que las diferencias entre el PCUS y sus dictámenes y las posturas de los partidos comunistas de Europa occidental no surgieron “de la noche a la mañana”, sino que “comenzaron a hacerse visibles tras el XX Congreso del PCUS; se acentuaron bruscamente en el 68, con la invasión de Checoslovaquia”<sup>640</sup>. En esta parte, Carrillo ensalzaba la figura de Palmiro Togliatti capaz de comprender el punto crítico y los límites de las denuncias de Krushev: “*el problema estaba en el sistema político*”. A partir de este momento, la vía italiana al socialismo empezó a hacerse manifiesta y, además de su promotor, Togliatti fue la guía del PCI: “La experiencia de los frentes populares y más precisamente del Frente popular en España, el viraje de Salerno, la edificación de la nueva República italiana, el conflicto de Trieste le habían proporcionado otro tipo de experiencias enriquecedoras que le armaban mejor que a muchos otros dirigentes, sobre todo si a ello se junta su vasta cultura y su fría y lúcida inteligencia. Desde el VIII Congreso del PCI, ya se apunta ya una línea autónoma...”<sup>641</sup>. Togliatti comprendió que la elaboración de la vía democrática al socialismo exigía una seria labor de investigación teórica y una coherente acción política práctica.

En el libro, hay un epígrafe dedicado a la experiencia del Frente Popular, considerado como “un producto de la realidad española, un caso preciso de la aplicación del método de análisis marxista a una situación concreta, aunque coincidiera con las líneas generales de una orientación internacional”.

Concluyendo, optimistamente, Carrillo afirmaba que se trataba de creer en la posibilidad de expandir y afirmar todavía más la democracia política, cambiando el contenido de las instituciones democráticas tradicionales: “los comunistas españoles y

---

<sup>638</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 92 y 93.

<sup>639</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 214.

<sup>640</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 166. Sucesivamente, Carrillo afirmaba que “para el Partido Comunista de España, el punto culminante de la conquista de nuestra independencia fue la ocupación de Checoslovaquia en 1968”.

<sup>641</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 143.

otros partidos de los países capitalistas desarrollados afirmamos que *esto es posible*. El alegato de que *no hay todavía ni un solo ejemplo* de hegemonía de los trabajadores bajo estas formas carece de todo valor científico. Corresponde a la concepción dogmática, conservadora, de que las cosas siempre serán igual, tantas veces desmentida por la historia”<sup>642</sup>.

Al presentar a la prensa su libro, el 25 de mayo de 1977, en Madrid, Carrillo declaró: “El Eurocomunismo no repudia los principios de la Gran Revolución de Octubre, de los que se considera heredero y el defensor, pero (...) limitarse a repetir como papagayos las tesis de Marx o de Lenin es la actitud menos marxistas que los comunistas pueden imaginar”.

## 9.2 El ataque de “Tiempos nuevos”

Si en 1973 fue el Informe de Manuel Azcárate ante el Comité Central -*Sobre la política internacional del PCE*- a desencadenar las iras del PCUS, misma suerte pero con más animadversión le tocó al libro de Carrillo, que se convirtió en la ocasión perfecta para los soviéticos para atacar el Eurocomunismo, a pocos meses de la cumbre eurocomunista de Madrid. El semanario soviético *Novoie Vremia* (Tiempos nuevos), “que se editaba a la sazón en siete idiomas y se difundía generosamente en todo el mundo”<sup>643</sup>, publicó, el 23 de junio de 1977, una violenta crítica de la obra de Carrillo. El artículo de 3.500 palabras de una “rara virulencia”, fue difundido por la Agencia *Tass* e hizo literalmente el giro del mundo. La premisa a este artículo era que, según los soviéticos, el Eurocomunismo se prestaba a diferentes interpretaciones, ninguna grata, alguna tolerada, pero sin duda, aquella presentada por Carrillo, “el apóstol del eurocomunismo”, podía considerarse la peor.

En el primer artículo, titulado “Con motivo del libro del Secretario General del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, “Eurocomunismo y Estado”, subrayando la importancia de la Conferencia de Berlín de los partidos comunistas y obreros de Europa, se denunciaba que “por desgracia, sin embargo, también en las filas comunistas han aparecido militantes que actúan desde posiciones opuestas en esencia a estos principios [de la solidaridad internacionalista]. Un ejemplo palpable son las intervenciones del secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, y ante todo, su libro *Eurocomunismo y Estado*, publicado en Abril de este

---

<sup>642</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 189.

<sup>643</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 664.



año”. Según el semanario soviético, el libro de Carrillo planteaba unos problemas de estrategias y de táctica de lucha de los comunistas de Europa occidental y reflexionaba sobre la situación internacional contemporánea, especialmente de los países socialistas.

En primer lugar, se señalaba la “evolución literalmente vertiginosa” de Carrillo que mientras en la Conferencia de Berlín –es decir, un año atrás- afirmaba que “el eurocomunismo” no existe, en cambio con su libro se proclamaba no sencillamente eurocomunista, sin más bien “una especie de apóstol que se pone ante el mundo entero a formular los dogmas fundamentales de la nueva concepción”. Declarando de realizar un análisis objetivo del texto, afirmaban que el autor “utiliza y defiende este término (o concepto) con los siguientes fines”: a) para contraponer los partidos comunistas de los países capitalistas europeos a los partidos comunistas de los países del socialismo; b) para denigrar el socialismo que realmente existe; c) para refutar todas las conclusiones “que los comunistas de Europa dedujeron conjuntamente, como también los fines que se plantean en la lucha por los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores”.

En la segunda parte del artículo, se argumentaba que el reciente término “eurocomunismo” lo parió la politología burguesa y desde entonces recorre el mundo, “revistiendo una u otra fisionomía en función de quién lo usa y quién lo interpreta”. Sobre este aspecto, se avanzaban algunas objeciones: a) países de capitalismo desarrollado existían no solamente en Europa (EEUU, Japón, Canadá, Australia); b) el intento de “cortar el pelo a la misma moda” simplificaba en exceso el verdadero estado de las cosas, ya que los países de Europa occidental presentaban diferencias sociales y económicas; c) el término resultaba incorrecto porque daba fundamento a la existencia de varios comunismos mientras no había más que uno, el verdadero comunismo, el comunismo científico.

Continuando el artículo se hacía eco de una definición de la revista italiana *L'Europeo*, de 25 de abril de 1976, según la cual “El Eurocomunismo es, en primer lugar, un instrumento de ‘pluralización’ del comunismo, o sea, de sus fragmentaciones en partes contrapuestas”. Asimismo, se hacía referencia al periódico húngaro *Nepszabadsag*, a las palabras de Ferenz Varnai: “La incorporación del concepto de ‘Eurocomunismo’ en la lucha política es una maniobra evidente. Su finalidad estriba en distraer la atención de la lucha contra los monopolios, presentar como antisoviéticos a una parte de los partidos comunistas eurooccidentales, a los que se les pone la etiqueta del ‘Eurocomunismo’, y provocar la discordia entre los partidos hermanos, especialmente entre los que están en el poder y los que luchan por él”.

El artículo seguía atacando las ideas de Carrillo en cuanto en realidad “distan mucho de las ideas de construir el socialismo”, reprochándole incluso el manifiesto apoyo al ingreso de España en la OTAN. Asimismo, afirmaban que el deseo de construir una Europa unida se limitaba a la parte occidental del continente, al fin de crear una “agrupación de Europa Occidental sobre una plataforma en sustancia antisoviética”, persiguiendo un “sospechosísimo ‘tercer’ camino o camino ‘intermedio’ situado entre el capitalismo y el socialismo”. Para lograr este objetivo, Carrillo proponía el abandono de la cooperación con los partidos comunistas de los países del socialismo y, argumento más doloroso, la revisión de los principios del internacionalismo: “no cabe duda que la interpretación que ofrece el Sr. Carrillo responde exclusivamente a los intereses del imperialismo y de las fuerzas de la agresión y la reacción. Su realización práctica tendría graves consecuencias negativas (...) su realización práctica conduciría, en fin, a la escisión del movimiento comunista internacional”.

En la última parte del artículo se subrayaba que “en los planteamientos de S. Carrillo, el ‘Eurocomunismo’ se da la mano con su creciente anti-sovietismo”. En esta parte se tocaba un importante aspecto, que comentaremos también más adelante: la evolución de Carrillo, pasando de la exaltación de la URSS, considerada como ejemplo de lucha y experiencia a emular (en el Informe al VI Congreso del PCE, en el VII hasta el Comité Central de 1970) a una retractación de su postura, “revisando muchas apreciaciones todavía recientes de su partido”. Este cambio no paso desapercibido y muchos analistas pusieron de manifiesto la “evolución” del pensamiento de Carrillo, de acérrimo defensor de la URSS a tenaz crítico de su actuación.

Los comentarios sobre el resultado de la revolución de octubre, en torno a la experiencia de la URSS provocaron graves iras y fueron tachados no sólo representar “apreciaciones no ya erróneas, sino injuriosas para el pueblo soviético”. Consideraban que Carrillo se había atrevido a definir la política de la Unión Soviética y la actividad del PCUS en términos tales como no se le solía permitir ni a los publicistas más reaccionarios, demostrando en estas cuestiones, para el semanario, una evolución pasmosa, contraria a las apreciaciones aún vigentes de su partido. Pero el cambio de opinión o las consideraciones negativas de Carrillo sobre el sistema soviético (considerado un “anatema contra el socialismo, contra nuestro país”) no era fruto de la ignorancia, sino más bien “lo más probable es que se trate de anti-sovietismo consciente”.

El artículo remataba con un monito, advirtiendo a Carrillo que renunciar a las posiciones internacionalistas, desdeñar los principios en aras de ventajas tácticas

temporales y asumir posiciones claramente inamistosas frente al primer país socialista del mundo consistía en “hacer un buen servicio al enemigo de clase”. Asimismo le recordaban que el mismo Lenin, en 1904 en la célebre obra “un paso adelante, dos atrás” condenaba proféticamente “cualquier viraje hacia el oportunismo, por pequeño y provisional que sea”, escribiendo previsoramente que “se pueden conocer los errores de una persona por la gente que lo alaba” (refiriéndose al éxito del libro y a la *buenas palabras* que la prensa burguesa le había dedicado”). Según la prensa soviética las declaraciones de Carrillo representaban “una abjuración del marxismo-leninismo, de las bases mismas de la doctrina revolucionaria del comunismo científico”.

El artículo concluía recordando que la fuerte y sincera amistad entre los dos países peligraba, pero que seguía de pie: “es forzoso ver que el burdo anti-sovietismo del Sr. Carrillo ocasiona un daño considerable a estas relaciones. La responsabilidad recae íntegramente sobre sus hombros”.

### **9.3 La respuesta de Carrillo y del PCE. Segundo y tercer artículo de “Tiempos Nuevos”**

Frente a estos ataques, Carrillo pudo contar con el apoyo del Comité Central que emitió prontamente una resolución, argumentando que, pese a que se trataba de un ataque personalizado, estaba dirigido contra el partido. La resolución del PCE fue moderada y prudente, rechazando los ataques y solidarizando con Carrillo, sin, pero, retomar las críticas al sistema soviético contenida en el libro.

El pleno ampliado del Comité central del partido Comunista de España (a las sesiones asistieron los 130 miembros del Comité Central, más los 50 militantes que encabezaron las listas electorales de las diferentes provincias en las que el P.C.E. presentó candidatura) aprobó una resolución, “Por los intereses de la paz, la democracia y el socialismo en Europa”. El documento, publicado en *Mundo Obrero* del 29 de junio de 1977, contaba con la firma de 15 camaradas y fue aprobado por unanimidad, salvo una sola abstención

Debido a su importancia, transcribimos el texto completo de la declaración:

*A la vista del artículo sobre el llamado "Eurocomunismo", publicado por el semanario ruso 'Tiempos Nuevos' y retransmitido por la agencia oficial Tass, el Comité Central del Partido Comunista de España se ve precisado a declarar que los ataques contenidos en dicho artículo, aunque personalizados en nuestro*

*secretario general, Santiago Carrillo, so pretexto de su libro ‘Eurocomunismo y Estado’, van en realidad dirigidos contra el Partido Comunista de España en su conjunto, y contra los principios que hoy inspiran la acción política de todos los Partidos Comunistas que están por una vía democrática al socialismo y por un socialismo en la democracia.*

*El Comité Central del P.C.E. considera que es hora ya de que se destierro de las relaciones entre los Partidos Comunistas y obreros el método de suplantación del análisis científico de los problemas planteados por el anatema y la excomunión, totalmente ajenos al espíritu del marxismo. Esos métodos son una de las causas de que no se pueda presentar como modelo ideal de sociedad socialista el llamado ‘socialismo real’ existente en países como la Unión Soviética.*

*El Comité Central quiere recordar, una vez más, que el P.C.E. no se debe a disciplina alguna de ningún centro ni partido dirigente mundial o regional, por otra parte inexistentes. El P.C.E. elabora y seguirá elaborando su línea política y su estrategia con entera independencia, basándose en la experiencia del movimiento revolucionario mundial y en el análisis científico de los cambios que se producen en la realidad socio-económica y política del país. De su actividad responde exclusivamente ante los trabajadores y ante los pueblos de España.*

*Para España, como para otros países capitalistas de parecidas características, la denominada ‘vida eurocomunista’ ofrece la única alternativa válida de avance al socialismo: una alternativa auténticamente revolucionaria que, sin renunciar a las mejores tradiciones del movimiento comunista, asocia, como hicieron los fundadores del marxismo, los ideales socialistas con las profundas e irrenunciables aspiraciones populares a la libertad, que concibe el socialismo como el régimen donde se realiza el más amplio despliegue de la democracia y de las libertades individuales. La línea política del P.C.E. no es otra que ésta. Nuestro partido seguirá esforzándose para profundizar en esta estrategia y para aplicarla de modo coherente hasta sus últimas consecuencias en su lucha práctica cotidiana.»*

Por su parte, la Pasionaria se declaró solidaria a Carrillo, manifestando que “la línea adoptada por el PCE es realista y correcta”, mientras Carrillo, como veremos más

adelante, subrayaba que los dirigentes soviéticos continuaban considerándose “como el Santo Oficio”.

El mismo Carrillo, el 28 de junio de 1977, anunciaba que el artículo escrito en contra del Eurocomunismo y de su propia persona iba a ser publicado íntegramente por la Prensa comunista española, retando a los “amigos soviéticos” a seguir el mismo método para que el público ruso pudiera contar con ambas informaciones antes de formarse una opinión. Para el secretario del PCE, “el artículo de Tiempos Nuevos era tan burdo y maniqueo que una serie de partidos comunistas europeos lo condenaron y lo consideraron un simple anatema que no entraba en la discusión de mi tesis. Y esto pese a que ninguno de ellos se comprometía apoyándolas abiertamente”<sup>644</sup>.

Frente a los ataques soviéticos, comentando el artículo de Tiempos nuevos, Azcárate se ponía un provocativo interrogatorio: “¿Estamos quizás frente a una especie de reacción negativa, fruto de una mentalidad integrista, grosera, incapaz de superar una visión conservadora, que mira al pasado y desea prolongar la división de Europa en bloques militares contrapuestos?”<sup>645</sup>

Por su parte, en respuesta a estos duros ataques, Carrillo declaraba que “por lo que he leído, el artículo de “Tiempos nuevos” descarta la polémica sobre los temas esenciales de mi libro, es decir, sobre el contenido del ‘eurocomunismo’; y contesta sólo a la segunda parte, que se refiere a las experiencias de los países del Este y particularmente a la experiencia soviética”<sup>646</sup>. El secretario del PCE consideraba las críticas facciosas, poco serias y carentes de contenido, limitándose a ofrecer una visión distorsionada de sus ideas, subiendo el tono de la polémica afirmando que “el artículo de ‘Tiempos Nuevos’ es una sarta de mentiras indigna de los periodistas de un partido que se llama marxista y que fue fundado por Lenin”. Más que un estímulo a reflexionar entorno a los problemas del movimiento, el artículo representaba un burdo ataque al “más débil de los tres partidos que están a la cabeza de esta tendencia y por eso nos han escogido como diana”. Asimismo, el secretario amonestaba que el ataque no iba a suponer un cambio en la línea política del partido: “esos señores se han olvidado que el movimiento comunista internacional ya no es una iglesia, que Moscú ya no es Roma, que no aceptamos la existencia de un Santo Oficio en las oficinas del Comité Central del PCUS que pueda excomulgarnos o bendecirnos a su guisa y que esos métodos no tienen ya

---

<sup>644</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 664-665.

<sup>645</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 64.

<sup>646</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 277.

curso entre los partidos comunistas y obreros”<sup>647</sup>. No obstante, para el secretario del PCE, la pequeñez de esas actitudes no podría borrar la grandeza de la Revolución de Octubre o la derrota del nazismo. Pero, para Carrillo, se trataba de un ataque calculado urdido tras las elecciones para “desmoralizar” el partido tras el decepcionante resultado electoral y, al mismo tiempo, impedir que pudiera sacar beneficio por este distanciamiento: si el ataque se hubiera producido unas semanas antes de las elecciones, “nos hubiera dado unos cuantos cientos de miles de votos más”<sup>648</sup>. Y “le hubiera venido muy bien que el ataque se produjera antes del 15 de junio, pero Moscú no tenía el menor interés en facilitar el juego electoral de Carrillo”<sup>649</sup>. En esta línea, Carrillo intentaba utilizar estas acusaciones a su favor, como prueba y demostración del carácter independiente y realmente democrático del partido, tanto que afirmaba: “en aquellas circunstancias *Eurocomunismo* y *Estado* fue, cuando menos, una inequívoca demostración de nuestra sinceridad democrática”.

El gran interés internacional sobre el caso y el eco de la polémica otorgaron protagonismo a la figura de Carrillo, que, a sabiendas de eso, concedió varias entrevistas, apareció en diferentes medios, viajó a varios países. “El artículo es un amasijo de mentiras (...). Lo único que lamento es el momento escogido para el ataque (...) no es casual que se haya producido después de las elecciones y antes del comité central” declaraba Carrillo a la prensa francesa<sup>650</sup>. O recordaba que si fuera jefe de Gobierno y en una situación parecida a la de Checoslovaquia de 1968, frente a un ataque soviético “daría orden de disparar contra los invasores”<sup>651</sup>. En las diferentes entrevistas, el secretario general del PCE solía repetir que “somos tan firmes como un pino” y que se equivocaron pensando que eran los más débiles: “es el país de D. Quijote, es un país de orgullo, con dignidad. Y nuestro partido tiene esto, las virtudes de este país”.

Tras la respuesta oficial del PCE, las declaraciones y entrevistas internacionales de Carrillo, el semanario soviético *Tiempos Nuevos* publicó un nuevo artículo para aclarar su posición y algunos términos de la cuestión. En el primero de ellos, “A propósito de los comentarios extranjeros al artículo sobre el libro de S. Carrillo”, publicado el 8 de julio de 1977, se afirmaba que “a leer los comentarios se advierten signos de que

---

<sup>647</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 278.

<sup>648</sup> *Mundo Obrero*, 29 de junio de 1977.

<sup>649</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 257.

<sup>650</sup> *Le Monde*, 28 de junio de 1977.

<sup>651</sup> *Le Monde*, 15 de julio de 1977.

alguien intenta dar al artículo una interpretación arbitraria y adulterar su contenido”, considerando que los órganos de prensa burguesa querían ofrecer la imagen de que la URSS lanzaba “un ataque” a los partidos comunistas de Europa Occidental o trataba de “excomulgar a alguien del movimiento comunista”: “estas y semejantes afirmaciones no corresponden en absoluto a la realidad (...), el PCUS no ha promovido ni promueve campaña alguna contra ningún partido hermano. No ‘excomulga’ a nadie del movimiento comunista ni puede plantearse tal objetivo contrario a sus principios”. Y añadía: “en el artículo de ‘Tiempos Nuevos’ no hay una sola palabra dirigida contra las actividades de ningún partido, incluido el Partido Comunista de España (...) o contra su estrategia”. Por eso, según el semanario, “quienes han ‘descubierto’ en el artículo un ‘ataque’ contra los partidos hermanos, y en particular contra el Partido Comunista de España, conducen deliberadamente a error a los comunistas y a los medios democráticos en sus países”.

Tras esta primera parte en la que se negaba rotundamente la idea de haber orquestado un ataque, en la segunda parte volvían a las “cargas” contra el Secretario del PCE, cuestionando su actitud y arremetiendo contra su libro: “Durante una larga serie de años, aunque Carrillo intervenía con sus escritos antisoviéticos, en la Unión Soviética, nadie le sometió a crítica pública (...). Santiago Carrillo promueve a lo largo de varios años una campaña declarada y grosera contra la Unión Soviética y el PCUS (...). Desde hace tres o cuatro años no hubo prácticamente una manifestación de S. Carrillo en que no se acusase a la Unión Soviética y al Partido Comunista de la Unión Soviética, de todos los pecados imaginables. Últimamente, en declaraciones a la revista *Spiegel*, la cosa llega al extremo de invitar a la lucha contra las normas existentes en nuestro país”. Posteriormente se acusaba la prensa internacional de falta de objetividad e imparcialidad ya que “no consideran los groseros ataques de S. Carrillo como injerencia en nuestros asuntos internos”. Por eso y frente a la propaganda burguesa que “ha salido unánimemente en defensa de S. Carrillo y de su libro”, el semanario argumentaba el supuesto derecho de “los comunistas y la prensa soviética (...) a defenderse ahora (...). Está claro que los soviéticos no pueden pasar estas acusaciones por alto”. Como veremos a continuación, algunos consideraron estos artículos como un “intento de bajar la tensión internacional”, mientras, para otros, Moscú había simplemente *aggiustado la mira*.

#### 9.4 Críticas y polémicas sobre el libro

La publicación del libro de Carrillo despertó la atención de los medios de comunicación internacional entorno al fenómeno eurocomunista y, sobre todo, como hemos visto, provocó una gran polémica y duro ataque por parte de la URSS. Los periódicos de todo el mundo se ocuparon del libro, comentaron su contenido, entrevistaron Carrillo y debatieron ampliamente sobre el futuro del Eurocomunismo. Sin embargo, aún mayor relevancia tuvo los ataques soviéticos al libro.

En la nota difundida por la agencia de noticias *France-Presse* se subrayaba que el libro “mezcla los elogios y las críticas de la URSS”, atacando, sin citar nombres, a los herederos de Stalin por no haber desmantelado su sistema de gobierno, por las trabas al progreso económico y por el tema de los derechos humanos: “La administración soviética no ha cambiado, no se ha democratizado y hasta ha conservado algunos de sus aspectos coercitivos en sus relaciones con los estados socialistas del Este. Algunos problemas vitales, como la elevación del nivel de vida y el suministro de la población no pueden ser considerados como resueltos”.

La prensa de Europa del Este atacaba el libro considerando que su “finalidad primordial” residía en la voluntad de debilitar y dividir el movimiento comunista. Muy críticos con Carrillo y su libro fueron los periódicos checoslovacos (el *Rude Pravo*), búlgaros, rumanos (a través de la *Bucarest Agerpress*), húngaros (*Nepszabadsag*) y de la Alemania del Este (*Unsere Zeit, Die Welt, Frankfurter allgemeine zeitung*). Se publicaron titulares como “Moscú pretende la caída de Carrillo” (25 de junio de 1977, en el *Frankfurter allgemeine zeitung*), “Las recriminaciones de Moscú contra Carrillo recuerdan los tiempos de Stalin” (27 de junio de 1977, *Die Welt*) o “Carrillo compara la Unión Soviética con la dictadura de Franco” (29 de junio de 1977, en el *Frankfurter allgemeine zeitung*). En los periódicos internacionales se subrayaba la dureza de las críticas de Carrillo, su profesión de fe democrática, su defensa de la necesidad de cambios y modificaciones en los partidos. También los periódicos anglófonos se interesaron por el tema: el *Financial Times* (27 de junio de 1977) afirmaba que “la grieta abierta ahora con Moscú es una ventaja positiva para el partido español. Puede ayudarle a apaciguar las sospechas de que su reciente política ha sido puramente táctica y que se mantiene confiado a una eventual dictadura del proletariado”. Para el *Herald Tribune* (27 de junio de 1977), “el áspero ataque soviético de la semana pasada al líder comunista español Santiago Carrillo pareció la señal de una nueva y mayor campaña de Moscú para estrechar los controles ideológicos”. Asimismo, se subrayaba que “las



reacciones de los tres partidos ante la nueva campaña de Moscú proporciona una muestra de sus diferencias sobre las cuestiones más importantes, indicando el grado de cambio de los PPCC occidentales y si éste representa meramente tácticas electorales o un cambio real de actitud”. Del largo artículo, merece la pena subrayar una de las ideas finales: “La nueva campaña de Moscú parece estar dirigida a compensar las concesiones que Moscú hizo para llegar a un acuerdo de la cumbre comunista de Berlín Este”.

Por su parte, la prensa norteamericana interpretaba la postura soviética como “una vuelta atrás en la permisividad del Kremlin”, “un gran retroceso desde la Conferencia de los Partidos Comunistas Europeos”, “un intento de afirmar nuevamente la preeminencia soviética”.

En un célebre artículo, la periodista norteamericana, Flora Lewis le denominó el “Lutero del comunismo” recordando que “es acaso uno de los líderes del comunismo mediterráneo con mayores escisiones organizados por su izquierda, al tiempo que su figura es severamente criticada por las agrupaciones políticas derechistas”.

Parte de la prensa de Europa oriental ponía el acento en la Conferencia Europea de Partidos Comunistas y Obreros de Berlín, subrayando la unidad de aquel evento, el éxito del encuentro, los resultados positivos frente a esta nueva situación culpando a Carrillo y a su escrito de haber “perturbado” el bloque, “roto” la política de entendimiento y respeto de la independencia de cada partido.

Particularmente sensible al tema se mostró la prensa yugoslava tanto que se llegó a afirmar que “Belgrado denuncia el retorno al estalinismo”. La revista *Komunist*, órgano teórico de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, definía el ataque soviético como “una acusación falsa, artificial”, advirtiendo del peligro que pudieran recurrir al “arsenal ideológico y político de las concepciones estalinistas de las relaciones”. Según la revista se trataba de “acusaciones fabricadas, desde todos los puntos de vista”, que podrían peligrosamente “reanimar las tesis del pasado superadas y rechazadas en el seno del movimiento comunista internacional”.

Las reacciones de los compañeros eurocomunistas fueron más matizadas y preocupadas por evitar una dolorosa ruptura con Moscú, expresando una cauta solidaridad a los camaradas españoles. Era como si el PCI y el PCF querían, a la vez, criticar la intolerancia de *Novoie Vremia* marcando, sin embargo, distancia de las posiciones, excesivamente, críticas de Carrillo. A confirmación de esta actitud, algunos argumentan que el PCI y el PCF contestaron sólo en la medida en que se sintieron ellos mismos atacados sobre el Eurocomunismo. Por lo tanto, no llegaban a una alineación completa

con las posiciones de Carrillo, a quien reprochaban-desaprobaban dos cosas: el deseo recóndito de acentuar la postura eurocomunista, casi a desear crear un *contramodelo*, un polo occidental y sus críticas a la URSS, juzgadas ásperas y excesivas sobre todo por el PCI. A tal propósito, se solía decir que Berlinguer y Marchais trataban al comunismo soviético “con guantes de seda”, tanto que “de ninguno de ellos se podría pensar que hubiera escrito un solo capítulo del libro con el cual Carrillo ha atraído la tempestad moscovita sobre su cabeza”<sup>652</sup>.

No obstante, la postura del Partido Comunista francés puede resumirse en la frase de Marchais: “No nos moveremos ni de una pulgada”; mientras el Partido Comunista italiano denunciaba el “engaño” de los rusos al deformar el pensamiento del Eurocomunismo. Sin embargo, merece la pena subrayar que el PCF y, sobre todo, el PCI, más que arropar a Carrillo y apoyar sus ideas, defendían la independencia de cada partido respecto a Moscú, su posibilidad-derecho a decidir libremente y autónomamente en cuestiones políticas e ideológicas. Por eso, no sorprende que estos partidos aceptaban las críticas pero no la excomunión o la reprobación extrema: se trata de “un libro, del que son criticable algunos capítulos, pero sin recurrir al anatema y la injuria”<sup>653</sup>. Al mismo tiempo, el PCI y el PCF intentaban desmarcarse de los juicios negativos de Carrillo acerca de la URSS y los países del Este Europa.

En esta polémica, los italianos (a los pocos días, Pajetta<sup>654</sup>, Bufalini y Macaluso estuvieron en Moscú como “intermediarios del conflicto”, intentando acercar posturas) defendían la libertad de expresión, considerando que cualquier opinión podía ser “discutida”, negando la existencia de una “autoridad” con el poder de condena. Por lo tanto, más que apoyo al escrito de Carrillo o confirmación de sus ideas sobre el carácter burocrático del estado soviético, el PCI se mostró partidario de la defensa del pluralismo, mostrando su “disenso” sobre el “tono” y “algunas afirmaciones” del artículo de *Tiempos Nuevos*. Según varios observadores italianos, Berlinguer y otros dirigentes del PCI consideraron la actitud de Carrillo imprudente, demasiado “impulsiva”, ya que no había calculado las consecuencias de su acción, las posibles represalias. Por eso, como declaró el disidente checoslovaco Jiri Pelikan, el PCI daba,

---

<sup>652</sup> “El enreversado Eurocomunismo” de Johann Georg Reissmueller, en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 27 de junio de 1977.

<sup>653</sup> *L’Humanité*, 7 de julio de 1977.

<sup>654</sup> Tras la publicación de libro, Pajetta afirmó: “Noi siamo contro i ‘testi sacri’ e non ci va che Carrillo diventi di colpo il vangelo dell’eurocomunismo soltanto perchè ha scritto un libro”. Graziani, Pier Antonio: *Nei punti alti del capitalismo: il Pci da Togliatti a Berlinguer a Occhetto*, Cinque Lune, Roma, 1991, pág. 119.

una vez más en su historia y tal como pasó en Praga, la impresión de querer “mantenere una doppia solidarietà con la vittima e con l’assassino”. Carrillo quedó bastante decepcionado ya que de los “camaradas italianos” se esperaba “algo más” que una actitud tan prudente.

Por su parte el PCI consideraba “inútil ampliar el distanciamiento de Moscú que ya ocurrió en otras circunstancias”. Entre la vehemencia de Carrillo y la intransigencia soviética, el Partido Comunista italiano apostaba por una postura medida, que evitase la “contraposición”.

Sin embargo, las diversas posturas en el caso concreto pusieron de manifiesto la falta de unidad dentro del Eurocomunismo: no representaba un bloque, ni una alianza, un triángulo no saldado en todos sus vértices. Se trataba de un movimiento en el cuyo seno las diferencias alimentaban posibles escisiones antes de haber alcanzado la unidad.

En sus diferentes publicaciones en el mes de junio de 1977, el periódico comunista italiano, *L’Unità*, intentaba afirmar que el libro de Carrillo no representaba la “exposición completa de una doctrina, del ‘eurocomunismo’”, sino más bien era un elemento de reflexión y discusión en torno al tema. La postura del diario parecía condicionada por el temor de poder agrandar las divergencias existentes y, por tanto, cautamente se distanciaba de la defensa intransigente del libro, reconociendo la necesidad de superar el monolitismo o el deseo de un “alineamiento” exasperado. *L’Unità* apostaba por el diálogo, considerando el tono de la crítica demasiado áspero y anacrónicos los términos con que el seminario soviético describía las relaciones entre el Este y el Oeste de Europa, subrayando que la polémica provocada por el semanario “no es útil a nadie: es confundir diversidad y hostilidad”. Asimismo, en aquellos días, el órgano de información del PCI recordaba las palabras de Togliatti sobre el “valor de las diferencias”, de la utilidad de una “discusión para una comprensión recíproca”.

Tras la publicación del segundo artículo en el semanario *Tiempos Nuevos*, el periódico del PCI asumió una postura más firme, crítica, explicando: “nosotros hemos tomado posiciones contra el ataque de T. N. a Carrillo no sólo por su tono, que también nos ha parecido inadmisible, sino por su fondo: lo hemos juzgado no tanto como una ‘excomunión’ (...) sino como un ataque directo a un partido y a su máximo exponente (...). Pero indirectamente el artículo de T. N. nos ha parecido también un ataque contra toda una tendencia de la vida política europea –llamémosla también ‘eurocomunismo’– que busca, ciertamente, una vía autónoma, adaptada a nuestros países, de avance hacia

el socialismo...”<sup>655</sup>. Afirmando de haber “tomado nota de lo que se nos ha dicho en Moscú y que ha encontrado eco en el segundo artículo de T. N.”, *L’Unità* recordaba que los grandes problemas de estrategia política se mantenían y, por lo tanto, invitaba a no “eludir los verdaderos nudos políticos”. Asimismo, según el diario italiano “mucho se ha hablado en estos días de herejías y cismas. Pero una de nuestras primeras contribuciones al ‘eurocomunismo’ y a su empeño crítico ha sido precisamente el rechazo de las lógicas eclesásticas y por lo tanto cismáticas”. El artículo, a firma de Alfredo Reichlin, subrayaba la importancia de reflexionar críticamente sobre el movimiento comunista sin excluir “en absoluto un análisis atento, marxista, de la sociedad soviética contemporánea y de su historia. Así precisamente debe ser: un investigación seria y en profundidad”.

Todos los medios italianos dieron relevancia a la diatriba, mostrando posiciones muy críticas respecto a la URSS y bastante comprensivas sobre Carrillo. Los titulares de la última semana de junio de los periódicos italianos<sup>656</sup> estuvieron monopolizados por esta “fractura”, considerándola un primer paso en una posible ruptura. Otros (como el *Corriere della Sera*) publicaron reseñas y críticas del libro, promocionando su lectura. Entre tantos, recubrió especial relevancia un artículo-reseña de Bettino Craxi, el Secretario General del Partido Socialista Italiano, publicado en el *Avanti*, el 7 de julio de 1977. Según Craxi, “nos encontramos frente a un contraste de principios y de perspectivas en el que tanto Carrillo como los soviéticos del PCUS tienen el mérito de haberse definido con gran claridad”. Tras recordar las principales críticas al libro *Eurocomunismo y Estado*, el autor afirmaba que “los soviéticos reaccionan contra un conjunto de críticas que se sostienen orgánicamente sobre una filosofía política que tiene un inequívoco contenido escisionista y desviacionista: rompe la unidad ideológica del comunismo europeo en tanto que pone en discusión las bases del modelo marxista-leninista”. Tras sostener que las ideas contenidas en el libro coincidían a las de varias “escuelas de la izquierda revisionista europea, tanto del este como del oeste”, se recordaba que “la propuesta que Carrillo dirige a la izquierda europea es la de elaborar una política capaz de convertir a Europa en plenamente autónoma, tanto de la hegemonía americana como de la hegemonía soviética”. El artículo de Craxi concluía elogiando la postura de Carrillo y de sus ideas, menospreciando o, al menos dudando,

---

<sup>655</sup> *L’Unità*, 10 de julio de 1977.

<sup>656</sup> “China apoyará el eurocomunismo”, *Il Tempo*, 26 de junio de 1977; “Marchais reafirma plena independencia”, *La Stampa*, 25 de junio de 1977; “El PCE rechaza las acusaciones a Carrillo”, *Il Giornale*, 25 de junio de 1977.

de la del PCI: “En Madrid, los eurocomunistas han aportado un documento en el que se dice, entre otras cosas, que ellos no cederán a la ‘tentación totalitaria’. Propósito excelente. Pero sólo Carrillo, al menos hasta ahora, se ha dado cuenta de que hay sólo un modo para inmunizar al movimiento socialista de la tentación totalitaria y es el de una clarificación de fondo, sin perífrasis, de principios y de perspectivas”.

Por su parte, la prensa francesa se ocupó ampliamente de la polémica, dándole más relevancia a la actitud y respuesta de Carrillo que a la naturaleza de los ataques soviéticos. *Le figaro* destacaba que Santiago Carrillo veía “su posición de líder reforzada”, habiendo sabido desmontar la maniobra cuyo objetivo era “aislarle dentro de su propio partido”<sup>657</sup>. *L’Aurore* ponía el acento en la actitud de la “irreductible Pasionaria, encarnación tradicional de la ‘kremlin idolatría’, [que] protestando contra la bronca de Moscú y declarando muy acertadamente que la línea adoptada por el PCE es ‘realista y correcta’”<sup>658</sup>, defendía la posición de Carrillo. El diario cercano al partido socialista francés, *Le Matin*, reproducía la información de la televisión soviética según la cual si el PCE no había recibido tantos votos así como se pensaba a lo largo de la campaña electoral era porque su dirección “ha cambiado con frecuencia su análisis y consignas”. Luego se transcribía el informe del Comité Central del PCE<sup>659</sup>. En estos mismos días, el diario *Le Monde* publicó una entrevista a Carrillo tras la publicación de la resolución en la que el secretario del PCE subrayaba “he escrito este libro solo” sin consultar previamente los partidos italiano y francés. Volvía sobre su idea de que la fecha elegida para atacarle no era casual, producido después del escrutinio para no concederle ninguna ventaja electoral. Asimismo retornaba sobre su idea que “estos señores creen que el movimiento comunista internacional es una Iglesia. Siguen considerándose como el Santo Oficio. Piensan todavía poder lanzar anatemas y excomuniones”. Y tachaba el artículo contra su persona y el libro como “prodigio de maniqueísmo y de falsificación de las tesis de nuestro partido”<sup>660</sup>.

Pocos días más tarde, *Le Monde* publicó las opiniones de Jacques Denis, miembro del Comité Central del PCF, sobre la polémica y su defensa de la postura eurocomunista, por la compartida “preocupación democrática” de varios partidos comunistas de países capitalistas industrializados: “no es una invención satánica. Es, a la vez, una realidad objetiva y un hecho nuevo. Naturalmente, incluso entre los partidos comunistas que la

---

<sup>657</sup> “El P.C.E. rechaza las críticas de Moscú”, *Le Figaro*, 27 de junio de 1977.

<sup>658</sup> “Acrobacias comunistas”, *L’Aurore*, 27 de junio de 1977.

<sup>659</sup> “Carrillo y la Pasionaria critican a Moscú”, *Le Matin*, 27 de junio de 1977.

<sup>660</sup> Entrevista de Charles Vanhecke, publicada en *Le Monde* de 26 de junio de 1977.

reconocen, ésta recubre una gran diversidad de situaciones, definiciones y comportamientos (...). Por nuestra parte, nos parece útil más que declarar la guerra contra una palabra, aprovechar las condiciones nuevas y tener en cuenta las necesidades de nuestra lucha”<sup>661</sup>.

Aunque pueda parecer paradójico, pero probablemente la críticas más duras al libro de Carrillo provinieron desde la propia izquierda, que le acusaba especialmente por el abandono de la dialéctica marxista. Por eso no debe extrañar que algunos le tacharon de “campeón antisoviético”, “campeón mundial del anticomunismo”, afirmando que Carrillo padecía un ataque de furioso antisovietismo.

Entre tantas críticas, puede que la que tuvo más eco fue la del filósofo marxista, Julio Luelmo, según el cual el libro de Carrillo pretendía encubrirse “en el supuesto análisis marxista de una realidad concreta y en reiteradas afirmaciones de fidelidad a las tesis marxistas que, en realidad, aparecen terminantemente repudiadas”<sup>662</sup>. Luelmo acusaba Carrillo de presentarse como el nuevo teórico del marxismo y en virtud de este estatus, de pretender universalizar las tesis del Eurocomunismo presentándolas como el natural desarrollo del marxismo y, por lo tanto, válidas para los países desarrollados.

Para el autor, Carrillo presentaba una visión profética del eurocomunismo que pasaba por el abandono y repulsa de la esencia del materialismo histórico, por consiguiente del marxismo, repudiando “toda una concepción filosófica formulada en un conjunto enciclopédico de obras clásicas que inspiran todas las realizaciones sociales de nuestra época”. Se trataba de un libro que ponía de manifiesto el abandono, por parte del secretario del PCE, de las posiciones políticas inherentes al puesto que ocupaba, y que ponían de manifiesto su deseo “de prescindir totalmente de toda norma analítica que se inspire en la categoría del materialismo dialéctico”. Asimismo, el libro, en que se hacía evidente la contradicción entre la adhesión a la teoría marxista y la repulsa contundente de la misma, no contenía ni un solo elemento de análisis teórico: “amparado en la terminología marxista, las tesis de Carrillo repudian lisa y llanamente las tesis de Marx, Engels, Lenin, la lucha de clases, el socialismo científico”<sup>663</sup>, sin proponer una tesis distinta, una nueva base teórica. Por eso el autor amonestaba que, para que el eurocomunismo adquiriera una mínima consistencia como sustitutivo del marxismo

---

<sup>661</sup> “Una realidad objetiva y un hecho nuevo” de Jacques Denis, *Le Monde*, 20 de junio de 1977.

<sup>662</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “Eurocomunismo y Estado” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 11.

<sup>663</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “Eurocomunismo y Estado” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 11.

ortodoxo, tendría que presentar algún elemento de análisis teórico o, al menos, las bases de su propia filosofía.

Parte de la crítica de Luelmo se centraba en la parte del libro de Carrillo dedicada a la dictadura del proletariado, considerando que el secretario del PCE la utilizaba como “argumento para fundamentar la tesis de una supuesta aversión a toda forma de dictadura en abstracto” y en defensa de una democracia *abstracta*, “químicamente pura”, basada en el sufragio universal o democracia burguesa. El autor cargaba contra Carrillo por su supuesto silencio respecto a las ideas clásicas sobre la dictadura del proletariado como “forma expresiva de la democracia socialista”, omitiendo que “las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en último resultado, necesariamente, una dictadura de la burguesía”<sup>664</sup>. Continuando sobre el tema y defendiendo esta fórmula de Lenin, para Luelmo, rechazando la dictadura del proletariado para adherir a la democracia basada en el sufragio universal, Carrillo en realidad, estaba adhiriendo a la dictadura de la burguesía, “puesto que no existen formas abstractas de dictadura ni de la democracia, sino formas concretas de una y otra que expresan alternativamente la dictadura de una u otra clase, en el seno de cada una de las cuales conviven democráticamente los sectores integrantes de la clase respectiva, pero ejercen su poder dominante mediante la dictadura sobre su clase antagónica”<sup>665</sup>.

A pesar de poner de manifiesto una “reiterada proclamación de fidelidad a los principios y una contradictoria negación sistemática de ellos”, para el filósofo marxista, la actitud de Carrillo revelaría “una agresividad inconcebible, igualmente encubierta en una protesta constante de amistad”<sup>666</sup>.

Resumiendo su posición, Luelmo afirmaba que según su opinión “*Eurocomunismo y Estado* se orienta de modo directo a una ruptura decidida, aunque disfrazada con reiteradas proclamaciones de fidelidades antes mencionadas, con el cuerpo teórico del marxismo-leninismo y con los países que han construido y construyen el socialismo de acuerdo con estos supuestos teóricos”<sup>667</sup>.

---

<sup>664</sup> Lenin, *Estado y Revolución*, pág. 17.

<sup>665</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “*Eurocomunismo y Estado*” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 26.

<sup>666</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “*Eurocomunismo y Estado*” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 33.

<sup>667</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “*Eurocomunismo y Estado*” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 45.

También Gregorio Morán, en su libro sobre la historia del PCE, criticaba la decisión de Carrillo de escribir *Eurocomunismo y Estado*, un libro “terminado impacientemente”, cuya publicación “revela su olfato y su indiscutible capacidad de trabajo”: “La idea fue construir un texto a modo de programa ante la inminente legalización diseñando las líneas más avanzadas del eurocomunismo e incluso marcando una especie de línea de no retorno que le colocara en punta del comunismo occidental”<sup>668</sup>.

Tras la publicación del libro, por su parte, Ernest Mandel lo describía como expresión del “revisionismo neorreformista de su partido”, postulando las principales premisas teóricas y analíticas del reformismo. Para este autor, además de “asegurar la victoria de la burguesía”, el libro revelaba que “la doctrina del eurocomunismo es una doctrina de desmovilización y de derrota del proletariado europeo en el umbral de las grandes explosiones prerrevolucionarias que se avecinan, sobre todo al sur del continente”<sup>669</sup>. Aún así el político belga reconocía el merito del libro de cuestionar la teoría del socialismo en un solo país, su “crítica sistemática de la burocracia soviética y de las formas de poder en la URSS”, los ataques a la “degeneración burocrática de la URSS” y “el reconocimiento que no hay democracia obrera en la URSS”. Y sobre todo, encomiaba la rehabilitación de Trotsky y del trotskismo, como “representantes de una corriente del movimiento obrero que han tenido la razón en una serie de puntos”, y de Andreu Nin, cuyo asesinato venía tachado de “acto abominable e injustificable”. Tras esta parte *positiva*, Mandel subrayaba algunas contradicciones cuales: no se explicaba en el detalle los privilegios de la burocracia soviética; en tema de “pluralismo político”, no se subrayaba la necesidad tajante de “abolir el régimen de partido único” y que “una democracia obrera es imposible sin multiplicidad de partidos políticos, sin el disfrute de los derechos políticos por parte de todos (incluyendo el derecho de huelga y el derecho a una prensa de oposición)”; pese a definir la forma de poder en la URSS como “un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas”, para Mandel, Carrillo “no formula en ningún momento la conclusión evidente: la necesidad de una revolución política para derrocar la dictadura burocrática”; y a pesar de denunciar la dictadura soviética, no formulaba la solución “de recambio evidente: no un regreso al parlamentarismo burgués, sino institucionalización del poder de los trabajadores, del poder de los consejos obreros (soviets) elegidos libre y democráticamente”; y finalmente, pese a

---

<sup>668</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986, pág. 548.

<sup>669</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 85.



rechazar la teoría del “socialismo en un solo país”, “no saca la conclusión lógica: el curso hacia la revolución socialista internacional, el rechazo del ‘nacionalcomunismo’, el abandono de toda utopía de ‘transformación socialista’ del solo ‘Estado español’, la orientación a favor de los Estados Unidos socialistas de Europa y del mundo, la necesidad de una nueva Internacional Comunista de masa no infeudada a ningún estado, única expresión de los solos intereses del proletariado internacional, de los solos intereses de los explotados y los oprimidos del mundo entero”<sup>670</sup>. Y sobre la polémica entre Carrillo y *Tiempos Nuevos*, Mandel opinaba que el contenido ideológico de las acusaciones era nulo, considerando la réplica soviética como “una mezcla de falsificaciones y de calumnias caracterizadas, y de ineptias que no ofrecen ni la semejanza a una respuesta a la argumentación del secretario general del PC español”, subrayando “la mala fe de los portavoces del Kremlin”. Para Mandel, más que preocupada por la estrategia eurocomunista, Moscú atacaba la “denigración del sistema de poder vigente en la URSS”, las “críticas públicas, gradualmente cada vez más amplias, de los teóricos y dirigentes eurocomunistas en relación a la dictadura burocrática de la URSS y a los atentados contra las libertades democráticas de las amplias masas, que allí son norma”<sup>671</sup>.

### 9.5 Análisis y reflexiones sobre el texto

El libro de Carrillo más que abordar nuevas temáticas o presentar alguna concepción especialmente novedosa, se “limitaba” a presentar las tesis que el Partido Comunista de España había venido formulando en los últimos años. Por esas razones, el libro no se proponía “revolucionar” la estrategia del partido, sino más bien profundizar algunas de las posturas que el PCE había venido asumiendo. Aún así, los soviéticos procedieron a una “excomunión en regla del hereje Carrillo”, lanzando una campaña “sin precedentes en agresividad y en contenido desde los tiempos de las campañas contra Tito o contra Mao”<sup>672</sup>.

Para el secretario del Partido Comunista español, el libro representaba la respuesta las críticas de “oportunismo, de abandono del internacionalismo a favor del ‘nacionalismo’; de ‘antisovietismo’, de deserción de la ‘posición de clase’; (...) de *revisionismo* (...). Nuestros adversarios, o incluso ciertos aliados, nos atacan o emiten reservas desde otro

---

<sup>670</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 88-90.

<sup>671</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 102-112.

<sup>672</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 267.

ángulo: dicen o sugieren que puede tratarse de una simple ‘maniobra coyuntural’, en un caso para facilitar el entendimiento con otras fuerzas democráticas y salir del ghetto de la clandestinidad, en otros, para lograr mejores resultados electorales; en último fin, para abrirnos camino más fácilmente hacia el gobierno, y, una vez en él, cuando nos sintamos fuertes, ‘dar el golpe y quitarnos el antifaz’”<sup>673</sup>.

El libro quería ofrecer una respuesta a un problema evidente: hasta su publicación –y probamente tras de ella también-, el programa eurocomunista se limitaba a postular el cambio, presentar unas indefinidas declaraciones bienintencionadas acerca de la necesidad de “dar la vuelta” a los aparatos del Estado. Sin embargo, parecía necesario incorporar previsiones acerca de cómo sería posible proceder a la estatalización de la sociedad y no a la socialización del Estado. Quizás eso fue el verdadero desafío del movimiento eurocomunista: se trataba no sólo de ofrecer una nueva valoración de la democracia, de las libertades y del pluralismo, sino también de plantear una estrategia viable para convertirlas en motor de la transformación social.

A la espera de la legalización, Carrillo consideró oportuno “formalizar” las líneas políticas del partido, construyendo un texto a modo de programa en el que deseaba presentar la nueva criatura eurocomunista.

En sus *Memorias*, escritas años después, tras la caída del muro de Berlín, Carrillo declaraba que su escrito contenía una evidente clarividencia: “Estas tesis (...) planteaban realidades de fondo que tuvieron su estallido doce o trece años después, pero que entonces pocos querían aceptar, por lo menos explícitamente. Era más fácil meter la cabeza bajo el ala, contentarse con esquemas propagandísticos profundamente enraizados y tapar con ellos los hechos, sobre todo cuando los adversarios más determinados de la URSS creían en la perennidad del sistema si no se le derrotaba por la fuerza de las armas”<sup>674</sup>. Y en la misma línea, añadía: “Bastantes años más tarde de la publicación de mi libro resultó que mis previsiones sobre la caída del sistema soviético se confirmaron. Cuando Gorbachov intentó reformarlo y democratizarlo, la misma burocracia que durante decenios se benefició de él provocó el fracaso del reformador”<sup>675</sup>.

Según parte de la crítica internacional, el libro representaba el testimonio directo de la evolución política de Santiago Carrillo, que, mientras desde 1936 a 1956, fue estalinista,

---

<sup>673</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 15-16.

<sup>674</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 664.

<sup>675</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 665.

a partir de esta fecha, parecía buscar una fórmula comunista que, prescindiendo del leninismo y aceptando la democracia parlamentaria, pudiera alcanzar un socialismo marxista. El cambio de actitud y de táctica política de Santiago Carrillo se consideraba prueba de su “vulnerabilidad”, demostración de la falta de ideas concretas y tendencia al oportunismo. Un ejemplo de esta visión lo ofreció la televisión soviética, donde, el día 26 de junio de 1977, en plena polémica por la publicación del libro, el locutor Vladimir Bovin declaraba: “la dirección del PCE no se ha orientado siempre como lo exigía la situación, cambiando frecuentemente su análisis y sus consignas. Un día se ponía al Rey por las nubes, al siguiente se afirmaba que los comunistas españoles serían los primeros en demostrar que existe la posibilidad de construir el socialismo bajo la monarquía. Un día, luchaban por la unidad de las fuerzas de izquierda, el siguiente defendían la tesis de que un bloque de izquierdas no era necesario porque dividiría al país”.

Entre la ideas del libro, merece la pena destacar la idea de Carrillo sostenía que el proyecto leninista no se había realizado en ningún país, que el estalinismo “ha sido una forma de totalitarismo”, con sus degeneraciones y deformaciones del Estado. Según Antonio Elorza, en este libro “reaparece la admiración por Trotski” dentro del partido comunista español, idea que el mismo Manuel Azcárate, en una ya citada entrevista a un periódico italiano (*Il Tempo*), admitió: “Durante la guerra asumimos actitudes equivocadas, especialmente sobre el problema del trotskismo, por la influencia que en aquel tiempo ejercía la Unión Soviética sobre el partido comunista español”. En el libro, Carrillo confiesa que llegó a creer que Trotsky y el trotskismo habían sido agentes del nazismo para luego descubrir, tras el XX Congreso del PCUS, que muchas de las atrocidades denunciadas por él eran ciertas: “es más que tiempo de que se haga esta presentación objetiva del papel de Trotsky durante la revolución”<sup>676</sup>. Asimismo, a lo largo del libro, el mismo Carrillo admitía de haber cambiado diversos puntos de vista defendidos en otros periodos, afirmando que “*revisar*, en sentidos contrapuestos, lo han hecho no sólo los antimarxistas, sino los marxistas más destacados”, subrayando que “las revoluciones proletarias se revisan a sí mismas, y los revolucionarios también. Lenin revisó ciertas tesis de Marx...”<sup>677</sup>. Con estas palabras, el secretario del PCE parecía referirse a una de sus anteriores afirmaciones en la que afirmaba que incluso el

---

<sup>676</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 150.

<sup>677</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 23.

leninista por antonomasia, Stalin, “consideraba que cierta tesis de Lenin eran caducas”<sup>678</sup>.

Respecto a las duras críticas, el libro fue considerado como una escrito personal del secretario de un partido, no como un informe presentado y aprobado por los órganos de esto. Por eso, los ataques aparecieron desmesurados, sobre todo si tenemos en cuenta que, diplomáticamente, en el libro se mezclaban “críticas y halagos”: el secretario del PCE se preocupaba de evitar una brusca ruptura con los países socialistas y por lo tanto, en el texto, recordaba la importancia del papel de la revolución rusa, subrayando su necesidad histórica y su valor para el desarrollo del socialismo. Asimismo, Carrillo afirmaba que el Estado soviético se alejó de las enseñanzas de Lenin, siguiendo un camino “desventurado” fue por el acoso imperialista, que le retó en una carrera armamentística y una industrialización rápida.

No obstante, los soviéticos utilizaron el libro de Carrillo como pretexto, un *escamotage*, para poner de manifiesto su desacuerdo con la nueva línea eurocomunista. Se le atacaba por las críticas al socialismo real, pero, sobre todo, era el que tenía una base política más débil entre los dirigentes eurocomunistas. Según algún periodista de la época “la misma violencia del ataque era una señal de debilidad”, mostraba el miedo y el interés que despertaba el Eurocomunismo.

El “anatema” del periódico Tiempos Nuevos se caracterizaba por la dureza de sus palabras y la profundidad de sus argumentos. Era evidente que los ataques evidenciaban dos preocupaciones de los dirigentes soviéticos: la posible creación de una Europa independiente, no solo fuera de los dos bloques y de sus orbitas de influencia, sino también unida entorno a un sistema democrático socialista que conllevaría el gran peligro de poder ejercer una gran atracción sobre la Europa oriental. El PCUS se preocupaba de “vacunar” a Europa oriental para que no se hiciese vulnerable al contagio del eurocomunismo. Asimismo, el PCUS necesitaba fortalecer el carácter socialista de su régimen sobre todo ante sus ciudadanos ya que las repetidas críticas del Eurocomunismo alimentaban las dudas en las filas de los militantes.

Según algunos comentaristas el artículo ponía de manifiesto el objetivo del PCUS, su deseo: “tratando de negar la legitimidad ideológica y política del eurocomunismo como ‘tercera vía al socialismo’, los soviéticos tratan, en sustancia, de derrotar la filosofía según la cual es imposible crear un socialismo sin vinculaciones con Moscú y sin una

---

<sup>678</sup> Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pág. 254.

integración total en la lógica capitalista. Una filosofía en la que podrían inspirarse con el tiempo los países de Europa occidental”<sup>679</sup>.

Para la estudiosa francesa, Anne Kriegel, era plausible imaginar que los soviéticos escogerían a Carrillo como víctima propiciatoria de sus ataques “en función de un clásico cálculo táctico de las relaciones de fuerza”. En lugar de un ataque frontal al Eurocomunismo, a Berlinguer o a Marchais, se decidió atacar al PCE y sobre todo a su secretario: de los partidos eurocomunistas, el español seguía siendo el más frágil y marginal. Además el partido se encontraba en una posición débil al haber sufrido un grave revés en las primeras elecciones legislativas. Y Carrillo se convertía en el blanco ya que había tenido la osadía de publicar una obra de reflexión teórica, es decir trasladaba “la discusión del plano, admisible, de las evaluaciones estratégicas, al plano, inadmisible, de la revisión doctrinal”. En otras palabras, se discutía la intangibilidad del Credo.

A la luz de todo esto, respecto al tema de nuestro interés, parece evidente que, considerando las razones de fondo y el momento escogido, el ataque a Carrillo tenía varios objetivos: por un lado, representaba un ataque transversal al Eurocomunismo con el fin de intentar abrir una crisis dentro del movimiento eurocomunista, dar paso a una posible escisión entre los partidarios de una fractura-alejamiento de Moscú apoyando la “herejía” española y quien estaba dispuesto a realizar “marcha atrás”, volver a la senda del apoyo incondicionado y al culto del mito soviético. El mensaje crítico del PCUS estaba dirigido, por elevación, contra el partido comunista italiano y el francés para evitar un nuevo cisma: se aspiraba a dividirlo, distinguiendo “entre el peor (Carrillo) y el menos malo (Berlinguer, Marchais)”<sup>680</sup>. Por otro lado, se trataba de intentar debilitar a uno de sus componentes, ablandar el partido “más expuesto”, el más frágil, “el eslabón más débil” de la cadena eurocomunista que, tras la contienda electoral, contaba con apoyo minoritario comparado con los otros dos partidos comunistas: “de haber obtenido el 20% que esperaba Carrillo en las elecciones, posiblemente el Kremlin lo habría pensado dos veces”<sup>681</sup>.

La idea de que, tras el insatisfactorio resultado electoral, el PCUS consideraba haber llegado el momento “idóneo para atacar” el PCE, resulta común a varios analistas de la

---

<sup>679</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 62-63.

<sup>680</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 268.

<sup>681</sup> Claudín Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 268.

época y póstumos ya que el resultado de las elecciones permitía catalogar al partido y su limitado grado de influencia: la expresión atribuida a Carrillo definiendo, en vísperas de las elecciones, al Partido como un “PC italiano en pequeño” parecía contradicha por los acontecimientos.

Una de las parte más discutida del libro fue aquella en que Carrillo definía el Eurocomunismo como “de una vía al socialismo que, lejos de la consigna leninista de destrucción del Estado burgués para su recambio inmediato por un Estado obrero transitorio, se debía hacer desde el Estado democrático - liberal pluripartidista, buscando en todo caso su complementariedad con órganos de poder popular subordinados”. Sobre este punto, los críticos ponían de manifiesto que el esquema presentando resultaba demasiado especulativo y dejaba algunos cabos sueltos, porque ni precisaba las soluciones de continuidad entre estas etapas prolijamente descritas ni dejaba claro cómo se podría neutralizar a los sectores reaccionares sin recurrir a medidas de fuerza cuando el proceso hubiera avanzado, de manera que se confundía demasiado con la vía reformista de la socialdemocracia clásica.

Pese a que entre los objetivos del ataque entraba el deseo de debilitar la posición del secretario general del partido, para algunos analistas españoles, la publicación del libro y la siguiente polémica sirvieron a Carrillo para remarcar su “liderazgo interno” tras la legalización del partido: tras el exilio y la ausencia del país, con este libro, el secretario quería poner de manifiesto su autoridad, su carisma. La excomunión se pronunciaba en vísperas del Comité central esperando que los malos resultados, la fricción con Moscú, un posible mayor protagonismo de la Pasionaria tal como deseaban los soviéticos pudiera marcar el declive político de Carrillo, el ocaso de su estrategia política. No obstante, a contrario, Carrillo utilizó la polémica no solo, como ya dicho, para reafirmar las buenas intenciones y los cambios adoptados por el partido, sino también como diversivo, la “excusa” perfecta para distraer la atención pública y el malestar de la militancia tras el fracaso electoral. A demostración de “su característica habilidad tacticista”, el secretario del PCE consiguió realzar su imagen y la del partido, utilizando el libro como prueba de este viraje.

¿Revisionismo? ¿Heterodoxia? ¿Oportunismo? O ¿disidencia? El libro de Carrillo ponía el tema eurocomunista en los focos de la atención internacional, representando un intento de reflexionar sobre un tan tema actual como controvertido. Sin embargo, también significó “el final de una sinfonía sabiamente orquestada hace unos seis

meses”, la abertura de una crisis que se había a duras penas evitado el Berlín-Este y que, en realidad, sólo se había pospuesto, emergiendo con toda su fuerza en la polémica.

Los críticos atacaban Carrillo en incurrir en omisiones “voluntarias o involuntarias”, en notables contradicciones; asimismo se le acusaba de haber escrito un libro “voluntariamente contradictorio y embarullado, tratándose de un proyecto trazado para hoy y para mañana”. Asimismo se recordaba que “las comillas con las que Carrillo exorna, en portada y contraportada, de forma reiterada y expresiva, la palabra Eurocomunismo parecen privar gran parte de sustantividad al nuevo término, confiriéndole unos valores transitorios y adjetivos, impropios de quien pretende dar, a su amparo, un brusco cambio de timón a una firme y arraigada praxis comunista”<sup>682</sup>. Además se acusaba a Carrillo de no tratar de forma satisfactoria dos puntos de máximo interés: “1. Establecer las diferencias ideológicas –en España- entre socialismo democrático –PSOE- y la nueva tendencia comunista, y con ello justificar la oportunidad y procedencia de su aparición como nueva opción política en nuestra patria. 2. La concreción del nuevo modelo de sociedad que, como meta de un eurocomunismo triunfante, se propugna”<sup>683</sup>.

En la misma línea y subrayando la “tentación socialdemócrata”, Claudín afirmaba: “Aunque carente de relevancia teórica, el libro revestía indudable interés político por ser de quien era. Carrillo sigue fiel en él a la doctrina estalinista del cambio social, común al marxismo leninista y al marxismo socialdemócrata clásico, el primero con una concepción dictatorial del Estado y el segundo con una concepción democrática (...). En *Eurocomunismo* y *Estado* Carrillo abandona la concepción leninista y se aproxima a la socialdemócrata”<sup>684</sup>. Según esta opinión, el libro ponía de manifiesto las contradicciones teóricas que el partido mantenía, alejándose cada vez más de los ideales leninistas para aproximarse a la postura socialdemócrata. Sin embargo, para Claudín, “el perfume de escándalo que emanaba el libro no se debía tanto a estas nuevas posiciones doctrinales como a sus críticas al sistema soviético”. Las palabras de Carrillo que negaban el carácter socialista del Estado soviético presentándole como un estado burocrático, iban más lejos de sus anteriores declaraciones o de cualquier informe del Partido: “lo que Carrillo dice en *Eurocomunismo* y *Estado* es suficiente para llegar a la conclusión de que en el sistema soviético no existe un átomo de democracia y tiene

---

<sup>682</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 38 y 52.

<sup>683</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 42.

<sup>684</sup> Claudín, Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 256.

todos los rasgos de un sistema opresor, tanto en lo político como en lo social o cultural”: Pero aquí estribaba la mayor contradicción del planteamiento eurocomunista: las tembladas críticas al sistema soviético ponían de manifiesto una vez más la contradicción típica del Eurocomunismo que, por un lado, afirmaba imperiosamente que no podía existir socialismo sin democracia, y que, sin embargo, por otro lado, seguían considerando socialista a un régimen claramente carente del atributo democrático. Se trataba de un error clásico, típico, de afirmar “que no puede haber socialismo sin democracia y seguir considerando socialistas a regímenes carentes de cualquier atributo democrático”. Aún así, para Claudín, “ante la opinión pública en general lo que resaltaba en el libro de Carrillo no era esta contradicción intrínseca, sino su dura crítica a las dictaduras del este”<sup>685</sup>.

Entre las tesis presentadas en el libro, resultaba de gran interés la parte relativa al cambio de las estructuras del Estado. Según la opinión de Carrillo, el Estado ya no representaba el “instrumento” de poder y opresión de las clases dominantes (concepción leninista-estalinista), sino más bien una compleja estructura, susceptible de ser transformada desde dentro, desde su interior, a través del sistema democrático, parlamentario. Se trataba de la realización de un cambio de las estructuras económicas y sociales.

Las ideas propuestas por Carrillo en su libro demostrarían como, desde el punto de vista ideológico, el Eurocomunismo surgiría de la crisis del pensamiento soviético, del materialismo histórico y dialectico.

Probablemente, el libro representó el intento más riguroso de presentar una teoría eurocomunista del Estado, un nuevo marco en que encuadrar la transformación socialista de la sociedad en un proceso democrático. *Eurocomunismo y Estado* puede considerarse un esfuerzo para dotar de una base teórica un movimiento que parecía apoyarse en la práctica. Sin embargo, resulta difícil considerar que el ensayo de Carrillo consiguió cumplir este objetivo o, al menos, incrementar el nivel teórico del debate en torno a este tema. Como veremos a continuación, una de las principales debilidades y limitaciones del eurocomunismo –que determinaron su apresurado declive– fue precisamente la incapacidad a postular una teoría creíble, una propuesta transformadora que pusiera de manifiesto el camino a seguir para sustituir el Estado burgués con uno

---

<sup>685</sup> Claudín, Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 257.



proletario. No obstante, sobre este tema, la criticada “insuficiencia teórica” del eurocomunismo hablaremos más tendidamente en las páginas sucesivas.

Tras el “ataque soviético”, cabía esperar, como efecto secundario inesperado, un fortalecimiento de las posiciones y relaciones de los partidos eurocomunistas: sin embargo, eso no pasó debido en parte al temor a la URSS (que veremos en otros capítulos), a la máxima prudencia adoptadas por el PCI y el PCF frente a la vehemencia soviética. Criticaban el tono del artículo soviético, cuestionaban vagamente algunas de sus afirmaciones, pero se abstuvieron, cuidadosamente, de apoyar *in toto* las tesis de Carrillo. Paradójicamente, esta polémica ni siquiera favoreció el debate y la discusión en el campo comunista: más que abrir el diálogo, las posturas cerradas y la falta de una base sobre la que empezar un proceso de reflexión, distanciaron los contrincantes pero no los separaron del todo. De hecho, tras el ataque de *Novoie Vremia*, la respuesta de Carrillo y la polémica internacional, las relaciones entre el PCUS y los partidos eurocomunistas volvió a suavizarse, ya que a nadie le interesaba agravar el conflicto. Hubo fisuras pero no ruptura ya que esta última traumática hipótesis no convenía a nadie: por un lado, los partidos eurocomunistas temían que llevar la confrontación más allá de los límites tolerados podía tener repercusiones internas (escisiones, formación de facciones fieles a Moscú o pérdida de votos y ásperas críticas por parte de un electorado acostumbrado a no cuestionar la voluntad soviética) o externa (pérdida de apoyo económico y logística por parte de la URSS, aislamiento dentro del bloque comunista, nuevo cisma cuyas consecuencias eran difíciles de prever); por otro lado, la URSS también tenía mucho que perder (influencia en el área occidental de Europa y capitalista del mundo, posible contagio a Europa oriental, formación o aumento de la tensión entre los dos bloques). Por eso, eurocomunistas y soviéticos tenían interés en mantener la discusión y el enfrentamiento dentro de los “límites permitidos”.

## **Capítulo X: El eurocomunismo económico**

### **10.1 El PCI y la economía; 10.2 El PCF y la economía; 10.3 El PCE y la economía; 10.4 El Eurocomunismo y el Mercado Europeo; 10.5 Reflexiones**

La construcción de una sociedad socialista obligaba a los partidos eurocomunistas a reflexionar sobre unas delicadas cuestiones: ¿Qué propuesta económicas avanzaban para salir de la crisis? Y, ¿qué economía poner en marcha?

Un aspecto de gran importancia que no se debe infravalorar, es el contexto económico, la situación de profunda crisis, en el que el eurocomunismo movió sus primeros pasos. Se trataba de una crisis generalizada y mundial, que investía tanto los países del bloque capitalista como los del socialista. Como afirmaba Claudín, “la actual crisis es mundial en el sentido, también, de que no engloba sólo al sistema capitalista, sino al otro llamado socialista. Lo engloba a nivel económico no sólo por las repercusiones que tiene en él la crisis económica capitalista (reducción de sus exportaciones y de los precios de los productos exportados a consecuencia de la contracción de los mercados capitalistas, reducción, por consiguiente, de su capacidad de importar bienes de equipo, con el consiguiente efecto en la tasa de crecimiento, etc.), sino por los desequilibrios, nudos de estrangulamiento, baja productividad, que revela en medida creciente su propio mecanismo económico (...). La crisis está profundizando el foso entre países ricos y pobres, las contradicciones entre los bloques y dentro de cada uno, la inestabilidad de las relaciones internacionales”<sup>686</sup>.

Una crisis que derivaba de la escasez de ciertos recursos productivos (energía y algunas materias primas), indispensables para el funcionamiento de la economía mundial, y de la dramática recesión de la economía mundial provocada por la elevación de los precios del petróleo a partir de 1973 (primer shock petrolífero), como, inesperada, secuela de la guerra del Yom Kippur; se asistía a una ruptura del ciclo económico establecido en Bretton Woods, con consecuente abandono del “patrón oro”, que determinó la devaluación del dólar. Y, otro factor que debía tener en cuenta, fue el fin del colonialismo, que supuso un incremento de los precios de las materias primas. Consecuencia de eso fue el aumento de los precios y una creciente inflación. Por lo tanto, las medidas para contrarrestar el agravamiento de la crisis económica y la lucha

---

<sup>686</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 14-15.

contra la intensificación de los procesos inflacionistas eran prioritarias en los programas económicos de los Partidos Comunistas de Europa occidental. Sin embargo, en sus análisis de la crisis, los partidos eurocomunistas consideraban estas como causas secundarias que no la explicaban del todo, ya que, según ellos, más bien se trataba de una crisis estructural del capitalismo, cuyas consecuencias eran más fuertes en sus países, en Europa del Sur, en cuanto parte más débil del sistema capitalista.

La vía democrática al socialismo, como proceso de transformación progresiva de la sociedad hacia el socialismo y el comunismo, implicaba que los partidos eurocomunistas aceptasen operar dentro de un “ordenamiento constitucional que sanciona la existencia de una economía capitalista, con propiedad privada, libre empresa y grados variables de intervención y discrecionalidad del Estado”<sup>687</sup>. Si los partidos eurocomunistas enfatizaban el concepto de democracia, insistían en el hecho que ella no puede permanecer confinada a las esferas políticas y proponían avance también en la esfera económica.

En línea general, los partidos comunistas de Europa occidental proponían una economía mixta en la que la permanencia del privado fuera “acompañada” por una planificación económica y una estatización de algunos sectores monopolistas de la economía. Pero, vemos en el detalle.

### **10.1 El PCI y la economía**

Tras el llamado “milagro italiano”, el boom productivo de los sesenta (alcanzando un ritmo de desarrollo anual del 11%), la economía italiana entró en crisis. Inflación, déficit, crecimiento cero y un paro elevadísimo. Desde el punto de vista ocupacional, Italia vivía una situación dramática con un preocupante paro juvenil: según la revista, *Mondo Economico*, en la primavera de 1975, el 62% de los parados tenían menos de 25 años y de los 775.000 parados jóvenes, 620.000 de ellos aún no habían tenido su primer empleo<sup>688</sup>. Los informes del PCI confirmaban este triste panorama: a pesar de las promesas gubernamentales, entre 1965-1970, seguía registrándose una disminución del empleo (de 172.000 unidades) y, dato aún más preocupante, en lugar de reducirse la

---

<sup>687</sup> Julio Segura, “Transformaciones en economías desarrolladas en un contexto de crisis”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 157.

<sup>688</sup> Datos publicados en *Mondo Economico*, del 28 de febrero de 1976.

diferencia entre el valor añadido por habitante y el de los habitantes del sur, esta diferencia aumentó<sup>689</sup>.

Para Berlinguer, la crisis era consecuencias de errores político-económicos, entre ellos: el llamado “abandono de la tierra”, es decir la disminución de la producción agraria nacional con consecuente aumento de la importación de productos extranjeros; la prioridad nacional atribuida al sector automovilístico, a costa de otros sectores y estructuras productivas; una política energética cuestionable que “che ha visto da una parte il pullulare di raffinerie ben oltre il fabbisogno del Paese, per di più nelle mani di privati, e dall'altra parte un insufficiente numero di centrali elettriche e di elettrodotti che colpisce in modo particolare lo sviluppo economico del Mezzogiorno”<sup>690</sup>.

Tras un etapa en la que se recurrió al pragmatismo (“un po’ cavalcò la tigre, un po’ cercò di ammansirla), el PCI cambió su enfoque a la economía, mostrándose más rígido y considerando que la crisis podía representar una ocasión-oportunidad para intentar cambiar la sociedad italiana. Se declaraban dispuestos a garantizar un importante papel a la iniciativa privada, al mercado, proponiendo un modelo lejano al soviético y que consideraba el socialismo como paso previo al comunismo. A tal propósito afirmaba Luciano Barca: “Io vedo un solo orizzonte temporale e non due, considerando che lo stesso socialismo è una transizione verso il comunismo”.

En sus escritos, el PCI declaraba que consideraba necesarias varias formas de gestión económica, reconociendo amplio espacio a la empresa privada dentro de una programación pública nacional, elaborada y realizada democráticamente. De la misma manera, se trataría de imposibilitar la aparición de un problema colateral, pero posible: la tentación autoritaria.

En los setenta quedaba latente que el modelo de desarrollo económico italiano había entrado en crisis y ponía de manifiesto la necesidad de ser reformado o refundado. El equilibrio socio-económico sobre el que se basaba la organización del país mostraba sus límites y el secretario del PCI afirmaba la necesidad de reformular “la questione dell’indirizzo politico generale e dunque della direzione politica del paese nel quadro di ‘una nuova tappa della rivoluzione democratica che introduca nella società elementi di socialismo. Ed è appunto nella necessità di avviare un ‘processo di superamento progressivo della logica del capitalismo’ e sulle condizioni che lo rendono possibile che

---

<sup>689</sup> Zangirolami, Sergio: *Economia politica marxista e crisi attuale*, Editori Riuniti, Roma, 1977.

<sup>690</sup> “Intervento al Comitato centrale del 17-18 dicembre 1973”, de Enrico Berlinguer, en Tatò, Antonio: *Conversazioni con Berlinguer*, Editori Riuniti, Roma, 1984.

si va sviluppando nei primi mesi del 1975, il dibattito in preparazione del XIV Congresso”<sup>691</sup>. Sin embargo, la reflexión del partido sobre la necesidad imperiosa de realizar reformas y cambios económicos según una nueva lógica ya empezó a finales de los sesenta y en el XII Congreso del PCI (8-15 de febrero de 1969) se precisaba rotundamente que el objetivo del partido era “una svolta di politica economica e sociale (...) nel quadro di una nuova e democratica articolazione della società e dello Stato, cioè una programmazione che sia effettivamente democratica”<sup>692</sup>.

A pesar de evitar expresar “giudizi catastrofici e allarmisti”, ya en 1970, el PCI, preocupado por la aparición de las primeras graves dificultades económicas, se mostraba consciente de que “la situazione del paese può offrire le risorse necessarie per una politica che si prefigga la espansione produttiva, l’aumento dell’occupazione, la difesa delle conquiste salariali e l’attuazione delle grandi riforme sociali per cui si battono i lavoratori”<sup>693</sup>.

En 1971, el partido publicó un documento “Il PCI chiama alla difesa degli interessi nazionali”, en el que ponía de manifiesto la línea de política económica a seguir. Se trataba de un interesante texto en el que tras “riaffirma l’impegno dei comunisti per la ripresa e l’espansione qualificata dell’attività produttiva e per l’apertura di un discorso politico con tutte le forze democratiche su questo tema decisivo”, apelaba a la clase obrera, a los trabajadores, a los desempleados, a todas las fuerzas democráticas para que emprendieran un acción política y una movilización social para: “il sostegno e lo sviluppo dell’occupazione; il superamento della crisi edilizia; la tutela dei diritti dei lavoratori; la difesa del potere d’acquisto delle grandi masse e la lotta contro l’aumento dei prezzi...” Y concluía: “l’esigenza di una svolta nella politica economica ripropone con urgenza il problema di una programmazione democratica effettivamente operativa, che si avvalga quindi di un rinnovato impegno dello Stato e dell’apporto nuovo delle regioni investite pienamente dei loro poteri, e che per questo ottenga il consenso e l’appoggio delle grandi masse popolari”<sup>694</sup>.

El empeoramiento de la crisis hizo radicalizar el discurso económico del PCI que ya apostaba por un cambio radical de la sociedad italiana y en el XIII Congreso (13-17 de

---

<sup>691</sup> Barca, Luciano, Botta Franco y Zevi Alberto: *I comunisti e l’economia italiana. Antologia di scritti e documenti*, De Donato Editore, Bari, 1975, pág. 377.

<sup>692</sup> *Il XII Congresso del Partito Comunista italiano. Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, Roma, 1969, pág. 42.

<sup>693</sup> Resolución de la Dirección del PCI tras las dimisiones del gobierno Rumor (julio 1970), publicada en *Politica ed Economia*, número 2, septiembre de 1970, pág. 167.

<sup>694</sup> Documento de la dirección del PCI, publicado en *Politica ed Economia*, número 5, octubre de 1971, pág. 157-160.

marzo de 1972 declaraba: “la società italiana deve essere trasformata. La natura e i caratteri della sua crisi sono tali da rendere possibile che intorno a un programma di rinnovamento si ritrovino, insieme con la classe operaia, le masse contadine, gli intellettuali e i tecnici, i ceti medi, la grande maggioranza del popolo”. En el documento, “per una nuova politica economica e la programmazione democratica”, se ponía al hombre “i loro bisogni di lavoro, di libertà, di giustizia, di dignità” al centro de su programa económico, que se ponía como objetivo: “piena occupazione; condizioni nuove di lavoro nelle fabbriche; superamento delle condizioni di arretratezza in cui vive ancora tanta parte del paese; soddisfazione per tutti dei bisogni primari dell’istruzione e della salute; organizzazione di adeguati servizi per l’infanzia, per i vecchi e per gli infermi; difesa del suolo, del paesaggio e dell’ambiente naturale: eccono i fini che devono essere assegnati allo sviluppo economico”<sup>695</sup>. Se trataba la “cuestión meridional”, el problema del sur del país, atrasado y necesitado de reformas.

En otros documentos, se aclaraba el tipo de intervención que el partido comunista consideraba oportuno para un estable progreso económico y el desarrollo de la sociedad italiana: “un crescente intervento statale non casuale ma democraticamente programmato secondo un disegno generale, in funzione della occupazione del Mezzogiorno, anche per dare una certezza di sbocchi nel medio e lungo periodo e diminuire il rischio degli investimenti, sia pubblici che privati; la soddisfazione a livello sociale di nuovi bisongi maturati –scuola, salute, ambiente, uso del territorio- sia come difesa e garanzia del salario reale e del reddito contadino, sia come creazione di nuovi fattori trainanti di tutto il processo produttivo, sia anche come ricerca di un nuovo equilibrio tra settori produttivi e settori improduttivi, evitando che i costi ricadano prevalentemente sui primi; una lotta molto decisa, attraverso riforme strutturali, contro tutte le posizioni di spreco e di rendita, sia di origine antica sia di origine monopolista”<sup>696</sup>.

El PCI se mostraba especialmente preocupado por el crecimiento de la inflación y por eso, en sus documentos, proponía medidas de contención, propuestas anti-inflacionistas, una respuesta rigurosa para enfrentarse a tal problema. En esta lucha, sostenían que “i nuovi programmi di sviluppo debbono avere effetti ravvicinati sull’occupazione, sui costi, sul risparmio di importazioni, sui flussi dei capitali”. A pesar de establecer la

---

<sup>695</sup> *XIII Congresso del Partito Comunista italiano. Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, Roma, 1972, pág. 37.

<sup>696</sup> Resolución de la Dirección del PCI, publicada en *Politica ed Economia*, número 4, agosto de 1972, pág. 164-165.

necesidad de plantear una estrategia a medio-largo plazo, el PCI presentaba sus prioridades, “che debbono caratterizzare i nuovi blocchi di domanda e di investimento, tenendo conto sia dei motivi storici della ristrettezza del mercato interno italiano e cioè, in primi luogo, la questione meridionale, sia della necessità di risparmiare risorse e non favorire spinte inflattive sono: a- l’agricoltura (...); b-i piani di intervento per il rinnovamento delle strutture produttive e civili del Mezzogiorno; c-la scuola, rendendo più produttiva la spesa pubblica in questo campo; d- in consumi sociali (...); e-l’energia, con l’accelerazione della costruzione delle centrali tradizionali e, soprattutto, nucleari”<sup>697</sup>.

En estos años, el PCI reflexionaba sobre la crisis y sus causas, conviniendo que a factores internacionales se añadían deficiencias de la economía nacional y el hecho que se arrastraban problemas antiguos: “le radici della crisi italiana sono quindi assai lontane e profonde. Essa si è aggravata con il mutamento della situazione economica, che ha portato allo scoperto tutte le contraddizioni accumulate negli anni in conseguenza del tipo di sviluppo asfittico e distorto imposto dai gruppi dominati del capitalismo e favorito dalla DC e dai suoi governi”. A corto plazo, el PCI proponía: “combattere contro l’inflazione (...); diminuire il deficit della Bilancia dei pagamenti e del bilancio complessivo dello Stato; difendere i livelli dell’occupazione; salvaguardare i redditi più bassi”<sup>698</sup>.

En vísperas del XIV Congreso (que se celebró en Roma en 1975), los objetivos económicos a corta plazo del PCI para enfrentarse a la crisis eran: “il contenimento dell’inflazione, la riduzione progressiva del deficit della bilancia dei pagamenti, la difesa e lo sviluppo dell’occupazione e delle attività produttive”<sup>699</sup>.

Desde el punto de vista económico el XIV Congreso afirmaba la necesidad de modernizar y reformar la actividad económica italiana, renovando los sectores productivos: “Il compito che il movimento operaio e democratico deve affrontare per fare uscire il Paese da questa stretta sempre più pericolosa è, in questo momento, quello della lotta per passare da un tentativo di ristrutturazione portato avanti secondo la logica capitalistica, a un processo di consapevole riconversione produttiva, che sappia da una

---

<sup>697</sup> Resolución de la Dirección del PCI, publicada en *Politica ed Economia*, número 2-3, junio de 1974, pág. 210-212.

<sup>698</sup> “Le proposte dei comunisti alle forze democratiche per il rinnovamento e il risanamento politico, economico e morale dell’Italia”, Resolución de la Dirección del PCI tras las dimisiones del gobierno Rumor (julio 1970), publicada en *Politica ed Economia*, número 4, agosto de 1974, pág. 154-160.

<sup>699</sup> Enrico Berlinguer, “Rapporto al Comitato centrale in preparazione al XIV Congresso del Pci, 10-12 dicembre 1974”.

parte guardare alle necessità della cooperazione internazionale e alle possibilità nuove che essa determina e, dall'altra, sappia puntare a un uso più rigoroso delle risorse all'interno, a una soddisfazione dei bisogni delle masse che avvenga in modo più alto e diffuso e, contemporaneamente, in modo più economico, privilegiando il consumo sociale. L'avvio al superamento della questione meridionale, con i mutamenti che esso comporta in tutto il tipo di sviluppo, è più di ieri misura della validità di ogni scelta economica. È guardando a questi traguardi e verificando in modo critico le esperienze fallimentari del centro-sinistra che si deve rilanciare, dunque, su nuove basi, una politica di programmazione democratica” Y añadía: “Per questo rilancio è urgente concentrare gli sforzi e gli impegni su poche, essenziali priorità (agricoltura, trasporti, collettivi, edilizia abitativa, sovvenzionata, convenzionata e edilizia scolastica, energia) e avviare subito in funzione di esse alcuni piani settoriali che diano un orientamento nuovo agli investimenti e contemporaneamente predispongono sbocchi nuovi sul mercato. La crisi di alcuni settori industriali potrà essere tanto più rapidamente e facilmente superata quanto più si darà ad essi nuovi punti di riferimento (meccanizzazione e industrializzazione dell'agricoltura, modernizzazione dell'apparato statale, componenti industriali per l'edilizia, etc...) e quanto più una consapevole utilizzazione delle risorse saprá evitare doppioni, sperperi, sprechi”.

En el caso de Italia, como ya subrayamos, en el plan de relanzamiento de la economía italiana, Berlinguer no se desmarca del plan “austeridad” de los gobiernos democristianos ya que se siente “corresponsable del estado general de la economía italiana” y por lo tanto, invitando a los sindicatos a la “moderación”. Mucho se ha especulado sobre la actitud del secretario del PCI, ya que, para algún analista italiano, se trató de una “actitud de principio”, sintiéndose afectado por la situación de las empresas nacionales y el pésimo estado de la economía en general. Según esta óptica, Berlinguer apoyó este plan, sabiendo que, segundando las peticiones de un sindicato exclusivamente preocupado por los recortes y propenso a la protesta, la situación hubiera sido insostenible y su apoyo demagógico al malestar sindical hubiera podido representar un boomerang electoral. Por eso, frente a un sindicalismo irresponsable, preocupado exclusivamente por la defensa de sus derechos, prefirió abogar por una disciplina política “responsable”, sin predicar, sin embargo, la resignación, y apostando por “un desarrollo tal de la economía y de la sociedad que pueda conseguir la adhesión de los italianos que, aunque no sean ni comunistas ni socialistas, experimenten



profundamente la necesidad de liberar al país de las injusticias, de las desigualdades, del desgarramiento”.

En el programa electoral de 1976, había un apartado titulado “Cómo salir de la crisis económica” en el que se podía leer: “Nuestra opción sigue siendo la aceptación de un régimen de mercado abierto, es decir, un régimen de competencia abierta en el terreno internacional (...). Pero no hay contraste entre una opción antiproteccionista y la adopción de una política de inversiones orientada a aumentar, con precios competitivos, la producción italiana de bienes agrícolas e industriales, que hayan sido importados en cantidades y a precios crecientes en el curso de los últimos años (...). Debe aplicarse una política de inversiones que haga entrar a Italia en los sectores productivos más cualificados desde el punto de vista tecnológico, reforzar y renovar la capacidad de exportación”,<sup>700</sup>.

Puede que la programación económica más completa del partido comunista italiano en su vertiente eurocomunista se encuentre en la *Proposta di progetto a medio termine*, elaborado en el mayo de 1977 para ser discutido en el siguiente Congreso. Se trataba del documento económico –de unas 120 páginas- que completaba el compromiso histórico en plan político, considerado, para algunos, el “último plan de reforma social del partido eurocomunista”. Para Napolitano, el partido decidió postular un proyecto a “medio termine” porque, optimistamente, consideraba que “in un arco di tre-cinque anni, attraverso un’ampia mobilitazione di forze e un adeguato impegno politico unitario, sia realmente possibile superare i più gravi fattori di crisi e di squilibrio che caratterizzano oggi la situazione italiana”<sup>701</sup>. El libro proponía algunos de los temas y problemas ya expresados por el partido, como por ejemplo de qué tipo de crisis se trataba y su implicación en otros campos: “questa crisi complessiva dell’economia, della società e dello Stato si esprime anche in una preoccupante crisi di valori, segnalata da diverse forme di sbandamento ideale e morale; e non può che aggravarsi fino a quando non si scelga e non si porti avanti con coerenza un indirizzo diverso, un programma di trasformazione. Il mutamento deve essere innanzitutto politico”<sup>702</sup>. Asimismo se subrayaba que la crisis constituía una ocasión para cambiar la sociedad: “quest’opera non può peraltro essere concepita in termini di ritorno al passato. Lo sforzo eccezionale, i sacrifici e i cambiamenti che si richiedono anche a larghi strati di lavoratori, debbono

---

<sup>700</sup> Publicado en *L’Unità* de 16 de mayo de 1976.

<sup>701</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 9.

<sup>702</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 16.

essere rivolti a gettare le basi di un più giusto, sicuro, equilibrato sviluppo el paese. Questa proposta di progetto vuol contribuire a delineare una tale prospettiva (...). La salvezza e il progresso dell'Italia possono scaturire soltanto da un forte impegno civile e morale, dall'unità tra il movimento dei lavoratori e le più larghe masse popolari, e dalla collaborazione tra classe operaia, intellettuali e tecnici e ceti medi produttivi (...). È nostra convinzione che tali orientamenti e proposte implicino l'introduzione di alcuni *elementi di socialismo* nel funzionamento dell'economia e della società, l'assunzione di alcuni valori propri della concezione socialista negli orientamenti della collettività nazionale”<sup>703</sup>.

En primer lugar, se argumentaba que “l'austerità è una necessità innegabile per far fronte alle difficoltà economiche attuali. Essa quindi non ha alternative. Ma nella nostra concezione, l'austerità non costituisce un accorgimento temporaneo (...), bensì una proposta rivolta a cambiare, secondo un preciso programma, il modo di funzionare e le finalità sociali del meccanismo economico, l'orientamento degli investimenti, della produzione e della spesa pubblica, la qualità stessa del consumo, e a incidere quindi sui modi di vita che vi sono connessi, sui modelli di cultura e di comportamento di intieri settori della società italiana”<sup>704</sup>.

Brevemente, leyendo atentamente las propuestas del PCI, podemos resumir que se trataba de un intento de regularizar la economía, limitar la inflación, transformar el mercado laboral y el sistema bancario, luchar contra la corrupción y el parasitismo. Sobre estos dos últimos temas, Berlinguer subrayaba la necesidad de “un'autentica politica di moralizzazione civile deve essere combattuta per liquidare le pratiche della corruzione e delle clientele e per far funzionare correttamente le pubbliche amministrazioni”<sup>705</sup>. Y sobre los recursos estatales y sus destinatarios atacaba: “non l'effettivo bisogno o il merito sono i requisiti per stabilire i destinatari dell'intervento dello Stato, ma l'arbitrarietà, la casualità, lo sperpero, il clientelismo e l'influenza esercitata dai gruppi economici dominanti”<sup>706</sup>.

Por eso el PCI se proponía como objetivos y hoja de ruta: “ridurre effettivamente le vastissime sacche di parassitismo e di lavoro improduttivo, di rimuovere posizioni di privilegio, rigidità e deteriori equilibri (...); una rivalutazione del lavoro produttivo e socialmente utile (...); gradualì trasformazioni nelle tecnologie e nell'organizzazione del

---

<sup>703</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 16-17, 18 y 19.

<sup>704</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 21.

<sup>705</sup> Enrico Berlinguer, “Rapporto al Comitato Centrale”, 13-14 maggio 1976.

<sup>706</sup> Relación al XIV Congreso del Partido Comunista de Italia, 2-3 marzo 1975.

processo produttivo (...); un risoluto impegno nel campo dell'educazione e della cultura intese come valori autonomi (...); progressi consistenti verso l'uguaglianza fra i cittadini nell'istruzione e nella partecipazione alla vita sociale e politica..."<sup>707</sup>. Por otro lado, el partido reclamaba una amplia participación democrática de masa para la defensa del Estado republicano y la renovación de la sociedad italiana, insistiendo en la necesidad de "rinsaldare il rapporto di fiducia delle masse con le istituzioni".

El eje central de esta transformación pasaba por una mayor democratización de las instituciones y de las políticas italiana, persiguiendo como objetivos concretos: a) "il governo democratico dell'economia (...), un'efficace azione di programmazione nel quadro di una ricca e articolata democrazia politica (...). Si deve in effetti aver chiaro che la condizione principale per assicurare uno sviluppo economico equilibrato, rispondente ai bisogni della società nazionale, sta nel riuscire ad accrescere la capacità di intervento e di coordinamento degli istituti della democrazia rappresentativa, e nel saperli collegare alle forme più genuine e vive della democrazia di base e della partecipazione popolare (...); b) il decentramento e il riordinamento delle strutture dello Stato (...); c) consolidamento ed espansione delle libertà, sviluppo del pluralismo democratico sociale e politico"<sup>708</sup>. Estos objetivos estaban a la base del cambio socio-político deseado por el PCI: el comienzo de este proyecto era el primer paso para transformar la sociedad italiana y realizar un cambio real y exhaustivo en todos los campos. El PCI reclamaba un proyecto coherente y estructurado, sin recurrir a medidas paliativas o temporales: "l'evoluzione economica e sociale dell'Italia non può più essere abbandonata alla spontaneità. È necessaria una direzione consapevole del processo di sviluppo"<sup>709</sup>. Se trataba de tutelar el trabajo, las inversiones privadas y las públicas, defender el campo, al mismo tiempo que se favorecía el desarrollo económico, se luchaba contra la inflación y para reducir el déficit de la Balanza de pagos, subsanar la "cuestión meridional". El PCI se mostraba decidido a enfrentarse a la crisis y a los problemas institucionales del país, apostando por una mayor participación democrática de los ciudadanos.

Y finalmente, por lo que concernía la CEE, el Partido subrayaba el hecho que se encontraba en una profunda crisis y, por lo tanto, proponía el firme compromiso italiano para el establecimiento de nuevos valores y directivas en el proceso de integración.

---

<sup>707</sup> AA. VV. *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 25, 26, 27, 28, 31-32.

<sup>708</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 37-39.

<sup>709</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977pág. 47.

Según el PCI, lo más urgente era: “-una profonda revisione della politica agricola comunitaria (...); -la valorizzazione dei fondi europei (...); -la definizione di una politica comune dell’energia (...); -l’avvio di azioni e programmi comuni nei campi della ricerca scientifica e della protezione dell’ambiente (...); -un serio impegno volto a concorrere alla realizzazione di una riforma del sistema monetario internazionale”<sup>710</sup>.

Dentro del programa, el eje-influencia gramsciano resultaba implícito más que explícito, siendo, uno de los objetivos principales de la expansión y reconversión de la actividad productiva, una profunda mutación de las relaciones sociales, la idea de una “reforma económica e intelectual-moral” de la sociedad italiana. Además, el programa evidenciaba el papel de la planificación, esencial para los cambios en y de la sociedad italiana, recordando que “il terreno della programmazione democratica è, in effetti, il solo su cui sia possibile risolvere positivamente le contraddizioni (...) tra le rivendicazioni di diversi strati sociali e le esigenze di risanamento della situazione economica e finanziaria e di rilancio degli investimenti produttivi”. Y por eso, sin repetirnos, subrayaba la necesidad de planificar el gasto público, detener la inflación, crear ocupación, solventar la crisis del *Mezzogiorno*.

Sobre el tema de la austeridad, los discursos de Berlinguer fueron publicados reunidos en *Austerità. Occasione per trasformare l'Italia*<sup>711</sup>. Ante la crisis económica, para Berlinguer, “lejos de ser, pues, una concesión a los intereses de los grupos dominantes o a las necesidades de supervivencia del capitalismo, la austeridad puede ser una opción con un avanzado y concreto contenido de clase, puede y debe ser una de las formas en que el movimiento obrero se erige a portador de una organización diferente de la vida social, a través de la cual lucha por afirmar, en las condiciones actuales, sus antiguos y siempre válidos ideales de liberación. En efecto, creo que en las condiciones actuales es inimaginable luchar realmente y con eficacia por una sociedad superior sin partir de la necesidad imprescindible de la austeridad”. Y, frente al crítico tema de la austeridad, el secretario del PCI afirmaba que “la austeridad se convierte en un arma de lucha moderna y actualizada tanto contra los defensores del orden económico y social existente como contra los que la consideran como la única situación posible de una sociedad destinada orgánicamente a permanecer atrasada, subdesarrollada y, además, cada vez más desequilibrada, cada vez más cargada de injusticias, de contradicciones,

---

<sup>710</sup> AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 1977, pág. 117-119.

<sup>711</sup> En Italia, el libro fue publicado por Editori Riuniti, Roma, 1977. En España, *Austeridad*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978 – se hará referencia a esta última versión.

de desigualdades”<sup>712</sup>. Tras una atenta lectura de este libro, es evidente –aunque discutible– que, para Berlinguer, la austeridad representaba “una opción obligada y duradera y, al mismo tiempo, una condición de salvación para los pueblos de Occidente, en general, y especialmente para el pueblo italiano”. Más que la creencia en la validez de esta teoría, la visión propuesta parece el intento de sacar provecho de una situación negativa. Pero qué significaba realmente austeridad para Berlinguer: “Austeridad significa rigor, eficiencia, seriedad y justicia, es decir, lo contrario de todo lo que hemos conocido y pagado hasta ahora y que nos ha conducido a la gravísima crisis cuyos daños hace años que se acumulan, y se manifiestan hoy en Italia en todo su dramático alcance. Es, pues, en base a este enfoque como el movimiento obrero puede enarbolar la bandera de la austeridad”<sup>713</sup>. Y explicaba: “La política de austeridad, tal como la entendemos nosotros, puede ser asumida por el movimiento obrero precisamente porque puede cortar por la base la posibilidad de continuar basando el desarrollo económico italiano en la insensata hinchazón del mero consumo privado, que es fuente de parasitismos y privilegios, y conducir hacia una configuración económica y social inspirada y orientada por los principios de máxima productividad general, racionalidad, honestidad, justicia, disfrute de bienes auténticos, como son la cultura, la instrucción, la salud, una relación libre y sana con la naturaleza”<sup>714</sup>.

Para Berlinguer, la crisis era consecuencia de la inflación y de la alza de los precios de las materias primas, ante todo del petróleo.

Otros economistas del PCI, argumentaban de la “necesidad de una ‘reducción importante’ de la parte del producto nacional bruto destinada al consumo. Esto es necesario, no tan sólo para volver a equilibrar la balanza de pagos con el extranjero, sino también, y ante todo, para financiar las inversiones”<sup>715</sup>.

El debate dentro del PCI fue bastante áspero y hubo diferentes posturas. Entre ellas, Giorgio Amándola apostaba por un programa anti-inflacionista sin exigir contrapartidas económico-sociales a la patronal ni políticas al gobierno democristiano. Y advertía: “una inflación salvaje prepara las condiciones para choques violentos y confusos en los cuales volverían a ponerse en discusión todas las relaciones políticas y sociales asentadas en treinta años de lucha”<sup>716</sup>. Sobre el tema, un reconocido sindicalista de los

---

<sup>712</sup> Berlinguer, Enrico: *Austeridad*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978, pág. 56-57.

<sup>713</sup> Berlinguer, Enrico: *Austeridad*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978, pág. 56.

<sup>714</sup> Berlinguer, Enrico: *Austeridad*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978, pág. 99.

<sup>715</sup> Eugenio Peggio, *Política e economía*, número de septiembre-octubre de 1976.

<sup>716</sup> *La Repubblica*, 29 de septiembre de 1976.

metalúrgicos, Bruno Trentin, en desacuerdo con Amándola, subrayaba que no se podían pedir sacrificios “sin más”, sin aclarar su finalidad: “Los sacrificios no son neutrales. Si no se fijan objetivos específicos y un cuadro global convincente para los trabajadores, los sermones pueden sonar en vano”<sup>717</sup>. Los sindicatos italianos reclamaban una profunda modificación de la organización del trabajo, de las condiciones de los trabajadores y de su calificación salarial y social. La posición más calificada sobre el tema fue la de Berlinguer en la reunión del Comité Central del PCI (18-19 de octubre de 1976), en la que insiste en la necesidad económica de la austeridad no sólo como elemento inevitable, sino también como instrumento de transformación social. El secretario del PCI, por lo tanto, pedía la participación de la clase obrera en apoyo de una política de austeridad que constituía a la vez una manera para salir de la crisis y una medida para el comienzo de la transformación social necesaria: “el verdadero tema no es sólo evitar un hundimiento económico y financiero (necesidad, por lo demás, urgente y a la que se tiene que hacer frente con medida energética). Sino también actuar para que el desarrollo económico, civil y social se ponga finalmente en marcha sobre bases nuevas y para finalidades diferentes de las del pasado, lo cual conlleva también una nueva dirección política del país”. En sus discursos públicos, Berlinguer remarcaba que un programa de austeridad resultaba indispensable para salir de la crisis, aunque advertía que no debía considerarse –ni llegar a ser– un medio de represión de la clase obrera: “La austeridad no es hoy un mero instrumento de política económica al que haya que recurrir para superar una dificultad transitoria, coyuntural (...). Para nosotros la austeridad es el medio de oponerse radicalmente a (y poner las bases de la superación de un sistema que ha entrado en una crisis estructural y de fondo no coyuntural, la superación del sistema cuyas características distintivas son el desperdicio y el derroche, la exaltación de particularismos y del individualismo más desenfrenado, del consumismo más insensato”<sup>718</sup>.

Sin embargo, parte de la militancia y el ala más izquierdista del partido no creían que la política de austeridad tuviera “virtualidades revolucionarias”<sup>719</sup>.

---

<sup>717</sup> *La Repubblica*, 6 de octubre de 1976.

<sup>718</sup> Discurso de Enrico Berlinguer en Milán, 30 de enero de 1977, en la Asamblea de los obreros comunistas de la Lombardía.

<sup>719</sup> Entre tantas voces críticas, merece la pena citar la de Claudio Napoleoni en el semanario del PCI *Rinascita* del 28 de enero 1977. En otra ocasión, Napoleoni afirmaba que, para aumentar el empleo productivo, es decir “para suscitar en la industria una demanda de mano de obra (...) hay que afrontar de forma draconiana, el problema de la situación económica de esas empresas, con referencia en particular al coste del trabajo”. En *Rinascita*, 20 de mayo de 1977.

Para Berlinguer, la economía italiana necesitaba “un replanteamiento de su base productiva, de su autonomía internacional, del nivel de vida de su pueblo”<sup>720</sup>. Además de preocuparse para evitar que la crisis se agravase con consecuencias “más dramáticas sobre las condiciones de los trabajadores y sobre el porvenir del país”, el PCI se proponía como “exigencias primarias” las siguientes: “la contención de la inflación, la reducción progresiva del déficit de la balanza de pagos y la defensa y el desarrollo de la ocupación y de la actividad productiva”. Y añadía: “Estos fines, hoy, no pueden ser más que la expansión de la base productiva, la elevación de la productividad general y la eficiencia de toda la estructura de nuestra economía; la corrección de los desequilibrios y las distorsiones que se han acumulado entre Norte y Sur, entre industria y agricultura, entre ciudad y campo, entre categorías y sectores improductivos y productivos, entre consumo social y consumo individual (...). Todo esto requiere que la vida económica del país sea orientada conscientemente por una dirección política democrática, sostenida por el movimiento y la iniciativa de las masas trabajadoras y por el más amplio consenso popular: es decir, requiere una política de programación democrática”<sup>721</sup>.

En este intento debate, se debe tener en cuenta el papel del sindicato, considerando la importancia que desarrolló en la situación económica italiana. El sindicato auguraba unos cambios estructurales, mayor presencia y participación en la gestión y en la toma de decisiones de las empresas. Para Bruno Trentin, importante sindicalista, para salir de la crisis, era necesario el “desarrollo de la democracia de base y al mismo tiempo la confrontación dialéctica y pública de las posiciones del sindicatos con las fuerzas políticas”. Asimismo, proponía el “abandono de toda forma de autarquía sindical y de toda concepción veleidosamente negociadora (necesariamente burocrática en sus resultados) en la batalla sindical en torno a los grandes problemas económicos y sociales del país”<sup>722</sup>.

El PCI, en su vertiente eurocomunista, ofrecía la siguiente receta para salir de la grave crisis de los setenta: “iniciar un desarrollo duradero sobre bases más sólidas y sanas de la economía italiana (...), introducir modificaciones cualitativas en el tipo de desarrollo y en la dirección de la sociedad y del Estado (...); señalamos la necesidad de la introducción de “elementos de socialismo” –para utilizar una expresión de Enrico Berlinguer–, la necesidad de modificaciones del mecanismo de desarrollo y de dirección

---

<sup>720</sup> Berlinguer, Enrico: *La “cuestión comunista”*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 246.

<sup>721</sup> Berlinguer, Enrico: *La “cuestión comunista”*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 246-247.

<sup>722</sup> *Rinascita*, n.4, 24 de enero de 1975.

de la economía y de la sociedad que vayan en la dirección del socialismo”<sup>723</sup>. Se consideraba que en la práctica el PCI planteaba “la necesidad de desplazar el acento de un desarrollo forzado, artificial y deforme de consumos privados para colocarlo sobre el desarrollo de los consumos sociales, la satisfacción de grandes necesidades colectivas: desarrollo de la construcción de viviendas populares, reforma y desarrollo de los servicios sanitarios, potenciación y valorización de los transportes públicos, desarrollo y mejora de las estructuras escolares y educativas. Al mismo tiempo, planteamos la necesidad de orientarnos hacia sectores productivos hasta ahora gravemente sacrificados, como la agricultura y la industrialización de la agricultura, hacia sectores esenciales –como el de la producción de bienes instrumentales- con el fin de industrializar el sur, hacia sectores que puedan, junto con un fuerte desarrollo de la investigación científica y tecnológica, contribuir a un salto cualitativo de la estructura productiva italiana y de la posición de Italia en la división internacional del trabajo”<sup>724</sup>. Asimismo, se reafirmaba “la necesidad de intensificar nuestra producción para el mercado exterior, de conquistar posiciones más avanzadas en la división internacional del trabajo, de tender a establecer relaciones económicas y comerciales nuevas y cada día más intensas con los países atrasados y en vía de desarrollo”.

Sobre la nueva racionalidad productiva propuesta por el PCI, consistía “en la reorganización de la relación escuela-trabajo; en un gobierno controlado de la movilidad del trabajo; en una programación de la renovación tecnológica que no quede limitada solamente dentro del marco de la administración; en un replanteamiento completo de la utilización y articulación del trabajo; en una reforma del salario que supere ciertas estructuras corporativas”<sup>725</sup>.

De forma muy esquemática, podemos afirmar que las reformas del PCI se proponían varios objetivos: en primer lugar una planificación democrática, “un'effettiva programmazione democratica dello sviluppo permette di sottrarre alle concentrazioni monopolistiche, ai grandi gruppi finanziari e alle società multinazionali il potere di determinare gli indirizzi dello sviluppo generale del Paese”<sup>726</sup>; una mayor participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, mayor involucración en el proceso

---

<sup>723</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 73-74.

<sup>724</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág.74-75

<sup>725</sup> Ingrao, Pietro: *Crisis y tercera vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980, pág. 168-169.

<sup>726</sup> Enrico Berlinguer, “Rapporto al Comitato centrale in preparazione al XIV Congresso del Pci, 10-12 dicembre 1974”.



decisorio; y sobre todo, el desarrollo económico y social del Sur de Italia, el atrasado *Mezzogiorno*. El partido consideraba necesaria una planificación económica sobre la base regionalista, reformando las financiaciones de las administraciones locales: sobre este punto, los economistas de entonces pusieron de manifiesto las diferencias entre la política económica soviética, marcadamente centralista, y el modelo propuesto por el PCI, favorable a una delega y cesión de poderes a las regiones. Se consideraba que esta decisión era consecuencia de una situación nacional y de una experiencia política específica: “questa è un’extrapolazione tratta dal successo che il PCI ha avuto nel governo regionale in zone come l’Emilia Romagna. Il modello è Bologna, non Mosca”<sup>727</sup>.

Aunque hablaremos a continuación de las críticas a los programas económicos de estos partidos, reflexionando sobre ellos, merece la pena indicar que, en el caso italiano, las críticas fueron duras y, para algunos, fue justamente el tema económico el responsable del declive político del PCI. Italia vivía una profunda crisis económica, marcada por la caída de la producción y de la productividad del trabajo, por la disminución de la competencia en los mercados internacionales. El Partido Comunista tenía que enfrentarse urgentemente a esta situación proponiendo unas medidas necesarias e improrrogables. La estrategia adoptada por el PCI fue muy criticada sobre todo por parte, por un lado, de cuantos consideraban su estrategia insuficiente para relanzar la economía italiana y, por otro lado, de aquellos que la consideraban “blanda”, no de ruptura respecto a las políticas propuestas por el mundo capitalista.

Entre tantas voces, había quien le reprochaba la incapacidad de comprender en profundidad la crisis y por lo tanto de ofrecer una solución ante ella: “Il primo limite è legato alla ricerca delle motivazioni della crisi economica, e, conseguentemente alle strategie da opporvi (...). [I partiti comunisti dell’Europa occidentale realizzavano] una analisi di tipo tradizionale, che non riesce ancora a penetrare le qualità nuove insite in questo tipo di crisi complessiva ed anche le ragioni obiettive legate ad una modificazione profonda dei rapporti di scambio con i paesi detentori delle materie prime e la loro influenza sull’assetto produttivo occidentale. Per conseguenza, la parte propositiva dei programmi di partito è indubbiamente ricca nella denuncia, insistente e meticolosa negli aspetti rivendicativi, ma quanto mai vaga e insufficiente nel proporre una politica economica alternativa basata su una profonda modificazione dei

---

<sup>727</sup> “L’economia neocomunista” de Stuart Holland en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 263.

meccanismo produttivi e del ruolo protagonista della classe operaia e dei suoi alleati nell'avviare e dirigere un nuovo tipo di sviluppo della produzione e dei consumi nei singoli paesi, a livello europeo occidentale (...). Al movimento operaio viene indicato come difendere dalla crisi le sue posizioni e condizioni e non invece come governare la crisi, usandola come una leva, un'occasione storica, per innestare un processo di radicale trasformazione e di profonde riforme, sia dell'apparato produttivo che delle strutture economiche, sociali e civili. Un'indicazione, cioè che spinga la classe operaia fuori dal suo stato di subordinazione per farle assolvere un ruolo di direzione nazionale e internazionale assieme”<sup>728</sup>.

Como acabamos de anunciar, la política económica del PCI fue presentada en mayo de 1977 en un documento *Programma di progetto a medio termine* en el que se anunciaba “una política de austeridad, que impone sacrificios equamente repartidos, rigore, lucha contra los excesos y los parasitismos, presupone, por lo tanto, un mutamiento cualitativo de los mecanismos del desarrollo económico, de los relaciones sociales, de los modos de vida”<sup>729</sup>. En el libro, el PCI indicaba “la plataforma para una amplia convergencia entre todas las fuerzas dispuestas a concurrir a la indispensable obra de saneamiento y de renovación. Esta plataforma implica la introducción de algunos elementos de socialismo en el funcionamiento de la economía y de la sociedad, la adopción de algunos valores propios de la concepción socialista en los orientamientos de la colectividad nacional”<sup>730</sup>. No obstante, las propuestas del PCI no fueron aplicadas y, en cambio, el partido tuvo que aceptar muchas “concesiones” en el terreno social. En lugar de luchar para la aplicación de las reformas planteadas, el PCI tuvo que pactar, consentir la aplicación de unos planes impopulares, viendo, finalmente, aplicadas exclusivamente las severas medidas propuestas para luchar contra la inflación. Como veremos en los siguientes capítulos, sobre este aspecto empezó el despegue, una escisión entre la militancia y el grupo dirigente: el partido empezó a pedir unos sacrificios a las masas mientras estos últimos miraban con desconfianza –y desengaño– la actuación de la cúpula.

Muy crítica con la actuación del PCI resultó la extrema izquierda que acusaba al partido de asumir posturas demasiado cercanas a las de los capitalistas, de preocuparse por los intereses de los grandes empresarios. Al mismo tiempo, le reprochaban la

---

<sup>728</sup> Rubbi, Antonio: *I partiti comunisti dell'Europa Occidentale*, Teti Editore, Milán, 1978, pág. 24.

<sup>729</sup> Rubbi, Antonio: *I partiti comunisti dell'Europa Occidentale*, Teti Editore, Milán, 1978, pág. 185.

<sup>730</sup> Rubbi, Antonio: *I partiti comunisti dell'Europa Occidentale*, Teti Editore, Milán, 1978, pág. 186.

incomprensión de que la inflación no dependía del aumento de los salarios sino más bien era una consecuencia de eso.

Asimismo, en términos generales, se atacaba el PCI acusándole de la falta de claridad a la hora de presentar una política eficaz, capaz de impedir el aumento de los precios y controlar el de los salarios.

Resumiendo, la crítica más común al PCI consistía en el haber elaborado un programa excesivamente moderado, tanto que desde la izquierda le acusan de haber presentado un programa de economía política muy similar al del partido laborista y de la socialdemocracia en general. Incluso algunos subrayaban que era más cercano al del PSF que al PCF. Por tanto, se acusaba al Partido de presentar una estrategia económica excesivamente moderada, de intentar solucionar la crisis económica italiana “a través de las políticas socialdemócratas clásicas de la contención de los salarios y la incentivación del capital privado”.

Sin embargo, no se podía criticar a la vez el PCI por ser, desde el punto de vista de la política económica, demasiado cercano a Moscú o a la socialdemocracia, una crítica excluye la otra: “Se Kissinger e compagni vedono giusto quando sostengono che il leopardo (il PCI) non ha mutato la sua maculazione moscovita, allora il presunto binomio egemonia neogramsciana socialdemocratico non può essere corretto. Inversamente, se la strategia del PCI intesa a costruire il consenso per una politica economica democratica si realizza, allora la dottrina di Kissinger cade. Il determinismo vecchio stile che egli proclama ne sarebbe screditato”<sup>731</sup>.

## **10.2 El PCF y la economía**

En Francia el programa económico de los comunistas es ciertamente más radical que Italia, pero, al mismo tiempo parecía menos factible. Frente a la moderación y la gradualidad propuestas por el partido comunista de Italia y el de España, el Partido Comunista francés se mostraba partidario de una línea política intransigente, poniendo a la base de política económica la exigencia de un incremento cuantitativo de la intervención estatal en la economía, el tema de las nacionalizaciones que se convirtió en el eje central de su postura del partido dentro del Programa Común. La tenaz defensa de esta postura generó el contraste y, luego, la fractura con el Partido Socialista, que prefería una “democratización del sector público” a su extensión.

---

<sup>731</sup> “L’economia neocomunista” de Stuart Holland en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 267.

Por otro lado, para el PCF, la llegada de la “democracia avanzada” y del socialismo era algo natural, inevitable: “el futuro de Francia se inscribe en la perspectiva histórica general de nuestra época: el paso del capitalismo al socialismo, el período de la democracia avanzada es el período de esa transición”<sup>732</sup>. El PCF consideraba que la crisis derivaba por la imposibilidad del sistema capitalista a mantener un ritmo de desarrollo aceptable. Eso determinaba la actitud de los grandes monopolios y de los *trusts*, interesados en obligar al Estado a hacer cargo de sus pretensiones y reivindicaciones para preservar su cuota de poder.

La idea de “capitalismo monopolista de Estado” representó uno de los principales puntos de reflexión del PCF, que a través de propuestas de política económica y reflexión sobre el tema, abrió un interesante debate: “riducendo ai minimi termini, la tesi del capitalismo monopolistico di stato sosteneva che la tendenza al monopolio, pubblicata da Lenin, che poi la elaborò modificandola, e divulgata da Hilferding e Bucharin, si era risolta nella costituzione di un sistema economico dominato dall'impresa monopolistica su grande scala, invece del capitalismo su piccola scala previsto dall'ideologia capitalistica di formazione soprattutto liberale”. En el caso concreto, “applicando la tesi nel contesto nazionale, il PCF intese indicare come i pianificatori francesi avessero favorito e spalleggiato la promozione di tali gruppi di potere monopolistico all'interno del settore privato dell'economia”<sup>733</sup>.

El cambio de la política económica del PCF se realizó a partir del *Programa Común*, definido por Marchais, “para la izquierda francés, el más importante evento en los últimos cincuenta años”. Se trataba de un documento de unas 130 páginas en el que, en su primera parte, se discutía de los problemas económicos (sueldos, poder de adquisición, condiciones de trabajo...), mostrando las diferentes posturas de los socialistas, de los comunistas y de la llamada izquierda radical. La segunda parte del Programa se dedicaba también a la cuestión económica, bajo el título “Democratizar la economía, ampliar el sector público y planificar el progreso”, donde emergieron aún más marcadamente las diferentes posturas. Temas muy controvertidos eran la nacionalización del sector bancario, la planificación democrática del sector público, la intervención de los trabajadores en los procesos de decisión a todos los niveles, el uso democrático del crédito.

---

<sup>732</sup> PCF: *Le capitalisme monopoliste d'Etat*, Ed. Sociales, París, 1971, Tomo I, pág. 187.

<sup>733</sup> “L'economia neocomunista” de Stuart Holland en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 238.

En detalle, en el *Programa Común* propuesto por el partido comunista y el partido socialista se afirmaba que “para quebrar la dominación del gran capital e iniciar una nueva política económica y social que rompa con la que practica la derecha, el gobierno realizará progresivamente la transferencia a la colectividad de los medios de producción más importantes y de los instrumentos financieros que actualmente están entre las manos de los grupos capitalistas dominantes”<sup>734</sup>, añadiendo que “la progresión de las nacionalizaciones estará ligada al desarrollo económico y a las exigencias de las masas, siendo determinante el que éstas tomen las responsabilidades más amplias”<sup>735</sup>. En la primera parte del programa se recordaba que “es necesario que en cualquier dominio, el gobierno democrático franquee rápidamente un umbral mínimo para encaminar al país hacia una nueva vía que esté conforme con los intereses de los trabajadores de la nación”.

En el XXI Congreso, se recordaba la necesidad de reformar la economía nacional, teniendo en cuenta las condiciones y los problemas concretos del País. Se trataba de luchar contra el desempleo, la inflación, batirse para aumentar los sueldos medios y mejorar las condiciones de vida de las masas populares. Se relanzaban propuestas de nacionalización de parte de la economía nacional (sobre todo el sector bancario).

Para el Partido, el tema de las nacionalizaciones iba más allá de una batalla ideológica: era un asunto de soberanía nacional que demostraba la preeminencia del tema nacional para el partido. De hecho uno de su eslogan habitual era: “fabricamos francés y compramos francés”<sup>736</sup>.

La postura que asumió el PCF a lo largo de las negociaciones del Programa Común y la etapa siguiente generaron muchas críticas de quien argumentaba que el partido no estaba realmente dispuesto a negociar, mostrando una postura intransigente.

En la resolución del XXIII Congreso, el PCF indicaba que hacía falta “al mismo tiempo que se transforma la propiedad y el poder del Estado, emprender un esfuerzo fundamental para modificar las relaciones sociales. En todos los dominios, a todos los

---

<sup>734</sup> AA. VV.: *Programme commun de gouvernement du Parti communiste et du Parti socialiste*, Ed. Sociales, París, 1972, pág. 113.

<sup>735</sup> AA. VV.: *Programme commun de gouvernement du Parti communiste et du Parti socialiste*, Ed. Sociales, París, 1972, pág. 114-115-

<sup>736</sup> Baudouin, Jean: *Le Pcf et le socialisme aux couleurs de la France: evolution et con-tradictions du communisme français*, Université de Rennes, Rennes, 1978.

niveles, bajo todas las formas posibles –conocidas o por imaginar–, es necesario pasar de la sujeción a la participación, del ordeno y mando a la iniciativa”<sup>737</sup>.

### 10.3 El PCE y la economía

En el caso de España, el Partido Comunista proponía reformas del sistema económico y, sobre todo, de la estructura política, considerando que “las nuevas reformas económicas, que son insoslayables y que se han venido demorando por años, implican transformaciones políticas importantes”<sup>738</sup>. Para favorecer el cambio político y consolidar el nuevo régimen democrático, el PCE consideraba imprescindible realizar unas series cambios: en primer lugar una reforma fiscal de marcado carácter progresivo y una reforma administrativa, promoviendo la regionalización en el sentido de autogobierno local; en segundo lugar, una transformación democrática de la agricultura, que preveía la abolición de la propiedad latifundista y la entrega de las tierras a quienes la trabajaba; y, por último, el desarrollo industrial y, sobre todo, la reorganización del sistema laboral. En esta etapa, el partido era partidario de “una redistribución de la riqueza, de la renta, de la cultura y del poder político. Esa redistribución es a lo que parece aspirar la mayoría del pueblo español; como en su momento fue la reivindicación mayoritaria en otros países donde la democracia se halla hoy consolidada”<sup>739</sup>.

De todas formas, el eje de la política económica del PCE consistía en plantear una salida de la grave crisis económica y, al mismo tiempo, exigía “consolidar un marco democrático que posibilite una gradual transformación económica y social hacia el socialismo en libertad”<sup>740</sup>.

En su análisis de la situación económica española, el PCE subrayaba los siguientes rasgos característicos: “descenso de la actividad económica y caída de mucho mayor grado de las inversiones; aumento acentuado del paro que ronda en los momentos presentes el millón de parados, es decir el 7,4% de la población activa; persistencia, e incluso, en el primer cuatrimestre de este año, intensificación de la inflación que hace prever una tasa anual que puede sobrepasar el 20%; situación inquietante del comercio exterior (...); crecimiento acelerado de nuestro endeudamiento exterior, sin conseguir

---

<sup>737</sup> Francis Cohen, Elorza, “La relación entre la política y la teoría en la estrategia actual del PCF”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 42.

<sup>738</sup> Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el Futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el dialogo, Madrid, 1975, pág. 40-41.

<sup>739</sup> Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el Futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el dialogo, Madrid, 1975, pág. 43-44.

<sup>740</sup> Comisión Económica del PCE: *Los comunistas ante la crisis económica*, Ed. Mayoría, Madrid, 1977.

evitar la erosión de las reservas, etc.”<sup>741</sup>. Al mismo tiempo, el Partido criticaba las acciones coyunturales emprendida, considerándolas escasas y “nula eficacia”.

De forma muy esquemática, podemos considerar que, para superar la crisis y avanzar hacia una sociedad socialista, el PCE apostaba por:

1. Una nueva división internacional del trabajo, que no secundase los intereses y la lógica del capital privado, buscando las ventajas derivadas por un menor coste de la mano de obra. A contrario, se trataba de promocionar “modelos de división del trabajo que impliquen una mayor diseminación y un mayor equilibrio en las estructuras productivas de países y áreas geográficas”, logrando un “policentrismo económico que permita el crecimiento económico a escala mundial y el autoabastecimiento por áreas mundiales, al menos, en determinados productos”<sup>742</sup>. El objetivo de este cambio tenía que ser un desarrollo más equilibrado y una mejor distribución, creando un nuevo orden económico internacional más justo y equilibrado y que tuviera en cuenta algunos factores como una regulación de los mercados internacionales de materias primas y productos energéticos; un nuevo sistema financiero nacional (nacionalización de la Banca, nuevo papel de las Cajas de Ahorro, potenciación del crédito oficial) e internacional, que no dependiera de una moneda o metal y lograría la creación de un verdadero Banco Mundial con capacidad de emisión propia y control democrático; una planificación racional de los recursos (agrícolas, agroalimentarios, energéticos...)
2. Rediscutir las funciones del sector público y los mecanismos de redistribución. En primer lugar, se reclamaba una nueva función del sector público, requiriendo un aumento de su tamaño relativo y la potenciación de su acción. En segundo lugar, teniendo en cuenta las condiciones de la grave crisis económica mundial, para el PCE, los aspectos asistenciales no debían ser disminuidos por parte del estado capitalista. Por eso, el PCE indicaba la necesidad de una nueva función del sector público: su tarea central tenía que ser la potenciación y selección de sectores estratégicos donde aumentar su presencia relativa y favorecer la superación de la crisis y la transformación de la sociedad en dirección socialista.

---

<sup>741</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 50.

<sup>742</sup> Julio Segura, “Transformaciones en economías desarrolladas en un contexto de crisis”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 164-165

3. Reflexionar sobre la relación tecnología-salario-productividad. Frente a una posición conservadora, “la alternativa de progreso consiste en aceptar los niveles de salario real actual como un dato y operar sobre la tecnología y la productividad para conseguir mejorar los excedentes empresariales”<sup>743</sup>. Eso implicaría que los beneficios de las mejoras tecnológicas, los aumentos de productividad se repartirían de forma “adecuada y equitativa” entre salarios y beneficios. Asimismo, la productividad mejoraría gracias a los avances tecnológicos y no por el empeoramiento de las condiciones de trabajo (ritmos, salubridad, seguridad, turnos), evitando la alarmante reducción de los salarios reales.

En el 1977, la Comisión económica del PCE publicó un documento en el que ponía de manifiesto la línea económica del partido frente la grave crisis económica: “Ante todo, el Partido Comunista de España se declara decididamente opuesto a lo que generalmente se llama una ‘política de austeridad’, tal como ésta se formula actualmente desde algunos sectores- Esta pretendida ‘austeridad’ tendría de hecho altos costes sociales que se intentarían cargar sobre las clases trabajadoras y los pequeños y medianos empresarios, a través de la congelación de los salarios y mediante la restricción de créditos, con resultados bien fáciles de prever: mayor nivel de paro, reducción del consumo y, en suma, condiciones aún peores para las clases populares y mayores dificultades para una verdadera recuperación económica”<sup>744</sup>. Por eso, en lugar de la *austeridad* promovida por el PCI, se declaraba que el PCE abogaba por la llamada “política de responsabilidad nacional”. “Frente a la política convencional basada en la congelación de salarios y la restricción de los créditos, el PCE propone una política de responsabilidad nacional que contase con el apoyo de las fuerzas sociales mayoritarias”<sup>745</sup>.

Probablemente, la mejor manera de resumir la postura económica del PCE, en la etapa eurocomunista, la encontramos en el programa elaborado por la Comisión Económica del partido, *Los comunistas ante la crisis económica*, estructurada en dos partes: la

---

<sup>743</sup> Julio Segura, “Transformaciones en economías desarrolladas en un contexto de crisis”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 169.

<sup>744</sup> Comisión Económica del PCE: *Los comunistas ante la crisis económica*, Ed. Mayoría, Madrid, 1977, pág. 7-8.

<sup>745</sup> Trullen Thomas, Joan: *Economía de la transición: economía política y política económica de los acuerdos de la Moncloa*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1989.



primera, de carácter urgente, incluían las medidas necesarias para evitar el estrangulamiento de la economía española, apostando, como hemos indicado antes, por una “política de responsabilidad nacional”; y una segunda parte de medidas para resolver los problemas estructurales a través de un “Plan de Saneamiento Económico” de mayor alcance y con una duración de varios años (cuatro o cinco), que preveía una nueva estrategia de desarrollo económico.

El programa que proponía el PCE se apoyaba en: el saneamiento fiscal, la integración de España en las Comunidades Europeas, la lucha contra el paro y contra la inflación, el desarrollo industrial, la reestructuración del sistema financiero, la elevación del salario mínimo y de las pensiones de vejez, invalidez, etc., la necesidad de una planificación democrática. El Partido Comunista consideraba fundamental la defensa del poder adquisitivo de los salarios y la lucha a la inflación, implementando una política antiinflacionista. Asimismo, en el Programa, se declaraba la guerra “a la corrupción generalizada y a la especulación”, apostando por un camino de “adecentamiento, rigor y honestidad” en la vida económica española.

Por lo que concernía la inversión extranjera y la presencia de las multinacionales en España, el PCE declaraba que no “obstaculizaría” su actividad. Y, en otro escrito, sobre el tema de las inversiones extranjeras, añadía: “necesitamos de ella y la necesitaremos probablemente durante un tiempo”<sup>746</sup>.

En esta óptica, la crisis económica representaba una ocasión ya que podía abrir “un camino hacia un gobierno democrático de la economía y del Estado”. Por eso, se apostaba por una “*planificación democrática*, que sintetice y coordine los planes regionales y aborde los objetivos globales del desarrollo económico del conjunto del Estado. Todo ello equivale a decir que la lucha por la Democracia Política y Social coincide con la necesidad de hacer de España un país moderno, y que su objetivo fundamental es el continuo mejoramiento del nivel y de la calidad de la vida del conjunto de los pueblos de España, haciendo de ellos los auténticos protagonistas de estas ingentes tareas nacionales”<sup>747</sup>.

Uno de los principales problemas era representado por la inflación: “una elevada tasa de inflación empeora cada vez más el nivel de vida de las masas populares y obliga a endeudarse en el exterior a través de préstamos y créditos del extranjero que son

---

<sup>746</sup> Carrillo, Santiago y Sánchez Montero, Simón: *Partido Comunista de España*, Ediciones Albia, Bilbao, 1977, pág. 86.

<sup>747</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 64.

sumamente peligrosos para la solvencia y el desarrollo futuro del país”<sup>748</sup>. Para el PCE, causas de ella eran la corrupción, la falta de control democrático (y racionalización) de gasto público, el despilfarro. El Partido consideraba necesarias medidas para contener la inflación considerando que: “la inflación es hoy un cáncer nacional que es necesario paliar. Pero ello sólo puede lograrse mediante un esfuerzo también nacional, al que sean convocados todos los pueblos de España. El tiempo urge, en este terreno como en otros. La Historia no espera”<sup>749</sup>.

Para el Partido se trataba de elaborar un programa de recuperación económica capaz de “*crear un clima de confianza en la economía*, que permita adoptar racionalmente las decisiones de recuperación que sean necesarias”<sup>750</sup>. El Partido consideraba oportuna la creación de un Gobierno provisional, encargado de preparar la celebración de unas elecciones constituyentes y favorecer unas medidas concretas para la consolidación de “las nuevas realidades democráticas”. El Partido volvía a poner de manifiesto su idea que las conquistas políticas representaban la base para los futuros avances económicos y por eso, proponía un programa económico “tan moderado”, para mostrar públicamente “el nuevo papel que la clase obrera está llamada a desempeñar en el proceso democrático español”<sup>751</sup>.

Sobre el tema de la propiedad privada, el PCE afirmaba: “según el modelo de desarrollo económico socialista que el Partido Comunista propone para España, la abolición de toda forma de propiedad privada capitalista se hará de forma gradual, a medida que se multipliquen las fuerzas productivas...”<sup>752</sup>, recordando que este carácter gradual servía para una etapa intermedia “en la que no se trata de abolir la propiedad burguesa y de implantar el socialismo, sino de establecer un poder democrático de todas las fuerzas antimonopolistas”. Recordando negativamente que “cuando en determinadas condiciones históricas, los poderes revolucionarios han precipitado paso de toda la propiedad privada propiedad social, ello se ha traducido generalmente en una destrucción y desorganización con fuerzas productivas y de servicio que han redundado

---

<sup>748</sup> Comisión Económica del PCE: *Los comunistas ante la crisis económica*, Ed. Mayoría, Madrid, 1977, pág. 7.

<sup>749</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 58.

<sup>750</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 51.

<sup>751</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 53.

<sup>752</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 62.

en el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas”<sup>753</sup>. En consideración de eso, se llegó a afirmar que: “parece lógico concluir que el sistema económico que defiende el PCE está muy próximo al que en 1921 impulsó Lenin, poco después consolidó Stalin, y hoy han perfeccionado los medios informáticos”<sup>754</sup>, proponiendo la gradual abolición de la propiedad privada y manteniendo el principio del centralismo democrático.

Se trataba de un camino que pasaba por diferentes etapas, necesarias para enfrentarse a las dificultades que el cambio exigía: “por esta razón el Partido Comunista de España estima que, en el camino hacia la revolución socialista, existe objetivamente una etapa intermedia que permite a la clase obrera ponerse al frente de las amplias masas populares, establecer una alianza con los amplios sectores sociales antimonopolistas para abatir el poder político y económico de los grupos monopolistas, dando así un paso decisivo hacia su propia liberación. Esta etapa es la de la democracia política y social o democracia antimonopolista y antilatifundista. En ella no se trata de abolir la propiedad privada burguesa y de implantar el socialismo, sino de establecer un poder democrático de todas las fuerzas antimonopolistas, comprendida la pequeña y mediana burguesía, aunque lógicamente en este poder como en dicha alianza, el papel dirigente debe estar desempeñado, en definitiva, por las fuerzas del trabajo y de la cultura, por el bloque de los obreros, los campesinos y los intelectuales”<sup>755</sup>.

Al mismo tiempo, afirmaban que “el PCE, por último, entiende que las nacionalizaciones supondrán la propiedad, y por lo tanto el control, de los principales resortes de la economía por parte del conjunto del pueblo, y como consecuencia, la garantía en la orientación de la economía al servicio de los intereses populares. Esta apropiación social de los recursos económicos resulta inseparable de una forma política que la integre y subsuma: el pueblo posee la propiedad (y/o el poder) en el Estado”<sup>756</sup>.

Ante la depresión económica, el Partido señalaba la necesidad de impulsar la demanda global y, en esta dirección, promover algunas de las medidas precedentemente enumerada: en primer lugar, la lucha contra el paro, desarrollando un amplio programa de obras públicas (política de tipo keynesiano) y estableciendo mayores garantías

---

<sup>753</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 66.

<sup>754</sup> Libertad Marxista: *Análisis de los programas del PSOE y del PCE*, Asociación Independiente, Madrid, 1977, pág. 16.

<sup>755</sup> Ruiz, Fernando y Romero, Joaquín: *Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1977, pág. 244.

<sup>756</sup> Libertad Marxista: *Análisis de los programas del PSOE y del PCE*, Asociación Independiente, Madrid, 1977, pág. 66.

como un auténtico seguro de paro eficiente, definido como “una medida de elemental equidad social, uno de los más eficaces instrumentos de regulación económica, que ayuda a mantener la demanda en las épocas de crisis”<sup>757</sup>; en segundo lugar, la necesidad de incrementar el salario mínimo garantizado, las pensiones de vejez, invalidez, viudedad, etc.; en tercer lugar establecer unos precios remunerados para los productos agrarios, regularizando las campañas agrarias, acercando la producción al consumo, aumentando la capacidad de autoabastecimiento nacional; y finalmente, estimulando la demanda de inversión, pública y privada, al fin de reactivar la económica reanimando la inversión.

En el libro *Eurocomunismo y Estado*, Carrillo dedicaba algunas páginas sobre el tema de la transformación socio-económica de España, planteando “una planificación nacional y democrática de la economía, que integre al sector público y privado y permita elaborar un modelo económico adaptado a las necesidades reales de la población y al mejoramiento radical de la calidad de vida”. Añadía: “hablo de una planificación racional, partiendo de las necesidades ligadas a ese nuevo modelo económico y a la calidad de la vida, y de una planificación democrática, en el sentido de que ésta debe comenzar a elaborarse desde abajo, teniendo en cuenta la iniciativa, las necesidades y las posibilidades de cada sector de la población y de cada empresa o servicio, y de que el plan general debe conformarse como la articulación, en un conjunto de múltiples planes, a todos los niveles, y no como una imposición burocrática desde arriba”<sup>758</sup>. Para Carrillo era necesaria una planificación “racional y democrática” para mejorar la calidad de vida de las grandes urbes, optimizar el desarrollo de las fuentes energéticas, solucionar el problema de la alimentación, invertir en educación y sanidad. Para el país, el secretario del PCE acentuaba su atención y la necesidad de formular propuestas sobre el tema de la agricultura y la ganadería para procurar enderezar las agudas injusticias socio-económicas sufridas por un sector olvidado, abandonado.

Asimismo, el secretario del PCE afirmaba: “la coexistencia de formas de propiedad pública y privada significa aceptar la producción de plusvalía, y la apropiación privada de una parte de ésta, es decir, la existencia de un sistema mixto. La sociedad posee los medios para asegurar que esas plusvalías no sean exorbitantes, por medio del impuesto, y de que sin embargo sean suficientes para estimular la iniciativa privada. Además,

---

<sup>757</sup> AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pág. 55.

<sup>758</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 99-100.

controlando el crédito, tiene la posibilidad de encauzar el ahorro hacia los fines más convenientes al conjunto del país”. Según Carrillo se trataba de elaborar una política económica realista para la creación de un “sistema mixto” en el que “la lucha de clases va a manifestarse abiertamente, aunque el consenso social sea lógicamente mayor que el que existe en la sociedad actual hegemonizada por el capital monopolista. La superación de las diferencias sociales seguirá un proceso natural, no será consecuencia de medidas coercitivas, sino del desarrollo de las fuerzas productivas y de los servicios sociales, de forma que a través de un proceso gradual, favorecido por la educación, todos los sectores de la población vayan integrándose en el colectivo social”<sup>759</sup>.

Lo que está claro era que los partidos eurocomunistas descartaban importar el modelo económico imperante en Rusia: no se hablaba de planificación económica vinculante para toda la actividad productiva, ni de dirigismo. Incluso admitían que el sistema soviético presentaba algunas limitaciones como: el manejo de una información poco cierta, retrasos en los planes quinquenales, falta de coordinación en caso de cambios de planes... Los economistas de los partidos comunistas de Europa occidental parecían consciente que “la pretensión del socialismo económico de apropiarse del mercado para lograr un esquema mixto, tropieza con la dificultad práctica que supone lograr su funcionamiento en el contexto de una economía socialista”<sup>760</sup>.

En el “Plan de Emergencia contra el Paro y Programa Económico a Medio Plazo” (17-18 de junio de 1978), el PCE afirmaba que “la iniciativa priva no es el motor más adecuado” (pág. 8) para realizar el “crecimiento selectivo para el futuro”.

Concluyendo y resumiendo, podemos afirmar que el programa económico del PCE en esta etapa fue muy criticado por cuantos consideraban que mostraba alguna tenebrosidad en muchas formulaciones. Parte de las propuestas económicas del PCE resultaron muy criticadas por la extrema izquierda y, en diferentes casos, incluso por miembros del partido. Como en el caso del PCI, se le acusaba de excesiva moderación, de falta de comprensión profunda de la realidad, generando la perplejidad de parte de la militancia, deseosa de una actitud más contundente.

---

<sup>759</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 103.

<sup>760</sup> Libertad Marxista: *Análisis de los programas del PSOE y del PCE*, Asociación Independiente, Madrid, 1977, pág. 23.

#### 10.4 El Eurocomunismo y el Mercado Europeo

Aunque de las diferencias entre los partidos eurocomunistas hablaremos más adelante, un aspecto merece la pena ser distinguido con la UE: si las diferencias entre los tres partidos en sus respectivos programas económicos resultaban leves pero existentes, acerca de la Comunidad Económica Europea, estas distancias resultaban aún más marcadas.

Respecto a los procesos de integración europea, al principio, los partidos comunistas de Europa occidental, mantuvieron una postura crítica, condenándolo ya que consideraban que se trataba de un mecanismo para “rafforzare il controllo dell'imperialismo americano sull'Europa”. Para la ortodoxia comunista, eran instituciones creadas por los capitalistas para fortalecer el “imperialismo occidental y el capitalismo monopolista”, “un nuevo súper monopolio” cuya construcción conllevaría “catastróficas consecuencias por la clase obrera europea”, criticando la falta de participación de la clase trabajadora en los procesos de decisión de los organismos europeos, cuestionando su carácter democrático.

En 1957, cuando se creó el Mercado Común Europeo, el PCF, el PCE y el PCI mostraban una posición “común” de crítica, cuestionando la posible equidistancia de esta nueva fuerza ya que los seis países fundadores eran miembros de la OTAN y más cercanos a USA que URSS. Asimismo, se criticaba la cesión de soberanía, la pérdida de independencia. Entre ellos, el más crítico era el PCF que argumentaba que la consecuencia de una participación al MEC hubiera sido la degradación de Francia a provincia de la Alemania federal. Asimismo, sostenía que su adhesión ponía en peligro la agricultura nacional y, con tonos apocalípticos, describía un escenario nefasto para el país.

Sin embargo, con el pasar de los años, las posturas del PCI y del PCE se suavizaron, planteando como reformar estas instituciones en un camino socialista, la posición del PCF permaneció intransigente, atacando la Comunidad Europea en cuanto “braccio politico della Nato”<sup>761</sup>. Su negativa se explicaba sobre todo por razones de política interna ya que el partido anhelaba a ser considerado, por un lado, la verdadera fuerza de oposición –a costa del PS- y, por otro, mostrarse como “el campeón del patriotismo”.

---

<sup>761</sup> Pinto Lyra, Rubens: *Le Pcf et l'integration européenne: 1951-73*, Nancy, Université de Nancy, 1974.

Por su parte, a pesar de considerar la Comunidad Europea como “una invención de la guerra fría” en óptica anti-soviética, el PCE era más favorable a una asociación de España a la Comunidad.

A pesar de mover inicialmente de posturas críticas parecidas<sup>762</sup>, la actitud del PCI respecto a la CEE cambió a finales de los sesenta, considerándolo más bien como una oportunidad. El PCI consideraba Europa y, especialmente, la Comunidad Económica Europea como un espacio de “desarrollo natural” del país, un área donde poder extender sus actividades económicas y ofrecer nuevas oportunidades laborales a los ciudadanos italianos. Pensando en que era necesario hacer evolucionar los organismos europeos a favor de los intereses de los trabajadores, de las masas, sugería una política de renovación y democratización de las instituciones.

Contrariamente, los comunistas franceses seguían viendo a Europa con desconfianza, presentándose como los defensores de las prerrogativas nacionales frente a los intereses extranjeros y oponiéndose a los procesos de integración europeo en razón de su nacionalismo.

El cambio radical del PCI hacia la CEE corría el riesgo de desafiar la visión negativa de la URSS. No obstante, el partido decidió avanzar en esta dirección: eso también en razón de los resultados logrados por la Comunidad en sus primeros años de vida. Por eso dentro del partido, figuras importantes (como Giorgio Amendola, Altiero Spinelli) presionan el partido para que participase más activamente al funcionamiento de la nueva institución. El partido empezó a barajar la posibilidad de elaborar una propia posición teórica en materia, animado por el deseo de entrar en las instituciones comunitarias y democratizarlas desde dentro. Mientras se firmaba en Roma el tratado fundacional de la CEE, el PCE reconocía su importancia: “Noi riconosciamo l’esistenza di condizioni obiettive che rendono grave e incerta l’attuale prospettiva per le economie nazionali dell’Europa occidentale (...). Per cui la tendenza di superare la presente situazione e di preparare un migliore futuro ampliando i ristretti mercati nazionali e con nuove forme di collaborazione internazionale in campo economico, è insieme comprensibile e corretta. Le classi operaie non possono opporsi in linea di principio a tale tendenza”<sup>763</sup>. A partir de este momento, el PCI maduraba una línea más favorable hacia la integración, considerando un error táctico permanecer en una posición altamente crítica tal y como

---

<sup>762</sup> PCI y PCF llegaron a tachar la CEE de “piano criminale di scissione dell’umanità” y, sobre todo, tachar la unificación de Europa como “un’iniziativa politico-militare voluta dal capitalismo americano e patrocinata dal Vaticano”.

<sup>763</sup> *L’Unità*, 25 de marzo de 1957.

hacía el PCF. En esta línea, en 1962, Amendola, como hemos visto uno de los más europeístas del partido, afirmaba: “Il nostro atteggiamento critico nei confronti della CEE, benché politicamente responsabile, era erroneo quando sopravvalutava le difficoltà economiche che sarebbero derivate dalla approvazione dei regolamenti comunitari e quando sottovalutava il nuovo campo per l’espansione dell’economia italiana in conseguenza della creazione del mercato europeo (...). Inevitabilmente la CEE contribuisce ai processi di centralizzazione e concentrazione capitalistiche, produce crisi di aggiustamento, e travolge aziende che lavorano a costi unitari eccessivamente alti. Ma tutto questo richiede l’ampliamento, da parte della classe lavoratrice, di una lotta ‘europea’ in pieno accordo con le classi operaie degli altri paesi della CEE, contro le forze monopolistiche che controllano gli organi esecutivi della CEE”<sup>764</sup>. Con buena dosis de realismo, el PCI se daba cuenta que la Comunidad Europea dictaba decisiones que tenían valor y consecuencias en la política nacional: por eso, consideraban necesario –y más sabio- postularse la manera de controlar su actuación, entrar en el engranaje, ofreciendo su contribución a mejorar, democratizar las instituciones europeas. Era una posición realista, consciente de que “el camino nacional hacia el socialismo” pasaba por la interdependencia política y económica de la UE: el PCI consideraba que “per controbilanciare efficacemente il monopolio e il capitale multinazionale bisognava agire in una strategia internazionale congiunto a livello della CEE”<sup>765</sup>.

Por lo tanto, el PCI consideraba imposible la construcción del socialismo en un país de Europa occidental al margen del proceso de integración en acto y, en diferentes tribunas internacionales (Bruselas, Berlín), Berlinguer mostró públicamente la postura “pro Europa” del Partido, considerando imposible infravalorar sus avances. Por eso, Berlinguer apostaba por una Europa fuera de los bloques, a favor de la distensión internacional y partidaria de una reforma democrática de las instituciones comunitarias. Postura similar era la del PCE, que consideraba Europa como uno de los elementos principales para la coexistencia pacífica y reclamando, como los italianos, mayor democracia en los órganos de poder y control de la CEE. Incluso para el Partido Comunista español, la integración de España a la CEE representaba una ocasión para

---

<sup>764</sup> Amendola, Giorgio: *Lotta di classe e sviluppo economico dopo la Liberazione*, Editori Riuniti, Roma, 1962, citado en R. M. Irving en *International Affairs*, 1977, pág. 414.

<sup>765</sup> “L’economia neocomunista” de Stuart Holland en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 245.



contribuir al desarrollo de las fuerzas productivas nacionales y al carácter democrático del país.

La postura francesa era más radical y crítica hacia “la pequeña Europa de los trust y de los monopolios”. El PCF acusaba al MEC de haber favorecido la penetración de las multinacionales en el suelo europeo. Además, a diferencia de los otros partidos eurocomunistas, el PCF se oponía decididamente a la ampliación de los poderes del Parlamento europeo.

El Partido Comunista italiano tenía la voluntad de encontrar un acuerdo con el PCF para que pudiera cambiar de opinión y asumir una postura más favorable. Por eso preparaba, ya a partir de 1973, unos encuentros entre Berlinguer y Marchais para discutir sobre el tema, la importancia de Europa y de su mayor integración: “sono d'accordo che il colloqui Berlinguer-Marchais debbano soprattutto trattare le questioni europee, oltrechè i rapporti bilaterali. Dicono che bisogna ‘spremersi il cervello per far uscire qualche idea che ci permetta uscire dal relativo immobilismo in cui ci troviamo in Europa nei rapporti con le altre forze’ (...). Ad ogni modo, una concertazione tra i nostri due partiti appare necessaria a questo stadio. Si tratta ora non solo di vedere le questioni europee nel loro complesso, ma privilegiare ora l'azione nell'Europa occidentale che ha differenze sostanziali con l'Europa socialista, sia storico-politico-culturali che riguardanti la via di accesso, costruzione e concezione del socialismo”<sup>766</sup>.

Así que por un lado se posicionaban el PCI y el PCE favorable a una reforma de las instituciones comunitarias para conseguir un funcionamiento más democrático de esa organización. La postura del partido respecto a la CEE se puede resumir en la intervención de Giorgio Amendola a la Conferencia de los partidos comunistas de Europa occidental, en 1974, ocasión en la que por primera vez el PCI teorizó la hipótesis de una Europa autónoma, no hostil ni a la URSS, ni a los Estados Unidos. Amendola afirmó que “la CEE se ve incapaz de dar una respuesta unitaria a los grandes problemas derivados de la crisis económica mundial, que solamente podrá ser superada a través de una profunda transformación democrática. Nosotros luchamos para conseguir dicha transformación, porque consideramos útil la presencia de una organización democrática internacional que resuelva los problemas que los estados solo se muestran incapaces de solucionar (moneda, circulación del capital, control de las

---

<sup>766</sup> Nota di Angelo Oliva del 9-10 de mayo de 1973, APC, mf 046, pág. 336-340, en Ferrari, Paolo: *In cammino verso Occidente. Berlinguer, il PCI e la Comunità Europea negli anni '70*, CLUEB, Bologna, 2007, pág. 147-148.

sociedades multinacionales, energía, contaminación, etc.). Naturalmente la CEE no puede tener la pretensión de representar a toda Europa, sino solamente a una parte de ella, que debe abrir relaciones de cooperación con la Europa socialista, que ayude a librarse a los pueblos oprimidos por el fascismo, que abra nuevas relaciones de cooperación en los países en vías de desarrollo, una Europa ni antisoviética, ni antiamericana”. Añadía acerca del problema de cómo democratizar las instituciones comunitarias: “El parlamento europeo tiene poderes consultivos. La comisión es ‘una gran secretaría sin poderes ejecutivos’. Todos los poderes están ‘en el consejo de ministros que es sede de extenuantes regateos y acuerdos precarios’. Hemos de volver al revés dichas relaciones. En la comisión deben entrar con funciones responsables los representantes del sindicato europeo, de las asociaciones agrícolas, de las cooperativas y de los movimientos juveniles”<sup>767</sup>.

Por su parte el PCF, seguía siendo contrario a una reforma de la CEE, mostrando su postura favorable en el poder del Consejo de ministros (por lo tanto contraria a un aumento de los poderes del Parlamento), una estrategia opuesta a la del PCI y justificada en razón de su confianza en que, logrando la victoria electoral de la Unión de la izquierda, gozaría de más poder dentro del Consejo de ministros. Tras un encuentro entre el entonces secretario del PCF Waldeck-Rochet y el homólogo italiano, Longo, en Ginebra en 1965, el secretario del PCI afirmaba acerca del posible cambio de postura del partido comunista francés: “non è che abbia cambiato la sua opinione sul Mercato Comune, questo è vero, ma certo il Partito Comunista francese prende atto dell’esistenza degli organismi comunitari e ritiene che la cooperazione con il partito socialista e con altri sostenitori delle istituzioni europee sia necessaria allo scopo di combattere insieme contro la politica antisociale e antidemocratica dei monopoli che dominano il Mercato Comune”<sup>768</sup>. Esto demostraba el retraso y las resistencias del PCF a cambiar su postura respecto a los procesos de integración europea, tanto que solo en 1975, sus miembros accedieron a Estrasburgo. Sin embargo, el momento decisivo del cambio fue en junio de 1972, es decir cuando, en razón del Programa Común, el PCF afirmaba la necesidad de que un Gobierno de izquierda jugará un papel importante en la “costruzione della Comunità Europea, delle sue istituzioni e della sua politica comune, con l’intenzione di compiere un’azione per liberarla dalla dominazione delle grandi aziende capitaliste, per democratizzare le sue istituzioni, per appoggiare le richieste dei

---

<sup>767</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 232-233.

<sup>768</sup> *Rinascita*, 23 de junio de 1965, pág. 3.

lavoratori e per orientare verso i loro interessi l'operato della Comunità"<sup>769</sup>. Se trataba del primer acto público en el que se renunciaba a la dura crítica de los procesos de integración de Europa. A partir de este momento, Marchais declaraba sus esfuerzos y anunciaba una "participación constructiva" de la Comunidad Europea. Por eso, la posición del PCF empezaba a acercarse a la del PCI tanto que, tras un encuentro entre Berlinguer y Marchais el 15 de noviembre de 1975 en Roma, declaraban conjuntamente: "Di fronte agli atteggiamenti, profondamente contrari agli interessi popolari, dei centri monopolistici nazionali e multinazionali e di quei gruppi dirigenti la cui politica, nell'Europa del Mercato Comune, porta disoccupazione e diseguaglianza sociali, i due partiti attribuiscono grande importanza allo sviluppo di iniziative verso l'unità delle forze popolari e delle forze della sinistra, anche nel Parlamento Europeo, al fine di giungere a una democratizzazione della tendenza e dell'operato della Comunità Economica Europea, e alla graduale costruzione di una Europa democratica, pacifica e indipendente"<sup>770</sup>. Sin embargo, mientras en el caso del PCI se trataba de una actitud filoeuropeísta, en el PCF permanecían sus rasgos característicos: el nacionalismo y una retórica anticomunitaria, en el sentido que el partido se declaraba defensor de la soberanía francesa.

Para el PCE, la Europa de la Comunidades representaba una referencia central de su política estera, por eso mantenía una actitud "crítica pero positiva". En su óptica europeísta, el PCE consideraba la pertenencia al Mercado Común como útil para que el país pudiera contar con un mayor respaldo democrático, homologándose a Europa y apoyar a los trabajadores españoles inmigrados en los países miembros del Mercado Europeo. El PCE afirmaba la necesidad de un nuevo tipo de relaciones en las áreas supranacionales integradas (en su caso específico, en el marco de la CEE) para la creaciones de "un nuevo orden económico internacional", más justo y menos desequilibrado. Asimismo, se manifestaba la necesidad de una regulación de los mercados internacionales de materias primas y un control sobre la distribución de los productos energéticos. El Partido Comunista de España consideraba la integración del país en los organismos y organización de Europa como una operación necesaria y ventajosa desde el punto de vista económico y político: "Las Comunidades Europeas

---

<sup>769</sup> "I Comunisti e la CEE per l'eurocomunismo" de John Lambert en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 152.

<sup>770</sup> *I comunisti italiani e l'Europa: dichiarazioni documenti interventi, 1973-1976* [S.l.] : a cura del Segretariato del gruppo comunista e apparentati al Parlamento europeo, pág. 71.

agrupan a los países con los cuales España tiene su mayor entronque económico y cultural. Sus ordenamientos políticos son todos ellos de carácter democrático, con soberanía basada en el sufragio universal y con respeto a las libertades públicas y privadas. Vincularse plenamente con ese grupo de países resulta lo más aconsejable para un futuro económico solidario y próspero, y asimismo es una de las mayores garantías de la propia consolidación de la democracia en España”<sup>771</sup>. A diferencia del PCF, el PCE argumentaba de la necesidad de “establecer un *programa común de aspiraciones económicas y sociales*”<sup>772</sup>. Para el economista Ramón Tamames, la adhesión de España en las Comunidades Europeas, su “integración plena con la CEE”, conllevaba que “las ventajas son superiores a los inconvenientes” y era necesaria por: 1) la defensa de los derechos de los trabajadores españoles emigrados a la CEE (“la actual marginación de España (...) sitúa a 35 millones de españoles en condiciones de inferioridad respecto del resto de Europa occidental”<sup>773</sup>; 2) favorecer y aumentar las inversiones de los países de la CEE en España; 3) lograr una armonización entre la política agraria española y la de la CEE, impulsando la modernización del sector agrario nacional; 4) permitir la inserción de España en las discusiones sobre sectores tan importantes como el energético, el monetario o el desarrollo de políticas regionales. Debido a las diferentes posturas, la exigencia de presenta una acción unitaria a nivel europeo se quedó en una cuestión teórica, sin formulación práctica. Durante la Cumbre de Madrid, no se discutió del tema, ni se afirmó la necesidad de una “vía europea al socialismo”. Resumiendo, la postura de los tres partidos no fue homogénea, se acercó, a veces lucidas, otras oportunistas.

### 10.5 Reflexiones

El tema económico resulta particularmente interesante y puede achacarse en este campo graves errores a los eurocomunistas: durante la segunda mitad de los setenta, la crisis económica ya era clara. No obstante, estos partidos tardaron en ofrecer una respuesta convincente, en presentar un programa económico alternativo a la austeridad y los recortes propuestos por la derecha internacional. Frente a la crisis de estos años, las recetas eurocomunistas (economía mixta, estatalizaciones...) resultaban demasiado

---

<sup>771</sup> Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el Futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1975, pág. 82.

<sup>772</sup> Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el Futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1975, pág. 83.

<sup>773</sup> Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el Futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1975, pág. 148.

parecidas a las neoliberales, mostrando la dificultad a ofrecer una alternativa, una salida de la crisis en defensa del Estado de bienestar. Esta incapacidad de presentar un programa económico fiel a los valores socialistas ponía de manifiesto la debilidad de la política económica del eurocomunismo. Por eso, el eurocomunismo parecía más que una alternativa política viable como una respuesta coyuntural, priva de una política económica apta a superar la crisis. Además, es sabido que la “prosperidad favorece la derecha, mientras las crisis hace difícil a la izquierda estar en el poder”. El eurocomunismo parecía preocuparse, más que por asuntos económicos y sociales, por una transformación política. Sin embargo, el cambio propuesto resultaba insuficiente, más en un plano práctico sin renovar las estructuras. Es probable que los líderes eurocomunistas no entendieran que se trataba de una grave crisis y prefirieron tratarla como un “ciclo corto”, transitorio, sin tener conciencia de su profundidad.

Considerando el nivel de desarrollo de las economías nacionales, el grado de integración y la complejidad de las relaciones internacionales hacía que los partidos comunistas nacionales descartarán la posibilidad de “destruir” el sistema, cuyos costes podían resultar demasiado grandes, implicando, además, un claro retroceso en el nivel de bienestar social. Además, el carácter mundial de la crisis obligaba a los PC de Europa occidental a plantear una estrategia conjunta, moviendo de la idea que la crisis derivaba de la escasez de algunos recursos productivos (materias primas) indispensables para el funcionamiento de la economía internacional. Se trataba de postular una estrategia que permitiera transformar y, a la vez, avanzar hacia un tipo de sociedad socialista.

A primera vista, podría parecer que los problemas económicos eran secundarios para los eurocomunistas respecto a los políticos (el tema de la democracia, del pluralismo político, las relaciones con los demás partidos...): sin embargo, tratándose de partidos cuya tradición metodológica marxista implicaba una gran relevancia a los factores económicos (mayor o igual que los factores socio-políticos), un atento análisis confirma que tanto el PCI como el PCF y el PCE se preocuparon de presentar nuevas políticas económicas. Repetimos: no podía ser diferentemente ya que, para los partidos marxistas, el sistema económico ejerce un efecto condicionante firme e importante sobre el orden social y político. Por eso, cuando se discute de economía, no se limita el debate a este campo, sino se amplía a los otros, estableciendo una relación de dependencia y causa-efecto. En sus programas económicos, los partidos comunistas se preocupaban de solucionar algunos de los problemas que la economía capitalista planteaba como la

incapacidad del mercado para cubrir las necesidades generales, provocando graves desequilibrios e injusticias sociales o la corrupción y el despilfarro. Entre los objetivos comunes que se proponían podemos afirmar: la descentralización decisoria, una mayor democracia en los centros de trabajo, un nuevo corporativismo, formas de autogestiones.

El primer elemento que los eurocomunistas debían tener en cuenta era que, hasta la fecha, los procesos revolucionarios habían triunfado en contextos socio-económicos muy particulares, caracterizados por contar con economías atrasadas –cuasi feudales-, niveles de vida muy bajos y una aguda desigualdad. En extrema síntesis, en estos países, se trató de destruir un orden social y económico ineficaz, poco integrado e inservible. Los países de Europa occidental se hallaban en una situación diferente: desde el punto de vista económico, el grado de desarrollo de las fuerzas productiva, los mecanismos de regulación de la actividad económica y los niveles de vida alcanzados por buena parte de la población obligaban a los partidos comunista a un replanteamiento y modificación de su estrategia. Los Partidos Comunistas italiano, español y francés estaban obligados a reflexionar sobre las condiciones objetivas de su país, donde regía una economía capitalista de nivel “intermedio-alto” de desarrollo de las fuerzas productivas y un marco institucional que garantizaba la hegemonía del sector privado sobre el público.

En consideración de la grave crisis, el Eurocomunismo debía concebir un nuevo orden socioeconómico, para superar problemas como la propiedad privada de los bienes de producción, las relaciones salariales, la división vertical del trabajo, la producción necesitaban una respuesta clara y diferente a la ofrecida por la sociedad capitalista. Una transformación de la sociedad a largo plazo (para conseguirla en un breve plazo sería necesaria una revolución violenta, hipótesis descartada aceptando las reglas democráticas). En sus programas económicos, no se planteaban la “necesidad de otra sociedad”, sino más bien pretendía la mejoría de la existente, favoreciendo la recuperación del capitalismo sin la emancipación de la clase trabajadora, sin presentar una verdadera alternativa revolucionaria.

En relación a la crisis, se hizo evidente uno de los límites del proyecto eurocomunistas que analizaremos a continuación: su mayor preocupación por la situación interna y las implicaciones de la crisis en la economía local.

En consideración de la situación mundial, los programas económicos resultaban escasamente “atractivos”, daban la impresión que las masas “seguían quedándose al margen” tal y como pasaba en el sistema capitalista. Los militantes de izquierda tenían

la impresión que los cambios propuestos, más que encaminar realmente la economía hacia el socialismo, servían para garantizar la misma supervivencia del capitalismo, renovando sí las condiciones de producción pero bajo las mismas fuerzas productivas. Desde la posición de análisis de la crisis ofrecida por estos partidos, parecía difícil ver la salida y su postura parecía decantarse demasiado hacia la derecha tanto que algunos se preguntaban: “¿Por qué se empeñarán nuestros queridos *eurocomunistas* en buscar solución a la crisis en el marco de la economía capitalista?”<sup>774</sup>.

En los discursos eurocomunistas, seguían presentes elementos propios de una economía capitalista ya que seguía hablándose de trabajo asalariado, beneficios privados, control del aparato productivo. Los partidos comunistas tenían que plantearse como “salir” de los regímenes de producción capitalistas y presentar importantes transformaciones del aparato productivo y de las relaciones comerciales vigentes entonces. La misma postura del PCI aparecía demasiado simplista: limitarse a declarar guerra a la corrupción –uno de los principales límites de la Democracia Cristiana- no resultaba ser una panacea a los males italiano y tampoco era suficiente para sanear la economía. El *moralismo económico* resultaba común a estos partidos y se consideraba medida necesaria para combatir algunos males endémicos de la sociedad capitalista: la corrupción, el despilfarro. Era evidente el intento de establecer una relación entre moralismo y efectividad económica.

La propuesta de austeridad podía conseguir alguna mejoría de la economía nacional, pero no variaba la esencia capitalista de la misma: se necesitaba mayor involucración de las masas, su participación directa en el control de los medios de producción y, sobre todo, en las decisiones de la política y de la economía.

Ejemplo de esta “presunta ambigüedad” o, por decirlo de otra manera, de un discurso no típicamente comunista, tómese como ejemplo las palabras de Tamames sobre la importancia de la flexibilidad de las plantillas como medida para luchar contra la crisis, afirmaciones que hoy en día probablemente no escandalizarían pero que, entonces, provocaron desconcierto: “Entre otras medidas, la flexibilidad del empleo puede ser una de las más importantes. En los períodos en los que la recesión amenaza, más que nunca y más que cualquier otro factor, entra en juego el temor de aumentar las plantillas en las empresas cuando no existe la posibilidad de reducirlas en un momento dado. La

---

<sup>774</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni Eurocomunismo ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 65.

modernización radical de la economía exige esa necesaria flexibilidad, tema que nadie quiere abordar”<sup>775</sup>.

La aceptación de la política de austeridad, propuesta por el PCI, resultaba “inserta en una fraseología opaca acerca de la programación económica” y determinada por “su función falsificadora”: “Berlinguer presenta las cosas como si una programación semejante pudiera impulsar una elevación considerable del consumo público (transportes comunes, alojamiento, sanidad, enseñanza, cultura, et.), una modernización a gran escala de la agricultura en Italia meridional, una reabsorción del paro entre los jóvenes, particularmente dramático, un desarrollo espectacular de la investigación científica, etc. (...). El ‘proyecto del PC desemboca en un verdadero desastre para el proletariado’. Mandel proseguía con su crítica argumentando que la política económica del PCI era “una pura y simple repetición del proyecto socialdemócrata clásico, formulado por el dirigente sindicalista alemán Tarnow durante la gran crisis de 1929-1932: convertirse en médico a la cabecera del capitalismo enfermo” <sup>776</sup>. Asimismo, acusaba al PCI de actuar de forma demagógica, intentando “recuperar algunos de los temas de la ‘contestación intelectual de los años 60”. En el libro, Mandel atacaba repetidamente a Berlinguer (“¡tonto y contento de serlo!”) por su ingenuidad, cinismo y desenfado “para poder tener la posibilidad de hacerles tragar la píldora a los trabajadores y poder esperar, al mismo tiempo, la gratitud de la patronal”. Y finalmente le atacaba por presentar algunas ideas como la sustitución de unos gastos de consumo privado por gastos de consumo público, la lucha al despilfarro, como “el desarrollo de elementos de socialismo en el seno de la sociedad capitalista” (según sus palabras en el Informe al Comité Central de octubre de 1976), mientras, en realidad, “se trata una vez más de un eco apenas deformado de las tesis socialdemócratas clásicas sobre el ‘socialismo municipal’ y el ‘salario político’”<sup>777</sup>.

No obstante, los programas económicos de los partidos eurocomunistas no “explicaban” en profundidad en qué consistía su nueva política económica: muchos le criticaban la falta de un sólido programa de alternativa capaz de parecer una opción viable frente a la capitalista. Asimismo, los detractores sostenían que presentaban una económica mixta, incapaz de eliminar los desequilibrios existentes, permitiendo la supervivencia de la oligarquía financiera.

---

<sup>775</sup> *Cambio 16*, número 330, 2 de abril de 1978, pág. 26.

<sup>776</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 189 y 192.

<sup>777</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 198-201.



Las medidas propuestas para estos partidos parecían soluciones paliativas, “fruto de la ocurrencia más que de la reflexión”. En la mayoría de los casos, aparecían como soluciones de emergencia que, paradójicamente, podían llevar al efecto contrario al deseado: más que terminar con él, podían procurar la recuperación del sistema capitalista, revigorizado y robustecido. No profundizaban los problemas planteados por la economía capitalista y las soluciones propuestas parecían más sanear al capitalismo que acabar con él.

La respuesta ofrecida por el eurocomunismo a la crisis económica resultaba tan insatisfactoria que algunos consideraban que estaba tomando prestado a la ideología burguesa actualmente predominante en Occidente, cuestionando el valor de su respuesta. Incluso la explicación que ofrecían de ella resultaba cuestionable ya que consideraban la baja de la demanda global –nacional e internacional- como la principal causa de la crisis económica, contradiciendo las teorías marxistas en materia. En lugar de postular una “estrategia supranacional socialista y comunista” estos partidos seguían próximos a la estrategia del capitalismo internacional.

La distinción entre clase trabajadora y “capitalista” no era tan marcada en las nuevas sociedades industriales, como lo fue antes. La gran mayoría de los que trabajaban como empleados eran asalariados y formaban una nueva clase media en ascenso, cada vez más extensa. La composición y el ingreso de la clase trabajadora han cambiado radicalmente, de modo que hoy permiten relativamente buenos ingresos para trabajadores técnicos y de “cuello blanco”, cuya mentalidad y modo de vida es también cada día más de clase media. El proceso democrático y la movilización social cierran la brecha entre trabajadores y capitalistas, y les permite hoy a los comunistas, en combinación con otros partidos y fuerzas buscar y quizá llegar a obtener por vías democráticas, el poder del Estado. Estos nuevos comunistas buscan el cambio, el compromiso, una “unión popular”, un “frente amplio”, una “democracia avanzada”, con otros partidos de izquierda, no con miras a establecer un socialismo de “dictadura del proletariado”, sino para formar un gobierno que prepare las condiciones favorables al desarrollo de un socialismo democrático.

En lo que concierne a la necesidad de una nueva división internacional del trabajo, la propuesta de los partidos comunistas tenía que ser más audaz, presentando un nuevo sistema que no fuera una mera continuación de las tendencias neocapitalistas de entonces, sino una reestructuración profunda del orden establecido.

El mismo Mandel reprochaba al eurocomunismo “la incomprensión del carácter estructural de las relaciones de producción capitalistas. Estas no pueden modificarse gradualmente, fragmento a fragmento. Sólo pueden, o bien pueden funcionar en base a su propia lógica, o bien no funcionar. No pueden funcionar a medias, como una mujer no puede estar encinta a medias. El concepto de ‘economía mixta’ es o bien un espejismo, o bien un mito propagado deliberadamente para engañar a las masas”. Y añadía: “toda la palabrería sobre la ‘transición al socialismo’ se revela como una cortina de humo detrás de la cual se lleva a cabo la consolidación de la economía capitalista y del poder del gran capital”<sup>778</sup>.

La palabra democracia aparecía repetidamente en los programas comunistas de la época como si dentro de ella estuviera aguardada la clave para solucionar la crisis y realizar un desarrollo económico armónico. Se utilizaba este vocablo (“transformación democrática de la agricultura”, planificación democrática de las actividades económicas, gestión democrática de los recursos) como si fuera garantía y promesa de un nuevo orden. De forma provocativa, atacaban a estos partidos afirmando que el “adjetivo democrático” era el remedio milagroso a cualquier problema del partido.

Aunque sobre las diferencias entre los tres partidos eurocomunistas volveremos más adelante, desde el punto de vista económico, merece la pena subrayar como, si por un lado el PCE y el PCI abogaban por una respuesta común que favoreciese la creación de un nuevo sistema de relaciones económicas mundiales, el PCF consideraba que la crisis mundial podía ser superada sólo cuando cada país habría sido capaz de recuperarse y superar su crisis nacional. Y otra diferencia era relativamente a la CEE, ya que el PCF consideraba el mercado común de forma negativa, actuando de forma contradictoria: por un lado, mostraba su desconfianza acerca de su funcionamiento, no creyendo en la posibilidad de una transformación desde dentro de este organismo; por otro, impedía la entrada de nuevos países “a defensa de las clases trabajadoras” de Francia y de los mismos países que podían entrar. De esa manera, era manifiesta su posición incoherente, a defensa de los intereses nacionalistas y electoralistas del partido, obstaculizando la implantación de una estrategia supranacional socialista. Por su parte, el PCE resultaba favorable a las estructuras supranacionales europeas, ya que eso significaba el fin del aislamiento tradicional y “la entrada en Europa”. Aún así, la militancia pedía mayores explicaciones sobre “los pros y los contras” de esta decisión.

---

<sup>778</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 157-158.

Las estrategias de los partidos comunistas italianos, franceses y español diferían también sobre el papel de las industrias públicas, mostrando su divergencia sobre el tema del “incremento” de la presencia estatal en la economía. Particularmente aguda fue la diferencia entre el PCI y el PCF: en el programa del PCI no se hablaba de la necesidad incipiente de ampliar el control del sector público y, además, para los italianos no se trataba de un aumento cuantitativo sino más bien cualitativo. Según los economistas del Partido Comunista italiano, la clave no era un aumento del número de sectores que había que nacionalizar tal y como sostenía el PCF –y el Partido Socialista italiano–, sino más bien se trataba de sanear y reorganizar la economía pública a través de una “una conduzione della spesa pubblica fissata da criteri di severità e di rigorosa selezione, tagliando dove c'è da tagliare e favorendo invece l'accrescimento della spesa nei settori produttivi e in quelli di grande interesse sociale”<sup>779</sup>.

Diferentes eran también el tipo de reivindicaciones sociales de los dos partidos, ya que mientras el PCI luchaba por alguna mejoría cualitativa, de las condiciones de trabajo y por mayores derechos de los trabajadores, el PCF se preocupaba casi exclusivamente “de obtener subidas salariales y el mantenimiento de los empleos”<sup>780</sup>.

Aún más marcada era la diferencia sobre el tipo de respuesta que ofrecer a la crisis ya que mientras el PCI subrayaba la necesidad de una colaboración a escala europea de las diferentes fuerzas sociales, el PCF consideraba la crisis como un “problema nacional” que, por lo tanto, exigía una solución nacional. Como ya hemos indicado, la economía política del PCF era “francesa antes que europea”, nacional antes de comunitaria: este rasgo intentó preservarlo durante el proceso de integración europea.

Como veremos también en la última parte de este trabajo, uno de los errores que cometieron estos partidos fue “la vecchia concezione catastrofica del capitalismo, quella che vuole il capitalismo ineluttabilmente condannato a morte”<sup>781</sup>. Aún así, merece la pena subrayar que estos partidos abandonaron la idea de que el colapso económico del capitalismo hubiera permitido a la clase obrera, movilizada y adoctrinada, de acabar con él. Los partidos comunistas de Europa occidental mostraban su preocupación respecto a la intervención capitalista del Estado, al mismo tiempo que se ponían como objetivo

---

<sup>779</sup> Enrico Berlinguer, “Rapporto al Comitato centrale in preparazione al XIV Congresso del Pci, 10-12 dicembre”.

<sup>780</sup> Baudouin, Jean: *Le Pcf et le socialisme aux couleurs de la France: evolution et con-tradictions du communisme français*, Rennes, Université de Rennes, 1978.

<sup>781</sup> Alberto Asor Rosa, *La Repubblica*, 23 de mayo de 1978.

poner de manifiesto la incapacidad del Estado capitalista a satisfacer las reales necesidades de los ciudadanos.

La presentación de la crisis económica en términos catastróficos tanto por el Estado democrático como por las conquistas sociales realizadas por la clase obrera resultó una *ingenuidad*, un error de cálculo en el sentido que la labor del partido empezaba a ser vista como “acción para preservar el orden”, un “factor de estabilidad” y no de ruptura. Sobre este punto resultan muy interesantes las reflexiones de Mandel que argumentaba que, en consecuencia de una percepción estática-negativa del partido, la clase trabajadora empezaba a mirar con desconfianza el partido que siempre le había representado, considerando su postura “lejana a los intereses de clase”. Inversamente, la clase media y parte de la burguesía miraban con gratitud –o incluso satisfacción- esta actitud moderada.

Tras un atento análisis de la política económica de los eurocomunistas, el gran límite consistió en presentar un programa que se resumía “en la suma de keynesismo y nacionalizaciones”, mostrando plenamente la influencia keynesiana en la manera en que los comunistas analizaban la economía y cómo enfrentarse a los problemas. Se trataba de un relanzamiento keynesiano de la demanda sin una estrategia política ni una teoría de la regulación económica eficiente. De la misma manera, parte de la prensa no comunista hablaba de “un ‘comunismo manchesteriano’ por la presencia de elementos de liberalismo en la política económica o el respecto de la economía de mercado”<sup>782</sup>. Para algunos, esta errónea interpretación económica explicaría el decaimiento y la crisis eurocomunismo: “se limita a proponer nuevas recetas keynesianas estatistas frente a la crisis económica. No logra salir de ese marco, que ya no responde a nuevas realidades objetivas que se abren paso”<sup>783</sup>.

Estos partidos presentaron un discurso económico a veces utópico y en otras ocasiones no se distanciaba demasiado al socialdemócrata: para muchos, el primer gran límite estaba representando por la respuesta y estrategia frente a la crisis. Se trató más bien de un análisis del tipo tradicional, incapaz de “penetrar y comprender” las verdaderas razones de la crisis; por consiguiente, la parte propositiva de sus programas políticos resultaba válida a la hora de denunciar meticulosamente las causas y las consecuencias de la crisis, pero insuficiente y limitada en cuanto propuestas de una política económica realmente alternativa, planteamientos de una modificación de los mecanismos

---

<sup>782</sup> Artículo de Mario Pirani en *La Repubblica*, del 15 de septiembre de 1976.

<sup>783</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, 280.

productivos y de las relaciones entre las diferentes clases sociales. Tal vez y al máximo, se ofrecían sugerencias sobre cómo defenderse de la crisis, pero no sobre cómo gobernarla, como considerarla una “oportunidad” para llevar a cabo un real proceso de transformación, como trampolín para realizar profundas reformas del sistema productivo y de las estructuras socio-económicas.

Concluyendo, los programas socio-económicos de los partidos eurocomunistas eran más reformistas que revolucionarios, rechazando el sistema centralizado y la economía planificada al estilo soviético, proponiendo más bien una economía mixta, que se preocupaba de reformar algunos elementos de la economía nacional (reforma tributaria, fiscal...) y apostaría por mayores nacionalizaciones. Sin embargo, los programas económicos daban la impresión de que los partidos comunistas de Francia, España e Italia proponían un modelo demasiado “moderado”, que incluso daba la impresión de que habían perdido su sentido de legitimidad, creando una grave crisis dentro de los partidos mismos.

## **Capítulo XI: Las críticas al proyecto Eurocomunista y sus problemas**

**11.1 La relación con la URSS; 11.2 El déficit teórico del eurocomunismo. La falta de un programa político; 11.3 El centralismo democrático; 11.4 Las críticas de los medios; 11.5 Las críticas desde la izquierda; 11.6 ¿Eurocomunismo es igual a la socialdemocracia? Las diferencias con la socialdemocracia**

El Eurocomunismo fue muy criticado en su nacimiento, aunque las críticas más feroces se realizaron una vez fracasado el fenómeno. Aunque pueda resultar paradójico, pero, el experimento eurocomunista fue criticado desde diversas corrientes y sectores, desde perspectivas teóricas y posiciones políticas muy distintas: mientras la derecha mostraba su desconfianza e incredulidad al cambio democrático, cuestionando la falta de rechazo manifiesto de la URSS, desde la izquierda se le acusaba de traicionar el marxismo, de favorecer la causa estadounidense y burgués. Según la militancia, el eurocomunismo representaba una “conversión traicionera” hasta posiciones socialdemócratas, renegando la ortodoxia marxista-leninista. Así que, aunque paradójico, el bloque capitalista y el soviético coincidían en su respectiva postura: ambos cuestionaban la existencia del eurocomunismo y ninguno de los dos tenía interés a que pudiera remover el precario *statu quo*. A lo largo de este capítulo, reflexionaremos sobre las críticas, describiendo los elementos más conflictivos y las respuestas de los líderes eurocomunistas.

### **11.1 La relación con la URSS**

La primera gran crítica movida al eurocomunismo, por parte de algunos autores, fue la acusación de que los partidos comunistas no llegaron a romper definitivamente con la Unión Soviética, a pesar de que esto parecía el natural desarrollo, el inevitable desemboque de su cambio, de la nueva ideología propuesta. En consideración de la querelle en acto, todo dejaba presagiar un “cisma de Occidente” del movimiento comunista internacional, una rebeldía insubordinada contra el vasallaje a la patria del socialismo. Sin embargo, no hubo ruptura y, a pesar de la crisis, el eurocomunismo representó un paréntesis, crítico y huraño, en estas relaciones. A pesar de las divergencias, parecía que “la ambición y el gusto por la unanimidad permanecen en el corazón de la sensibilidad ecuménica comunista”<sup>784</sup>.

---

<sup>784</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 160.

Los partidos comunistas de Europa occidentales no parecían interesados en romper las relaciones con la URSS y las razones de esta actitud fueron múltiples y determinaron uno de los elementos más cuestionados del eurocomunismo, una negativa ambigüedad que le impidió su plena afirmación. “En cuanto a los dirigentes de los P.C. occidentales, sin duda, y Marchais aún más que Berlinguer, no desaprovechan nunca una ocasión de aclarar que no van a la aventura. Soportar el fardo de la mala reputación soviética es una desgracia de la que quisieran quedar libres; pero renunciar a respaldarse en el poder del campo socialista sería, a la vez, vano y arriesgado. *Invitus, invitam...*”<sup>785</sup>. Consecuencia de esta ambigüedad y falta de decisión, para algunos analistas, era que “la crítica ‘eurocomunista’ de la URSS se queda siempre a medio camino, pasada por agua, y acaba, en la mayor parte de las veces (para no decir siempre) en meras formulaciones jurídicas, bastante superficiales, acerca de las famosas ‘violaciones de la legalidad socialista’, sin desaprobear jamás en un ápice las propias formulas del XX Congreso del PCUS; sin llegar jamás a afrontar el problema central: el del carácter del Estado Soviético”<sup>786</sup>.

Entre tantas razones, podemos subrayar, en primer lugar, el miedo a enfrentarse a la URSS y a sus posibles represalias, perdiendo, además, su apoyo. En segundo lugar, la posibilidad de perder militantes, crecido en el credo de la revolución soviética y poco dispuestos a cambios tácticos. Probablemente, con una dosis de excesivo pragmatismo, los líderes eurocomunistas consideraban que “la democratización y ruptura” no garantizaba nuevos refuerzos electorales o nuevos miembros. Y, en tercer lugar, pudo que fuera una exigencia de *realpolitik*, es decir una decisión calculada para seguir manteniendo el apoyo del primer país socialista. Por eso, la decisión de preservar ciertas relaciones con Moscú era el fruto de múltiples consideraciones, siendo probablemente más oportunista y calculada que real y convencida. No cabe duda que se trataba de una situación extremadamente difícil e importante, complicada por las amenazas de la URSS que, en caso de negación del carácter socialista de su Estado, estaba dispuesta a romper las relaciones diplomáticas. Puede que, simplificando, esta querella puede ser descrita como un juego de poder, en el que se intercambiaban los papeles, con el poder como motor de acción: unos actuaban para alcanzarlo y otros para mantenerlo, uno atacando y otro defendiendo, uno afirmando su nueva línea y otro reafirmando su

---

<sup>785</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 160.

<sup>786</sup> Albiac, Gabriel y Sandoval, José y otros: *Debates sobre el eurocomunismo*, SAIDA, Madrid, 1977, pág. 14.

antigua condición, uno alejándose y otro acercándose. Mismo objetivo, diferente estrategia: la preocupación principal de los soviéticos era demostrar que el Estado no había degenerado (tal y como sostenía el *j'accuse* de Carrillo) y por eso, silenciaban las acusaciones e imponían su potencia. Por otro lado, los eurocomunistas buscaban la manera de desmarcarse de la URSS sin alejarse de Moscú, abandonando la violencia y recordando la importancia de la revolución de Octubre.

A pesar de la mencionada cautela y de los términos sibilinos de los protagonistas del eurocomunismo, la relación entre el *bloque* eurocomunista y la URSS vivió momentos altamente tensos, sucedidos por otros de reciproca e “interesada” distensión. En estos años, hubo momentos en que la crisis se agudizaba, alternándose fases de cierto apaciguamiento con otras de máxima tensión: se subsiguieron con periodicidad y diferente intensidad.

Debido a la preocupación de que la “cosa pudiera degenerar”, en diferentes ocasiones tanto la Unión Soviética como los eurocomunistas se interesaron en suavizar el tono de su querella, aunque no la crítica de fondo. Esto explica también que en numerosas declaraciones, los líderes eurocomunistas tuvieran el cuidado de reafirmar su voluntad de vinculación con el movimiento comunista, pareciendo “ejercicios diplomáticos” necesarios tras el cuestionamiento de las estructuras fundamentales del poder soviético. Se trataba de mantener la discusión dentro de límites tolerables, sin radicalizar el “divorcio”, evitando “soluciones más drásticas”. Quizás el momento más crítico de la relación con la Unión Soviética fue con ocasión de la publicación del libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, que provocó las graves acusaciones de “traidores”. El libro y la virulenta réplica de los soviéticos representaron el momento álgido de esta fase de desentendimiento, del empeoramiento de las relaciones político-ideológicas entre el PCUS y los partidos comunistas de Europa occidental. No cabe duda que hubo otros momentos tensos, como la Conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos, la cumbre “eurocomunista” de Madrid y la cumbre de Sofía en los mismos días...eventos que hicieron que la fractura se agravase, pero sin llegar a ser una ruptura. Aún así, en diferentes ocasiones el PCUS se abalanzó en contra de los eurocomunistas, mostrando su desconfianza y negatividad a convertirse en un país rodeado por dos comunismos autónomos (el chino y el europeo) con gran poder de atracción y emulación en los países satélites. En el *Pravda*, en el *Voprosii filosofii*, en el *World marxist review*, en diferentes ocasiones, los ideólogos del PCUS (Suslov, Zagladin, Ponomarev) advertían al eurocomunismo del error de su cambio de estrategia y de la



falacia de sus acusaciones contra el régimen soviético, recordándole los peligros ínsitos en el rechazo de la ortodoxia marxista-leninista. Después del primer encuentro en Livorno y con ocasión del 70 aniversario de la publicación de *Dos tácticas de la socialdemocracia*, en agosto de 1975 el *Pravda* –caja de resonancia de los ataques de la URSS- comparó la táctica eurocomunista con la línea “menchevique de las alianzas sin principios”. En este artículo, pese a no nombrar explícitamente a los partidos eurocomunistas, emergía claramente la postura de la URSS, favorable en mantener una Europa occidental en una etapa de inmovilismo, garantía del monolitismo del bloque socialista y base del equilibrio estratégico general sobre el que se fundaba el diálogo con los Estados Unidos.

Otra limitación o contradicción de las críticas eurocomunistas al modelo soviético era representada por el hecho que estas se constreñían a un determinado tiempo, apareciendo incoherentes o, a veces, interesadas. A tal propósito, por ejemplo véase la diferencia evaluación y postura respecto a la invasión de Hungría y la de Checoslovaquia. Incluso, se reprochaba al eurocomunismo el no haber condenado –y revaluado- la rebelión de Kronstadt de 1921, cuyo aplastamiento significó, para algunos, el fin de la oposición y de las libertades proletarias en el naciente estado soviético.

Como hemos afirmado anteriormente, el libro *Eurocomunismo y Estado* representó, para algunos, la primera confrontación pública entre la *ortodoxia* y la *reforma*, un punto crucial de esta diatriba ya que, sobre “la cuestión de la naturaleza del sistema soviético, Carrillo no se limita ya a salir del paso con el calificativo de ‘socialismo primitivo’. Aun con ambigüedades y vacilaciones llega a planteamientos que ponen en cuestión el pretendido carácter socialista del régimen”<sup>787</sup>. Carrillo decidió publicar el libro antes de las elecciones para reafirmar la credibilidad democrática del PCE, mostrar la distancia con Moscú e intentar combatir la asociación entre el partido comunista español y las dictaduras del Este de Europa.

Por todos estos motivos, en aquel entonces, se consideraba que había llegado el momento para “cortar el cordón umbilical ideológico” que unía –y subordinaba- los partidos comunistas de Italia, Francia y España a Moscú. Obviamente, las palabras de Carrillo provocaron la reacción soviética, que atacó violentamente al más vulnerable de

---

<sup>787</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 183.

los secretarios eurocomunistas. Se trató de un ataque contra al eurocomunismo *in toto*, en su conjunto.

Por su parte, los soviéticos acusaron al eurocomunismo de “revisionismo y del oportunismo de derechas ya conocido de los Bernstein, Kautsky y compañía”, condenando su desviación teórica, peligrosa para la unidad del mundo comunista. Consideraban que, cuestionando el “socialismo real”, el eurocomunismo se postulaba como una forma de “antisovietismo”. Por eso, la URSS se mostró dispuesta -e interesada- en facilitar -y financiar- la división, el fraccionamiento, sembrando discordia en el campo eurocomunista y/o en el interior de los partidos comunistas, para “reducirlo a sus propios términos”. Los soviéticos estaban interesados en mantener el “equilibrio de poder”, a sabiendas de que la toma de poder por parte de un partido comunista en Europa occidental podría haber trastornado el equilibrio de poder en la región estratégicamente clave en el mundo. Tal y como ya hemos argumentado a la hora de comentar el ataque soviético al libro *Eurocomunismo y Estado* en la revista *Tiempos Nuevos*, una Europa unida e independiente de las superpotencias preocupaba a la URSS: sin embargo, lo que le daba miedo no era tanto la posibilidad de que Europa se postulase como una nueva potencia militar, capaz de insertarse en esta confrontación, sino más bien el temor a que el carácter democrático-socialista de Europa occidental pudiera atraer a la otra Europa, provocando una serie de “nuevas primaveras checoslovacas”. Tal hipótesis era la que realmente alarmaba a Moscú, ya que podía significar una “posible infección” de Europa oriental, un contagio del virus eurocomunista: “si la pluralidad de partidos y la democracia fueran posible en Roma o París, ¿por qué no en Praga o Varsovia?”<sup>788</sup>. El PCUS se veía *obligado* a reaccionar airadamente ante el respaldo de los comunistas occidentales a los derechos humanos de sus pueblos, temiendo que las doctrinas eurocomunistas pudieran servir de estímulo e incentivo a la disidencia interna dentro del bloque soviético. Por esa misma razón, la Unión Soviética miró con sospecha y desconfianza a la experiencia eurocomunista, más preocupada por sus consecuencias en el plano internacional que por sus beneficios a escala local. Más que para una “finlandización” de Europa occidental o por un deseo de “neutralización” de esta Europa, los esfuerzos soviéticos eran para redimensionar el eurocomunismo y reducir su campo de acción, entrando en polémica en momentos

---

<sup>788</sup> A tal propósito, el político francés, Ellestein afirmó: “un socialismo democrático en Francia podría constituir una referencia para todos aquellos que en la Unión Soviética y en los demás países socialistas de Europa, auguran mayores libertades dentro del socialismo existente”.

claves. Se trataba de evitar brindar demasiada importancia al tema y por eso se procedía a desprestigiar el eurocomunismo puntualmente, en ocasiones cuidadosamente escogidas, desenterrando, si resultaba necesario, dosis de la “dialéctica estaliniana”. Además, el PCUS necesitaba que la validez de su socialismo fuera reconocido internacionalmente, le servía como justificación ideológica ante su propio pueblo: si era cierto que poco le importaba que eso fuera puesto en duda por la socialdemocracia, por las derechas o los grupos extremistas, representaba un grave problema si esta misma conclusión era adoptada por los partidos comunistas de Europa occidental.

A nivel dialectico, el Eurocomunismo no ocultaba las presiones soviéticas, la llamada “mano de Moscú”. A contrario, ponía de manifiesto la conflictividad latente que ocultaba el declarado monolitismo de la organización y de la ideología. En consideración de eso, la ruptura con Moscú tenía que ser la “conclusión lógica”, mientras, en caso contrario y tal como paso, el eurocomunismo se veía reducido a una “desviación patológica”. En el momento en que el PCE, el PCF y el PCI declaraban como principio base de su acción política la idea que “no hay socialismo sin democracia”, parecía inevitable la negación del carácter socialista de la Unión Soviética –y de los regímenes del Este de Europa- debido a la ausencia de la democracia en este país: a contrario, si se seguía llamando socialista al Estado soviético, se admitía la posible existencia del “socialismo con rasgos totalitarios”.

No obstante, los partidos eurocomunistas prefirieron recurrir a “malabarismos dialécticos” para demostrar la validez del socialismo soviético, alentando, al mismo tiempo, “los vínculos de hierro” (Togliatti *dixit* para describir la relación entre el PCI y la Unión soviética en los años 50). De esa manera el eurocomunismo se situaba respecto a la URSS en una posición-actitud extraña, tal vez paradójica, alternando la negación del carácter socialista de la Unión Soviética con el halago por las conquistas logradas por este país. Por eso, no debe extrañar que en diferentes ocasiones (escritos y discursos) subrayaban el “enorme mérito de la revolución rusa de octubre” y otras muchas veces justificaban el estado soviético como “consecuencia de una situación histórica concreta”, afirmando que “no se podían hacer las cosas de otra manera: había que hacerlas así como se hicieron”.

No obstante, esta actitud generó mucha perplejidad en la militancia y el desencanto de cuantos querían una “denuncia” manifiesta, sin paliativos o excesiva moderación. Los partidos eurocomunistas adoptaron una línea más diplomática, justificando sus titubeos como consecuencia de una valoración no tanto teórica o ideológica cuanto práctico y

política: “el problema sigue siendo político: el problema de la realidad de los países socialistas en el mundo, de lo que son y representan en los equilibrios concretos en el mundo en los años que corren”<sup>789</sup>. Finalmente, en ocasiones, las declaraciones de independencia de Moscú parecían improcedentes si al mismo tiempo se expresaba solidaridad con el gobierno soviético. Sin embargo, de esa manera, por un lado se evitaba de procurar las iras soviéticas y, por otro, se preservaba el equilibrio en el mundo<sup>790</sup>.

### **11.2 El déficit teórico del eurocomunismo. La falta de un programa político**

Otra de las principales críticas movida al Eurocomunismo fue su incapacidad a presentar una estrategia clara, de desarrollar una teoría convincente y fiable, su pobreza teórica: a pesar de declarar su “originalidad” y diferencia tanto respecto al comunismo soviético como a la socialdemocracia, le reprochaban la incapacidad a desarrollar un programa original, fidedigno y verosímil.

Debido a la desconfianza de la mayoría de las fuerzas políticas a cerca de la línea política del eurocomunismo, dudando, especialmente, de la sinceridad de su fe democrática, le pedían aclaraciones teóricas sobre la camino para avanzar hacia el socialismo en democracia. Las partes políticas de entonces creían necesaria una “demostración” de la veracidad de las credenciales democráticas del Eurocomunismo.

El tema generaba un intenso debate y las críticas de cuantos exigían respuestas claras, acusando a los promotores de esta nueva línea política de “falta de coherencia y profundidad”. En Italia este tema provocó un encendido debate, y entre los más críticos, destacaba la posición de Norberto Bobbio que afirmaba: “Al interlocutor comunista debemos preguntarle (...) cómo logra conciliar la doctrina nueva con los principios que lo han conformado y por los que ha luchado durante un período histórico entero, en una cierta dirección y en un cierto campo de batalla; que nos explique por qué, *rebus sic stantibus*, el país guía no sigue siendo guía, que nos explique no por qué existió Stalin, sino por qué ha existido el estalinismo; por qué, también, en un examen retrospectivo de su historia, admiten ahora tantas tesis interpretativas que entonces hubieran sido llamadas expresamente 'socialdemócratas' (o incluso 'socialfascistas'); por qué sin pestañear dicen hoy tantas cosas incompatibles con un cuerpo de doctrina que ha sido

---

<sup>789</sup> *Rinascita*, 1 de julio de 1977.

<sup>790</sup> Esta actitud venía resumida en la siguiente manera: “el afán de los eurocomunistas de nadar y guardar la ropa”.

durante años su patrimonio cultural e ideológico, y mediante el cual, en sus orígenes, se habían opuesto violentamente a los partidos socialistas tradicionales. Debemos preguntar y comprender si han repudiado ese patrimonio o lo han arrinconado solamente para utilizarlo en una ocasión más propicia”<sup>791</sup>. De manera acertada, para ganar credibilidad, Bobbio recomendaba mayor claridad y menos recelo a la hora de manifestar públicamente su compromiso con el tema de la democracia y de defensa de las libertades, descartando cualquier posible regreso –teórico y práctico- a ideas antidemocráticas. En uno de sus artículos, el filósofo y politólogo italiano invitaba públicamente a la presentación del cambio: “comunistas y socialistas, en vez de reprocharse alternativamente la traición al socialismo o a la democracia, estaría bien que empezaran por convencerse de que la tercera vía entre leninismo (o la traición de la democracia) y la socialdemocracia (o traición del socialismo) es sólo una idea de la razón o, peor aún, producto de la imaginación, y ya que unos y otros proclaman su indefectible fe en la democracia continuaran con energía, inteligencia y confianza –y en lo posible de común acuerdo- el único camino permitido y de hecho practicado en los países democráticos”<sup>792</sup>.

Pese a reconocer que el partido comunista “ha hecho grandes saltos hacia adelante” y “el hecho de que el partido comunista italiano haya aceptado la mayor parte de los principios que forman el patrimonio histórico del socialismo democrático, me parece que se pueden suscitar en el estado actual del debate teórico en Italia, serias dudas”, Bobbio mantuvo una postura crítica respecto a algunos de los cambios del PCI: por ejemplo, en torno al pluralismo, afirmaba que “no tengo nada en contra de que el partido comunista se declare pluralista. Hago observar que el pluralismo, no importa en qué acepción se tome, es un cuerpo extraño a la tradición marxista-leninista, que no se puede introducir sin provocar un trastorno en toda su doctrina”<sup>793</sup>. Bobbio exhortaba el PCI a aclarar su “nueva doctrina”, a demostrar sus fundamentos para que no fuera considerado como “elemento de táctica política”.

Para alcanzar la hegemonía necesaria para avanzar al socialismo en democracia, evitando un enfrentamiento civil (como la dramática experiencia chilena), el

---

<sup>791</sup> Norberto Bobbio, “Cuestión socialista, cuestión comunista”, contenido en la obra, AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Estudio introductorio y selección de textos Maximo Loizu, Barcelona, Ed. Avance, 1977, pág. 186-87.

<sup>792</sup> Bobbio, Norberto: *Las ideologías y el poder en crisis*, Ariel, Barcelona, 1988, pág. 125-126.

<sup>793</sup> Norberto Bobbio, “Cuestión socialista, cuestión comunista”, contenido en la obra AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Estudio introductorio y selección de textos Maximo Loizu, Barcelona, Ed. Avance, 1977, pág. 182.

eurocomunismo debía demostrar sus credenciales democráticas a través de respuestas claras, articulando un discurso coherente. Se trataba de convencer la sociedad civil de su voluntad de respeto de la democracia y de las libertades, superando el recelo existente y la desconfianza general, ya que los partidos comunistas seguían siendo considerados partidos no leales con las instituciones democráticas o cuya aceptación es instrumental, sospechando que prescindirán de ellas una vez que alcancen el poder. Se trataba de librar el campo de cualquier prejuicio, presentar un programa viable y creíble.

Por su parte, Eduardo Fioravanti atacaba la pobreza conceptual del eurocomunismo, su poca consistencia teórica, en un libro presuntamente sarcástico, en algunas partes excesivamente simplista. Para el autor, se trata de un “misterioso fantasma bonachón”, que se caracterizaba por “querer engañar, pretender embaucar con buenas palabras, para después arrasarlo sangrientamente a la vieja sociedad burguesa e imponer, por la fuerza, la odiada y consabida dictadura soviética, y el colectivismo (...). Pronto puede acceder en el poder, solicitado por millonarios y otra gente de orden, para mejorar la economía y el caos siciliano. Se le aprecia por su capacidad de gestión, jamás probada, y por su aptitud a desmovilizar a los plebeyos, mil veces demostrada”<sup>794</sup>. El autor afirmaba que “en los programas eurocomunistas se corrigen algunos de los defectos más escandalosos del capitalismo para ganar votos electorales”<sup>795</sup>, sin delinear un programa y sin presentar una reforma de la economía: “los discursos de los dirigentes *eurocomunistas*, cuando se ponen a hablar de socialismo, se parecen a los de cualquier hombre político de la derecha (...). Los eurocomunistas tienen unas ideas un tanto curiosas para construir una sociedad socialista”<sup>796</sup>.

Igualmente crítica, Lilly Marcou escribía que “lo que llama la atención en la corriente eurocomunista es justamente su tendencia a la inorganicidad, así como su debilidad teórica. El eurocomunismo se expresa ante todo, y por el momento, como una corriente ideológica”<sup>797</sup>. En la misma línea, para Enrique Castells y José Manuel Bermudo “no hay en el eurocomunismo una teoría sólida, firme, que trace los límites del modelo socialista y, por tanto, los ejes principales de la estrategia; el modelo de socialismo es ideológico – sin sentido peyorativo –, ideal, deseable, una mezcla de ideal ético y de empirismo realista; y la estrategia unas veces se legitima desde el modelo y otras

---

<sup>794</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni eurocomunismo, ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 18-19.

<sup>795</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni eurocomunismo, ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 23.

<sup>796</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni eurocomunismo, ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 60 y 61.

<sup>797</sup> Marcou, Lilly: *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981, pág. 149.

justifica el modelo posible. Pero esta ambigüedad, esta ausencia de rigidez y de dogmatismo, si bien muestra la debilidad teórica de la reflexión eurocomunista es su principal fuerza ideológica”<sup>798</sup>. Los mismos autores acusaban a los partidos eurocomunistas de no distinguir entre “democracia burguesa y democracia obrera”, recordándole la necesidad de cambiar las relaciones de explotación como *conditio sine que non* para llegar al socialismo. Por su parte, Adam Schaff invitaba los eurocomunistas a ser más claros sobre el tema: “es evidente que aquello que se presenta como un *novum* ha de ser discutido y que una discusión así ha de conducirse de manera abierta y consecuente: el hecho que sepamos qué queremos rechazar y superar de la vieja praxis no implica, en modo alguno, que sepamos también cómo hay que configurar esa realidad nueva a la que aspiramos, qué forma le vamos a dar. No basta con decir que queremos introducir la democracia, hay que saber también qué *forma real* ha de asumir ésta”<sup>799</sup>.

Para los más críticos, los límites teóricos del eurocomunismo demostraban que, en realidad, era el producto de una actitud oportunista, de una estrategia, carente de fundamentos, para alcanzar el poder, tanto que se llegó a argumentar que representaba “un instrumento para la conversión de un partido de impulsores de movimientos sociales reales en un partido de votantes para instituciones políticas cerradas a cal y canto a las demandas de la izquierda social”<sup>800</sup>.

En Italia, los críticos invitaban al PCI en su vertiente eurocomunista a “aclarar” su línea política: “se il gruppo dirigente comunista vuole che la sua linea penetri nel corpo del partito e lo conquisti realmente alla nuova strategia, se vuole essere creduto dentro e fuori, deve decidersi, una buona volta, a dare evidenza alle novità: a spiegare in che senso l’oggi è diverso da ieri, in che senso la nuova strategia è diversa non solo dal leninismo ma anche da ciò che pensava Gramsci. È questo il prezzo delle operazioni politiche serie. In assenza di che è destinata a prevalere la confusione, sia pur dialettica: cioè tutto e il contrario di tutto”<sup>801</sup>.

Otros criticaban su programa político por sus “faltas teóricas” y su incapacidad de alejarse de una lógica capitalista: “el evolucionismo eurocomunista se presenta hoy más como una propuesta política de partidos frente a otros partidos que como un nuevo

---

<sup>798</sup> Castells, Enrique y Bermudo, José María: *Temática del marxismo, Tomo III*, Ed. Cinc d’ors, Barcelona, 1979, pág. 801.

<sup>799</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Edición Crítica, Barcelona, 1983, pág. 160.

<sup>800</sup> Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005, pág. 202.

<sup>801</sup> Artículo de Lucio Colletti en *L’Espresso*, de 5 de diciembre de 1976.

modelo de socialismo y de organización de la sociedad. Probablemente acuciados por urgencias tácticas inmediatas, fuera de sus declaraciones de principios y de sus exposiciones programáticas, los partidos eurocomunistas ni han elaborado aquello modelo ni han presentado una construcción teórica coherente de la fase de transición, limitándose a renunciar expresa o tácitamente a la dictadura del proletariado y a ratificar su parlamentarismo. Con lo cual dicha fase, sin otra dialéctica sustitutoria, queda hoy por hoy sumida en la más rigurosa ambigüedad. En definitiva, el eurocomunismo no ha logrado superar el viejo modelo reformista. En estas condiciones, podría uno preguntarse si aquél es el caballo de Troya socialista que se ha introducido en el sistema socialista o al revés. Desazonante pregunta”. Y sobre su vinculación a una lógica más bien capitalista, el mismo Francisco Díez del Corral afirmaba: “Por el momento, los valores que están sobre el tapete parecen ser más neocapitalistas que socialistas. Empezando por la obsesiva racionalidad negociador que impregna toda su política. Porque ‘negociación’ viene de negocio”<sup>802</sup>.

Esta crítica era comprendida por los eurocomunistas y, las palabras de introducción al libro *Eurocomunismo y Estado*, el mismo Carrillo confesaba que “si es todavía algo impreciso, una parte por lo menos de su imprecisión corresponde a lo que hay aún de inconcreto, de tanteo, en esa tendencia que hasta ahora se ha manifestado más en una corrección seriamente autocrítica de la política que en una elaboración de carácter teórico”. Y añadía: “en este caso, vuelva a demostrarse que la práctica adelanta corrientemente a la teoría, que ésta es una generalización de aquélla, aunque la práctica adquiere solidez y contenido fundamental cuando la teoría la confirma, le da rigor científico y amplía y aclara su proyección”<sup>803</sup>.

La interpretación del pensamiento de Gramsci también fue objeto de críticas de cuantos sostenían que su aportación al pensamiento marxista venía deformada, “atribuyéndole” argumentaciones y razonamientos discutibles. Como ya hemos indicado, uno de los puntos más criticado del eurocomunismo era la falta de unos antecedentes claros y se cuestionaba la misma influencia del pensamiento de Gramsci en el origen de este proyecto. Como ya hemos indicado en las páginas dedicadas a Gramsci, los eurocomunistas utilizaron el prestigio del marxista italiano en el extremo intento de dotarse de una figura teórica de reconocido prestigio para despertar confianza y encontrar reparo. Gramsci servía al eurocomunismo como garantía, como aval y crédito

---

<sup>802</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 73-74.

<sup>803</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 10-11.



del proyecto. Sin embargo, la relación existente entre la estrategia eurocomunista y el pensamiento de Gramsci provocaba polémicas entre los detractores, que consideraban el uso de la herencia gramsciana como una tosca manipulación y los defensores, convencido de la base teórica del eurocomunismo en la obra del marxista italiano. Frente a quienes consideraban a Gramsci como el principal predecesor del eurocomunismo, los autores críticos argumentaban que los eurocomunistas “manipulaban” las ideas de Gramsci, especialmente sus conceptos de bloque histórico y de hegemonía: “hegemonía se configura, pues, en la operación de los eurocomunistas como concepto alternativo al de dictadura del proletariado”<sup>804</sup>. Entre ellos, Sacristán acusaba Carrillo de “uso de Gramsci por finalidades oportunistas”, cuestionando la interpretación presentada del teórico marxista italiano.

No cabe duda que Gramsci representó una de las raíces del Eurocomunismo, sin embargo sería, limitado o reductivo –y excesivamente optimista- “la simple traslación de los conceptos elaborados por Gramsci en otro contexto histórico, por más que la reflexión gramsciana se sitúa en la misma onda y en la misma problemática general”<sup>805</sup>. Sobre este tema, la mayoría de las críticas apuntaban al hecho que Gramsci era citado, pero no era comprendido, subrayando la necesidad de contextualizar su pensamiento: su figura, como antesignano del eurocomunismo llevaba estos partidos a ensalzar su originalidad más de lo debido.

A tal propósito, el periodista y político italiano, Enzo Bettiza, afirmaba que la confusión y la falta de claridad en torno a Gramsci y su aportación teórica perjudicaba el desarrollo del eurocomunismo: “se invece di forzare la lezione gramsciana, spremendone quello che non può dare, si dicesse che essa è stata il più colto e il più intelligente tentativo d’innesto del leninismo in Occidente, saremmo già più vicini al vero; e più prossimi, quindi, a un discorso franco, severo, esigente, sul comunismo occidentale”. Y añadía: “uno dei più nocivi apporti alla confusione generale è stato di aver rifiutato di capire che Antonio Gramsci non era un precursore dell’eurocomunismo, ma soltanto del compromesso storico, la cui intima logica antiparlamentaria e autoritaria è la negazione della logica eurocomunista. Attribuyendo a Gramsci quello que non era di Gramsci e a Berlinguer quello que non è di Berlinguer, l’analisi e la diagnosi sono

---

<sup>804</sup> Equipo de colaboradores de El Cárabo, “La dictadura del proletariado. Vigencia de la polémica e implicaciones políticas”, en Monográfico sobre la dictadura del proletariado, *El Cárabo*, número 6, 1977, pág. 15.

<sup>805</sup> Jordi Solé Tura, “A modo de presentación”, texto de introducción al libro de Rodríguez-Aguilera de Prat, Cesáreo: *Gramsci y la vía nacional al socialismo*, Akal, Madrid, 1984, pág. 6.

falsate all'origine”<sup>806</sup>. Y en la misma línea, sobre el nexo entre el pensamiento de Gramsci y el eurocomunismo, Lucio Colletti escribía: “è un'operazione sulla cui correttezza storica e politica c'è da essere assai perplessi. Il pluralismo, il pluripartitismo, l'avvicendamento di minoranza e maggioranza, il governo e il parlamento e il resto in Gramsci non ci sono. Il tema dell'‘egemonia’ in Gramsci non significa nulla di tutto questo. E meno che mai significa superamento o abbandono della ‘dittatura del proletariato’ di Lenin”<sup>807</sup>. En otra ocasión, Colletti atacaba la presunta flexibilidad ideológica del comunismo, la ausencia de una línea política concreta, argumentando que el Partido Comunista italiano era “ideologicamente un po’ di tutto, una sorta di Upim delle ideologie”<sup>808</sup>. Una crítica de tono parecido apareció años antes en *Il Giornale* por parte de Vittorio Mathieu, que argumentaba que, en general, los comunistas proclamaban “in economia i principi di Adam Smith, in politica quelli di Montesquieu, in religione quelli di San Francesco e in morale quelli di Savonarola”<sup>809</sup>. Sobre la indeterminación ideológica de los partidos comunistas de Europa occidental, Domenico Fisichella afirmaba que se movían entre “duttilità e rigidità, armeggiando tra inflessibilità e supermarket ideologico. Abbozza revisioni ed apertura, ma nello stesso tempo si arrocca in difesa di un nucleo duro dell'ideologia, e il duplice atteggiamento è evidentemente in relazione sia agli equilibri di forza interni sia alle esigenze elettorali (conquistare nuovi consensi senza alienarsi i ‘fedeli’ di antica osservanza) sia i rapporti internazionali”<sup>810</sup>. Por su parte, el periódico socialista, *Avanti!*, sostenía que “il leninismo e il riformismo del Partito Comunista sono forse oggi più confusione berlingueriana che doppiezza togliattiana”<sup>811</sup>.

Volviendo a la influencia del pensador italiano, Ernest Mandel se preguntaba si se podía considerar al eurocomunismo como “el ejecutor testamentario de Antonio Gramsci, tanto de considerarlo como el verdadero precursor de esta estrategia”<sup>812</sup>. Según su opinión “es un auténtica impostura invocar el parentesco con el gran revolucionario italiano para la orientación neorreformista defendida por las direcciones eurocomunistas”. Y añadía: “el célebre concepto de hegemonía, elaborado en la cárcel,

---

<sup>806</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell'ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, pág. 8.

<sup>807</sup> *Espresso*, 5 de diciembre de 1976.

<sup>808</sup> *Paese Sera*, del 27 de agosto de 1978.

<sup>809</sup> *Il Giornale*, 9 de julio de 1976.

<sup>810</sup> Fisichella, Domenico: *Quel Giano Bifronte del PCI: da Togliatti a Berlinguer e oltre*, Editoriale Nuova, Milan, 1979, pág. 21

<sup>811</sup> *Avanti!*, del 10 de septiembre de 1978.

<sup>812</sup> Como solían afirmar Carrillo, Ingrao, etc.

es incontestablemente ambiguo. Pero incluso si se lo interpreta en el sentido más favorable a la superchería eurocomunista, se aplica esencialmente al período *previo y preparatorio* de la crisis revolucionaria propiamente dicha. No se identifica en absoluto con la conquista del poder propiamente dicha (...). No hay nada en el concepto de hegemonía, tal como Gramsci lo empleó, que implique la idea de una ‘conquista gradual de los poderes’, de forma casi imperceptible, paso a paso, que se encuentra en el centro de la estrategia eurocomunistas, igual como estaba en el centro de la estrategia socialdemócrata de abolición del capitalismo”<sup>813</sup>.

Continuando a reflexionar acerca del recurso a Gramsci, como pensador eurocomunista, Bobbio se preguntaba: “¿Es posible (o lícito) servirse de un escritor revolucionario para justificar una política reformista? Que Gramsci es un escritor revolucionario es algo fuera de toda duda, al igual como está fuera de toda duda que los partidos comunistas eran en sus orígenes partidos revolucionarios”. Bobbio reconocía que “el Partido Comunista italiano, en la actual fase de desarrollo de la sociedad italiana, sea plenamente un partido reformista (...). Pero su praxis es sin duda alguna, si convenimos en dar aún sentido a la contraposición entre reforma y revolución, reformista”<sup>814</sup>. Personalmente, considero que, el toque de piedra, el elemento de mayor debilidad del eurocomunismo fue representando por la ausencia de una teoría política original del socialismo. Las elaboraciones del eurocomunismo no han parecido capaces de ofrecer una respuesta satisfactoria al dilema que formulaba Bobbio hacia entonces: donde hay democracia no hay socialismo y donde hay socialismo, no hay democracia. Por eso fue sólo un deseo de superar el dilema –donde residió la crítica de Bobbio –“capitalismo con democracia o socialismo sin democracia”.

Siempre desde el punto de vista teórico, las acusaciones al eurocomunismo fueron múltiples: en primer lugar, se le acusaba de oportunismo, de haber abandonado los principios marxista-leninistas por conveniencias, en razón de un utilitarismo práctico-electoral. Sobre este mismo aspecto, le imputaban un retroceso a posiciones socialdemócratas, a las concepciones oportunistas de la II Internacional, aceptando el *compromiso* burgués, sus reglas. En lugar de apoyar la tesis marxista-leninistas sobre la inevitable destrucción del Estado burgués, el Eurocomunismo apostaba por su transformación, por modificarlo desde dentro, sin derrumbarle previamente. Por eso,

---

<sup>813</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 163-164.

<sup>814</sup> AA. VV.: *Gramsci y el “Eurocomunismo”*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 48-49.

algunos consideraban que el eurocomunismo representaba la “capitulación ante la burguesía”.

Según algunos críticos, definir el eurocomunismo como el “único camino válido para alcanzar el socialismo” en las sociedades de capitalismo desarrollado, equivalía a cuestionar la universalidad del marxismo, a reducir su validez a las sociedades atrasadas, considerándolo inadecuado para Europa occidental.

Si algunos consideraban el abandono de la dictadura del proletariado como uno de los resultados tangibles del eurocomunismo, otros cuestionaban esta decisión, considerándola equivocada y negativa. De la misma manera, pensaban que las críticas al socialismo real eran artificiosas e instrumentales al deseo-necesidad de desprenderse de este concepto, mientras la exaltación de la democracia y de las libertades no era sincera sino útil a la “nueva imagen” que se intentaba presentar. Sin embargo, el mismo concepto de democracia generaba polémica y críticas por parte de quien consideraba necesario acompañar esta palabra con un adjetivo: avanzada, nueva, obrera.

En España, también se discutió mucho sobre la exigencia de mayor precisión teórica, de la necesidad del eurocomunismo de trazar una teoría más completa y explicativa de su contenido. Entre tantas, merece la pena subrayar las ideas de Manuel Sacristán, intelectual marxista y ex miembro del PCE. Después de haber reconocido sus aciertos analíticos (de los que hablaremos en el siguiente capítulo), Sacristán recriminaba al eurocomunismo no representar una válida estrategia al socialismo: “precisamente cuando se presenta como estrategia socialista pierde incluso su calidad analítica, y se convierte en ideología engañosa. El ‘eurocomunismo’ como estrategia socialista es la insulsa utopía de una clase dominante dispuesta a abdicar graciosamente y una clase ascendente capaz de cambiar las relaciones de producción (*empezando* por las de propiedad) sin ejercer coacción”. Según Sacristán, la falta de una dimensión socialista y el hecho de que su análisis no era parte de una dialéctica revolucionaria convertían al eurocomunismo “en el último repliegue alcanzado por el movimiento comunista real desde la derrota de los años 1917-1921”. Sin embargo, para el marxista español, “lo peor del ‘eurocomunismo’ es su presentación eufórica como ‘vía al socialismo’” omitiendo su carencia y obviando sus límites.

En su valoración del eurocomunismo, el ex dirigente del PCE marcaba la analogía entre la socialdemocracia clásica y este proyecto, cuestionando la presunta novedad de este último. Sin embargo, Sacristán consideraba las posturas eurocomunistas más cercana a las de Bernstein que a las de Kautsky, subrayando algunas analogías “en el sentido de

que estos partidos se limitan o reducen a promover e inspirar el movimiento de la clase obrera en su vida cotidiana (...) y no plantean siquiera la cuestión de los fines del movimiento”. Sobre este mismo concepto, Sacristán enumeraba los elementos en común con la socialdemocracia de Bernstein, como “unas raíces de clase bastante parecidas; el progresivo paso de la hegemonía dentro del partido a equipos dominantes pequeño-burgueses de profesionales (no de intelectuales puros o teóricos, como en los partidos extremistas), con retroceso de la fuerza obrera en la dirección (pese a ser mayoritaria en la organización)”. Asimismo compartirían “una buena y sensata percepción de la realidad (...), la concepción positivista de la realidad como sustancialmente inmutable [y] un politicismo desenfrenado en el que confluyen el juicio positivista sobre la inmutable realidad y la jactancia vanidosa del pequeño burgués...”<sup>815</sup>. Para Sacristán, resultaba necesaria una “reafirmación de la voluntad revolucionaria (sin la cual no sería una orientación comunista) y el intento de conocer con honradez científica la situación (sin lo cual no sería una orientación marxista).

En su crítica, Sacristán reconocía que la política reformista, caracterizada por la presencia de reformismo e ideologismo, privada de su voluntad revolucionaria, generaba “escepticismo y desesperación”, subrayando el riesgo de “socialdemocratización definitiva” de los partido eurocomunistas, de “reformismo puro y simple”. Recordando la importancia de mantener claro el ideal, el objetivo, invitaba a los eurocomunistas a “no engañarse y no desnaturalizarse. No engañarse con las cuentas de la lechera reformista ni con la fe izquierdista en la lotería histórica. No desnaturalizarse: no rebajar, no hacer programas deducidos de supuestas vías gradualistas al socialismo, sino atenerse a plataformas al hilo de la cotidiana lucha de las clases sociales y a tenor de la correlación de fuerzas de cada momento, pero sobre el fondo de un programa al que no vale la pena llamar máximo, porque es único: marxismo”<sup>816</sup>.

Sobre la polémica idea de que Gramsci pudiera representar un precursor del eurocomunismo, un antecedente teórico del movimiento, en una entrevista al *Diario de Barcelona*<sup>817</sup>, Sacristán la consideraba desacertada principalmente por dos razones: en primer lugar Gramsci representaba un “clásico, un autor que tiene derecho a no estar

---

<sup>815</sup> “A propósito del ‘Eurocomunismo’”, Manuel Sacristán, *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977.

<sup>816</sup> “A propósito del ‘Eurocomunismo’”, Manuel Sacristán, *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977.

<sup>817</sup> Publicada el 10 de mayo de 1977.

nunca de moda y ha de ser leído siempre” y que no puede ser “patrimonializado” por nadie, siendo de todos. Y, en segundo lugar, señalaba Sacristán que Gramsci nunca creyó que la superación de la sociedad capitalista se pudiera conseguir por vía no revolucionaria ni, en particular, parlamentaria; para él todo lo que llamaba guerra de posiciones era preparación de una fase inevitable de asalto.

Finalmente en su crítica, Sacristán avisaba a los eurocomunistas de la necesidad de “una formulación consistente del programa comunista, como programa revolucionario que no pierda de vista la realidad histórica respecto a la cual debe ser propuesto”. Siguiendo el pensamiento de Gramsci, recordaba la necesidad de que este programa se fundara sobre el análisis de la realidad situando “bien claro y visible el principio revolucionario de su práctica”. Respecto a la sujeción de la táctica concreta al objetivo final, Sacristán subrayaba: “lo científico es saber que un ideal es un objetivo, no el presunto resultado falsamente deducido de una cadena pseudo-científica de previsiones estratégicas. Lo científico es asegurarse de la posibilidad de un ideal, no el empeño irracional de demostrar su existencia futura. Y lo revolucionario es moverse en todo momento teniendo siempre consciencia de la meta y de su radical alteridad respecto a esta sociedad, en vez de mecerse en una ilusión de transición gradual que conduce a la aceptación de esta sociedad”<sup>818</sup>.

Por su parte, para el profesor Tusell, el límite mayor del eurocomunismo estaba en la “ausencia de un cambio revolucionario en la ideología de los comunistas”, retándoles –e invitándoles– a “hacer muchísimos más clara una evolución que, de momento, es una evolución fundamentalmente semántica” y advirtiéndoles, de forma crítica, que “el eurocomunismo puede no ser más que un comunismo simplemente adoptado a una nueva situación”<sup>819</sup>.

Otro tema que generaba duras críticas era la excesiva cautela y el gradualismo de las reformas: los detractores afirmaban que en caso de un reformismo demasiado pausado y poco tangible, “en nada se distingue un reformista cauto de un conservador inmovilista”. Aquellos afirmaban que los eurocomunistas aceptaban la vía democrática no por convencimiento de su bondad y valor, sino por razones tácticas. Criticaban el eurocomunismo tachándole de recurso táctico, de una falsa transformación que en realidad no alteraba la esencia del partido, de falta de convencimiento fundamental

---

<sup>818</sup> “A propósito del ‘eurocomunismo’”, en *Materiales* número 6, noviembre-diciembre 1977, pág. 12.

<sup>819</sup> Tusell, Javier: *Eurocomunismo en España*, Fundación Humanismo y Democracia, Madrid, 1979, pág. 21-22.

sostenían la necesidad de una prueba de sinceridad<sup>820</sup>, algo más que las declaraciones de los líderes eurocomunistas. No obstante parece una petición *sui generis* y que sólo el tiempo podía darle respuesta. Además, reducirlo a una cuestión de sinceridad<sup>821</sup> parece poco relevante: en primer lugar, los políticos, comunistas o no, rara vez son sinceros y, en segundo lugar, sería de escaso valor un análisis político basado simplemente en el descubrimiento del grado de sinceridad de las declaraciones políticas de los protagonistas.

### 11.3 El centralismo democrático

Puede que la crítica más frecuente al eurocomunismo y a los partidos que lo formaron fue acerca de la falta de democracia interna, ya que se consideraba que la propuesta eurocomunista no se vio aplicada a las formas internas de organización del partido. La necesidad de democratizar el funcionamiento interno de los partidos era advertida no sólo por los detractores, sino también por algunos miembros (como Althusser respecto al PCF) o observadores autorizados (como Claudín).

Merece la pena subrayar que, aunque a diferentes niveles, el llamado centralismo democrático representó el modelo de organización interna de los diferentes partidos eurocomunistas. Y si bien es cierto que el PCI fuera un partido distinto al estaliniano con un alto grado de discusión abierta y transparencia hacia la sociedad, el PCF y el PCE seguían manteniendo una rigidez orgánica, obstáculo infranqueable cara al necesario cambio interno. Aunque fueron realizando un limitado proceso de democratización interna del partido, esto fue restringido una vez que descubrieron que más democracia interna suponía más crítica a su propia acción y puesta en duda de la propia infalibilidad. Por eso, se asistió pronto a un retroceso a la “política habitual”, a la estrategia monolítica de las expulsiones y abandonos forzados.

Volviendo al PCI, en su práctica interna, el PCI fundamentalmente ya no era un partido de cuadros sino más bien de masas, en el que la dirección permitía un cierto grado de descentralización y no se oponía férreamente a un debate interno, siempre y cuando no se cuestionase “el principio básico de que el secretario del Partido Comunista era el que

---

<sup>820</sup> Según Lucio Lombardo-Radice, “il problema, nella storia e nella politica non è mai quello del ‘sincerometro’ che, in quanto strumento di rivelazione psicologica, non esiste e non esisterà mai. La sincerità, l’autenticità, di quello che un movimento proclama si vede dalla sua storia e dalla sua politica”. Spadafora, Antonio (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 121.

<sup>821</sup> Cuentan que, cuando le preguntaron a Felipe González cerca la sinceridad eurocomunista afirmó: “No soy sacerdote, no puedo escuchar confesiones para descubrir si los comunistas son sinceros”.

más poder de decisión tenía. El líder italiano temía que, si internamente se volvían muy democráticos, emergían varias facciones y se acabase la unión del partido”<sup>822</sup>. Eso sobre todo en razón del tamaño del partido (casi dos millones de afiliados) y de la cantidad organismos secundarios, creados por el partido y arraigados en el territorio.

Se trataba de un aspecto controvertido: “This combination of ‘controlled spontaneity’ and a high degree of centralisation is vital. It give the rank and file the illusion of participation and even of control, and it also provides an essential channel of communication by which the leadership can sense the humours of its mass. And while it provides feedback, it pre-empts factionalism. Above all else, Above all else, the leadership fears that the PCI might ultimately fall victim to the disruption and paralysis of factionalism if any real democracy were introduced into party life. As a result, it is unwilling to transform internal elections of delegates to party congresses, or of the Central Committee, directorate or secretariat, into genuine elections based upon alternative conceptions of party strategy”<sup>823</sup>. Sin embargo, ya a finales de los setenta, el PCI mostraba una tendencia al deterioro, registrando un regreso hacia el partido clásico de vanguardia, con la profesionalización de la militancia: “dado que el aparato del partido está en manos de gente cuya subsistencia depende de su carrera en él, es fácil ver cómo la dirección controla el aparato partidario”. Un partido fuertemente jerarquizado, con “políticos profesionales”.

Por su parte, el PCF y el PCE eran partidos menos flexibles, donde el peso y el poder del Secretario General eran más visibles. En estos partidos, permanecía una estructura organizativa rígida y marcadamente centralista. No obstante, el PCF era el que más “cambios” tenía que realizar para conformarse al eurocomunismo: “The PCF is extremely strong political organisation (...). Of all the Communist parties who have accepted the new ideas, the PCF is the one which has had to change most to be able to do so. The PCF has never produced a Gramsci, able to give its Marxism a human face. Its organisational structure has long appeared to be dully and rigidly authoritarian.

---

<sup>822</sup> María del Pilar Sánchez Millas: Eurocomunismo, ¿estrategia conjunta o coincidente mecanismo para tres consolidaciones internas diferentes?, en Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977, FIM, Madrid, 2004, pág. 389.

<sup>823</sup> “The Italian communist party: between Leninism and social democracy” de Martin Clark and David Hine en Childs, David: *The Changing face of western Communism*, Croom Helm, London, 1980, pág. 114-115.



Above all, it has seemed in the past to be at both nter-state and inter-movement levels a servile executant of Soviet wishes”<sup>824</sup>.

El centralismo democrático fue criticado incluso en víspera de la Cumbre de Madrid – que hemos descrito anteriormente-, por el periodista italiano Aldo Rizzo, que publicaba en *Le Monde* (1 de marzo de 1977) un artículo sobre los retos para “la mayor novedad del mundo comunista desde la condena de Tito y el cisma chino”. Entre ellos, subrayaba el tema del “centralismo democrático”, es decir la persistencia de una organización interna del partido que impedía la constitución de una oposición: “la pervivencia de ciertos métodos autoritarios y personalistas” en la dirección del partido seguía representando un problema. Asimismo afirmaba la necesidad de comprender “las relaciones con el pasado, es decir la ausencia de una autocrítica seria. En otros términos, la pretensión de los tres partidos ha haber actuado siempre de la única forma hecha posible por las circunstancias históricas es sospechosa, lo que inevitablemente arroja sombras, si no sobre la sinceridad, sí al menos sobre la amplitud de los cambios actuales”.

El ya citado Bettiza, no sólo criticaba el centralismo democrático, sino que utilizaba este tema para volver a cargar contra la presunta herencia gramsciana en el eurocomunismo. El italiano recordaba que Gramsci escribió: “l’unità ideologica è necessaria al partito comunista per poter adempiere in ogni momento alla sua funzione di guida della classe operaia. L’unità ideologica è l’elemento della forza del partito e della sua capacità politica. Essa è indispensabile per farlo diventare un partito bolscevico”. Y añadía críticamente que los eurocomunistas “hanno continuato a incensarlo come l’ideatore e il precursore dell’odierna linea, l’anello di congiunzione tra l’attuale politica democratizzante e il leninismo”. Y añadía: “tutte le rasserenanti dichiarazioni sul ‘pluralismo’, sull’alternanza democratica al potere, sulla libertà del dissenso, vengono in realtà contraddette dalla struttura interna di questi partiti che sembrano anticipare, in essa, la struttura stessa del mundo futuro che perseguono. Un apparato così rigidamente e militarmente compatto (da cui sono escluse opposizioni, correnti, voci e atteggiamente critici) può servire solo a due scopi: o all’attesa propizia di un’ora x rivoluzionaria, oppure al mantenimento dell’immagine totalitaria di una ‘controsocietà’ che, dopo la conquista del potere, dovrà incarnarsi nella realtà della società intera”. Finalmente, invitaba a los eurocomunistas a no “posponer el cambio de la estructura del partido”,

---

<sup>824</sup> “The French Communist party and Eurocommunism”, de Peter Morris en en Childs, David: *The Changing face of western Communism*, Croom Helm, London, 1980, pág. 148.

recordando que, de momento, los cambios anunciados quedaban por realizar, siendo más promesas que actos: “le concessioni liberali dei comunista riguardano quasi sempre l’avvenire più che il presente. Sono sempre promesse, mai atti; sempre dichiarazioni astratte di buona fede, mai incarnazioni nei fatti di un’intenzione di autentico lealismo democratico. Potremmo avere invece una concreta testimonianza della loro buona volontà se fin d’ora, nel presente, essi smantellassero o almeno incrinassero il micromodello stalinista-leninista dei loro apparati”<sup>825</sup>.

Por su parte, Colletti argumentaba que el partido comunista italiano seguía presentando un marcado monolitismo interno, una estructura “estalinista” y una tendencia a silenciar cualquier voz fuera del coro: “nei meccanismi che presiedono alle sue scelte politiche, nella selezione dei suoi dirigenti, in tutti i modi in cui si forma la volontà politica della sua organizzazione, il PCI è restato un partito fundamentalmente stalinista. L’espulsione del gruppo del Manifesto nel 1970 dimostra quanto siano limitati in realtà i margini effettivi del dibattito politico e per la lotta interna del partito” y parafraseando una de las críticas de Trotsky al centralismo leninista, añadía: “i meccanismo del potere reale, nei partiti comunisti contemporanei, funzionano così: non è il congresso che elegge il comitato centrale, ma il comitato centrale che nomina il congresso; non è il comitato centrale che elegge la direzione, ma la direzione che nomina il comitato centrale; non è la direzione che elegge l’ufficio politico, ma l’ufficio politico che nomina la direzione”<sup>826</sup>.

El mismo Claudín criticaba la contradicción existente entre los principios enunciados por el eurocomunismo y la concepción del partido, subrayando la necesidad de que los partidos comunistas de Europa occidental funcionasen democráticamente, admitiendo la posibilidad de que hubiera tendencias dentro de él y, aún más importante, que “se favoreciese un debate real, permanente, que permitiese confrontar los diversos análisis de la realidad, las diversas posiciones tácticas y estratégicas”. Para el ex miembro del PCE, “la vía democrática es la única posible, aunque nada fácil, para progresar hacia el socialismo en Europa Latina, como en todo el capitalismo desarrollado. Los partidos comunistas de Francia, Italia y España pueden contribuir considerablemente a que esa posibilidad se confirme, pero depende no sólo de su política, sino de su evolución

---

<sup>825</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell'ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, pág. 104 y 106-107.

<sup>826</sup> “Entrevista político-filosófica”, en *New Left Review*, número de julio-agosto de 1974.

interna: de que la democracia se abra paso en ellos y no solo en la sociedad”<sup>827</sup>. Por eso, se preguntaba retóricamente: “si el partido comunista llega a ser, de acuerdo con sus propios presupuestos, la principal fuerza dirigente del socialismo, pero él mismo no funciona democráticamente, ¿cómo podría ser democrático ese socialismo?”<sup>828</sup>. En otro escrito, Claudín resultaba aún más crítico acerca de “las limitaciones o contradicciones internas” de estos partidos, subrayando la incongruencia de “la conservación del principio del ‘centralismo democrático’ en las estructuras y en el funcionamiento del partido, principio que tanto en su concepción teórica como en su aplicación práctica se revela incompatible con una auténtica democracia interna del partido, porque el ‘centralismo’ predomina decisivamente sobre la ‘democracia’, anulándola de hecho y atribuyendo poderes extraordinarios al grupo dirigente y, en definitiva, al secretario general (...). Toda la experiencia histórica, desde los tiempos de Lenin, había demostrado que en la ya tópica fórmula lo de ‘democrático’ era un simple camuflaje del ‘centralismo’ o, más exactamente, -puesto que un cierto centralismo es inherente a cualquier organización- de la dictadura de la dirección”<sup>829</sup>.

Por su parte, para Azcárate, la causa fundamental de la crisis del eurocomunismo residía “en la incompatibilidad entre una estrategia democrática y unos partidos incapaces de romper la verticalidad estructural, los usos y tradiciones del dogmatismo (...). Las experiencias vividas por mí, dentro del PCE, me inclinan a una explicación de la crisis del eurocomunismo centrada en la resistencia, la inamovilidad, de las estructuras tradicionales”<sup>830</sup>.

En la misma óptica, Mandel subrayaba la contradicción entre la teórica defensa del pluralismo y el monolitismo del partido, cerrado en su interior: los partidos eurocomunistas predicaban el pluralismo en la sociedad, al mismo tiempo que silenciaban las voces discordantes en sus senos y atosigando las corrientes internas.

Incluso el socialista español, Felipe González, pedía a los eurocomunistas un esfuerzo para superar el centralismo democrático: “tiene que haber coherencia entre las estructuras internas del partido y las estructuras democráticas que propone para la sociedad, si se puede creer que son demócratas. No creo que actualmente exista esa coherencia en el partido”.

---

<sup>827</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 167.

<sup>828</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 164-165.

<sup>829</sup> Claudín, Fernando: *Santiago Carrillo. Crónica de un Secretario General*, Ed. Planeta, Barcelona, 1983 pág. 229.

<sup>830</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 297.

En la misma línea, Arrabal, en su libro escrito como si fueran cartas destinadas a la militancia comunista, se preguntaba: “Cuando vuestros dirigentes hablan hoy de libertad y de democracia, ¿cómo es que no adoptan el principio de libertad en el funcionamiento interno del partido?”. Y añadía: “el ‘centralismo democrático’, vuestra presidencia la ha concebido y concibe como un contubernio entre un centralismo mastodóntico y una democracia invisible”<sup>831</sup>.

Muy crítico sobre este tema resultó ser Sergio Vilar que, describiendo “la evolución del PCE-PSUC: del sistema proconsular al servicio de la URSS al nacional comunismo-oportunismo”, criticaba el PCE por la falta de democracia interna, acusándole de utilizar “métodos arbitrarios y burocráticos”: “ése es uno de los más graves tumores del ‘europeísmo’, la reproducción simple, que a veces se amplía, de los métodos estalinistas”<sup>832</sup>. Anteriormente, el mismo autor había atacado el PCE sobre este asunto, invitándole a un cambio, a un nuevo tipo de partido: “tendrán que prevalecer auténticamente los métodos hegemónicos -de discusión y consenso ideológico- sobre los métodos de dominación (...) de imposición ideológica (...). Con el fin de superar los resabios del pasado, son necesarias nuevas formas organizativas en los PC, así como nuevos modos de comunicación entre unos y otros órganos, dirigentes y no dirigentes. Es urgente concretar en los estatutos nuevas normas de circulación de la información y de la crítica, de la elección y de la revocación de los dirigentes, de la rotación entre puestos dirigentes, de eliminación de las situaciones de privilegio vitalicio...”<sup>833</sup>.

Sin embargo, los principales líderes eurocomunistas defendían este modelo, subrayando su valor y necesidad para la organización interna de los partidos. Para el secretario del PCI, “el centralismo democrático no es un modelo que planteamos para la construcción del Estado socialista. Se trata de un conjunto de normas que seguimos los comunistas para regular la vida interna del partido y que se ha revelado como el más democrático”<sup>834</sup>.

Para parte de la militancia, el eurocomunismo representaba la esperanza de que fuera posible la superación de un “partido rígido”, el abandono del centralismo democrático que estaba a la base de su funcionamiento y que se consideraba negativo no sólo en lo que concierne a la dinámica interna, sino también al avance social del partido. Por eso,

---

<sup>831</sup> Arrabal, Fernando: *Carta a los militantes comunistas españoles: sueño y mentira del eurocomunismo*, Christian Bourgois editeur, París, 1978, pág. 105 y 113.

<sup>832</sup> Vilar, Sergio: *El disidente*, Plaza & Janes Editores, Esplugues de Llobregat, 1981, pág. 203.

<sup>833</sup> “Sueños y tortillas eurocomunistas” de Sergio Vilar en *El País* del 7 de agosto de 1977.

<sup>834</sup> Rueda de prensa cumbre de Madrid - *Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977, pág. 20.

la persistencia de estas características en el partido representó un freno, un elemento negativo, ya que la presencia de estos elementos en la organización interna del mismo se consideraba como una especie de “papel tornasol”, la prueba manifiesta de que la aceptación a las instituciones democráticas representaba una elección instrumental, táctica. La opinión pública consideraba que prueba del efectivo cambio, alejando la posibilidad de una futura involución antidemocrática por parte de los partidos eurocomunistas, podía ser constituida por la construcción de un nuevo partido, que prescindiese del receloso y sospechoso centralismo democrático. Condicionados por una “visión tradicional” de los partidos comunistas, resultaba aún presente el temor de que los partidos comunistas pudieran proceder a la destrucción de las instituciones democráticas una vez alcanzado el poder del Estado.

La justificación del centralismo democrático que conllevaba grados de censura interna y limitaba el debate en el seno de los partidos entre las diferentes tendencias, prohibiendo, al mismo tiempo, el sectarismo, confirmaba el carácter leninista del partido. Pero, contemporáneamente, surgía un interrogante: ¿la estructura del partido era lo suficientemente flexible? Según varios, no era así y el centralismo permanecía debido a la debilidad del partido, al riesgo de nuevas escisiones o improductivos debates internos. A pesar de todo, merece la pena subrayar que, en la década de los setenta, los partidos comunistas de Europa occidental evolucionaron, asumiendo un enfoque más moderno y más pragmático, incluso ligeramente más democrático. De forma bastante crítica, para Neil McInnes, la evolución de los partidos comunistas occidentales fue más bien “simplemente una transición de un partido leninista con células a un partido ordinario con sus grupos electorales, es decir de un partido basado en la militancia a uno basado en el electoralismo”<sup>835</sup>. McInnes subrayaba que los partidos eurocomunistas “han tenido que revisar muchas de sus propias doctrinas y abandonar otras completamente; han tenido que avenirse a muchos compromisos con sus enemigos de la izquierda y de la derecha. Sin embargo, han mantenido tenazmente su estructura interna autoritaria, antidemocrática (que adornan con el nombre de ‘centralismo democrático’). El autor hablaba de un “malentendido general”, argumentando que los partidos eurocomunistas seguían preservando, en este punto, algunos rasgos del pasado: “para utilizar los neologismos admitidos, desrusificación no es desleninización y podría no ser siquiera desestalinización”. Por eso, creía que “el principal interés en la nueva línea que

---

<sup>835</sup> McInnes, Neil: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

los partidos occidentales han adoptado es la caprichosa combinación de rasgos leninistas y parlamentarios. Los partidos se están comportando, y prometen seguir haciéndolo si consiguen parte del Poder, como partidos parlamentarios, pero insisten en mantener su estructura leninista y muchas de sus conexiones internacionales con fuerzas antidemocráticas”. Y añadía: “no existe una tendencia secular hacia la des-leninización de los partidos occidentales. Las exigencias de 'mayor democratización' que se presentan al interior de los partidos son planteadas por los izquierdistas disidentes, insatisfechos con los compromisos de sus líderes con la social democracia. Esta es la paradoja estalinista del comunismo occidental. Los burócratas del partido defienden la rigidez leninista, ansiosos de permanecer en buenos términos con Moscú mientras buscan el poder local en alianza con los socialistas”<sup>836</sup>.

Finalmente, muchos miembros de los PC eurocomunistas anunciaban el cambio del tipo de partido: “los partidos comunistas que se forjan en los países del capitalismo desarrollado no son instrumentos adecuados para tomar y ejercer el poder por vía minoritaria y dictatorial. Son partidos de nuevo tipo, partidos de masas (...) Por eso la mejor garantía de que los partidos comunistas aceptarán sin reservas el juego democrático de la alternancia en el poder es la propia formación de estos partidos como partidos de masas, con los programas y los objetivos que hoy proponen. No es, pues, una cuestión de oportunismo o de mera credibilidad formal. Es que los partidos se forjan de una manera y para unos propósitos o de otra manera y para otros propósitos. Y aquí no caben simplificaciones ni maniqueísmos baratos”<sup>837</sup>. Este tema se debatió mucho dentro de los PC y la literatura en materia coincidía en que “La mejor garantía de que un partido revolucionario es y será democrático es reconocer y posibilitar su inserción en el tejido social e institucional. En la medida en que se reconoce a los PC su papel representativo y activo en las instituciones democráticas, que queda integrado y no marginado en ellas, su carácter democrático ya está adquirido”<sup>838</sup>.

#### **11.4 Las críticas de los medios y en algunos libros**

Como ya hemos indicado, los medios de comunicación de la época se interesaron mucho del fenómeno eurocomunista. En su última etapa, se multiplicaron los ataques y

---

<sup>836</sup> McInnes, Neil: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

<sup>837</sup> Jordi Solé Tura, “La cuestión comunista como cuestión política general”, prologo a la obra de Berlinguer, Enrico: *La "cuestión comunista"*, Fontamara, Barcelona, 1977, págs. 17-18.

<sup>838</sup> Jordi Borja, “La izquierda en la democracia”, en AA. VV.: *Las nuevas vías al socialismo*, Avance, Barcelona, 1977, págs. 205.

la críticas de cuantos consideraban al eurocomunismo “como una estrategia reformista que no lleva al comunismo, sino que o bien puede llevar a la derrota de la revolución o bien a una radicalización del capitalismo”.

En la *Gaceta ilustrada* del 3 de abril de 1977, con el título de “El eurocomunismo es otro siniestro carnaval”, Salvador Madariaga afirmaba: “Por muchos que se quieran pintar la máscara con los colores nacionales, sabemos que llevan máscara (...). El eurocomunismo es otro siniestro carnaval. Del europeísmo de los comunistas estamos ya enterados por los repetidos rechazos que la idea de federar a Europa halló en Moscú desde el primer día. Gradualmente los amos de Rusia fueron cambiando de opinión. La fórmula estaba clara: el Occidente federal y el Oriente lo come ya bien aderezado de federalismo (...) [si] el comunismo de los países occidentales quiere afirmar su independencia respecto a Moscú, no se comprende muy bien por qué siguen llamándose comunistas. Con cambiarse el nombre y llamarse socialistas estaría resuelto. Pero mientras un partido se siga llamando comunista, por muy disidente que se adjective, el público continuará considerándolo como instrumento más o menos disfrazado de la Unión Soviética (...). Por lo tanto nosotros, los meros observadores, tenemos el derecho a dar por seguro que el liberalismo aparente de los comunistas occidentales de hoy es mera postura táctica para ver de conquistar el Poder engañando a los electores; y que, una vez logrado el Poder, procederían a la liquidación del socialismo y de los socialistas”.

En otro diario, Madariaga afirmaba que era absurdo profesar el comunismo, tanto en Occidente como en Oriente, debido a su negra historia de barbarie, afirmando que “el comunismo jamás llegó en el poder sin traición y violencia, liquidando cualquier forma de oposición”. Por tanto, tachaba el comunismo como “un peligro para todos los hombres y las naciones del mundo”<sup>839</sup>.

En la *Vanguardia*, el 5 de marzo de 1977, apareció una carta contra el eurocomunismo en la que se afirmaba: “claro que según tengo observado, los modernos ‘eurocomunistas’ o mejor ‘eurooportunistas’ -como dice un marxista coherente como Líster- no parece ser que conozcan demasiado las obras de los «padres del marxismo», y se alimentan por contra de las adulteradas obras marxistas que se publican en la actualidad, para endulzar la píldora, cuyo amargo sabor conocen los millones de ciudadanos que viven en los países comunistas, cuyos dirigentes es probable que no se

---

<sup>839</sup> “Comunistas y socialistas” en el *Diario de Lérida*, 28 de mayo de 1977.

sintieran injuriados ni se tomarían la molestia -mandar dictatorialmente sobre millones de personas supone otras preocupaciones- de desmentir un texto tan aclaratorio.

En otro artículo de la *Vanguardia española*, publicado el 11 de octubre de 1979, se opinaba acerca de la real y verdadera voluntad de los partidos eurocomunistas de alejarse Moscú: “en el entorno marxista es muy difícil, casi imposible, en donde comienza la verdad y en donde acaba la mentira”.

Por su parte, en una entrevista, Fraga afirmaba que: “recordando la frase de Clausewitz, diremos que el eurocomunismo es el comunismo clásico continuado por otros medios. Es otro camino hacia la meta, pero ésta sigue siendo la misma: el establecimiento de una sociedad con economía planificada totalmente por un Estado controlado por los comunistas”<sup>840</sup>. Para Fraga, representaba una estrategia para la ocupación del poder en estos países, siendo, al mismo tiempo, la “última fase de un marxismo anticuado en sus análisis socio-económicas y políticas”.

En ocasión del 60º aniversario de la revolución de octubre, el 5 de noviembre de 1977, el *Corriere della Sera* publicó una entrevista de Piero Ostellino a Roy Medvedev y Aleksandr Zinov’ev, titulada “L’Eurocomunismo è un’illusione”<sup>841</sup>, donde se discutía de comunismo, de URSS y, sobre todo, de Eurocomunismo. Zinov’ev mostró su convicción de que si los partidos comunistas de Europa occidental hubiera accedido en el poder, antes o después actuarían como los comunistas soviéticos, pensando en que el Eurocomunismo no tenía ninguna posibilidad “de construir un modelo diferente de comunismo”. En su crítica, afirmaba que creía que no existiese un “comunismo bueno” ya que el proceso de “represión de las masas” era un elemento irreversible del comunismo. Por su parte, el otro disidente, de orientación socialista, mostraba una postura tímidamente posibilista declarándose “profundamente convencido de que, el eurocomunismo no es un engaño, ni una táctica, sino un serio y honesto intento de reorganizar el movimiento comunista de acuerdo con la tradición política y económica, el nivel de vida y la estructura de clase de la moderna sociedad occidental”. Medvedev creía, por lo tanto que el Eurocomunismo contaba con una posibilidad real de construir otro modelo de comunismo, sustancialmente diferente al soviético.

Por su parte, el ya citado periodista italiano, Augusto del Noce recordaba que algunos consideraron a los eurocomunistas como unos “opositores aparente” y su actitud como

---

<sup>840</sup> Fraga, Manuel, “El eurocomunismo, última fase del marxismo”, en el *ABC* de 27 de octubre de 1977.

<sup>841</sup> Piero Ostellino, “Sessant’anni dopo la rivoluzione”, en “*Corriere della Sera Illustrato*”, 5 noviembre 1977, pág. 6.



un mero ardid de guerra para mejor vencer. Por su parte, atacando el PCI, que definía “una spugna ideologica”, se preguntaba qué era en realidad el eurocomunismo: “è la ricomprensione, operata da Togliatti e continuata dai suoi successori, del gramscismo nello stalinismo. L’esplicito dichiararsi dell’eurocomunismo come comunismo diverso, deve essere connesso col passaggio del comunismo all’offensiva”. Y añadía críticamente: “non dunque un mutamento teorico, ma un semplice adeguamento tattica (...); negli anni recenti è cominciata infatti una nuova maniera di leggere Gramsci; motivata non tanto dalla edizione critica dei Quaderni dal carcere, quanto dalla mutata situazione politica”<sup>842</sup>. Del Noce concluía su reflexión acerca del eurocomunismo como, en realidad, sustitución de un modelo totalitario por otro, afirmando que este proyecto era la gestación de “un totalitarismo nuovo più efficiente e più completo, basato sul plagio e sul consenso e meno sul terrore, più sulla tecnologia onnipresente dei mass-media che sui campi di concentramento. L’esito togliattiano del gramscismo consisterebbe dunque nella trasposizione del totalitarismo dal fisico al morale (sta qui il suo progresso occidentale e la sua pericolosità estrema)”<sup>843</sup>.

El periodista francés de *Le Monde*, André Fontaine, afirmaba: “no creo en el eurocomunismo. Es una vía coyuntural. El eurocomunismo francés no tiene nada que ver con el italiano, y estos, a su vez, por hecho de pertenecer a países integrantes en el Mercado Común, no tienen nada que ver con el español”<sup>844</sup>.

Francisco Soler Fando ponía el acento de su crítica en la renuncia sólo formal del eurocomunismo de algunos principios del marxismo, describiéndole como un sucedáneo: “un comunismo sin marxismo-leninismo. Es decir, un Eurocomunismo que intenta contar para su implantación y triunfo con la misma masa, el mismo ámbito, la misma praxis y finalidad idéntica, más o menos nebulosa o enmascarada, del comunismo clásico. Pero todo ello con pública renuncia y eliminación de sus más conocidas características anteriores: las células, las consignas, la ciega obediencia al centralismo ‘democrático’ de Moscú, la lucha de clases, la división en proletarios y burgueses, la dictadura del proletariado, las conclusiones y leyes de los grandes teóricos del marxismo-leninismo. Este nuevo producto (...) mantiene el mismo perfume, sabor idéntico, ámbito, historia, cuadros dirigentes y garra que los PC tradicionales. Pero sin

---

<sup>842</sup> Del Noce, Augusto: *Futuro prossimo?*, Edizione Cappelli, Bologna, 1978, pág. 15.

<sup>843</sup> Del Noce, Augusto: *Futuro prossimo?*, Edizione Cappelli, Bologna, 1978, pág. 63.

<sup>844</sup> *Le Monde*, 10 de marzo de 1977.

su esencia marxista-leninista (...). Eurocomunismo: sucedáneo del Comunismo”<sup>845</sup>. Asimismo, criticaba en el eurocomunismo su ambigüedad, la falta de “un proyecto de Estado nuevo, un esquema de la nueva sociedad que se propugna, o, al menos, un ejemplo de la plasmación, aun aproximada, de la nueva ideología entre las distintas variedades del actual universo político social”, y le ponía como tarea la de “materializar su programa en una forma de Estado concreta; el ofrecer un proyecto de su constitución; o señalar, al menos, las líneas magistrales de organización de la sociedad futura, caracterizándola en lo económico, en lo político y en lo social”<sup>846</sup>. El autor consideraba el eurocomunismo como “un intento más, efímero y circunstancial”, “una táctica oportunista, una farsa, la expresión pública de un pacto secreto con un marxismo maquiavélico”.

Por su parte, Ángel García criticaba el Eurocomunismo afirmando que se trataba de una “gran operación de propaganda comunista”, representando, en realidad, “una bambalina publicitaria (...), un telón de seda carmesí, que encandila y conquista (...), un neologismo eufemístico”, “el comunismo con disfraz carnavalesco” o “ese caballo de Troya, introducido en la fortaleza europea, por la memez y la traición de la política, de la sociología y la teología hoy de moda: el *eurocomunismo*”<sup>847</sup>. Considerando al eurocomunismo como “hijo culto, burgués y aburguesado de su progenitor, el marxismo”<sup>848</sup>, García subrayaba su desconfianza acerca de las intenciones, de los programas y de las consignas eurocomunistas, tachándola de impostura moderna, de representar “un *momento* tan sólo de esa continuidad interrumpida e inexorable del materialismo histórico de Marx”<sup>849</sup>. Asimismo, avisaba a España de los peligros del comunismo en una retorica empapada de lugares comunes y barata, atacándole por sus “implicaciones poderosas en el campo religioso”. Finalmente, consideraba al Eurocomunismo como un *reto político* a la Europa liberal partidocrática y a su vez un *desafío cultural* a la Europa cristiana; en unas páginas delirantes, después de culpar la “banca internacional” por financiar “esta nueva y camuflada Internacional Comunista”, el autor afirmaba que estamos frente a una “*auténtica Guerra Civil del Occidente Cristiano* que a todos nos engloba, enfrenta y condiciona [ya que] el marxismo, el

<sup>845</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 59-60.

<sup>846</sup> Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, pág. 62.

<sup>847</sup> García, Ángel: *El eurocomunismo. Contenido y finalidad de la nueva fórmula política*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977, pág. 11-12, 194 y 208.

<sup>848</sup> García, Ángel: *El eurocomunismo. Contenido y finalidad de la nueva fórmula política*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977, pág. 47.

<sup>849</sup> García, Ángel: *El eurocomunismo. Contenido y finalidad de la nueva fórmula política*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977, pág. 146.

comunismo y el eurocomunismo, más que la lucha de clases, más que la redención del proletariado (...) propugna y defiende la destrucción total y totalitaria de la civilización occidental, la civilización cristiana”<sup>850</sup>.

Mucha relevancia tuvo la entrevista de Pedro J. Ramírez a Indro Montanelli<sup>851</sup>, en la que célebre periodista italiano afirmaba: “El ‘Eurocomunismo no es nada. No existe. No puede existir. Yo ya he visto el “Eurocomunismo”. Lo vi en Praga, entre 1945 y 1948: el señor Gottwald decía las mismas, idénticas cosas que dice el señor Berlinguer”. El director de *Il Giornale Nuovo* advertía que el eurocomunismo era inofensivo “hasta que lleguen en el poder. Porque cuando se llega en el poder, el comunismo sólo se hace de una manera, métaselo bien en la cabeza: el comunismo se hace con pelotones de ejecución. Y de ningún otro modo. ¿Qué tiene, que ver el comunismo con la libertad? ¡Cristo! ¿Cómo puede haber quien se lo crea?”.

En la revista *Materiales*, se criticaba al eurocomunismo: “ha sabido adaptarse al viento que sopla en el oeste: ha sabido transformar su propia organización en un sentido aparentemente nuevo conservando la rigidez del aparato; ha sabido recoger el reto de la revolución cultural maoísta, rechazando al mismo tiempo con prudencia las implicaciones de manipulación de masas que la falta de maduración de la base material de la sociedad china podía implicar en aquella; ha sabido, en fin, recoger el reto trotskista del análisis de la naturaleza del estado ruso, avanzando sí con suma cautela, pero yendo en este sentido, incluso más allá que algunos de los mismos grupos trotskistas”<sup>852</sup>.

En sus escritos, Eduardo Fioravanti se preguntaba, retóricamente, qué tipo de socialismo era aquel propuesto por los eurocomunistas: “No cabe duda que se trataría de un capitalismo de Estado disfrazado ‘ideológicamente’ de socialismo, como viene sucediendo en los países que se autoproclaman ‘socialistas’”<sup>853</sup>.

Particularmente crítico respecto al eurocomunismo fue Fernando Arrabal, que en anteriormente citado libro-cartas, cuestionaba la sinceridad del partido y criticaba su oportunismo, definiéndole como “un slogan, una táctica, el maquiavélico sistema para acaparar el poder”: “*Eurocomunismo* fue un vocablo que inventó un periodista del diario *Il Giornale* de Milán para denominar jocosamente el ‘compromiso histórico’ de

---

<sup>850</sup> García, Ángel: *El eurocomunismo. Contenido y finalidad de la nueva fórmula política*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977, pág. 199.

<sup>851</sup> *ABC*, sábado 19 de febrero de 1977.

<sup>852</sup> “A propósito del libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”, en *Materiales*, número 4, julio-agosto de 1977, pág. 8.

<sup>853</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni Eurocomunismo ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 83.

los comunistas italianos. El prefijo *euro* se empleaba en publicidad como reclamo: eurotransporte, euromueble, eurodólera, eurovisión, euroma, euroatomo e incluso euroocasión. Se ‘europrefijaba’ a todo producto que se quería vender de prisa y a buen precio. Este periodista llamó a los comunistas italianos, para ponerlos en solfa, ‘eurocomunistas’ porque, según él, deseaban que los electores se encandilaran con el ‘euro’ y olvidaran que eran comunistas”. Asimismo consideraba que el libro de Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, no era otra cosa que “la caricatura de las teorías de Semprún y Claudín y que habían sido utilizadas en su día, como carta de Urías, para expulsarles del partido”<sup>854</sup>. Respecto a su posible cambio de línea política, para Arrabal era primordial romper el lazo con Moscú, dejar de considerarlo como un interlocutor privilegiado, cuestionándole por sus “trasgresiones a la legalidad socialista”: “discuten de marxismo, es decir de ideología, cuando quisiéramos que combatieran al crimen allá donde se práctica a mansalva: mientras Torquemada mandaba quemar a ‘los enemigos de la fe’, en los sínodos los teólogos se querellaban acerca de sí la Virgen había sido, o no, concebida sin pecado original”<sup>855</sup>.

Y, acerca del PCE, criticaba sus cambios y la persistencia del monolitismo interno: “ayer anti-monárquicos y hoy defensores de la corona, ayer anti-americanos y hoy garantizando mil años de intereses a los capitalistas estadounidenses; sin que participe en ningún debate, sin que nadie os dé una justificación, sin argumento, el partido os marca conductas que se oponen a las de ayer y que tenéis que seguir a toda velocidad, porque si no os apalean u os expulsan (...). Todos estos cambios, todas estas artimañas de charlatán, todas estas estrategias de pirata, todas estas zalagardas de cazador furtivo, todos estos oportunismos de cortesano, todos estos escamoteos de prestigiador, todas estas maniobras de siete leguas, que se realizan *arriba*, sin que *abajo* os pidan vuestra voz o vuestro voto, hacen del eurocomunismo una mezcolanza de traiciones y de marrullerías plantada en un horizonte de hollín”<sup>856</sup>.

En su ensayo, Fonvieille-Alquier reconocía que el Eurocomunismo generaba gran desconfianza y escepticismo de cuantos sostenían -incluso con sarcasmo- la idea de una posible connivencia entre este proyecto y Moscú: “Es una comedia puesta a punto con los rusos para desarmar la desconfianza de los occidentales y facilitar la llegada en el

---

<sup>854</sup> Arrabal, Fernando: *Carta a los militantes comunistas españoles: sueño y mentira del eurocomunismo*, Christian Bourgois editeur, París, 1978, pág. 103-104.

<sup>855</sup> Arrabal, Fernando: *Carta a los militantes comunistas españoles: sueño y mentira del eurocomunismo*, Christian Bourgois editeur, París, 1978, pág. 107.

<sup>856</sup> Arrabal, Fernando: *Carta a los militantes comunistas españoles: sueño y mentira del eurocomunismo*, Christian Bourgois editeur, París, 1978, pág. 117.

poder de los tres PC más poderosos de Europa. Acto seguido, ellos se reconciliarán a nuestras espaldas y ya será demasiado tarde...”. Y añadían: “¡Sí, es pura filfa! Aunque lo quisieran, ellos no podrían liberarse de una sujeción que se ha convertido en su segunda naturaleza...Es un ardid de guerra, es el caballo de Troya repintado de nuevo con un color agradable a la vista, pero son los mismos hombres los que saldrán de sus flancos, porque una impronta indeleble ha marcado sus mentes... Ya nos han ‘dado el golpe’, y después bastó con una llamada al orden, con restallido del látigo para que volvieran a entrar en las filas disciplinadas (...)”<sup>857</sup>. Siguiendo con su razonamiento, según el periodista francés, la única manera para derrotar esta desconfianza, mermar el escepticismo y generar confianza acerca de la sinceridad del proyecto eurocomunista era alejarse de Moscú y presentar un proyecto claro y coherente: “Comenzaremos, quizás, a creerles cuando dejen de obedecer a unos viejos reflejos condicionados que les conducen, instintivamente, a defender a la URSS contra las críticas de los otros en la misma página del periódico en el mismo discurso en que se exponen las críticas, igualmente virulentas a veces, que formulan ellos mismos contra los países socialistas. Dan demasiado la impresión de no ir hasta el final del proceso en el cual se han comprometido, de no haber previsto todo lo que este proceso supone, todo lo que implica; de no haber repensado el conjunto de sus comportamientos, a fin de hacerle coherente y homogéneo, a partir de las orientaciones nuevas dadas a su política...”<sup>858</sup>. Igualmente escéptico sobre el desarrollo del eurocomunismo y su real revisionismo, el canciller austríaco de entonces, Bruno Kreisky afirmaba: “Si los comunistas realmente desean llegar a ser demócratas, deberían descartar mucho más que la simple concepción de la dictadura del proletariado. Si se hiciera lo anterior, desaparecería entonces todo un credo político. Nada quedaría de lo que es específico del comunismo y se transformarían en social demócratas, pero con un lenguaje ligeramente más revolucionario”.

### **11.5 Las críticas desde la izquierda y la derecha**

Las corrientes izquierdistas criticaban al eurocomunismo su “derechización”, la desviación de la línea política comunista hacia posiciones de derecha. Consecuencia de eso, resultaba ser un juego de fuerzas inversamente proporcional: cuanto más fuerte llegaba a ser la posición de la burguesía, más débil, a contrario, resultaba la del

---

<sup>857</sup> Fonvielle-Alquier, François: *El eurocomunismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979, pág. 261-262.

<sup>858</sup> Fonvielle-Alquier, François: *El eurocomunismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979, pág. 263.

proletariado, atrapado entre el dogmatismo de uno y el reformismo de otros. Por eso se acusaba al eurocomunismo de hacer aún más vulnerable el mundo obrero en una difícil etapa, en el momento en que la sociedad capitalista había entrado en crisis.

Probablemente, el libro de Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, representó la reflexión teórica más profunda e interesante en España acerca del eurocomunismo, junto con el ya citado polémico libro de Carrillo. Del libro sorprende no solo la profundidad de su análisis, sino, sobre todo, la extrema clarividencia del autor, su capacidad de comprender plenamente la importancia, el significado histórico del Eurocomunismo: “el eurocomunismo contiene la posibilidad y la esperanza de una superación – en el capitalismo maduro – de la crisis general del movimiento comunista. Pero también puede ser su canto de cisne (...), Si la práctica del eurocomunismo desmiente sus promesas y si el socialismo no supera el reformismo socialdemócrata, el capitalismo podrá restablecerse una vez más, y por toda una etapa de imprevisible duración se cerrará de nuevo el camino al socialismo en Europa. Camino angosto, difícil, rodeado de peligros (...). Pero camino posible, que debe intentarse. Porque la única alternativa al socialismo sigue siendo la barbarie”<sup>859</sup>.

Con su escrito, Claudín aportó mucho al debate eurocomunista, ya que fue capaz de individualizar los puntos débiles del proyecto, las contradicciones aún presente en él. El ex dirigente del PCE criticaba sobre todo el hecho de que los eurocomunistas siguiesen defendiendo a los regímenes del este como socialistas, considerando que los argumentos a favor de esta teoría –la posibilidad de un “socialismo primitivo” o la existencia de diferentes formas de transición al socialismo- eran carentes de cualquier validez. Según su opinión, el socialismo debía estar necesariamente vinculado a la democracia y, si no fuera así, no se trataría de un Estado socialista.

Claudín avisó al eurocomunismo de su endeblez teórica, su falta de “coraje”, su incapacidad a concebir una nueva etapa de transición al socialismo, considerando que la estrategia que estaban actuando en los setenta, pudiera representar una justificación a una táctica gradualista, que marginaba del todo las luchas de masas: “El eurocomunismo vacila aún en reconocerse como tal, duda de sí, se niega a la par que se afirma. Tanto en relación con los problemas internacionales como en relación con los problemas del proceso político interno de cada país, los tres principales partidos eurocomunistas rehúyen hasta ahora discusiones a fondo y posiciones conjuntas. Una de

---

<sup>859</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 180-181.

las razones –como puso de manifiesto la cumbre de Madrid [y personalmente creo valga también por el libro de Carrillo]- es el temor de agudizar el enfrentamiento con Moscú. Tal vez no solo por motivaciones tácticas, sino edípicas. Pero, posiblemente, la resistencia a la acción conjunta se deba también a inseguridad de cada uno de ellos sobre su propia política. Los tres oscilan entre la tentación socialdemócrata –reducción de la vía democrática al socialismo a simple reformismo socialdemócrata- y la voluntad de crear las condiciones de una alternativa socialista a la crisis del capitalismo. Los tres anuncian la democratización interna, pero no se deciden a archivar el centralismo democrático. Los tres dicen haber superado su pasado estaliniano, pero siguen retrocediendo ante el esclarecimiento total de la verdad histórica”<sup>860</sup>. Estas tres razones (el temor a agudizar el enfrentamiento con Moscú, el riesgo a caer en la tentación socialdemócrata y el mantenimiento del centralismo democrático) frenaron el desarrollo del movimiento eurocomunista.

Siempre desde posiciones de izquierda, Sergio Vilar reconocía que, por un lado, “con más de cuarenta años de retraso, Carrillo iniciaba una crítica correcta del imperio soviético, pero la crítica apenas se desarrolló, ni en el espacio ni en el tiempo, ni fue consecuentemente derivada hacia las lógicas transformaciones internas en el PCE”<sup>861</sup> y añadía: “El ‘eurocomunismo’ carrillista no fue, desde luego, una nueva vía para un partido de izquierdas, sino la *tentativa de reconversión* de un partido estalinista en un partido socialista con inclinaciones socialdemócratas”<sup>862</sup>. Por otro lado, el sociólogo y escritor español atacaba “la *endeblez teórica* del texto carrillista y la *debilidad* de las poquísimas aportaciones ‘eurocomunistas’ que escribieron sus colaboradores”. A partir de 1977, el Eurocomunismo fue “poco más que una serie de textos publicitarios para vender, bajo un nuevo envoltorio, un viejo producto (...). El Eurocomunismo no ha conseguido sobrepasar su primaria condición embrionaria, sin alcanzar el nivel de ideología: *el ‘eurocomunismo’ carrillista es una aproximación infraideológica que muere por su propia anemia*”<sup>863</sup>. Concluyendo: “Carrillo, que jamás había sido un teórico, tampoco se comportaba como un pragmático”.

Siguiendo, como ya hemos visto en ocasión de la publicación del libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, parte de la izquierda se mostró muy crítica respecto

---

<sup>860</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 180.

<sup>861</sup> Vilar, Sergio: *Por qué se ha destruido el PCE*, Plaza y Janes Editores, Barcelona, 1986, pág. 168.

<sup>862</sup> Vilar, Sergio: *Por qué se ha destruido el PCE*, Plaza y Janes Editores, Barcelona, 1986, pág. 171.

<sup>863</sup> Vilar, Sergio: *Por qué se ha destruido el PCE*, Plaza y Janes Editores, Barcelona, 1986, pág. 176.

al fenómeno eurocomunista. Por eso, hubo detractores marxistas, marxista-leninistas, ortodoxos comunistas, trotskistas, maoístas...

Brevemente, podemos afirmar que los *leninistas* acusaban a los líderes eurocomunistas de ser “traidores de la causa obrera”, de propugnar una “malintencionada interpretación del Estado”, atacando especialmente la idea de que pudiera posible realizar un gobierno comunista, una sociedad socialista a través de unas reformas adoptadas dentro del sistema capitalista. Por eso, subrayaban la necesidad –y el valor- de la revolución. Los *trotskistas* acusaban a los eurocomunistas de postularse como “movimientos nacionalistas” que habían abandonado el internacionalismo. Más que el producto de una reflexión histórica, le consideran el resultado de un “largo trayecto de renunciaciones”, de una constante socialdemocratización de su estrategia y de una coincidencia con las posiciones de la II Internacional. No obstante, las críticas del lado trotskista fueron poco propositivas, poniendo el acento más en sus evasivas y limitaciones que en ofrecer respuestas concretas o soluciones prácticas: “estas demostraciones negativas de la incoherencia y de la inverosimilitud de los principales supuestos eurocomunistas no fueron acompañadas de la construcción positiva de un proyecto alternativo para la derrota del capitalismo en occidente”<sup>864</sup>.

Según el Partido de Trabajo de España (PTE), el eurocomunismo representaba sólo “una nueva corriente oportunista”. Para el Secretario general de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), José Sanromá Aldea, “Aunque el eurocomunismo se presenta como un desarrollo creador del marxismo, su argumentación doctrinal es tan pobre que no merecería por sí misma ninguna atención”, considerando que “los partidos eurocomunistas han ido configurándose como poderosos factores de estabilización del capitalismo monopolista bajo el Estado democrático-burgués”, terminando por definir “El eurocomunismo, una forma de anticomunismo moderno”<sup>865</sup>.

Entre los más críticos se encontraba Ernest Mandel, del que hablaremos más detenidamente en el apartado sobre la polémica eurocomunismo-socialdemocracia. Mandel, que consideraba al eurocomunismo como producto de la crisis del estalinismo, movía su crítica desde la idea que “el eurocomunismo constituye un fenómeno de regresión política e ideológica de una fracción del movimiento obrero europeo, en unas

---

<sup>864</sup> Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986, pág. 97.

<sup>865</sup> “El eurocomunismo, una forma de anticomunismo moderno”, *El País*, 6 de agosto de 1977.



condiciones de exacerbación de las tensiones y de las luchas de clase”. Sobre la querella entre el eurocomunismo y la URSS, Mandel reprochaba a los eurocomunistas la ausencia de una reflexión profunda sobre la burocratización de la sociedad soviética y la poca comprensión de la realidad de la sociedad soviética, afirmando: “lo que denunciamos, *en este contexto*, de los eurocomunistas no es ‘su capitulación ante el imperialismo’, sino su inconsecuencia y carencia del valor necesario para llevar su reflexión hasta sus últimas conclusiones. La crítica ‘objetivista’ del estalinismo, al estilo de Ellenstein, que trata de explicarlo por medio de las ‘condiciones objetivas’; la vaporosa defensa del ‘pluralismo político’, que no reivindica claramente el derecho a formar tantos partidos soviéticos distintos como deseen los pueblos trabajadores, tanto en la URSS como en las ‘democracias populares’, incluyendo a partidos de oposición y una prensa de oposición; el referirse a la ‘democracia socialista’ sin pronunciarse clara y firmemente a favor del poder *democrático de los consejos*, es decir, a favor de consejos libre y democráticamente elegidos como columna vertebral de la autoadministración de los trabajadores, todo esto convierte en incoherente y de escasa credibilidad la crítica actual de los eurocomunistas a las relaciones políticas en vigor en el Este”<sup>866</sup>.

Los secretarios de los diferentes países de Europa del este y los órganos de prensa de estos países atacaron al Eurocomunismo en diferentes ocasiones, tachándole de desviacionismo, de propaganda burguesa. Por ejemplo, según el secretario del Partido Comunista Checoslovaco, “El ‘Eurocomunismo’ es una mezcla de las más diversas componentes del revisionismo pequeño burgués: el comunismo nacional, el capitalismo popular, el socialismo democrático y el socialismo con ‘rostro’ humano”<sup>867</sup>. En febrero de 1977, el órgano teórico del Partido Comunista húngaro (*Társadalmi Szemle*) definía el eurocomunismo como “una ficción o una noción fabricada por la propaganda burguesa, que no ofrece ninguna solución alternativa socialista”.

Como ya hemos dicho en el primer capítulo, para Herbert Mies, secretario del Partido Comunista de Alemania occidental, el eurocomunismo era “pura invención de la prensa burguesa para intentar confundir el movimiento obrero en momentos en que el capitalismo mundial atraviesa una serie crisis”. Según su teoría, “en una situación difícil para la burguesía, se pretende obnubilar a los pueblos, construyendo falsas divergencias y fracciones dentro del movimiento comunista”.

---

<sup>866</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 32 y 53.

<sup>867</sup> *Rude Pravo*, 18 de junio de 1977. Extracto del discurso pronunciado ante el VII Congreso de la Unión de Periodistas checoslovacos.

Por su parte, Janos Berecz, jefe de la sección internacional del Comité Central del Partido Comunista Húngaro, afirmaba que el eurocomunismo era “una doctrina inventada por la propaganda burguesa para aumentar la controversia y para exagerar las diferencias entre los partidos comunistas”<sup>868</sup>. El autor mostraba la diferencia de actitud del bloque soviético entre Berlinguer y Carrillo: las palabras del primero se consideraban como “una expresión legítima”, una invitación a la reflexión, mientras las críticas del secretario del PCE eran tachadas de “interferencia”

Para gran parte de sus críticos de *izquierda*, el eurocomunismo se explicaba relacionando algunos aspectos de la política típicamente pequeño-burguesa (como el reformismo, el *gradualismo*...) con otros presentes en las sociedades de Europa occidental (el nacionalismo, la crítica del internacionalismo proletario, la aparición de algunos síntomas antisoviéticos...), confluyendo estas tendencias en el proyecto eurocomunista, reformista y crítico a la vez.

Siempre desde posiciones de izquierda, se cuestionaba la novedad del eurocomunismo, argumentando que sus tesis podían remontar a la socialdemocracia (como veremos detalladamente a continuación) o a la experiencia de los Frentes populares de los años treinta, considerándolos como sus antecedentes. Para estos, el eurocomunismo no representaba nada novedoso o sensacional, en cuanto se limitaba a “reactualizar” las consignas del pasado envueltas en una dialéctica moderna y mayormente atractiva; incluso algunos argumentaban irónicamente que el eurocomunismo había “redescubierto” antiguas ideas socialistas, ripresentándolas sin siquiera ser consciente de ello. Algunos recordaban a los eurocomunistas las palabras de Eugen Fried, representante de la Internacional comunista después de Thorez: “Frente popular para el pan, la paz, la libertad”.

Y en la misma dirección, Francisco Díez del Corral apuntaba: “en rigor, el eurocomunismo no hace más que desarrollar hasta sus últimas consecuencias la política interclasista, evolucionista y electoral que el frentismo inauguraba. Es, pues, su heredero, aunque al parecer sus progenitores no vean al descendiente con muy buenos ojos”, subrayando que este proyecto “nace de la estrategia centrista de ayer”. Pero añadía una idea bastante curiosa: “Aunque heredero directo de la concepción frentista, el eurocomunismo es a ésta lo que el neocapitalismo es al capitalismo anterior. Implica, pues, un salto cualitativo”, motivando eso por el hecho que, a diferencia de la estrategia

---

<sup>868</sup> El artículo apareció primero en el diario de Budapest *Nepszabadsag* y luego, un extracto de ello fue publicado en el *Pravda*, bajo el título “Nuestras discusiones y nuestra unidad”.

frentista, el eurocomunismo consideraba la democracia “no ya como una vía al socialismo, sino como marco de éste”<sup>869</sup>.

Los partidos socialistas europeos criticaron el eurocomunismo. En noviembre de 1976, al tomar posesión de la presidencia de la Internacional socialista, el alemán Willy Brandt describía al eurocomunismo como “un fenómeno vago y ambiguo”, añadiendo, sin embargo que “no se puede ver todavía claramente si se trata de una táctica de captación de poder o de una evolución auténtica, pero ciertamente algunos partidos comunistas se han embarcado en aventura de la democracia política”. Posteriormente, a pesar de considerarlo un “fenómeno importante”, Brandt dudaba de “la existencia de un verdadero eurocomunismo”, afirmando que “eurocomunismo no es un término adecuado, ya que conduce a interpretaciones confusas”<sup>870</sup>.

En una entrevista, Jacques Chirac sostenía que más de una táctica, se trataba más de bien de un intento de engañar al electorado, una ficción para alcanzar el poder: “si tratta di un fenomeno che è, essenzialmente, soltanto messinscena. I partiti comunista dell'Europa Occidentale cercano di seguire una strategia che permetta loro alla fine di prendere il potere. L'eurocomunismo è una scommessa, che essi vorrebbero farci accettare, sulla capacità del comunismo di riformarsi (...). È una questione di tattica. Adottano una nuova vernice, destinata a creare illusioni su un modello ideologico che ha più di un secolo di vita e che è disadatto alle esigenze delle società industriali. L'eurocomunismo è perciò un pericolo, contro il quale dobbiamo agire”<sup>871</sup>.

Desde el Partido Socialista y Obrero Español también se llevaron muchas voces críticas. Entre ellas, Alfonso Guerra que consideraba que “la experiencia comunista ha inventado una terminología, un lenguaje de ofertas y promesas a la sociedad conocida como ‘eurocomunismo’; a mi juicio, éste no es otra cosa que la experiencia socialdemócrata de hace treinta años, con la diferencia de que hoy la democracia está en el camino de vuelta de este viaje, mientras que el eurocomunismo está en viaje de ida. Quiero decir que la propuesta llega con treinta años de retraso y que no es más que la expresión más clara, del acuerdo entre las clases dominantes y un sector del proletariado dirigido por un partido dispuesto a contratar la tranquilidad a cambio del acceso a aquellos sectores de poder desde los que pueda dominar la infraestructura política e

---

<sup>869</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 64 y 66.

<sup>870</sup> “Willy Brandt duda del eurocomunismo”, *La Región*, 5 de abril de 1977.

<sup>871</sup> Entrevista a Jacques Chirac publicada en el *Newsweek* el 20 de junio de 1977 y recogida en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realta?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 18-19.

institucional (...). El comunismo en España (...) no tiene ninguna credibilidad entre la población. Esta falta de credibilidad lleva a los comunistas españoles a caminar hacia el eurocomunismo con mayor decisión que en Italia”<sup>872</sup>. Por su parte, Felipe González cuestionaba la adhesión del Eurocomunismo al sistema democrático: “pues, si la ruptura eurocomunista tiene carácter fundacional, como lo tuvo la disolución de la ‘Segunda Internacional Socialista’ que separó a los socialdemócratas de los comunistas, porque siguen usando internamente como modo de organización el “centralismo democrático”, que no se considera democrático”.

Para Roger Garaudy, ex miembro del Partido Comunista francés y crítico del abandono de la “ideología clásica”, se trataba de un cambio táctico y oportunista, que, pero, no satisfacía la militancia: “si se suma a toda la gente descontenta del país, se puede ganar una elección pero no se podrá gobernar”. El filósofo francés, expulsado en 1970 del PCF por sus ideas, era bastante escéptico, considerando que “el eurocomunismo es simplemente un ‘hilo rojo’: el ‘rechazo del sistema soviético’. Todo lo demás está por hacer: hace falta aún mucho tiempo, incluso por las mismas contradicciones que se advierten en el área latina. El riesgo es que el proceso se agote en el pragmatismo político”<sup>873</sup>. Esta frase me parece particularmente acertada e incluso clarividente, ya que como finalmente, fue, el exceso de pragmatismo hizo que los promotores del proyecto antepusieran la “praxis” a la teoría”.

Mientras, según Michel Rocard, miembro del secretariado del Partido Socialista francés: “Eurocomunismo no quiere decir nada, o si quiere decir algo, es algo muy limitado: simplemente la comprobación de que para muchos partidos comunistas, especialmente para los tres principales de Europa occidental, la relación con Moscú ya no es una relación de disciplina y obediencia. Es una relación de antigua amistad...”<sup>874</sup>.

Y, finalmente, como cabía esperar, muchas fueron también las críticas de los exponentes de la derecha mundial (Kissinger, Chirac, Leopoldo Calvo-Sotelo), que acusaron al eurocomunismo de representar “un lobo disfrazado de piel de cordero”, para indicar que este fenómeno no era más que un “nuevo barniz”, por usar palabras de Chirac, para remozar un modelo ideológico anticuado. Por eso, le consideraron un enemigo enmascarado, “una táctica de diversión de los soviéticos”, un peligro encubierto y que, por lo tanto, debe ser tratado con la máxima alerta y desconfianza.

---

<sup>872</sup> “Socialismo y eurocomunismo” (Debate Norberto Bobbio - Alfonso Guerra), *Sistema* número 22, enero de 1978, pág. 99.

<sup>873</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 27.

<sup>874</sup> Entrevista a Michel Rocard de France-Inter, 3 de marzo de 1977.

Para José Luis Álvarez Álvarez, entonces alcalde de Madrid, “el PCE ha tenido que inventar, de puro impresentable que era para los europeos el modelo de sociedad Comunista, una nueva teoría: el Eurocomunismo, que intenta conciliar lo inconciliable”. Curioso y al cuanto paradójico resulta que esta visión resultó compartida por algunos militantes comunistas tradicionales, que consideraron el nuevo movimiento como un “cambio de fachada oportunista”, en vísperas de la “momentos mejores”. Muchos periódicos de derecha sostenían que el Eurocomunismo no era una ideología sino una táctica, alimentando la desconfianza acerca de este proyecto, considerándolo el “antifaz del comunismo clásico”; o afirmaban que se trataba de “un nuevo producto de una ambición electoral”, “un puro cálculo táctico destinado a coger en la trampa a los electores”. En general, el bloque capitalista sacó a relucir el arsenal de argumentos acerca de la inmutabilidad del comunismo, con su carácter perverso y malvado. Desconfiaban sobre la posibilidad de estos partidos de poderse de alejarse de la égida moscovita, considerando el recurso a la democracia y al pluralismo como “pura táctica para ganar audiencia, fortalecer sus posiciones y, finalmente, mejor preparar el golpe final”.

### **11.6 ¿Eurocomunismo es igual a la socialdemocracia? Las diferencias con la socialdemocracia**

Otra de las críticas más frecuente al proyecto era la comparativa entre la socialdemocracia y el eurocomunismo, considerando este último como una variante, una “burda imitación”. Los más críticos argumentaban que, más que representar la búsqueda de una tercera vía entre socialdemocracia y estalinismo, el eurocomunismo evolucionaba hacia una nueva variante de una socialdemocracia degenerada o que, en el mejor de los casos, representaba “la socialdemocracia del futuro”. No obstante algunos sostenían que “la idea es crear una tercera vía entre la socialdemocracia y el socialismo real; el único resultado práctico es, sin embargo, la pérdida de la identidad simbólica original del comunismo”<sup>875</sup>.

La representación del eurocomunismo como tercera vía no convencía a muchos y generó encendidas críticas de cuantos consideraban que de comunismo había “uno y uno solo” y otros que exhortaban el proyecto a mayor claridad, aclarando los términos. Entre tantas, escribía Bobbio metafóricamente: “el comentario más ingenioso sobre la

---

<sup>875</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 182.

tercera vía lo leí en una carta a L'Espresso hace algún tiempo. En ella se hablaba (cito de memoria) de una princesa caprichosa que a toda costa quería un unicornio para el serrallo real. En vano un anciano padre se dedicó a explicarle que existía el león, animal feroz y terrible, y el caballo, animal bello y tierno, pero un animal que tuviera la cabeza de león y cola de caballo nunca había existido. Obstinada, la princesa trató de conjugar a los dos animales hasta que el caballo fue despedazado por el león". Y añadía: "creo que tenía razón el padre de la princesa caprichosa cuando sostenía que el unicornio no existe, y que se trata de elegir entre el león y el caballo. Personalmente, prefiero el caballo"<sup>876</sup>.

El temor a ser comparados constantemente a la socialdemocracia, incluso de forma despectiva o reduciéndole a una "vulgar imitación", llevaba a los eurocomunistas a intentar marcar distancia firmemente de ella, al punto de cuestionar el modelo histórico nacido de la socialdemocracia a la vez que se reconocían los méritos de la revolución bolchevique.

La mayoría de los críticos afirmaban que la estrategia del desgaste de Kautsky no se diferenciaba de la propuesta por el eurocomunismo. Brevemente, sin alejarnos de nuestra investigación, podemos afirmar que el *desgaste* de Kautsky pasaba por la consecución de la mayoría en el Parlamento, sin descartar del todo la posibilidad de un choque frontal con la burguesía, siempre y cuando el proletariado hubiera alcanzado un nivel de fuerza suficiente para enfrentarse a ella. El socialdemócrata hablaba de dominio del proletariado, de preservación de la democracia política, de limitado uso de la violencia (solo en respuesta a las agresiones reaccionarias) y la ampliación del consenso social como paso necesario para avanzar hacia el socialismo.

Aunque es cierto que hubo alguna similitudes, como veremos a continuación, merece la pena subrayar que divergencias y diferencias debida al punto de partida, a la experiencia histórica y al método. Ambas corrientes consideran el socialismo como algo ineluctable e ineludible, pero diferían los caminos: por un lado, los socialdemócratas creían en el determinismo económico y por lo tanto, esperaban, pacientemente y pasivamente, la transformación y llegada del socialismo. Por otro lado, los eurocomunistas subrayaban la importancia de establecer alianzas para realizar el progreso social que conllevaría la transformación del socialismo en un sistema mundial. Se trataba de cambiar la correlación de fuerzas a favor del socialismo, considerando la adquisición de la fuerza

---

<sup>876</sup> Bobbio, Norberto: *Las ideologías y el poder en crisis*, Ariel, Barcelona, 1988, pág. 141 y 145.

numérica a través de estas alianzas –constituyendo una fuerza hegemónica– como necesaria para alcanzar el socialismo. Por eso, mientras unos creían en una “constante proletarización de la sociedad” como fenómeno natural e imparable, los otros consideraban necesaria la creación de un polo agrupado en torno al proletariado como motor de cambio.

Diferente también era la valoración de la Revolución de Octubre: mientras los socialdemócratas cuestionaban su valor y la criticaban en cuanto “contraria a los principios del socialismo”, para los eurocomunistas representaba uno de los momentos más importantes en la historia del comunismo, el punto de ruptura con el capitalismo y de partida de la vía democrática al socialismo.

Merece la pena subrayar que tanto la socialdemocracia como el eurocomunismo descartaban el recurso a la revolución por el temor de sus consecuencias (crisis bélica, guerra civil, consecuencias incalculables...). Eran partidos revolucionarios que ya no apostaban por la revolución y se decantaban por alcanzar el poder a través de la vía democrática, parlamentaria y pacífica. Parecido resultaba también el discurso sobre la naturaleza del Estado: se abandonaba la idea del Estado como “instrumento de la clase dominante para preservar su poder sobre la clase dominada” y se consideraba como una estructura compleja que podía ser transformada *desde dentro*, participando al juego democrático parlamentario y realizando, a la vez, reformas-luchas sociales. En consideración de la nueva teoría, “no hace falta pues plantear la lucha en términos de revolución contra el capitalismo, sino únicamente ir controlando al Estado que, para el *eurocomunismo*, es el aparato a domesticar ya que la oposición no es de clases y ha sido sustituida por el enfrentamiento Estado-sociedad”<sup>877</sup>.

Entre los más críticos de la “socialdemocratización” del eurocomunismo se encuentra e ya citado Ernest Mandel, que, en sus escritos, comparaba este fenómeno político con el actitud de la SPD, el partido socialdemócrata alemán, sobre todo por la etapa anterior a la primera guerra mundial cuando se declaraba “marxista y revolucionaria en teoría”, reformista en la práctica. Muy brevemente: aludía al momento en que dentro del partido, se abrió una confrontación-debate entre el revisionismo de Bernstein (quien buscaba la manera de articular una teoría adecuada a la práctica) y el centrismo de Kautsky, que se situaba entre la vía insurreccional y el reformismo. Bernstein, amigo y discípulo de Engels, defendía el liberalismo como sistema abierto que permitía acceder

---

<sup>877</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni Eurocomunismo ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 80.

en el poder a través de sus mecanismos, negando la teoría del “derrumbe” y apostando por la “ampliación continua de las libertades democráticas”. Kautsky era un teórico que tuvo el mérito de acomodar la teoría a la práctica, postulando un partido democrático capaz de realizar reformas sociales. Por eso, Kautsky hablaba de una socialdemocracia que se movía en este ámbito, aspirando a la mejoría, prefiriendo las reformas a la revolución.

Poniendo el acento en las analogías entre estas teorías y el movimiento de eurocomunista, Mandel negaba la presunta novedad del eurocomunismo, considerando Kautsky (y la “estrategia de desgaste”, *Ermattungsstrategie*<sup>878</sup>) y Ebert y Scheidemann (la “táctica probada duraderamente”) como precursores históricos de la estrategia eurocomunista. El economista marxista comparaba la postura eurocomunista con la de la socialdemocracia, resaltando que ambas corrientes cometían del mismo error, pecaban de la misma debilidad: integrarse en la estática sociedad capitalista, perdiendo la propulsora fuerza de transformación y sus mismas identidades. Para Mandel, tanto el eurocomunismo como la socialdemocracia, terminarían por defender al orden burgués, debilitando al movimiento obrero, fatigándole y postrándole. En su visión, el error del eurocomunismo consistió “en sus más graves fallos en el análisis de las relaciones de clase en la sociedad capitalista industrializada y de su dinámica, en su incompreensión del carácter estructural de las relaciones de dominación burguesas, que no pueden ser abolidas gradualmente”<sup>879</sup>.

El economista belga resaltaba el paralelismo y subrayaba la analogía entre la evolución de la socialdemocracia de los años 1910-1930 y la del PCF y el PCI en sus escritos eurocomunistas. El autor argumentaba que se asistía a una “*socialdemocratización gradual* de los partidos comunistas de Europa occidental y que “los límites, todavía no franqueados hoy, del proceso de socialdemocratización gradual de los partidos comunistas de Europa, se explican fundamentalmente en base a los intereses propios, políticos o materiales, del enorme aparato burocrático de esos partidos. Su existencia está ligada a su *identidad específica*, y esta identidad, a su vez, depende estrechamente de su ‘relación específica’ con el ‘campo socialista’ (...) Si el proceso de socialdemocratización llegará a su ‘triste término’, ya nada justificaría la existencia

---

<sup>878</sup> Formulada en el artículo “Was nun?” (¿qué hacer?) en *Die Neue Zeit*, de 8 de abril de 1910, año 28, vol.2. En el artículo se diferenciaba la estrategia de asalto (*niederwerfungsstrategie*) de la de desgaste, declarando el autor su preferencia para esta segunda opción.

<sup>879</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 155.



específica de esos PC frente a la socialdemocracia”<sup>880</sup>. Sobre el abandono de la dictadura del proletariado, afirmaba que “los PC reformistas han repetido, a este respecto, el proceso de revisión del marxismo iniciado por los socialdemócratas a principios del siglo (...) ¿Abjurar de la dictadura del proletariado para conseguir tres carteras? ¡Un negocio excelente!”, añadiendo: “cuanto más realicen los PC su reclutamientos sobre bases reformistas, tanto más se reduce la diferencia ideológica con la socialdemocracia”<sup>881</sup>.

En una conferencia en la Facultad de Ciencias económicas de Valencia, con motivo del LX aniversario de la Revolución de Octubre, el economista trotskista afirmó que el Eurocomunismo puede situarse entre “Largo Caballero y Prieto”, suscitando las sonrisas del público.

Y concluyendo con las críticas de Mandel, en unas declaraciones publicadas en el *Viejo Topo* en diciembre de 1976, afirmaba: “el eurocomunismo es una política de transición, aunque nadie sabe hacia dónde o hacia qué. Quizá represente una transición hacia la reabsorción de los partidos comunistas por parte de la socialdemocracia, cosa en mi opinión poco probable, pero no totalmente excluible. Quizá sea una transición hacia un nuevo estalinismo. Y también, ¿por qué no? puede ser una transición, por parte de los cuadros obreros del Partido, hacia un reencuentro con el marxismo revolucionario, con el leninismo. La lucha política y la experiencia práctica nos dirán qué es lo que va a ocurrir”.

En este filón, merece subrayar las dudas del profesor y político italiano Massimo L. Salvadori, que, tras la premisa que “el presente nunca es la copia del pasado”, mostraba su duda acerca de las diferencias entre el eurocomunismo del presente y la socialdemocracia del pasado: “ma certo mi pare si debba sottolineare come l’abbandono della dottrina della dittatura del proletariato, la critica del modello sovietico, la rivendicazione del nesso fra democrazia e socialismo sul fondamento sostanziale dell’eredità di alcuni valori dello stesso liberalismo fatti propri dalle masse lavoratrici nelle loro lotte per la democrazia, la critica del parlamentarismo che non parte da una prospettiva di superamento ma di allargamento delle basi democratiche, ricollochino il movimento comunista nella prospettiva che era stata propria della socialdemocrazia alla Kautsky. È comprensibile che l’ombra di Kautsky sia fastidiosa e imbarazzante (...) [nel

---

<sup>880</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 47.

<sup>881</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 64.

momento che] quell'ombra diventa tanto più dominante nell'impostazione teorica quanto più si cerca di esorcizzarla verbalmente”<sup>882</sup>.

En este encendido debate, según varios analistas la diferencia entre el eurocomunismo y la socialdemocracia residía en el hecho que, mientras los segundos habían renunciado a la idea de quebrar la hegemonía burguesa, el proyecto eurocomunista seguía proponiéndose su ruptura. Algunos sostenían que el eurocomunismo daba la impresión de “imitar la táctica, mientras, refutaba la estrategia” de la socialdemocracia.

Para Ramón García Cotarelo<sup>883</sup>, esta idea sería falaz, acusando al eurocomunismo de alejarse del marxismo y criticando la idea que el eurocomunismo en realidad no buscaba la manera para superar el modelo de producción capitalista. Y arremetía críticamente contra el eurocomunismo afirmando que: “el comunismo a pie, despojado de las oriflamas truculentas de la revolución se redujo a la actitud algo balzaciana del viejo contador de votos; y, para subsistir en una realidad que se negaba a cambiar, tuvo que cambiar hasta negarse a sí mismo. Integrado ahora en la vida política que pretendió negar en un principio, se hizo trivial para ser eficaz (...). En la transformación, el comunismo despojado de leninismo, es decir, de su parte más visionaria, iluminada, voluntarista y radical, pasa a llamarse ‘eurocomunismo’, en término que, por su carácter superficial, provoca las iras de eruditos y estudiosos. La determinación locativa, sin embargo, no es casual: ‘euro-comunismo’ reafirma a Europa ante Asia; reafirma la tradición de tolerancia, racionalismo, liberalismo y conformismo frente a sus exactos contrarios a los que, desde Montesquieu, los europeos gustamos de atribuir origen transurálico. El ciclo se ha cerrado”. Por lo tanto, para el autor el gran problema era que, paradójicamente y de forma contradictoria, el eurocomunismo “se hace al mismo tiempo más plausible y más inverosímil”<sup>884</sup>.

José María Maravall sostenía que el eurocomunismo era, en realidad, una defensa camuflada de socialdemocracia, considerando que “la concepción eurocomunista tiende a protegerse detrás del llamado ‘análisis concreto de situaciones concretas’ que puede convertirse en un eufemismo para un oportunismo ideológico-teórico ad hoc” y continuaba: “el insistente ataque de Carrillo a Kautsky se concentra en su opinión de la revolución bolchevique, pero no discute la cuestión central: que la socialdemocracia alemana en su período marxista, creía en el potencial reformista del Estado, concebía la

---

<sup>882</sup> Salvadori, Massimo Luigi: *Eurocomunismo e socialismo sovietico: problemi attuali del PCI e del movimento operaio*, Einaudi, Torino, 1978, pág. XVIII.

<sup>883</sup> “Del marxismo al eurocomunismo”, *Argumentos*, nº 26, septiembre de 1979.

<sup>884</sup> “La crítica al eurocomunismo”, de Ramón García Cotarelo, *El País*, 06 de junio de 1979.

transición hacia el socialismo como sólo posible a través de medios democráticos y pensaba que las concepciones estructurales del capitalismo eventualmente conducirían a un cambio socialista. [Por lo tanto] el eurocomunismo, separado del igualitarismo no democrático, no presenta una alternativa elaborada frente al reformismo socialdemócrata”<sup>885</sup>.

Según Paramio, “el proyecto eurocomunista es en última instancia, y frecuentemente sin que sus propulsores sean plenamente conscientes de ello, el intento de crear un régimen político socialdemócrata en aquellos países que reúnen las condiciones económicas para ello y en los que la clase obrera está fuertemente organizada en el plano político, pero en los que la marginación del partido comunista dentro del sistema político ha bloqueado la formación de una mayoría parlamentaria de izquierda nucleada en torno a uno o varios partidos obreros. Es decir, el proyecto eurocomunista es un intento de acompañar el régimen político con el patrón de acumulación, recuperando el tiempo perdido a causa del mantenimiento de un sector sustancial de la clase obrera en el campo político e ideológico de la tradición de la III Internacional”<sup>886</sup>.

Muchos de los críticos sostenían que en el marco del revisionismo eurocomunista, los partidos de esta tendencia quedarían convertidos en un apéndice de los partidos socialdemócratas, en la oposición o bien incorporados al Gobierno. En el caso de Francia, algunos sostenían que, partiendo de la renuncia de la dictadura del proletariado, iba abandonándose también la idea del papel de vanguardia de la clase obrera con el riesgo de “desembocar en crear una segunda socialdemocracia”.

Los líderes eurocomunistas rechazaban tajantemente esta acusación y sostenían, al contrario que tanto los fracasos de la vía y el “modelo” propuestos por la socialdemocracia como las experiencias dramáticas de los países socialistas ponían de manifiesto la exigencia de buscar nuevas soluciones, una alternativa que ellos postulaban. En sus discursos, los secretarios del PCE, PCF y PCI ponían el acento en el hecho que el eurocomunismo mantenía la voluntad de ir hacia el socialismo y de romper con el capitalismo. En una conversación con el periodista italiano Bernardo Valli, Carrillo explicaba que, respecto al eurocomunismo, la socialdemocracia es “otra cosa, tal como lo demuestra la historia. La socialdemocracia tuvo una actitud hostil respecto a la revolución rusa, y en Alemania ha aplastado los movimientos revolucionarios. Ha

---

<sup>885</sup> Maravall, José María: *La política de la transición*, Taurus, Madrid, 1981, pág. 259-260.

<sup>886</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 110.

colaborado con la burguesía, ha gobernado y no ha cambiado nada de las estructuras sociales, no ha dado ningún paso adelante hacia el socialismo”<sup>887</sup>. Curioso, sin embargo, en la misma conversación, Carrillo afirmaba que “en realidad no existe un eurocomunismo. Existen posiciones comunes referentes a algunos puntos entre los PC que actúan en países capitalistas avanzados”<sup>888</sup>.

Para Berlinguer, la diferencia fundamental estaba en la relación desarrollo-socialismo: para la socialdemocracia europea, la crisis se gobernaba sobre la base de un programa de reformas del Estado social, respondiendo, de forma realista, a las necesidades de los ciudadanos. Pero, según el secretario del PCI: “La difficoltà in cui si sono imbattuti i partiti socialdemocratici sta proprio in ciò: che la loro politica, illudendosi di essere ‘realistica e concreta’, nei fatti è diventata spesso adeguamento alla realtà così come essa è, ed ha portato alla messa in parentesi dell’impegno al cambiamento dell’assetto dato; li ha portati cioè all’offuscamento e alla perdita della propria autonomia ideale e politica dal capitalismo. La nostra ‘diversità’ rispetto alla socialdemocrazia sta nel fatto che a quell’impegno trasformatore e a quell’autonomia ideale e politica, noi comunisti non rinunceremo mai”<sup>889</sup>. Berlinguer consideraba la respuesta socialdemócrata como mecánica y funcional a las necesidades de la sociedad, pero, cometiendo el error de romper su raíz teórica con el socialismo, es decir proponiendo un “nuevo modelo de sociedad con democracia y servicios sociales, pero sin socialismo”. Por otra parte, el secretario del PCI consideraba que la receta eurocomunista contemplaba “más democracia y más socialismo”, un socialismo de nuevo tipo “gramsciano nell’ispirazione e togliattiano nella realizzazione”, donde no sólo no se abandonaba la ética socialista, sino que se fortalecía contra su enemigo de siempre, el capitalismo: “l’etica socialista può rigenerare, riconvertire lo sviluppo distorto. Può trasformare il capitalismo cattivo in un modello economico e politico di tipo socialista e democratico”<sup>890</sup>. Aclaraba en otra entrevista: “nosotros queremos llegar a realizar en el Occidente europeo, una estructura económica social, estatal, no ya capitalista, sino que no copie algunas de las experiencias socialistas hasta ahora realizadas y que, al mismo tiempo, no se reduzca a exhumar experiencias tipo la socialdemócrata”.

---

<sup>887</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 130.

<sup>888</sup> Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977, pág. 127.

<sup>889</sup> “La nostra diversità”, entrevista a Enrico Berlinguer, publicada en *Crítica Marxista*, número 2, de 1981.

<sup>890</sup> “Il confronto con le socialdemocrazie e la ricerca di un nuovo socialismo nell’ultimo Berlinguer” de Fiamma Lussana, en *Studi Storici*, anno 45, aprile-giugno, 2004, pág. 472.

Sin embargo, contra la diferenciación entre el eurocomunismo y la socialdemocracia avanzada por Carrillo en su libro y en sus discursos, se movió Julio Luelmo. El pensador marxista no compartía la idea de Carrillo según la cual la distinción entre estos dos movimientos yacía en el hecho que “aquél no descarta la insurrección como forma de conquista del poder, aunque virtualmente cree improbable la necesidad de acudir a esta vía, puesto que (...) abriga tal seguridad de la eficacia del sufragio, que sólo en casos excepcionales –dice– la burguesía opondrá resistencia y, en todo caso, la resistencia quedará limitada a grupos minoritarios gracias a la política eurocomunista de democratización del aparato del estado”<sup>891</sup>. Según este autor, el argumento básico que Carrillo consideraba diferenciador de las tesis eurocomunistas respecto a la doctrina socialdemócrata era que el eurocomunismo no rechazaba la posibilidad de tener que acudir a la vía insurreccional si la clase dominante oponía resistencia a la actitud suasoria que estaba a la base de la ideología del paso pacífico. Para Luelmo, esto, que se presentaba como una “hipótesis muy remota”, no era verdadero ya que era sabido que una clase social jamás cedería “sin oponer resistencia” como testimoniaban el levantamiento militar fascista de 1936.

En su libro *Eurocomunismo y Estado*, Carrillo afirmaba que “no puede haber ninguna confusión entre *eurocomunismo* y socialdemocracia en el terreno ideológico, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente ‘eurocomunismo’ se propone de *transformar* la sociedad capitalista, no administrarla; elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno. Es decir, se propone desarrollar el proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del *impasse* al que la humanidad es conducida por el modelo de desarrollo capitalista”<sup>892</sup>. Sin embargo, esta afirmación no convenció a Mandel, que como acabamos de citar anteriormente, consideraba el eurocomunismo muy próximo a la socialdemocracia: “observamos que Carrillo no dice *derrocar* al capitalismo, sino *transformarlo*, lo cual implica la transformación progresiva, gradual. Ahora bien, esta es la misma definición que dieron de su estrategia los revisionistas reformistas socialdemócratas antes de 1914, la misma que Kautsky volvió a usar después de 1921. Sin darse cuenta incluso cuando desea desmarcarse de la socialdemocracia de hoy, se

---

<sup>891</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “*Eurocomunismo y Estado*” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 19.

<sup>892</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 132.

refiere al haber teórico de la socialdemocracia clásica. Nunca hemos dicho otra cosa: el proceso de socialdemocratización transforma a unos PC occidentales (y a algunos otros) en partidos socialdemócratas clásicos, no en partido socialdemócratas como el de Helmut Schmidt o el de Wilson-Callaghan”<sup>893</sup>.

En una entrevista a un periódico alemán que sostenía que la frontera entre el eurocomunismo y la socialdemocracia no está bien delimitada, Carrillo argumentó: “Después de Bad Godesberg los socialdemócratas quieren mantener el capitalismo, los eurocomunistas, por el contrario, quieren convertir la sociedad capitalista en una socialista (...). En pasado los marxistas creían que para convertir una sociedad capitalista en una sociedad socialista era necesario destruir el aparato de estado capitalista. Hoy pensamos que sin destruir de golpe este aparato de estado se le puede cambiar de manera democrática”<sup>894</sup>.

Por su parte, en una entrevista en *El País*, Claudín afirmaba que su libro *Eurocomunismo y socialismo* analizaba la estrategia de los partidos eurocomunistas, su “vía democrática al socialismo”, mostrando “cómo se debaten entre la tentación socialdemócrata y la voluntad de encontrar una nueva vía efectiva de avance hacia el socialismo”<sup>895</sup>.

En ocasión de la Cumbre de Madrid, *Triunfo* publicaba un artículo en el que, describiendo los objetivos del Eurocomunismo”, afirmaba “son tan amplios, que apenas difieren de lo que antes se consideraba socialdemocracia”.

En la rueda de prensa posterior a la Cumbre de Madrid, Berlinguer afirmó: “el PCI ha manifestado cuál es su real política y no se presta al juego de los que piden siempre algo más, si se entiende esto como un acercamiento nuestro a posiciones socialdemócratas. Somos un partido comunista distinto en muchos aspectos de los partidos comunistas que están en el poder. Sin embargo, queremos continuar siendo un partido comunista y no un partido socialdemócrata”<sup>896</sup>. Y, en una entrevista, el mismo secretario del PCI subrayaba que la voluntad de contar con mayor independencia de Moscú y el compromiso con un régimen democrático no debían tomarse como el deseo de “transformarnos en socialdemócratas”<sup>897</sup>.

---

<sup>893</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 84.

<sup>894</sup> Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial de Madrid del P.C.E.: *Dossier sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética Tiempos nuevos*, Editorial Crítica, Grupo Grijalbo, Madrid, 1977, pág. 68.

<sup>895</sup> *El País*, 11 de junio de 1977.

<sup>896</sup> *Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977, pág. 19.

<sup>897</sup> *London Times*, 3 de febrero de 1976.

Para Giorgio Napolitano, la “diferencia sustancia es otra: consiste en tener o no tener, realmente, una perspectiva de avance hacia el socialismo y de construcción del socialismo, con todo lo que ello exige en el plano de la elaboración teórica, de tensión ideal, de análisis riguroso de las experiencias de construcción del socialismo y de lucha por el socialismo en el mundo (...). Estoy convencido de que el elemento diferenciador consiste también en la forma de concebir los pasos a dar, en las reformas a llevar a cabo, en la manera, la intensidad en el desarrollo de la democracia, para que todo ello pueda enmarcarse en una línea de avance hacia el socialismo. Para nosotros se trata de dar contenidos siempre nuevos, y cada día más ricos, a la democracia, promoviendo una efectiva participación de las masas en la dirección de la vida económica, social y política, transformando las estructuras económicas y sociales, realizando cambios sustanciales en las relaciones de poder entre las clases”<sup>898</sup>.

---

<sup>898</sup> Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977, pág. 50-51.

## **Capítulo XII: Resultado y balance. Reflexiones personales. Razones del Fracaso**

**12.1 Méritos del Eurocomunismo; 12.2 Las causas de un fracaso: ¿Crónica de un fracaso anunciado?; 12.2.1 El estancamiento del espíritu revolucionario; 12.2.2 El problema del cómo. La falta de una teoría; 12.2.3 ¿Qué tipo de Estado?; 12.2.4 Tipo de partido; 12.2.5 La incompreensión del cambio y la pérdida de la base; 12.2.6 La moderación general; 12.3 La nueva retórica. ¿Los partidos eurocomunistas siguen siendo revolucionarios?; 12.4 Las ambigüedades dialécticas y teóricas; 12.5 Las relaciones con la Unión Soviética; 12.6 El predominio de las estrategias nacionales**

Generalmente, se suele decir que la política es éxito o fracaso y, lamentablemente, el eurocomunismo fracasó. A pesar de eso, es posible reconocer al eurocomunismo algún merito, el haber logrado algún avance en el camino de los partidos comunistas hacia la democracia.

El punto de partida de mi análisis es que fueron muchos los factores que impidieron el éxito de este proyecto político, condenado, por algunos, al fracaso en su misma acta de nacimiento. Las debilidades y limitaciones del eurocomunismo explican en parte su rápido declive: este fenómeno no fue ni comprensivo de todos los casos (el caso japonés o el británico), ni preciso en sus lineamientos teóricos, ni organizado en sus acciones y estrategia política. Ni siquiera fue uniforme la actitud de sus líderes, ni los partidos mostraron adoptar las mismas posiciones. Por eso, representó más bien una protesta inarticulada y forzada contra un comunismo acusado por su carácter dogmático y burocrático, terminando por ser una búsqueda, a tientas y sin un rumbo establecido, de un cierto comunismo nacional y democrático. Fue incapaz de representar algo más de un intento de “rompimiento doctrinal y táctico” de la histórica dependencia respecto de la Unión Soviética.

Como veremos, un elemento importante es representado por el hecho de que el posible avance del eurocomunismo era considerado como amenaza a la estabilidad política de ambas Europas, Oriental y Occidental. Por eso, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética hostigaron su desarrollo y compartían el interés común al oponerse a los movimientos comunistas nacionales de Europa Occidental, obstaculizando su proceso de desarrollo.



La política eurocomunista se insertaba en un discurso de innovación y permanencia, manteniendo una ambigüedad residual respecto a la política soviética. El fracaso de las diferentes políticas propuestas a nivel interno llevaron los partidos comunistas de Italia, España y Francia a un nuevo cambio de estrategia. Pero veamos con orden.

### **12.1 Méritos del Eurocomunismo**

A pesar de su fracaso, objetivamente se deben reconocer algunos méritos al proyecto eurocomunista, tanto dentro de la órbita comunista como en la situación interna de los países donde actuaban los partidos comunistas.

En primer lugar, merece la pena subrayar que, descartada en cuanto imposible una estrategia del tipo de un asalto al Palacio de Invierno o de una Larga Marcha, el eurocomunismo emprendió una reflexión teórica original, aunque poco profunda, adecuada al contexto político y socioeconómico en el que estos partidos actuaban y más apropiada a la sociedad italiana, española y francesa.

Entre los meritos, se debe considerar la reflexión y cuestionamiento de cómo era posible que “la dictadura del proletariado se había convertido en la dictadura sobre el proletariado”. Los partidos eurocomunistas entendieron que la experiencia de la URSS más que un modelo a seguir representaba un camino a evitar. La “aplicación práctica” de la Unión Soviética representa un aviso de posible degeneración, desviación del camino socialista. Por eso se plantearon, aunque no realizaron plenamente, una ruptura traumática pero necesaria. Tras estos planteamientos, optimistamente, se consideró el “primer síntoma de cambio” en un proyecto político articulado, un paso necesario para emprender el “nuevo” camino del socialismo en libertad. Como se vio, no fue así, pero merece reconocerle el valor de “enterrar una vieja noción”, una fórmula política desacreditada y poco atractiva, substituyéndola con la idea de que democracia y socialismo era consustanciales. Los eurocomunistas entendieron que “al socialismo como realización de la democracia, sólo se llega democráticamente”. El eurocomunismo entendió que “la vía democrática hacia el socialismo supone que este nuevo orden social sólo puede alcanzarse con el consenso y el esfuerzo común de la mayoría de la población”.

A pesar de los límites, de los que hablaremos más adelante, el eurocomunismo sirvió para reflexionar sobre el tema de la democracia, de las libertades y del pluralismo dentro del partido. El concepto de dictadura del proletariado resolvía “en teoría, el problema en lo abstracto” sobre qué tipo de régimen implantar. Sin embargo, en la

práctica, “¿seguía resultando un concepto atrayente en los setenta? Frente a unas sociedades modernas, civilizadas, acostumbradas a regímenes democráticos, era evidente que el poder de seducción de una dictadura era prácticamente nulo. Los eurocomunistas entendieron que la sociedad soviética presentaba, “bajo muchos aspectos, unos rasgos que *ningún partido* eurocomunista podría introducir en su propio país en caso derrocamiento del capitalismo. En el lugar de una serie de sólidos dogmas se encuentran hoy, cada vez más interrogantes críticos y una tímida exigencia de discusiones abiertas”<sup>899</sup>. De la misma opinión, Salvadori reconocía el mérito de este valor: “il PCI e gli altri partiti eurocomunisti hanno abbandonato la prospettiva della dittatura del proletariato, hanno elaborato una concezione dell’egemonia che separa quel che nel leninismo e nel gramscismo era unito, cioè egemonia e dittatura, hanno messo al centro il problema della democratizzazione dello Stato parlamentare, di cui vanno spezzati gli involucri burocratici-autoritari”<sup>900</sup>. Y aplaudía el retorno a Gramsci ya que eso permitía comprender que “il sistema sovietico attuale costituisce la negazione non solo dei principi cui si richiamano oggi i partiti eurocomunisti, ma anche dei principi e degli scopi del bolscevismo delle origini”.

Otro merito consistió en el haber introducido en la agenda política, en el orden del día, cuestiones prácticas de la transición al socialismo en sociedades capitalistas. Moviendo de la tradición filosófica del marxismo occidental, estos partidos trataron de realizar un “giro hacia lo concreto”, un análisis más cercano a la realidad. En esta etapa, los miembros de estos partidos se preocuparon por realizar análisis políticos, económicos y sociológicos: no obstante, cabe mencionar que su finalidad era sobre todo práctica, servía para conocer el electorado y buscar la manera para aumentar el propio peso en el poder. Los partidos comunistas de Italia, España y Francia empezaron a comprender que las elecciones se ganaban ofreciendo soluciones a problemas nacionales y que “el voto es el arma suprema del cambio, que permitirá la paulatina democratización del Estado”.<sup>901</sup>

En lo que concierne a las diferentes situaciones internas, la postura del PCI contribuyó a la lucha contra el terrorismo, ya que, por un lado, se opuso a la violencia de las formaciones extraparlamentarias de izquierda, por otro, las aisló, apostando por el valor de la democracia: “La democrazia italiana deve molto –è doveroso dirlo- all’opera posta

<sup>899</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 56.

<sup>900</sup> Salvadori, Massimo Luigi: *Eurocomunismo e socialismo sovietico: problemi attuali del PCI e del movimento operaio*, Torino, Einaudi, 1978, pág. XV y XVI.

<sup>901</sup> Fioravanti, Eduardo: *Ni Eurocomunismo ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 78.

in atto a questo riguardo dal PCI, anche sacrificando legittime aspirazioni di partito nel quadro della politica di solidarietà democratica”<sup>902</sup>. No cabe la menor duda que el PCI desenvolvió un papel muy responsable en los años de plomos italianos, sobre todo si recordamos que gran parte del terrorismo de izquierda se escudaba tras el objetivo de “alcanzar el socialismo”, llevando muchos de los detractores del PCI a asociar la actividad de estas bandas armadas con la ideología del partido, del PCI: “quest’ultimo reagì diventando il partito della legge e dell’ordine e il principale difensore dello Stato italiano”<sup>903</sup>. El partido se distanció de estos grupos, le denegó su apoyo y desanimó su acción, atacándole sobre la utilidad de la acción violenta en el camino hacia el socialismo.

En el caso de España, la postura eurocomunista favoreció la implantación y consolidación del PC en el país, tras la adopción de la democracia como valor irrenunciable en el camino hacia el socialismo, en su discurso y línea política. El PCE eurocomunista pudo ofrecer su contribución al establecimiento y a la consolidación de la democracia, mostrando una postura responsable en algunos momentos críticos como la matanza de los abogados laboristas en Atocha o el tiempo que pasó hasta su legalización. Y en general, “estos partidos consiguieron bajo el signo del eurocomunismo reformas que redundaron en la calidad de vida, en el caso de España implicó llegar a la constitución, reforma de la policía, abolición de la pena de muerte, ilegalización de la discriminación sexual, acceso a métodos anticonceptivos y despenalización moral. Mientras en Italia, supuso un refuerzo de las regiones, mejoras en el urbanismo, alquileres justos, favorecer las viviendas públicas, salud mental, sanidad, legalización del aborto, expansión de servicios, aunque estas medidas fueron, en parte, invalidadas por la corrupción endémica del partido en el poder”<sup>904</sup>. El mismo autor subrayaba que “la moderación de Carrillo, el reconocimiento de la monarquía, el carpetazo dado a la Asamblea constituyente, la aceptación de la continuidad en la judicatura y administración civil, hizo que no pudiese, en condiciones de democracia darse la estrategia eurocomunista en un partido estalinista. Muchos militantes del PCE consideraban al PCI tendría que representar “un espejo” en el que reflejarse”.

---

<sup>902</sup> Chiarante, Giuseppe: *Da Togliatti a D'Alema. La tradizione dei comunisti italiani e le origini del PDS*, Roma-Bari, Laterza, 1996, pág. 150.

<sup>903</sup> Sassoon, Donald: *Cento anni di socialismo*, Roma, Editori riuniti 1997, pág. 680.

<sup>904</sup> Elley, Geoff: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pág. 408.

Por su parte, Sacristán reconocía al eurocomunismo “aciertos de análisis y razonamientos políticos a los que no llegan otras agrupaciones comunistas”, señalando: “el primero es una buena percepción de los hechos y, ante todo, del incumplimiento de la perspectiva revolucionaria que motivó la constitución de la Internacional Comunista en 1919”, advirtiéndole, no obstante, que el abandono de la “voluntad revolucionaria puede ser el punto de partida de una involución hacia la socialdemocracia”. A pesar de este peligro, elogiaba su sinceridad, “dicen abiertamente las consecuencias de su análisis. La buena percepción de la realidad y la expresión veraz de lo que se ve (con independencia de que se infiera de lo visto una perspectiva socialdemócrata) refuerzan a su vez la inserción de los partidos ‘eurocomunistas’ en la realidad social, sobre todo en el proletariado”.

Para Sacristán el eurocomunismo había sensatamente entendido que mientras el capitalismo seguía desarrollándose como modo de producción adecuado para las sociedades industriales, las aspiraciones revolucionarias fracasaban. Asimismo escribía que “el segundo acierto es la práctica de una autocrítica efectiva de la propia tradición”, dando paso a una “reflexión auténtica interesante”. Y por último le atribuía el mérito de “el tercero es el análisis sin prejuicios de las novedades de la estructura social. Posibilitado por la liberación del dogmatismo (sincero o farisaico) de los políticos del Este, ese análisis fresco permite a su vez una búsqueda nueva de alianzas fundadas en la articulación de las clases sociales y sus capas tal como se dan hoy en la sociedad, no en pobres manuales”<sup>905</sup>.

A pesar de sus ásperas críticas, que hemos citado en el anterior capítulo, Mandel reconocía al eurocomunismo algunos méritos como haber profundizado la crisis del estalinismo a través de su crítica del socialismo real y de la sociedad soviética. Sobre este asunto, el trotskista reconocía el valor del libro de Carrillo, como “crítica sistemática de la burocracia soviética y de las formas de poder en la URSS”. Asimismo le reconocía la capacidad de haber hecho “temblar” a la Unión Soviética, que temía del eurocomunismo su posible contagio, de representar un atractivo ejemplo que podía poner en discusión lo statu quo dentro del bloque del Este de Europa. Otro mérito del Eurocomunismo era su defensa del pluralismo político y su aspiración a ampliar las libertades democráticas.

---

<sup>905</sup> “A propósito del ‘Eurocomunismo’, Manuel Sacristán, *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977.

El redescubrimiento de Gramsci representa un mérito del eurocomunismo, ya que su lectura favoreció una visión crítica de cómo se había desarrollado el socialismo en la URSS y de qué posibilidades había en occidente. La expansión teórica y la ductilidad intelectual del marxista italiano sirvieron como estímulo de reflexión, de evaluación crítica, aunque sus palabras frecuentemente fueron utilizadas de forma instrumental. Resultaría excesivo afirmar que “en Gramsci se perfila una resolución completa de las antinomias que atravesaron la historia del pensamiento político socialista (...). En la historia del socialismo italiano, Gramsci representa la superación consciente de la angustia economicista, de la deformación provincialista y del dogmatismo repetitivo”<sup>906</sup>. Sin embargo, el eurocomunismo tenía que entender que el gramscismo no representaba la solución teórica a los problemas de la época y tal vez le faltó objetividad a la hora de interpretar la obra del pensador italiano.

La mayoría de los analistas reconocían que el eurocomunismo representó un viento de cambio “hasta el punto de inquietar a ideólogos soviéticos como Michael Suslov”<sup>907</sup>, en relación a temas como los de las libertades cívicas, la colaboración con los no-comunistas y la subordinación a Moscú”<sup>908</sup>. Los partidos eurocomunistas se dieron cuenta que en aquella fase histórica, marcada por una crisis “no sólo económica, sino ideológica, política y cultural, era necesario formular y presentar un “nueva identidad”, buscar una legitimidad más acorde con los tiempos y la realidad que les rodeaba. Sin embargo, era evidente que esta separación tenía que “seguir mucho más allá”. Aunque muchos analistas y observadores internacionales auguraban una “ruptura formal con Moscú”, nunca fue realmente inminente, predominando la cautela y el temor a perder la propia identidad.

## **12.2 Las causas de un fracaso: ¿Crónica de un fracaso anunciado?**

El eurocomunismo tuvo que enfrentarse con una serie de dificultades que pusieron en peligro su misma supervivencia. Dificultades internas y externas, de diferente peso y consecuencia que, sin embargo, terminaron por perjudicar su desarrollo. El fracaso del eurocomunismo conllevó muchos interrogativos: ¿fracasó porque no había más condiciones que el fracaso? ¿Porqué las condiciones objetivas en que se desarrolló

---

<sup>906</sup> Cerroni, Umberto: *Teoría política y socialismo*, Ediciones Era, México, 1976, pág. 136 y 138.

<sup>907</sup> El Goebbels ruso según los chinos.

<sup>908</sup> McInnes, Neil: *Los partidos comunistas de Europa occidental*, Colección «Ideologías Contemporáneas». Edición, 1976. Título original: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

conducían al fracaso? ¿Mala gestión, sobre todo, del capital electoral? ¿Incapacidad o falta de valor, de atrevimiento? ¿Fracasó porque duró poco o duró poco por su fracaso? No existe una sola causa que explique la crisis y el declive de los partidos comunistas occidentales, aunque, es cierto, que existen factores nacionales que determinan unos rasgos propios a cada experiencia de los diferentes partidos. La suma de causas externas e internas, interrelacionadas entre ellas, situó a estos partidos en una posición de fragilidad y de debilidad, contribuyendo a su declive.

Hubo una serie de factores que, aunque no se le puede considerar determinantes para que este proyecto fracasase, si merece la pena mencionarle ya que fueron importantes y se interrelacionan con otros que analizaremos a continuación. Brevemente. En primer lugar, al proyecto eurocomunista faltó un pensador original, un ideólogo que hubiera podido realizar una reflexión atenta acerca del fenómeno. *Eurocomunismo y Estado*, título muy llamativo, mercantil, representó el único esfuerzo teórico del eurocomunismo y, en sí mismo, era insuficiente: “falta de una ‘intelligentzia’ hispano-comunista se trasluce en el precario basamento teórico en que se ha sustentado el fenómeno”<sup>909</sup>. En el caso de España, se criticó mucho la poca consistencia teórica del PCE: “la larga clandestinidad ha contribuido a perpetuar un rasgo que definiera al movimiento obrero ‘marxista’ en España desde sus orígenes: la precaria formación teórica, lo que no es un problema de brillantez en los informes del Central o referencias eruditas a los clásicos, sino capacidad colectiva –y, por supuesto, también en el grupo dirigente- para elaborar análisis, fundamentar los cambios, racionalizar experiencias todos niveles. No se trata, creemos, de una simple deficiencia superestructural, ya que se encuentra ligada a la *falta de articulación* entre la práctica de los diversos niveles, al desarrollo desigual y compartimentado que caracteriza a la vida de partido y, en definitiva, a que el engarce imprescindible en el eurocomunismo, entre acción democrática formal, en el vértice del partido y el Parlamento, con la democracia de base, la propuesta de integración eficaz del partido en el tejido social, sea víctima de todo tipo de estrangulamiento” Y eso, para Elorza, determinaba “una reflexión insuficiente sobre el socialismo real (...), esa falta de teorización sobre el socialismo real, basada en un aparente compromiso recíproco de no injerencia, ha dejado sentir sus efectos en las reacciones de amplias minorías al

---

<sup>909</sup> Albiac, Gabriel y Sandoval, José y otros: *Debates sobre el eurocomunismo*, SAIDA, Madrid, 1977, pág. 5.

‘antisovietismo’ que creen ver en la dirección. Es un precio pagado en el orden de la cohesión interna del partido”<sup>910</sup>.

En segundo lugar, el rechazo de los eurocomunistas a reconocer el cambio en las sociedades, el salto de cualidad respecto al pasado que proponían. Esta actitud legitimaba la duda, ponía problemas y hacía poner en tela de juicio el éxito de la evolución: “las trabas históricas, mentales y estructurales de los partidos comunistas sólo permitieron una aplicación superficial, muy política (en sentido estricto) de un eurocomunismo de derechas”<sup>911</sup>. Es decir, el distanciamiento de la URSS y la aceptación de la democracia, del juego electoral y parlamentario sobre todo como una manera de ganar espacio, influencia, en los sistemas políticos de Europa occidental”<sup>912</sup>.

En tercer lugar, los cambios se caracterizaron más bien por la lentitud con lo que se fueron realizando, demarcando una especie de camino a zigzag, con frecuentes marchas atrás o matizaciones que quitaban valor al avance propuesto. Tomase como ejemplo la célebre entrevista a Longo en el *Corriere della Sera* del 30 de diciembre de 1977 en defensa del socialismo y reafirmación de la fe leninista. Consecuentemente, el eurocomunismo fue incapaz de adecuar su discurso ideológico a su práctica política, tanto que su comportamiento parecía casi esquizofrénico. La definición ideológica del eurocomunismo representaba un hecho positivo, pero no suficiente para eliminar dudas sobre su verdadera naturaleza. Otro elemento que merece la pena no infravalorar fue fortaleza política y social del sistema capitalista en el occidente desarrollado, tanto que el eurocomunismo terminó por ser un boomerang: en lugar de “errar su golpe” contra la sociedad capitalista, más bien hirió la mano de donde partió. Y eso también fue consecuencia del hecho que el eurocomunismo no supo entender del todo la crisis, que resultó más bien una prematura prueba de fuego que desbarató el sueño eurocomunista, demostrando que a veces los sueños se convierten en pesadillas. Para el eurocomunismo, la crisis de los setenta era, por un lado, una ocasión, una posibilidad pero, por otro, también una “prematura prueba de fuego”, ya que tuvieron que enfrentarse a situaciones que exigían respuestas contundentes, preocuparse para ofrecer respuestas frente a problemas que no había previsto. Los eurocomunistas pecaron de

---

<sup>910</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 107.

<sup>911</sup> Sobre este tema, resultaba particularmente interesante la distinción de A. Gunder Frank en *Cuadernos para el dialogo* (31 de enero de 1978) entre el “eurocomunismo de derecha” de Carrillo y el “eurocomunismo de izquierda” de Claudín o Mandel.

<sup>912</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, 280.

ingenuidad si creían que fuese posible el avance democrático de la sociedad hacia el socialismo en virtud de los mecanismos democráticos elaborados por la oligarquía para mantenerse al mando del Estado y perpetuarse en el poder. Por eso, el eurocomunismo, que quería transformar el sistema capitalista, acabo por ser transformado el mismo.

Desde el punto de vista internacional, nos ocuparemos separadamente de la relación entre eurocomunismo y URSS, pero merece la pena recordar la postura de los Estados Unidos, profundamente crítica respecto al nuevo fenómeno y no dispuesta a permitirle un avance electoral. Los EEUU estaban preocupados no sólo por una alteración del status quo internacional, sino más bien de un posible efecto dómينو en caso de victoria de los comunistas en su vertiente democrática en algún país, baluarte de su defensa (¿Italia? En 1976, el país era descrito “dal consigliere del Presidente per la Sicurezza nazionale come ‘il problema politico potenzialmente più grave che abbiamo in Europa’”<sup>913</sup>). Por eso, intentó favorecer el fracaso de esta aventura política. Es un factor importante sobre todo desde el punto de vista psicológico, ya que la hostilidad norteamericana –en forma de amenazas, aislamiento, represalias económicas- influyó de forma decidida en el fracaso del eurocomunismo. Los partidos eurocomunistas temían una posible intervención –directa o indirecta<sup>914</sup>- estadounidense tal y como pasó en Chile 1973. Tomase como ejemplo de esta hostilidad, las palabras de Kissinger a Areilza en 1976 acerca de la posible legalización del PCE: “no vamos a decir nada si ustedes se empeñan en legalizar el PCE. Pero tampoco les vamos a poner mala cara si lo dejan ustedes sin legalizar unos años más”<sup>915</sup>. O las declaraciones oficiales del Departamento de Estado norteamericano, durante una visita a Washington del

---

<sup>913</sup> Gardner, Richard N.: *Mission: Italy. Gli anni di piombo raccontati dall'ambasciatore americano a Roma, 1977-1981*, Mondadori, Milán, 2004, pág. 8.

<sup>914</sup> Mientras se gestaba y movía su primeros pasos los sucesos de Portugal, irónicamente afirmaba Berlinguer: “i tecnici del golpe che hanno lavorato a Santiago, si trovano ora a Lisbona”. “Incontro con il compagno Kirilenko e con il compagno Zagladin (Berlinguer, Cossutta, Napolitano, Pajetta e Segre) del 24 de marzo 1975”, APC, Estero, 1975, mf 204, 593-594, en Pons, Silvio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Einaudi, Torino, 2006 pág. 54.

<sup>915</sup> Areilza, José María: *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona, Planeta, 1977, pág. 196. Sobre este punto, resulta curiosa la actitud del sucesor de Kissinger, Cyrus Vance, caracterizada por menos animadversión hacia los comunistas y los eurocomunistas y un mayor realismo: en el caso concreto, “el sucesor de Kissinger se mostró partidario de que no se legalizara al PCE hasta después de las primeras elecciones, aunque reconoció que los ‘icebergs es mejor verlos; si son submarinos son más peligrosos”. Con el cambio de inquilino en la Casa Blanca, desde enero de 1977, los Estados Unidos intentaron adoptar “una postura algo más abierta y pragmática hacia la amenaza que representaba el comunismo en Europa occidental a ojos norteamericanos”. Sin embargo, “en enero de 1978, la administración Carter abandonaría esta postura aparentemente acomodaticia hacia el eurocomunismo, adoptando una actitud muy similar a la que venía sosteniendo Kissinger”. Powell, Charles: *El amigo americano, España y Estados Unidos. De la dictadura a la democracia*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2011, pág. 450.



embajador en Roma, Gardner, sobre la posible participación comunista en los gobiernos de Italia y Francia: “non accogliamo con favore tale partecipazione, e anzi vorremmo che l’influenza dei comunisti diminuisse”<sup>916</sup>.

Otro factor “menor” era el temor de la reacción de las fuerzas conservadoras de cada país. Tras la ya citada experiencia chilena, estos partidos temían (y con razón) un posible endurecimiento de las relaciones, un recrudecimiento de las diferencias.

Asimismo, el eurocomunismo despertaba antipatías y ostracismos en los partidos de posicionados a la izquierda ya que consideraban que pudiera suplantar sus programas e incluso quitarle electores: “tanto el sujeto del proyecto (un gran bloque de clases asalariadas) como el método (la vía democrática) como el mismo objetivo (el socialismo en libertad), coincidían con el espacio socialista (...). Todas estas características, unidas a la presencia de militantes comunistas en la Universidad, en el mundo de la cultura, en el resurgir del movimiento obrero, en el dialogo cristiano-marxista, hacían augurar unas expectativas inmensas a los comunistas y parecían no dejar apenas hueco a los socialistas”<sup>917</sup>.

Otro factor fue la las grandes expectativas que creó, la presión general motivada por el deseo de cambio. Y finalmente, la que se llamó “eclipsis histórica del socialismo”, según definición de Salvadori, de la que hablaremos más adelante.

### **12.2.1 El estancamiento del espíritu revolucionario**

En primer lugar, el eurocomunismo pagó el hecho que el impulso, la propulsión de los partidos comunistas en los países de Europa occidental se iba estancando, al punto que se trató de una pérdida de fuerza –y apego- constante. En los países capitalistas, se registraba el agotamiento del impulso nacido de la revolución soviética y el deseo de buscar una solución alternativa. El efecto cansancio-desaliento era provocado por la comprensión de que, a pesar de sus esfuerzos, seguía ocupando posiciones subalternas y la única posibilidad de alcanzar el poder era “por la mínima”, siempre y cuando hubieran aceptado el cambio reformista, el abandono de la revolución y el asunción de una postura moderada. A finales de los setenta, el poder parecía estar “a su alcance, después de su paciente progreso de algunos años más, pero nunca podría ser mucho más de una mayoría mínima, como la que han conseguido los socialdemócratas en otras

---

<sup>916</sup> Gardner, Richard N.: *Mission: Italy. Gli anni di piombo raccontati dall’ambasciatore americano a Roma, 1977-1981*, Mondadori, Milán, 2004, pág. XII.

<sup>917</sup> García-Santesmases, Antonio: *Repensar la izquierda: evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Anthropos, Barcelona, 1993, pág. 28.

partes de Europa. En otras palabras, después de treinta años de constante progreso, cuyas últimas etapas parecían dramáticamente rápidas, los comunistas han alcanzado simplemente el lugar que tenía la izquierda hace años y que hoy tiene en la mayor parte de Europa: una posición que le permitiría gobernar con política moderada, puesto que consiste en una simple y precaria mayoría, pero no con política revolucionaria como solían preconizar los partidos comunistas”<sup>918</sup>. Eso provocó un agotamiento de perspectivas, una crisis de modelos dentro del movimiento socialista.

En este ámbito suelen definirse causas “estructurales o ajenas al control de los partidos” como “la descomposición de la base social y electoral sobre la que se apoyaban los partidos comunistas. Esto es, reducción del tamaño de la clase obrera tradicional y crisis de algunos sectores laborales donde los comunistas estaban especialmente enraizados”<sup>919</sup>. Los partidos comunistas veían su tradicional base electoral reducirse como consecuencia de la pérdida de peso de clase obrera en las sociedades capitalistas y de la grave crisis que golpeaba sobre todo los sectores económicos (minería, industria pesada, siderurgia...) que había sido reserva de votos de los comunistas. Este punto resulta especialmente cierto en el caso de Francia donde la reestructuración económica socavó las tradicionales áreas de fortaleza del PCF.

Una de las principales consecuencias de la pérdida del impulso revolucionario del comunismo fue la apertura de una profunda crisis ideológica, cuya esencia, para algunos, podía “resumirse en la necesidad de elección entre la pureza doctrinal y la unidad doctrinal”<sup>920</sup>. Para Brzezinski, “la insistencia sobre la pureza significaría inevitablemente el fin de la unidad. La unidad, empero, sólo podría ser protegida a costa de la pureza, con la doctrina común diluida en el más bajo denominador común”. Eso se reflejó en la estrategia y táctica adoptada por los partidos eurocomunistas que dieron marcha atrás y pasos adelante, restablecieron algunos puntos de la ortodoxia compartida y propusieron nuevos elementos de reflexión; por la presencia de vacilaciones y titubeos junto con decisiones firmes y avances concretos. Sin embargo, resultado de todo eso fue que “la doctrina comunista no sólo se diluyó, sino que se fragmentó cada vez más, tanto en la teoría como en la práctica. La praxis comunista se

---

<sup>918</sup> McInnes, Neil: Los partidos comunistas de Europa occidental, Colección «Ideologías Contemporáneas». Edición, 1976. Título original: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

<sup>919</sup> Ramiro Fernández, Luis: *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, CIS, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 2004, pág. 4.

<sup>920</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 200.

hundía más y más en el pasado, dando paso a un pragmatismo basado en la centralidad de las condiciones nacionales diversas y específicas. Lo que antaño era considerado universal, era dominado de día en día por lo particular”<sup>921</sup>.

Otro factor que determinó la pérdida del impulso revolucionario fue “el cambio cultural vivido en Occidente que habría acentuado el individualismo a costa de ciertas relaciones sociales entre las que se encontraría la conciencia y la solidaridad de clase. Del mismo modo, las modificaciones en la estructura social con intereses menos centrados en las prioridades económicas o materiales y alejados en sus intereses del discurso clásico de los partidos comunistas; 3. Finalmente, el continuo descrédito del modelo soviético habría contribuido también a la decadencia de los partidos comunistas occidentales”<sup>922</sup>, incluso en los casos de aquellos que (PCI y PCE) habían intentado marcar distancia de la URSS.

Se empezó a notar una *pérdida de perspectiva* de transformación social de los electores de izquierda y, al mismo tiempo, una pérdida de imagen de los partidos comunistas en los sectores más golpeados por la crisis (jóvenes, parados, jubilados...). Por otra parte, aparecían nuevos sujetos, que exprimían nuevas demandas sociales (como la ecología, el feminismo, el pacifismo...) creando nuevos movimientos sociales, ajenos a la tradicional movilización comunista. Los Partidos Comunistas de Europa occidental mostraron su incapacidad a adaptarse los cambios, la ausencia de una respuesta clara a los nuevos retos, mostrando la debilidad del proyecto y condenándole al fracaso.

Los partidos eurocomunistas perdieron su esencia, pasando de la lucha social a la lucha institucional. Algunos críticos afirmaban que con el eurocomunismo, la lucha de clase quedaba “reducida a tan sólo su aspecto político o, mejor dicho, político-parlamentario”. El “abandono de la calle y de las fábricas” sella el desapego de la militancia. El poder de los sindicatos, a los que los PC delegaron el poder y el cuidado de los trabajadores. Estos cambios se le asociaron al eurocomunismo. El PCE y el PCI se alejaron de la llamada “política de masas” en la búsqueda de la manera de acercarse a las instituciones gubernamentales, prefiriendo la vía institucional a las movilizaciones: mientras los militantes y algunos miembros pedían una reforma del partido, empezaban a levantarse voces críticas hacia “una serie de posiciones políticas del partido, por excesivamente tacticistas, pragmáticas; ante una política exclusivamente institucional, parlamentaria,

---

<sup>921</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 200-201.

<sup>922</sup> Ramiro Fernández, Luis: *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, CIS, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 2004, pág. 4.

que abandonaba el trabajo de masas; y sobre todo ante un funcionamiento del partido ‘de arriba abajo’, sin cauces para una discusión verdadera”<sup>923</sup>.

### 12.2.2 El problema del cómo. La falta de una teoría

A pesar de que, para Carrillo, el eurocomunismo demostraba una vez más que “la práctica adelanta corrientemente a la teoría, que ésta es una generalización de aquélla, aunque la práctica adquiere solidez y contenido fundamental cuando la teoría la confirma, le da rigor científico y amplía y aclara su proyección”<sup>924</sup>, una de las principales dificultades de los partidos eurocomunistas consistió en definir la vía democrática al socialismo. Se trataba de algo diferente respecto a la vía insurreccional, a la conquista del poder de forma violenta; sin embargo, como ya hemos visto, pretendía ser diferente también de la socialdemocracia y de su reformismo. Por eso, se utilizó el concepto de *gradualismo revolucionario* para indicar el deseo de transformar la sociedad en el seno del Estado democrático: “deja de ver el paso del capitalismo al socialismo únicamente como el resultado del desarrollo de las fuerzas productivas y de la necesidad de las reformas que objetivamente lo acompañan, en forma mecánica y evolutiva (como sucedía en la evolución reformista), y, en cambio, se confía la transformación de la sociedad y del Estado ante todo a la iniciativa política de los partidos obreros y a la lucha de masas. Hay, por tanto, una diferencia sustancial entre el gradualismo que el PCI introduce en el proceso revolucionario y el gradualismo reformista. Este último es evolutivo, sin rupturas, y acompaña una pretendida atenuación de la lucha de clases y una creciente neutralidad del Estado. En el gradualismo del PCI están bien presentes el carácter de clase del Estado, opuesto al proletariado, y la agudización de la lucha de clases. Su concepción del gradualismo no olvida que, en un punto determinado, se da una ruptura, una crisis profunda de la sociedad”<sup>925</sup>.

Se subrayaba que “en el fondo, era un eslogan bastante popular, pero sin un contenido real. Su utilidad fue dar mayor consistencia a la cooperación entre socialistas y comunistas, reforzar en la izquierda la idea de la democracia, dar a ésta un sesgo más claro hacia la participación popular. Pero carecía de programa económico, y caía por

---

<sup>923</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 182-183.

<sup>924</sup> Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977, pág. 11.

<sup>925</sup> Luciano Gruppi, “Togliatti e la vía italiana al socialismo”, recogido en Máximo Loizu, *¿Qué es el compromiso histórico?*, Avance, Barcelona, 1975, pág. 42.

tanto en las ideas socialdemócratas, o sea, buscaba una mayor preocupación por la igualdad, pero dentro del marco capitalista”<sup>926</sup>.

Sin embargo, no bastaba la pretensión a ser alternativos a los modelos vigentes, a declararse portadores de un modelo nuevo: había que definir en qué consistía esta alternativa, aclarar su programa y el camino a seguir. Por eso una de las causas del fracaso del eurocomunismo fue la ausencia de una fundamentación teórica sólida, que, como hemos visto, favorecía la acusación de tacticismo o pragmatismo.

No fue así y podemos considerar la falta de claridad, de un programa detallado, de una respuesta novedosa frente a una situación difícil como uno de los elementos que perjudicaron el desarrollo de este proyecto político: en diferentes ocasiones, los eurocomunistas declararon su deseo de “solucionar la grave crisis con la construcción de una nueva sociedad”. Sin embargo, pese a ofrecer un listado con los rasgos de esta nueva sociedad (pluralismo, defensa de las libertades, sufragio universal...) a la que anhelaban, su exposición ponía de manifiesto dos puntos débiles: por un lado, no se indicaba el camino a seguir, no había propuestas constructivas, sino una lista de elementos a implementar en el camino hacia el socialismo. Y, por otro lado, esos mismos elementos estaban ya presentes desde hace varias décadas, en la “democracia burguesa” de los “países capitalistas” sin representar la respuesta a la crisis.

El eurocomunismo se mostraba más preocupado de cómo acceder en el poder que de presentar claramente cual iba a ser su forma de gestionarlo: “l’eurocomunismo è troppo condizionato dalle esigenze di conquista del potere per consentire di ritenere che possa conservarsi così come oggi si presenta anche nella fase di gestione del potere. Ecco perchè sono dell’avviso che una delega data al movimento comunista condurrebbe inevitabilmente ad un gravissimo pericolo per la democrazia parlamentare rappresentativa”<sup>927</sup>. Contraddiction paradójica de los partidos comunistas: “un partito che ha saputo elaborare una sofisticata teoria di conquista della società senza completarla con un’adeguata teoria di gestione della società conquistata”<sup>928</sup>.

En esta misma dirección el eurocomunismo apostaba para que el cambio de la sociedad se pudiera realizar dentro del marco democrático sin decir nada sobre el contenido de la

---

<sup>926</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 126.

<sup>927</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 131.

<sup>928</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell'ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, pág. 140-141.

sociedad posterior a tal ruptura. Se presentaron escasas reflexiones sobre el post, qué tipo de sociedad crear, qué política económica alternativa a la postulada por la “nueva derecha”. Era necesario presentar de forma clara el modelo de sociedad y el contenido de la misma posterior a la ruptura con el capitalismo. A contrario, la imagen de sociedad que, a veces presentaban, resultaba confusa, ambigua, mostrando la habitual contradicción: por un lado rechazaban y criticaban los modelos de sociedad (tanto del Este como del Oeste), por otro no eran capaces de presentar de forma inequívoca el modelo de sociedad que querían construir, tanto que para algunos “lo scetticismo di fronte alla democraticità degli Eurocomunisti ha origine –a mio avviso- da due altre differenti considerazioni: la prima concernente il problema dell’aspirazione comunista al potere, la seconda riguardante il problema del ‘centralismo democratico’ in quanto criterio della formazione della volontà politica all’interno del partito”<sup>929</sup>.

Por estas razones, anteriormente hemos hablado de la comparación con la socialdemocracia como uno de las críticas habituales al eurocomunismo: sus planteamientos parecían tan “similares” a los principios socialdemócratas clásicos que en diferentes ocasiones los líderes eurocomunistas intentaban marcar distancia y explicar –no siempre de forma convincente- las diferencias entre las dos propuestas.

Los partidos eurocomunistas parecieron incapaces de poner el necesario acento sobre el desarrollo de nuevas formas de democracia, explicar su “formula” para mejorarla y hacerla más efectiva. Por eso, Claudín afirmaba que “los eurocomunistas plantean la democracia en las fórmulas que tradicionalmente ha tomado la democracia en el marco del capitalismo. Fórmulas necesarias, pero limitadas, que deben ser ampliadas y que deben profundizar la democracia, al tiempo que la radicalicen. Los eurocomunistas en su práctica política no se traducen en una lucha suficientemente consecuente y efectiva”<sup>930</sup>. No se trataba de un problema secundario: “cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también una conquista de las masas populares) con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático”<sup>931</sup>.

---

<sup>929</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 29.

<sup>930</sup> “*Eurocomunismo*”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 92.

<sup>931</sup> Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pág. 313-314.

Sobre este punto, emerge otra de las causas que determinó el fracaso del eurocomunismo: la falta de una respuesta clara –y unánime– de los tres partidos, ya que cada uno desarrolló su postura sobre el tema. El único elemento en común en este caso, fue la falta de exactitud y rigor a la hora de aclarar el nuevo programa político, qué tipo de democracia querían implantar. Como bien argumentaba Claudín, la “necesidad de que el abandono de los “textos sagrados” esté ligado a una elaboración marxista de nuevos planteamientos estratégicos e ideológicos. Por ejemplo (...), la cuestión del tipo de democracia más idóneo para el avance hacia el socialismo (...), se hace necesario un tipo de democracia que articule las conquistas anteriores con nuevas formas de democracia de base, capaz de asegurar la participación real de las grandes masas y no solamente como ha sido característico de la democracia tradicional”<sup>932</sup>.

El problema de la democracia se demostraba muy complejo, tratándose de conciliar los fundamentos de la teoría marxista con la práctica del socialismo real. La paradoja o triste reflexión que Claudín esbozó fue que “con la democracia sola (el proletariado) no puede vencer, no puede convertirse en la clase dominante y marchar hacia la sociedad sin clases, pero sin la democracia aunque parezca vencer es vencido, de su propio seno sale una nueva clase dominante explotadora”<sup>933</sup>.

Los partidos no contestaron a la pregunta acerca de qué tipo de democracia querían construir, presentando más bien una serie de “panaceas tácticas”, una buena voluntad reformista. De hecho, en el PCI no encontramos ninguna respuesta concreta sobre qué tipo de democracia el partido anhelaba, sino un elevado grado de indeterminación. En los diferentes congresos, se subrayaba la necesidad de un proceso gradualista de introducción de “elementos de socialismo”, pero “la cuestión de qué condiciones se requieren para que dichos ‘elementos’ y esa nueva ‘lógica’ se hagan dominantes [respecto a la lógica capitalista], como la cuestión de qué criterios permiten juzgar si se ha entrado ya o no en el socialismo, se pierden en las brumas del ‘compromiso histórico’”<sup>934</sup>.

En el caso del PCF, se considera que la respuesta debería encontrarse en su XXII Congreso cuando se afirmaba: “entre la fase definida por Programa Común y un socialismo con los colores de Francia no hay una muralla: el socialismo será la democracia llevada hasta el fin, es decir, la extensión de la propiedad social, bajo

---

<sup>932</sup> “Azcarate y Claudín discuten sobre el Eurocomunismo”, *Triunfo*, número 701, año XXXI, 3 de julio de 1976, pág. 26-31.

<sup>933</sup> “Democracia y dictadura en Lenin y Kautsky” de Fernando Claudín en *Zona Abierta* n. 8.

<sup>934</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 124.

formas diversas, a todas las grandes unidades, hoy capitalistas, de producción, el comercio y los servicio”<sup>935</sup>. Resultaría difícil encontrar el momento de ruptura y de paso del poder, siendo indeterminado su carácter socialista.

No obstante, incluso la declaración de proclamar el respeto de las libertades generaba desconfianza, no se consideraba “necesariamente una prueba de credibilidad democrática” ya que se recordaba que la Constitución Soviética de 1936, aplicada durante la etapa de Stalin, establecía que “La constitución revoca las restricciones de voto y añade el sufragio universal directo, así como el derecho al trabajo y otros derechos garantizados en la anterior constitución. Además, la constitución reconoce derechos sociales y económicos colectivos, que incluyen el derecho al trabajo, al descanso y esparcimiento, a la protección sanitaria, cuidados de la vejez y enfermedad, a la vivienda, educación y beneficios culturales, la libertad de conciencia, de palabra, de prensa, de reunión y asociación. En la práctica, parte de estos derechos y libertades fueron ejercidos solo por los ciudadanos cuando coincidía con la política del partido, y aun así estaba limitada por las graves persecuciones dentro del partido” Y además, la Constitución, que contó con la colaboración de Nikolái Bujarin y Karl Radek, ambos detenidos en la Gran Purga, contemplaba la elección directa de todos los organismos gubernamentales, y su reorganización dentro de un único y uniforme sistema.

Muchos analistas se limitaron a poner de manifiesto no sólo de contradicciones teóricas del eurocomunismo, sino también “las incoherencias que afectaban a su relación con la práctica política. La contraposición entre una teoría radicalmente anticapitalista y unas políticas de adaptación a la expansión...”<sup>936</sup>. Para Alain Touraine, sociólogo francés, el eurocomunismo no es una estrategia, sino una contradicción: “el Partido Comunista de España -dijo- no tiene ahora ninguna oportunidad de llegar en el poder. Cuanto más cerca se encuentre de ese poder más dura será la contradicción de su origen revolucionario y de toma violenta del poder con la participación en unas instituciones democráticas”<sup>937</sup>.

### 12.2.3 ¿Qué tipo de Estado?

---

<sup>935</sup> Fabre Jean, Hincker François y Sève Lucien: *Les communistes et l'Etat*, Editions Sociales, París, 1977, pág. 210.

<sup>936</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 18.

<sup>937</sup> “Debate sobre eurocomunismo en RNE”, *El País*, 14 de mayo de 1978.



Se trataba de reformar las estructuras del Estado, de la sociedad y de la economía, sin caer en el error de la socialdemocracia, es decir, sin que el sistema “consiga integrarte y convertirte en parte de él”. Como ya hemos indicado a la hora de remarcar las diferencias, según los eurocomunistas, esa fue la tentación-trampa en la que cayó la socialdemocracia: su política respetuosa de los límites y de las reglas impuestas por la dominación burguesa hizo que sus tendencias reformistas se fueran integrando en el sistema. Por eso, los eurocomunistas se preocupaban por diferenciar su acción, criticando constantemente los resultados alcanzados por los socialdemócratas y su táctica reformista, el viejo reformismo, limitado e insuficiente para derrumbar a la sociedad capitalista: “sus reformas no afectaban a las estructuras económicas, sino sólo a ciertos aspectos del nivel de vida de las masas, que en último término facilitaban también el desarrollo capitalista”<sup>938</sup>. Se trataba de un peligro presente en la mente de los eurocomunistas que temían que una “guerra de posiciones” prolongada podía desgastar no solo a los defensores del orden –los capitalistas-, sino también a la clase obrera y eso aunque su acción pudiera resultar eficaz y registrar avance. Advertía Sempere: “Un partido obrero obligado a moverse durante años en el campo burgués se ve sometido a una fuerte presión degenerativa de los propios valores y objetivos, a una presión para que se transforme en un engranaje más del sistema”<sup>939</sup>. Y como hemos indicado anteriormente, Mandel le recordaba los riesgos de una “estrategia de desgaste”.

Por eso, los partidos eurocomunistas se ponían como objetivo modificar el Estado, ya no abatirlo sino transformarlo. Sin embargo se trata de una discusión profunda en la que era necesario aclarar las modificaciones deseadas, los cambios necesarios en el camino hacia el socialismo, precisar como “democratizarlo”.

Anteriormente, citábamos el libro de Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, como un intento de formular una teoría eurocomunista, explicando, de forma insuficiente para muchos, el tipo de Estado que este proyecto anhelaba a construir. El debate sobre el tipo de Estado fue especialmente animado en Italia donde destacó la postura de Bobbio que sostenía la inexistencia de una teoría marxista de Estado. Según el pensador italiano, los teóricos marxistas –entre los cuáles incluir Carrillo puede parecer excesivo, pero que responde a sus ambiciones- siempre han estado más preocupado por el cómo conquistar el poder respecto a cómo gobernar. El pensamiento marxista resultaba preocuparse

---

<sup>938</sup> En el Manifiesto-programa del PCE a la pág. 21.

<sup>939</sup> Joaquim Sempere, “*Eurocomunismo, guerra de posiciones y alternativa de sociedad*”, Nuestra Bandera, N° 97, 1979.

preponderadamente por cómo alcanzar el poder, confiando en la sucesiva extinción del Estado y aparición del comunismo. Consecuencia de su pensamiento es que la teoría política marxista no había investigado suficientemente ni planteado respuesta al problema “de quién gobierna y de cómo se gobierna”. Debido a su fe en la extinción del Estado y superación de toda forma de Gobierno, el marxismo se interesaba en alcanzar el poder y no en la administración de sus instituciones. Bobbio resaltaba los límites del Eurocomunismo en la incapacidad a enfrentarse al problema de las instituciones. Abandonando la conquista violenta del poder con la automática sustitución de un tipo de Estado por otro, el Eurocomunismo tenía que plantear la creación de un modelo de organización política alternativo, que fuera “democrático y socialista” y, a la vez, evitaría los límites del “socialismo real”<sup>940</sup>. El mismo autor subrayaba que, para los eurocomunistas, la relación entre democracia y socialismo podía ser retratada como una relación entre medio y fin, donde se consideraba la democracia como el *único* medio para alcanzar el socialismo: “questa ed altre proposizioni che si vanno enunciando in questi tempi del dibattito politico si prestano ad un primo chiarimento: il rapporto fra democrazia e socialismo è configurato come un rapporto fra mezzo e fine, dove la democrazia svolge la parte del mezzo e il socialismo del fine”<sup>941</sup>.

Por su parte, para Berlinguer, “el concepto de Estado es visto más desde una perspectiva funcional –como órgano de gestión necesario para cualquier tipo de sociedad- que como instrumento institucional de juego de intereses de clase”<sup>942</sup>.

En lo que concierne a la democratización del Estado, no se trataba simplemente de un cambio de personal, de dirigentes, sino de las estructuras mismas del Estado, que tenían que ser modificadas en un sentido democrático, garantizando una mayor intervención del pueblo en las instituciones representativas. Al mismo tiempo, debía estudiarse mecanismo de control sobre la labor de ellas, garantizar la posibilidad de informarse sobre el desarrollo de sus actividades.

#### 12.2.4 Tipo de partido

Los partidos comunistas de Francia, España e Italia en su vertiente eurocomunista, fueron incapaces de cambiar el tipo de partido, alcanzar el “partido de nuevo tipo”

---

<sup>940</sup> AA. VV.: *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, Ed. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1978.

<sup>941</sup> Bobbio, Norberto: *Quale socialismo? Discussione di un'alternativa*, Einaudi, Torino, 1976, pág.104.

<sup>942</sup> Introducción de Antonio Elorza al libro Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 33.

preconizado por Togliatti y ansiado por parte de la militancia. Se trataba de realizar un ajuste del partido conforme a los cambios y a la renovación política prometida con el proyecto eurocomunista. Se trataba de una revisión profunda de las estructuras y del funcionamiento del partido, moviendo de la idea que el “centralismo democrático” representaba un límite al desarrollo del partido, un freno a su mejora. Se trataba de superar la escisión entre el cambio en las propuestas políticas y la perseverancia en perpetrar una estructura del partido, entre la renovación de la estrategia y el inmovilismo en la organización. Se trataba de “la construcción de un partido eurocomunista, capaz de ejercer una acción eficaz, hegemónica, en la sociedad civil, apoyándose en una nueva relación interna dirigentes-miembros, adecuando el funcionamiento orgánico a todos los niveles al contexto democrático, e incluso a la composición plurinacional del Estado”<sup>943</sup>. La apertura hacia la democracia no podía limitarse a la retórica, sino que tenía que conllevar una transformación interna de la vida de los partidos, eliminando la “rigidez burocrática” heredada de la etapa estaliniana. Se trataba de renovar en el fondo la estructura y no limitarse a apoyar una política eurocomunista en el “partido de siempre”, sin ajustarse a la fase histórica que estaba viviendo, sin reflexionar sobre los errores cometidos y un pasado incómodo.

Estos partidos mostraron su incapacidad a adaptarse a una realidad cambiante, en transformación. Mientras Carrillo seguía con la idea de un partido centralista y jerárquico, el grupo de los renovadores sostenían la necesidad de “tener un partido capaz de impulsar, sin manipulación, respetando su independencia y su espacio propio, a las masas, capaz de crear consenso (...), de fomentar una nueva forma de hacer política a todos los niveles, no sólo con respecto al Estado, sino una forma de hacer política que tiende a crear un extenso entramado democrático...”<sup>944</sup>. Se trataba de superar la idea de “vanguardia exclusiva y excluyente del proletariado” modificando el partido a través de una democratización interna, debates dentro del mismo y con otras fuerzas políticas, superando la idea que el partido “era depositario de la Verdad absoluta” o un “partido puramente pragmático”, preocupado, principalmente, por los resultados electorales. Para Azcárate, el PCE debía construir “un partido que tenga una gran riqueza de libertad y discusión interna (...) un partido de masas [que agrupe] en su seno diversas corrientes culturales, diversas concepciones sobre una serie de

---

<sup>943</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 107-108.

<sup>944</sup> “Crear un partido de nuevo tipo” de Manuel Azcárate, en *Nuestra Bandera*, número 96, 1978, pág. 12.

problemas...”<sup>945</sup>. Otras exponentes de los eurorrenovadores afirmaba: “lo que nos hace falta es un partido con una nueva capacidad de reflexión, de crítica y de participación colectiva”<sup>946</sup>.

Como ya hemos apuntado anteriormente, los partidos eurocomunistas fueron incapaces de entender que las grandes masas “pedían” al partido un papel mayor en las decisiones tácticas, exigían más participación en la elaboración de la política: en fin, requerían instrumentos de acción nueva y no sólo una nueva estrategia, una “aprobación del eurocomunismo, pero deseo de que se plasmase, no sólo en frases políticas, sino en una renovación del partido, de sus métodos, incluso de sus hombres cuando estos no respondían a las nuevas necesidades”<sup>947</sup>. Aparecían nuevos actores, nuevas ideas: no podía seguir proponiendo un partido tradicional, “fuertemente centralizado y disciplinado”, mientras se defendía el pluralismo ideológico. Hacía falta una nueva concepción del partido, más allá de las circunstancias electorales, capaz de movilizar un electorado desorientado pero deseoso de cambios. Para hacer converger fuerzas diversas, plurales y con intereses diferentes, los partidos eurocomunistas tenían que presentar una estructura más flexible, “realmente” plural y democrática, un partido-movimiento con su identidad y esencia.

Además de la importancia de alcanzar el mayor consenso posible para realizar las transformaciones necesarias en el camino hacia el socialismo, Claudín entendió la necesidad de que la lucha parlamentaria fuera acompañada y/o se apoyase en la lucha de masas: “nada puede evitar lo que hemos llamado *fase de incertidumbre*, de extrema agudización de la lucha de clases, en la que la cuestión del poder –y no sólo del gobierno- se pone en primer plano. Esto quiere decir que la necesidad de que una amplia mayoría expresada por el sufragio universal se manifieste, implica, a su vez, la necesidad de asegurar las condiciones para que esa expresión pueda, en primer lugar realizarse, y en segundo lugar no ser barrida por la violencia armada de los derrotados. Lo cual significa que la lucha parlamentaria y en todas las instancias de la democracia representativa tiene que ser respaldada por la lucha de masas en todas las esferas de la organización social y política, en el seno de los aparatos del Estado, en el sistema de producción, etc.”<sup>948</sup>.

---

<sup>945</sup> *Nuestra Bandera*, Editorial, número 85, de enero de 1977, pág. 6-7.

<sup>946</sup> *Nuestra Bandera*, artículo de Pilar Brabo, número 96, pág. 19.

<sup>947</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 182.

<sup>948</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 143.

Y otro elemento que provocó el alejamiento de la base de la política de los dirigentes fue la pervivencia del centralismo democrático. Sobre el tema ya nos hemos detenido ampliamente en el anterior capítulo. Sin embargo, merece la pena subrayar que la falta de democracia interna puede considerarse como una de las causas responsable del fracaso eurocomunista. La ausencia de democracia interna en los partidos comunistas ponía de manifiesto la diferencia entre la teoría y los buenos propósitos con la dura realidad: en la misma cumbre de Madrid pudo apreciarse la falta de un debate público, la demostración del hábito a la discusión secreta, “por arriba”.

### **12.2.5 La incompreensión del cambio y la pérdida de la base**

A pesar de comprender la aparición de nuevos sujetos sociales, los partidos comunistas de Italia, Francia y España parecían incapaces de articular una respuesta clara y fiable para las exigencias de estos movimientos sociales. Para algunos, aquí estuvo uno de los errores de los eurocomunistas: además “en vez de mirar hacia delante, suele mirar hacia atrás, y buscar la segura solución desempolvando a los clásicos, regresando a las fuentes. Pero esta reactualización de los santos padres de la Revolución tiende a *fetichizarlos*, a hacer de ellos –unos u otros, según el viento de la moda y las exigencias del oportunismo- auténticas panaceas para el tratamiento de situaciones forzosamente diferentes. A congelar sus concepciones en ortodoxia y a olvidar que su valor revolucionario se forjó, justamente, en su heterodoxia respecto a lo que entonces era ortodoxia”<sup>949</sup>.

Por eso en los tres partidos se asistió a una laceración en las relaciones entre la base y la cumbre, los dirigentes de partidos tanto que, en el caso del PCE, se afirmó que a veces se tenía la impresión de que las propuestas eran el fruto de una “política incorporada por el CC pero no asimilada por la base”. Se trataba de una crisis de identidad, pero también de “comunicabilidad”, una dificultad de comunicación entre la base y los dirigentes del partido, que ofrecía la impresión del predominio de las “negociación por arriba”, como si las jerarquías del partido se alejarán de las masas.

Singularmente, en el caso del PCE: “durante el largo periodo de clandestinidad, era inevitable que se produjera una cierta fisura entre el proceso de elaboración teórica de la dirección y el de asimilación de la línea política por parte de los militantes de base. Proceso este último que condujo a una aceptación, puede decirse que unánime, por lo

---

<sup>949</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 162.

que respecta a la directrices de acción política, pero, simultáneamente, a una asimilación parcial y no siempre reflexiva desde el punto de vista teórico”<sup>950</sup>. Sobre la crisis del PCE y la pérdida de afiliados, Azcárate advertía que era, principalmente, debido “a las limitaciones internas del propio partido, a deficiencias políticas y organizativas de nuestro trabajo (...). La desafiliación revela una desconexión del partido con la sociedad, con las masas, ya que un partido eurocomunista que no es capaz de conservar en gran cantidad la vinculación de quienes han estado dispuestos a afiliarse, difícilmente logrará conquistar la de quienes se sitúan en círculos más lejanos de adhesión”<sup>951</sup>.

En Italia, el PCI no fue capaz de entender las exigencias de las masas, signando la fractura entre la base y la dirección. Las intrigas y las tramas con la Democracia Cristiana profundizaron esta separación, crearon la desconfianza de la base hacía una dirección que, como sostenía Ingrao, se mostraba interesada en “permanere in un accordo, che sempre piú si è trasformato in un accordo di vertice, slegato dalla lotta di massa”<sup>952</sup>. La militancia advertía esta distancia, dudando de la credibilidad de un partido que le parecía traicionar el proyecto de transformación de la sociedad: “hace falta por lo tanto un partido ‘diferente’, en el sentido del máximo de apertura a la sociedad, en el sentido de que ofrezca su diversidad al protagonismo social, en el sentido que se esfuerce por repensar su propia cultura, de insertarse más directamente en la problemática de las capas modernas, ese ‘bosque sin explorar’ del que ha hablado Tortorella, un partido, en sustancia, que supere la vieja cultura economista y estatista que fue tanto la de la Segunda como la de la Tercera Internacional”<sup>953</sup>. Pesaba y mucho la fractura entre la base y los dirigentes, una separación que se fue agrandando con el tiempo, llegando a la paradoja de que “il grande problema del comunismo italiano è dunque tutto qui, in questa dialettica fra élite e base militante, dove l’élite deve le sue risorse politiche per metà a una base militante la quale è numerosa, compatta e attiva soprattutto perchè crede in qualcosa in cui l’élite non crede più e, per l’altra metà, le deve a un elettorato il cui consenso è molto influenzato –per vie complicate e non sempre dirette- dalla promessa che quelle credenze sono in via di svincolo”<sup>954</sup>.

---

<sup>950</sup> *Nuestra Bandera*, Editorial, número 92, pág. 1, 1978.

<sup>951</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 332-333.

<sup>952</sup> Amato, Giuliano y Cafagna, Luciano: *Duella a sinistra: socialisti e comunisti nei lunghi anni '70*, Il mulino, Bologna, 1982, pág. 204.

<sup>953</sup> Alfredo Reichlin, *L’Unità*, 4 de diciembre de 1981, pág. 6.

<sup>954</sup> Amato, Giuliano y Cafagna, Luciano: *Duella a sinistra: socialisti e comunisti nei lunghi anni '70*, Il mulino, Bologna, 1982, pág. 220.

Para Azcárate, se trataba de “una crisis de la *forma-partido* en la izquierda europea actual. Los partidos existentes se muestran incapaces de asumir algunos de los problemas nuevos que adquieren creciente importancia; e incapaces asimismo de impulsar, de canalizar, algunas de las energías que están apareciendo, y que pueden ser decisivas para dar una respuesta progresista a la crisis, para abrir caminos hacia soluciones socialistas” y acerca de los objetivos de la izquierda: “no se trata de conservar unos espacios electorales más o menos estables, sino de ensanchar el camino, de lograr un contacto, un engarce, con nuevos sectores, principalmente jóvenes; de poder ir así a la creación de un nuevo bloque histórico; de enfocar soluciones a problemas graves que no admiten esperas infinitas”<sup>955</sup>.

El mismo Berlinguer afirmaba: “Decimos que tendrán más credibilidad y más éxito aquellos, entre los partidos obreros y populares europeos, que demuestren ser portadores de las alternativas más claras y radicales a la compleja situación existente hoy en Europa occidental y en Italia, los que sean capaces de movilizar más fuerzas para alcanzar los objetivos indicados, los que sepan mejor contrarrestar e invertir la marcha actual de las cosas, los que sepan mejor renovarse a sí mismos en relación con las actuales exigencias de avance del movimiento obrero”<sup>956</sup>.

Dentro del PCI y PCE, varios militantes tuvieron conciencia de que tras el eurocomunismo y a causa de su “fracaso”, los partidos podían romperse en pedazos, hasta llevar a la desaparición del Partido. El mismo Claudín avisaba que “si la política eurocomunista no es capaz de contribuir eficazmente (...) a que el avance democrático hacia el socialismo se convierta en realidad tangible; si se revela ante las masas como una simple variante de la gestión socialdemócrata de la crisis capitalista, algunos sectores de estos partidos y de los trabajadores pueden volver la espalda a los dirigentes eurocomunistas”<sup>957</sup>. Así pasó: en Francia, la Unión de la Izquierda quebrantó y eso significó el fracaso de Marchais.

#### **12.2.6 La moderación general**

El eurocomunismo parecía caer en la tentación reformista, tanto que algunos acusaban los partidos comunistas de Italia, España y Francia de formalizar un “retorno al estado del movimiento socialista en Europa occidental a fines del siglo pasado y principio del

---

<sup>955</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 308-309.

<sup>956</sup> Discurso ante el Comité Central del PCI en *L'Unità* de 5 de diciembre de 1981, pág. 17.

<sup>957</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 201.

acutal (...). De ese modo, el secretario del P.C. español, Santiago Carrillo adoptaría la personalidad de Pablo Iglesias, el fundador del socialismo en España; Georges Marchais, secretario del P.C. francés la de León Blum y Enrico Berlinguer, secretario del P.C. italiano, la de Felipe Turati”<sup>958</sup>.

A pesar del “acercamiento” político-ideológico, persistieron algunas de las críticas mutuas: “los italianos siguen considerando a los franceses como excesivamente duros, los franceses entienden que los italianos van a un revisionismo demasiado peligroso; ambos se inquietan de los excesos de apertura de los españoles”<sup>959</sup>.

El problema estuvo en el hecho que, sin una crítica atenta y valiente de los errores del comunismo, la estrategia del Partido siguió apareciendo más como de continuidad que de renovación. No convencía la tesis del “cambiamento nella continuità, cioè la tesi secondo cui le premesse di quanto andavano affermando Berlinguer, Marchais e Carrillo fossero già nella storia dei rispettivi partiti. Certo, c'erano certe premesse, ma esse erano insufficienti a spiegare i cambiamenti politici e ideologici”<sup>960</sup>. Sin una correcta explicación hasta el fondo, sin una aclaración sobre la raíz del cambio y la dirección del mismo, el proceso autocritico permanecía “bloqueado” en un *pseudostoricismo* que intentaba justificar todo, dejando muchas lagunas.

El eurocomunismo no convenía a ninguno de los dos bloques. Tras la publicación del libro de Carrillo, *Eurocomunismo y Estado* y la áspera polémica con *Tiempos Nuevos*, el *The Times* de Londres escribía: “Si el eurocomunismo avanza en Europa occidental, producirá profundos disturbios en la Alianza Occidental y en la política americana. Si avanza en Europa oriental debilitará el dominio de Moscú con potenciales resultados desunificadores”<sup>961</sup>.

El eurocomunismo puso de manifiesto su miedo a osar: “la partita decisiva venne giocata male e con troppa paura di perdere. La qual cosa, quasi sempre, porta appunto alla sconfitta”. Se proponía realizar una penetración indolora en las vísceras de las respectivas sociedades, no obstante, tras una primera etapa de euforia, siguió una de prudencia y una de reconsideración, ofreciendo la impresión de que tanta prudencia era consecuencia del hecho que nunca apostaron por cambios irrevocables. No obstante, frente a la acusación de excesiva moderación, en su defensa y frente a las críticas, en

---

<sup>958</sup> Godio, Julio: *Los nuevos gramscianos*, Colección Cuadernos de Ciencias Sociales, Serie 1, número 10, Universidad de Zulia, 1977, pág. 11 y 12.

<sup>959</sup> “La primavera de Madrid”, *Triunfo* número 737, Año XXXII, 12 de marzo de 1977.

<sup>960</sup> Rizzo, Aldo: *La frontiera dell'eurocomunismo*, Laterza, Roma-Bari, 1977, pág. 215.

<sup>961</sup> *The Times*, 16 de julio de 1977.



diferentes ocasiones, los órganos teóricos de cada partido (*Nuestra Bandera*, *Rinascita*, *L'Humanité*...) expusieron algunas razones que justificaban y explicaban algunos de límites del eurocomunismo, que ya hemos indicado, como el fracaso de la experiencia chilena y su dramática fin determinaban la cautela y el gradualismo, para evitar enfrentamientos, o el peso de la OTAN y los ataques del imperialismo americano o el papel de la URSS, del que hablaremos a continuación.

### **12.3 La nueva retórica. ¿Los partidos eurocomunistas siguen siendo revolucionarios?**

Tras una atenta lectura de los documentos y de las publicaciones de la época, uno de los primeros elementos que se registró, en los discursos de los diferentes partidos eurocomunistas, fue una evolución y un cambio según como avanzaba su estrategia: ya no se ponía tanto énfasis en palabras como revolución, toma de poder, lucha de clases, en ventaja de democracia, libertad, pluralismo. Se trataba de un “reajuste dialéctico-ideológico” que comportaba el abandono de la terminología “dura”, de la más cargada, del marxismo: “accantonata politicamente, la rivoluzione come prospettiva viene mantenuta in vita míticamente (...). Miti nient'affatto necessari alla politica che l'eurocomunismo propone. Contraddittori, anzi. La cui funzione, però, è di *surrogare* la prospettiva della rivoluzione, che la politica dell'eurocomunismo ha cancellato dal suo orizzonte”<sup>962</sup>. Los eurocomunistas insistían en considerarse “dei rivoluzionari ora come prima, seppure in forme e con mezzi diversi dal passato”<sup>963</sup>.

Para algunos, estos cambios significaban el abandono del lenguaje de izquierda, “el progresivo empobrecimiento de la teoría marxista” hacia posiciones reformistas. Con objeto de ampliar la base –según algunos en competencia con los partidos socialistas-, los eurocomunistas consideraban más provechoso asumir una dialéctica cauta y ambigua, que se vendía mejor: eslogan como “no hay socialismo sin democracia”, “donde no hay libertad, no hay socialismo”, “no hay democracia sin socialismo como no hay socialismo sin democracia”, resultaban más atractivos. La definición del socialismo como “la democracia llevada hasta sus últimas consecuencias” parecía un mensaje no solo reconfortante sino interesante. Las renuncias dialécticas y los cambios semánticos fueron motivados por el deseo de eliminar “fórmulas” que podían parecer

---

<sup>962</sup> Flores D'Arcais, Paolo: *La rimozione permanente. Il futuro della sinistra e la critica del comunismo*, Marinetti, 1991, pág. 130.

<sup>963</sup> Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991, pág. 687.

odiosas para los habitantes de una sociedad desarrollada. La palabra dictadura podía horrorizar y presagiar el peor de los futuros. Asimismo, se procedió a convertir a los partidos marxista-leninista en “partidos marxistas, democráticos y revolucionarios”, aunque eso sonaba a oxímoron. Estos cambios marcaban la diferencia entre un partido que sigue considerando la revolución como objetivo principal y otro que sigue manteniendo el vocablo revolución en su discurso político, pero apuesta por los procedimientos reformistas.

No obstante, el caso más emblemático es el del concepto de democracia que, como ya decíamos en la primera parte de esta labor, cobró nuevo valor, evolucionando al punto que se convierte en el eje de los discursos siendo considerado como una conquista de las luchas populares, que debe ser defendida, ampliada. El mismo concepto de revolución sufrió un recorrido accidentado y mientras algunos defendían su valor y su necesidad dialéctica, para otros se convirtió en pura retórica.

Sobre este tema, Del Noce se preguntaba si el eurocomunismo “¿es todavía revolucionario? ¿El ‘compromiso histórico’ es una fase o un sustantivo de la revolución? ¿Este eurocomunismo corresponde al tan cacareado ‘comunismo con rostro humano’ o, por el contrario tiene el poder de reunir en sí, ciertamente bajo la capa del compromiso, tanto los males de la sociedad capitalista como los de la sociedad comunista?” Para contestar a esta pregunta, Del Noce se remontaba a Amadeo Bordiga, “un comunista intransigente”, quien criticaba el gramscismo en la siguiente manera: “al proponer Gramsci -como única posibilidad de éxito del comunismo en Occidente -una guerra de maniobra y de posición en lugar de una guerra de movimientos- sustituía en realidad la ruptura revolucionaria de Lenin con la tesis de una revolución en dos tiempos, de una *revolución sin revolución*”. Por eso Bordiga argumentaba la necesidad primero de la lucha contra el fascismo y luego de la lucha por el poder, contra el capitalismo. Pero “mientras tanto el nuevo capitalismo se ha desenganchado del fascismo y ha sabido servirse de la ‘política de la cultura’ y de los intelectuales para convertir el fascismo en una especie de mal en sí mismo. De este modo, el paso al segundo tiempo de la revolución se hace imposible y la revolución es sustituida por el compromiso”<sup>964</sup>.

En *El País* en los días previos a la cumbre, se preguntaban: “El problema consiste en si se puede ser comunista democrático y a la vez no depender de Moscú. Carrillo ha

---

<sup>964</sup> Del Noce, Augusto: *Italia y el eurocomunismo: una estrategia para occidente*, Ensayos Aldaba, Madrid, 1977, pág. 171-172.

elegido el socialismo pluralista contra el socialismo autoritario, pero romper con Moscú no quiere decir todavía ser democrático. La reticencia de Berlinguer es acaso un noble conato por encontrar un tercer camino entre los socialismos occidentales (laborismo y socialdemocracia escandinava) y el socialismo soviético. El dilema de los partidos del eurocomunismo está en mantenerse políticamente unidos, aunque ideológicamente desunidos; mas es indudable que la URSS no sólo tiene una concepción diversa de la sociedad y del Estado, sino también una política exterior”<sup>965</sup>. Esta era la gran dificultad: salir del dilema socialdemocracia o estalinismo con algunas posibilidades de éxito, consciente del peligro de recaída en la socialdemocracia o en el estalinismo. Tras el marxismo y el leninismo, se trataba de una “tercera etapa del comunismo internacional”, brindándole más relevancia y augurándole un futuro mejor que otras “etapas intermedias” como el ceáquequismo o el titismo.

Compartiendo esta crítica, parecía que perdía importancia y protagonismo la construcción de procesos revolucionario o la creación de condiciones para llegar a ello, siendo la toma del poder el objetivo del eurocomunismo. Para acercarse a él, poder alcanzarlo, los partidos comunistas de Italia, España y Francia parecían dispuestos incluso a renunciar a algunos principios que representaban, ignorando o desdeñando algunos problemas que la teoría y práctica eurocomunista tenían que afrontar como: la necesidad de elaborar un nuevo modelo de democracia socialista y aclarar el tipo de gobierno que presentaban; plantear la superación de la tradicional división del trabajo, nuevas recetas para salir de la crisis; atender y comprender a los nuevos movimientos sociales –no siempre de raíces económica-; replantear la misma idea de revolución, presentando un nuevo proyecto político creíble. El eurocomunismo parecía haber ideologizado su práctica, intentando convertir sus líneas políticas “en instrumentos de racionalización de sus intereses políticos”. Por eso, se llegó a considerar al eurocomunismo como el asunción de una actitud pragmática, alejando la revolución y reevaluando el reformismo, “supeditando su propia doctrina y principios a las necesidades” de alcanzar el poder. Poco le importaba dejar de ser revolucionario, si este paso conllevaba la toma del poder: más que preocuparse por el advenimiento de una nueva sociedad y la consecuente derrota del capitalismo, el objetivo último de la estrategia eurocomunista era la toma del poder. Por eso, se le pedía la presentación de un “proyecto de Estado nuevo”, la revelación de una forma de Estado concreta de la

---

<sup>965</sup> “Berlinguer, ‘invitado’ a la cumbre eurocomunista, de Madrid”, *El País*, 26 de febrero de 1977.

nueva sociedad que proponían implantar. Y en este punto encontramos otro de los límites del eurocomunismo: su incomprensión del capitalismo y la eterna esperanza que pudiera caer “por sí solo”. Los partidos comunistas creyeron que se acercaba el momento en que el capitalismo se derribaba, considerándolo tan “inevitable” como lo era la victoria del socialismo. No entendieron que “el moribundo no muere y más bien en cada aparente recaída vuelve a aparecer y se expande...”<sup>966</sup>. Los partidos eurocomunistas subestimaron la habilidad y la destreza del capitalismo para adaptarse a los cambios, *aggiornarsi* a las nuevas condiciones, al mismo tiempo que sobrevaloraba el socialismo, considerando su triunfo próximo.

En esta polémica, Schaff afirmaba que “los partidos eurocomunistas han eliminado en época reciente estos dos conceptos de sus programas: ya no consideran que la dictadura del proletariado sea la forma del sistema político del estado socialista y han suprimido el leninismo, considerándose actualmente sólo como partidos marxistas”<sup>967</sup>. Para el filósofo marxista polaco se trataba de algo más que una cuestión terminológica, siendo más una “fundamentación del cambio de posiciones” ya que, por un lado, “los partidos eurocomunistas no quieren ninguna dictadura del proletariado, no quieren ninguna dictadura del proletariado *como ésa*” y por otro, cuestionaban la idea de que el leninismo era “una doctrina de validez general obligatoria *en todas partes* y para *todos*”<sup>968</sup>. Con clarividencia, Schaff advertía de la necesidad de introducir un cambio en el movimiento comunista mundial si no la evolución de la situación arrinconaría a estos partidos. Por eso aconsejaba a los partidos comunistas de Italia, Francia y España de “realizar consecuentemente el programa del eurocomunismo, profundizar en su contenido y las conclusiones ligadas a él, llevarlas a la práctica, sin por ello renunciar simultáneamente a una actividad que se fija como objetivo la gradual liberalización y democratización de los modelos existentes de ‘socialismo real’” y añadía que “el eurocomunismo existe, se desarrolla como tendencia y se desarrollará cada vez más intensamente bajo la influencia de la situación objetiva”<sup>969</sup>. Para Schaff representaba la “esperanza más seria de un renacimiento del movimiento comunista (...): se trata de una esperanza, no de una certeza. No se puede tener ésta porque todavía no es seguro que el experimento del eurocomunismo triunfe o sea destruido de una u otra manera. Lo que sí es seguro es que esta última eventualidad sería una tragedia para el movimiento

---

<sup>966</sup> Bobbio, Norberto: *Las ideologías y el poder en crisis*, Ariel, Barcelona, 1988, pág. 126.

<sup>967</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Edición Crítica, Barcelona, 1983, pág. 150.

<sup>968</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Edición Crítica, Barcelona, 1983, pág. 152 y 154.

<sup>969</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Edición Crítica, Barcelona, 1983, pág. 157.

comunista”<sup>970</sup>. En otros de sus escritos, SCAF afirmaba que el socialismo democrático era “revolucionario en el sentido de que se trata de sustituir el régimen capitalista por el socialista”<sup>971</sup>.

#### 12.4 Las ambigüedades dialécticas y teóricas

Durante su vigencia, se solía decir que “los eurocomunistas emprenden una nueva vía sin modelo teórico ni práctico”<sup>972</sup>. No obstante, a la falta de un modelo concreto, se sumaba la ausencia de una doctrina generalizable autónoma y opuesta a la soviética, aunque, según algunos esta era la aspiración última del movimiento<sup>973</sup>. Sin embargo, la falta de una común y palpable identidad ideológica determinó una peligrosa ambigüedad del movimiento y la reflexión acertada de que el eurocomunismo podía “romperse en pedazo” antes de componerse el todo.

Su ambigüedad, su naturaleza “híbrida” representó su punto de fuerza y debilidad a la vez: no molestó URSS tanto de provocar una condena abierta, ni convenció de su efectividad. La extrema cautela hizo que los partidos comunistas de Francia, España e Italia no cruzasen el Rubicón y se enfrentasen con el PCUS. Mantuvieron una indefinición teórica, una ambigüedad dialéctica que, finalmente, fue utilizada por la URSS a su beneficio, ya que se encargó de explotar las contradicciones internas de estos partidos y de detonar las divergencias entre ellos. Moscú se mostraba interesada por acrecentar las divergencias existentes entre los partidos eurocomunistas y en el seno de cada uno de ellos. Por eso, mientras los ataques y las maniobras soviéticas resultaban planificados y urdidos según un cronograma definido, las respuestas de los partidos comunistas de Europa occidental no fue unívoca, cada uno por su lado y según su interés –nacional. Normalmente las respuestas a la ofensiva soviética se realizaban “en orden disperso”, sin conexión o acuerdo previo. En la ya citada entrevista a Carrillo de *Le Monde*, cuando el periodista le preguntó si frente al ataque de *Tiempos Nuevos* iban a realizar una “defensa común”, la respuesta fue tajante: “No, cada uno va a defenderse por su cuenta”<sup>974</sup>.

---

<sup>970</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Edición Crítica, Barcelona, 1983, pág. 157.

<sup>971</sup> Schaff, Adam: *El marxismo a final del siglo*, Ariel, 1994.

<sup>972</sup> Luelmo, Julio y Winston, Henry: “Eurocomunismo y Estado” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional, Akal, Madrid, 1978, pág. 13.

<sup>973</sup> Hobsbawm, “El Eurocomunismo y la larga transición de la Europa capitalista”, en *Argumentos* número 7, diciembre 1977, pág. 59.

<sup>974</sup> *Le Monde*, 28 de junio de 1977.

El tema de la ambigüedad estuvo estrictamente ligado al tema de las relaciones con la URSS, porque en este aspecto era donde se ponía de manifiesto esta indeterminación, esta imprecisión y, tal vez, tergiversación. “El eurocomunismo, en la ambigüedad contradictoria que lo caracteriza, afirma globalmente la universalidad del modelo soviético –‘punto de partida de las transformaciones revolucionarias que conducirán a la humanidad al socialismo’- para negarla en concreto: el modelo soviético ya no serviría a las necesidades de nuestro país”<sup>975</sup>.

Otras afirmaban que “por un lado afirman la consubstancialidad de socialismo, libertad y democracia. Por otro siguen considerando socialista a los regímenes del Este, pero su denuncia de los atentados a la libertad en esos regímenes se amplía cada día y toma dimensiones más genéricas”<sup>976</sup>. Calificarlo de primitivo, como hizo Carrillo, resultaba un “subterfugio” poco creíble ya que se trataba de un movimiento con una historia de sesenta años. Por eso, “la cuestión de si el sistema soviético es o no socialista no afecte sólo a las relaciones de los partidos eurocomunistas con Moscú, sino también a su propia concepción de la transición socialista”<sup>977</sup>.

Desde diferentes partes se le pedía claridad, recurriendo al “silogismo: non esiste socialismo senza democrazia. In Unione Sovietica non vi é democrazia. Dunque in Unione Sovietica non esiste socialismo. Logica formale (...). L’eurocomunismo definisce la democrazia valore universale. Che non tollera, per definizione, eccezioni. Nella sua versione italiana, tuttavia, ritiene che il socialismo sovietico possa farne a meno, restando socialissimo. Una (...) antinomia”<sup>978</sup>.

En el prólogo, al libro de Schaff, Azcárate afirmaba que “una de las causas de la crisis actual del eurocomunismo estriba en su impotencia para superar el techo de unas posiciones políticas de críticas o condenas concretas de hechos negativos de la política soviética: Checoslovaquia ayer, Afganistán en los últimos años” y el autor del libro culpaba al eurocomunismo de no haber sido capaz “de definir una ‘nueva razón de ser’ para los partidos comunistas, una vez reconocido el agotamiento del impulso liberador de la Revolución de 1917”<sup>979</sup>.

---

<sup>975</sup> Sotelo, Ignacio: *El socialismo democrático*, Taurus, Madrid, 1980, pág. 106.

<sup>976</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 71.

<sup>977</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 74-75.

<sup>978</sup> Flores D’Arcais, Paolo: *La rimozione permanente. Il futuro della sinistra e la critica del comunismo*, Marinetti, 1991, pág. 128-129.

<sup>979</sup> Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica, Barcelona, 1983, pág. 16.

El tema de la ambigüedad del eurocomunismo generaba un intenso debate y muchos subrayaban la necesidad de los partidos comunistas de librar el campo de esta duda. En el caso del PCI, Salvadori afirmaba que para confirmar que se trataba de “un gran partido democrático reformador, empeñado en el terreno de la democracia, en la búsqueda de un nuevo camino hacia el socialismo” tenía que “dare una teorizzazione compiuta alla sua scelta democratico-riformatrice e alle critiche al sistema sovietico, che di questa teorizzazione sono oggi forse la componente fondamentale e decisiva”<sup>980</sup>.

Un ejemplo de la ambigüedad del eurocomunismo lo podemos encontrar en un célebre episodio, una entrevista del secretario Enrico Berlinguer al *Corriere della Sera*, el 16 de junio de 1976, en vísperas de las elecciones políticas que se celebraron 4 días más tarde. A la pregunta de Giampaolo Pansa sobre si, en razón de su actitud eurocomunista, temía que pudiera sufrir una suerte parecida a la Dubček, el líder de la Primavera de Praga, Berlinguer contestó, lacónicamente y evasivamente, que Italia pertenecía “a otra área del mundo” [fuera del área definida por el Pacto de Varsovia]. Por eso, el entrevistador le preguntó a quemarropa: “En fin, ¿usted considera que el Pacto Atlántico puede ser un escudo útil para construir el socialismo en la libertad?” La respuesta de Berlinguer resultó sorprendente: “Yo no quiero que Italia salga del Pacto atlántico hasta por esto y no solo, porque nuestra salida trastornaría el equilibrio internacional. Me siento más seguro estando del lado de acá, bajo el paraguas de la OTAN”. Sus declaraciones tuvieron mucho eco internacional, despertando perplejidad, mientras algunos tachaban sus palabras de escandalosas, ya que, para ellos, significaba la admisión que el socialismo podía prosperar mejor bajo el escudo protector de la OTAN<sup>981</sup>. Bien, a los 10 días, en una rueda de prensa en Berlín del Este, con su proverbial calma, afirmó: “un marxista no puede considerar la OTAN como un escudo en la lucha contra el socialismo”<sup>982</sup>. Lo que nos interesa no es tanto la posible contradicción entre una u otra declaración, sino más bien el “jugar a confundir las cartas”. Y el mismo Carrillo declaró a un periódico alemán que no le importaría que las bases de la OTAN siguieran instaladas en España<sup>983</sup>.

---

<sup>980</sup> Salvadori, Massimo Luigi: *Eurocomunismo e socialismo sovietico: problemi attuali del PCI e del movimento operaio*, Torino, Einaudi, 1978, pág. XXIII

<sup>981</sup> Pansa cuenta que, antes de publicarlo, pasó el texto a Berlinguer para su autorización: se lo devolvió sin correcciones.

<sup>982</sup> Rueda de prensa convocada tras la conferencia de Berlín y publicada en el *Giornale nuovo*, el 1 de julio de 1976.

<sup>983</sup> *Der Spiegel*, n. 5, año 1977.

Anteriormente, otra prueba de esta ambigüedad fue en ocasión de la Primavera de Praga, como confesó años más tarde Azcárate: “nuestro gran error, del PCE y también del PCI y de otros partidos en nuestra línea, fue seguir con una táctica de críticas sin ruptura, y no denunciar con toda energía que la Unión Soviética se había convertido, al atacar Checoslovaquia, en un país enemigo. Ello nos hubiese dado mucha más fuerza política y hubiera acelerado algo necesario: la separación de los grupos pro-soviéticos. El primer paso para ello era retirarnos de la conferencia”<sup>984</sup>. La explicación de esta actitud puede que sea que los partidos opositores no abandonaron la Conferencia de Moscú de 1969 por conveniencia económica, oportunismo político pero también por una razón táctica: en este momento, no descartaban una posible “liberalización” del país, una evolución-transformación de la sociedad. Mejor la crítica que la ruptura pura y simple. Estos episodios generaban comentarios del tipo que “l’eurocomunismo giuoca su due scacchiere: da un lato un’apertura vera o presunta –se non addirittura falsa- verso l’ovest e, dall’altro, una ‘non chiusura, una non rottura’ verso l’est”<sup>985</sup>.

En consecuencia de eso, en los diferentes foros en los que se habló de Eurocomunismo, siempre aparecía la misma perplejidad acerca de la credibilidad de un comunismo respetuoso de la democracia: “Fino a che punto ci si può fidare? La riscoperta eurocomunista del valore delle libertà ‘borghesi’ non è troppo strettamente connessa a una prospettiva di ‘egemonia’ che rischia di essere una variante ‘culturalizzata’ del totalitarismo?”<sup>986</sup> Sobre el tema de la credibilidad, se llegó a establecer una tabla, una escala: poco o nula creíble, bastante creíble, totalmente en buena fe. La dificultad era establecer un juicio unánime sobre los diferentes partidos ya que si el PCI generaba algo de confianza, más difícil era el caso del PCE y del PCF.

En la mayoría de los casos, se consideraba que, para librar el campo a cualquier tipo de duda, los partidos eurocomunistas tenían que, a nivel internacional, sellar su divorcio de Moscú, y, a nivel interno, abandonar el “centralismo democrático”. Sin embargo, las estructuras organizativas cambiaron poco.

Pero, con el tiempo, esta ambigüedad les paso factura a los partidos eurocomunistas. En el caso de España, por ejemplo, antes de las primeras elecciones y tras la publicación

---

<sup>984</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 108.

<sup>985</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 119.

<sup>986</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 19.



del libro *Eurocomunismo y Estado*, quizá hubiera sido preferible –incluso necesario– llevar las críticas respecto al sistema soviético ante las masas. Pero Carrillo no quiso poner en peligro la unidad del partido, temiendo una nueva escisión del partido. De esa manera, el PCE seguía apareciendo vinculado a la dictadura totalitaria de la URSS, perdiendo credibilidad democrática a beneficio del PSOE. Es probable que una actitud más convencida y clara hubiera podido ayudar al PCE a desmarcarse de la hipoteca soviética, de la imagen ligada a la guerra civil que perjudicó el resultado electoral del partido en 1977.

Aquí encontramos una de las causas del fracaso, en el permanecer en una posición ambigua, sin entender que llegó un momento en que había más riesgo que ventajas en la falta de profundización teórica, la falta de análisis y de crítica por parte del movimiento. El Eurocomunismo intentó jugar “a dos barajas”, la apertura a Oeste y la no ruptura con el Este, convencido de poder conciliar la fidelidad a la democracia de tipo occidental con un programa de radical transformación socialista. Por eso algunos se preguntaron si “fue una aproximación a posiciones socialdemócratas, una defensa gramsciana de una política de nuevo tipo –basada en los movimientos sociales– o una mera reforma ‘cara al exterior’ de los dirigentes del partido con la independencia de Moscú como bandera”<sup>987</sup>.

### **12.5 Las relaciones con la Unión Soviética**

Como ya hemos visto en el anterior capítulo, la relación entre la URSS y los partidos integrantes del eurocomunismo no fue del todo idílica, tanto que se puede considerar como una de las causas del fracaso de este proyecto, para algunos la principal. Por lo tanto, el problema de la relación con la URSS no era secundario como a veces afirmaban los líderes eurocomunistas ya que la mayoría de los analistas internacionales lo consideraban un “parámetro” decisivo para aclarar su postura. Tanto era así que la mayoría de los críticos percibían la relación con la URSS como el problema clave del eurocomunismo, amonestándolos: “un rapporto troppo largo o troppo lontano dall’Unione Sovietica rischia, tuttavia, di diluire l’identità ideologica degli eurocomunisti fino a disperderla. Nonostante tutti gli sforzi che vengono fatti anche sul terreno teorico, mano a mano che i comunisti europei si accostano maggiormente al complesso problema del rapporto fra democrazia e socialismo, insorgono problemi di

---

<sup>987</sup> ‘Nuestra Bandera’. La transición doctrinal del comunismo español y el Eurocomunismo, 1975-1979. Historia de un fracaso” de Miguel Ángel Perfecto y Javier García, en Tusell Javier editores: *Historia de la transición y consolidación democrática en España: 1975-1986*, UNED y Universidad Autónoma, Madrid, 1996, pág. 228.

identità ideologica, di identità politica”<sup>988</sup>. Finalmente la relación entre estos partidos y la madre patria soviética se podía resumir en la fórmula “autonomi ma presenti” a demostración de una identidad sin renegar: presente en los Congresos, en las celebraciones oficiales, en los actos, pero de forma crítica. Los eurocomunistas, si bien toma en cuenta los nuevos factores y procura presentar un nuevo rostro pluralista y democrático, no logra romper el cordón umbilical que lo ata a la esfera del “campo” socialista, entendido como bloque político - militar conducido por la Unión Soviética: “i dirigenti sovietici sono perciò *compagni*, anche se talvolta *compagni* che sbagliano”<sup>989</sup>. Por su parte, Moscú condenó públicamente –y repetidamente- los eurocomunistas, culpables de “desafiar” una ortodoxia “de la que se considera, por derecho de primogenitura y de poder, detentador y gerente”<sup>990</sup>. Tal vez dispuesta a “abdicar” de sus pretensiones formales al mando ideológico, la URSS parecía más dispuesta a alguna cesión práctica pero hostil hasta el fondo a ceder en el plan ideológico, siguiendo el *pecca fortiter, sed crede fortius* (peca fuertemente, pero cree más fuertemente). Los eurocomunistas, y especialmente los italianos, tan cerca del poder, necesitaban el opuesto.

A pesar de contemporizar y medir las proporciones de las discrepancias, el PCUS recurrió, más que a amenazas explícitas, a diferentes medios de presión, cuyo uso venía graduado cuidadosamente y con discernimiento, atacando, a veces, al eurocomunismo, como si se tratase de una forma de disidencia interna: en primer lugar, el Partido Comunista de la Unión Soviética recurría a su prestigio, a su peso moral, conociendo el valor y las implicaciones de sus palabras en la militancia interna de los partidos comunistas de Europa occidental. Moscú era consciente del peso del “mito soviético” sobre la base obrera, los sindicatos, la militancia en general. Se trataba de ejercer una forma de presión indirecta, basada en la autoridad, la influencia y la ascendencia que este partido ha desempeñado por muchos años; en segundo lugar, el PCUS “hace saber que sus objeciones son compartidas por un cierto número de jerarcas de los partidos contestatarios y que conserva amistades incondicionales entre categorías significativas de militantes”<sup>991</sup>: como las llamadas “viudas gloriosas”: Gilberte Duclos, Jeannette

---

<sup>988</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 128.

<sup>989</sup> Flores D'Arcais, Paolo: *La rimozione permanente. Il futuro della sinistra e la critica del comunismo*, Marinetti, 1991, pág. 127.

<sup>990</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 116.

<sup>991</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 137.

Thorez-Vermeersch o algún militante especialmente “condecorado por el Soviet supremo de la URSS con la orden de la Revolución de Octubre”; y, finalmente, a veces, el PCUS recurría a formas de presión “menos simbólicas, más sórdidas” y probablemente la más eficaces: la denigración personal, los ataques mediáticos y, sobre todo, medios de presión financiera. Este último resultaba especialmente “problemático” no tanto por el PCF o el PCI, que ya habían alcanzado una “autonomía económica” y contaban con recursos propios, como por el PCE, que, debido a su situación, no contaba con una infraestructura económica autosuficiente.

Sin embargo, probablemente, lo que más pesaba en la “presunta posible separación” de Moscú, no era la actitud del PCUS, sino el temor de las consecuencias a alejarse del bloque soviético. Los partidos eurocomunistas temían la posibilidad de quedarse solos, perdiendo a la vez su identidad y coherencia. No se trataba solo de atender al refrán “mejor mal conocido, que bueno a conocer”, desconfiando hacia un panorama novedoso, sino, sobre todo, el recelo de cambiar lo suficiente para que los militantes considerasen la nueva estrategia demasiado alejada de la fuente soviética y carente de la tradicional identidad. Los militantes de estos partidos, los simpatizantes y los votantes participaban de un mecanismo de identificación, de un sentimiento de pertenencia a una ideología, a un ideal colectivo, que una eventual separación de hubiera podido poner en crisis. Los partidos comunistas de Italia, Francia y España eran conscientes de la necesidad de preservar unos signos de identidad que permitieran que la base no se sintiera pérdida y, perplejo, decidiera “cambiar su opción de voto”.

Era evidente la necesidad de una profunda revisión de la historia no sólo del partido, sino también de sus relaciones internacionales: aún así, resultaba presente el riesgo que tal proceso pudiera ser realizado desde posiciones *marcadamente* de partido, con el peligro de asistir a una mistificación de la realidad, a la falta de objetividad e, incluso minoritariamente, a alguna u otro calumnia.

Debido a esto, a la limitación del proceso de crítica de los errores soviético, no se prestó suficiente atención a la experiencia checoslovaca, ya que, en lugar de reflexionar detenidamente sobre lo que había pasado, los partidos comunistas de Italia, España y Francia, parecieron más preocupados por qué tipo de postura asumir. “Pero Praga desvela también otros problemas de alcance general, y no sólo el punto de independencia de los partidos frente a la tutela soviética, que tal vez donde el corte de 1968 resulte más claro de cara a los comunistas occidentales. Ahí está el tema de la negatividad de la fusión Estado-Partido, que efectivamente atraerá la atención de los

españoles; la exigencia de analizar en profundidad el estalinismo; el replanteamiento de las formas de hegemonía en un marco pluralista, la construcción del socialismo como afirmación progresiva de la democracia. Y, finalmente, un problema que los partidos eurocomunistas no siempre abordarán con el valor que lo hiciera el PCCh: el hecho de que la construcción del socialismo en condiciones democráticas y, a la vista de la experiencia estaliniana, obliga a replantear a fondo el problema de la organización del partido. Es decir, que no basta con proponer una política democrática desde un partido comunista tal vez incapaz de asumir su propia transformación, y que por debajo de las declaraciones mantiene un funcionamiento interno según las pautas de la era estaliniana. Por un lado, se trata de retomar la vieja problemática que abordará Lenin en *¿Qué hacer?*, en una nueva circunstancia histórica y a la luz del ocurrido. Por otro, complementariamente, el problema de Togliatti en 1944-47, de forjar un ‘partido de nuevo tipo’ asume una clara centralidad de cara a que el PC cumpla unas funciones basadas en el ejercicio de la hegemonía, y no en la aplicaciones de los métodos de la ‘dictadura militar –o policial- del proletariado’”<sup>992</sup>.

Asimismo cometieron el error de limitar el análisis de los problemas de la URSS a la etapa estaliniana, sin proceder a una atenta autocrítica de las desviaciones del país, formulando una crítica linear. Resultaba equivocado considerar como hacían algunos comunistas italianos que sin la involución estaliniana, Rusia sería un país casi perfecto: “Stalin rappresenta la intrusione nel comunismo di una mentalità estranea, che affondava le sue radici nella vecchia Russia zarista. Certo, il fatto che abbia dominato per più di vent’anni, ha lasciato conseguenze, e per loro completa scomparsa occorre lasciar passare il tempo”<sup>993</sup>. De esa manera, todos los errores del PCUS se reducirían a la etapa de Stalin y su herencia. Sin embargo, nunca se ha considerado a Stalin como un “hereje” o un traidor; nunca le atribuían errores doctrinales (ya que en este caso quizá habrían tenido que rehabilitar a Trotzki o Bucharin) sino errores prácticos, de aplicación del comunismo. Por eso no resultaba fácil aceptar un “comunismo sin Stalin”, ya que no convencía limitar las carencias del comunismo en justificaciones del tipo “involución tartárica” o “predominio de un déspota poco iluminado”.

Como ya hemos argumentado anteriormente, Togliatti consideraba insuficiente y limitadas las explicaciones ofrecidas por los soviéticos ya que culpar a Stalin de las

---

<sup>992</sup> Elorza, Antonio: “Eurocomunismo y tradición comunista”, en el Congreso Organizado por Fundación de Investigación Marxista, en Madrid, en octubre de 1980 y publicado en AA. VV.: *Vías democráticas al socialismo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1981, pág. 99-100.

<sup>993</sup> “Eurocomunismo y stalinismo”, en el *Il Tempo*, 28 de octubre de 1975.

carencias y de los errores del PCUS era demasiado simplista. Eso merece una profundización: se suele considerar a Togliatti como el político capaz de “resumir y sumar” el estalinismo y el gramscismo. No resulta del todo cierto: si es verdad que en una primera etapa, el político italiano abogó por la línea cínica de Stalin, tras la lectura de los Quaderni del carcere, para Togliatti Gramsci se convierte en el Maestro, comprendiendo el enorme potencial práctico y teórico del pensamiento del sardo.

El intento del eurocomunismo fracasó también por estas razones, por la falta de autocritica, de un análisis de la historia del movimiento, por la incomprensión de problemas, latentes, de extrema gravedad a los que el partido no supo o pudo enfrentarse. Problemas que ponían de manifiesto lo que Althusser definió “los límites de la teoría marxista y detrás de ellos algunas dificultades críticas”. Los acontecimientos que se han producido y sucedido desde 1917 (entre ellos la aparición del reformismo socialista en la II Internacional o del monolitismo soviético en la III, el antagonismo chino-soviético y lo demás cismas, el abandono de la dictadura del proletariado y los cambios de táctica de los partidos de Europa occidental) “deberían tener un impacto en la propia teoría marxista”.

El filósofo francés subrayaba que “no era posible integrar sin más la Revolución de 1917 y la batalla de Stalingrado con los errores del estalinismo y el régimen opresor de Brézhnev”.

Por otro lado una atenta revisión de la ideología soviética tenía que llevar forzosamente el eurocomunismo a separarse del comunismo de observancia soviética. Sin eso, resultaba (y resultó) imposible una redefinición original del tipo de sociedad anhelada y una reorganización del comunismo en Europa occidental. “La secesión sin transformación resulta insuficiente a los fines de la conquista legal del poder”<sup>994</sup>.

Sobre este punto, algunos analistas acusaban a los partidos comunistas de un “gran retraso histórico con que se enfrenta a la cuestión soviética”. Tuvo ocasiones de reflexionar atentamente sobre cómo actuaba la Unión Soviética, asistió a episodios discutibles (como Hungría, Praga...), sin preocuparse de reflexionar a fondo sobre las anomalías o desviaciones en el camino hacia el socialismo. En su evolución los partidos eurocomunistas parecían “seguir la historia” más que guiarla como paso en 1956 o en 1968. Se trataba de un asunto de credibilidad. Aún así es cierto, como ya hemos mencionado anteriormente, la postura de los Partidos eurocomunistas varió entre la

---

<sup>994</sup> “Eurocomunismo”, publicación de Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, pág. 15.

invasión de Hungría y la aplastamiento de la “primavera de Praga” no solo por conciencia de la manifiesta impopularidad del gesto soviético o por el temor de una nueva oleada anticomunista, con consecuente retroceso electoral, sino, sobre todo, por una “sorda inquietud político-histórica: ‘y si mañana estuviéramos en el poder nosotros, comunistas italianos, franceses británicos, y si nuestra política disgustara al ‘hermano mayor’, ¿qué le impediría tratar a ‘nuestro’ país como ha tratado a Checoslovaquia?’”<sup>995</sup>. De hecho se consideró que “los partidos comunistas francés, italiano y español, bien es verdad que en tono diverso, condenan la intervención soviética en los asuntos interno de Checoslovaquia. Es optar por la supervivencia propia y por la idea de marxista”<sup>996</sup>. No obstante, merece la pena destacar que en 1968 el movimiento comunista de Europa occidental consideró que las condiciones para el cambio y la evolución eran posible: el mayo francés reactualizaba la perspectiva de la revolución socialista en los países de "capitalismo maduro", al mismo tiempo que la "primavera checoslovaca" abría análoga perspectiva en los países del Este.

Varios observadores internacionales, periodistas y analistas argumentaron de la necesidad de separarse de Moscú, de convertir lo que alcanzaron a nivel de autonomía en crítica activa al sistema soviético y en los países del Este.

Con precocidad, Duverger en *Le Monde* del 5 de septiembre de 1968, apostaba por un comunismo liberal, occidental, guiado por el partido comunista italiano y el francés, cuyo acceso en el poder podía servir para “volver a dar sus chances al socialismo en los países avanzados”. Respecto a la URSS, Duverger argumentaba que “si todavía tiene algo que enseñar a los comunistas chinos, no tiene nada que enseñar a los comunistas occidentales; estos últimos, al contrario, podrían enseñarle mucho sólo con definir un modelo de comunismo liberal que salve a Europa oriental del estancamiento en que está hundiéndose”. Y con mucha clarividencia afirmaba que, ya que el comunismo de los países avanzados seguirá siendo el motor principal de la historia en los próximos decenios –para luego dejar el paso al de los países subdesarrollados. “la suerte del socialismo depende menos de Moscú que de la capacidad del PCI y, en medida menor, del PCF para ponerse a la cabeza de un comunismo occidental”.

Por su parte, en varios escritos, Claudín invitaba al PCE a abrir una reflexión autocrítica: “Otro residuo importante del estalinismo en el PCE (...) es la actitud de la

---

<sup>995</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 29.

<sup>996</sup> Balbuena Iglesias, Mateo: *El por qué del Eurocomunismo*, Forma Ediciones, Zaragoza, 1978, pág. 34-35.

dirección ante la historia del partido, su resistencia al examen crítico del pasado, su método de reescribir en cada momento la historia del partido según las exigencias tácticas del presente, en función de preservar la autoridad de la dirección existente, sobre todo la del secretario general”<sup>997</sup>.

Y el mismo Claudín, en una entrevista a *El País* en 1977, subrayaba que a pesar de todo algún avance se había realizado, aunque permanecían las “contradicciones que han existido siempre, en esta relación, dentro, de la evidente subordinación, hasta la situación actual en que se puede decir que estos partidos comunistas se han independizado en gran medida de Moscú, pero subsistiendo ‘un cordón umbilical ideológico’, que consiste en que estos partidos, pese a las denuncias que hacen de la ausencia de democracia y libertad en los países del Este, siguen reconociéndolos como países socialistas”. Y subrayaba que “no ha habido, ni hay, autocrítica”. Me parece que es, en efecto, un error grave y una de las piedras de toque más importante para poder medir la evolución de los partidos comunistas. En definitiva, la vía democrática para el socialismo debe de pasar. Para que sea real, por los partidos comunistas mismos”<sup>998</sup>.

En su libro Bettiza, “Il comunismo Europeo”, reconoce “se di uno sforzo va dato atto a Gramsci, a Togliatti, a Longo, a Berlinguer, é di aver cercato, costantemente, non già di liberarsi dello stalinismo, ma di nobilitarlo, di renderlo aderente a una società avanzata...In termini di *rivoluzione finale*, non v’è contrasto di fondo tra stalinismo y gramscismo”. Por eso, para el periodista y político italiano, sería “al limite piú esatto, e anche piú rispettoso parlare di neostalinismo o di stalinismo illuminato. Oppure, se la moda ha le sue leggi, di “eurostalinismo”.

Es curioso pero tanto Claudín como Bettiza hablaron de una especie de complejo de PCI y del PCE en sus relaciones con Moscú: si por Claudín se trataba de un complejo de Edipo, por la presencia simultánea y ambivalente de deseos amorosos y hostiles hacia los progenitores, Bettiza habló de una “castrazione nei confronti del padre” que impedía enfrentarse a su padre, al Estado-guía.

Para Leszek Kolakowski, el verdadero problema del eurocomunismo era el hecho que no había conseguido ser ni cisma ni herejía, ya que continuaba a manifestar su firme propósito de estar en el bloque socialista. En lugar de cortar la relación con la URSS, el eurocomunismo pretendía seguir “corrigiendo algún dogma sin rechazarlo; censurando

---

<sup>997</sup> Claudín, Fernando: *Documentos de una divergencia comunista*, El viejo topo, Barcelona, 1978, pág. IX.

<sup>998</sup> “Para Marx, democracia y socialismo eran consustanciales”: entrevista a Fernando Claudín tras la publicación del libro *Eurocomunismo y socialismo*, el 11 de junio de 1977.

uno u otra acción o elemento del sistema soviético sin criticarlo orgánicamente”<sup>999</sup>. Y añadía: “hasta que los comunistas no trazarán, una vez alcanzado el poder, un cisma absoluto en el piano ideológico y político, no dependerá de ellos la cuestión de la conservación de la independencia de la Unión Soviética”.

Otro argumento polémico fue la actitud del eurocomunismo respecto a los países socialistas, de democracia real. Se trató de un tema controvertido que generaba fuertes tensiones internas entre quien argumentaba la necesidad de manifestar el cambio de postura y quienes defendían las señas de identidad históricas del partido. Si es cierto que parte de los dirigentes de los PC cuestionaban críticamente la experiencia del socialismo real, la actitud de la base denotaba la existencia de un fuerte lazo emocional con la URSS, con la revolución. En la misma dirección se posicionaban aquellos que temían que una eventual condena de la experiencia soviética podía provocar la pérdida de identidad y causar una repentina absorción de estos partidos por la socialdemocracia europea.

Mucho se ha especulado sobre las razones que, impidieron que los eurocomunistas se separaron de Moscú, entre ellas: en primer lugar, lo ya citados problemas de natura ideológica, ya que en caso de eventual separación de Moscú, los eurocomunistas se hubieran vistos obligados a explicar cuál eran las características de un “auténtico régimen socialista”; en segundo lugar, le hubiera tocado explicar porque habían tardado tanto en reconocer que la URSS no era un país socialista; en tercer lugar, puede que el punto más importante, era que la relación con URSS no constituía solo un factor externo ya que influía en las actitudes de los militantes y era un factor de desestabilización que podía llevar a una división dentro del partido. Por eso, los líderes de los Partidos Comunistas de Italia, Francia y España era consciente del riesgo de perder a sus militantes y, en consecuencia, de abrir una “crisis de identidad”. Por eso, preferían permanecer en un limbo de “casi ruptura”, en una especie de relación de *odi et amo*.

## 12.6 El predominio de las estrategias nacionales

La mayoría de los investigadores del fenómeno eurocomunistas apuntan como causa principal del fracaso a las diferencias existentes entre los partidos integrantes el proyecto. Más que elaborar una política común, cada uno de los partidos participantes se centró sobre todo en su respectiva política nacional, buscando la manera para

---

<sup>999</sup> *Der Spiegel*, 2 de mayo de 1977.



alcanzar el poder. A pesar de las “buenas intenciones”, nunca existió verdaderamente “una organización eurocomunista, una estrategia eurocomunista, ni incluso, una táctica eurocomunista. La cumbre eurocomunista de Madrid lo mostró bien claro, no habiendo osado hacer figurar, en su declaración final, la palabra eurocomunismo. Es verdad que los tres jefes de partidos oficialmente reunidos para dar apoyo al PCE español, entonces todavía prohibido, hablaron de él en sus conferencias de prensa, pero resaltando su rechazo a sustituir un centro mundial del comunismo por otro regional. Lo que ocurrió es que, más que un eurocomunismo, hay un italocomunismo (el pionero), un franco-comunismo y un hispano-comunismo, y la realidad que cubre todos estos signos es bastantes diferente. Georges Marchais y Santiago Carrillo están, en muchas cosas, más apartado uno de otro de lo que están los comunistas franceses de los comunistas soviéticos”<sup>1000</sup>. Aún así, “sin poseer la unidad necesaria para la formación de un cisma, representan para Moscú un peligro enorme: el del contagio”.

Para Paramio la explicación del fracaso del Eurocomunismo fue “la de que su propio carácter escindido condicionó, en la medida en que no permitió la plasmación de mejores alternativas, el asentamiento en muchos países de la Europa desarrollada, y en los de la Europa latina en particular, de una cultura política caracterizada por una profunda e insalvable dicotomía entre supuestos fines últimos y patentes fines inmediatos, es decir, entre una pretendida aspiración final al socialismo, sin mayor especificación de un plazo o proceso razonable para esperar su posible realización, y una más real y cotidiana pretensión, ciertamente muy comprensible, a la mejora del salario y de las condiciones de vida”<sup>1001</sup>.

Según los críticos, en realidad, especialmente en el caso de Francia, el partido comunista había sido partidario más de un “franco-comunismo” que de un eurocomunismo o, como se le llamó, de un “golismo rojo”, preocupado, sobre todo, por las contingencias nacionales. Muchos hablaron de un eurocomunismo “nacional-popular”, donde el elemento característico era el interés por la situación nacional. En la misma línea, Leonardi subrayaba la visión “particular” nacional del eurocomunismo, ajena a los eventos internacionales, considerados como secundarios: “Con questo neologismo, infatti, si indica sostanzialmente una confluenza di ‘vie nazionali’ che

---

<sup>1000</sup> ¿Eurocomunismo, un tercer cisma? De Claudine Canetti, *Diario de Noticias* de 5 de julio de 1977, en *Dossier sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética "Tiempos nuevos"*, Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial de Madrid del P.C.E., Editorial Crítica, Grupo Grijalbo, Madrid, 1977, pág. 108.

<sup>1001</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 17.

perseguono, nella difesa e nello sviluppo della democrazia, la costruzione del socialismo in ogni singolo paese e in modo del tutto autónomo l'uno dall'altro”<sup>1002</sup>.

La diferencia de objetivos hizo que fue imposible la elaboración de una eficaz estrategia común que hubiera podido paliar, al menos en parte, su preferencia por la política nacional, “su nacionalización”. La falta de un planteamiento teórico concreto y explícito sobre esta nueva versión de ideas resultó condicionado por el hecho que los partidos comunistas de estos tres países eran cautivos de su política interna, mostrando de forma evidente, su preferencia por consolidarse internamente más que proponer una estrategia internacional conjunta. “Como una prueba más de la inexistencia de un solo movimiento unitario que se desarrollará en tres países, cada partido dejó apagarse la llama del eurocomunismo en el momento que le pareció más oportuno, quizás notando que el comunismo, aquel barco en el que todos cupieron tiempo atrás, el verdadero punto común, naufragaba sin rumbo”<sup>1003</sup>.

El eurocomunismo resultó incapaz de “cristalizar” una estrategia regional de conquista del poder, ya que más que a la creación de un sistema comunista internacional, estos partidos estaban preocupados por su situación nacional, interna: “a partir del momento en que cada partido comunista nacional decide ocuparse de los asuntos de su propio país con una prioridad y determinación que están en función de la situación de éste, en ese momento la situación italiana, la situación francesa y la situación española son tan diferentes que no tienen ningún elemento común”<sup>1004</sup>. Su deseo de “encontrar un camino alternativo” acababa “convirtiéndose en academicismo o mimesis, sin llegar a cristalizar en una concepción o práctica originales”<sup>1005</sup>. Tanto que algunos argumentaban la existencia de “eurocomunismos diferentes”, de la exigencia de hablar de “eurocomunismos en plural”. Considero una de las causas principales del proyecto eurocomunista su mayor preocupación por las circunstancias internas y por alcanzar el poder en sus respectivos países. Más que realmente interesados por crear unas estrategias conjuntas, por establecer e incluso cristalizar un posicionamiento político unitario, los Partidos Comunistas de Italia, Francia y España mostraron mayor preocupación por las situaciones nacionales, tan diferente entre ellas y eso impidió que

---

<sup>1002</sup> Leonardi, Silvio: *L'Europa e il movimento socialista*, Adelphi, Milano, 1977, pág. 162.

<sup>1003</sup> María del Pilar Sánchez Millas: Eurocomunismo, ¿estrategia conjunta o coincidente mecanismo para tres consolidaciones internas diferentes?, en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 397.

<sup>1004</sup> Según palabras de Michel Rocard transcritas por Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 95.

<sup>1005</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 162.

fuera un movimiento unitario. Por eso se llegó a hablar de tres diferentes almas dentro del Eurocomunismo que muy raramente se unieron y que frecuentemente avanzaron por su cuenta, en esta especie de “nacional-comunismo”, defensores de programas diferentes (desde el punto de vista socio-económico) y a veces casi inconciliables (por ejemplo la postura acerca del proceso de integración europea).

Los partidos comunistas de Italia, España y Francia eran diferentes tanto en lo que se refería a la historia de cada uno de ellos como a la situación nacional en la que se hallaban en aquel momento histórico. Estas diferencias se explican en razón de los diferentes puntos de partida, la situación interna de cada país y el objetivo de cada partido. Cada uno de ellos mostraba su interés y preocupación en desenvolver un papel decisivo en la vida política de su respectivo país y por eso fueron incapaces de actuar al unísono. Y eso a pesar de contar con diferentes ocasiones para haber mostrado una “estrategia común”, una misma actitud, una uniformidad de respuesta, como en caso de la invasión de Praga, de la publicación del libro de Carrillo o, en general, la relación con la URSS. Nunca hicieron nada para esconder que los tres partidos comunistas presentaban unas exigencias diferentes: ese dato quedó manifiesto en ocasión de la Cumbre de Madrid, donde cada uno miraba a sus intereses y se preocupaba no tanto por las repercusiones internacionales del evento, cuanto por las consecuencias en el campo interno. Esa fue una de las principales contradicciones del eurocomunismo: postularse como movimiento internacional, preocuparse por su trascendencia interna. Y la interpretación de la cumbre de Madrid fue errónea, tal como pasó en la Conferencia de Yalta, ya que más que significar lo que ellos querían dar a ver, fue justamente lo contrario: más que representar el apogeo del eurocomunismo representó el inicio de su parábola descendiente. La cumbre de Madrid certificó los mismos límites del proyecto eurocomunista y marcó, negativamente, su desarrollo. En este sentido, Santiago Carrillo se lamentó de no haber conseguido lo que deseaba en cuanto al avance de las posiciones eurocomunistas. Según el secretario general del PCE:

“(él) había propuesto a Berlinguer y Marchais incluir en la declaración pública una parte distanciándonos inequívocamente del sistema soviético (...) Deseaba que la declaración dijera algo parecido a lo que yo planteaba en *Eurocomunismo y Estado*. (...) Por unas u otras razones, ni Marchais ni Berlinguer aceptaron hacer una declaración así en la cumbre eurocomunista de Madrid. De este modo, la cumbre fue un apoyo para el PCE en su lucha por las libertades democráticas, pero no tuvo los efectos que pudo haber tenido en el desarrollo posterior de la tendencia eurocomunista”.

El emblema de las dificultades que el eurocomunismo encontró en su nacimiento y en la formación de una estrategia común, puede ser representado por las relaciones entre el PCF y el PCI, cambiantes y nunca del todo positivas. Las relaciones entre estos dos partidos vivieron etapas diferentes: si es cierto que, en principio, eran difíciles por la antipatía recíproca (y celo) entre Togliatti y Thorez y que en 1956 hubo un empeoramiento debido a la diferente visión de los sucesos de aquel año, a partir de 1964 empezó una etapa de normalización gracias a la labor de Waldeck-Rochet. Sin embargo, el período 1968-1975 sufrió un nuevo retroceso provocado por la diferente visión de la normalización de Praga y el golpe de Portugal. También es cierto que en 1973, tras el golpe de Estado en Chile, hubo un nuevo acercamiento aunque la mejoría “definitiva” en este tortuoso camino fue a partir de 1975, es decir desde el momento en que el PCF registró su “teatral cambio”, el “viaje histórico” desde Moscú a Roma. El acercamiento entre los dos partidos ha conllevado el asunción de comportamientos y líneas políticas convergentes, sellando el establecimiento de unas intensas relaciones bilaterales tal como confirman las reuniones descritas en el capítulo sexto.

Sin embargo, los que se llamaron “los celos del PCF” influyeron en el fracaso del proyecto eurocomunista, ya que el daño a las relaciones con el PCI tuvo un peso importante por el desarrollo del eurocomunismo. Desde el principio, su relación empezó entre trabas y dificultades y su desarrollo resultó marcado por sospechas y “celos” mutuos. El PCF no podía soportar que el partido italiano contase con miembro como Togliatti o Gramsci, el único pensador marxista original del comunismo occidental. Según algunos la *mediocridad intelectual* de Thorez respecto a Togliatti.

Las diferencias entre PCF y PCI se hicieron más agudas a partir de 1956, cuando, tras el Informe del XX Congreso del PCUS, los partidos reaccionaron de forma diferente: por un lado, el PCI consideró la ocasión favorable para “emprender” su camino de autonomía, modificando ligeramente las relaciones con Moscú sobre la base de “cortesía y protocolo”, aún sin cuestionar demasiado este vínculo; por su parte, el PCF se preocupó más bien por limitar las críticas interna, las voces favorables a la desestalinización, considerándola un fenómeno transitorio, declarando su fidelidad incuestionable a Moscú. En realidad, la postura del PCF respecto a Moscú fue siempre fiel y devota, con apenas dos momentos de alejamiento o desencuentro: en ocasión de la primavera de Praga y el breve paréntesis eurocomunista. Mientras, volviendo al caso italiano, a partir de este congreso del PCUS, cambió su actitud, mostrándose partidario de mayor autonomía y partidario de la necesidad de una nueva relaciones, en el seno del

bloque comunista, basadas en la independencia y en la paridad, contrario a la idea del partido-guía. Aquí reside la diferencia principal: mientras para el PCF la experiencia eurocomunista representó un paréntesis, una temporánea desviación de la ortodoxia soviética, considerada oportuna para mejorar los resultados electorales, para el PCI, el eurocomunismo fue un paso adelante en su lenta evolución, una etapa cuyo final llevó al abandono del comunismo, a la pérdida de la seña de identidad marxista.

Se trataba de dos partidos que tenían diferente formación, historia y forma de lucha. No obstante las diferencias eran muchas más y algunas se podían ver entre los tres partidos integrantes el eurocomunismo: en primer lugar, merece la pena subrayar el diferente grado de dependencia de Moscú, ya que mientras el PCI y el PCE desarrollaron una postura crítica, mostrando, aunque tímidamente, algunas críticas, el PCF fue el más ortodoxo y el que más sufrió por la tensión que se creó con el PCUS. En segundo lugar, diferente era también la composición del partido y de los cuadros dirigentes: el PCF era un partido obrerista, dirigido por obreros, “con un quadro dirigente cautamente selezionato dalla base operaia nel lungo periodo di attività legale, la cui principale esperienza formativa era stata quella delle lotte sindacali degli anni trenta”<sup>1006</sup>. Se decía que, ya desde los cincuentas, el PCF contaba con “il nucleo più ampio di militante pienamente indottrinati e devoti di tutti i partiti dell’occidente”<sup>1007</sup>. Por su parte, en el PCI la lucha interclasista contra el fascismo había creado un partido diversificado, creado una composición social variada tanto en la base como en la dirección, donde aparecían representantes de diversas capas sociales. El cuadro dirigente del PCI aparecía “meno indottrinato, una maggiore enfasi sugli obbiettivi politici piuttosto che su quelli economici, ed una base sociale di reclutamento più ampia di quella del PCF”<sup>1008</sup>. En consecuencia de esto cambiaba también la visión de los intelectuales, ya que en el partido comunista francés eran “vistos” con desconfianza, recordando que “gli intelletuali mancano di fermezza (...) sono più suscettibili alle influenze borghesi (...) non capiscono nulla dell’azione política”<sup>1009</sup>. Esta desconfianza llevaba en el PCF a que “il partito è orgoglioso dei suoi saggi, dei suoi pittori, dei suoi scrittori (...) li copre d’onori, ma non dà loro la benché minima responsabilità reale nella direzione del

---

<sup>1006</sup> Blackmer, Donald L.M. y Tarrow, Sidney: *Il comunismo in Italia e in Francia*, Etas Libri, Milano, 1976, pág. 369.

<sup>1007</sup> Almond, Gabriel: *The appeals of Communism*, Princeton, 1954, pág. 143.

<sup>1008</sup> Blackmer, Donald L.M. y Tarrow, Sidney: *Il comunismo in Italia e in Francia*, Etas Libri, Milano, 1976, pág. 369.

<sup>1009</sup> Baby, Jean: *Critique de base: le parti communiste français entre le passé et l’avenir*, Maspero, París, 1960, pág. 178-179.

partito”<sup>1010</sup>. A contrario, en el PCI los intelectuales desenvolvían un papel importante, influenciando la línea política del partido, la elaboración de su estrategia, el debate en torno a su táctica de acción. Cambiaba el tipo de partido, ya que el PCF seguía una estructura ligada a la tradición, fiel al ideal del partido-vanguardia, mientras el PCI avanzaba en el partido de tipo nuevo, de masa y profesionalizado, con el objetivo de crear un “partido nacional y democrático, partido de masa, partido de lucha y de gobierno”. La base del PCI era diferente a la del PCF “non solo socialmente, ma anche geograficamente. Sia il PCi che il PCF hanno basi industriali e contadine di grande forza elettorale. Ma mentre queste basi elettorali per il PCI sono anche zona di alta densità di affiliazione al partito, nel PCF gli iscritti sono perlopiù concentrati nei capisaldi urbani, con sorprendentemente pochi iscritti nei punti di forza in provincia, nel Sud e nel Massiccio centrale”<sup>1011</sup>.

Un tercer elemento diferenciador era compuesto por el espíritu nacionalista, muy marcado en el caso francés (como decíamos tanto que se hablaba de gallocomunismo), sobre todo en su relación con Europa y sus procesos de integración, mientras el PCI, como ya hemos indicado, tuvo una fuerte alma europeísta. Diferente era también el contexto social en el que actuaban, la composición social de sus respectivos países, ya que estaban inmersos en entornos sociales y contextos económicos diferentes. Y en parte por eso y en parte por su carácter antisistema, el PCF se caracterizaba por un bajo grado de homologación en la sociedad francés, mientras PCI desarrolló una estrategia de homologación social privilegiando el carácter nacional-popular del partido, creando una red capilar en el tejido social del país. En consecuencia de eso, en los setenta, mientras el PCI seguía su crecimiento como inscriptos y sobre todo votos, el PCF aparecía estancado, en declive. Diferente era la relación de fuerzas dentro de la izquierda de su país: mientras el PCI constituía el partido de izquierda por antonomasia italiana y obtenía más votos que los otros, el PCF no representaba la fuerza dominante de la izquierda, sucumbiendo frente al PSF.

Diferente era la visión del Estado, aunque hubo, por un periodo de tiempo muy breve, una convergencia de visión y de estrategia sobre este punto. Si es cierto que hasta el viraje eurocomunista el PCF consideraba al Estado como “un instrumento al servicio de la burguesía”, a partir de la teoría del capitalismo monopolista de Estado y en el marco

---

<sup>1010</sup> Barjonet, André: *Le parti communiste français*, Didier, París, 1969, pág. 139.

<sup>1011</sup> Blackmer, Donald L.M. y Tarrow, Sidney: *Il comunismo in Italia e in Francia*, Etas Libri, Milano, 1976, pág. 371-372.

del Programa Común, el Partido cambió su postura. Bajo el llamado “socialismo con los colores de Francia”, el PCF mostró su nueva actitud respecto al Estado, poniéndose como objetivo, ya no su destrucción, sino la necesidad de modificarlo, democratizarlo en el camino hacia el socialismo. Terminada la Segunda Guerra Mundial y tras el “viraje de Salerno”, para el PCI, heredero de la teoría de la hegemonía de Gramsci, el Estado debía ser modificado en un proceso de “democracia progresiva”, una evolución gradual –y sin rupturas- para emprender el camino hacia el socialismo. Y, a partir del golpe de Estado en Chile, el partido empezó a declarar su leal compromiso con la democracia, la defensa de la Constitución italiana: la formulación del compromiso histórico, la idea de una mayor participación e introducción del partido en las instituciones nacionales.

Incluso, desde el punto de vista económico, las diferencias dependían del patrimonio ideológico, de factores nacionales y de la dialéctica establecida con los otros partidos nacionales. Los tres países habían alcanzado un distinto grado de desarrollo capitalista y presentaban una estructura diferente. Merece la pena subrayar que el caso de Italia y España presentaba una peculiaridad añadida: una economía nacional con grandes desniveles y un alto grado de localismo regional.

Diferente había sido el camino hacia el eurocomunismo, que en el caso del PCI se consideró como el natural desarrollo de la posición del partido en los años. El caso francés resultó más turbulento: tras la primavera de Praga, el PCF “vaciló en precisar su conducta”. Luego, abandonó, de forma repentina, la dictadura proletariado: no por convicción sino por impopularidad de Franco y Salazar. Era evidente que el término “dictadura” tenía un sentido “despectivo”, llevaba asociada una “carga afectiva negativa” por una serie de acontecimientos históricos y regímenes políticos que la expresión evocaba. Según Arne Naess, tenía un sentido *dislogístico*: el filósofo se refería a expresiones como *eulogismo* y *dislogismo* para describir unos términos que se caracterizaban no tanto por su significado cognitivo, sino más bien por la carga emotiva, afectiva, evocativa que conllevaban. Si la “carga emotiva” fuera positiva, se trataría de un *eulogismo*, mientras si fuera negativa, como en el caso de la dictadura del proletariado, estaríamos en presencia de un *dislogismo*<sup>1012</sup>. Y en la década de los setenta, a la dictadura del proletariado se le veía como una dictadura política *tout court*,

---

<sup>1012</sup> Naess, Arne: Historia del término ‘ideología’ desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx, pág. 23-27, en Horowitz, Irving Louis: *Historia y elementos de Sociología del conocimiento*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1964.

como una forma de gobierno autocrático. El PCF abandonó el concepto también por razones “prácticas” ya que de esa manera, reforzaba su imagen de partido nacional, “de toda el pueblo francés”, ofreciendo mayores garantías sobre su futura actitud en caso de alcanzar el poder e intentando, a la vez, ampliar su base electoral.

En la Conferencia a la que participaron, en los encuentros bilaterales, en las tribunas políticas, resultaban manifiestas las “notables diferencias” existentes entre la situación italiana y la francesa, el peso de las distintas experiencias y el contexto nacional donde operaba cada partido. Además, existía una lógica de “competencia”, quien era el campeón y el máximo exponente del nuevo movimiento. Como escribía desde París Alberto Cavallari: “El Eurocomunismo es ciertamente un motivo de alianzas, de posiciones comunes, de convergencias, pero plantea también el problema de una *leadership*, de liderazgo. Los italianos irritan a los franceses con el prestigio de su tradición gramsciana, con la mayor audiencia internacional de Berlinguer y, sobre todo, con el peso de un partido que en Italia posee el primado de la izquierda. Marchais, jefe de un partido más débil, menor que el socialista, comprende que el verdadero interlocutor de Berlinguer es Mitterrand”<sup>1013</sup>. Este temor resultaba fundado ya que el entendimiento entre Mitterrand y Berlinguer era bueno y muchos analistas franceses subrayaban que el socialista “recogía antes que nadie el mensaje lanzado por Berlinguer” sobre la necesidad de una alianza de las fuerzas de izquierda. Incluso se vociferó que en ocasión del mitin PCF-PCI del 3 de junio, Berlinguer había manifestado el deseo de encontrarse con Mitterrand: “El encuentro, de acuerdo con estas indiscreciones, no habría tenido lugar debido a la oposición de Marchais, preocupado de bloquear cualquier iniciativa común entre su ‘enemigo-aliado’ socialista y su ‘competidor-aliado’ comunista”<sup>1014</sup>.

Por eso, muchos hablaron de “abismo” entre el eurocomunismo de Berlinguer y el de Marchais, considerando la ya citada Conferencia de la Villette de 1976, como el emblema de esta distancia y, al mismo tiempo, demostración de los límites del proyecto eurocomunista: “mientras Berlinguer institucionalizaba, por vez primera durante un discurso público, el término ‘eurocomunismo’, y evitaba cuidadosamente el eslogan del ‘internacionalismo proletario’, Marchais lo reproponía si bien se imitaba en la parte

---

<sup>1013</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 64. Es cierto que el partido socialista francés fue el único entre las fuerzas de izquierda de Europa –no comunista– que manifestó abiertamente su estima por el eurocomunismo, llegando a postular la posibilidad de “un diálogo y una acción común”.

<sup>1014</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 68-69.



esencial de su discurso a atacar a Giscard d'Estaing...En suma, para los italianos, el eurocomunismo pasa, como indica la propia fórmula, por Europa, que es justamente la bestia negra de los franceses”<sup>1015</sup>.

Por su parte, el Partido Comunista español y el italiano contaban con muchos más puntos de contacto como el deseo de autonomía del PCUS, el haber sido una pieza clave contra el fascismo y el deseo de representar la fuerza principal de la oposición. Además, como venimos ya diciendo, para el PCE, el partido comunista italiano representaba un claro referente, con su teorización de la “vía italiana al socialismo” y su modelo de “partido nuevo, nacional y de masas”.

Compartían la idea de que el pilar central de la estrategia para alcanzar el poder estaba representado por la política de alianzas, en la búsqueda de un acuerdo con las fuerzas de izquierdas y con las democráticas para formar una coalición capaz de gobernar: “La concentrazione democratica nel caso del PCE, il compromesso storico e l’alternativa democratica per il PCI (...) funzionano cioè come meccanismi di cleavage-bridging, strumenti finalizzati a sciogliere i dubbi sulla lealtà democratica dei partiti comunista e a porli sullo stesso piano delle altre forze politiche”<sup>1016</sup> y, asimismo, permitirle alcanzar el poder y emprender la transformación socialista del país. Este planteamiento estratégico era compartido también por el PCF y su Unión de Izquierdas.

Sin embargo, para Carrillo, había una diferencia principal entre los dos partido “en el período de activa colaboración ‘eurocomunista’: ellos eran menos críticos para la situación de la Unión Soviética. Consideraban el sistema soviético como algo muy sólido y aunque me defendieron públicamente cuando publiqué *Eurocomunismo y Estado*, frente a los violentos ataques de la prensa soviética, personalmente consideraban que había ido demasiado lejos”<sup>1017</sup>. Carrillo subrayaba la paradoja del PCI: “entre ellos se producía un curioso fenómeno. Eran eurocomunistas, pero sentían todavía la atracción de la URSS”<sup>1018</sup>. El PCE mostraba unas características diferentes, anómalas, debido a los largos años de clandestinidad y a las dificultades internas que encontró una vez terminada la dictadura. No obstante para los militantes del partido comunista español, Italia, nación primogénita del eurocomunismo, representaba el

---

<sup>1015</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 67.

<sup>1016</sup> Bosco, Anna: *Comunisti: trasformazioni di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*, Il Mulino, Bologna, 2000, pág. 94.

<sup>1017</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 550.

<sup>1018</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993, pág. 550.

modelo para emular al grito de "hoy Italia, mañana España", un ejemplo de partido capaz de aproximarse en el poder y postularse como la fuerza principal de la oposición. Aún así, en el caso del PCE y PCI, la diferencia principal estuvo en el tipo de partido y, sobre todo, en la diferencia entra la personalidad de Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo.

El secretario del Partido Comunista italiano representó una figura bastante atípica dentro del panorama comunista: después de haber conocido y trabajado con todos los jefes históricos del comunismo italiano (a excepción de Gramsci) y gran parte de los del movimiento internacional, el sardo se convierte en Secretario del Partido Comunista italiano. Tímido, discreto, introvertido, tajante con una mirada profunda, hizo de “la moralidad, la organización y el diálogo” su lema político. Esa fue la gran herencia que el PCI desperdició. “Gobernando Enrico Berlinguer, en Italia sería posible el culto de la impersonalidad” decía Roy Medvedev. Se la ha atacado llamándole “monje que guía el PCI” o “el vencedor melancólico” de junio. Aunque aparecía siempre creíble y sincero, le faltaba aquel carisma que le permitiera presentarse como “el enviado de Dios” o un “nuevo duce”. Pero el mismo era consciente de su falta de carisma, cosa que no le disgustaba, tanto que le confesaba a Ugo Pecchioli: “una personalidad demasiado fuerte, auténticamente carismática, a la larga puede crear graves problemas: una atrofia en la discusión interna, por ejemplo, una éxtasis cultural, el culto a la personalidad, el peso de una secretaría vitalicia”. La prensa extranjera subrayaba “su aspecto frágil y concentrado se aviene mejor con el de un intelectual que con el de un dirigente que lleva sobre sus hombros el peso de casi trece millones de votos y de un partido que cuenta con un millón ochocientos mil militantes y una profunda influencia social y cultural. Su sempiterna seriedad expresa mejor, en cambio, la difícil responsabilidad arbitral en que se ha situado a su partido el precario equilibrio de la situación política y social italiana y, para cuya superación viene preconizando el “compromesso storico”<sup>1019</sup>.

Por su parte, Giancarlo Pajetta decía que “es un aristócrata que se ha afiliado a la dirección del Partido” para recordar que era aristócrata de origen, de la alta burguesía por censo, liberal y progresista por educación, se inscribió al partido a los 21 años. Se hacían eco de esta expresión algunos periódicos españoles que le llamaron: “el aristócrata sardo-catalán”<sup>1020</sup>.

---

<sup>1019</sup> “El capital del Eurocomunismo”, en *Triunfo*, núm. 737, año XXXII, fecha de publicación 12 de marzo de 1977, pág. 18.

<sup>1020</sup> *La Vanguardia*, jueves 3 de marzo de 1977.

Por otro lado, la personalidad de Carrillo resultó más difícil de comprender y su actuación política recibió muchas más críticas, generando desconfianza y admiración. Algunos reían que el eurocomunismo podría pasar a convertirse “remendando la frase de Clausewitz, en la ‘continuación de la coexistencia por otros medios’”<sup>1021</sup>. Otros como el anarquista Maximov advertían del peligro de “tolerar un comunismo a la europea” comparándolo con el mismo error que cometieron aquellos que en los años veinte creían posible un “fascismo a la italiana”<sup>1022</sup>.

A pesar de reconocerle una gran dosis de carisma, el elemento del carácter del secretario del PCE más visible fue su autoritarismo, su personalismo, la “obsesión por recuperar su puesto de dirigente. No resiste que la clandestinidad le obligue a estar en segundo plano”<sup>1023</sup>. Carrillo tenía la costumbre de tomar las decisiones el solo y luego comunicarlas al Comité Central para su ratificación y difusión: así fue en ocasión de la aceptación de la bandera y del rey, o el abandono del leninismo en 1978 durante su viaje a EEUU. Esta actitud generaba malestar<sup>1024</sup> y confirmaba la falta de democracia y debate dentro del partido, mientras desde fuera se tenía la impresión que la dirección del PCE funcionaba de modo caudillista: “el autoritarismo, la prepotencia, era un rasgo marcado en la conducta de Santiago en el seno del colectivo de dirección. Tendía a dirigir más bien dando órdenes, con una confianza total de tener razón siempre. No admitía desacuerdo. Podía incluso ser grosero si algo le desagradaba. La discusión *normal* para él era comentar, ampliar, pero aceptando lo que él decía”<sup>1025</sup>. Carrillo se preocupó exclusivamente de realizar una simple mezcla pragmática de elementos políticos del PCI y del PCF.

En la misma línea, Jorge Semprún, que consideraba al eurocomunismo como “un concepto periodístico un poco vago, más que una realidad”, afirmaba que “en España sería más correcto hablar de eurocarrillismo; es decir, un proyecto político adaptado a las circunstancias de una persona y no a la propia situación española”<sup>1026</sup>, señalando el protagonismo del secretario del PCE.

---

<sup>1021</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 75.

<sup>1022</sup> Maximov al *Giornale Nuovo*, 25 de mayo de 1977.

<sup>1023</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 146

<sup>1024</sup> Se cuenta que en uno de los primeros mítines del PCE tras la clandestinidad, echaban a todos los militantes con bandera republicana: malestar militancia.

<sup>1025</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 23.

<sup>1026</sup> “Debate sobre eurocomunismo en RNE”, *El País*, 14 de mayo de 1978.

### **Capítulo XIII: Reflexiones personales. ¿Última posibilidad de salvar la izquierda?**

**13.1 El eurocomunismo y el PCE, el PCI y el PCF; 13.1.1 El caso del PCE; 13.1.2 El caso del PCI; 13.1.3 El caso del PCF; 13.2 El final del eurocomunismo y el avance de la derecha; 13.3 El eurocomunismo: alguna definición y reflexión. ¿Fue estrategia o táctica? ¿Mito o realidad?; 13.4 Eurocomunismo, ¿último intento de salvar la izquierda?**

El final del eurocomunismo fue lento y no sucedió según los mismos tiempos. Sus últimas actuaciones públicas fueron en mayo y junio de 1979 en los encuentros bilaterales en Turín y Roma con el PCI como anfitrión. Se trataba ya del canto del cisne preconizado por Claudín en su libro *Eurocomunismo y socialismo*. Si el PCF, fue el primero en “abandonar el barco”, PCI y PCE tardaron más<sup>1027</sup> y cada uno según las peculiaridades de su situación: el PCI seguía representando la alternativa de Gobierno principal pero incapaz a alcanzar el poder. A contrario, el PCE resultaba reducido a un partido minoritario, hostilmente dividido en su interior entre eurocomunistas, renovadores, prosoviéticos y leninistas.

Tras el experimento eurocomunista, con unas limitadas diferencias temporales, se asistió en los tres países a un “derrumbamiento” de una cierta cultura de izquierda, de un cierto tipo de marxismo. Independientemente de eso, si se quiere establecer una fecha de fin del eurocomunismo, la más probable sería 1982, cuando el PCF ya había rechazado públicamente el eurocomunismo y el grupo dirigente se mostró partidario de volver a un prosovietismo incondicional, mientras en el PCE, tras la dimisión de Carrillo y la debacle electoral, se decidió abandonar el eurocomunismo, considerándolo “un proyecto en quiebra”. En Italia, el asesinato de Aldo Moro, cuya muerte demostró cómo puede ser cierta la frase de Elías Canetti: con Moro, “alguien ha muerto en el momento justo”, imposibilitó la creación de un gobierno de coalición teorizado por Berlinguer, llevando el PCI a bloquearse en el “llamado factor K, la singularidad comunista”. Así que en Italia continuó brevemente el eurocomunismo, pero lo cierto, es

---

<sup>1027</sup> El 10 de mayo de 1980, Berlinguer asistió al sexagésimo aniversario del PCE en Las Ventas de Madrid. “Enrico Berlinguer leyó en italiano su discurso, interrumpido en múltiples pasajes con clamores y aplausos. El secretario del ‘Partido Comunista más poderoso del mundo capitalista’ –como diría luego Carrillo– abogó por el reforzamiento de los lazos que unen a ambos partidos dentro de su independencia y autonomía; subrayó la importancia de las tesis eurocomunistas para la paz, el desarme, la amistad y la cooperación de los pueblos, y presentó un análisis de la situación política actual en su país, entre otras cosas”. *ABC*, domingo 11 de mayo de 1980.

que había tomado una dirección diferente, más cercana a uno de sus “enemigos”, la socialdemocracia.

Un importante factor que merece la pena resaltar –y que profundizaremos en este capítulo– fue el avance de la derecha, no sólo en Europa sino en Estados Unidos, modificando los equilibrios vigentes y acelerando el proceso de repliegue de la izquierda. Ni el eurocomunismo, ni el socialismo democrático, ni la socialdemocracia resultaron capaces de contener la imparable avanzada del neoliberalismo, mostrando los límites de las ideologías de izquierda.

El fracaso del eurocomunismo puso en grave crisis los partidos comunistas de Italia, España y Francia: una crisis de identidad que llevó a cuestionar la vida de estos mismos partidos. Una crisis de la izquierda que llevaba ya un tiempo y que hizo creer que el eurocomunismo podía representar la respuesta y la manera para salir de ella. Su fracaso agudizó esta crisis y generó un debate dentro de la izquierda mundial.

### **13.1 El eurocomunismo y el PCE, el PCI y el PCF**

El eurocomunismo incluso en su vertiente nacional fracasó tanto que los comunistas españoles, franceses e italianos fueron cada vez más marginales (y marginados) en cuanto fuerza política. Analizamos en el detalle país por país.

#### **13.1.1 El caso del PCE**

Probablemente, el caso de España fue el más complicado, ya que fue donde la crisis tuvo su intensidad mayor. El fracaso del experimento eurocomunista produjo la implosión del partido comunista de España: tras los malos resultados electorales, las divergencias internas aumentaron con resultados dramáticos para la supervivencia del partido. El PCE se dividió “en facciones en pugna, reflejo de fisuras más amplias en el movimiento comunista internacional. Su facción dominante trató de competir con los socialdemócratas españoles arrojando el leninismo de su plataforma, al propio tiempo que intentaba combinar su continuada adhesión al marxismo con un compromiso explícito para la democracia”<sup>1028</sup>.

Como en el caso del eurocomunismo, no hubo una sola causa, sino una serie de factores que determinaron la crisis del PCE, entre ellas: en primer lugar, la excesiva moderación del partido, tanto que “abandonar el marxismo es una de las pocas cosas que no ha

---

<sup>1028</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 185.

hecho el PCE en sus esfuerzos por mejorar su imagen política (...). Como en 1977, también en 1978 el PCE resultó ser el campeón de la moderación. Carrillo ha sido el mejor valedor de Suárez<sup>1029</sup>. Sin embargo, esta moderación tuvo un precio: “el PCE ayudaba generosamente a la consolidación de un régimen liberal-democrático, pero se hundía en contradicciones que tendrían que estallar en algún momento”<sup>1030</sup>. Igualmente algunos críticos apuntaban las contradicciones de este proceso: “en España, durante cinco años (desde la muerte de Franco) se había intentado lo imposible: una Monarquía sin monárquicos, un marxismo sin Marx, un comunismo sin Lenin, un capitalismo con el máximo intervencionismo estatal...”<sup>1031</sup>. Moderación, frustración electoral, crisis. “el PCE se encontraba imposibilitado para avanzar hacia el socialismo, tampoco era un elemento condicionante en la vida política y, finalmente, no conseguía defender los intereses de la clase que representaba”<sup>1032</sup>. A esto había que sumar: “las presiones ejercidas en diversos sentidos por transformar el partido internamente” “la eliminación del término leninismo como seña de identidad del PCE”. Como ya hemos visto anteriormente, entre los acontecimientos más criticados se encontraban los “Pactos de la Moncloa”, ocasión en la que se responsabilizaba el partido de haber realizado excesivas concesiones, mostrando su renuncia a la ruptura con el pasado y la aceptación de las reformas en el marco de la continuidad: “sus dirigentes políticos hicieron innumerables concesiones innecesarias, sobre todo en el momento de la legalización del Pce, en los Pactos de la Moncloa –donde el PCE decidió sobrevalorar unas contrapartidas que nunca se materializaron- y en la configuración de la nueva constitución, donde se aceptó un sistema político hermético a las demandas sociales. Además, todo eso se presentaba travestido de ‘victorias democráticas’ en vez de reconocer que en realidad se trataba de derrotas, de limitaciones debidas a la debilidad política relativa, lo que creó una desorientación social difícilmente descriptible además de duradera”<sup>1033</sup>. Asimismo, debido a su actitud extremadamente moderada y poco renovadora, se acusaba críticamente al partido de tirar “por la borda buena parte de la veracidad política que

---

<sup>1029</sup> Carr, Ramon y Fusi, Juan Pablo: *España de la dictadura a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1979, pág. 316.

<sup>1030</sup> “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982” de Sánchez Rodríguez, Jesús en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 40.

<sup>1031</sup> Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 211.

<sup>1032</sup> “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982” de Sánchez Rodríguez, Jesús en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 43.

<sup>1033</sup> Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005, pág. 201.

había en él, conquistada milímetro a milímetro por los sacrificios de sus militantes, al presentar su dirección como nuevos avances democráticos cada concesión a los intereses políticos de la derecha social”<sup>1034</sup>.

En segundo lugar, era evidente la necesidad de renovación de su dirección, de nuevos mecanismos de democracia interna. En los setenta se escenificó la separación entre la base y la dirección ya que los militantes no compartían en pleno el cambio político-estratégico emprendido por el partido, marcado por la moderación y renuncias, considerándolo si útil a la estabilización democrática del país pero también un intento de incrementar el atractivo electoral del partido. Al mismo tiempo, la militancia seguía descontenta por la escasa democratización del partido en su interior y por el centralismo de Carrillo. En términos generales, se argumentaba que “el eurocomunismo fue un intento de potenciar el atractivo electoral del comunismo disociándolo de su identificación con la represión y el atraso económico soviético”<sup>1035</sup>. El tema del centralismo democrático se debatió en el X Congreso, momento en que los eurorrenovadores denunciaban el funcionamiento burocrático y autoritario de los órganos dirigentes. La militancia acusaba al grupo dirigente de escasa receptividad de las demandas de los nuevos movimientos sociales y del distanciamiento de los intelectuales del partido. En el documento *Por el eurocomunismo y la renovación* (o *Documento de los 250*), los renovadores pedían “la profundización de la política eurocomunista y la renovación del partido”, reconociendo “un creciente desfase entre las formulaciones políticas del PCE y su realidad interna”<sup>1036</sup>. En el documento se criticaba la gestión del partido que estaba desvirtuando el proyecto eurocomunista, mostrando “una alarmante propensión a la ambigüedad y al tacticismo” junto con “una enorme falta de sensibilidad ante importantes aspectos de la lucha ideológica y política de la España de hoy”. En lo que concierne al eurocomunismo, el documento le definía como la “necesidad de una política de concentración democrática para consolidar el Estado de las libertades y de las autonomías”, argumentando que en la estrategia eurocomunista “la mayoría de la población es el protagonista activo de la revolución social que acabe con la división de la sociedad en clases”. Asimismo en el texto se afirmaba que la naturaleza del eurocomunismo se apoyaba en “la concepción del valor revolucionario universal de la libertad y de la democracia, y [en] que el socialismo y la

---

<sup>1034</sup> Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005, pág. 202.

<sup>1035</sup> Pipes, Richard: *Historia del Comunismo*, Grijalbo Mondadori, S.A., Barcelona, 2002.

<sup>1036</sup> Vega, Pedro y Erroteta, Peru: *Los herejes del PCE*, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 311.

democracia política son indisolubles”, representando el eurocomunismo “una vía original de superación de todo tipo de disociación entre socialismo y libertad”<sup>1037</sup>. Finalmente, en el documento se consideraba el modelo de organización del PCE “ineficaz por la acción política eurocomunista”, apelando a la necesidad de mayor flexibilidad, de libertad de discusión. El oficialismo consideraba que este documento empujaba el PCE hacia un proyecto “socialdemócrata y pequeñoburgués” y por lo tanto, no solo lo rechaza, sino que lo responsabilizaba de agravar la crisis dentro del PCE. Y aquí estuvo uno de los errores del PCE eurocomunista, el de no comprender que “para el desarrollo del eurocomunismo, la cuestión del partido, de un nuevo tipo de partido marxista, se ha convertido objetivamente en una cuestión crucial, y no sólo en España”<sup>1038</sup>. La dirección del PCE siguió sin permitir una amplia participación de la base, imponiendo las decisiones transcendentales desde arriba, sin participación en el debate y en las decisiones. Lo reconoció tardíamente el mismo Carrillo, cuando afirmó que “el error fundamental es que el Partido ha estado haciendo política por arriba y hacia arriba”.

El fracaso, o la pantomima, se exteriorizó en 1982, con la existencia de tres facciones comunistas diferentes, cada uno debilitado y con una escasa representación institucional.

Y en tercer lugar, era evidente la necesidad de una renovación ideológica real: la modernización propuesta por Carrillo era más teatral que efectiva, insuficiente, “lo más parecido a una ‘revolución desde arriba conservadora’- cambio de fachada pero sin tocar los mecanismos del poder”<sup>1039</sup>. La falta de atrevimiento, por un lado, y el miedo a ser marginado, hicieron que el PCE asumiera una postura tan moderada que, para algunos, ni siquiera diferenciaba de la PSOE: “El error básico del PCE, desde que logró su legalización, fue soslayar toda relación política con el PSOE y, en cambio, reforzar la relación con Suárez; esta relación quizá tiene una razón de ser al principio, para lograr la legalización, pero luego (...) origen de ulteriores divisiones y debilidades. Una interpretación grosera del Eurocomunismo podría prestarse fácilmente a justificar la querencia algo perversa de tipo derechista a lo que Carrillo nos ha empujado en su última etapa de Secretario General. Pero es una idea simplista, lo que el eurocomunismo

---

<sup>1037</sup> Vega, Pedro y Erroteta, Peru: *Los herejes del PCE*, Planeta, Barcelona, 1982, pág. 312.

<sup>1038</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 334.

<sup>1039</sup> ‘Nuestra Bandera’. La transición doctrinal del comunismo español y el Eurocomunismo, 1975-1979. Historia de un fracaso” de Miguel Ángel Perfecto y Javier García, en Tusell Javier editores: *Historia de la transición y consolidación democrática en España: 1975-1986*, UNED y Universidad Autónoma, Madrid, 1996, pág. 250.



sí ha aportado es la exigencia de realizar el paso de la dictadura a la democracia por vías electorales, de convicción, de transformación de las mentes hacia métodos y hábitos de tolerancia y eficiencia mental (...) introduciendo en la mentalidad española un baño de laicismo y de tolerancia”<sup>1040</sup>. El mismo Azcárate afirmaba que “se dio una interpretación derechista del eurocomunismo que, en el fondo, lo equiparaba a una socialdemocracia con una vestimenta más o menos renovada. En España, el eurocomunismo cayó enseguida en esa interpretación derechista. La adhesión de Carrillo para *ganar* a los socialistas por nuestra adaptabilidad, a aceptar la Monarquía y otros residuos de la etapa franquista nos llevó a perder capacidad de iniciativa y a desdibujar nuestra personalidad”<sup>1041</sup>.

Por eso, el declive electoral fue acompañado por dos eventos traumáticos: la crisis de los renovadores con expulsiones y más fracturas; la dimisión –autoexclusión– de Carrillo. En la última etapa eurocomunista, la vida del PCE se caracterizó por el abandono de figuras de primera plana del partido, por expulsiones y tensiones dentro de su organización.

No obstante, la adopción del eurocomunismo por parte del PCE fue casi “un camino obligado” ya que el partido había entendido que, tras la dictadura de Franco, “sin una fuerte infusión de libertad”, el socialismo no había ninguna posibilidad de ganar. Si el propio PCE descarta como inviable la vía insurreccional para pasar al socialismo en las condiciones políticas y sociales de la Europa occidental, es evidente que la vía democrática también se muestra inviable para alcanzar un cambio en profundidad de las estructuras sociales. El desconcierto por tal situación tiene su reflejo en el fracaso del eurocomunismo.

Aún así, para el PCE, participar en el proyecto eurocomunista tuvo gran importancia: “el eurocomunismo, es sin lugar a dudas, la estrategia política de carácter internacional en la que el PCE ha jugado el papel más importante de toda su historia, ya que no sólo fue un fiel seguidor de la línea marcada por los comunistas italianos, sino que introdujo sus propios elementos de debate, a la vez que aplicaba dicha política en los últimos años de la lucha contra Franco y en los años de la transición hasta su legalización en abril de 1977”<sup>1042</sup>.

---

<sup>1040</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 171.

<sup>1041</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 126.

<sup>1042</sup> *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, Vol. I, pág. 107.

El PCE fue, probablemente, el más eurocomunista de los tres, pero no tanto por convencimiento en la nueva estrategia o por confianza en los progresos político del PCI, sino más por interés en consolidarse en España como fuerza opositora, alternativa válida para luego competir para alcanzar el Gobierno.

En el caso de España, la valoración del Eurocomunismo del PCE resulta influida por el peso de la transición, es decir, resulta tan negativo, e incluso deformado, por la frustración de la política adoptada por el partido durante la transición. Mientras algunas culpaban de haber asumido una postura excesivamente derechista, otros reprochaban el exceso de estalinismo dentro del partido. La valoración de la experiencia eurocomunista no se desliga de la apreciación de la política interna. Era evidente que el partido no había consumado esta democracia que tanto invocaba. Por eso el juicio sobre el eurocomunismo resulta vinculado a como se hizo la transición y se asocia a la figura de Carrillo y la dirección ortodoxa del partido, a su gestión personalista del poder, su control y mando sobre el Comité Central. El PCE se caracterizó por la falta de democracia interna tanto que se decía que el PCE carrillista era “eurocomunismo puerta fuera y estalinista dentro”. Y también padecía otra debilidad: el Partido Comunista español pensaba ser como el PCI y poner a los socialistas en segunda plana. El resultado electoral demostró que esta visión era demasiado optimista y viciada por la falta de conocimiento de la realidad nacional.

Por las consecuencias y el peso de factores internos, en el análisis de la experiencia eurocomunista asume gran importancia los debates sobre la política del PCE y acerca del eurocomunismo, no sólo en el PSUC (el más italiano), sino también en los partidos de diferentes comunidades (Euskadi, Madrid).

Un elemento que merece la pena subrayar es que la acción política del PCE fue condicionada por la obsesión de no ser aislados, por no ser excluido por los procesos de cambio en marcha: por eso, la acción política del PCE eurocomunista está finalizada al objetivo de obtener visibilidad y reconocimiento. Sus actos y sus palabras tenían el fin de romper el aislamiento, alcanzar visibilidad pública, buscar protagonismo político y salir de la agujero.

### **13.1.2 El caso del PCI**

En el caso del Partido Comunista italiano, el fracaso del eurocomunismo fue consecuencia de la incapacidad del partido en comprender la progresiva transformación de la sociedad italiana, generada por el constante crecimiento de la economía y el

correspondiente incremento en el prestigio internacional. El PCI, al margen de este proceso, se convirtió en algo del pasado.

Además, el PCI no supo comprender que la historia cuenta con varios precedentes de partidos que, precisamente en el momento en que consiguen alcanzar su máxima fuerza –o bien en términos de consenso electoral o bien como de amplitud e intensidad de relaciones con las masas populares- se paralizan y permanecen en una situación de *empasse* estratégico caracterizado también por su escisión entre la teoría y la práctica (como por ejemplo paso a la socialdemocracia alemana en vísperas de la primera guerra mundial, al partido socialista italiano en la primera posguerra). El partido cayó en la peligrosa paradoja de representar, a la vez y al mismo tiempo, el partido de régimen y su alternativa, perdiendo la “frescura del cambio”, la fuerza revolucionaria. Puede que fue un error de cálculo, tanto que, como indicó el mismo Berlinguer en un mitin en Turín: “los comunistas deben ser a la vez conservadores y revolucionarios”. A veces el PCI parecía padecer una especie de dislocación ideológica, resultando defensor de viejas ideas del comunismo estalinista o promotor de ideas nuevas y reformistas. El mismo Berlinguer mostraba esta ambigüedad, ya que a veces reivindicaba la novedad, el valor del eurocomunismo, y otras halagaba el vínculo con el pasado, sin darse cuenta que en ciertas ocasiones y acerca de ciertos temas, este vínculo podía ser “asfixiante”. Esta actitud alimentaba las dudas acerca de la posibilidad de un real cambio del PCI, poniendo de manifiesto la ambigüedad del Partido, la debilidad del proyecto eurocomunista, la incoherencia de un partido que afirmaba la inexistencia del socialismo sin libertad y, al mismo tiempo, definía socialista a la URSS.

¿Por qué nunca llegaba en el poder? Fueron muchas las motivaciones. La política del PCI se caracterizó por el excesivo *gradualismo*, por una tendencia legalista de su política, eliminando forzosamente la perspectiva de una posible ruptura: “la ‘guerra de posiciones’ gramsciana había sido vertida, cada vez más, en un molde gradualista, eliminando de la perspectiva toda ‘ruptura’, todo ‘salto cualitativo’”<sup>1043</sup>. El resultado fue una espera demasiado larga, que provocó desconfianza y agotó la base. Era evidente que la excesiva prudencia el PCI era consecuencia del temor, aunque, también es cierto que se sintiera más cómodo en la oposición: el PCI era de un partido de lucha y no de poder, de oposición y no de gobierno. Al mismo tiempo se criticaba el hecho que los avances electorales eran inversamente proporcionales con el arraigo del partido: cuando más

---

<sup>1043</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 138-139.

crecía su peso electoral, se creaba una fractura entre la base y el grupo dirigente. “En resumen, los crecientes éxitos electorales del PCI, su ‘ocupación’ progresiva de posiciones de poder en el sistema político, no iban acompañados de la construcción de un bloque social capaz –por su nivel de conciencia, por su grado de articulación interna, por la calidad de su programa- de afrontar las duras pruebas que se avecinaban”<sup>1044</sup>.

La particularidad del PCI fue que “siempre ha funcionado como una doble herejía – herejía de tipo protestante respecto de la sociedad italiana, predominantemente católica, y herejía de tipo hegeliano y ‘gramscista’ respecto de la ortodoxia leninista”<sup>1045</sup>. De opinión, parecida Valli consideraba que el eurocomunismo tenía su epicentro en Italia ya que este representaba el país donde convivían dos sociedades: una industrial avanzada, otra atrasada en muchos sentidos.

El primer punto crítico en la historia del PCI fue representado por la “primavera de Praga”, que marcó una primera escisión dentro del PCI entre la base y el partido, por un lado, los intelectuales por otro. Gran parte de la militancia aprobó la intervención armada soviética, incluso algunos la consideraron oportuna ya que tras la denuncia de los crímenes de Stalin resultaba necesario que la URSS mostrase su fuerza y su firmeza. Sin embargo, los intelectuales quedaron sorprendidos que, tras el XX Congreso, Moscú siguiese una línea “brutal” y violenta, sin aprender de sus errores.

Se sucedieron años difíciles en los que el partido intentaba ofrecer la estrategia idónea para alcanzar el poder, consciente de las dificultades que conllevaba este objetivo. En Berlín, en 1976, Berlinguer entendía parte de los problemas: “lamento che lo sviluppo nell’elaborazione del marxismo non va di pari passo con le grandi trasformazioni della realtà del mondo contemporaneo”.

En estos años, en que Italia padecía una grave crisis económica y política, la estrategia del PCI mostró sus límites y no convenció a la base: la actitud tomada y el abstencionismo terminaron, de todos modos, por apoyar al fallido proyecto de la DC, demostrando que el partido seguía preocupado por “ganar elecciones y acercarse al poder”. Pero en 1976, el Partido era el “ago della bilancia” de la política italiana, aún así, descubrió que no todos los caminos conducen a Roma.

La estrategia del compromiso histórico fue muy criticada ya que terminó por comprometer al partido, desvirtuar su acción y sobre todo pareció excesivo en la política económica. Esta táctica moderó excesivamente los objetivos y los métodos del partido

---

<sup>1044</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág.141.

<sup>1045</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 144.

(tanto que algunos se preguntaban si era lícito seguir hablando de un partido de lucha), recortó las propuestas de reformas del partido. En consecuencia de este cambio de actitud, “el PCI se limitaba, así, la posibilidad de elaborar y ofrecer una verdadera alternativa programática a la crisis frente a la alternativa de capital monopolista y de la democracia cristiana”<sup>1046</sup>. “La linea del ‘compromesso storico’ e l’eurocomunismo furono manifestazioni tipiche dell’incapacità del PCI di interpretare le richieste di fondo che a esso rivolgeva la società italiana e di cui fu segno preciso il successo elettorale del 1976, quando per il partito votò un gran numero di persone che auspicavano che esso si facesse interprete di un’alternativa morale e politica, essendo del tutto estranee alle ambizioni berlingueriane di rinnovare il comunismo. Negando al sistema politico italiano una propria Bad Godesberg, il PCI dimostrò che, se riusciva a essere il collettore di una protesta vasta e articolata, non era in grado di diventare il soggetto determinante di una Sinistra democratica socialista”<sup>1047</sup>. Aún así, algunos consideraban que, tras la nueva estrategia eurocomunista, “i partiti comunisti dell’Europa occidentale fossero o sulla via della democratizzazione –una specie di Bad Godesberg continentale- o addirittura arrivati nel campo della democrazia occidentale”<sup>1048</sup>.

La decisión de “salvar el país” del caos era una especie de traición por la clase trabajadora, que se sintió alienada, con consecuente fortalecimiento de los grupos a la izquierda del PCI. La estrategia del PCI, aunque no comportaba la presencia directa del partido en el Gobierno, significó la pérdida de confianza por parte de un electorado que exigía una actitud coherente y amenazaba con desarticularse y fraccionarse.

Finalmente, “los comunistas, más papistas que el papa, en su prisa por demostrar que eran los más firmes soportes del Estado, sacrificaron una vida [Moro] y salvaron su Némesis en vano (...). En las elecciones de 1979, más aislado que nunca, el PCI perdió un millón y medio de votantes. El ‘compromiso histórico’ no le reportó otra cosa que la desilusión de sus electores y el debilitamiento de su base”<sup>1049</sup>.

En la crisis del PCI, otros apuntaron a la falta de una estrategia política clara, caracterizada más bien por formulas obscuras y por un programa parecido (y cada vez más) al de la socialdemocracia. “The PCI formally abandoned the ‘historic compromise’

<sup>1046</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 140.

<sup>1047</sup> Salvadori, Massimo L.: *La sinistra nella storia italiana*, Editori Laterza, Bari, 1999, pág. 160.

<sup>1048</sup> “Gli Stati Uniti e il PCI: il caso dell’eurocomunismo” de Micjeal A. Ledeen, en *Nuova Storia Contemporanea*, anno V, numero 4, luglio-agosto, 2001, pág. 133.

<sup>1049</sup> “La herencia dilapidada de la izquierda italiana” de Perry Anderson, en *Viento Sur*, número 104, julio 2009, pág. 10.

strategy in November 1980, replacing it with the so-called. 'democratic alternative', a formula for a governing coalition which would exclude the Christian Democrats and seek to forge an Alliance of the Left, with the Socialist Party (PSI) as the indispensable ally (...). The plethora of formulae proposed by the PCI, often wrapped up in obscure language is indicative of the Party's difficulties in elaborating a coherent and consistent line. While the 'democratic alternative' remains the ultimate objective, formulae for a 'constituent government', a 'grand coalition', a 'programmatic government' and a 'guarantee government' have all figured in Party pronouncements or have been proposed by leading Party figures in recent years. The overall impression which is given is of a Party unsure of itself, in need of a more clearly defined identity. Even among the leadership, the differing interpretations of Party line and the need constantly to reiterate and clarify strategic choices, often in the non-Party press, suggests confusion and a lack of consensus"<sup>1050</sup>. Además, "after spending 40 years in opposition, the PCI still appears unlikely to participate in government in the foreseeable future (...). The uncertainties which exist over the Party's strategic line are evident from the debates amongst the leadership which have often erupted in the press (...). In many ways, the problems of the PCI are more akin to those facing the West German SPD and the British Labour Party. The task which confronts all these parties is the development of a political program which gives a clear vision of the meaning and relevance of socialism in the late twentieth century and provides the basis for the building of new electoral coalitions which embrace the Left's traditional working-class constituencies and new social movement concerned with issues like the environment, peace and feminism.

Para Luporini, el PCI no supo comprender ni ofrecer una respuesta satisfactoria a la demanda de alternativa manifestada por el movimiento del 68. Ante este acontecimiento, a pesar de revelar una actitud más sabia respecto al PCF, el PCI no mostró la capacidad de orientar aquel gran movimiento de masa y encauzarlo en un marco político cercano a su postura. No supo articular una respuesta convincente que impidiese la formación de un bloque socio-político alternativo.

Para Gianni Borgna, el gran límite del PCI fue preocuparse más por defender el marco político existente en Italia que poner las bases, construir las premisas necesarias para su superación. "Al proponerse alcanzar esos objetivos mediante un entendimiento con el conjunto de la DC, y por tanto, con su burocracia dirigente, principal instrumento del

---

<sup>1050</sup> "The Italian Communist Party: Goodbye to Eurocommunism" de Philip A. Daniels, publicado en *The World Today*, Vol. 43, No. 8/9, agosto-septiembre de 1987, pág. 139-140.

capitalismo italiano, el PCI se exponía a entregar su alma revolucionaria al diablo, en lugar de rescatar el alma democrática de la DC”<sup>1051</sup>. A pesar de su grave crisis, “solo en Italia, el Eurocomunismo ha sido capaz de emprender un camino original (...). El grueso de los comunistas ha sabido crear un nuevo partido...”<sup>1052</sup>. Y, en otro escrito, el mismo Azcárate llegó a afirmar que “el eurocomunismo se ha convertido hoy en una anomalía italiana”, subrayando que el PCI logró “interiorizar en buena parte la crisis del eurocomunismo; y está así, a través de la discusión, buscando salidas, caminos hacia delante”<sup>1053</sup>.

No comparto esta idea, sobre todo el considerar el clásico argumento de la peculiaridad del caso italiano, dándole incluso una acepción positiva tal y como lamentaba Bobbio en septiembre de 1978, “se habló de ‘anomalía italiana’, pero en un sentido positivo, como si el ser anómalos fuese una virtud”. El caso del PCI y del comunismo italiano representó emblemático del fracaso del eurocomunismo y la grave crisis sucesiva que llevó el partido a su fin demostró su incapacidad a encontrar un camino para salir adelante y la necesidad de realizar un viraje hacia otras posiciones.

Personalmente, considero que el PCI tenía que definir más claramente su papel y los límites de su relación con la DC, evitando la “servidumbres politicistas”. Incapaz de renovarse y de distanciarse del partido democristiano, el Partido Comunista italiano vio perder su poder atracción hacia los jóvenes y los nuevos movimientos sociales, convirtiéndose –ahimé– en un partido de “jubilados” y de nostálgicos –incluso a veces de resignados–, alejándose de su legado político e inclinándose hacia posturas anteriormente criticada, pero considerada necesaria para garantizar la supervivencia política del partido, “a costa de la herejía doctrinal”. El partido no comprendía la gran esperanza de los italianos en un cambio social “radical y efectivo”, ni había explicado lo suficiente como realizar el cambio cualitativo socio-económico del país. El PCI no supo comprender en profundidad los cambios de la sociedad italiana.

El PCI, pese a sus avances electorales en 1977, no logró nunca su ambición de llegar al gobierno y la estrategia del compromiso histórico generó más dudas que respuestas de cuál fuera el camino para alcanzar el poder. A pesar de una impresionante implantación social, de una masa militante cuyo poder gravitatorio se consideraba muy superior a las

---

<sup>1051</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 140.

<sup>1052</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Ediciones El País, Madrid, 1998, pág. 127

<sup>1053</sup> Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 297 y 296.

tendencias disgregadoras que pudiera haber supuesto el fracaso táctico inmediato, el PCI se encontró frente al dilema de qué tipo de cambio actuar. ¿Volver a la corriente pro-soviética o profundizar el cambio con el riesgo de alcanzar posiciones socialdemócratas?

Particularmente cierta, aunque delosadora, resulta la frase de Amendola de que “una organizzazione politica che non raggiunga i suoi obiettivi in un cinquantennio con almeno tre generazioni di militanti, deve ricercare le ragioni di questo insuccesso, e sapersi trasformare”<sup>1054</sup>. El PCI nunca consiguió “passare dell’arte di ‘salvare l’Italia’ a quella di governarla”<sup>1055</sup>.

### 13.1.3 El caso del PCF

El caso de Francia fue anómalo: su aceptación del eurocomunismo fue rápido y su abandono aún más. El PCF tuvo siempre una actitud titubante entre seguir los cambios (y las modas) italianas con el riesgo de encararse con Moscú o seguir con un planteamiento no excesivamente discordante con las directrices soviéticas.

No obstante, según varios analistas, fue allí donde se jugó el destino del eurocomunismo. A primera vista, esto puede parecer paradójico ya que el PCF ni era el más poderoso partido eurocomunista (PCI) ni el más atrevido en sus planteamientos eurocomunistas (PCE). Sin embargo, es cierto que su prematuro abandono del proyecto perjudicó el futuro desarrollo del mismo, complicó su camino y desestabilizó los ya precarios equilibrios dentro del movimiento, apostando por un retorno a las antiguas sendas soviéticas.

El Partido Comunista francés se caracterizaba por su inflexibilidad táctica y doctrinal: no obstante ante la marginalidad política, el declive electoral y la “improcedencia doctrinal”, el partido decidió realizar un cambio hacia nuevas posturas en la esperanza de aumentar el consenso en torno al partido.

El PCF causó el final del eurocomunismo por su actitud tanto en política nacional que internacional, caracterizada por la falta de claridad y un elevado grado de improvisación. Entre cambios, arrepentimientos y atrevimientos, el PCF mostraba una actitud contradictoria, apoyando la Union de la gauche para abandonarla poco después. Un abandono, como ya hemos afirmado, provocado por muchas razones: prácticas (la

---

<sup>1054</sup> “Ipotesi sulla riunificazione” de Giorgio Amendola en *Rinascita*, de 28 de noviembre de 1964.

<sup>1055</sup> Paggi-D’angelillo: *I comunista italiani e il riformismo. Un Confronto con le socialdemocrazie europee*, Einaudi, Torino, 1986, pág. XVII-XVIII.



dificultad de gestionar la difícil crisis económica, que hubiera obligado el partido a tomar unas decisiones impopulares), de celo-cálculo político (la mayor relevancia de Mitterrand respecto a Marchais), de natura ideológica (el temor a perder la propia identidad). El PCF demostraba su incapacidad a transformarse, a evolucionar para responder a las exigencias de la sociedad francesa.

En consecuencia de eso, el número de afiliados declinó de forma increíble paralelamente a la reducción del poder de los sindicatos de clara matriz comunista. En consecuencia de la grave crisis de la industria pesada, el PCF vio reducir su poder de atracción sobre la clase trabajadora y, al mismo tiempo, sobre la sociedad francesa. E igualmente que el PCI, el partido se mostraba incapaz de atraer el voto joven, que culpaban el partido de incompreensión de la modernización social francesa. Mientras los socialistas veían su capacidad de adaptarse a los cambios de la sociedad francesa recompensado por un incremento electoral, el PCF mostraba sus límites, ligados a la tradición y a un estalinismo-leninismo poco atractivo desde el punto de vista social. Y, a la vez, se asistió a un “alejamiento” de los intelectuales del partido (históricamente llamados los “italianisants”<sup>1056</sup>), con relativo declive del poder de atracción del comunismo en Francia.

¿Cuándo terminó el eurocomunismo? Tampoco sobre este asunto hay consenso. Para algunos terminó en los ochentas con la involución del PCF y el retorno a posiciones pro-soviéticas, a la ortodoxia y a las viejas certezas, mientras el PCI mostraba su imposibilidad o, más bien, impotencia, a alcanzar el poder, profundizando su ruptura con el bloque soviético y acercándose a posiciones socialdemócratas a finales de los ochenta, considerando la experiencia eurocomunista como una suerte de puente que “permitía” que esta migración ideológica pudiera contar con un camino menos dificultoso. El PCE fue el que tuvo el final más virulento, estalló en pedazos. En 1982 representó el desastre, sin paliativos, tras la dimisión de Carrillo y la debacle electoral de octubre, con la pérdida de un millón de votos y apenas 4 diputados.

Muchos consideran que el eurocomunismo francés terminó en 1978, a partir de la ruptura de la Unión de izquierdas: tras el fracaso electoral, el PCF decidió abandonar el proyecto, retomando el camino hacia Moscú, reconciliándose con la URSS. Su retorno se selló con la aprobación de la invasión de Afganistán, la celebración de una

---

<sup>1056</sup> Segre, Sergio: *Il sarto di Ulm*, Il saggiatore tascabili, Milán, 2009, pág. 183.

Conferencia de partidos comunistas pro-soviéticos en París y el apoyo al golpe del general Jaruzelski en Polonia.

El PCI tomó el camino contrario, en el sentido que su ruptura, más tardía y dolorosa, no significó una vuelta al pasado y el restablecimiento de “plenas relaciones” con Moscú, sino más bien el alejamiento del proyecto comunista, cuya culminación fue la “svolta della Bolognina”. Frente a los escasos resultados del compromiso histórico, el PCI emprendió un camino de acercamiento a la socialdemocracia, marcando distancia con la URSS y con el PCF, como demostró la condena al golpe militar en Polonia.

En el PCE, la situación resultaba más compleja debido a las dificultades internas y los malos resultados electorales que perjudicaron el desarrollo del eurocomunismo en España. En el partido, empezó una etapa de expulsiones y escisiones que pusieron en peligro la misma supervivencia del partido. Para el PCE, el eurocomunismo coincidió o representó un periodo corto y convulso en su historia, simbolizando, por un lado, la consolidación de las modificaciones teórico-estratégicas empezadas en 1956 y por otro, el fracaso de las expectativas del partido tras el final de la dictadura. El eurocomunismo del PCE fue eso: la idea de que esta nueva vía permitiría al partido alcanzar el socialismo en una sociedad desarrollada chocó con el resultado electoral y el desencanto general de los militantes que vieron sus expectativas fracasar. En 1977, los comunistas entendieron que habían alcanzado el objetivo de no quedarse marginados, pero que su espacio político era mucho menor que sus expectativas. Esta situación conlleva la decadencia del PCE, su pérdida de peso socio-político: la desorientación política provocó o coincidió con el declive del proyecto eurocomunismo, conllevando la división del partido y las luchas intestinas (entre los eurorenovadores, los prosoviéticos y los centristas), las dimisiones y las expulsiones.

### **13.2 El final del eurocomunismo y el avance de la derecha**

El eurocomunismo se gestó en una época difícil, de profunda crisis en varios sectores y ámbitos: “Señales de descomposición”: eso emitía la izquierda social europea en la segunda mitad de la década de 1970, aunque algunos árboles aislados le impidieran a la mayoría ver el bosque, la tendencia general”<sup>1057</sup>.

Considerando los obstáculos, las promesas de victoria y las amenazas externa, el eurocomunismo podía terminar en diferentes maneras. Tenía diferentes posibilidades y

---

<sup>1057</sup> Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005, pág. 195.

caminos. Por un lado, el eurocomunismo podía llevar la fractura con el bloque soviético hasta la ruptura, postulando un tercer cisma y consagrando el triangulo Roma-Madrid-París como un cuarto polo alternativo a Moscú, a Pekín o a Belgrado. Sin embargo, para que tomase esta senda y se realizase esta nueva división dentro del movimiento comunista, hacía falta la voluntad de ruptura –tanto por el bloque soviético como por el polo eurocomunista-, el atrevimiento a romper y a distanciarse definitivamente de un modelo criticado y renegado, pero del cual seguían dependiendo de una cierta manera. No fue así. No hubo ruptura y el “eurocomunismo no es un proceso de diferenciación en el seno del movimiento comunista internacional que, por sí mismo, todavía no modifica el dispositivo de campos y de fuerzas a escala internacional. Mientras que la ruptura chino-soviética produjo un trastorno radical y, hasta ahora, definitivo, no ocurre nada similar con el eurocomunismo. No toda ‘diferencia’ tiene el mismo valor y el mismo efecto”<sup>1058</sup>.

Por otro lado, podía representar exclusivamente un paréntesis en la historia del movimiento comunista. Tras una larga gestación, la vida del eurocomunismo podía verse interrumpida por las dificultades encontradas o por la falta de coraje a la hora de elegir el camino a seguir. En esta perspectiva, en caso de *empasse* electoral o dificultad extrema, los partidos “rebeldes” podían sufrir la tentación de volver a la ortodoxia clásica tras una etapa de reajustes internos y reflexión crítica sobre su cambio de actitud. No obstante, el “cambio” hubiera resultado beneficioso para el partido ya que algunas adquisiciones (lo que hemos llamado méritos del eurocomunismo) no podrían ser abandonada, mostrando una evolución teórica del partido. Y eso fue lo que paso: tras un breve periodo en que el eurocomunismo anheló a representar una “plataforma político-ideológica” independiente de Moscú, los partidos comunistas de Italia, España y Francia volvieron a “alinearse”, a desempeñar un tipo de actividad, de función y de táctica clásica, más conforme con la tradición. En el caso de Francia, las palabras de Kriegel parecen proféticas: “arguyendo con toda razón los precedentes ‘theorecianos’ de 1937 y 1946, de los que todo el mundo sabe que no han anunciado una práctica eurocomunista independiente, el eurocomunismo a la francesa se limitaría a haber sido una vigorosa y audaz adaptación a las circunstancias y a las exigencias de una coyuntura prometedora, con el mismo sentido y la misma utilidad que las no menos vigorosas y osadas adaptaciones conocidas por el P.C.F. desde 1934 a 1936, cuando pasó del

---

<sup>1058</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 218.

antipatriotismo revolucionario al patriotismo neojacobino y de la dictadura de los ‘soviets en todas partes’ a la democracia antifascista”<sup>1059</sup>. A sabiendas del riesgo de su acción, la marcha de los partidos eurocomunistas fue “prudente, más política que ideológica, pero por ello también pragmática y hasta ambigua y contradictoria”<sup>1060</sup>.

Como hemos venido afirmando, el eurocomunismo irritó Moscú, intrigó Washington, trastornó el debate político de entonces, despertó grandes esperanzas, apareciendo como una “repesca”, un salvamento como secuela de un grave fracaso. Se postulaba como un comunismo nuevo.

Los Partidos comunistas soñaban conseguir las reformas que llevarían al socialismo bajo el capitalismo: sus fracasos significó decepción y declive de la extrema izquierda. Desde este punto de vista, la asunción de los valores y métodos democráticos de actuación política influye decisivamente en su estrategia de transición al socialismo. A pesar de la expectativa creada y de la resonancia, internacional, el fenómeno eurocomunista tuvo breve vida. El libro *Eurocomunismo y Estado* representó el “ápice” del éxito político de la nueva impostación no tanto por su contenido sino sobre todo por la polémica que desencadenó: por eso, representó al mismo tiempo el primer síntoma del “cansancio” del comunismo democrático. Desde su publicación, el eurocomunismo empezó un calo progresivo que llevó el movimiento y su estrategia a desvanecer, a ser arrinconado en el olvido: había tocado su cima política y a partir de aquí empezaba su desmoronamiento. Mientras su etapa de auge fue de 1975 a 1979-1980, en 1983, ya nadie hablaba de forma esperanzadora del Eurocomunismo y se referían a él sobre todo para narrar de acontecimientos pertenecientes a la década pasada: de aquella popularidad, “esplendor” que había alcanzado en la Cumbre de Madrid, quedaban pocos rostros. El PCI era un partido “bloqueado políticamente”, aislado e incapaz de realizar el *sorpasso*; el PCE entraba en bancarrota tras la derrota electoral, que supuso terremoto dentro del Partido (con la renuncia de Carrillo).

Entre las causas del fracasó eurocomunista, apuntábamos al papel que jugaron los Estados Unidos y las fuerzas conservadoras en general. La derecha mundial miró con lupa la actuación del eurocomunismo, mostrando una postura desconfiada, negativa (ya decíamos que le consideraba “un nuevo barniz dado a una construcción doctrinal definitivamente superada” en palabras de Jacques Chirac) y adversa. Con la subida en el poder de la Thachter y Reagan el mundo había cambiado y, a pesar de sus esfuerzos

---

<sup>1059</sup> Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979, pág. 156.

<sup>1060</sup> Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978, pág. 32.

para alcanzar el poder, los partidos comunistas permanecían al margen de la vida política nacional. Por eso, Berlinguer, Carrillo y Marchais prefirieron volver a las posiciones anteriores al experimento eurocomunista, más *clásicas*, sin dar seguimiento a las intuiciones que le hicieron famosos.

Merece la pena aclarar este punto, el avance de la derecha. A finales de los setenta, se produjo un evidente regreso de la izquierda europea y una ofensiva “político-ideológica” de la derecha: los socialistas ante las elecciones perdieron en Gran Bretaña y en Alemania Occidental; luego en otros países como Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda. El auge de la derecha en Europa resultaba posible ya que fueron hábiles en presentar “una ideología con capacidad de atracción para sectores populares: mezcla de valores tradicionales (familia-orden-patria-individualismo), con cierta respuesta a problemas reales planteados por la crisis del Estado de *bienestar*; rechazo del excesivo intervencionismo del Estado, exaltación de la *libre* empresa y del premio a lo que cada persona es capaz o no de realizar; se enaltece así la *desigualdad* frente al igualitarismo (...), a un auge de las creencias religiosas”<sup>1061</sup>.

Este giro “giro a la derecha” empezó a partir de la victoria electoral de Mrs. Thatcher en mayo de 1979. No cabe duda que la elección de Gran Bretaña supuso un cambio en el panorama europeo con predominio entonces de gobiernos socialdemócratas. En Inglaterra, país que, según Ralph Dahrendorf, se caracterizaba por una mezcla de “solidaridad y anarquía”, el cambio se produjo con moderación pero de forma decidida, certificando el retorno “en el poder de las elites tradicionales formadas en la escuela de Eton y Harrod y de los colegios de Oxford y Cambridge”<sup>1062</sup>.

El “hundimiento” del eurocomunismo favoreció el llamado “eurosocialismo” de Mitterrand, González y Craxi en cuyos partidos convergieron muchos de los desilusionados, de los arrepentidos, de los desengañados por un proyecto que creían capaz de reformar la sociedad. Incluso, para varios analistas, el proyecto político de Mitterrand resultaba muy próximo al que intentaron esbozar los eurocomunistas, recogiendo algún elemento de su discurso político. No debería extrañar algún punto de contacto, ya que el político francés siempre manifestó su simpatía con este proyecto y muy buenas relaciones con el PCI. Contrariamente a Craxi y Felipe González, muy críticos, durante un seminario en París, organizado por el Instituto Socialista de

---

<sup>1061</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 297.

<sup>1062</sup> Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 132-133

Estudios e Investigaciones, Mitterrand afirmaba: “El eurocomunismo se presenta hoy como un intento que, pasando por encima de Stalin, repudiado por los unos y los otros, renuncia a Lenin para volver a Marx (...). ¿No es entonces el eurocomunismo el deseo y la voluntad de aceptar las realidades de la historia contemporánea? Voluntad de reinsertar el movimiento comunista en el interior de los países capitalistas, en las formas en todo caso muy evolucionadas y cambiantes de la democracia parlamentaria y, por medio de luchas sobre el terreno, voluntad de alcanzar, de modificación en modificación, de mutación en mutación –iba a decir de reforma en reforma-, la transformación completa del modo de producción capitalista llegado a su grado de concentración (último) previsto por Marx”<sup>1063</sup>.

Por eso, considero que, para intentar ofrecer una evaluación objetiva de lo que fue realmente el eurocomunismo, se debe analizar en su contexto, en su tiempo histórico, sin obviar el peso de la situación internacional. Para un análisis completo, se debe situar en un tiempo, una década de profunda crisis socio-económica, que se resolvió con la hegemonía de los partidos de derecha. Este fenómeno se desarrolló en los setenta, una década que “selló una cesura histórica entre dos distintas épocas”<sup>1064</sup>, años marcados por acontecimientos espectaculares y de profundo valor.

Merece la pena recalcar que tras el mayo francés y el agosto praguense, “tan poca credibilidad muestra hoy el capitalismo de la abundancia como el socialismo soviético”<sup>1065</sup>: por lo tanto, se presentaba como no tanto la oportunidad, sino más bien la necesidad de plantear una alternativa a los dos bloques y a sus dificultades. No obstante, frente a la grave crisis, los años ochenta se caracterizaron por una ofensiva neoliberal que llevó un evidente retroceso de la izquierda y un marcado avance de la derecha. Esta tendencia se hizo aún más evidente en los noventa. Fueron años de contienda entre izquierda y derecha, dos modelos políticos y económicos diferentes, que acabó con la victoria de una y turbulencias en la otra. En estas dos décadas, asistimos por un lado a la aparición de figuras políticas de derecha, como Reagan, Thatcher y Kohl, que impulsaron políticas liberales para superar la crisis; y, por otro lado, se registraron algunos intentos para contener esta ofensiva, como el *socialismo mediterráneo*, las críticas laboristas y el mismo eurocomunismo. Por eso, se debe considerar que el eurocomunismo surgió en este marco de “inquietud” de la izquierda europea en los

---

<sup>1063</sup>“Fuegos cruzados sobre el estalinismo”, *Revista Política y Parlamentaria*, PUF, París, 1980, pág. 185.

<sup>1064</sup> Hobsbawm, Eric: *Il secolo breve*, Rizzoli, Milano, 1995, pág. 471 y siguientes.

<sup>1065</sup> Sotelo, Ignacio: *El socialismo democrático*, Taurus, Madrid, 1980.

setentas y el intento eurocomunista se postra en el marco de la crisis de la izquierda europea en los ochentas, tanto que no se puede comprender la crisis del eurocomunismo si no se considera como parte de la crisis de la izquierda en general. No se puede desvincular el surgimiento y la caída del eurocomunismo del marco europeo, occidental. Y, continuando, estos intentos de la izquierda sufrieron un duro golpe con la caída de la URSS y la grave crisis en los países del Este, mientras en los países de Europa occidental, se experimentaba la llamada *socialdemocracia desviada* (la de Mitterrand, Felipe González o el propio Craxi), es decir el abandono de políticas de izquierda y la adopción de tesis neoliberales. En realidad, promovían políticas de izquierda “anómalas” o, por lo menos, atípicas. Los secretarios de estos partidos socialistas movían del deseo de refundar el socialismo y subsanar la crisis interna dentro de estos partidos: el modelo que propusieron difería de la socialdemocracia alemana, tratándose, más bien, de un retroceso de la socialdemocracia clásica hacia posiciones liberales. Una vez en el poder, los partidos socialistas de España o Francia prefirieron moverse (o “rectificar”) hacia el proyecto neoliberal, que parecía ofrecer mayores garantía o posibilidad de salir de la crisis. En detalle, en el caso de Francia, Mitterrand ganó las elecciones con un programa de izquierda, pero, al cabo de un año, viró hacia la derecha, convergiendo en posiciones liberales: desde el punto de vista económico, el giro resultó espectacular, pasando de una política económica expansiva a una política de rigor. Felipe González tomó “buena nota” de la enseñanza de Francia y del riesgo de las “locuras izquierdistas”, presentando un programa tendencialmente poco de izquierda.

Y a raíz de eso, mucho se ha hablado de la crisis del marxismo. Ante el fracaso del eurocomunismo, para muchos se trató de algo más que una crisis de estos partidos, sino de un fenómeno más complejo que englobaba los partidos comunistas de toda Europa occidental. Se registró una crisis de gran envergadura, aunque la gravedad y la intensidad variaron según el país y sus circunstancias, que llevó a unos resultados comunes como la reducción de las bases electorales de los partidos comunistas, la pérdida de militantes, un incremento de los conflictos internos e incluso escisiones (como en el caso español, el griego, el sueco, el danés y etc.).

Perry Anderson relacionó la crisis del marxismo latino con el fracaso político del Eurocomunismo, considerando que “en el marco de esta área cultural y política, hubo realmente a finales de la década de 1970, algo parecido a un derrumbamiento de la

tradición marxista”<sup>1066</sup>, añadiendo que “era precisamente en los tres principales países latinos — Francia, Italia y España — donde las posibilidades del eurocomunismo parecían más claras, y donde la caída subsiguiente fue más acusada”<sup>1067</sup>. Se trató de una grande decepción que “afectó directamente a las condiciones y perspectivas del socialismo en aquellos países avanzados que hasta entonces parecían ofrecer las mayores oportunidades para un verdadero progreso del movimiento obrero en Occidente”. Según Anderson, la “crisis del marxismo latino” conllevaba como consecuencias, por un lado, una pérdida de vitalidad del pensamiento marxista debido en parte por los abandonos de los intelectuales, y por otra una reducción del peso de los partidos comunistas en las sociedades donde, anteriormente, había tenido un papel y una influencia enorme en estos países.

Tras la derrota del eurocomunismo, “el marxismo se convirtió en un puro recuerdo de la prehistoria intelectual, la voluntad de romper con la lógica del capital en una ilusión fracasada, la posibilidad de reconciliar a los partidos comunistas con la tradición del socialismo democrático en un nuevo renacer de las rivalidades sobre el telón de fondo de la decadencia de los partidos eurocomunistas. En el contexto de descomposición de las ideas y los partidos que habían dado forma a la izquierda durante un siglo emerge la nueva derecha”<sup>1068</sup>.

### **13.3 El eurocomunismo: alguna definición y reflexión. ¿Fue estrategia o táctica? ¿Mito o realidad?**

“El espectro del eurocomunismo obsesiona a Europa occidental”. A la pregunta sobre que era de verdad el Eurocomunismo, las respuestas “clásicas” o “prefabricadas” eran: una nueva esperanza para la izquierda, una “trampa del comunismo de siempre”, “el verdadero marxismo para la sociedad actual en Europa”. Pero ¿qué fue de verdad? Este fenómeno debe ser “objetivado”, en función de lo que fue más de lo que pudo haber sido. A distancia de años, sigue siendo difícil ofrecer una respuesta mayoritariamente aceptada. Incluso sigue siendo espinoso dar una definición satisfactoria y completa del eurocomunismo. Fue un poco de todo y todo de nada, fue sensación y polémica: se oscilaba entre que “este proceso responde a la crisis del marxismo a que se trata de una

---

<sup>1066</sup> Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986, pág. 30.

<sup>1067</sup> Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986, pág. 93.

<sup>1068</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 164-165.



maquiavélica táctica para confundir al adversario. Ni una ni otra cosa, o quizás, por obra de la lógica de la historia, ambas cosas a la vez”<sup>1069</sup>. Su indeterminación hizo que fueron formuladas varias definiciones, donde cada una de ella aportaba algo más, aclaraba algún punto, pero, finalmente resultaba incapaz de definir plenamente un fenómeno tan complejo.

Para Aingeru Lanegi (uno de los autores del libro *Eurocomunismo y Euskadi*), el Eurocomunismo era más una intuición que una teoría política desarrollada, afirmando: “en su punto de partida está una aplicación creadora y no dogmática del marxismo a las propias realidades nacionales...”, añadiendo que el eurocomunismo “subraya de hecho, de forma prácticamente exclusiva, la importancia de las elecciones y de las instituciones de democracia representativa, en detrimento de las formas de democracia de base y de la hegemonía en el tejido social”. Para Vidal Villa el eurocomunismo era portador de un “proyecto de sustitución del capitalismo privado por una nueva sociedad de clase de tipo soviético”<sup>1070</sup>. Para algunos, se trataba de la “única alternativa real y viable para avanzar hacia el socialismo en el mundo desarrollado”. Puede que fue una “utopía socialmente inmantenible” tal como la definió Sacristán.

Como hemos visto, el Eurocomunismo fue el fruto de un progresivo reconocimiento de la centralidad de los valores democráticos, de la necesidad de superar los límites y las contradicciones de la sociedad contemporánea, conjugando la tradición democrática y el socialismo.

No se trató en realidad de un fenómeno nuevo sino más bien de la “condensación de las tendencias evolucionistas que venían dando en esos partidos en años anteriores”. Pero fue sobre todo una consecuencia de la crisis de los setenta y de los ochenta.

El eurocomunismo fue la expresión de la real confianza en torno a la posibilidad de alcanzar el socialismo en los países de Europa occidental: un socialismo, diferente al soviético o al chino, íntimamente ligado a la democracia. Fue la expresión de un entusiasmo generalizado a cerca de la posibilidad de alcanzar un socialismo cualitativamente superior en Italia, en Francia y en España, un socialismo democrático y pluralista. Fue la expresión de una vocación, casi onírica e irracional, de poder realizar en el mundo capitalista la mejor versión socialista, deseando construir una “sociedad utópica”, donde el socialismo encontrase su pleno desarrollo y su máxima virtud.

---

<sup>1069</sup> Godio, Julio: *Los nuevos gramscianos*, Colección Cuadernos de Ciencias Sociales, Serie 1, número 10, Universidad de Zulia, 1977, pág. 25.

<sup>1070</sup> “Eurocomunismo y nueva sociedad de clase”, J. Vidal Villa, en *El Viejo Topo*, n. 11.

Para el observador político norteamericano William Griffith, “l’eurocomunismo resulta (...) un fenómeno característico dello sviluppo dei partiti comunisti in tutte le società industriali avanzate; trova il suo nucleo in Europa occidentale, dove ha sviluppato le sue caratteristiche più salienti, ma le stesse istanze, le stesse tendencias son presenti altrove. A dire il vero, anche la primavera di Praga nel 1968 si può considerare un esperimento di eurocomunismo, ancorchè effimero e condannato a fallire”<sup>1071</sup>.

El eurocomunismo no quería ser “ni como el comunismo oriental ni todavía como la socialdemocracia occidental”, anhelando a representar algo de diferente al modelo leninista o al socialismo reformista. Por eso, se caracterizó por un “doble rechazo: de la socialdemocracia en primer término, pero también de los sistemas socialistas vigentes en Europa”<sup>1072</sup>.

El eurocomunismo “rappresenta finora una potenzialità più che una realtà scismatica, una tattica flessibile d’accesso al potere e non ancora un potere interessato alla propria durata in termini di strategia storica (...). In termini politici, un fenomeno allo stato latente non può avere ancora un valore certo e probante per il futuro”. Y añadía: “Bisognerà forse un giorno spiegare il mistero delle ininterrotte involuzioni comuniste come una catena di grandi paure, di incubi presi per realtà e di realtà prese per incubi, di incapacità congenite, ciniche e disperate insieme, di vedere la storia mossa da altre spinte che non siano la violenza, la forza, l’angoscia, il tradimento, il raggio”<sup>1073</sup>.

El eurocomunismo se proponía ofrecer otro modelo, la imagen de un socialismo que hiciera visibles otras posibilidades, ser expresión de la “conflictividad latente” que, el bloque soviético como sostenía Claudín, negaba y sofocaba. Proponía la creación de una sociedad que caminase hacia la superación de la enajenación de la economía y la política. Una vez revelado y relevado que el camino hacia el socialismo era más largo y difícil de lo que se pensó en principio, el eurocomunismo quiso postularse como alternativa al orden existente y camino viable para alcanzar una nueva sociedad. Se trata de un proyecto ambicioso, pero incompleto y que, por eso, fue tachado de “invención gratuita”, moda efímera. El Eurocomunismo se presentaba como el resultado del movimiento crítico y autocrítico de la práctica política y del pensamiento teórico de los partidos comunistas de estos países.

---

<sup>1071</sup> Segre, Sergio: *A chi fa paura l’Eurocomunismo?*, Guarnaldi editore, Firenze, 1977, pág. 172.

<sup>1072</sup> Frase de Antonio Elorza en la introducción al libro Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, pág. 39.

<sup>1073</sup> Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell’ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, pág. 127.

La formación y el desarrollo del eurocomunismo parecen consecuencias de la coyuntura de los setenta: los partidos comunistas de Europa occidental se vieron obligados a desprenderse del leninismo y de su retórica por miedo a verse reducidos a grupos o sectas testimoniales de una utopía irrealizable. Los líderes eurocomunistas pensaban que con la vieja carga dogmática se reducían sus posibilidades de penetración en los países cultural y económicamente desarrollados. Por eso se consideró la aparición del eurocomunismo como un ejercicio de “*realpolitik*” con una gran limitación: su incapacidad a alterar la visión del mundo dividido en dos campos, uno llamado de forma despreciativa e denigrante imperialista y el otro socialista.

El eurocomunismo se proponía ser “teoría y práctica de la sociedad capitalista avanzada, praxis del socialismo en libertad (...). El Eurocomunismo, el socialismo de los tiempos de la plusvalía relativa en los países capitalistas (...) puede y debe ofrecer la alternativa que el presente desarrollo de las fuerzas sociales en el seno del sistema capitalista está demandando. Una alternativa que debe y tiene que conllevar las premisas para la superación de la alienación del hombre”<sup>1074</sup>.

Otra aproximación sostenía que “questo fenomeno dell’eurocomunismo non nasce da velleotà astratte, ma da esigenze concrete. Con questo fenomeno vogliamo dare una risposta ai problemi nostri, alla crisi che travaglia con il nostro paese l’insieme dell’Europa occidentale, impedire che essa abbia uno sbocco in soluzioni conservatrici, reazionarie, autoritarie (...). [L’eurocomunismo] è un fenomeno politico reale, che suscita apprensioni, polemiche, reazioni, contrasti e anche dibattiti teorici e politici fra partiti comunisti”<sup>1075</sup>.

Algunos definían al eurocomunismo como la promoción de ideas antiguas presentadas de forma *aggiornata* y aparentemente novedosa, fruto de la necesidad de replantearse las relaciones entre teoría y praxis en el seno de los partidos Comunistas de Italia, Francia y España.

Para Bettiza, la novedad del eurocomunismo consistía en el intento de unir el pragmatismo y la revolución: “il tratto distintivo della sua idea di socialismo, che unisce insieme il pragmatismo delle socialdemocrazie occidentali e l’idealismo rivoluzionario che quelle avrebbero perduto”<sup>1076</sup>.

---

<sup>1074</sup> Balbuena Iglesias, Mateo: *El por qué del Eurocomunismo*, Forma Ediciones, Zaragoza, 1978, pág. 174-175.

<sup>1075</sup> Segre, Sergio: *A chi fa paura l’Eurocomunismo?*, Guarraldi editore, Firenze, 1977, pág. 35-36.

<sup>1076</sup> “Il confronto con le socialdemocrazie e la ricerca di un nuovo socialismo nell’ultimo Berlinguer” de Fiamma Lussana, en *Studi Storici*, anno 45, aprile-giugno, 2004, pág. 471.

Para Elorza, el eurocomunismo podía ser definido como el “comunismo de madurez”, para luego rectificar su opinión y considerarlo como “aquel proyecto de comunismo democrático que en varios países industrializados de Occidente intentara suscitar una alternativa al modelo soviético sobre una fundamentación en que los teóricos del comunismo italiano -Gramsci y Togliatti- jugaban un papel principal, y con la política parece haber sucumbido en este caso, por lo menos ante el mercado, la teoría. Quizá la mayor actualidad de la aportación gramsciana siga residiendo en la invitación a pensar de nuevo en las categorías del marxismo en función de un desarrollo histórico complejo, donde ninguna etapa se encuentra determinada a priori y los avances revolucionarios dependen de la capacidad de los sujetos históricos para ajustar las estrategias al marco en que desenvuelven su acción”<sup>1077</sup>.

Para otros, críticamente, “el marxismo latino era la religión, la ideología milenarista que legitimaba la práctica política de unos PPCC confinados a un gueto contracultural hasta los años 70. El eurocomunismo fue un intento tardío de secularización. Su fracaso en el intento de combinar la evolución hacia el reformismo ideológico con el mantenimiento de las señas de identidad heredadas, fracaso que se traduce en la ausencia de resultados políticos inmediatos y en graves crisis organizativas -con la excepción del PCI- vino acompañado del derrumbamiento del marxismo latino como ideología. Al igual que tantos movimientos de modernización, el eurocomunismo no consiguió crear un mundo nuevo pero destruyó el antiguo: la crisis del marxismo latino es la historia de un intento de reforma religiosa que fracasa en su tarea de adaptar las viejas creencias al nuevo mundo, y en su fracaso arrastra a la fe heredada”<sup>1078</sup>.

Algunos consideraban el eurocomunismo como “la respuesta de los partidos comunistas a la crisis capitalista y a la sociedad neocapitalista”, otros advertían que podía convertirse en la última coartada de la lógica neocapitalista, recordando del peligro de este mismo sistema, su capacidad “de inclusión para asumir primero y utilizar después todo aquello que le *contesta*”<sup>1079</sup>. Y añadía que solo si el eurocomunismo fuera capaz de rechazar la cultura y la racionalidad neocapitalista, podría “evitarse el riesgo de que el eurocomunismo llegue a convertirse en el último y definitivo ‘invento’ del

---

<sup>1077</sup> “El pesimismo de la razón”, de Antonio Elorza, publicado en *El País*, 27 de abril de 1987.

<sup>1078</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 23.

<sup>1079</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 64.

neocapitalismo: la válvula de seguridad necesaria para que ya nadie cambie nunca. La alternativa neocapitalista a la crisis del socialismo”<sup>1080</sup>.

En el caso de Italia, la pérdida de electores del PCI fue en parte a causa de este temor: los militantes, los votantes del PCI empezaron a temer una “vulgar colaboración” con la DC que, en lugar de debilitarla, reforzaría su posición, racionalizaría, paradójicamente, el descompuesto mecanismo capitalista, terminando por asumir una función parecida a la de la socialdemocracia alemana, tanto criticada. El PCI no entendió que “*in media rest, stat virtus*” y osciló entre el extremismo y el *gradualismo*, la revolución y el compromiso, sin formular una política realista, que permitiera emprender el camino hacia el socialismo, satisfaciendo la demanda de un electorado deseoso de un proyecto de transformación socialista concreto y necesario. El PCI y lo demás partidos eurocomunistas tenían que comprender que el avance hacia el socialismo pasaba necesariamente por la conquista del poder (a través de la lucha, de la acción y de los mecanismos electorales), para, en un segundo momento, impulsar, desde este, una transformación de las estructuras socio-económicas y del Estado: se trataba de una conquista progresiva de margen de actuación para transformar el Estado, a través de una acción electoral y lucha de masas.

Tras un atento análisis de la evolución de los partidos eurocomunistas, parece evidente que estos han caído en un error de cálculo: en lugar de hacer del comunismo algo menos rechazable y más atractivo para los ciudadanos de Europa occidental, han presentando una versión del marxismo “neutra”, demasiado blanda e incapaz de seducir plenamente al electorado. La promoción de una ideología marxista y revolucionaria sin revolución y con poco marxismo no convenció a la militancia, más bien la confundió. Algunos consideraban que estaban “empeñados en una aventura confusa, más que un plan subversivo, de la que el más probable fin sea la escisión de sus partidos. Lejos de que los comunistas hagan naufragar a la democracia, será la nave leninista la que se irá a pique sobre los arrecifes de la democracia parlamentaria”<sup>1081</sup>.

Aunque pareció oportuno que los partidos comunistas presentasen nuevas tácticas, parecía necesaria una política más clara y atenta a las exigencias de la ciudadanía, sin ser demasiado condicionada por el afán de alcanzar el poder o preocupada de

---

<sup>1080</sup> Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, pág. 75.

<sup>1081</sup> McInnes, Neil: *Los partidos comunistas de Europa occidental*, Colección «Ideologías Contemporáneas». Edición 1976. Título original: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

desprenderse de las “antiguas cargas ideológicas” antes de presentar unos nuevos ideales, un proyecto nacional.

Los más optimistas consideraban el eurocomunismo como un “working in progress”, una “transición en acto”, una evolución a través un camino accidentado, entre dudas y preocupaciones, entre contradicciones y deseo de progresar, con zig-zag y marchas atrás. Era un camino “complesso, contraddicotiro, ricco di potenziañità oscure ed imprevedibili”.

Reflexionando, es evidente que el eurocomunismo generó a esperanza de que pudiera constituir un fermento revolucionario nuevo e incluso algo más, un elemento de desestabilización de las relaciones sociales y del statu quo socio-político de un mundo bipolar, dominado por las relaciones USA-URSS. “En países como Italia, Francia o España, (...) parecía representar, a los ojos de las masas, una estrategia política global digna de crédito (...). Lo que seducía [era la posibilidad que] parece posible liberarse de la situación de bloqueo político que duraba desde hacía años”<sup>1082</sup>. Por eso, se habló mucho de eurocomunismo aunque, más que de las acciones conjuntas o de las cumbres trilaterales se habló de la resonancia del fenómeno. Es indudable que el Eurocomunismo representó un paso adelante en el proceso de cuestionamiento de la URSS, en el abandono del “*credo quia absurdum*” (creo porque es absurdo). Se quedó como intento a media entre la ruptura y la transición, atrapado en una compleja dialéctica entre rotura y reforma. Fue una estrategia, una intuición, una esperanza pero nunca fue una “política cumplida o aplicada, practicada consumada”.

Se trató de un tema conflictivo, ya que desde su origen se presentaba muy complejo: ¿en qué momento nació? McInnes argumentaba que, para justificar el cambio de estrategia y el asunción del eurocomunismo, los partidos comunistas se preocuparon de reescribir su historia, buscando antecedentes que justifiquen el cambio y lo hiciera parecer menos traumático y más lógico: “Si scopre che un’osservazione di Maurice Thorez presente in un’intervista rilasciata al ‘Times’ nel 1946 è già il programma dell’eurocomunismo; il partito spagnolo fa notare che il suo attuale corso è cominciato durante la guerra civile; mentre quello italiano sostiene che c’è già tutto in Gramsci, uno dei fondatori del partito”<sup>1083</sup>.

---

<sup>1082</sup> Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982, pág. 56-57.

<sup>1083</sup> “Dal Comintern al policentrismo: i primi cinquant’anni di comunismo in Europa occidentale” de Neil McInnes en Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978, pág. 197-198.

Sin detenernos más entorno a las discusiones sobre el término, correcto o incorrecto, todos coincidían que “el eurocomunismo constituye una realidad indiscutible, por muy discutible que pueda ser su denominación”<sup>1084</sup>. La dificultad en comprender lo que realmente significó esta concepción: más allá de su acepción geo-cultural, con el término eurocomunismo se trataba de designar un hecho, un orden teórico, ideológico y político. Como ya afirmamos en las primeras páginas, el término encontró mucha resistencia ya que, según muchos, resultaba inadecuado: “El comunismo no puede ser representado por simples términos geográficos, por los nombres o partes de continente”. No obstante, nadie podía negar su existencia aunque la mayoría de las veces se le definía “en negativo”, en oposición a la URSS y a la socialdemocracia: “a base de no aceptar la posición soviética, se está aceptando el Eurocomunismo. Se le está erigiendo en una vía incuestionable hacia el socialismo”<sup>1085</sup>. Se consideraba que lo más evidente de este nuevo proyecto no era lo que proponía, sino lo que pretendía rechazar: “Lo más definitorio de esta vía se hace precisamente más por lo que rechaza que por lo que propone”<sup>1086</sup>. En Italia, argumentaban que “Il fenomeno che viene definito come eurocomunismo trova una propria individualità non in positivo, in proposte politico-culturali nuove e originali, ma soltanto in negativo: si parla cioè di eurocomunismo per mettere in luce i punti in cui esso differisce dal comunismo di Mosca. Si può perciò affermare che con tale etichetta sono stati indicati quei partiti comunisti che hanno variamente criticato la politica del Kremlino, che hanno contestato il modello della società sovietica, che hanno dichiarato di accettare il pluralismo”<sup>1087</sup>. Y en la misma línea, Leonardi afirmaba que el eurocomunismo “esprima, benché ‘in negativo’, una diffusa aspettativa di soluzioni socialiste di tipo nuovo, non solo per i nuovi rapporti fra socialismo e democrazia che esse dovrebbero introdurre, ma anche per il loro atteso contributo a una diversa sistemazione dei rapporti”<sup>1088</sup>.

Los eurocomunistas pretendían haber “elaborado una posición ‘marxista’ adecuada a los imperativos históricos de las naciones en las que actúan. Desde una renovación creadora del marxismo, para hacer explícita esta posición en cada una de las intrincadas cuestiones que la práctica diaria plantea, [anhelaban a constituir] una alternativa válida frente al

<sup>1084</sup> Sotelo, Ignacio: *El socialismo democrático*, Taurus, Madrid, 1980, pág. 88.

<sup>1085</sup> “Eurocomunismo y economicismo” de Miguel Rodríguez, en Albiac, Gabriel y Sandoval, José y otros: *Debates sobre el eurocomunismo*, SAIDA, Madrid, 1977, pág. 119.

<sup>1086</sup> Sánchez Rodríguez, Jesús: Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982, Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977, FIM, Madrid, 2004, pág. 41.

<sup>1087</sup> Antonio Spadafora (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978, pág. 54.

<sup>1088</sup> Leonardi, Silvio: *L'Europa e il movimento socialista*, Adelphi, Milano, 1977, pág. 163.

‘modelo soviético’, que de seguir empeñándose en aplicarlo a la Europa de hoy significaría permanecer encerrados en un *ghetto* sectario sin posibilidad de incidir sobre la sociedad en la que se enquistan, como frente al reformismo socialdemócrata, que no es en el fondo más que una forma de perpetuar el capitalismo, administrándolo con más inteligencia que muchos partidos burgueses al llevar a cabo los remedios imprescindibles para que siga que flote”<sup>1089</sup>.

En sus últimos momentos, el eurocomunismo parecía influenciado por la obsesión electoralista de los partidos que lo componían, afectado por el afán de alcanzar el poder, privo de valor ideológico. Se convirtió en algo más propagandístico y superficial que real y teórico. Se intentaba reducir el debate y las polémicas en torno a este por el temor a un nuevo retroceso electoral, a una reducción de votantes.

Los eurocomunistas eran consciente del peligro de ser “absorbidos” o corrompidos por el sistema, aplastado o asumido por otras opciones políticas existentes: pero, como veremos, le faltó el coraje y en el momento en que se encontraron ante el célebre dilema de o se procedía a profundas correcciones en su línea ideológica y política o desaparecía políticamente, le faltó convicción para aplicar los cambios necesarios a su supervivencia y hizo que se realizará el segundo escenario. En el momento en que era necesario un acto de coraje -como la profundización de los cambios y/o la separación de la URSS-, cuando todo apuntaba a que se “llevará su desarrollo hasta sus últimas consecuencias”, los partidos comunistas sufrieron una involución, prefiriendo abandonar el camino recorrido, regresando a la matriz estalinista y antidemocrática o acercándose a la socialdemocracia.

El impasse en el bloque soviético y la respuesta insatisfactoria de la socialdemocracia hizo que se crease tanta expectativa entorno al fenómeno, ya que los dos modelos parecían incapaces de construir una sociedad socialista. A pesar de eso, eran evidentes sus debilidades teóricas y prácticas. La rapidez con que se provocó su quiebra, tanto que algunos la tacharon de “experiencia del desencanto” fue debida a la coyuntura desfavorable (crisis económica y mayor tensión oeste-este) y crecimiento de la derecha. Se diferenciaron dos tipos de eurocomunismos uno de derecha y uno de izquierda, llamado así por Christine Buci-Glucksmann, caracterizando por una “visión no estatista de la revolución; una idea de la vía democrática potenciando los movimientos sociales, la democracia de base, no privilegiando el momento parlamentario. Lo que

---

<sup>1089</sup> Sotelo, Ignacio: *El socialismo democrático*, Taurus, Madrid, 1980, pág. 91.



ocurre es que esa interpretación del eurocomunismo, representada en Italia por Pietro Ingrao, Bruno Trentin y otros, y aquí en España por el equipo de ‘Nuestra Bandera’, no ha logrado franquear el marco de la reflexión y de las elaboraciones teóricas. Quizá porque en ciertos aspectos se ha alejado de fenómenos más candentes o porque se ha adelantado a su época. Lo que de verdad ha predominado en los partidos ha sido más bien un eurocomunismo ‘gubernamental’, según la expresión de la misma Christine Buci-Glucksmann; es decir, incluso en los partidos situados en la oposición, centrado en una política en las instituciones, sobre todo en el Parlamento, en las relaciones por arriba”<sup>1090</sup>. Según su razonamiento, “la crisis del eurocomunismo es básicamente la crisis de ese eurocomunismo ‘gubernamental’ que es el que ha funcionado en realidad en el plano de la política de los partidos”.

### 13.4 Eurocomunismo, ¿último intento de salvar la izquierda?

Contrariamente a muchas previsiones, el siglo XX no fue el siglo del comunismo, sino más bien una constante y dura prueba que puso en peligro su misma supervivencia. Una visión optimista del siglo hacía pensar en el inevitable triunfo del socialismo en todo el mundo, mientras la realidad demostró que “esta meta ha quedado relegada a un futuro cada vez más lejano. Lo cierto es que subestimamos la habilidad del capitalismo para adaptarse a las nuevas condiciones...y sobrevaloramos la celeridad con que podía extenderse el socialismo”<sup>1091</sup>. En el escenario de crisis del bloque comunista que se mostraba ya claramente en la década de los setenta, para muchos, el eurocomunismo representó el intento de salvar el comunismo del hundimiento, alejándose del modelo soviético que ya se consideraba en declive. En las condiciones socio-económicas de la décadas parecía imposible el triunfo del modelo soviético y por eso se consideraba posible y viable el eurocomunismo, “una versión más refinada y moderada de comunismo, que era ideológica y políticamente lo bastante sofisticada para asumir el poder en condiciones sociales y económicas más maduras”<sup>1092</sup>. El mismo Berlinguer afirmaba que la estrategia del PCI era la *extrema ratio*, el único camino posible (*L’Unità* del 26 de enero de 1981) para garantizar un futuro a la izquierda: ya no se consideraba que el comunismo representaba el camino cierto, “el futuro inevitable”,

---

<sup>1090</sup> Azcárate Manuel: “*Crisis del eurocomunismo*”, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 294-295.

<sup>1091</sup> E. Plimak en *Voprosy Filosofii*, a mediados de 1987 recogido en Brzezinski, Zbigniew: El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 179.

<sup>1092</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 182.

considerando su triunfo como “ineludible” y expresión del progreso humano. La idea de la “inevitable marcha hacia el socialismo” determinó el grave error de “creer” en lugar de “hacer”, de quedarse a la espera en lugar de actuar para evitar la perpetuación de un modelo y favorecer la aparición de un nuevo en el camino hacia el objetivo final.

De acuerdo con la clásica doctrina marxista, la revolución socialista se debería haber producido en los países desarrollados, en el seno de una sociedad industrializada, no obstante, la experiencia demostraba lo contrario: “cuanto más avanzada es la sociedad, menos importancia tiene su partido comunista. Esta es la sorpresa central de la confrontación del comunismo con la historia. Mientras ha fracasado donde esperaba triunfar, ha triunfado –pero sólo en términos de ostentar el poder político- allí donde, según la doctrina, se decía que las condiciones eran históricamente prematuras para su éxito”<sup>1093</sup>. El comunismo había triunfado allí donde las condiciones eran históricamente prematuras para su éxito, fracasando “en la región donde sus teorías fueron originadas y alimentadas, y donde la teoría intuía condiciones históricamente maduras para el triunfo de la revolución marxista”<sup>1094</sup>. Su posible triunfo en estas zonas se le consideró un gran reto, un desafío por el pensamiento y la práctica marxista en los países del capitalismo maduro. Sin embargo, parecía que algunos de los principales principios del marxismo y del leninismo resultaban incompatibles e inconciliables con la sociedad que se estaba formando. Empezaba a ser manifiesta la incapacidad de esta doctrina-teoría ante los dilemas socioeconómicos que el progreso planteaba, su insuficiencia respecto a la modernidad, su incompreensión de una sociedad compleja y en continua evolución como aquella de los países capitalistas. Sus teorías y sus dogmas eran cuestionados, evidenciando la que Brzezinski llamó “atrofia doctrinal”, “su manifiesta incompetencia con respecto a la modernidad”.

El proyecto eurocomunista cobraba gran importancia por eso, por comprender la necesidad de *renovarse*, de postularse como camino de salvación de la izquierda en Europa occidental y oriental, ya que para los segundos, podría haber representado el medio para volver a abrir una dialéctica real en este bloque. Por eso no debe extrañar que ya desde su origen algunos le tacharan de única esperanza para la izquierda mientras quizás se convirtió más bien en la última. En palabras de Sacristán, el eurocomunismo representó la “última línea de repliegue del movimiento comunista”, aunque,

---

<sup>1093</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 178.

<sup>1094</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 181.

finalmente, no personificó su deseo de representar el “puente sobre el abismo: para renovar en profundidad la tradición emancipadora del pasado, incorporándole las novedades sociales, y para combatir la ideología, la falsa figuración de la realidad, en la tradición misma”<sup>1095</sup>.

Por lo tanto, puede que la pregunta más interesante en la actualidad sea: ¿se ha agotado la izquierda? ¿Se ha convertido hoy en día el comunismo en algo anticuado como programa social y políticamente improcedente? ¿Ha mostrado su incapacidad de adaptarse a la circunstancia cambiante? No cabe duda que los acontecimientos de los últimos años con la desaparición de los regímenes socialistas han contribuido al “final” del comunismo como “actor político significativo”. Nadie hoy en día se plantea instaurar un régimen comunista (hasta el mismo Fidel lo cuestiona). ¿Será capaz de sacar enseñanza de su experiencia según la afirmación de Gramsci “quando si è reduci da una sconfitta, che l’esperienza della sconfitta stessa diventi concime per raccolti futuri”?

Desde 1989, tras el fracaso de los distintos intentos de renovación del comunismo, se registraba un evidente retroceso de la izquierda, ya que a partir de esta fecha se asiste a: la caída de la Unión Soviética, el ascunción de posturas neoliberales por parte de la socialdemocracia europea, la disolución de los partidos comunistas nacionales, la ola de privatizaciones. En definitiva, se trata del hundimiento de la izquierda en general, en el que el fracaso del eurocomunismo puede interpretarse como un hito más en este proceso de crisis orgánica: “el retroceso y fracaso de la ideología comunista no es un hecho exclusivo: lo mismo le ocurre, con menos radicalidad, al socialismo, a la socialdemocracia (...). Hoy los partidos socialista compiten con los partidos burgueses en torno a su mayor o menor capacidad para administrar el sistema existente, que ya nadie piensa en destruir”<sup>1096</sup>. A partir de este momento, a finales del siglo XX, el comunismo se considera como algo “anticuado como programa social” y “políticamente improcedente”.

¿Por qué se ha hundido la izquierda? Muchos se preguntan si ha sido un “proceso inevitable”; algunos argumentan que se trata de algo cíclico y que, por lo tanto volverá a resurgir de sus cenizas; otros sostienen que en los años ochenta el comunismo entra en caída libre porque ya no responde a los estímulos sociales, no consigue entender el

---

<sup>1095</sup> Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005, pág. 209.

<sup>1096</sup> Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 207-208.

cambio y la aparición de nuevos actores, quedándose al margen de las nuevas dinámicas sociales. La nueva izquierda, promovida a final de los setenta, se ve derrotada, obligada a dividirse.

Por misma admisión de Carrillo, la decisión de “concebir la marcha al socialismo como una sucesión de reformas de estructuras democráticas”, dependía del reconocimiento que “la *realidad concreta* en estos países desarrollado había cambiado mucho”<sup>1097</sup>. Es cierto que se ha asistido a un agotamiento político de los partidos comunistas y, también es cierto, que los síntomas de decadencia de la extrema izquierda no son tan recientes como tal vez se imagina. El eurocomunismo fue un intento “de escapar de la eterna alternativa, tan infantil como polvorienta, institucionalizada por el estalinismo: la de “*revisión*” o mantenimiento de la “*ortodoxia*”<sup>1098</sup>, mostrando el deseo de superar el dilema –donde residió la crítica de Bobbio –“capitalismo con democracia o socialismo sin democracia”. Un intento, como ya hemos repetido varias veces, de llevar a cabo una transformación real de la sociedad abandonando la “esperanza escatológica en una radical y completa transformación futura de la sociedad”. Pero, con el gran límite de intentar “hacerlo sin abandonar sus señas de identidad históricas: la fidelidad a la revolución de Octubre y la justificación de la ruptura del movimiento socialista a partir de la fundación de la Komintern”<sup>1099</sup>. La revolución de Octubre casi se representa como “el mito de origen” del comunismo, necesario para aglutinar la base y, sobre todo, legitimar su acción política, aunque esta pueda aparecer en contra de sus dictámenes.

Se le consideró la última posibilidad de salvar el socialismo en las democracias populares y en la misma Unión Soviética, poniéndole de manifiesto sus límites y el camino a seguir si se quería seguir adelante. Claudín recordaba que el eurocomunismo representaba una “*promesa, la última*” con importantes contradicciones internas y graves obstáculos exteriores que plantean sobre su futuro serios interrogantes. No obstante, el fracaso del eurocomunismo terminó “marginando la última defensa organizada del socialismo revolucionario en la Europa occidental” y su crisis coincidió inevitablemente con el derrumbamiento del marxismo en los países de Europa occidental.

Reflexionando, desde el punto de vista teórico, organizativo y político, el eurocomunismo se presentaba como un movimiento renovador frente “al

---

<sup>1097</sup> Carrillo, Santiago: *¿Ha muerto el comunismo?*, Plaza & Janes, Barcelona, 2000, pág. 285.

<sup>1098</sup> AA. VV.: *Gramsci y el “Eurocomunismo”*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pág. 72.

<sup>1099</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 20.

anquilosamiento conservador del comunismo tradicional”. Pero, para que de verdad fuera considerado como una alternativa viable, tenía que entender los cambios que se habían y se estaban realizando en las sociedades capitalistas en el último cuarto del siglo XX, entender las exigencias y las demandas de nuevos actores sociales. Se trata de realizar unos cambios, una transformación profunda de su esencia: en primer lugar, se trataba de encontrar unas nuevas señas de identidad, resolviendo, una vez por todas, la tensión existente con la URSS, aclarando las relaciones con el mundo soviético en el plano político y, sobre todo, teórico. A su pesar, se trataba de declarar de forma tajante que la URSS no era un país socialista, ya que, tras la revolución de 1917, en el país se había dado paso a nuevas formas de dominación de los trabajadores; se trataba de reconocer la existencia de varios factores negativos, más allá de los ya denunciados crímenes de Stalin. Estos partidos tenían que haber marcado distancia del modelo imperante en el primer país socialista, denunciando la falta de oposición, los límites políticos del experimento soviético, el predominio y la hegemonía en las relaciones exteriores. Se trataba de realizar una revisión teórica y cultural de la trayectoria histórica de estos partidos y de la misma Unión Soviética, criticando y reflexionando atentamente sobre su desarrollo. Era necesario comprender la evolución histórica y la aplicación práctica de los principios socialista. La definición de este país como “socialismo con defectos” resultaba demasiado simplista y poco convincente por un electorado que necesitaba respuestas claras. Para triunfar en los países de Europa occidental, el comunismo tenía que reinventarse más allá de las novedades dialécticas: “reinventar, crear una nueva razón de ser, una nueva inspiración sustancial, no ya en la historia, sino en la realidad contemporánea”.<sup>1100</sup>

En segundo lugar, el eurocomunismo tenía que reconocer la aparición en el escenario socio-político de nuevos actores, movimientos, preocupándose por satisfacer su demanda. No se trataba de “instrumentalizar los movimientos para lograr voto”, sino comprender sus exigencias: “en el fondo, reconocer el protagonismo propio de los movimientos sociales implica comprender la política de una manera nueva. Salir del binomio o elecciones o insurrección. Comprender la transformación de la sociedad en un sentido gramsciano, como avance lento, disperso, en el tejido social. Avance que el partido no puede monopolizar por supuesto. Pero tampoco dirigir (...). La tendencia de los partidos eurocomunistas ha sido caer en el electoralismo más torpe, hablar de

---

<sup>1100</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág 287.

respeto a los movimientos sociales; pero, sobre todo, para aprovecharles en el terreno electoral”<sup>1101</sup>.

En tercer lugar, “enriquecer el concepto de la democracia política (...). Esa nueva adhesión a la democracia reflejaba una necesidad objetiva del movimiento obrero de superar ilusiones vetustas. Era un paso de ineludible realismo político y facilitó, en términos generales, la instalación de los partidos comunistas en las instituciones parlamentarias (...). El eurocomunismo, tal como se ha aplicado, se ha limitado a esa aceptación o incorporación a la democracia típica occidental. Por eso ha tomado la forma de una identificación con la socialdemocracia, ha engendrado bastante cretinismo parlamentario, tanto más ridículo cuando se practica desde posiciones de debilidad”. Se trataba de postular “nuevas formas de participación de los ciudadanos, de democracia directa o de masas, de autogestión efectiva en extensas zona de la vida política, social, cultural, etc...”<sup>1102</sup>. Los partidos tenían que inventar “nuevas formas de democracia, más directa, que den a las masas una participación efectiva, sin delegación sin mediaciones para resolver cuestiones fundamentales de la vida social (...). No más Estado. No privatización. Pero sí formas nuevas de socialización democrática. Con la excepción del PCI, los partidos eurocomunistas se han limitado a una aplicación tradicional, derechista, de su adhesión a la democracia”<sup>1103</sup>.

En cuarto lugar, “transformar el sistema interno del funcionamiento del partido. En el fondo, el ‘tipo de partido’ basado en las enseñanzas de Lenin respondía a las necesidades de un partido que luchaba en la clandestinidad, cuya misión era preparar una insurrección armada. Ello priorizaba todos los rasgos de centralismo, de autoridad de los dirigentes, disciplina casi militar, unidad, monolitismo. En la definición clásica de la organización comunista, ‘centralismo democrático’, el sustantivo era el centralismo; lo adjetivo, la democracia (...). En Italia, la originalidad teórica de Gramsci y luego la tesis de Togliatti, en 1944, de ‘partido de nuevo tipo’, introdujeron fuertes dosis de flexibilidad, de mayor democracia. Sin embargo, la aceptación de una política eurocomunista exigía –por su dinámica misma– poner sobre la mesa, transformar, el funcionamiento del partido. Crear un partido capaz de un verdadero debate interno, interior, de respeto a las discrepancias, de autonomía para los diversos niveles de la organización, de autentica democracia y libertad de pensamiento y

---

<sup>1101</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 288-289.

<sup>1102</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 289.

<sup>1103</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 290.

creación. En general, tal transformación tenía que suponer un criterio diferente para la selección de los cuadros dirigentes”. Menos poder al secretario. “Por ello cuando el eurocomunismo empujó, por su propia lógica, a que se plantease la necesidad de modificar las normas internas de vida de los partidos, la reacción de los grupos dirigentes ha sido de defensa cerrada de las posiciones existentes. De exaltación del ‘partido clásico’, como ‘fin en sí’. De identificación del partido disciplinado, autoritario, con el ideal del comunismo. Los esfuerzos renovadores fueron considerados, y condenados, como intentos de hacer penetrar los hábitos de la socialdemocracia”<sup>1104</sup>.

Sin embargo, por las razones que hemos indicado anteriormente, el eurocomunismo no consiguió llevar a cabo sus promesas: “la clave de la crisis del eurocomunismo se halla en la misma naturaleza del proyecto, en la necesidad de compatibilizar una estrategia reformista con unas señas de identidad revolucionarias. Una transformación según esta doble línea exige un delicado equilibrio de ritmos. Por una parte, cada nuevo paso hacia el reformismo debe ser cuidadosamente contrapesado para no defraudar a la militancia. Las posibles compensaciones pueden ser de dos tipos: el primero y más elemental es hacer un alarde de retórica revolucionaria, pero tiene el gran problema de hacer dudosas las mismas manifestaciones de reformismo, y de acatamiento del juego democrático, que son la definición de la estrategia eurocomunista. El segundo tipo de compensación que se puede ofrecer a la base militante es un incremento del peso del partido en la escena política (...).Tenemos así dos exigencias, al menos para el éxito de la operación eurocomunista: la obtención de éxitos a corto plazo y una extensa implantación social como punto de partida. Pero habría que subrayar una tercera condición: la formación de un grupo dirigente con credibilidad hacia el exterior y con autoridad en el interior del partido para dirigir el proceso sin recurrir a mecanismos autoritarios”<sup>1105</sup>.

No debe ser infravalorado el alarmante distanciamiento de los problemas reales de su electorado, la pérdida del “pulso de la calle”, que ha ido agrandándose con el tiempo, aunque sus primeras apariciones son remotas y profundizando con el paso de los eventos. De forma premonitoria, el 21 de octubre de 1976, *l'Unità* afirmaba que “cuando se pretende resolver todo con cálculos y combinaciones por arriba, se pierde el contacto con la base y las luchas, se debilita el partido”.

---

<sup>1104</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 291.

<sup>1105</sup> Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pág. 21.

Si es cierto que el “giro reformista” parecía necesario, casi inevitable para los partidos comunistas de Europa occidental, para cubrir mayor presencia en la política real, este giro tenía que realizarse si “perder” su base tradicional, sin romper el lazo con una militancia que no habría aceptado la idea de que “la revolución de Octubre era un error o accidente histórico”. Pero el giro o “apuesta” reformista del PCI, PCF y PCE provocó más bien la pérdida de la hegemonía en el escenario intelectual de dichos países.

De las nefastas consecuencias sobre el futuro de la izquierda parecían conscientes los miembros del Comité Central del PCI que presagian un futuro negro en caso de incapacidad a entender la situación de final de los setenta. A parte del anteriormente citado Cesare Luporini<sup>1106</sup>, que advertía del despegue social del partido, en aquellos mismos años Lucio Ubertini afirmaba: “En el partido comunista y en la izquierda se ha concentrado una gran esperanza, y no sólo por parte de aquellos que los apoyaron: la esperanza en un giro efectivo de la sociedad italiana. Si esta esperanza quedara defraudada demasiado tiempo, el riesgo no es el de perder el consenso a favor del extremismo de izquierda; el riesgo es un reflujo genera de la sociedad hacia la derecha (...). La idea de que si las cosas andan mal podemos siempre recuperar la vinculación con las masas retornando a la oposición, revela una gran incomprensión del problema real; el nuestro es un camino del que no se vuelve atrás indemne. Estamos en un atolladero. O lo forzamos o sufrimos una derrota histórica”<sup>1107</sup>.

Otro error que cometió fue el miedo a osar, como hemos indicado, preferir encastillarse en sus bases tradicionales en lugar de plantear un proyecto de alcance de la hegemonía, prefiriendo un “electorado en deriva” que arriesgarse a competir. “Los partidos que proclamaron el eurocomunismo se quedaron (con la excepción del italiano) a la mitad, o a un tercio del camino. Hicieron un eurocomunismo de derecha, en el sentido de proteger la ambigüedad para conservar militantes, no herir viejas querencias, dejar abiertos los canales con Moscú... Sin duda una actitud más clara y radical hubiese implicado pérdidas: inevitables, siempre que hace falta pasar de lo viejo a lo nuevo. Pero lo que es incalculable es la amplitud y sobre todo la riqueza de ideas y energías jóvenes que hubiesen podido incorporarse a una aventura eurocomunista de verdad, renovadora y radical”<sup>1108</sup>.

---

<sup>1106</sup> Véase capítulo VII.

<sup>1107</sup> Citado en Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, pág. 135.

<sup>1108</sup> Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, Ediciones El País, Madrid, 1986, pág. 288.



En razón de eso, aunque pueda parecer faccioso o arbitrario, la impresión que se deduce es que el PCI fue el único que creó realmente en el proyecto eurocomunista, mientras los otros asumieron una postura bastante oportunista. En el caso del PCF, lo pondría de manifiesto la repentina vuelta al dogmatismo y el perdurar de una dirección autoritaria y personalizada en torno a Marchais.

Y concluyendo, tras el fracaso del eurocomunismo resultaba evidente la grave crisis de la izquierda, alimentando la percepción que “las expectativas históricas marxistas y las tácticas políticas leninistas” podían ser considerados como elementos anacrónicos, tal vez equivocados. El fin del proyecto certificó que “el comunismo ya no era considerado importante para los dilemas sociales existentes, ni tampoco como una fuente de orientación para afrontar los problemas del futuro. (...) En el continente donde tuvo su origen el marxismo, el movimiento comunista es hoy día tan sólo una reliquia del encuentro de tal continente con la industrialización, y una víctima del atractivo de la democracia pluralista que todo lo impregna”<sup>1109</sup>. Tras una grave crisis ideológica, el comunismo en sus diferentes vertientes parece destinado a desaparecer del mundo contemporáneo, relegado a “tema histórico carente de actualidad”: ya pocos le consideran como una “fuerza política válida”, menos aún creen que representa un “sistema social superior”, mirándolo como un “fenómeno científico” abstracto y desacreditado, atrapado en una “antigua etapa histórica”, perteneciente a un pasado remoto y lejano. No obstante, aunque el comunismo y su ideología puede que pertenezcan al pasado, su ansia de cambiar la sociedad, su crítica a las desviaciones actuales, su advertencia sobre la iniquidad y desigualdad del capitalismo, siguen vigentes. La sociedad actual debe reflexionar críticamente sobre el comunismo y el eurocomunismo, teniendo en cuenta que, a pesar de los errores y horrores en la aplicación de estos ideales, se necesita poner en tela de juicio la sociedad actual, reconocer algún u otro mérito a esta ideología, siempre considerando que la democracia –con las advertencias de Churchill- representa un valor universal. Una democracia como la entendía Rosa Luxemburg, *tout court*, “priva di connotazioni di classe”.

El eurocomunismo selló el fin de la era del comunismo como movimiento unido, dogmático. Pero fue incapaz de presentar un nuevo modelo, de plantear un nuevo camino. Paradójicamente, durante la experiencia eurocomunista, parecía que las posibilidades de éxito dependían del abandono de la teoría marxista, de la práctica

---

<sup>1109</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 186.

comunista, como si, para ser creíble, consideraban necesario renegar los anteriores planteamientos políticos e ideológicos. Su breve vida favoreció el abandono de lo que anteriormente se había considerado esencial, el cuestionamiento de lo que resultaba basilar para la supervivencia del movimiento, el descrédito de los pilares del comunismo: “en una especie de *striptease* histórico, se han ido desprendiendo – desnudándose, por decirlo así-, capa tras capa, de su pasado doctrinal”<sup>1110</sup>, favoreciendo la “retirada del escenario histórico” del comunismo.

El fracaso del eurocomunismo generó gran frustración y desencanto de cuantos había creído posible el triunfo de un comunismo democrático. José Ortega y Gasset, en *El ocaso de las revoluciones y Epílogo sobre el alma desilusionada* de los años veinte, hablaba del alma desilusionada que seguía a una época de revoluciones: puede que esta fue la sensación que sintieron los militantes y simpatizantes eurocomunistas, ya que consideraban posible una revolución pacífica en el camino hacia el socialismo. Una sensación provocada por una serie de desencantos y experiencias desalentadoras por los comunistas: después del fracaso de la primera experiencia revolucionaria, rápidamente degenerada en sus inicios, asistieron impotentes al fracaso de otros episodios en el que fueron reponiendo su deseo de cambio, su esperanza de “construcción de la sociedad sin clases; supresión de la propiedad privada de los medios de producción; superación de la distinción entre capital y trabajo, entre amo y criado; liberación de los sometidos a tutela, de los fatigados, de los cargados, denigrados, envilecidos...”<sup>1111</sup>.

La experiencia de Tito, la revolución china, la revolución cubana, la protesta estudiantil del mayo francés, la primavera de Praga y, por último, el eurocomunismo provocaron el desencanto y la desilusión de estas personas. Un sentimiento de impotencia al ver que todos los esfuerzos desplegados, por parte de aquellos que aspiraban a un cambio de la sociedad, resultaban inútiles: la resistencia del poder establecido, la habilidad a “defenderse” de la sociedad capitalista con su capacidad auto-regenerativa ante las graves crisis que cíclicamente la investían, ponían de manifiesto la inviabilidad de los métodos violentos y la ineficacia de la vía democrática para establecer una sociedad socialista. Ni en Italia, donde había más posibilidades, ni en Francia donde Marx

---

<sup>1110</sup> Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989, pág. 220.

<sup>1111</sup> Entrevista de 1971 a Ernst Bloch de Adalbert Reit, titulada “La revolución está dentro del Cristianismo”, recogida por Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982, pág. 239.

esperaba que “resucitará el espíritu revolucionario”, los partidos comunistas pudieron alcanzar el poder y emprender el camino hacia el socialismo.

La experiencia eurocomunista provocó una gran decepción ya que muchos vieron en ella una posible alternativa al experimento soviético, una “*nueva* solución histórica, capaz de superar los dilemas y evitar los desastres de la historia soviética; todos sus resultados, sin embargo, resultaron ser un retorno a callejones sin salida ya familiares (...). El eurocomunismo cayó en lo que parece cada más una versión de segunda clase de la socialdemocracia occidental, vergonzante y subordinada en su relación con la principal tradición procedente de la II Internacional”<sup>1112</sup>.

Tras la caída del Muro de Berlín y del Imperio soviético, parece derrumbarse la posibilidad de una revolución hacia el socialismo, dando paso a un pesimismo político y moral, incluso al nihilismo, ante la conciencia que la experiencia socialista en sus diferentes vertientes ha fracasado y el anunciado “lento progreso hacia el socialismo” queda una utopía.

---

<sup>1112</sup> Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986, pág. 93.

## Conclusioni

L'eurocomunismo nacque da una doppia domanda: che tipo di socialismo è possibile in Europa occidentale e qual'è il cammino da seguire per raggiungerlo. La risposta a questi quesiti si sviluppava intorno a due idee principali: dal punto di vista strategico, si pensava al pieno sviluppo della democrazia e come obiettivo si postulava la creazione di un socialismo pluralista capace, allo stesso tempo, di garantire e promuovere la libertà, in tutti i suoi campi (civile, politica, sociale...).

Il progetto eurocomunista cercò di mettere a frutto l'esperienza e il pensiero dei vari intellettuali marxisti e comunisti, riscattando le idee dei pensatori appartenenti a due differenti periodi: in primo luogo alla tappa tra le due guerre, potendo contare sull'importante contributo di personalità del calibro di Rosa Luxemburg e Antonio Gramsci; in secondo luogo, sulle idee delle grandi figure dell'unità antifascista e democratica quali Dimitrov o Togliatti. Per comprendere a fondo lo sviluppo del progetto eurocomunista, risulta fondamentale realizzare un'attenta analisi del pensiero dei grandi teorici del marxismo: dal punto di vista teorico, lo studio della prassi storica del comunismo e del suo sviluppo nelle differenti condizioni nazionali é necessario nell'analisi eurocomunista per comprendere la base del progetto.

L'idea di poter accedere al potere per via di un'azione legale rappresentava un gran cambio rispetto al passato e significava: “acabar con el fantasma del frente populismo y cambiar por completo la estrategia de lucha en las condiciones del capitalismo desarrollado”<sup>1113</sup>, presentando una tattica che risultava più adeguata e più moderna e che serviva nel processo democratico verso il socialismo. Così, a partire dal 1975, il Partito Comunista francese, lo spagnolo e l'italiano iniziavano una tappa convergente e congiuntamente procedevano a elaborare formule e idee comuni per realizzare il socialismo nella democrazia. Si trattava di un percorso antico e nuovo, il cui punto centrale era la *consustancialidad* della democrazia e del socialismo.

Brevemente, possiamo affermare che le principali caratteristiche di questa elaborazione politica, in cui dovevano convergere le differenti “vie nazionali al socialismo”, erano l'affermazione del pluralismo politico e ideologico, lo sviluppo di tutte le libertà individuali e collettive, la distinzione tra Stato e partito, il riconoscimento del ruolo del Parlamento, la possibilità di alternarsi nel potere e, per ultimo, la lotta per ottenere un'alleanza sociale antimonopolista più ampia.

---

<sup>1113</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1977, pag. 3.

Gli eurocomunisti consideravano possibile la realizzazione di un “processo politico” diverso del rivoluzionario negando l’esistenza di un modello unico, rifiutando perfino che questi potesse essere il modello italiano e considerando possibile piuttosto un modello europeo che mettesse a frutto le idee del Partito Comunista italiano sul cammino democratico da intraprendere per raggiungere una forma di socialismo nuovo. Per questa ragione, i partiti promotori del progetto sostenevano che in Europa poteva germogliare un socialismo differente, che contasse “con una visión pluralista y democrática y con la hegemonía de un bloque de fuerzas que no puede quedar reducido a la clase trabajadora”<sup>1114</sup>. Come affermava Berlinguer nel discorso conclusivo del festival dell’Unità del 18 settembre del 1977: “ai partiti comunisti dell’Europa occidentale spetta il compito di realizzare il socialismo nei punti alti del capitalismo, di fare la rivoluzione in occidente, dimostrando che il socialismo può e deve indissolubilmente essere legato con tutte le libertà civili, culturali e religiose. Non una chiusura regionale, ma una visione storica mondiale, un autentico internazionalismo ispirato a quel movimento di idee che oggi viene denominato “Eurocomunismo”. Ogni partito ha la sua storia, ma è significativo che i tre partiti comunisti “siano pervenuti, ciascuno nella propria autonomia, a una convergente valutazione dei problemi della democrazia e del socialismo. Ed è proprio a questa convergenza che viene dato il nome di eurocomunismo”<sup>1115</sup>. Le parole di Berlinguer volevano indicare che l’eurocomunismo doveva essere considerato “non *organizzazione* regionale separata, ma *convergenza* di partiti comunisti che operano “nei punti alti del capitalismo”. Per questo, una delle definizioni maggiormente di moda dell’eurocomunismo fu quella che lo definiva come “l’orientamento che tende ad affermarsi fra i partiti comunisti dei Paesi a capitalismo sviluppato in risposta a problemi analoghi presenti nelle rispettive realtà nazionali”<sup>1116</sup>.

Durante questi anni (soprattutto dal 1975 in poi), attraverso le differenti elaborazioni politiche dei tre partiti dell’Europa occidentale, il socialismo che presentavano come progetto e alternativa politica, iniziava ad apparire indissolubilmente legato alle conquiste materiali, sociali, culturali e politiche che le masse avevano realizzato in un lungo processo di lotta. Ciò nonostante, si trattava di un “proceso de conversión de los

---

<sup>1114</sup> Articolo di Luciano Gruppi pubblicato nella rivista *Rinascita*, del 17 di ottobre 1985, citato nel libro di Del Noce, Augusto: *Italia y el eurocomunismo: una estrategia para Occidente*, E. M. E. S. A. (Magisterio Español, S.A.), Madrid, 1977, pag. 169.

<sup>1115</sup> *Crítica Marxista* Revista n. 4, Julio- agosto 1978, pag. 70-71.

<sup>1116</sup> Claudín, Fernando: *Eurocomunismo e socialismo*, Alfani, Roma, 1977, pag. 10.

PC, de portadores de un modelo de cambio total, modelo abstracto que mantendrá la cohesión de una organización representativa pero marginada de la dirección política del país, en partidos que aspiran a gobernar, sin renunciar a los objetivos de transformación social, pero en el marco de las instituciones democráticas, empieza en los años sesenta”<sup>1117</sup>. Allo stesso modo, procedevano alla “riabilitazione” del concetto di democrazia, escludendo le connotazioni negative e i giudizi critici del passato, allorquando veniva considerata come un’arma, uno strumento delle classi dominanti per esercitare il potere sulle classi inferiori. In questa nuova ottica, la democrazia è una conquista delle masse, frutto delle lotte sociali e pertanto di proprietà dei cittadini. La rivalutazione della democrazia spingeva i partiti comunisti a considerare che nelle società capitalistiche il cammino verso questa nuova forma di socialismo passava attraverso l’estensione della democrazia e il raggiungimento delle libertà civili e personali. Il processo di rivalutazione della democrazia da parte dei comunisti europei iniziò negli anni tra le due guerre mondiali e l’eurocomunismo si occupò di completare il percorso.

La parola eurocomunismo, neologismo imperfetto come l’abbiamo definito in queste pagine, si proponeva di indicare una novità sostanziale: mentre in passato si era parlato di vie nazionali (italiana, francese, spagnola, etc.) verso il comunismo, ognuna differente in virtù della propria situazione storica, delle particolarità locali e dell’eredità culturale, con l’uso di questo nuovo vocabolo si evidenziava il desiderio di creare un modello unico e congiunto di un possibile “comunismo occidentale”: unico e diverso allo stesso tempo. Dentro questo processo bisogna sottolineare che i tre paesi promotori del progetto eurocomunista seguirono un percorso differente: non v’è dubbio che l’Italia fu la nazione primogenita dell’Eurocomunismo e rappresentò il punto di partenza del processo e la “prima tappa” per il possibile sviluppo dello stesso. Il contributo di Gramsci, le riflessioni di Togliatti, l’iniziativa del “compromesso storico” di Berlinguer risultarono fondamentali per la gestazione del progetto e posero le basi per il suo futuro sviluppo. Il pensiero e l’azione di Gramsci e Togliatti risultarono importanti per lo sviluppo dell’eurocomunismo, tanto che molti li considerarono precursori teorici del progetto. Le loro idee e la strategia politica che raccomandavano per raggiungere il “socialismo nella democrazia e nella pace” furono riprese dall’eurocomunismo e utilizzate per difendersi dell’accusa di “deficit teorico” dell’eurocomunismo. Per

---

<sup>1117</sup> Saggio di J. Borja contenuto nel libro di Loizu, Máximo (edición): *Las nuevas vías al socialismo*, Ed. Avance, Barcelona, 1977, pag. 29.

questo, si assistette ad una rilettura dei classici comunisti italiani, ad una reinterpretazione, a volte funzionale al progetto, e ad una ricerca di radici teoriche per il nuovo progetto. Rispetto ai suoi partner, il PCI spiccava per l'elevazione culturale del partito, il peso elettorale, l'organizzazione territoriale e il numero dei militanti. Però, come già detto, il Partito Comunista italiano mostrò un atteggiamento contraddittorio in bilico: tra l'ansia di rinnovarsi e la paura di cambiare; tra assumere la guida del progetto o rimanere nelle retrovie; tra la critica a Mosca e la cautela a non rompere le relazioni.

Da parte sua, il caso francese si caratterizzò per il cambio repentino che operò il partito, per il suo "salto spettacolare": il PCF era il più stalinista dei partiti comunisti europei e i suoi dirigenti si erano sempre distinti per essere storicamente i più "prosovietici". Ciò nonostante, negli anni settanta, il Partito Comunista francese iniziò una tappa di riflessione, assumendo un atteggiamento più critico rispetto alla patria del comunismo e soprattutto promuovendo l'idea di una "via al socialismo con i colori della Francia": l'accettazione dei dettami e dell'atteggiamento eurocomunista, unito con una dose di nazionalismo francese, allontanarono il PCF dall'orbita sovietica, avvicinandolo alle comuni posizioni assunte dal PCE e dal PCI. In conseguenza di questa "fretta" e dell'assenza di una riflessione attenta sul cambiamento proposto e di una scelta più opportunistica che convinta, il PCF rappresentò l'elemento instabile e inaffidabile della coalizione eurocomunista. Alcuni studiosi ritengono che, nonostante il fallimento del progetto eurocomunista dipenda da svariate variabili, la principale causa di esse sarebbe costituita dalla presenza di questo anello debole e destabilizzante, "l'estemporaneità del dislocamento politico e ideologico" del Partito Comunista francese, che dopo la breve e convulsa tappa eurocomunista tornò alle antiche posizioni, assumendo un atteggiamento nuovamente prosovietico.

E, per ultimo, il Partito Comunista di Spagna fu quello che, dal punto di vista teorico, spinse l'eurocomunismo un passo avanti, arditamente, sfidando apertamente l'Unione Sovietica e mostrando una posizione critica rispetto ai paesi dell'Est Europa. Tuttavia queste affermazioni meritano un chiarimento. Come abbiamo analizzato nei vari capitoli della tesi e soprattutto nel quinto capitolo, in questi anni il PCE stava completando un processo evolutivo iniziato nel 1956, passando da una posizione ortodossa dentro il movimento comunista a rappresentare un partito "distanziato" da Mosca e desideroso di riorganizzarsi politicamente per elaborare una strategia nuova, che contemplasse come terminare con la dittatura franchista e rappresentare un'alternativa politica valida. Dalla *Política de Reconciliación Nacional* all'inizio della transizione politica in Spagna, il

Partito Comunista spagnolo concentrò il suo sforzo politico ad adeguare il suo obiettivo finale (la trasformazione socialista del paese) con una nuova strategia idonea alla sua realizzazione, stabilendo il rispetto delle regole democratiche e adottando i suoi metodi. Per questo motivo, l'eurocomunismo iniziava a rappresentare uno dei tratti distintivi del partito: nonostante ciò, si trattò di un tappa breve però decisamente convulsa e decisiva per le future sorti del Partito Comunista spagnolo.

Per il PCE, l'eurocomunismo rappresentava il punto d'arrivo delle differenti modifiche ideologiche e teoriche che si erano susseguite negli anni precedenti alla morte di Franco e che si erano prodotte nel tentativo di "aggiornare" il partito. La possibilità che questo percorso potesse realizzarsi contemporaneamente in altri paesi (Italia e Francia) dava maggiore sicurezza al partito comunista spagnolo e lo spingeva a proseguire per questo cammino. L'eurocomunismo permetteva di consolidare le trasformazioni iniziate una volta terminata la guerra civile con il cambio della guida del partito e, allo stesso tempo, di "riconciliarsi" con i valori democratici, il cui valore era indiscutibile dopo la nefasta esperienza totalitaria e fascista della seconda guerra mondiale: "si el fenómeno del eurocomunismo es la plasmación más conocida de la elaboración de una estrategia de paso al socialismo utilizando las instituciones democráticas, también es cierto que su notoriedad es fruto de la convergencia en un momento histórico, por lo demás bastante breve, de los procesos de cambio en ese sentido acaecidos en los tres principales partidos comunistas de la Europa occidental, el francés, el italiano y el español"<sup>1118</sup>. Durante i difficili anni della transizione politica, l'adozione di questo atteggiamento politico fu utile al PCE per offrire le garanzie di un comportamento democratico in quel delicato momento ed evitare che il partito fosse isolato dal resto delle forze politiche antifranchiste. Il partito considerava che, una volta morto il dittatore, "el socialismo sólo podrá triunfar y consolidarse en esta zona de Europa a través del desarrollo pleno de la democracia, afirmando el valor de las libertades personales y colectivas, la no oficialización de una ideología de Estado, la articulación democrática descentralizada del mismo, la Pluralidad de Partido, la autonomía sindical, las libertades religiosas, de expresión, de cultura, del arte y de la ciencias". E aggiungevano per chiarire i loro obiettivi e mostrare le nuove posizioni: "Nosotros no concebimos el futuro sistema socialista en España como un sistema de partido único, dominando el poder del Estado,

---

<sup>1118</sup> "Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982", de Jesús Sánchez Rodríguez: nel libro di Bueno, Manuel – García Carmen, Hinojosa José (coords.): *Historia del PCE: I Congreso 1920-1977*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2007, pag. 41.



sino como un sistema democrático pluripartidista... Se trata pues de orientarse hacia un modelo de socialismo pluripartidista y democrático, en el cual, no sólo se conservarán, sino que se elevarán a un nivel superior todas las libertades personales y políticas, conquistadas en la etapa anterior, un socialismo basado en la soberanía popular expresada a través del sufragio universal... La pluralidad de partidos determina otro de los rasgos de la forma de socialismo que estimamos probable para España: el Estado socialista no tendrá una filosofía oficial; se desplegará una lucha ideológica libre y abierta, incluso entre las fuerzas socialistas afines”<sup>1119</sup>.

Per questo il caso spagnolo risulta così importante: nonostante si sia trattato di una breve esperienza e che presentasse molte “debolezze e contraddizioni”, l’eurocomunismo servì al partito per riflettere sul tema della democrazia, delle libertà e del pluralismo. Come riconobbe anni dopo, lo stesso Segretario di allora, Santiago Carrillo, nelle sue memorie “sólo con una línea impecablemente democrática podíamos romper los comunistas españoles la resistencia sociales contra nuestro partido nutrida por largos años de poder y propaganda franquista y por la desconfianza enfermiza de la oposición democrática a nuestro partido, tratado como un epígono del bloque soviético”<sup>1120</sup>. L’eurocomunismo fu per il PCE un bisogno, una esigenza, più che una scelta libera.

Il 1968 rappresenta un anno importante nella storia dell’eurocomunismo, giacché a partire da questa data, i principali partiti comunisti dell’Europa Occidentale iniziarono ad assumere una posizione critica rispetto al PCUS e all’Unione Sovietica. Gli episodi che si verificarono in questo anno, spinsero i partiti comunista di Francia, Spagna e Italia a dar inizio a una tappa di riflessione e, anche se risulterebbe prematuro chiamare in causa l’eurocomunismo, è certo che in questo momento si assistette ad una prima timida condanna dell’intervento dei Paesi aderenti al Patto di Varsavia in Cecoslovacchia: “entonces comenzó, o mejor dicho, retomó impulso, dado que venía de lejos, cierto dinamismo, cambios profundos en el seno de nuestros partidos eurocomunistas [...]. Desde el momento en que hemos dicho que no existe un modelo único y hemos defendido las vías nacionales de constitución del socialismo, hemos introducido también una crítica dialéctica al modelo soviético”<sup>1121</sup>. L’invasione di Praga

---

<sup>1119</sup> *Nuestra Bandera*, Revista numero 81 especial, octubre 1975, pag. 10.

<sup>1120</sup> Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2006, pag. 548.

<sup>1121</sup> Alfonso Comín: “Liquidar la herencia de una “patrística marxista” in “*Potere e opposizione nelle società post-rivoluzionarie. Una discussione sulla sinistra*”, pubblicato nel *Il Manifesto*, Cuaderno número 8, 1978, Edición castellana en Laia, Barcelona, 1980.

rappresentò più che una rottura, l'inizio della riflessione, ed inaugurò una dialettica dentro del mondo comunista, una discussione a volte tesa e dura però certamente necessaria, finalizzata al rinnovamento del partito.

Il 1968 fu anche l'anno del "maggio francese", inaugurando una serie di battaglie compiute dalle forze intellettuali e studentesche: la presenza di questi due nuovi attori nella scena socio-politica obbligò i partiti comunisti a meditare e riflettere sulle nuove esigenze dei cittadini per riuscire a raggiungere l'egemonia culturale, preconizzata da Gramsci e considerata come condizione necessaria per raggiungere il potere. Allo stesso tempo, iniziava a riflettere sulla relazione tra democrazia e socialismo: di fatto, la base del progetto eurocomunista poggiava sul desiderio di elaborare una nuova concezione che postulasse la possibilità di un avanzamento democratico verso il socialismo in libertà.

Il 1968 rappresentò un momento importante per la riflessione comunista: i Partiti Comunisti dell'Europa occidentale interpretarono l'esperienza di Dubček e il maggio francese come un segnale, un avvertimento della necessità di cambiare, del bisogno di innovarsi, iniziando un lento e mai completato processo di allontanamento dall'orbita sovietica. La primavera di Praga mostrava apertamente il degrado del modello sovietico e la debolezza di un sistema che, di fronte alla minaccia che qualcosa potesse cambiare e si potesse realizzare una democratizzazione della società, reagisce violentemente, sedando nel sangue il vento del cambiamento, il socialismo dal volto umano. Invece, il maggio francese sanciva l'apparizione di nuove figure e forze sociali dentro la società, che potevano rappresentare importanti alleati del proletariato nella lotta contro il capitalismo.

E poi ci fu un'altra esperienza che spinse i partiti comunisti dell'Europa Occidentale a riflettere attentamente sul cammino da seguire: i fatti negativi del Cile, che portarono questi partiti a considerare che, affinché questa situazione non si ripetesse in futuro e nei loro paesi, fosse necessario "hacer nuestra la bandera de la defensa de la libertad y de los métodos democráticos, confirmando así el carácter abstracto de aquellas tesis que tienden a reducir esquemáticamente el dilema: vía pacífica/vía no pacífica la cuestión de la estrategia de lucha por el "avance hacia el socialismo". Il PCI ed il PCE iniziavano ad assumere il "compromiso de construir una sociedad nueva, de democracia abierta y pluralista".

L'eurocomunismo rappresentava il desiderio di superare il capitalismo imperante negli anni settanta, entrato in profonda crisi economica. Per raggiungere tale obiettivo, si

proponeva la costruzione di un socialismo nuovo, “un socialismo verdaderamente capaz de de cambiar y heredar simultáneamente”<sup>1122</sup>. Appropriandosi delle conquiste realizzate dalle rivolte e dai moti popolari, dalle rivoluzioni socialiste, gli eurocomunisti intendevano dimostrare che era possibile la costruzione di un nuovo modello di socialismo, in libertà e attraverso i canali democratici. Inoltre, l'eurocomunismo si presentava come un'alternativa capace di attrarre ampi settori della società, promettendo un importante cambiamento, concernente una nuova concezione del tipo di potere, del tipo di Stato, del tipo di società da realizzare, più dinamico e vicino alle esigenze dei cittadini.

Ciò nonostante, come abbiamo visto, l'eurocomunismo fallì per una serie di ragioni: non si trattò di una unica causa, ma piuttosto di una serie di circostanze ognuna con un peso diverso che congiuntamente determinarono il fallimento del più importante tentativo realizzato in Europa Occidentale di riformare il comunismo, dandogli un carattere democratico e presentandolo come alternativa al sistema capitalistico. Anche se in misura e in modo diverso, il PCI, il PCF e il PCE sentivano il bisogno sincero di riformare la tradizione comunista, aggiornarla e, attingendo alle risorse politiche e culturali di ogni partito, rinnovare il progetto, senza rompere con la tradizione ideologica e con l'influenza sovietica. Allo stesso modo, nutrivano la speranza che, riformando l'idea del comunismo nei propri paesi, il successo interno potesse essere emulato dai paesi socialisti dell'Europa dell'Est, ergendosi a modello nuovo di un socialismo democratico.

Nonostante, gli sforzi e i buoni propositi terminò per essere un “progetto incompleto”, un fenomeno politico che aveva davanti a sé un enorme cammino da percorrere e che non si portò a termine: per paura e per la mancanza di un reale interesse dei suoi promotori a realizzare i cambiamenti promessi; per l'assenza di una solida base teorica realmente innovatrice; per la resistenza delle forze capitaliste e l'ostracismo degli Stati Uniti o, semplicemente, per l'incapacità ad assumere una visione sufficientemente critica degli errori dell'Unione Sovietica. Nonostante comprendessero che l'accettazione senza riserve delle regole democratiche e del concetto di sovranità popolare rappresentava una *condicio sine qua non* per la trasformazione della società nel cammino verso il socialismo, i partiti comunisti di Spagna, Italia e Francia si

---

<sup>1122</sup> Nella nota, Lucio Lombardo Radice sottolinea come Karl Marx y Friedrich Engels avevano a sua disposizione il verbo tedesco “aufheben” che significa simultaneamente “cambiare” e “conservare” e, a un livello più alto, “superare”. Lombardo Radice, Lucio: “*Un socialismo por inventar: reflexiones sobre la vía democrática para la transformación de la sociedad*”, Laia, Barcelona, 1980, pag. 140.

mostrarono incapaci di rafforzare l'idea di poter cambiare la struttura socio-politica nei paesi in cui agivano e di uscire dal ghetto in cui si volevano rinchiusi. Non riuscirono a proporsi come alternativa credibile: il progetto proposto non era sufficiente a generare la fiducia del popolo. Nonostante riconoscesse gli errori del passato, l'eurocomunismo era incapace di trarre le logiche conseguenze e assumere un atteggiamento realmente nuovo e saggio.

Nelle pagine di questo saggio sull'eurocomunismo, si è cercato di mettere in risalto non solo gli *aspetti negativi* della discrepanza e condanna dell'Unione Sovietica, ma anche il germogliare di un *aspetto positivo*, la creazione di un nuovo accordo e l'assunzione di una posizione comune da parte dei principali partiti dell'Europa occidentale, con alla base la volontà di creare un socialismo democratico, vivo e umano. Non fu un movimento "a vuoto": in un momento difficile per il comunismo, in un contesto di forze centrifughe e contraddittorie nel mondo comunista, i partiti eurocomunisti cercarono di dare una soluzione positiva a questa crisi, proponendo la realizzazione di un rinnovamento democratico della società socialista, con l'obiettivo di portare a termine il pieno sviluppo della democrazia socialista.

La mancanza di comprensione dei problemi reali (di natura differente), l'incapacità a democratizzare la vita interna del partito, l'ambigua relazione con l'Unione Sovietica, la preminenza degli interessi nazionali (soprattutto nel caso del PCF) e le profonde differenze tra il Partito Comunista francese, lo spagnolo e l'italiano, mostravano pienamente le difficoltà ad avanzare nella costruzione di una società socialista nuova, differente nella struttura politica e sociale rispetto a quella che era stata edificata nell'Unione Sovietica e, successivamente, emulata nei paesi satelliti.

Il tema della relazione con l'Unione Sovietica, analizzato nelle precedenti pagine, risulta di grande importanza: si è trattato di una relazione ambigua e contraddittoria. I partiti eurocomunisti desideravano applicare una formula simile a quella che nel 1648, dopo 30 anni di atroce guerra in Germania, a Osnabrück e a Münster, si stipulò nella pace di Westfalia, con "il principio base era *"cuius regio, eiusdem sit religio"*, "quale paese, tale religione". In un certo senso, parafrasando la formula della pace di Westfalia, i partiti comunisti di ceppo leninista e terzinternazionalista, fanno loro il principio "quale paese, tale socialismo"<sup>1123</sup>. La realtà fu diversa: i rapporti restarono stretti anche se a volte tesi e non ci fu quella separazione che molti consideravano come

---

<sup>1123</sup> Lucio Lombardo Radice: "Un socialismo da inventare" nella rivista *Crítica Marxista*, Revista n. 4, julio- agosto 1978, pag. 72.

conseguenza logica dell'allontanamento e della differenza di opinioni su temi trascendentali. Come già abbiamo indicato, questa relazione si può riassumere nella frase "autonomi ma presenti", a dimostrazione di un forte nesso e del desiderio di essere più indipendenti e di poter scegliere autonomamente il cammino verso il socialismo. Il problema delle relazioni con l'URSS non era secondario e il fatto che si trattò di una situazione "irrisolta" pregiudicò lo sviluppo dell'eurocomunismo e condizionò il suo futuro.

Allo stesso modo, bisogna sottolineare che la convergenza dei tre partiti generava molti dubbi e i più critici la consideravano come un fenomeno temporale, congiunturale e cinicamente calcolato e sostenevano che si trattava di un avvicinamento interessato, coscienti che, attuandolo da soli, l'anatema lanciato da Mosca sarebbe stato troppo dannoso. "L'unione fa la forza" e ben sapevano che era molto diverso il confronto-scontro di un partito piccolo con l'Unione Sovietica rispetto a quello di un insieme di partiti. A dimostrazione dell'assenza di uno "spirito comune", si ricorda che, raramente, i tre partiti hanno agito di comune accordo o, almeno, mostrato un'effettiva unità di intenti. Al contrario, spesso è sembrato che questi partiti difendessero una strategia "nazional-comunista", interessata maggiormente o esclusivamente per la situazione interna e non ad offrire un modello comune e valido fuori dei confini nazionali. Scartando una visione così categorica, bisogna riconoscere l'esistenza di una certa ambiguità di questi partiti, impegnati e preoccupati da questo duplice fronte, nazionale e internazionale. L'ambiguità di questa situazione si rifletteva nei suoi effetti, nel senso che se da un lato risultava utile per questi partiti, giacché internamente lottavano per stabilire una via democratica al socialismo formando ampie alleanze, esternamente mostravano il desiderio di assumere una posizione internazionale autonoma e filo-europeista; dall'altro, portava ad una evidente ambiguità, ad una difficile gestione degli sforzi e ad una posizione criticabile internamente ed esternamente.

L'eurocomunismo risultò essere "un nuovo mito ideologico, incapace di tradursi in una strategia concreta. In conseguenza, la 'primavera eurocomunista' ha presto lasciato il posto ad un precoce 'autunno', in uno stato di contrazione ideale, di incertezza politica, di organica crisi (...) ha finito per andare incontro al logoramento ed allo stallo"<sup>1124</sup>.

---

<sup>1124</sup> Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991, pag. 737.

L'analisi in profondità del fenomeno eurocomunista risulta di grande importanza per comprendere l'avanzata dei partiti comunisti nello scenario politico nazionale<sup>1125</sup> con la capacità di penetrare nella società civile (come nel caso spagnolo, dove favorì l'accettazione del PCE come partito capace di partecipare al gioco democratico, allontanando qualsiasi tentazione totalitaria) e di rappresentare un'alternativa politica credibile (soprattutto nel caso italiano) in paesi governati da forze cattoliche o di destra. Le Conferenze bilaterali dei tre partiti ed i pochi vertici eurocomunisti, che si celebrarono a partire del 1975, diffusero in Europa occidentale e nel mondo la percezione o, sarebbe meglio dire, l'illusione che qualcosa di nuovo era in gestazione dentro il blocco comunista: l'illusione, appunto, di un progetto nuovo, capace di realizzare il gran sogno di creare uno Stato socialista che riuscisse a superare il vecchi dilemmi e coniugare, finalmente, democrazia e socialismo. Si trattava di un sogno, benché il progetto eurocomunista muoveva i suoi passi partendo dal principio base che “no c'è socialismo senza democrazia”.

In conclusione, l'eurocomunismo fu qualcosa in più che un progetto non terminato, più desiderio che realtà strutturata. Non si trattò di un *teorización* elaborata, di una dottrina coerente, ma bensì di una convergenza di posizioni diverse in un preciso momento storico, di un insieme di concezioni politiche che cercavano di mettere in pratica la teoria delle differenti tappe nella transizione al comunismo, elaborata da Lenin, e il concetto di egemonia, ideato da Gramsci. Però, oltre alle difficoltà indicate, pesò l'assenza di un modello di successo a cui ispirarsi o da cui trarre insegnamento; non poterono contare neanche con un'analisi empirica della realtà in cui vedere riflessa la propria azione politica, restando al margine del potere.

L'eurocomunismo aspirava ad essere premessa e promessa di trasformazione del comunismo: si presentò come un “progetto promettente”, puntando a presentare un possibile cammino, un nuovo progetto *rivoluzionario* per la trasformazione del capitalismo e il superamento della grave crisi degli anni settanta. Gli eurocomunisti nutrivano una reale fiducia nella possibilità di cambiare la rotta, di presentare un modello socialista idoneo alle democrazie occidentali. Con entusiasmo soprattutto all'inizio del progetto si proponevano definire un socialismo “occidentale”, valido per le società capitalisticamente evolute, qualitativamente diverso dal socialismo realizzato in Unione Sovietica o in Cina.

---

<sup>1125</sup> Un'avanzata che non sempre si trasformava in un aumento del numero dei votanti.

Sembrava aver compreso che nelle società sviluppate erano necessarie graduali trasformazioni nel cammino verso il socialismo: abbracciando la via pacifica, difendendo il cammino democratico e cercando di contare con l'appoggio maggioritario della popolazione. Ciò nonostante, l'esito del progetto risultava oltremodo pregiudicato dalla visione semplicista della realtà, dall'insufficiente analisi politico-economico della congiuntura storica esistente, dall'incomprensione e incapacità a offrire una risposta alle domande di cambiamento che i nuovi attori e movimenti sociali presentavano al partito. Dimenticarono le parole di Togliatti quando questi ricordava che "un partito che voglia meritare l'appellativo di rivoluzionario non può essere una "setta di propagandisti del socialismo e del comunismo". Occorre che i rivoluzionari partano dalle esigenze reali delle masse, le organizzino per soddisfarle ed innalzino continuamente il livello della lotta politica".

I partiti eurocomunisti non compresero a fondo i problemi dell'epoca in cui si trovavano e non seppero offrire una risposta esauriente a quelli militanti o non, che chiedevano un progetto chiaro ed un orientamento deciso, frutto di un avanzamento teorico e di un programma concreto. Dal punto di vista economico la ricetta presentata non convinceva l'elettorato, che considerava gli sforzi richiesti eccessivi e li accusavano di elaborare una politica economica troppo affine a quella capitalista, poco coscienziosa delle difficoltà dei lavoratori.

Nella vita dell'eurocomunismo, menzione a parte merita la pubblicazione del libro di Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, sul quale si è abbondantemente riflettuto in questo saggio. Una sola idea resta da sottolineare: mentre il programma doveva rappresentare l'apice politico del nuovo progetto e la base teorica del movimento, terminò per essere il primo sintomo della stanchezza del movimento eurocomunista, aprendo insanabili crepe nell'unità dei tre partiti e iniziando un calo progressivo e costante, che portò la strategia a svanire nell'oblio.

Non v'è dubbio che l'eurocomunismo deluse, non riuscendo a stare all'altezza delle aspettative e dell'entusiasmo che la sua apparizione aveva provocato, benché, oggi giorno, ci si riferisce a questa esperienza come a una specie di "oasi", un passato rimpianto e sospirato per i nostalgici comunisti, ciò che "volevano che fosse e non fu". Analizzando il progetto in modo obiettivo, esso raccolse pochi risultati positivi e perciò fu presto abbandonato lasciando i partiti comunisti europei "alla deriva totale" in quanto a progetti di trasformazione della società in cui attuavano.

Secondo Anne Kriegel, i dirigenti francesi, italiani e spagnoli tenevano una sincera *volontà* di cambiamento: la questione era considerare in che *potevano* cambiare e a che prezzo e con quale rischio. Non seppero valutare a fondo queste variabili e le buone intenzioni si scontrarono con la durezza della realtà.

Allo stesso modo, le differenti dichiarazioni pubbliche e gli scritti dei leader eurocomunisti si caratterizzavano per la loro buona volontà, ragione per la quale frequentemente venivano attaccati e accusati di falsa propaganda politica, per la presenza di obiettivi plausibili, però, di difficile portata. Le idee e le parole di Berlinguer, Carrillo e Marchais non plasmarono un programma politico organico e benché le proposizioni e i principi dichiarati risultassero interessanti e necessari, non si trasformarono in una politica compiuta. Da qui l'accusa di trattarsi di un "mero tatticismo", una strategia opportunistica e finalizzata a guadagnare, ipocritamente, la legittimità democratica dei partiti comunisti dei tre paesi cercando, allo stesso tempo, di aumentare il numero di votanti. Ciò nonostante, ridurre il fenomeno a pura propaganda risulta semplicistico e limitativo.

Non riuscirono nemmeno a favorire la necessaria democratizzazione della vita interna dei partiti: si trattava di estendere e approfondire il concetto e il valore della democrazia nella prassi e nel funzionamento dei partiti. Le resistenze interne e la sopravvivenza del centralismo democratico impedirono i cambiamenti dentro dei partiti.

Oltre che un progetto "promettente", risultò essere un progetto "seduttore", giacché generava ottimismo e, perfino, si assistette anche ad alcuni toni trionfalistici. Alcuni si aspettavano un cambiamento "più profondo" di quello realizzato dopo il XX Congresso del PCUS e la denuncia dei crimini di Stalin. Si parlava di una nuova epoca, di una nuova esperienza, di un nuovo futuro. Oniricamente, molti militanti di questi partiti sognarono che la società poteva cambiare e che l'utopia eurocomunista potesse trasformarsi in realtà. Nonostante ciò, con il passare del tempo e di fronte alla sua impotenza, risultava evidente che la costruzione del socialismo attraverso la via democratica rappresentava una utopia, una illusione. Sembrava che più che un sogno, era un incubo e la speranza si trasformò in delusione, rabbia e accuse.

Come dicevamo all'inizio di questo lavoro, si trattò di un fenomeno che interessò studiosi e giornalisti durante le sue fasi: gestazione, sviluppo e decadenza, per essere poi completamente abbandonato. Un interesse che mostrava due grandi limiti: da un lato, l'assenza di obiettività, giacché veniva trattato in modo eccessivamente ottimista o troppo critico; dall'altro, la poca distanza temporale, che condizionava l'analisi,



determinando una visione poco imparziale, settaria e tendenziosa. Questo lavoro si è proposto di colmare questa lacuna, realizzando uno studio storiografico profondo e dettagliato, utilizzando molteplici fonti per offrire una ricostruzione sistematica degli eventi di quegli anni e una profonda riflessione sulle cause e conseguenze del fallimento del progetto eurocomunista.

L'eurocomunismo, che si presentava come il punto di partenza di una nuova era, si trasformò nel punto d'arrivo. Come affermò con chiarezza Bettino Craxi in una intervista a *Le Monde*: “certo, l'eurocomunismo ha suscitato grande interesse, ma come tutte le grandi speranze che non si realizzano, rischia di suscitare grandi delusioni”<sup>1126</sup>.

Infine, l'eurocomunismo terminò per essere il “*canto del cisne*” del monito di Claudín, incapace a incarnare la terza via tra il modello dei paesi del socialismo reale e il modello socialdemocratico. La sua fine coincise con una profonda crisi del marxismo, obbligando l'estrema sinistra di questi paesi a porsi una importante domanda: serve ancora il comunismo oggi?

---

<sup>1126</sup> *Le Monde* del 4 di settembre del 1977.

## BIBLIOGRAFIA

- AA. VV.: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Cambio 16, Madrid, 1977
- AA. VV.: *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, Ed. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1978
- AA. VV.: *Fenómenos de crisis y futuro de España: ciclo de conferencias pronunciadas en el Club Siglo XXI durante el curso 1980-1981*, Unión Editorial, Madrid, Volumen II, 1981
- AA. VV.: *Gramsci y el "Eurocomunismo"*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978
- AA. VV.: *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960
- AA. VV.: *Programas económicos en la alternativa democrática*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976
- AA. VV.: *Para una historia del P.C.E.*, Conferencias en la Fundación de Investigación Marxista, impreso en Casaló AG, 1980
- AA. VV.: *Programme commun de gouvernement du Parti communiste et du Parti socialiste*, Ed. Sociales, París, 1972
- AA. VV.: *Proposta di progetto a medio termine*, Editore Riuniti, Roma, 177
- AA. VV.: *Sesenta años en la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxista en, Madrid, 1980
- AA. VV.: *VIII Congreso del Partito Comunista Italiano. Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, Marzo 1957 Roma
- Accornero, Aris, Mannheimer Renato y Sebastiani, Chiara: *L'identità comunista. I militanti, la struttura, la cultura del Pci*, Editori Riuniti, Roma, 1983
- Adler, Alexandre - Cohen, Francis y Décaillot, Maurice: *L'URSS et nous*, París Éditions Sociales, 1978
- Aga Rossi, Elena y Quagliariello, Gaetano: *L'altra faccia della luna. I rapporti tra PCI, PCF e Unione Sovietica*, Il Mulino, Bologna 1997
- Albiac, Gabriel: *El debate sobre la "Dictadura del proletariado" en el Partido Comunista Francés: anexo, el debate en España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1976
- Albiac, Gabriel y Sandoval, José y otros: *Debates sobre el eurocomunismo*, SAIDA, Madrid, 1977
- Albright, David E.: *Communism and Political Systems in Western Europe*, Westview Press, Colorado, 1979
- Almond, Gabriel: *The appeals of Communism*, Princeton, 1954

Álvarez, Santiago: *La retirada, la lucha guerrillera y el cambio de táctica*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1980

Álvarez, Santiago: *Ensayos históricos-políticos*, Sotelo Blanco D.L., Barcelona, 1990

Amato, Giuliano y Cafagna, Luciano: *Duello a sinistra: socialisti e comunisti nei lunghi anni '70*, Il mulino, Bologna, 1982

Amendola, Giorgio: *Lotta di classe e sviluppo economico dopo la Liberazione*, Editori Riuniti, Roma, 1962

Amendola, Giorgio: *Una scelta di vita*, BUR-Rizzoli, 1978

Amendola, Giorgio: *Il rinnovamento del PCI*, Editor Riuniti, Roma, 1978

Anderson, Perry: *Il dibattito nel marxismo occidentale*, Laterza, Bari, 1976.

Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986

Anderson, Perry: *Las antinomias de Gramsci*, Fontanamara, Barcelona, 1978 y 1981.

Anderson, Perry: *Democracia y socialismo: la lucha democrática desde una perspectiva socialista*, Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1988

Anderson, Perry: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1991

Areilza, José María: *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona, Planeta, 1977

Arrabal, Fernando: *Carta a los militantes comunistas españoles: sueño y mentira del eurocomunismo*, Christian Bourgois editeur, París, 1978

Asor Rosa, Alberto: *La repubblica immaginaria. Idee e fatti dell'Italia contemporanea*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano, 1988

Azcárate, Manuel: *Vías democráticas al socialismo*, Ayuso, Madrid, 1981

Azcárate Manuel: *Crisis del eurocomunismo*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982

Azcárate, Manuel: *La izquierda europea*, El País, Madrid, 1986

Azcárate, Manuel: *Luchas y transiciones: memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, El País Aguilar, Madrid, 1998

Azcárate, Manuel (editor): *Vías democráticas al socialismo*, Ayuso, Madrid, 1981

Baby, Jean: *Critique de base: le parti communiste français entre le passé et l'avenir*, Maspero, París, 1960

Balibar, Etienne : *Sobre la dictadura del proletariado*, Siglo XXI, Madrid, 1977

Bahro Rudolf: *Por un comunismo democrático*, Fontamara, Barcelona, 1981.

Bahro, Rudolf: *La alternativa: Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

Balbuena Iglesias, Mateo: *El por qué del Eurocomunismo*, Forma Ediciones, Zaragoza, 1978

Barbagallo, Francesco: *Enrico Berlinguer*, Carocci, 2007

Barbagli, Marzio- Corbetta, Piergiorgio y Sechi, Salvatore: *Dentro il PCI*, Il Mulino, Bologna, 1979

Barca, Luciano: *L'eresia di Berlinguer*, Sisifo, Roma 1992

Barca, Luciano, Botta Franco y Zevi Alberto: *I comunisti e l'economia italiana. Antologia di scritti e documenti*, De Donato Editore, Bari, 1975

Barjonet, André: *Le parti communiste français*, Didier, París, 1969

Baudouin, Jean: *Le P.C.F. et le socialisme aux couleurs de la France: evolution et contradictions du communisme français*, Université de Rennes 1, Rennes, 1978

Belligni, Silvano: *La Giraffa e il Liocorno. Il P.C.I. dagli anni '70 al nuovo decennio*, Franco Angeli, Milano, 1983

Bellucci, Paolo Maraffi, Marco y Segatti, Paolo: *PCI, PDS, DS. La trasformazione dell'identità politica della sinistra di governo*, Donzelli Editore, Roma, 2000

Bergami, Giancarlo: *Gramsci comunista critico*, F. Angeli, Milano, 1981.

Berlinguer, Enrico: *La Questione Comunista*, Editori Riuniti, Roma, 1975

Berlinguer, Enrico y Carrillo, Santiago: *Una Spagna libera in un'Europa democratica*, Editori Riuniti, Roma, 1975

Berlinguer, Enrico: *La politica internazionale dei comunisti italiani, 1975-76*, a cura di Tatò Antonio, Roma, Editori Riuniti, 1976

Berlinguer, Enrico: *La grande avanzata comunista. Discorsi e interviste della campagna per le elezioni politiche del 20 giugno 1976*, Roma, Sarmi, 1977

Berlinguer, Enrico: *La cuestión comunista*, Fontamara, Barcelona, 1977

Berlinguer Enrico, Carrillo, Santiago y Marcháis, Georges: *La vía europea al socialismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1977

Berlinguer, Enrico: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977

Berlinguer, Enrico: *Austerità, occasione per trasformare l'Italia*. Le conclusioni al convegno degli intellettuali, Roma, 15-1-77, e alla assemblea degli operai comunisti, Milano, 30-1-77, Editori riuniti, Roma, 1977

Berlinguer, Enrico: *Austeridad*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978

Berlinguer, Enrico. *Per il socialismo nella pace e nella democrazia in Italia e in Europa*, Editori Riuniti, Roma, 1979

- Berlinguer, Enrico. *La nostra lotta dall'opposizione verso il Governo*, Editori Riuniti, Roma, 1979
- Berlinguer, Enrico y Napolitano, Giorgio: *Partito di massa negli anni ottanta*, Editori Riuniti, Roma, 1981
- Berlinguer, Enrico: *Enrico Berlinguer. Antologia di scritti e discorsi (1969-1984)*, Istituto Studi comunisti P. Togliatti, Frattocchie, 1984
- Berlinguer, Enrico: *La crisi italiana. Scritti su Rinascita*, Rinascita, Roma, 1985
- Bermudo Ávila (editor): *Monográfico sobre la dictadura del proletariado*, El Càrabo, 1977, número 6
- Bernstein, Eduard: *Socialismo democrático*, Editorial Tecnos S.A., Madrid, 1990
- Bettiza, Enzo: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell'ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978
- Bettiza, Enzo: *L'eclisse del comunismo*, Terza pagina La Stampa, Torino, 1994
- Blackmer, Donald L. M: *Unity in Diversity; Communism and the Communist World*, Mass, Cambridge, 1968
- Blackmer, Donald y Tarrow, Sidney: *Il comunismo in Italia e in Francia*, E.T.A.S. Libri, Milano, 1976
- Bobbio, Norberto: *Politica e cultura*, Einaudi, Torino, 1974
- Bobbio, Norberto: *Quale socialismo? Discussione di un'alternativa*, Einaudi, Torino, 1976
- Bobbio, Norberto y otros: *El marxismo y el Estado*, Barcelona, Avance, 1977
- Bobbio, Norberto (editor): *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1978
- Bobbio Norberto, Pasquino, Gianfranco y Matteucci, Nicola: *Dizionario di política*, Torino, U.T.E.T., 1983
- Bobbio, Norberto: *El futuro de la democracia*, Plaza y Janes, Barcelona, 1985
- Bobbio, Norberto: *Las ideologías y el poder en crisis: pluralismo, democracia, socialismo, comunismo, tercera vía y tercera fuerza*, Ariel, Barcelona, 1988
- Bobbio, Norberto – Pasquino, Gianfranco y Matteucci, Nicola: *Diccionario de política*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1991
- Bocca, Giorgio: *Palmiro Togliatti*, Editorial Laterza, Roma, 1973
- Boggs, Carl y Plotke, David: *The Politics of Eurocommunism: Socialism in Transition*, South End Press, 1980
- Bongiovanni, Bruno: *La caduta dei comunismi*, Saggi blù-Garzanti, Milano, 1995

- Bosco, Anna: *Comunisti: Trasformazioni di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*, Il Mulino, Bologna, 2000
- Botella, Joan y Ramiro, Luis: *The crisis of communism and party change. The evolution of west european communist and post-communist parties*, Institut de Ciències Politiques i Socials, Barcelona, 2003
- Brabo, Pilar, *El eurocomunismo hoy. Perspectiva de una España democrática y constitucional*, Club Siglo XXI / Unión Editorial, Madrid, 1979
- Bueno, Manuel, García Carmen e Hinojosa José (coord.): *Historia del PCE: I Congreso 1920-1977*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2007
- Brzezinski, Zbigniew: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Maeva Lasser, Madrid, 1989
- Caciagli, Mario: *Elecciones y partidos en la transición española*, Centro de Investigaciones Sociológicas: Siglo XXI, Madrid, 1986
- Calvo Serer, Rafael: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982
- Capella, Juan Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005
- Canfora, Luciano: *La crisi dell'est e il PCI*, Edizioni Dedalo, Bari, 1990.
- Carr, Ramon y Fusi, Juan Pablo: *España de la dictadura a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1979
- Carrillo, Santiago: *Después de Franco, ¿qué?*, Editions Sociales, París, de 1965
- Carrillo, Santiago: *Nuevos enfoques a problema de hoy*, Editions Sociales, París, 1967
- Carrillo, Santiago: *Problemas del socialismo*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1969
- Carrillo, Santiago: *Más problemas actuales del socialismo*, Editions de la Librairie du Globe (Ebro), Paris, 1969
- Carrillo, Santiago: *La lucha por el socialismo, hoy*, Edición corregida y ampliada de la intervención de Santiago Carrillo ante el Comité Ejecutivo del PCE en junio de 1968), Editions de la Librairie du Globe, París, 1969
- Carrillo, Santiago: *Discurso pronunciado en la Conferencia de los partidos comunistas y obreros de Moscú. Junio de 1969*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1969
- Carrillo, Santiago: *Libertad y socialismo* (informe al Pleno del C.C. de Septiembre de 1970), Editions sociales, París, 1971

- Carrillo, Santiago: *Informe al VIII Congreso del PCE*, Ed. Empresa Poligráfica, Bucarest, 1972
- Carrillo, Santiago: *Mañana España*, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, Colección Ebro, París, 1975
- Carrillo, Santiago: *De la clandestinidad a la legalidad*, Edita Partido Comunista de España, Roma, 1976
- Carrillo, Santiago y Sánchez Montero, Simón: *Partido Comunista de España*, Ediciones Albia, Bilbao, 1977
- Carrillo, Santiago: *Escritos sobre Eurocomunismo*, Tomo I Forma Ediciones S.A. Zaragoza, 1977, Colección “Eurocomunismo: socialismo en libertad”
- Carrillo, Santiago: *Escritos sobre Eurocomunismo*, Tomo II Forma Ediciones S.A. Zaragoza, 1977, Colección “Eurocomunismo: socialismo en libertad”
- Carrillo, Santiago: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977
- Carrillo, Santiago: *Hacia un socialismo en libertad*, Cenit, Madrid, 1977
- Carrillo, Santiago: *El año de la Constitución*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978
- Carrillo, Santiago: *Memoria de la Transición: la vida política española y el PCE*, Ediciones Grijalbo S.A., Barcelona, 1983
- Carrillo, Santiago y Schaff, Adam: *Problemas de la Transición: las condiciones de la revolución socialista*, Ahora, Madrid, 1985
- Carrillo, Santiago: *Memorias*, Planeta Barcelona, 1993
- Carrillo, Santiago: *La gran transición ¿Cómo reconstruir la izquierda?*, Planeta, Barcelona, 1995
- Carrillo, Santiago: *¿Ha muerto el comunismo?*, Plaza & Janes, Barcelona, 2000
- Carrillo, Santiago e Ibárruri, Dolores: *La propuesta comunista*, Laia, Barcelona, 1977
- Carroll, Lewis: *Alicia a través del espejo*, Alianza Editorial, Madrid, 1973
- Castells, Enrique y Bermudo, José María: *Temática del marxismo, Tomo III*, Ed. Cinc d'ors, Barcelona, 1979
- Cecchi, Alberto: *Storia del PCI attraverso i Congressi*, Newton Compton editori, Roma, 1977
- Cerroni, Umberto: *Teoría política y socialismo*, Ediciones Era, México, 1976
- Cerroni, Umberto: *El marxismo y la sociedad democrática*, Avance, Barcelona, 1977
- Cerreti, Giulio: *Con Togliatti e con Thorez- Quarant'anni di lotte politiche*, Feltrinelli, Milano, 1963
- Cesarini, Marco y Nassi, Enrico: *L'Eurocomunismo*, Milano, Rizzoli, 1978.

- Chiarante, Giuseppe: *Da Togliatti a D'Alema. La tradizione dei comunisti italiani e le origini del PDS*, Roma-Bari, Laterza, 1996
- Childs, David: *The Changing face of western Communism*, Croom Helm, London, 1980
- Claudín, Fernando: *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1975
- Claudín, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977
- Claudín, Fernando: *Documentos de divergencia comunistas*, El viejo topo, Barcelona, 1978
- Claudín, Fernando: *La crisis del movimiento comunista*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1978
- Claudín, Fernando: *Crisis de los partidos políticos*, Dédalo, Madrid, 1980
- Claudín Fernando: *La oposición en el "socialismo real"*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981
- Claudín, Fernando: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983
- Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial de Madrid del P.C.E.: *Dossier sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética Tiempos nuevos*, Editorial Crítica, Grupo Grijalbo, Madrid, 1977
- Comisión Económica del PCE: *Los comunistas ante la crisis económica*, Ed. Mayoría, Madrid, 1977
- Corradini, Domenico: *Per la democrazia e il socialismo*, La spirale-Guida Editori, Napoli, 1977
- Craveri, Piero: *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Marsilio, Venezia, 2002
- D'Angelillo, Massimiliano y Poggi, Leonardo: *I comunisti italiani e il riformismo*, Einaudi, Torino, 1986.
- Daval, Gregorio: *Crónica política de la transición (1975-1982)*, Editorial Síntesis S.A., Madrid, 2007
- De Esteban, Jorge y López Guerra, Luís: *Los partidos políticos en la España actual*, Planeta, Barcelona, 1982
- De Grand, Alexander J.: *The Italian left in the twentieth century: a history of the Socialist and Communist parties*, Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1989



Del Noce, Augusto: *Futuro prossimo: ipotesi, giudizi, discussioni sull'Eurocomunismo*, Cappelli, Bologna, 1978.

Del Noce, Augusto: *Italia y el eurocomunismo: una estrategia para occidente*, Ensayos Aldaba, Madrid, 1977

Departamento de Información y Documentación: *Eurocomunismo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977

Díez del Corral, Francisco: *Liberación o barbarie*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977

*Documentos del XXII Congreso del PCUS*, Ediciones Lenguas extranjeras, Moscú, 1961

Dubcek, Alexander : *La vía checoslovaca al socialismo*, Ariel, Barcelona, 1968

Duhamel, Olivier – Weber, Henri: *Changer le P.C.? Debats sur le "gallocommunisme"*, Puf, Paris, 1979

Duverger, Maurice : *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984

Elley, Geoff: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003

Elorza, Antonio: *Contexto histórico de la formación del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1980

Engels, Friedrich: "Introducción a Las luchas de clases en Francia", en Obras escogidas, Toma I, Editori Riuniti, Roma, 1970

Engels, Friedrich: Introducción de 1895 a la obra de Karl Marx: "Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850", Editori Riuniti, Roma, 1970

Engels, Friedrich: "Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft", mejor conocido como "Anti-Dühring" (1878)

Elorza, Antonio: *El Eurocomunismo*, Revista "Cuadernos del Mundo Actual", volumen 84, Madrid, 1995

Estruch, Juan: *Historia oculta del PCE*, Temas de Hoy, Madrid, 2000

Fabre Jean, Hincker François y Sève Lucien: *Les communistes et l'Etat*, Editions Sociales, París, 1977

Fasanella, Giovanni y Sestieri, Claudio: *Segreto di Stato. La verità da Gladio al caso Moro*, Einaudi, 2000

Faura, Ignasi -Fullá, Ferrán y Lamiel, Luís: *Eurocomunismo y reformismo. Crítica al IX Congreso del PCE*, Documentación y Publicaciones Generales, Barcelona, 1978

Fauvet, Jacques: *Histoire du parti communiste français*, Fayard, París, 1965

Ferrari, Paolo: *In cammino verso Occidente. Berlinguer, il PCI e la Comunità Europea negli anni '70*, CLUEB, Bologna, 2007

- Fisichella, Domenico: *Quel Giano Bifronte del P.C.I.: da Togliatti a Berlinguer e oltre*, Editoriale Nuova, Milano, 1979
- Filo della Torre, Paolo -Mortimer, Edward y Story, Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realta?*, A. Mondadori Editore, Milano, 1978
- Fioravanti, Eduardo: *Ni Eurocomunismo ni Estado*, Ediciones Península, Barcelona, 1978
- Flores D'Arcais, Paolo: *La rimozione permanente. Il futuro della sinistra e la critica del comunismo*, Marinetti, 1991
- Flores, Marcello y Gallerano, Nicola: *Sul PCI. Una interpretazione storica*, Il Mulino, Bologna 1992
- Fontana, Josep (Ed.): *España bajo el franquismo*, Critica, Barcelona, 1986
- Fontana, Sandro: *Il comunismo nella storia del Novecento. Il caso sovietico e quello italiano*, Marsilio- Fondazione Luigi Micheletti, Venezia, 2005
- Fonvielle-Alquier, François: *El eurocomunismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979
- Fouskas, Vassilis: *Italy, Europe, the Left: Transformation of Italian Communism and the European Imperative*, Ashgate Publishing Group, United Kingdom, 1998
- Fuentes, Juan Francisco: *Adolfo Suárez. La historia que no se contó*, Planeta. Barcelona, 2011
- Fusi, Juan Pablo- Vilar, Sergio y Preston, Paul: *De la dictadura a la democracia*, Historia 16, Madrid, 1983, Febrero Extra XXV
- Galetti, Mario: *L'ora della Spagna*, Editori Riuniti, Roma 1975
- Galli, Giorgio: *Storia del Pci: Livorno 1921*, Kaos edizioni, Milano 1993
- Ganser Daniele: *Gli eserciti segreti della NATO. Operazione Gladio e terrorismo in Europa occidentale* (NATO's Secret Armies: Operation GLADIO and Terrorism in Western Europe), Fazi Editore, 2005
- Garaudy, Roger: *La alternativa*, Edicusa, Madrid, 2ª ed., 1974
- García, Ángel: *El eurocomunismo. Contenido y finalidad de la nueva fórmula política*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977
- García-Santesmases, Antonio: *Repensar la izquierda: evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Anthropos, Barcelona, 1993
- Gardner, Richard N.: *Mission: Italy. Gli anni di piombo raccontati dall'ambasciatore americano a Roma, 1977-1981*, Mondadori, Milán, 2004
- Giddens, Anthony: *La terza via*, il Saggiatore, Milano, 1999

- Gismondi, Arturo: *Alle soglie del potere. Storia e cronaca della solidarietà nazionale (1976-1979)*, Sugarco Edizioni, Milano, 1986
- Godson, Roy S. y Haseler, Stephen: *Eurocommunism: implications for East & West*, Saint Martin's Press Incorporated, 1979
- Godio, Julio: *Los nuevos gramscianos*, Colección Cuadernos de Ciencias Sociales, Serie 1, número 10, Universidad de Zulia, 1977
- Gorbachov, Mijaíl: *Le idee di Berlinguer ci servono ancora*, Roma, Sisifo, 1994
- Gramsci, Antonio: *L'ordine Nuovo, 1919-1920*, Einaudi, Turín, 1955
- Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1972
- Gramsci, Antonio: *Quaderni del Carcere*, Turín, Einaudi; edición castellana: "Antología", Siglo Veintiuno, México, 1978
- Gramsci, Antonio: *La costruzione del partito comunista 1923-1926*, Turín, Einaudi, 1978
- Gómez Pérez, Rafael: *Gramsci. El Comunismo latino*, Eunsá, Pamplona, 1977
- Graziani, Pier Antonio: *Nei punti alti del capitalismo: il Pci da Togliatti a Berlinguer a Occhetto*, Cinque Lune, Roma, 1991
- Griffith, William E.: *The European Left, Italy, France, and Spain*, Lexington Books, Toronto, 1979
- Gruppi, Luciano: *Togliatti e la via italiana al socialismo*, Roma, 1974
- Gruppi, Luciano: *La teoria del partito rivoluzionario*, Riuniti, Roma, 1980
- Gualtieri, Roberto: *Il PCI nell'Italia repubblicana*, Carocci Editore, Roma, 2001
- Guerra Adriano: *Comunismo e comunisti. Dalle "svolte di Togliatti e Stalin del 1944 al crollo del comunismo democratico*, Dedalo, Bari, 2005
- Gundle, Stephen: *I comunisti italiani tra Hollywood e Mosca. La sfida della cultura di massa 1943-1991*, Giunti, Firenze, 1995
- Gunther, Richard, Sani Giacomo y Goldie Shabad: *El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución*, Siglo XXI-CIS, Madrid, 1986
- Hellman, Stephen: *Italian Communism in Transition: the Ris*, Oxford University Press MD, 1988
- Hermet, Guy: *Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino*, Ruedo ibérico, París, 1972
- Hobsbawm, Eric: *Il secolo breve*, Rizzoli, Milano, 1995

Horowitz, Irving Louis: *Historia y elementos de Sociología del conocimiento*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1964

Ibarruri, Dolores-Carrillo, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977

Illardi, Massimo e Accornero, Aris: *Il Partito comunista italiano. Struttura e storia dell'organizzazione 1921/1979*, Feltrinelli, Milano, 1982

Ignazi, Piero: *Dal PC al PDS*, Società editrice Il Mulino, Bologna, 1992

Ingrao, Pietro: *Masse e potere*, Editori Riuniti, Roma 1977.

Ingrao Pietro: *Crisis y tercera vía*, Editorial Laia, Barcelona, 1980

Kautsky, Karl: *La doctrina socialista. Bernstein y la socialdemocracia alemana*, Fontamora, Barcelona, 1975

Kindersley Richard: *In search of Eurocommunism*, St, Antony's College, Oxford, 1981

Kriegel, Annie: *¿Un comunismo diferente?*, Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1979

La Palombara, Joseph – Sartori, Giovanni y Sani, Giacomo: *Il PCI dall'opposizione al governo: e dopo?*, Quaderni della Libertà, Torino, 1978

Laiz, Consuelo: *La lucha final: los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1995

Lajolo, Davide: *Finestre aperte a Botteghe oscure*, Rizzoli editore, Milán, 1975

Lenin, V.I.: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1972

Lenin, V.I.: *El Estado y la Revolución*, Cap. V Las Bases Económicas de la Disolución del Estado, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975

Lenin, V.I., “¿Qué hacer?”, en Obras escogidas Tomo II, Progreso, Moscú, 1975

Lenin V.I.: *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*. Obras completas, I Congreso de la III Internacional, 4 de Marzo de 1919

Lenin V.I.: *Sobre la caricatura del marxismo*. Obras Completas, Editorial Progreso, Moscú, 1985, Volumen 23

Leonardi, Silvio: *L'Europa e il movimento socialista*, Adelphi, Milano, 1977

Levi, Arrigo: *PCI, la lunga marcia verso il potere*, Etas Kompass, Milano, 1971

Levi, Arrigo - Filo della Torre, Paolo- Mortimer, Edward y Story Jonathan: *Eurocomunismo, mito o realtà?*, A. Mondadori, Milano 1978

Lévesque, Jacques: *Le conflit sino-soviétique et l'Europe de l'Est*, Les Presses de l'Université de Montréal, Paris, 1970

- Libertad Marxista: *Análisis de los programas del PSOE y del PCE*, Asociación Independiente, Madrid, 1977
- Linz, Juan J. y Montero, Jose R. (eds.): *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986
- Líster, Enrique: *Así destruyó Carrillo el PCE*, Planeta, Barcelona, 1983
- López Salinas, Armando: *El Partido Comunista de España y la transición política*, Club de Amigos de la Unesco de Madrid, Madrid, 2005
- López Raimundo, Gregorio y Gutiérrez Díaz, Antonio: *El PSUC y el eurocomunismo*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981
- López Raimundo, Gregorio: *Para la historia del PSUC*, Ediciones Península, Barcelona, 2006
- Lombardo Radice, Lucio: *Un socialismo por inventar: reflexiones sobre la vía democrática para la transformación de la sociedad*, Laia, Barcelona, 1980
- Longo, Luigi: *Sui fatti di Cecoslovacchia*, Editori Riuniti, Roma, 1968
- Longo, Luigi: *XII Congresso del PCI –Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, 1969
- Longo, Luigi: *Teoria e pratica della via italiana al socialismo*, Roma, 1979
- Loizu, Maximo: *¿Qué es el compromiso histórico?* Selección y comentarios, Editorial Avance, Barcelona, 1975
- Loizu, Máximo (edit.): *Las nuevas vías al socialismo*, Ed. Avance, Barcelona, 1977
- Loizu, Máximo y Vilanova, Pere: *¿Qué es el Eurocomunismo?*, Avance, Barcelona, 1977
- Luciani Giacomo: *Il P.C.I. e il capitalismo occidentale*, Longanesi, Milano, 1977
- Luelmo, Julio y Winston, Henry: *“Eurocomunismo y Estado” o la desintegración del P.C.E. y la ruptura con el movimiento comunista internacional*, Akal, Madrid, 1978
- Luxemburgo, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975
- Machin Howard: *National communism in Western Europe: a third way to socialism?*, Methuen, London - New York, 1983
- Madrid, Salvador: *La transformación democrática de la agricultura* (colección Eurocomunismo-Socialismo en Libertad), Forma Ediciones, Madrid, 1977
- Maggiorani Mauro y Ferrari, Paolo: *L'Europa, da Togliatti a Berlinguer. Testimonianze e Documenti 1945-1984*, Il Mulino, Bologna, 2005
- Mammarella, Giuseppe: *L'Italia contemporanea (1943-2007)*, Universale Paperbacks Il Mulino, Bologna, 1985
- Maravall, José María: *La política de la transición*, Taurus, Madrid, 1981

- Marchais, George: *Qu'est-ce que le parti communiste français ?*, Editions Sociales, 1970
- Marchais, George: *Programme commun de gouvernement du parti communiste et du parti socialiste*, Sociales, 1972
- Marchais, George: *La politique du Parti Communiste français*, Editions sociales, Paris, 1974
- Marchais, George: *El desafío democrático*, Editorial Grijalbo., México., 1975
- Marchais, George: *Le chngement avec vous*, Sans Lieu, 1977
- Marchais, George: *L'espoir au présent*, Editions sociales, 1980
- Marchais, George: *Démocratie*, MESSIDOR / Editions Sociales, Paris, 1990
- Marcou, Lilly: *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981
- Marcou Lilly - Riglet Marc : *L'U.R.S.S. vue de gauche*, P.U.F., Paris, 1981
- Marcou Lilly - Riglet Marc : *Les pieds d'argile: le communisme mondial au present: 1970-1986*, Ramsay, Paris, 1986
- Marcou, Lilly: *El crepúsculo del comunismo*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 1999
- Mandel, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, Barcelona, 1982
- Mastny, Vojtech: *Czechoslovakia: crisis in world communism*, Facton file, New York, 1972
- McInnes, Neil: *The Communist Parties of Western- Europe*, Oxford University Press, London, 1975
- Mella Márquez, Manuel y Alburquerque Llorens, Francisco (comp.): *La izquierda europea. Análisis de la crisis de las ideologías de izquierda*, Teide, Barcelona, 1985
- Mendoza, Ernesto: *La democracia en Europa. Eurocomunismo: ¿alternativa del capital?*, Ed. Nuestra Cultura, Bilbao, 1978
- Mieli, Paolo y CESES: *Il PCI allo specchio*, Rizzoli Editore, Milano, 1983
- Moisevich Rosental, Mark y Fedorovich Iudin, Pavel: *Diccionario filosófico*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1965
- Moran, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Editorial Planeta, Barcelona, 1986
- Morodo, Raúl: *La transición política*, Tecnos, Madrid, 1984
- Mujal-Leon, Eusebio: *Communism and Political Change in Spain*, Indiana University Press, Bloomington, 1983

- Nassi, Enrico y Cesarini Sforza, Marco: *El Eurocomunismo*, Caralt Editor, Barcelona, 1978
- Napolitano, Giorgio: *In mezzo al guado*, Editori Riuniti, Roma 1979
- Napolitano, Giorgio: *La alternativa eurocomunista: entrevista sobre el PCI realizada por Eric J. Hobsbawm*, Editorial Blume, Barcelona, 1977
- Napolitano, Giorgio: *Dal Pci al socialismo europeo*, Editori Laterza, 2005, Bari
- Negri, Antonio: *Goodbye Mr. Socialism*, Paidós, Barcelona, 2006
- Novelli, Edoardo: *C'era una volta il PCI*, Editori Riuniti, 2000
- Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Ediciones PCE, Madrid, 1978
- Paggi, Leonardo y D'angelillo, Massimo: *I comunista italiani e il riformismo. Un Confronto con le socialdemocrazie europee*, Einaudi, Torino, 1986
- Pajetta, Gian Carlo: *La lunga marcia dell' internazionalismo*, Editori Riuniti, Roma, 1978
- Pajetta, Gian Carlo: *Las crisis que he vivido*, Editori Riuniti, 1982
- Paramio, Ludolfo: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988
- PCE en sus documentos, 1920-1977*, Ediciones Hoac, 1977
- PCF: *Le capitalisme monopoliste d'Etat*, Ed. Sociales, París, 1971, Tomo I
- Panebianco, Angelo: *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1990
- Pasquino, Gianfranco: *La política italiana. Dizionario critico 1945-1995*, Editori Laterza, Bari, 1995.
- Pellicani, Luciano: *Gramsci e la questione comunista*, Vallecchi, Firenze, 1976
- Pellicani, Luciano: *Il centauro comunista: il Pci e la società italiana. Documenti e interventi*, Vallecchi, Firenze, 1979
- Pérez Díaz, Víctor: *El retorno de la sociedad civil: respuestas sociales a la transición política, la crisis económica y los cambios culturales de España 1975-1985*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1987
- Petrovic, Gajo: *Marxismo contra stalinismo*, Seix Barral, Barcelona, 1970
- Pilieri, Antonio: *La grande mutazione: il PCI*, Vallecchi, Firenze, 1991
- Pinto Lyra, Rubens: *Le Pcf et l'integration européenne: 1951-73*, Nancy, Université de Nancy, 1974
- Pipes, Richard: *Historia del Comunismo*, Grijalbo Mondadori, S.A., Barcelona, 2002

Pons, Silvio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Giulio Einaudi Editore, Torino, 2006

Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979

Powell, Charles y Jiménez, Carlos: *Del autoritarismo a la democracia: estudios de política exterior española*, Silex, Madrid, 2007

Powell, Charles: *El amigo americano, España y Estados Unidos. De la dictadura a la democracia*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2011

Ramiro Fernández, Luis: *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, CIS, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 2004

Ranney, Austin y Sartori, Giovanni: *Eurocommunism. The Italian case*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington DC, 1977

Reichlin, Alfredo: *Ieri e domani. Memoria e futuro della sinistra*, Passigli Editore, Firenze, 2002

Rizzo, Aldo: *La frontiera dell'eurocomunismo*, Laterza, Roma-Bari, 1977

Rizzo, Franco: *Il P.C.I. tra società e istituzioni*, Bulzoni Editore, Roma, 1978

Robrieux, Philippe: *Maurice Thorez, vie secrète et vie publique*, Fayard, 1975

Rodano, Franco: *Questione democristiana e compromesso storico*, Editori Riuniti, Roma, 1977

Rodríguez-Aguilera de Prat, Cesáreo: *Gramsci y la vía nacional al socialismo*, Akal, Madrid, 1984

Ronchey, Alberto: *Chi vincerà in Italia? La democrazia bloccata, i comunisti e il fattore K*, Mondadori, Milano, 1982.

Roucaute Yves: *Le P.C.F. et les sommets de l'Etat: de 1945 à nos jours*, P.U.F., Paris, 1981

Ruiz, Fernando y Romero, Joaquín: *Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1977

Rubbi, Antonio: *I partiti comunisti dell'Europa occidentale*, Teti, Milano, 1978

Sacristán, Manuel: *Intervenciones políticas. Panfletos y materiales III*, Icaria Antrazyt, Barcelona, 1985.

Salvadori, Massimo L.: *Gramsci e il problema storico della democrazia*, Piccola biblioteca Einaudi, Torino, 1970

Salvadori, Massimo L.: *Kautsky e la rivoluzioni socialista*, Feltrinelli, Milán, 1976

Salvadori, Massimo L.: *Storia dell'età contemporanea dalla restaurazione all'eurocomunismo*, Loescher Editore, Torino, 1976



- Salvadori, Massimo Luigi: *Eurocomunismo e socialismo sovietico: problemi attuali del PCI e del movimento operaio*, Einaudi, Torino, 1978
- Salvadori, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma - Bari, 1991
- Salvadori, Massimo L.: *La parabola del comunismo*, Editori Laterza, Bari, 1995
- Salvadori, Massimo L.: *La sinistra nella storia italiana*, Editori Laterza, Bari, 1999
- Sánchez Ayuso, Manuel y Antuñano Maruri, Isidro: *Crisis económica: hechos, políticas e ideas*, Ediciones Pirámide, S.A., Madrid, 1981
- Sartori, Giovanni: *Teoria dei partiti e caso italiano*, SugarCo. Edizioni, Milano, 1982
- Sartori, Giovanni: *La democracia después del comunismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- Sartori, Giovanni: *Teoría de la democracia*, Alianza Universidad, Madrid, 1995
- Sartorius, Nicolás: *Un nuevo proyecto político*, Ediciones El País S.A., Madrid, 1992
- Sartorius, Nicolás: *El final de la dictadura. La conquista de la Democracia en España*, Ediciones Temas de Hoy S.A., 2007
- Sassoli, Domenico: *Oltre Gramsci*, Edizioni cinque lune, Roma, 1977.
- Segre, Sergio: *A chi fa paura l'Eurocomunismo?*, Guaraldi editore, Firenze, 1977.
- Segre, Sergio: *Il sarto di Ulm*, Il saggiautore tascabili, Milán, 2009
- Sassoon, Donald: *Togliatti e la via italiana al socialismo*, Einaudi, Torino, 1980
- Sassoon, Donald: *Cento anni di socialismo*, Roma, Editori riuniti 1997
- Schaff, Adam: *El comunismo en la encrucijada*, Crítica Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1983
- Schiavoni, Aldo: *I conti del comunismo*, Einaudi, Torino, 1999
- Schwab, George: *Eurocommunism. The ideological and political-theoretical foundations*, Aldwych Press, London, 1981
- Selva, Gustavo y Marcucci, Eugenio: *Aldo Moro: quei terribili 55 giorni*, edizioni Rubbettino, Catanzaro, 2003
- Semprún, Jorge: *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1998
- Service, Robert: *Storia globale del comunismo nel XX secolo*, Laterza editori, Bari, 2008
- Solé Tura, Jordi: *Una historia optimista*, Aguilar, Madrid, 1999
- Soler Fando, Francisco: *Eurocomunismo y España*, Editorial Prometeo, Valencia, 1978
- Sotelo, Ignacio: *El socialismo democrático*, Taurus, Madrid, 1980

- Spadafora, Antonio (a cura di): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*. Atti del Convegno di Lugano promosso dall'Unione Europea in Svizzera 26-27 novembre 1977, Casagrande, Bellinzona 1978
- Spieker, Manfred: *Neo-marxismus und Christentum. Zur Problematik des dialogs*, Paderborn, Múnaco-Viena, 1974
- Spriano, Paolo: *Storia del Partito Comunista Italiano. Vol. II: Da Bordiga a Gramsci* (parte seconda), Einaudi- L'Unità, Torino 1967
- Spriano, Paolo: *Storia del Partito Comunista Italiano. Vol. III y IV: Gli anni della clandestinità (parte prima e seconda)*, Einaudi-L'Unità, Torino 1969
- Spriano, Paolo: *Storia del Partito Comunista Italiano. Vol. V: I fronti popolari, Stalin, la guerra*, Einaudi-L'unità, Torino 1970
- Spriano, Paolo: *Storia del Partito Comunista Italiano, Vol. VII y VIII: La resistenza, Togliatti e il partito nuovo* (parte prima e seconda), Einaudi-L'Unità, Torino 1975
- Surhone, Lambert M. - Timpledon, Miriam T. y Marseken, Susan F.: *Post-Communism: Communist Party, Capitalism, Eurocommunism, History of Post-Soviet Russia, Privatization, Hyperinflation*, Betascript Publishing, 2010
- Tamames, Ramón: *Un futuro para España: la democracia económica y política*, Ed. Ebro, Paris, 1967
- Tamames, Ramón: *Un Proyecto de Democracia para el futuro de España*, Edicusa, Cuadernos para el dialogo, Madrid, 1975
- Tamames, Ramón: *¿A dónde vas España?*, Planeta, Barcelona, 1976
- Tamames, Ramón: *El socialismo inevitable*, Planeta, Barcelona, 1978
- Tamames, Ramón: *La economía española: 1975-1995*, Ediciones Temas de Hoy, S.A, Madrid, 1995
- Tamburrano, Giuseppe: *Antonio Gramsci: la vita, il pensiero e l'azione*, Lacaita, Bari-Perugia, 1963
- Tatò, Antonio: *Conversazioni con Berlinguer*, Editori Riuniti, Roma, 1984
- Tatò Antonio: *Berlinguer, attualità e futuro*, Roma, L'Unità, 1989.
- Terracini, Umberto: *Intervista sul comunismo difficile*, (a cura di Artuto Gismondi), Laterza, Bari, 1978
- Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE*, Folleto, Madrid, 1981
- Tezanos, Félix José- Cotarelo, Ramón y De Blas, Andrés (Eds.): *La transición democrática española*, Edición Sistema Colección Politelia, Madrid, 1993

- Timmermann, Heinz: *I partiti comunisti dell'Europa mediterranea*, Bologna, Il Mulino, 1981
- Togliatti, Palmiro: *La vía italiana al socialismo*, Ediciones Roca, México, 1972
- Togliatti, Palmiro: *El Partido Comunista Italiano*, Editorial Avance. Barcelona, 1976
- Togliatti, Palmiro: *On Gramsci and other writings*, editado por Donald Sassoon, Lawrence and Wishart, Londres, 1979
- Tortella, Gabriel: *La revolución del Siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia*, Taurus Pensamiento, Madrid, 2000
- Trías Vejarano, Juan: *El pensamiento político de Togliatti*, Fundación de Investigación Marxista, Madrid, 1984
- Trias Vejarano, Juan (coordinador): *Gramsci y la izquierda europea*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1992
- Tribuna Obrera: *Comisiones Obreras y Eurocomunismo*, Tribuna Obrera, Madrid, 1978
- Tronti, Mario: *Berlinguer, il principe disarmato*, Sisifo, Siena, 1994
- Trullen Thomas, Joan: *Economía de la transición: economía política y política económica de los acuerdos de la Moncloa*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1989
- Tussel, Javier: *Eurocomunismo en España*, Fundación Humanismo y Democracia, Madrid, 1979
- Tusell Javier editores: *Historia de la transición y consolidación democrática en España: 1975-1986*, UNED y Universidad Autónoma, Madrid, 1996, 2 volúmenes
- Ulam, Adam B.: *The Communists. The story of Power and los illusions, 1948-1991*, MacMillan, New York, 1992
- Urban, George R.: *Eurocommunism: its roots and future in Italy and elsewhere*, Maurice Temple Smith Ltd., London, 1978
- Vacca, Giovanni: *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista*, De Dorato, Bari, 1974
- Vacca, Giovanni: *Quale democrazia: problemi della democrazia di transizione. Ideologia e società*, De Donato, Bari, 1977
- Valentini, Chiara: *Berlinguer: l'eredità difficile*, Editori Riuniti, Roma, 1997
- Valentini, Chiara: *Berlinguer il Segretario*, Mondadori, Milano, 1987
- Valli, Bernardo: *Los eurocomunistas*, Dopesa, Barcelona, 1977
- VIII Congreso PCE*, Ed. Empresa Poligráfica, S.A., Bucarest
- Vander, Fabio: *Dal PCI al governo D'Alema*, Pellicani Editore, Roma, 1998
- Vega, Pedro y Erroteta, Peru: *Los herejes del PCE*, Planeta, Barcelona, 1982
- Vegas, Nacho: *Política de hechos consumados*, Limbo Star, Madrid, 2006

- Vilar, Sergio: *El disidente*, Plaza & Janes Editores, Esplugues de Llobregat, 1981
- Vilar, Sergio: *Por qué se ha destruido el PCE*, Plaza y Janes Editores, Barcelona, 1986
- Von Beyme, Klaus: *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, CIS, Madrid, 1986
- Waller, Michael y Fenneman, Meindert: *Communist Parties in Western Europe. Decline or adaptation?*, Basil Blackwell, Oxford, 1988
- Weinberg, Leonard B.: *The Transformation of Italian Communism*, Transaction Publishers, London, 1995
- XII Congresso del Partito Comunista italiano. Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, Roma, 1969
- XIII Congresso del Partito Comunista italiano. Atti e risoluzioni*, Editori Riuniti, Roma, 1972
- Zangirolami, Sergio: *Economia politica marxista e crisi attuale*, Editori Riuniti, Roma, 1977

### Artículos de revista y periódicos

AA. VV. *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci*, “Crítica marxista”, *Quaderni* n. 3, 1967

ABC, 22 de agosto 1968

ABC, 24 de febrero de 1976

ABC, 6 de febrero de 1977

ABC, 19 de febrero de 1977

ABC, 2 marzo de 1977

ABC, 4 de marzo de 1977

ABC, 27 de octubre de 1977

ABC, 5 de julio de 1979

ABC, 11 de mayo de 1980

ABC, 11 de enero de 1981

ABC, 24 de junio de 1981

Alonso Záldivar, Carlos: “El partido hoy... y mañana”, en *Mundo Obrero*, 1-7 de Mayo de 1980

Álvarez, Santiago: “La renovación en Checoslovaquia”, en *Mundo Obrero*, 17 de Mayo de 1968

Álvarez Santiago: “Del encuentro de Budapest a la Conferencia de Moscú”, *Nuestra Bandera*, número 58, 3º Trimestre de 1968

Álvarez Santiago: “Compromiso histórico”, en *Mundo Obrero*, número 11, 4ª Semana de abril de 1975

Álvarez Santiago: “Reflexiones sobre el X Congreso”, en *Mundo Obrero*, 24-30 de julio de 1981

*Argumentos*, nº 26, septiembre de 1979

*Argumentos* número 7, diciembre 1977

*Avanti!*, del 10 de septiembre de 1978

Azcárate, Manuel, “Sobre la política internacional del PCE. Informe de Azcárate al CC del PCE de septiembre de 1973”, en *Nuestra Bandera*, número 72, 4º trimestre de 1973

Azcárate, Manuel: “El eurocomunismo, una realidad, una esperanza”, en *Mundo Obrero*, número 10, 10 de marzo de 1977

Azcárate, Manuel, “Rechazamos las injerencias, vengan de donde vengan”, en *Mundo Obrero*, 6 de julio de 1977

Azcárate, Manuel: “Crisis capitalista y eurocomunismo”, en *Mundo Obrero*, 5-11 de enero de 1978

Azcárate, Manuel: “Por qué no iremos a la conferencia de París”, en *Mundo Obrero*, 20 de abril de 1980

Azcárate, Manuel: “1956-1960 Un viraje decisivo”, en *Mundo Obrero*, 1-7 de mayo de 1980

Azcárate, Manuel: “Raíces históricas del eurocomunismo”, en *Nuestra Bandera*, número 106, febrero de 1981

Azcárate, Manuel: “Los límites de la izquierda europea”, en *Zona Abierta*, número 28, abril-junio de 1983

Berlinguer - Ingrao - Napolitano – Tortorella: “Las funciones del partido comunista en la etapa actual”, en *Nous Horizons*, numero 75-77, septiembre-noviembre de 1981

Berlinguer, Enrico: “Vía democrática y violencia reaccionaria”, en *Nuestra Bandera*, número 73, enero-febrero de 1974

Berlinguer Enrico y Carrillo, Santiago: “Socialismo en la democracia. Los discursos de Livorno”, en *Mundo Obrero*, número 24, cuarta semana de julio de 1975

Berlinguer Enrico y Carrillo, Santiago: “Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer, en Roma”, en *Mundo Obrero*, número 165, 2 de junio de 1979

Bermudo Ávila, José Manuel: “Togliatti: entre el eurocomunismo y la dictadura del proletariado”, in *El Carabo*, n.6, maggio-giugno 1977

Bobbio, Norberto: “Las promesas incumplidas de la democracia”, en *Debats*, número 12, junio de 1985

Borja, Jordi: “El fin de una política”, en *Nuestra Bandera*, número 106, febrero de 1981

Borja, Jordi: “La baza del eurocomunismo”, en *Nuestra Bandera*, marzo de 1982

Brabo, Pilar: “El eurocomunismo hoy”, en *Mundo Obrero*, 21 de diciembre de 1978

Brabo, Pilar: “A propósito del eurocomunismo”, en *Nuestra Bandera*, número 98, 1979,

Brabo, Pilar: “De nuevo sobre eurocomunismo y partido”, en *Nuestra Bandera*, julio de 1981

Bruscagin, Mauro: “Eurocomunismo: il sogno di coniugare democrazia con socialismo”, en *L'impegno*, volume 17, fascicolo 1, 1997

Bruscagin, Mauro: “La politica sovietica e americana nei confronti dell'Eurocomunismo. (2. Parte)”, *L'impegno*, volume 17, fascicolo 2, 1997

Buci-Gluksmann, Christine: “Crisis de las socialdemocracias y alternativas socialistas de hoy”, en *Nuestra Bandera*, julio de 1981

*Cambio 16*, del 14 de marzo de 1977

*Cambio 16*, número 330, 2 de abril de 1978

Calduch Cervera, Rafael: “El Movimiento Comunista Europeo frente al Eurocomunismo. La Conferencia de Berlín-Este”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 4, número 1, 1977

Carrillo, Santiago: “El papel del proletariado y del Partido Comunista en la lucha por la democracia”, en *Nuestra Bandera*, número 24, agosto de 1959,

Carrillo, Santiago: “Las diferencias en el movimiento comunista internacional”, en *Nuestra Bandera*, número 37, 3º y 4º trimestre de 1963

Carrillo, Santiago: “Tras la experiencia de Chile”, en *Nuestra Bandera*, número 72, 4º trimestre de 1973

Carrillo, Santiago: “Intervención de Santiago Carrillo en la Conferencia de Bruselas”, en *Mundo Obrero*, número 3, 1974

Carrillo, Santiago: “¡Gobierno Provisional de reconciliación nacional para España! ¡Libertad!”, en *Mundo Obrero*, número 9, 8 de mayo de 1974

Carrillo, Santiago: “Declaraciones de Santiago Carrillo al Nouvel Observateur”, en *Mundo Obrero*, número 21, primera semana de julio de 1975

Carrillo, Santiago: “El cambio ha empezado ya”, en *Mundo Obrero*, número 12, primera semana de mayo de 1975

Carrillo, Santiago: “Santiago Carrillo entrevistado por Rinascita”, en *Mundo Obrero*, número 17, 1ª Semana de junio de 1975

Carrillo, Santiago: “El eurocomunismo (Santiago Carrillo en el Club Siglo XXI)”, en *Mundo Obrero*, 3-9 de noviembre de 1977

Carrillo, Santiago: “Reconciliación para la democracia”, en *Mundo Obrero*, número 4, 27 de enero de 1977

Carrillo, Santiago: “Se podrían construir las libertades”, en *Mundo Obrero*, número 16, 6 de mayo de 1977

Carrillo, Santiago: “Santiago Carrillo juzga las elecciones”, en *Mundo Obrero*, número 24, 16 de junio de 1977

Carrillo, Santiago, “Declaraciones de Santiago Carrillo en Washington”, en *Mundo Obrero*, 24-30 de noviembre de 1977

Carrillo, Santiago: “El marxismo revolucionario hoy (IX Congreso)”, en *Mundo Obrero*, 26 de enero-1 de febrero de 1978

Carrillo, Santiago: “Si a la Constitución”, en *Mundo Obrero*, 6-12 julio de 1978

- Carrillo, Santiago: “La democracia en el partido leninista”, en *Mundo Obrero*, número 17, 5 de abril de 1979
- Carrillo, Santiago: “El eurocomunismo está solo en sus inicios”, en *Mundo Obrero*, número 162, 30 de mayo de 1979
- Carrillo, Santiago: “El Eurocomunismo, un ideal para las generaciones actuales”, en *Mundo Obrero*, 11 de abril de 1980
- Carrillo, Santiago: “Por qué no vamos a París”, en *Mundo Obrero*, 29 de abril de 1980
- Carrillo, Santiago: “Sobre los problemas que plantea el V Congreso del PSUC”, en *Mundo Obrero*, 16-22 de enero de 1981
- Carrillo, Santiago: “Primeras consideraciones sobre una derrota electoral”, en *Mundo Obrero*, 5-11 de noviembre de 1982
- Cerroni, Umberto: “¿Existe una ciencia política marxista?”, artículo publicado en *Rinascita* número 46, de 21 de noviembre de 1975- *Taula de Canvi*, Barcelona, número 1 y 2
- Childs, David: “Eurocommunism: Origins and Problems (Part One)”, en *Contemporary Review*, volumen 232, número 1344, enero de 1978
- Childs, David: Eurocommunism (Part Two): Problems and Prospects, en *Contemporary Review*, 02/1978, volumen 232, número 1345, febrero 1978
- Claudín, Fernando, “Discurso de Fernando Claudín en el Comité Ejecutivo PCE del 27 de marzo de 1964”, en *Nuestra Bandera*, enero de 1965
- Claudín, Fernando: “La vía al socialismo en Europa”, en *Sistema*, número 15, octubre de 1976
- Claudín, Fernando: “Democracia y dictadura en Lenin y Kautsky”, en *Zona Abierta*, Madrid, número 8
- Comín, Alfonso: “Liquidar la herencia de una “patrística marxista” en “Potere e opposizione nelle società post-rivoluzionarie. Una discussione sulla sinistra”, publicado en el “*Il Manifesto*”, cuaderno número 8, 1978, Edición castellana en Laia, Barcelona, 1980
- Colletti, Lucio: “El marxismo después de la segunda guerra mundial”, en *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977
- Consejos de Redacción de Materiales de Barcelona: “A propósito del libro de Santiago Carrillo “Eurocomunismo y Estado”, en *Materiales*, número 4, julio-agosto de 1977
- Corriere della Sera*, 3 de marzo de 1977
- “*Corriere della Sera Illustrato*”, 5 noviembre 1977



*Crítica Marxista*, número 2, de 1981

Crítica marxista, Edizioni Dedalo, 2005, bumbestrale, settembre-ottobre

*Cuadernos Políticos*, número 32, México D.F., editorial Era, abril-junio de 1982

*Cuadernos para el dialogo*, 31 de enero de 1978

Daniels, Philip: "The Italian Communist Party: Goodbye to Eurocommunism". in *The World Today*, Vol. 43, No. 8/9, agosto-septiembre de 1987

*Dialéctica*, número 16, año IX, 1984

*Diario de Lérida*, 28 de mayo de 1977

*Diario de Noticias* de 5 de julio de 1977

Dirección del PCI: "Resolución del PCI sobre los hechos de Polonia", en *Mundo Obrero*, Madrid, 1-7 de enero de 1982

*Der Spiegel*, 2 de mayo de 1977

*De Spiegel*, n. 5, año 1977

*Die Neue Zeit*, de 8 de abril de 1910

Di Palma, Giuseppe: "Eurocommunism?", en *Comparative Politics*, volumen 9, número 3, abril 1977

Duverger, Maurice: "El eurocomunismo y Francia", en *El País*, 10 de enero de 1978

*El Alcázar*, 2 de marzo de 1977

*El Basilisco*, número 4, septiembre-octubre 1978

*El Cáрабо*, número 6, 1977

*El País*, 26 de febrero de 1977

*El País*, 2 de marzo de 1977

*El País*, 4 de marzo de 1977

*El País*, 12 de mayo de 1977

*El País*, 26 de mayo de 1977

*El País*, 9 de junio de 1977

*El País*, 11 de junio de 1977

*El País*, 7 de agosto de 1977

*El País*, 17 de enero de 1978

*El País*, 14 de mayo de 1978

*El País* del 3 de abril de 1979

*El País*, 2 de junio de 1979

*El País*, 6 de junio de 1979

*El País*, 27 de abril de 1987

*El Viejo Topo*, n. 11

Economic and Political Weekly, "On Eurocommunism", volumen 12, número 43, octubre 1977

Elorza, Antonio: "El Eurocomunismo", Revista "*Cuadernos del Mundo Actual*", volumen 84, Historia 16, Madrid, 1995

Elorza, Antonio: "Eurocomunismo y socialismo real", en *Mundo Obrero*, 23-29 de enero de 1981

Elorza, Antonio: "La clave: el partido como problema", en *Mundo Obrero*, 5-11 de junio de 1981

*Express* del 20 de junio de 1976

Fasanaro, Laura: "L'eurocomunismo nelle carte della sed.", en *Mondo contemporaneo*, Fascicolo 3, 2006

Flores D'Arcais, Paolo: "Eurocomunismo come antinomia", en *Mondoperaio*, a. XXXII, n. 1, 1979

Fernández Buey, Francisco, "Los comunistas y las democracias", en *Materiales*, n. 3, mayo-junio de 1977

Fernández Cepedal, José Manuel: "Ensayos sobre "Marxismo/Leninismo/ Eurocomunismo", en *El Basilisco*, número 8, 1979

Fernández Ortiz, Antonio: "Los caminos del intelectual orgánico: comunismo, eurocomunismo, proyecto soviético", *Utopías, nuestra bandera: revista de debate político*, número 189, 2001

Forte, Francesco: "Sull'eurocomunismo organico", en *Economia e Lavoro*, fascicolo 4, 1977

*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 27 de junio de 1977

Galeazzi, Marco: "Boffa e l'eurocomunismo", en *Critica marxista*, N° 4, 2004

Garimberti, Paolo: "I viaggi di Berlinguer", en *Mondoperaio*, XXX, n.º9, 19-21, 1977

Garaudy, Roger: "Problemas de la revolución en los países capitalistas desarrollados", en *Nuestra Bandera*, número 60, diciembre de 1968 - enero de 1969

Garavini, Giuliano: "Attualità dell'eurocomunismo", en *Critica marxista*, fascicolo 5, 2005

Gati, Charles: "The "Europeanization" of Communism?" en *Foreign Affairs*, volumen 55, número 3, abril 1977

*Giornale nuovo*, 1 de julio de 1976

*Giornale Nuovo*, 25 de mayo de 1977

Glejdura, Stefan: “El Eurocomunismo”, en *Revista de Política Internacional* 154-17

Goldsborough, James O.: “Eurocommunism After Madrid”, en *Foreign Affairs*, Vol. 55, número 4, julio de 1977

Guerra, Adriano: Che ne è ora dei comunisti?, in *Rinascita*, XXXVIII, n.º50, 7-9, 1981

Guerra, Alfonso “Los partidos socialistas del sur de Europa y las relaciones socialistas-comunistas”, publicado en la revista *Sistema*, nº 15, de 1976

Guerra, Alfonso y Bobbio, Norberto: “Debate sobre socialismo y eurocomunismo”, en *Sistema*, número 22, enero de 1978

Gutierrez Díaz, Antoni, “Reflexiones sobre el V Congreso del PSUC”, en *Nuestra Bandera*, número 106, febrero de 1981

Gutierrez, Antoni, “Un congreso del PSUC por el eurocomunismo”, en *Mundo Obrero*, 22-27 de enero de 1982

*Herald Tribune*, febrero de 1977

*Il Giornale*, 9 de julio de 1976

*Il giornale*, 3 de marzo de 1977

*Il Giornale*, 25 de junio de 1977

*Il Tempo*, 28 de octubre de 1975

*Il tempo*, 5 de marzo de 1977

*Il Tempo*, 26 de junio de 1977

Ingrao, Pietro: “In Polonia e altrove c’era e c’è altro da fare”, in *Rinascita*, XXXVIII, n.º51, 3-41981.

*International Affairs*, 1977

Infante, Alberto: “Sobre la teoría política del eurocomunismo”, en *Nuestra Bandera*, número 97, 1979

Infante, Alberto: “Eurocomunismo y crisis”, *Mundo Obrero*, 25 de marzo de 1980,

Ingrao, Pietro: “¿Democracia burguesa o stalinista? No: democracia de masas”, en *Taula de Canvi*, números 1 y 2

Júcar, Raúl: “Togliatti y Carrillo”, en *Mundo Obrero*, 29 de Marzo de 1979

Juliá, Santos: “Los precedentes del eurocomunismo”, en *Zona Abierta*, número 28, abril-junio de 1983

Kolář, Pavel: “The Spectre is Back: New Perspectives on the Rise and Decline of European Communism”, en *Journal of Contemporary History*, volumen 45, número 1, enero 2010

*L’Aurore*, 27 de junio de 1977

*L'Humanité*, 7 de enero de 1976  
*L'Humanité*, 20 de enero de 1976  
*L'Humanité*, 22 de enero de 1976  
*L'Humanité*, 25 de enero de 1976  
*L'Humanité*, 1 de julio de 1976  
*L'Humanité*, 3 de julio de 1976  
*L'Humanité*, 14 de febrero de 1977  
*L'Humanité*, 6 de mayo de 1977  
*L'Humanité*, 7 de julio de 1977  
*L'Espresso*, de 5 de diciembre de 1976  
*L'Espresso*, 6 de marzo de 1977  
*L'Unità*, 25 de marzo de 1957  
*L'Unità*, 30 de enero de 1974  
*L'Unità*, 31 de enero de 1975  
*L'Unità*, 16 de mayo de 1976  
*L'Unità*, 7 de junio de 1976  
*L'Unità*, 1 julio de 1976  
*L'Unità*, 18 de octubre de 1976  
*L'Unità*, de 21 de octubre de 1976  
*L'Unità*, 22 de octubre de 1976  
*L'Unità*, de 17 de marzo 1977  
*L'Unità*, 10 de julio de 1977  
*L'Unità*, 5 de diciembre de 1981  
*L'Unità*, 4 de diciembre de 1981  
 La Malfa, Ugo: Communism and Democracy in Italy, en *Foreign Affairs*, volumen 56, número 3, abril 1978  
*La Región*, 5 de abril de 1977  
*La Repubblica*, 8 de junio de 1976  
*La Repubblica*, 1 de julio de 1976  
*La Repubblica*, 15 de septiembre de 1976  
*La Repubblica*, 29 de septiembre de 1976  
*La Repubblica*, 6 de octubre de 1976  
*La Repubblica*, 23 de mayo de 1978  
*La Repubblica*, 2 de agosto de 1978

*La Repubblica*, 26 de septiembre de 1980  
*La Stampa*, 3 de febrero de 1976  
*La Stampa*, 25 de junio de 1977  
*La Vanguardia*, 21 de marzo de 1976  
*La Vanguardia*, 3 de marzo de 1977  
*La Vanguardia española* del 4 de marzo de 1977  
*La Vanguardia Española*, 11 de junio de 1977  
*La Vanguardia*, de 14 de junio de 1984  
 Laso, José María: “Historia del pensamiento de Palmiro Togliatti y los antecedentes teóricos del Eurocomunismo”, publicado en *El Basilisco*, número 4, septiembre-octubre 1978  
 Laso Prieto, José María: “Los precursores del eurocomunismo”, en *Argumentos* nº 5 octubre, 1977  
 Laso Prieto, José María: “El nuevo bloque social de progreso”, en *Mundo Obrero*, 19-27 de julio de 1981,  
*Le Figaro*, 27 de junio de 1977  
*Le Matin*, 27 de junio de 1977  
*Le Monde*, 19 de agosto de 1971  
*Le Monde*, 28 de febrero de 1976  
*Le Monde*, 14 de abril de 1976  
*Le Monde* 30 de junio de 1976  
*Le Monde*, 6 de diciembre de 1976  
*Le Monde*, 10 de marzo de 1977  
*Le Monde*, 20 de junio de 1977  
*Le Monde* de 26 de junio de 1977  
*Le Monde*, 28 de junio de 1977  
*Le Monde*, 9 de julio de 1977  
*Le Monde*, 15 de julio de 1977  
*Le Monde* del 4 de septiembre de 1977  
*Le Nouvel Observateur*, 25 de abril de 1977  
 Ledda, Romano: *Da leggere e da non leggere sull'eurocomunismo*, publicado en *Rinascita*, 7-17 de febrero de 1978  
 Ledeen, Michael A.: “Gli Stati Uniti e il Pci: il caso dell'eurocomunismo”, en *Nuova Storia Contemporanea*, volume 5, fascicolo 4, 2001

Levesque. Jacques: “Le P.C.I., l’U.R.S.S. et l’ordre international”, en *R.F.S.P.*, XXXVI, n.º1, 141-180, 1986

Lombardi Riccardo: “Compromesso storico e alternativa nella strategia della sinistra italiana”, en *Mondoperaio*, XXVII, n.º1, 33-44, 1974.

*London Times*, 3 de febrero de 1976

Loizu, Máximo y Crespo, Luis: “¿Tiene el eurocomunismo una teoría política?”, en *Argumentos*, número 15, septiembre de 1978

López Raimundo, Gregorio: “Contradicciones en el V Congreso del PSUC”, en *Mundo Obrero*, 6-12 de marzo de 1981

López Raimundo, Gregorio: “La crisis del PCE: Manifiesto de un proyecto inviable”, en *Leviatán*, número 8, 1982

Maravall Herrero, José María: “Eurocomunismo y socialismo en España. La sociología de una competición política”, en *Sistema*, número 28, 1979

*Materiales*, número 4, julio-agosto de 1977

*Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977

*Mundo Economico*, del 28 de febrero de 1976

Mortimer, Edward: “Whatever happened to ‘Eurocommunism’?”, en *International Affairs*, volumen 55, número 4 octubre 1979

*Mundo Obrero*, 15 de septiembre de 1968, “Declaración del PC de España sobre los acontecimientos de Checoslovaquia”

*Mundo Obrero*, “La cuestión checoslovaca”, número16, septiembre de 1968

*Mundo Obrero*, “Aspectos de la lucha por el socialismo”, número 18, 22 de octubre de 1969

*Mundo Obrero*, Editorial, 12 de junio de 1970

*Mundo Obrero*, “¿Un compromiso político? ¡Si!”, número 12, 27 de junio de 1970

*Mundo Obrero*, “Viva el VIII Congreso del PCE”, número 16, 13 de Octubre de 1972

*Mundo Obrero*, “VIII Congreso PCE: La democracia interna hoy”, número 1, 1973

*Mundo Obrero*, “VIII Congreso PCE: El pacto para la libertad”, número 3, 1973

*Mundo Obrero*, “Democracia interna en el partido”, número 8, 1973

*Mundo Obrero*, “La entrevista Marchais-Berlinguer”, número 11, 1973

*Mundo Obrero*, “La causa del pueblo de Chile es nuestra propia causa”, número 17, 3 de octubre de 1973

*Mundo Obrero*, 22 de enero de 1975

*Mundo Obrero*, “En torno a la declaración del Pleno del PCE”, número 78, enero-febrero de 1975

*Mundo Obrero*, 3ª semana de abril de 1975

*Mundo Obrero*, “Declaración conjunta PCE, PCI”, número 23, 3ª semana de julio de 1975

*Mundo Obrero*, “II Conferencia Nacional del PCE”, número 81, octubre de 1975

*Mundo Obrero*, “Sólo por la ruptura democrática habrá democracia en España”, número 83, enero-febrero de 1976

*Mundo Obrero*, “Problemas actuales del movimiento comunista”, número 17, 28 de abril de 1976

*Mundo Obrero*, 19 de enero de 1977

*Mundo Obrero*, “Antítesis de la democracia socialista”, número 5, 3 de febrero de 1977

*Mundo Obrero*, “La cumbre tripartita de Madrid”, número 9, 4 de marzo de 1977

*Mundo Obrero*, “Comunicado conjunto de los Partidos Comunistas de Italia, Francia y España”, número 9, 4 de marzo de 1977

*Mundo Obrero*, “Pleno ampliado del Comité Central del PCE de 14-15/4/1977”, número 16, 20 de Abril de 1977

*Mundo Obrero*, 10 de marzo de 1977

*Mundo Obrero*, 6 de mayo de 1977

*Mundo Obrero*, PCE, “El programa electoral de los comunistas”, número 23, 8 de junio de 1977

*Mundo Obrero*, “La victoria de la democracia”, número 25, 22 de junio de 1977

*Mundo Obrero*, “Informe al C.C. Del PCE de 25-26 de Junio de 1977”, número 26, 29 de junio de 1977

*Mundo Obrero*, 26 de enero-1 de febrero de 1978

*Mundo Obrero*, “El marco de una polémica (la del eurocomunismo)”, número 92, 1978

*Mundo Obrero*, “La democracia política y social. Etapa hacia el socialismo y el comunismo”, número 93, 1978

*Mundo Obrero*, “Resumen de las propuestas políticas (IX Congreso)”, 2-8 de febrero de 1978

*Mundo Obrero*, “Informe IX Congreso del PCE”, 20 de abril de 1978

*Mundo Obrero*, “Proyecto de tesis del PCI”, 14 de diciembre de 1978

*Mundo Obrero*, “Proyecto de tesis para el XV Congreso Nacional del PCI”, número 97, 1979

*Mundo Obrero*, “Eurocomunismo: un encuentro entre socialistas y comunistas”, número 101, 1979

*Mundo Obrero*, “Democracia y socialismo”, 5 de enero de 1979

*Mundo Obrero*, “Comunicado conclusivo de las conversaciones Berlinguer-Carrillo”, número 277, 11 de octubre de 1979

*Mundo Obrero*, “Resolución del C.C. sobre la situación política”, número 307, 15 de noviembre de 1979

*Mundo Obrero*, “Tiempos nuevos ataca a Nuestra Bandera”, 30 de marzo de 1980

*Mundo Obrero*, “El PCI y la reunión de los partidos comunistas”, 3 de abril de 1980

*Mundo Obrero*, “Hacia el X Congreso del PCE (Debate en el C.C.)”, 14-20 de noviembre de 1980

*Mundo Obrero*, “Repercusiones del Congreso del PSUC”, 23-29 de enero de 1981

*Mundo Obrero*, “V Congreso del PSUC”, 9-15 de enero de 1981

*Mundo Obrero*, “Declaración del Pleno del Comité Ejecutivo del PCE”, 16-22 de enero de 1981

*Mundo Obrero*, “Resolución del Comité Central del PSUC. Comité Ejecutivo PSUC”, 16-22 de enero de 1981

*Mundo Obrero*, “La crisis del PSUC”, 30 de enero - 3 de febrero de 1981

*Mundo Obrero*, “El CC del PSUC propone la reafirmación del eurocomunismo”, mayo de 1981

*Mundo Obrero*, número 128, 5-11 de junio 1981

*Mundo Obrero*, “Informe del C.C. al X Congreso del PCE”, 28 de julio de 1981

*Mundo Obrero*, número 158, 1-7 de enero 1982

*Mundo Obrero*, “Reflexión sobre los acontecimientos de Polonia”, número 159, 8-14 de enero de 1982

*Mundo Obrero*, “Trabajar para salir de la crisis y fortalecer el eurocomunismo”, 18-24 de junio de 1982

Napolitano, Giorgio: “Programa, unidad y centralismo democrático”, en *Nuestra Bandera*, julio de 1981

Nencioni, Tommaso y Pala, Giaime: “I comunisti spagnoli e il Sessantotto cecoslovacco. Tra fedeltà sovietica ed eurocomunismo”, en *Italia Contemporanea*, 2008  
*Newsweek* el 20 de junio de 1977

*New Left Review*, número de julio-agosto de 1974

*Nous Horizons*, nº34, mayo de 1977, *Manifiesto electoral del PSUC*



*Nuestra Bandera*, “Entrevista de ‘La Stampa’ de Turín a Santiago Carrillo”, número 83, enero-febrero de 1976

*Paese Sera*, el 13 de junio de 1976

*Paese Sera*, del 27 de agosto de 1978

Paramio, Ludolfo: “Ascendencia y caída del eurocomunismo”, en *Zona Abierta*, número 28, abril-junio de 1983

Pastor, Jaime: “La crisis estratégica del PCE”, Cuadernos de comunismo, número 6

Pecchioli, Ugo: “Le forze democratiche e l’Europa del MEC”, en *Critica Marxista*, vol. IV, n.3, mayo-junio 1966

Piccone, Paul: “The Future of Eurocommunism”, en *Theory and Society*, volumen 10, número 5, septiembre 1981

*Politica ed Economia*, número 2, septiembre de 1970

*Politica ed Economia*, número 5, octubre de 1971

*Politica ed Economia*, número 4, agosto de 1972

*Politica ed Economia*, número 2-3, junio de 1974

*Politica ed Economia*, número 4, agosto de 1974

*Política e economía*, número de septiembre-octubre de 1976

Poulantzas, Nicos, “L’Etat et la transition au socialisme”, *Critique communiste*, número 16, junio de 1977

Preston, Paul: “Eurocomunismo, estadio superior del estalinismo. La democratización del partido comunista de España”, *Estudis D’Historia Contemporania del Pais Valencia*, Nº. 9, 1982

*Pueblo*, 13 de mayo de 1977

Revel, Jean-Francois: “The Myths of Eurocommunism”, en *Foreign Affairs*, número 56, 2 de enero de 1978

*Revista CIDOB D’Afers Internacionals* número 26, 1993

*Revista de Política Internacional*, “El “eurocomunismo”. Parte primera”, número 149, 1977

*Revista de Política Internacional*, “El “eurocomunismo”. Parte segunda”, número 150, 1977

*Revista de Política Internacional*, “El “eurocomunismo”. Parte tercera”, número 151, 1977

*Revista de Política Internacional*, “El “eurocomunismo”. Parte cuarta”, número 152, 1977

*Revista de Política Internacional*, “El "eurocomunismo". Parte quinta”, número 153, 1977

*Revista de Política Internacional*, “El "eurocomunismo". Parte sexta”, número 154, 1977

*Revista Política y Parlamentaria*, PUF, París, 1980

*Ricerche Storiche*, Anno XXVIII, número 3, settembre- dicembre 1998

*Rinascita*, número 7-8 de 1959

*Rinascita*, de 28 de noviembre de 1964

*Rinascita*, 23 de junio de 1965

*Rinascita*, 9 de septiembre de 1968

*Rinascita*, n° 41, 17 de octubre de 1969

*Rinascita*, n.º39, “Riflessione sull’Italia dopo i fatti del Cile”, 28 de septiembre de 1973

*Rinascita*, n.º40, “Via democratica e violenza reazionaria”, 5 de octubre de 1973

*Rinascita* n.º41, “La proposta del Compromesso storico”, 9 de octubre de 1973

*Rinascita*, 28 de enero 1977

*Rinascita*, 20 de mayo de 1977

*Rinascita*, 1 de julio de 1977

*Rinascita*, 7-17 de febrero de 1978

*Rinascita*, número 29, de 18 de julio de 1980

*Rinascita*, el 17 de octubre 1985

Rubbi, Antonio: “L’iniziativa internazionale del P.C.I.”, en *Rinascita*, XXXVII, n.º15, 8, 1980

*Rude Pravo*, 18 de junio de 1977

Sacristán, Manuel: “A propósito del ‘Eurocomunismo’”, en *Materiales*, número 6, noviembre-diciembre de 1977

Sacristán Luzón, Manuel – Lacalle, Daniel y Martínez Alier, Joan: “Cinco cartas sobre "eurocomunismo", marxismo y anarquismo”, en *Materiales*, número 8, 1978

Sacristán, Manuel: “Crítica del estalinismo”, en *Mientras Tanto*, número 40, 1990

Sánchez Montero, Simón: “El pacto de la Moncloa (I)”, en *Mundo obrero*, 27 de febrero - 5 de marzo de 1981

Sánchez Montero, Simón: “El pacto de la Moncloa (II)”, en *Mundo obrero*, número 117, 13-19 de marzo de 1981

Sánchez Montero, Simón, “Ante el IX Congreso del Partido. Un PC nuevo para una nueva política comunista”, en *Nuestra Bandera*, número 90

Sandoval, José: “El paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista”, en *Nuestra Bandera*, número 19, diciembre de 1957

Sanroma Aldea, José: “El eurocomunismo, una forma de anticomunismo moderno”, *El País*, 6 de agosto de 1977

Segura, Julio: “Unos apuntes sobre eurocomunismo y estrategia económica”, en *Nuestra Bandera*, febrero de 1981

*Situazione italiana e movimento socialista italiano in Togliatti*, Annali. Istituto Giangiacomo Feltrinelli, XV, 1973

*Sistema* número 22, enero de 1978

Solé Tura, Jordi: La Constitución y la lucha por el socialismo, en *Nous Horizons*, número 40, febrero de 1978

Sotelo Martínez, Ignacio: “Las paradojas del eurocomunismo”, en *Sistema*, número 20, septiembre de 1977

Spieker, Manfred: “Eurocommunism and Christianity: On the Limits of the Dialogue”, en *The Review of Politics*, volumen 45, número 1, enero 1983

*Studi Storici*, anno 45, aprile-giugno, 2004

Tamames, Ramón: “Sobre señas de identidad”, en *Mundo Obrero*, número 23, 8 de Junio de 1977

*The daily Telegraph*, octubre de 1976

*The Times*, 18 de noviembre de 1946

*The Times*, 16 de julio de 1977

Timmermann, Heinz: “Eurocommunism: Moscow's reaction and the implications for Eastern Europe”, en *World Today*, volumen 33, número 10, octubre 1977

*Triunfo*, número 701, año XXXI, 3 de julio de 1976

*Triunfo*, número 737, año XXXII, de 12 de marzo de 1977

*Triunfo*, número 743, del 23 de abril de 1977

Vacca, Giovanni: “La logica dei blocchi”, *Rinascita*, n° 41, 17 de octubre de 1969

Vanneke, Charles en *Le Monde*, 19 de agosto de 1971

Wall, Irwin: “L’amministrazione Carter y l’Eurocomunismo”, en *Ricerche di Storia Politica*, número 2, agosto 2006

*Viento Sur*, número 104, julio 2009

*Zona Abierta* n. 8

Zorza, Victor en el *Herald Tribune*, febrero de 1977